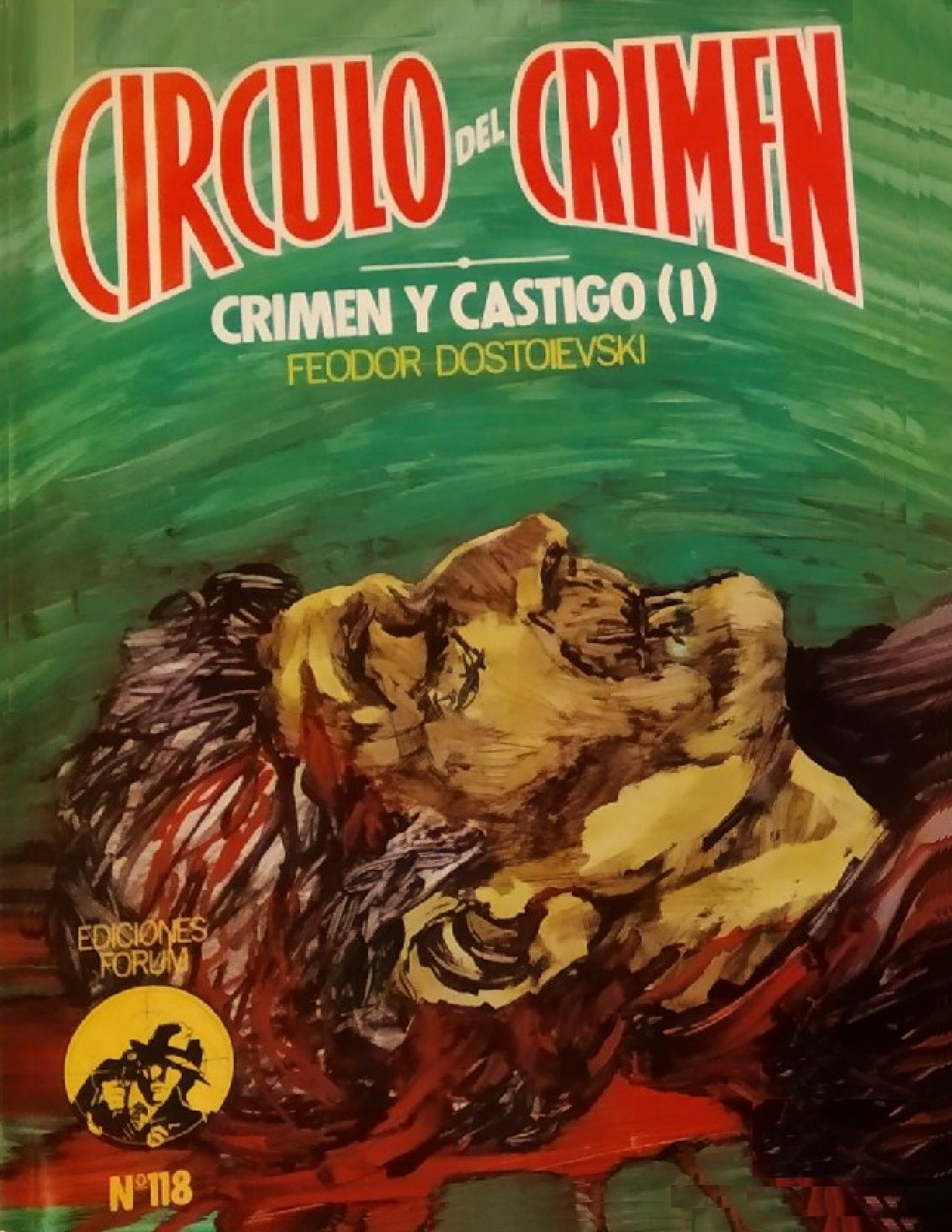

CIRCULO DEL CRIMEN
CRIMEN Y CASTIGO (I)
FEODOR DOSTOIEVSKI
EDICIONES FORUM
Nº118

Partiendo de un original titulado Los borrachos concebido para tratar el tema del alcoholismo en la familia, Crimen y castigo —que aquí ofrecemos en una nueva traducción de Fernando Otero Macías— fue escrita por Dostoievski en una época de deudas y penurias muy particular: acababa de morir su hermano, tenía que ayudar a mantener a su viuda e hijos, estaba también escribiendo «El jugador», y se vio obligado a recurrir, ante la negativa de otros, al editor de la revista «El Mensajero Ruso», con quien estaba enemistado. Allí la publicó en 1866 y hoy es, incuestionablemente, su obra más conocida.

La relegación del alcoholismo a un segundo plano puso, sin embargo, en primera línea a Raskólnikov, uno de los mitos de la literatura del XIX: un joven de veintitrés años, inteligente, cultivado y «extraordinariamente bien parecido», pero andrajoso, dejado, negligente con sus estudios y tristemente alojado en un cuartucho. Desde el principio acaricia el plan de robar y matar a una mezquina usurera, pensando que su despreciable moralidad y el buen servicio que podría dar a los bienes robados justifican el crimen. Una vez cometido, sin embargo, nada sale según lo previsto: el crimen se revela «escasamente monumental», el criminal oscila entre la arrogancia, el cansancio y el delirio, y tal vez no se salve de la investigación policial. ¿Tiene el joven «el talento de pronunciar en su medio una nueva palabra», como a veces pretende, o es «un piojo esteta, y nada más»? En el deambular de Raskólnikov por San Petersburgo, en sus idas y venidas, en sus vueltas y más vueltas, hay un extravío literal… aunque al final revele tener, como la propia novela, un rumbo, una recóndita meta.

Fiódor Dostoyevski

Crimen y castigo (trad. F. Otero)

ePub r1.0
Titivillus 07.02.2021

Título original: *Prestupléniye i nakazániye*
Fiódor Dostoyevski, 1866
Traducción: Fernando Otero Macías
Ilustraciones: Pepe Moll y Alba

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nulla ac tellus nunc. Phasellus imperdiet leo metus, et gravida lacus.

Fiódor M. Dostoievski

Crimen y castigo

Novela en seis partes con un epílogo

Traducción:
Fernando Otero Macías

Nota al texto

«Crimen y castigo», la primera de las grandes novelas de Fiódor Mijáilovich Dostoievski (1821-1881) y seguramente la más conocida de todas ellas —con permiso de *Los hermanos Karamázov* (1880)—, se publicó por entregas en la revista *Russki véstnik* [El Mensajero Ruso], entre enero y diciembre de 1866. En 1867, en San Petersburgo, apareció la primera edición independiente, en dos tomos; en ella, el autor llevó a cabo diferentes correcciones estilísticas y abrevió algunos pasajes, pero sobre todo modificó la distribución de las partes y capítulos de la obra: si en la versión de la revista la novela aparecía dividida en tres partes, en esta primera edición en forma de libro presenta ya la estructura definitiva, en seis partes y un epílogo. Con todo, ni los cambios introducidos en esta edición, ni los que se realizaron en la de 1877, la última publicada en vida del autor, acabaron totalmente con las inconsistencias y contradicciones que se pueden detectar en el texto: entre otras cosas —y aparte de cierta confusión cronológica que en ocasiones puede desconcertar, al tratarse de una narración donde los acontecimientos se suceden vertiginosamente en el plazo de unos pocos días—, nos topamos con algunos despistes (nada raros en Dostoievski), como el de llamar, por ejemplo, Lida (o Lídochka) a una de las hijas de los Marmeládov en la Segunda Parte de la novela para convertirla en Lenia cuando el personaje reaparece en la Quinta Parte.

No debió de ser sencilla para el novelista la decisión de colaborar con *Russki véstnik*. Se trataba, sin duda, de una revista literaria de gran prestigio, donde habían publicado autores de la talla de Tolstói, Turguénev o Saltykov-Shchedrín, entre otros; sin embargo, las relaciones de Dostoievski con el editor de la publicación, el crítico Mijaíl Nikíforovich Katkov, eran muy tirantes desde hacía años (se

habían producido algunas enconadas disputas entre ambos, y además Katkov había rechazado en 1859 la publicación de la novela *La aldea de Stepánchikovo y sus habitantes*, del propio Dostoievski). No obstante, en septiembre de 1865, tras haber recibido en los meses anteriores las negativas de dos editores a los que había ofrecido una obra en la que estaba trabajando, titulada *Piánenkie* [Los borrachos] —la obra nunca se terminó, y acabaría incorporándose a *Crimen y castigo*—, y, en vista de lo desesperado de su situación económica, lastrada por las deudas (las que él mismo había contraído y las que había tenido que asumir tras la muerte de su hermano Mijaíl en 1864) y por las severas pérdidas en los casinos europeos, Dostoievski escribió a Katkov, proponiéndole la publicación de lo que por entonces iba a ser una novela breve, pero que ya incluía —a juzgar por los detalles del plan de trabajo que hizo llegar al editor— los elementos argumentales e ideológicos esenciales de *Crimen y castigo*. Aunque hubo aún ciertos problemas de comunicación entre autor y editor (Dostoievski, por ejemplo, no recibió la confirmación definitiva de la publicación de la novela hasta mediados de enero de 1866, unos días antes de la aparición de la primera entrega), lo cierto es que la colaboración fue beneficiosa para ambas partes, y el novelista, de hecho, seguiría publicando en *Russki véstnik* hasta el fin de sus días (en las páginas de esta revista vieron la luz nada menos que *El idiota, Los demonios* y *Los hermanos Karamázov*).

Por lo que respecta a la elaboración de la novela, en el caso de *Crimen y castigo*, como le ocurrió tantas veces a Dostoievski, a un largo y titubeante proceso de gestación le siguió una redacción acelerada, a menudo frenética. Aunque, al parecer, la idea de un relato en torno al concepto del hombre excepcional, del Napoleón al que todo se le permite, le rondaba ya desde hacía algunos años, no hay noticias de que empezara a trabajar efectivamente en la obra hasta el verano de 1865, después de sus fracasos editoriales con *Los borrachos*. Dostoievski escribió una primera versión de la obra en la ciudad alemana de Wiesbaden (en cuyo casino había perdido

hasta el reloj de bolsillo); esta variante primitiva, de la que nos han llegado abundantes esbozos y fragmentos, se caracteriza por estar escrita en primera persona, en forma de confesión del protagonista (llamado Vasili, y aún sin apellido) poco después de haber cometido el crimen; en ella aparecen ya figuras como Marmeládov, rescatado del proyecto de *Los borrachos* Sin embargo, en noviembre de 1865, tras su regreso a Rusia, el autor se sintió insatisfecho con el resultado de su trabajo, y decidió reescribir íntegramente la novela, optando ahora por la tercera persona, lo que se traduciría en un aumento muy considerable del número de personajes y de episodios narrados y, en definitiva, en una extensión mucho mayor de la obra.

La presente traducción se basa en el texto de la última edición corregida por Dostoievski, según aparece en el tomo quinto de las *Obras completas* en quince tomos publicado por la editorial Naúka en Leningrado en 1989.

Fernando Otero Macías

PRIMERA PARTE

I

A primeros de julio, después de una jornada de calor sofocante, un joven abandonó al atardecer el cuartucho que tenía realquilado en la travesía S.[1], bajó a la calle y, andando despacio, como titubeante, se dirigió al puente K.[2]

Afortunadamente, había podido evitar a su casera en las escaleras. Su cuarto estaba situado justo debajo de la cubierta de un edificio alto, de cinco pisos, y más parecía un armario que una vivienda. En cuanto a la patrona, que le había alquilado aquel cuarto con servicio y pensión, vivía un piso más abajo, en un apartamento independiente, y cada vez que aquel joven salía a la calle se veía obligado a pasar por delante de su cocina, que daba a las escaleras y estaba a todas horas abierta de par en par. Y, siempre que pasaba por allí, experimentaba una enfermiza sensación de cobardía de la que se avergonzaba y que le hacía torcer el gesto. Estaba endeudado hasta las cejas con su casera, y temía encontrarse con ella.

No es que fuera especialmente cobarde y apocado, más bien al contrario; pero desde hacía algún tiempo se hallaba en un estado de irritabilidad y de tensión semejante a la hipocondría. Estaba hasta tal punto encerrado en sí mismo y apartado de todo el mundo que recelaba de cualquier encuentro, ya no solo con su casera. Vivía angustiado por su pobreza; pero últimamente hasta sus estrecheces habían dejado de agobiarlo. Se había desentendido por completo de sus asuntos más urgentes y no quería saber nada de ellos. En el fondo, no había casera capaz de inspirarle temor, por mucho que tramase algo contra él. Ahora bien, tener que detenerse en las escaleras a escuchar los mayores disparates sobre todas aquellas sandeces y trivialidades que le traían al fresco, su insistencia para que pagara, sus amenazas, sus quejas, mientras él buscaba la forma

de escabullirse, de excusarse, de mentir… No, mejor escabullirse escaleras abajo, como un gato, y pasar de largo inadvertido.

El caso es que en aquella ocasión, una vez en la calle, se había quedado asombrado de su pánico a encontrarse con su acreedora.

«Con lo que me traigo entre manos, ¡que me preocupen semejantes naderías! —pensó con una extraña sonrisa—. Hum… sí… uno tiene todo a su alcance, y se queda con un palmo de narices, por pura cobardía… Esto ya es un axioma… Es curioso ver lo que le da más miedo a la gente. Dar un nuevo paso, pronunciar una nueva palabra, eso es lo que le da más miedo… Pero ya estoy divagando. Por eso no hago nada, porque me dedico a divagar. Aunque también podría ser al revés: me dedico a divagar porque no hago nada. Este último mes he aprendido a divagar; me paso los días muertos tumbado en mi rincón, pensando en… las musarañas. En fin, ¿por qué tengo que ir ahora? ¿De verdad soy capaz de hacer *eso*? ¿De verdad me tomo eso en serio? Claro que no. No es más que una fantasía que me sirve de distracción; ¡un pasatiempo! ¡Sí, seguramente no es más que un pasatiempo!».

Seguía haciendo un calor insoportable; además, el sofoco, las apreturas, la cal por todas partes, la madera, los ladrillos, el polvo y ese olor tan característico del verano, que conocen de sobra todos los habitantes de San Petersburgo que no disponen de medios para alquilar una dacha…: la combinación de todo esto agitaba de un modo desagradable los nervios, ya de por sí bastante alterados, del joven. El hedor insoportable de las tabernas, especialmente abundantes en esta parte de la ciudad, y los borrachos con los que se tropezaba cada dos por tres, a pesar de ser un día laborable, completaban el triste y repulsivo colorido del cuadro. Un sentimiento de extrema aversión recorrió fugazmente las refinadas facciones del joven. Era, por cierto, extraordinariamente bien parecido, más alto que la media, delgado y esbelto, con el pelo castaño y unos preciosos ojos oscuros. Pero enseguida cayó en un profundo ensueño o, para ser más precisos, en una especie de ensimismamiento, y siguió su camino sin reparar en lo que tenía a su

alrededor, y sin ningunas ganas de verlo. Solo muy de vez en cuando murmuraba algo para sus adentros, consecuencia de esa afición suya a los monólogos que él mismo acababa de confesarse. En esos momentos se daba cuenta de que las ideas se le embrollaban a veces, y de que estaba muy débil: apenas había probado bocado en dos días.

Iba tan mal vestido que cualquier otro en su lugar, hasta el hombre más desaliñado, se habría avergonzado de salir a la calle en pleno día con semejantes andrajos. Bien es verdad que en aquel barrio era difícil sorprender a nadie por la forma de vestir. La proximidad de la plaza Sennaia[3], la abundancia de establecimientos de mala fama y la preponderancia de obreros y artesanos que se amontonaban en esas calles y callejones del centro de San Petersburgo aportaban tan variopintos motivos al panorama general que ninguna figura, por rara que fuese, llamaba especialmente la atención. Pero se había acumulado en el alma del joven un desprecio tan feroz que, a pesar de su delicadeza, a veces un tanto ingenua, lo que menos le preocupaba era exhibir sus harapos por la calle. Distinto habría sido si se hubiera encontrado con sus conocidos o con sus antiguos camaradas, a los que prefería no ver… No obstante, cuando un borracho al que estaban trasladando en ese momento, no se sabe adónde ni por qué, en una gran telega tirada por un enorme percherón le gritó de repente, señalándolo con el dedo, al verlo pasar: «¡Eh, tú, sombrerero alemán!», el joven se paró en seco y se llevó febrilmente la mano al sombrero. Era un sombrero alto y redondo, de Zimmerman[4], aunque muy gastado y descolorido, lleno de agujeros y manchas; no tenía ala y estaba doblado hacia un lado de un modo horrible. Y, sin embargo, no era la vergüenza, sino un sentimiento bien distinto, parecido al miedo, lo que se había apoderado del joven.

«¡Lo sabía! —murmuró turbado—. ¡Lo sabía! ¡Esto es lo peor de todo! ¡Una tontería cualquiera, un detalle insignificante puede echar a perder todo el plan! Sí, este sombrero es demasiado llamativo… Es tan ridículo que llama la atención… Con estos pingajos que llevo lo

que necesito es una gorra, una de esas viejas y chafadas, y no este adefesio. Nadie lleva un sombrero así, se reconoce a una versta, cualquiera podría acordarse… Esa es la cosa, que luego se iban a acordar, y ahí ya tienen una pista. Hay que procurar llamar la atención lo menos posible… ¡Los detalles, los detalles son fundamentales!… Son esos pequeños detalles los que siempre lo arruinan todo…».

No tenía que andar mucho; sabía incluso cuántos pasos había desde el portón de su casa: exactamente setecientos treinta. En cierta ocasión los había contado, mientras iba enfrascado en sus ensoñaciones. Por entonces aún no tenía mucha fe en esos sueños suyos, y lo único que hacía era excitarse con su temeridad, monstruosa aunque seductora. Pero ahora, al cabo de un mes, empezaba a ver las cosas de otro modo y, a pesar de sus irritantes monólogos sobre su debilidad y su falta de determinación, ya se había acostumbrado, casi sin querer, a considerar aquel sueño «monstruoso» un proyecto, aunque siguiera dudando de sí mismo. De hecho, en ese momento se dirigía a hacer un *ensayo* de su proyecto, y su agitación iba creciendo más y más con cada paso que daba. Con el corazón en un puño, presa de un temblor nervioso, se acercó a un inmenso caserón, una de cuyas fachadas se asomaba a un canal, y la otra a la calle… El edificio estaba dividido en un sinfín de pequeñas dependencias, habitadas por toda clase de artesanos: sastres, cerrajeros, cocineras, alemanes varios, muchachas que vivían de su cuerpo, modestos funcionarios y demás. Había un continuo trasiego de gente entrando y saliendo por los dos portones y en los dos patios de la casa. Allí trabajaban tres o cuatro porteros. El joven se quedó encantado al no encontrarse con ninguno y, sin pensárselo dos veces, atravesó discretamente el portón de la derecha, desde donde se dirigió a unas escaleras. Eran unas escaleras oscuras y angostas, «de servicio», pero él ya las conocía y lo tenía previsto, y aquellas condiciones le venían bien: con tanta oscuridad no había nada que temer de las miradas indiscretas. «Si ahora mismo estoy tan asustado, ¿qué pasaría si de verdad hubiera

venido a ocuparme del *asunto*?», no pudo evitar pensar al llegar al cuarto piso. Aquí le cerraron el paso unos antiguos soldados que trabajaban como mozos de cuerda y estaban sacando los muebles de una vivienda. Sabía de antemano que allí vivía con su familia un empleado alemán: «Si este alemán se muda, eso quiere decir que, por una temporada, en el cuarto piso, en el rellano de esta escalera no va a haber más vivienda ocupada que la de la vieja. Eso está bien… por lo que pudiera pasar…», pensó una vez más, y llamó a casa de la vieja. La campanilla tintineó tan débilmente que debía de ser de hojalata, y no de cobre. En los pisos modestos de las casas como aquella solía haber esa clase de campanillas. Ya se había olvidado de su timbre, tan peculiar, y en ese instante el tintineo debió de despertar con claridad algún recuerdo en él… El caso es que se sobresaltó: en aquellos momentos, sus nervios estaban extremadamente debilitados. Poco después la puerta se entreabrió: a través de una diminuta rendija la inquilina observó al recién llegado con evidente desconfianza, y lo único que se veía eran sus ojillos, brillando en medio de las tinieblas. Pero, al percatarse de que había mucha gente en el rellano, perdió el miedo y abrió del todo. El joven entró en un oscuro vestíbulo, dividido por un tabique, tras el cual había una diminuta cocina. La anciana guardaba silencio delante de él, mirándolo con aire inquisitivo. Era una viejecilla de unos sesenta años, menuda y reseca, con unos ojillos penetrantes y maliciosos y una pequeña nariz puntiaguda. Tenía la cabeza descubierta; el pelo, muy rubio y con algunas canas, estaba embadurnado de aceite. Un gastado chal de franela le envolvía el cuello, largo y delgado cual pata de gallina, y, a pesar del calor, llevaba echada sobre los hombros una pelliza pelada y amarillenta. No hacía otra cosa que toser y quejarse. El joven debió de mirarla de un modo muy peculiar, pues volvió a aparecer en los ojos de la anciana una expresión de desconfianza.

—Soy Raskólnikov, estudiante; estuve aquí hace un mes —se apresuró a murmurar el joven, inclinándose a medias, al recordar que tenía que ser amable.

—Me acuerdo, *bátiushka*[5], me acuerdo muy bien de que estuvo usted aquí —dijo la vieja, articulando con claridad, sin apartar sus ojos inquisitivos del rostro del estudiante.

—Pues bien… aquí me tiene otra vez, para un trato como aquel… —respondió Raskólnikov, un tanto turbado y sorprendido por el recelo de la vieja.

«Aunque también es posible que sea siempre igual, y que la otra vez no me fijara», pensó con una sensación desagradable.

La vieja no decía nada, parecía estar reflexionando; después se hizo a un lado y, señalando la puerta, dijo, cediendo el paso al visitante:

—Adelante, *bátiushka*.

El pequeño cuarto en el que entró el joven, con las paredes empapeladas de amarillo, con geranios y cortinas de muselina en las ventanas, estaba vivamente iluminado en ese instante por el sol poniente. «¡También *entonces*, en buena lógica, tendrá que lucir así el sol!», le vino a la cabeza, como por azar, a Raskólnikov, y echó un rápido vistazo por todo el cuarto, tratando de estudiar y retener, en la medida de lo posible, su disposición. Pero no había en él nada de particular. El mobiliario, muy vetusto, de madera amarillenta, constaba de un diván con un gran respaldo alabeado, una mesa redonda de forma ovalada[6] enfrente del diván, un tocador con espejo en un entrepaño, unas sillas arrimadas a las paredes y dos o tres grabados baratos con marcos amarillos que representaban a unas señoritas alemanas con un pájaro en la mano: no había más muebles que esos. En un rincón, delante de un pequeño icono, ardía una lamparilla. Todo estaba limpísimo: habían frotado los muebles y el suelo hasta sacarles brillo; todo relucía. «Esto es obra de Lizaveta», pensó el joven. No había una mota de polvo en toda la vivienda.

«Solo en casa de las viudas viejas y siniestras se ve tanta limpieza», siguió reflexionando Raskólnikov, y miró de reojo, intrigado, la cortina de indiana que ocultaba la puerta de la segunda habitación, un cuarto diminuto, ocupado por la cama de la vieja y una

cómoda, al que todavía no se había asomado ni una vez. Toda la casa se reducía a esas dos piezas.

—¿Qué desea? —dijo con sequedad la vieja, que al entrar en el cuarto se había quedado parada delante de él, como antes, para poder mirarlo a la cara.

—He traído algo para empeñar; ¡aquí está! —Y se sacó del bolsillo un viejo reloj plano de plata. En el dorso estaba representado el globo terráqueo. La cadena era de acero.

—Pero ya ha vencido el plazo de su anterior empeño. Hace tres días se cumplió el mes.

—Le pagaré los intereses de otro mes; tenga un poco de paciencia.

—Depende de mi santa voluntad, *bátiushka*, que tenga paciencia o que venda cuanto antes su prenda.

—¿Me va a dar mucho por el reloj, Aliona Ivánovna?

—Vaya unas birrias que me traes[7], *bátiushka*; esto no vale nada, date cuenta. La última vez le solté dos billetitos por un anillo que se puede comprar nuevecito en una joyería por un rublo y medio.

—Deme cuatro rublos, que lo rescataré; era de mi padre. Muy pronto me va a llegar un dinero.

—Un rublo y medio, y los intereses por adelantado, si le parece bien.

—¡Un rublo y medio! —exclamó el joven.

—Usted verá. —Y la vieja le devolvió el reloj. El joven lo tomó; era tal su indignación que ya estaba dispuesto a marcharse. Pero enseguida recapacitó: recordó que no tenía otro sitio adonde ir, y que él estaba allí para otra cosa.

—¡Venga! —dijo en mal tono.

La vieja se sacó unas llaves del bolsillo, pasó al otro cuarto y desapareció detrás de la cortina. El joven se quedó solo en mitad de la habitación y aguzó el oído, pensativo. Oyó cómo la vieja abría la cómoda. «Tiene que ser el cajón de arriba —dedujo—. Seguro que se guarda las llaves en el bolsillo derecho… Todas en el mismo manojo, con un anillo de acero… Y hay una llave que es mayor que

las otras, el triple de grande, y tiene el paletón dentado; esa no puede ser la de la cómoda… Tiene que haber alguna otra caja, o puede que un cofre… Esto sí que me intriga. Los cofres tienen llaves así… Pero qué degradante es todo esto…».

La vieja regresó.

—Veamos, *bátiushka*: a una *grivna*[8] por rublo y mes, por un rublo y medio me tiene que pagar quince kopeks por el mes entrante. Además, por los dos rublos de antes, y con la misma cuenta, le toca pagarme veinte kopeks por adelantado. Todo eso hace un total de treinta y cinco kopeks. De modo que ahora tengo que darle por su reloj un rublo con quince kopeks. Aquí tiene.

—¡Cómo! ¡Así que ahora es un rublo con quince kopeks!

—Exactamente, señor.

El joven no estaba dispuesto a discutir y cogió el dinero. Miraba a la vieja y no tenía prisa por marcharse, era como si todavía quisiese decir o hacer algo, aunque ni él mismo sabía exactamente qué…

—Es posible, Aliona Ivánovna, que en unos días le traiga alguna cosa más… algo de plata… una bonita pitillera… en cuanto me la devuelva un amigo… —Se calló, turbado.

—Ya hablaremos entonces, *bátiushka*.

—Adiós… Y ¿está usted siempre sola en casa? ¿Qué es de su hermana? —preguntó con la mayor desenvoltura que pudo mientras pasaba al vestíbulo.

—Y ¿por qué quiere saber de ella, *bátiushka*?

—Por nada en particular. Era solo por preguntar. Usted enseguida… ¡Adiós, Aliona Ivánovna!

Raskólnikov salió totalmente confuso. Su confusión no hacía más que aumentar. Mientras bajaba las escaleras, se detuvo varias veces, como si se sintiera repentinamente aturdido. Por fin, una vez en la calle, se dijo: «¡Dios mío! ¡Qué repugnante es todo esto! Será posible, será posible que yo… No, ¡todo esto es un absurdo, un disparate! —añadió con decisión—. ¿Cómo se me habrá podido pasar por la cabeza algo tan horrible? En cualquier caso, ¡de cuánta

inmundicia es capaz mi corazón! Sí, sobre todo eso: ¡inmundicia, indecencia, vileza, vileza!… Y he estado todo un mes…».

Pero no atinaba a expresar ni con palabras ni con exclamaciones su agitación. Un sentimiento de repugnancia infinita, que había empezado a oprimir y turbar su corazón nada más salir para casa de la vieja, alcanzaba en esos momentos tales dimensiones y se manifestaba con tal intensidad que no sabía dónde meterse para escapar de su desgracia. Iba por la acera como borracho, sin fijarse en los transeúntes y tropezando con todo el mundo, y no se recobró hasta llegar a la siguiente calle. Echó un vistazo y advirtió que se encontraba al lado de una taberna a la que se accedía por unas escaleras que bajaban de la acera hasta el semisótano. En ese preciso instante dos borrachos, sujetándose el uno al otro e insultándose, salieron por la puerta y subieron a la calle. De inmediato, sin pensárselo dos veces, Raskólnikov bajó las escaleras. Hasta ese momento, jamás había puesto el pie en una taberna, pero ahora la cabeza le daba vueltas, y se sentía torturado por una sed abrasadora. Se moría de ganas de tomarse una cerveza fría, y además achacaba su repentina debilidad al hecho de que estaba hambriento. Se sentó a una mesa pringosa, en un rincón sucio y oscuro, pidió cerveza y se bebió el primer vaso con avidez. Sintió un alivio inmediato, y se le aclararon las ideas. «Qué bobada —se dijo esperanzado—, ¡no hay de qué preocuparse! ¡Ha sido un mero trastorno físico! Un simple vaso de cerveza, un pedazo de pan seco… y ya está, en un momento se fortalece el cerebro, se aclara la mente, se reafirma la voluntad. ¡Bah, qué cosa más insignificante!…». Pero, a pesar de tal actitud de desprecio, tenía ya un aire más alegre, como si se hubiera liberado repentinamente de una carga atroz, y miraba con ojos amistosos a los presentes. No obstante, incluso en esos momentos intuía vagamente que la buena disposición no dejaba de ser enfermiza.

A esas horas había poca gente en la taberna. Además de aquellos dos borrachos con los que se había cruzado en las escaleras, detrás de ellos había salido toda una cuadrilla en tropel:

como cinco hombres y una muchacha con un acordeón. Tras su marcha el local parecía más tranquilo y despejado. Quedaban allí: un individuo bebido, aunque no en exceso, sentado delante de su cerveza, con aspecto de menestral; su compañero, un tipo grueso, enorme, con *sibirka*[9] y barba canosa, borracho como una cuba, que dormitaba en el banco y de vez en cuando, como entre sueños, empezaba de pronto a chasquear los dedos, extendía los brazos y sacudía el torso, sin levantarse del asiento, al tiempo que tarareaba cualquier bobada, tratando de recordar versos como estos:

> Todo el año mimando a la mujer,
> to-do el año mi-man-do a la mu-jer…

O, despertándose súbitamente, una vez más:

> Yendo por la calle Podiácheskaia
> he visto pasar a mi antiguo amor[10]…

Pero nadie compartía su alegría; su taciturno camarada recibía semejantes explosiones con evidente hostilidad y con escepticismo. Había otro hombre en la sala, con apariencia de funcionario cesante. Estaba sentado aparte, delante de un pequeña frasca, bebiendo de vez en cuando a pequeños sorbos y mirando a su alrededor. También él parecía algo inquieto.

II

Raskólnikov no estaba habituado a las multitudes y, como ya se ha dicho, evitaba la vida social, especialmente en los últimos tiempos. Pero ahora, de pronto, se sentía impelido a acercarse a la gente. Algo insólito parecía estarle pasando, algo que lo llevaba a experimentar una especie de afán de compañía. Estaba agotado después de un largo mes de intensa melancolía y lúgubre excitación, y le apetecía reposar, aunque no fuera más que un minuto, en un mundo distinto, el que fuese, y a pesar de la suciedad del ambiente se encontraba muy a gusto en aquella taberna.

El dueño del establecimiento estaba en otra dependencia, pero cada dos por tres bajaba a la sala por unas escaleras; lo primero que se veían eran sus elegantes y lustrosas botas con unas anchas vueltas rojas. Llevaba una *poddiovka*[11] y un chaleco de raso negro, increíblemente mugriento, sin corbata, y parecía que tuviera la cara toda untada de aceite, como un cerrojo de hierro. Un mozalbete de unos catorce años atendía el mostrador, y había además otro chico más joven que servía lo que le iban pidiendo. Se ofrecían rajas de pepino, rebanadas de pan negro seco y pequeñas tajadas de pescado; todo apestaba. En ese ambiente tan cargado se hacía imposible aguantar mucho tiempo, y estaba todo tan impregnado de vapores de alcohol que bastaba con respirar para embriagarse en cinco minutos.

A veces, cuando nos encontramos con unos completos desconocidos, sentimos curiosidad por ellos nada más verlos, de buenas a primeras, sin necesidad de cruzar una sola palabra. Esa fue, ni más ni menos, la impresión que produjo en Raskólnikov el cliente que estaba sentado a cierta distancia, con aire de funcionario cesante. Más tarde el joven se acordaría en varias ocasiones de esa primera impresión, e incluso la atribuyó a un presentimiento. Miró con

insistencia a aquel funcionario, en parte, naturalmente, porque él tampoco le quitaba la vista de encima, y se notaba que tenía ganas de entablar conversación. A las demás personas que había en la taberna, sin excluir al propio tabernero, el funcionario los miraba con cierta apatía, y hasta con desdén, y al mismo tiempo con un matiz de altiva condescendencia, como si se tratara de gente de condición y educación inferiores, con la que no tenía nada que tratar. El hombre pasaba ya de los cincuenta años, era de estatura mediana y complexión fornida, canoso y con una gran calva, con el rostro de un tono amarillento, y hasta verdoso, abotargado por el alcohol; tenía los párpados hinchados, y debajo de ellos brillaban con viveza unos ojillos enrojecidos, diminutos como dos ranuras. Pero había algo muy extraño en él: se advertía en su mirada una llama de exaltación —puede que también de sentido e inteligencia—, si bien no faltaban en ella, al mismo tiempo, destellos de locura. Vestía un viejo frac negro, completamente zarrapastroso, al que se le habían ido cayendo los botones. Solo le quedaba uno, y ese lo llevaba abrochado, en un deseo evidente de preservar un resto de decencia. Por debajo del chaleco de nanquín asomaba una pechera, toda arrugada, cubierta de manchas y lamparones. Tenía la cara afeitada, como un funcionario, pero hacía ya tiempo que no se rasuraba, y una cerrada sombra de barba gris empezaba a apuntar en ella. También en sus modales se advertía cierto aplomo burocrático. Pero estaba nervioso: se alborotaba el pelo y a veces, presa de la angustia, hundía la cabeza en las manos, con los codos harapientos apoyados en la mesa grasienta y pegajosa. Por fin, miró abiertamente a Raskólnikov y dijo en voz alta y firme:

—¿Me permite la osadía, honorable señor, de dirigirme a usted con ánimo de entablar una conversación decente? Pues, si bien no es el suyo un aspecto particularmente digno de respeto, la experiencia me induce a ver en usted a un hombre instruido y escasamente dado a la bebida. Siempre he respetado la instrucción cuando va unida a los sentimientos cordiales y yo, por otra parte, soy consejero

titular[12]. Marmeládov, así me apellido; consejero titular. Me atrevo a preguntarle: ¿ha servido usted como funcionario?

—No, estoy estudiando… —contestó el joven, un tanto sorprendido por el tono particularmente ampuloso de las palabras del hombre, y por haberse dirigido a él tan abiertamente, a bocajarro. A pesar del momentáneo deseo de compañía humana, de la clase que fuera, que acababa de sentir, en cuanto alguien le dirigía efectivamente la palabra, tenía su habitual sensación, tan desagradable como irritante, de aversión por cualquier desconocido que lo abordase o que, sencillamente, intentase relacionarse con él.

—¡Un estudiante, pues, o un antiguo estudiante! —exclamó el funcionario—. ¡Justo lo que pensaba! ¡Es mi experiencia, señor mío, mi larga experiencia! —Y, en señal de jactancia, se llevó un dedo a la frente—. ¡Usted ha sido estudiante o ha frecuentado alguna institución académica! Pero permítame… —Se puso de pie, titubeó, cogió su frasca y su vaso y fue a sentarse al lado del joven, situándose algo de través. Estaba borracho, pero hablaba con elocuencia y viveza, si bien perdía el hilo de su discurso y se le trababa la lengua. Se inclinaba sobre Raskólnikov con verdadera avidez, como si llevara un mes sin hablar con nadie—. Honorable señor —empezó a decir, casi con solemnidad—, la pobreza no es un vicio, esa es la verdad. También sé que la embriaguez, con más razón aún, no es una virtud. Sin embargo, honorable señor, la indigencia sí es un vicio. En la pobreza todavía se conserva la nobleza de los sentimientos innatos; en la indigencia, en cambio, nadie conserva nunca esa nobleza. A los indigentes no es que los ahuyenten a palos, sino que los barren a escobazos de la compañía humana para que resulte más humillante; y así debe ser, pues en la indigencia yo soy el primero que estoy dispuesto a humillarme. Y ¡de ahí mi afición a la bebida! Honorable señor, el mes pasado el señor Lebeziátnikov le dio una paliza a mi mujer, y ¡mi mujer no es como yo! ¿Me comprende, señor? Permítame que vuelva a hacerle una pregunta, aunque solo sea por mera curiosidad: ¿alguna vez ha pasado la noche en el Nevá, en una barcaza de heno?

—No, nunca —respondió Raskólnikov—. ¿Por qué?

—Verá, señor, de allí vengo yo, y son ya cinco noches…

Se llenó el vaso, lo vació de un trago y se quedó pensativo. En efecto, en su ropa y hasta en su pelo llevaba adheridas algunas briznas de heno. Era más que probable que no se hubiera cambiado ni se hubiera lavado en cinco días. Las manos, coloradas, con las uñas negras, las tenía particularmente sucias y grasientas.

Su conversación parecía despertar el interés general, aunque era un interés desganado. Los mozos del mostrador empezaron a soltar risitas. El patrón, por lo visto, había bajado a propósito del cuarto de arriba para escuchar al «gracioso» y se había sentado algo apartado, bostezando con indolencia, pero con dignidad. Era evidente que hacía mucho que conocían allí a Marmeládov. Muy probablemente el gusto de este por los discursos alambicados fuera consecuencia de su costumbre de entablar conversación con el primer desconocido que aparecía por la taberna. Para muchos borrachos, esta costumbre acaba convirtiéndose en una necesidad, sobre todo para aquellos a los que juzgan severamente y tratan a palos en su propia casa. De ahí que cuando están en compañía de otros bebedores traten continuamente de justificarse y, si es posible, de ganarse su consideración.

—¡A ver, gracioso! —dijo en voz alta el patrón—. ¿Cómo es que no trabajas? ¿Por qué no estás en tu puesto, si eres funcionario?

—¿Que por qué no estoy en mi puesto, buen señor? —respondió Marmeládov, dirigiéndose en exclusiva a Raskólnikov, como si la pregunta se la hubiera formulado él—. ¿Que por qué no estoy en mi puesto? ¿Acaso no me duele en el alma ver cómo me arrastro inútilmente? Cuando el señor Lebeziátnikov, hace un mes, pegó a mi mujer con sus propias manos, mientras yo estaba borracho como una cuba, ¿acaso no sufrí? Permítame, joven, ¿nunca se ha visto usted en el caso de… hum… de tener que pedir dinero prestado en vano?

—Sí… pero ¿cómo que en vano?

—Sí, totalmente en vano, sabiendo de antemano, señor, que uno no va a conseguir nada. Imagínese, por ejemplo, que usted ya sabe positivamente que cierto individuo, un ciudadano modélico e integérrimo, no va a prestarle dinero bajo ningún concepto, pues, me pregunto, ¿para qué se lo iba a prestar? Si sabe perfectamente que no va a devolvérselo. ¿Por compasión? Pues el señor Lebeziátnikov, que está al tanto de las nuevas ideas, explicaba el otro día que en nuestros tiempos la compasión está hasta prohibida por la ciencia, y eso es lo que hacen ahora en Inglaterra, donde impera la economía política. ¿Por qué iba a prestar dinero ese señor?, le pregunto. Pues bien, aun sabiendo de antemano que no lo va a prestar, hay que ponerse en marcha y…

—Pero ¿por qué quiere ir? —le interrumpió Raskólnikov.

—Porque ¡no tengo a quién recurrir, ni adónde acudir! Porque todo el mundo necesita tener adónde ir. Porque llega un momento en que uno siente la imperiosa necesidad de ir a alguna parte. Cuando mi hija unigénita fue por primera vez a recoger el pasaporte amarillo[13], yo fui con ella… (porque mi hija tiene el pasaporte amarillo, señor…) —añadió entre paréntesis, mirando al joven con cierta desazón—. ¡No pasa nada, señor, no pasa nada! —se apresuró a decir, con aparente calma, cuando les entró la risa a los dos mozos del mostrador y el propio patrón se sonrió—. ¡No pasa nada! Esos gestos que hacen con la cabeza no pueden turbarme, pues todo el mundo está al corriente de eso, y no hay nada encubierto que no haya de ser manifestado[14]; y no lo miro con desprecio, sino con humildad. ¡Así sea! ¡Así sea! «¡He aquí el hombre!». Con su permiso, joven: ¿podría usted…? Pero no, hay que expresarlo de un modo más fuerte, más elocuente: no es cuestión de si «podría» usted, sino de si «se atrevería» usted, mirándome en este instante, a afirmar rotundamente que no soy un cerdo…

El joven no respondió.

—Muy bien —siguió diciendo el orador con aplomo y hasta con mayor dignidad en esta ocasión, después de esperar a que cesaran

las risas en la sala—. Muy bien, así sea, ¡yo soy un cerdo, y ella es una señora! Yo parezco una fiera, mientras que Katerina Ivánovna, mi mujer, es una persona cultivada, hija de un oficial del ejército. Admitamos que yo soy un canalla, pero ella tiene un gran corazón, y está llena de sentimientos refinados por la educación. No obstante… ¡oh, si se hubiese compadecido de mí! Honorable señor, honorable señor, todo hombre debería tener un sitio al menos donde lo compadecieran. Y Katerina Ivánovna, a pesar de su magnanimidad, es una dama injusta… Y, aunque me doy perfecta cuenta de que, cuando me tira del pelo, lo hace tan solo por lástima (pues, no me avergüenzo de repetirlo, esa mujer me tira del pelo, joven) —aseguró con redoblada dignidad, después de haber oído nuevamente unas risitas—; pero si ella, Dios mío, al menos una vez… ¡No, no! ¡Todo esto es inútil, es hablar por hablar! ¡Es hablar por hablar!… Pues más de una vez mi deseo se ha visto satisfecho, más de una vez se ha compadecido de mí, pero… Así soy yo, ¡soy un animal sin remedio!

—¡Y tanto! —comentó el patrón, con un bostezo.

Marmeládov dio un puñetazo enérgico en la mesa.

—¡Sí, así soy yo! ¿Sabe usted, sabe usted, señor mío, que me he bebido hasta sus medias? No sus zapatos, porque esto formaría parte, hasta cierto punto, del orden de las cosas, sino sus medias, ¡sus medias me he bebido, señor! Y su esclavina de piel de cabra también me la he bebido, una que le habían regalado hacía mucho, y que era de su propiedad, no era mía; y vivimos en un cuartucho helado, y este invierno ha cogido frío y ha empezado a toser y a escupir sangre. Tenemos tres niños pequeños, y Katerina Ivánovna trabaja de la mañana a la noche, fregando y limpiando y lavando a los niños, pues está habituada a la limpieza desde su más tierna infancia, y tiene el pecho delicado, con propensión a la tisis, y yo bien que lo siento. ¿Cómo no iba a sentirlo? Y, cuanto más bebo, más lo siento. Por eso mismo bebo, buscando en la bebida sentimiento y compasión. No busco alegría, solo busco aflicción… ¡Bebo porque quiero padecer doblemente! —Y apoyó la cabeza en la mesa, en un

gesto de desesperación—. Joven —prosiguió, levantando la cabeza de nuevo—, me parece advertir en su semblante cierto dolor. En cuanto entró, ya tuve esa impresión; por eso mismo, inmediatamente me he dirigido a usted. Porque, al hacerle partícipe de la historia de mi vida, no tengo intención de ponerme en ridículo delante de estos haraganes, que, en cualquier caso, ya la conocen en detalle, sino que busco a un hombre sensible y educado. Sepa que mi mujer se educó en una respetable escuela provincial para señoritas de la nobleza, y al concluir sus estudios bailó con el chal delante del gobernador y de otras personalidades, en virtud de lo cual fue premiada con una medalla de oro y recibió un certificado acreditativo. La medalla… bueno, la medalla se vendió… hace ya tiempo… hum… El certificado aún lo guarda en su baúl, y hace poco se lo enseñó a la patrona. Aunque est á todo el santo día discutiendo con la patrona, deseaba jactarse ante quien fuera y rememorar los días felices del pasado. Yo no la juzgo, no la juzgo, pues lo único que le queda son sus recuerdos, y ¡todo lo demás se lo ha llevado el viento! Sí, sí; es una mujer vehemente, orgullosa y firme. Ella misma friega el suelo y se alimenta de pan negro, pero no permite que nadie le falte al respeto. Por eso no estaba dispuesta a tolerar las groserías del señor Lebeziátnikov y, cuando este la golpeó por ese motivo, tuvo que guardar cama, no tanto por los golpes recibidos como por razones sentimentales. Ya era viuda cuando me casé con ella, con tres hijos, a cual más pequeño. Con su primer marido, un oficial de infantería, se había casado por amor: se había fugado con él de casa de sus padres. Amaba con locura a aquel hombre, pero él se dio al juego, fue a juicio, y en esas estaba cuando murió. Al final, él le pegaba; y aunque ella no se lo consentía, cosa que sé positivamente, gracias a una serie de documentos, aún hoy lo recuerda con lágrimas en los ojos, y no deja de compararme con él; pero yo me alegro, me alegro de que, aunque solo sea en su imaginación, se crea que alguna vez fue feliz… A la muerte de su marido, se quedó a vivir con sus tres hijos pequeños en un distrito remoto y salvaje, donde yo me hallaba por aquel entonces, en una situación de miseria tan desesperada que

yo, aunque he visto de todo, no tengo ánimos para describir. Todos sus parientes la dieron de lado. Pero era orgullosa, demasiado orgullosa… Y entonces, honorable señor, entonces yo, que también estaba viudo y tenía una hija de catorce años de mi primera mujer, le ofrecí mi mano, pues no podía verla sufrir de ese modo. ¡Juzgue usted mismo a qué grado no llegarían sus desgracias para que una mujer como ella, instruida y formada y de una familia notable, aceptara casarse conmigo! Llorando y sollozando, y retorciéndose las manos, ¡se casó conmigo! No tenía adónde ir. ¿Entiende usted, entiende, honorable señor, lo que significa no tener adónde ir? ¡No! Eso todavía no lo puede entender… Durante todo un año cumplí con mi deber honrada y santamente, y esto ni lo toqué —rozó con el dedo la frasca de medio *shtof*[15]—, porque tengo sentimientos. Pero aun así no pude complacerla; y en estas perdí mi puesto, aunque tampoco fue po r culpa mía, sino por ciertos cambios en el personal, y ¡entonces sí que me di a la bebida!… Pronto va a hacer año y medio desde que, finalmente, después de innumerables calamidades y continuas peregrinaciones, nos vimos en esta grandiosa capital, embellecida por incontables monumentos. Y aquí encontré un puesto… Lo encontré y volví a perderlo. ¿Me entiende, señor? Aquí sí que lo perdí por mi culpa, pues afloró este rasgo mío… Ahora vivimos en un cuchitril, nuestra patrona es Amalia Fiódorovna Lippewechsel; ahora, de qué vivimos y con qué pagamos, eso sí que no lo sé. Residen allí numerosos inquilinos, aparte de nosotros… Es un verdadero pandemonio, señor, un desbarajuste… hum… sí… Y entretanto ha crecido la hija que tuve del primer matrimonio, y lo que ha tenido que soportar de su madrastra esta hija mía según ha ido creciendo mejor me lo callo. Porque Katerina Ivánovna, si bien está llena de sentimientos magnánimos, es una dama impulsiva e irascible, y no se contiene… ¡Sí! Pero ¡de nada sirve recordarlo ahora! Como puede suponer, Sonia[16] carece de instrucción. Intenté estudiar con ella, hará como cuatro años, geografía e historia universal; pero, como esas materias tampoco son mi fuerte, y además no contábamos con buenos manuales, porque teníamos cada libro…

¡hum!… Bueno, ahora ya no tenemos ni esos, de modo que se ha acabado toda la instrucción. Nos quedamos en Ciro de Persia. Después, una vez alcanzada la edad adulta, ha leído algunos libros de carácter novelesco, y últimamente, por mediación del señor Lebeziátnikov, ha leído otro libro, la *Fisiología* de Lewes[17], ¿lo conoce usted? Lo ha leído con enorme interés, e incluso nos ha dado a conocer algunos pasajes del libro; ya lo ve: esa es toda su formación. Pero ahora me permito plantearle, honorable señor, una pregunta por mi cuenta, una pregunta de índole privada: en su opinión, una muchacha pobre pero honrada ¿puede ganar mucho con su trabajo?… No gana ni quince kopeks al día, señor, si es honrada y no tiene especiales talentos, y eso ¡trabajando sin descanso! Y aún hay más: el consejero civil Klopstock, Iván Ivánovich, ¿ha oído hablar de él?, no solo no le ha pagado hasta la fecha media docena de camisas de holanda que cosió para él, sino que incluso la echó con cajas destempladas, dándole de patadas y vilipendiándola, con el pretexto de que los cuellos de las camisas no se ajustaban a las medidas y le quedaban torcidos. Y, a todo esto, las pobres criaturas muertas de hambre… Y, mientras tanto, Katerina Ivánovna yendo y viniendo por la habitación, retorciéndose las manos, con esas manchas rojas que salen en las mejillas cuando se padece esa enfermedad. «Aquí vives de balde, comes y bebes y estás bien caliente», eso es lo que le dice. Pero qué va a comer y beber, ¡si hasta los pobres niños se pasan tres días sin ver un mendrugo de pan! Yo en esos momentos estaba acostado… pues sí, estaba acostado, borracho, y oí a mi Sonia (es muy tímida, con esa vocecita tan dulce… rubia, la carita delgada y siempre pálida) que decía: «Pero, Katerina Ivánovna, ¿cómo voy a hacer yo algo así?». Y es que Daria Frántsevna, una mujer con muy malas intenciones, sobradamente conocida por la policía, había venido dos o tres veces a informarse por mediación de la patrona. «¿Por qué no? —le responde Katerina Ivánovna, en tono de burla—. ¿Qué quieres guardar? ¡Vaya un tesoro!». Pero no la culpe, buen señor, ¡no la culpe! No estaba en su sano juicio en el momento de decirlo, sino en

un estado de agitación, enferma y teniendo que oír el llanto de los niños que no habían comido, y además lo dijo más por ofender que en un sentido literal… Porque Katerina Ivánovna tiene ese carácter y, cada vez que a los niños les da por llorar, aunque sea de hambre, enseguida se pone a pegarles. Total, que pasaban de las cinco cuando vi que Sónechka se levantaba, se ponía un pañuelo, se ponía la esclavina y se marchaba de casa, para volver antes de las nueve. Al volver, fue derecha a ver a Katerina Ivánovna y, sin decir nada, le dejó treinta rublos en la mesa. No abrió la boca, ni siquiera la miró, y se limitó a coger un chal verde y grande de *drap de dames*[18] (tenemos un chal de *drap de dames* en casa, compartido), se cubrió con él la cabeza y el rostro y se echó en la cama, de cara a la pared, pero los frágiles hombros y el cuerpo le temblaban sin parar… Y yo seguía acostado, en el mismo estado de antes… Y entonces, joven, entonces vi cómo después de esto Katerina Ivánovna, también sin decir nada, se acercó a la cama de Sónechka y allí se quedó toda la noche, arrodillada a su lado, besándole los pies, sin querer levantarse, hasta que las dos se durmieron juntas, abrazadas… las dos juntas, las dos… sí, señor… y yo, mientras tanto… borracho en la cama, señor. —Marmeládov se quedó callado, como si le hubiera fallado la voz. Después se llenó el vaso precipitadamente, bebió y carraspeó—. Desde entonces, señor mío —prosiguió, después de una pausa—, desde entonces, debido a un desagradable incidente y a la denuncia de una serie de personas malintencionadas (en todo lo cual ha tomado parte activa Daria Frántsevna, porque, según ella, no la habían tratado con el debido respeto), desde entonces mi hija, Sofia Semiónovna, se ha visto obligada a llevar el pasaporte amarillo, y por este motivo no ha podido seguir viviendo con nosotros. Pues la patrona, Amalia Fiódorovna, no estaba dispuesta a consentirlo (y ya antes había apoyado a Daria Frántsevna), y en cuanto al señor Lebeziátnikov… hum… Toda esa historia con Katerina Ivánovna fue por culpa de Sonia. Al principio él andaba detrás de Sónechka, hasta que de repente salió a relucir su amor propio: «Un hombre de mi educación ¿cómo va a vivir en la misma casa que una mujer de su

calaña?». Pero Katerina Ivánovna no se amilanó, salió en defensa de ella… bueno, y pasó lo que tenía que pasar… Ahora Sónechka viene a vernos, sobre todo, a la caída de la tarde, y le echa una mano a Katerina Ivánovna, y nos ayuda en la medida de sus posibilidades… Vive de alquiler en casa del sastre Kapernaúmov, le ha alquilado un cuarto; Kapernaúmov es cojo y tartamudo, y sus numerosos parientes son todos tartamudos también. Lo mismo que su mujer… Viven todos en el mismo cuarto, pero Sonia tiene uno propio, separado por un tabique… Hum, sí… Es una gente de lo más pobre, y todos tartamudos… sí… Total, que me levanto una mañana, me pongo mis harapos, levanto las manos al cielo y me dirijo a ver a su excelencia Iván Afanásievich. ¿Conoce usted a su excelencia Iván Afanásievich?… ¿No? Entonces ¡no conoce usted a un santo varón! Es como cera… cera ante el rostro del Señor; ¡como la cera se derrite[19]! Se le saltaban las lágrimas después de oírlo todo. «Bien, Marmeládov —me decía—, ya has defraudado una vez mis expectativas… Voy a hacerme nuevamente responsable de ti —eso me dijo—; no lo olvides —dijo—, ¡puedes retirarte!». Besé el polvo de sus pies, con el pensamiento, porque en la realidad no me lo habría permitido, un alto dignatario como él, y un hombre imbuido de ideas políticas modernas e ilustradas. Volví a casa y, en cuanto anuncié que me reincorporaba al servicio y que iba a cobrar un sueldo, Dios mío, ¡la que se montó!…

Marmeládov, muy agitado, volvió a hacer una pausa. En ese momento entraba de la calle toda una partida de bebedores, que ya venían borrachos, y se oyeron las notas de un organillo alquilado y la voz cascada de un chiquillo de siete años, cantando *La alquería*[20]. Había mucho ruido. El tabernero y los mozos atendieron a los recién llegados. Marmeládov, sin prestarles atención, prosiguió su relato. Parecía muy debilitado, pero, cuanto más borracho estaba, más parlanchín se volvía. Los recuerdos de su reciente triunfo en el trabajo parecían haberlo reanimado y hasta se reflejaban en su semblante con una especie de resplandor. Raskólnikov escuchaba atentamente.

—Esto fue hace cinco semanas, mi buen señor. Sí… En cuanto se enteraron ellas dos, Katerina Ivánovna y Sónechka, me sentí transportado, Dios mío, al reino celestial. Antes estaba ahí tirado, como una bestia, y todo eran insultos. En cambio, ahora entran de puntillas, procuran hacer callar a los niños: «Semión Zajárych ha venido fatigado del trabajo y necesita descansar, ¡chitón!». Me preparan café antes de ir a trabajar, y ¡nata hervida! Han empezado a ponerme nata de verdad, ¡óigame bien! Y lo que no puedo entender es cómo habrán reunido el dinero para un vestuario decente: once rublos con cincuenta kopeks. Las botas, las pecheras de calicó, espléndidas, el uniforme… por once rublos y medio, tiene todo un aspecto imponente. Llego a casa el primer día por la mañana, después del trabajo, y miro: Katerina Ivánovna había preparado dos platos, sopa y carne asada con salsa de rábanos, lo nunca visto. No tenía ni un solo vestido… lo que se dice ni uno, señor, pero se arregló como si fuera de visita; y no es que tuviera con qué hacerse un vestido, es que ellas se apañan con nada: un peinado, uno de esos cuellos limpios, unos manguitos, y hasta parecía otra persona, más joven y más guapa. Sónechka, mi palomita, se limitaba a ayudarnos con dinero. «Por una temporada —nos decía— no conviene que venga muy a menudo. Si acaso, alguna vez, al ponerse el sol, para que no me vea nadie». ¿Lo está oyendo? Me echo un rato después de comer, y qué diría usted que pasó: pues que Katerina Ivánovna no se pudo aguantar. No hacía una semana que había tenido una pelea tremenda con nuestra casera, Amalia Fiódorovna, y ahora va y la invita a una taza de café. Dos horas estuvieron juntas, cuchicheando sin parar: «Pues sí, Semión Zajárych tiene ahora trabajo y se gana su sueldo, y fue a presentarse a su excelencia, y su excelencia salió a recibirlo, hizo esperar a los demás, y delante de todo el mundo lo tomó de la mano y lo hizo pasar a su despacho». ¿Lo está oyendo? «Naturalmente —le dice—, Semión Zajárych, recordando sus servicios, y a pesar de su inclinación por esa frívola debilidad, habida cuenta de sus promesas de ahora y habida cuenta, ante todo, de que sin usted nos ha ido

bastante mal —¿lo está oyendo?—, debo confiar ahora en su palabra de caballero». Pues bien, todo esto, se lo digo yo, es invención suya, y no es que haya sido por ligereza, por el afán de presumir. Nada de eso, señor, ella se lo cree, se distrae con sus propias invenciones, ¡le doy mi palabra! Y no se lo reprocho, ¡no, eso no se lo reprocho!… Cuando, hace seis días, le lleve íntegra mi primera paga, veintitrés rublos y cuarenta kopeks, me llamó cielo: «¡Eres un cielo!», me dijo. Y estábamos a solas, ¿me entiende? Y, ya ve usted, ¿qué encanto tengo yo? Y ¿qué valgo yo como marido? Pues nada, me pellizca un carrillo, y me dice: «¡Eres un cielo!».

Marmeládov hizo una pausa, trató de sonreír, pero de pronto la barbilla le empezó a temblar. Aunque logró controlarse. La taberna, su aspecto depravado, las cinco noches en las barcazas de heno, la frasca… y unido a todo eso, su amor enfermizo por su mujer y su familia tenían perplejo a su interlocutor. Raskólnikov escuchaba con la máxima atención, pero con una sensación penosa. Lamentaba haber entrado en ese sitio.

—¡Honorable señor, honorable señor! —exclamó Marmeládov, ya repuesto—. Es posible, oh, señor mío, que usted se tome a risa todo esto, como les pasa a los demás, y lo único que estoy haciendo es molestarle con la estupidez de todos estos detalles insignificantes de mi vida doméstica, pero ¡yo no me lo tomo a risa! Porque puedo sentirlo… Y a lo largo de todo aquel día glorioso de mi vida y de toda aquella tarde me entregué a los sueños más volubles, pensando en cómo podía arreglármelas: tenía que vestir a los niños, devolverle la tranquilidad a mi mujer, arrancar a mi hija unigénita de la indignidad y reintegrarla en el seno familiar… Y mucho más, mucho más… Si se me permite, señor. Pero el caso, señor —Marmeládov de pronto pareció estremecerse, levantó la cabeza y miró fijamente a su interlocutor—, el caso es que al día siguiente, después de todos esos sueños, es decir, hace cinco días justos, a la caída de la tarde, valiéndome de una artimaña, como ladrón en la noche[21], le robé la llave del cofre a Katerina Ivánovna, saqué lo que quedaba del salario que había llevado a casa, ya no recuerdo cuánto era, y ahora

mírenme, ¡todos ustedes! Llevo cinco días fuera de casa, y allí me están buscando, y he perdido el empleo, y mi uniforme se quedó en una taberna en el puente Egipcio[22], a cambio me dieron esta ropa… y ¡todo está perdido!

Marmeládov se dio un golpe con el puño en la frente, apretó los dientes, cerró los ojos y se apoyó firmemente con el codo en la mesa. Pero al momento la expresión le cambió súbitamente y, con una especie de malicia estudiada y de impertinencia fingida, miró a Raskólnikov, se echó a reír y dijo:

—Hoy he estado en casa de Sonia, ¡he ido a pedirle para beber! ¡Je, je, je!

—No me diga que se lo ha dado… —gritó uno de los recién llegados, y se rió como un descosido.

—Pues mire, este medio *shtof* lo he pagado con su dinero —declaró Marmeládov, dirigiéndose exclusivamente a Raskólnikov—. Treinta kopeks me ha dado, con sus propias manos, los últimos que tenía, yo mismo lo he visto… No ha dicho nada, se ha limitado a mirarme en silencio… Esas cosas no se ven en la tierra, sino allá arriba… Sufren por los hombres, lloran, pero ¡no los condenan, no los condenan! Pero así duele más, duele más, señor, cuando no te condenan… Treinta kopeks, eso es, señor. ¿Qué pasa si ahora le hacen falta a ella, eh? ¿Qué piensa usted, mi querido señor? Porque ella ahora tiene que cuidar su aseo. Y ese aseo cuesta un dineral, es un aseo especial, ¿me entiende? ¿Me entiende? Y tiene que comprar pomadas, no hay más remedio, y enaguas almidonadas, zapatos de esos tan garbosos, para lucir un poco el pie cuando hay que pasar por encima de un charco. ¿Entiende usted, entiende usted, señor, lo que supone tanto aseo? Pues ya lo ve, resulta que yo, su propio padre, le he sacado treinta kopeks para emborracharme. Y ¡me los estoy bebiendo! Y ¡ya me los he bebido!… Así, ¿quién va a compadecerse de un hombre como yo? ¿Eh? ¿Se compadece usted ahora de mí, señor, o no se compadece? Dígame, señor, ¿le doy a usted pena o no? ¡Je, je, je, je!

Quiso servirse, pero ya no quedaba nada. El medio *shtof* estaba vacío.

—Compadecerte, ¿por qué? —exclamó el patrón, que había vuelto a acercarse hasta ellos.

Se oyeron risas y hasta algunos insultos. Se reían e insultaban los que estaban escuchando y los que no estaban escuchando: solo necesitaban ver la figura del funcionario cesante.

—¡Compadecerme! ¿Por qué iban a compadecerme? —bramó de repente Marmeládov, poniéndose de pie con el brazo extendido hacia el frente, decididamente inspirado, como si solo hubiera estado esperando oír esas palabras—. Dices que por qué tienen que compadecerme. ¡Es verdad! ¡No soy digno de compasión! ¡Lo que tienen que hacer es crucificarme, clavarme en una cruz, y no compadecerme! ¡Crucifícalo, juez, crucifícalo y, una vez crucificado, compadécelo! Y entonces ¡yo mismo iré para ser crucificado, pues no es alegría lo que ansío, sino lágrimas y aflicción!… ¿Qué te crees, vendedor? ¿Que este medio *shtof* tuyo me ha proporcionado placer? Aflicción, aflicción es lo que buscaba en el fondo del vaso, lágrimas y aflicción, y las he probado, y las he encontrado. Y se compadecerá de nosotros Aquel que se ha compadecido de todos los hombres, Aquel que ha comprendido a todos los hombres, que ha comprendido todo, Aquel que es el único, y también el juez. Vendrá ese día y preguntará: «¿Dónde está la hija que se ha sacrificado por una madrastra tísica y malvada, por unas criaturas nacidas de otra madre? ¿Dónde está la hija que se ha compadecido de su padre terrenal, un borracho despreciable, sin temor de su brutalidad?». Y dirá: «¡Ven a mí! Ya te he perdonado una vez… Te he perdonado una vez… Y ahora tus muchos pecados te son perdonados, pues tú has amado mucho[23]»… Y perdonará a mi Sonia, la perdonará, ya sé que la perdonará… ¡Hace un rato, cuando estuve en su casa, lo sentí en mi corazón! Y a todos los juzgará y los perdonará, a los buenos y a los malos, a los sabios y a los mansos… Y, cuando haya acabado con todos, entonces nos llamará a nosotros, diciendo: «¡Acercaos vosotros también! ¡Acercaos los bebedores, acercaos los débiles,

acercaos los desvergonzados!». Y nosotros nos acercaremos, sin reparo, y nos detendremos ante Él. Y nos dirá: «¡Sois unos cerdos! Estáis hechos a imagen de la bestia y marcados con su sello; pero ¡acercaos vosotros también!». Y exclamarán los sabios, exclamarán los sensatos: «¡Señor! ¿Por qué los acoges?». Y Él dirá: «Los acojo, sabios, los acojo, sensatos, porque ni uno solo de ellos se ha juzgado digno de esto». Y extenderá sus brazos hacia nosotros, y nosotros nos postraremos ante él… y romperemos a llorar… ¡y lo comprenderemos todo! Entonces ¡lo comprenderemos todo!… Y todos lo comprenderán… también Katerina Ivánovna… también ella lo comprenderá… ¡Venga a nosotros tu reino, Señor!

Se desplomó en el banco, exhausto e impotente, sin mirar a nadie, como ajeno a todo lo que lo rodeaba y profundamente pensativo. Sus palabras habían causado cierta impresión; por un momento se hizo el silencio, pero no tardaron en estallar de nuevo los gritos y los improperios:

—¡Ha dicho!

—¡Qué disparates!

—¡El funcionario!

Y etcétera, etcétera.

—Vámonos, señor —dijo de pronto Marmeládov, levantando la cabeza y dirigiéndose a Raskólnikov—. Acompáñeme… Es en casa de Cosel, entrando por el patio. Ya es hora de que vuelva con Katerina Ivánovna…

Hacía ya un buen rato que Raskólnikov quería marcharse; y él mismo había pensado en ayudar a Marmeládov. A este las piernas le flaqueaban bastante más que el habla, y apoyó todo su peso en el joven. Tenían que recorrer doscientos o trescientos pasos. A medida que se acercaban a la casa, la turbación y el temor del borracho iban en aumento.

—Ahora no es Katerina Ivánovna quien me da miedo —mascullaba nervioso—, ni que empiece a tirarme del pelo. ¡El pelo!… ¡A quién le importa el pelo! Eso es lo que digo. Casi es mejor cuando me tira del pelo, no es eso lo que me da miedo… Yo… son sus ojos

lo que me da miedo… sí… sus ojos… También me dan miedo esas manchas rojas en las mejillas… y además… su respiración me da miedo… ¿Te has fijado en cómo respiran las personas que tienen esa enfermedad… cuando están excitadas? También me da miedo el llanto de los niños… Porque, si Sonia no les ha dado de comer, entonces… ¡no sé yo!, ¡no sé yo!… Los golpes, en cambio, no me dan miedo. Que sepas, señor, que esa clase de golpes no solo no me hacen daño, sino que disfruto con ellos. No podría pasarme sin ellos. Es mejor así. Que me pegue es un alivio… mejor así. Ahí está mi casa. La casa de Cosel. De ese cerrajero alemán, un hombre rico… ¡Guíame!

Atravesaron el patio y subieron al cuarto piso. Cuanto más subían, más oscura estaba la escalera. Ya eran casi las once y, aunque en esa época del año en San Petersburgo no hay plena noche, en lo alto de las escaleras la oscuridad era completa.

Al final de las escaleras, en lo más alto, había una puerta pequeña y ahumada, y se encontraba abierta. Un cabo de vela iluminaba una habitación miserable, de unos diez pasos de largo; era visible en su totalidad desde el vestíbulo. Reinaba el desorden y había cosas por todas partes, sobre todo ropas de niño. En el rincón del fondo habían tendido una sábana llena de agujeros. Detrás de ella, con seguridad, habría una cama. En el cuarto, como tal, se veían únicamente dos sillas y un sofá forrado de hule, destrozado, delante del cual había una vieja mesa de cocina, de madera de pino, sin pintar y sin cubrir. En un extremo de la mesa, en una palmatoria de hierro, había un cabo de vela de sebo, ya consumido. Así pues, los Marmeládov tenían una habitación para ellos solos, no un mero rincón, pero era una habitación de paso. La puerta que daba a los otros cuartos, o más bien jaulas, que componían el piso de Amalia Lippewechsel, estaba entreabierta. Se oían ruidos y gritos. La gente se reía a carcajadas. Por lo visto, estaban jugando a las cartas y tomando té. De allí llegaban a veces palabras escasamente ceremoniosas.

Raskólnikov identificó enseguida a Katerina Ivánovna. Era una mujer terriblemente consumida, delgada, bastante alta y esbelta, con una cabellera castaña, todavía hermosa; sus mejillas, efectivamente, estaban cubiertas de manchas rojas. Se paseaba de un lado a otro de la pequeña habitación, oprimiéndose el pecho con las manos; tenía los labios agrietados, y su respiración era desigual y entrecortada. Había en sus ojos un brillo febril, pero la mirada era dura e inmóvil, y aquel rostro tísico y agitado, a la luz mortecina del cabo de vela ya consumido, producía una penosa impresión. A Raskólnikov le pareció que tendría unos treinta años, y en verdad Marmeládov y ella hacían una extraña pareja… No había sentido su llegada ni había reparado en su presencia; estaba como abstraída en sus pensamientos, sin ver ni oír. La atmósfera en el cuarto estaba muy cargada, pero tenía las ventanas cerradas; olía muy mal en las escaleras, a pesar de lo cual la puerta de entrada estaba abierta. De las habitaciones interiores llegaban, a través de la puerta entornada, oleadas de humo de tabaco; la mujer tosía, pero no se le había ocurrido cerrar del todo esa puerta. La niña más pequeña, que tendría seis años, dormía en el suelo, medio sentada, con el cuerpo encorvado y la cabeza hundida en el sofá. El chico, un año mayor que ella, lloraba y temblaba en un rincón; seguramente acababan de darle unos azotes. En cuanto a la hija mayor, de unos nueve años, alta y delgada como una cerilla, vestía una camisola llena de agujeros y llevaba echada sobre los hombros desnudos una ajada capa de *drap de dames* que debían de haberle cosido un par de años antes, porque ahora no le llegaba ni a las rodillas; estaba en un rincón, al lado de su hermanito, rodeándole el cuello con su brazo largo y esquelético como un palo. Seguramente estaba consolándolo, susurrándole algo, haciendo todo lo posible para que no se cogiera otro berrinche, y al mismo tiempo vigilaba recelosa a su madre con sus enormes ojos oscuros, que parecían aún más grandes en aquella carita demacrada y asustada. Marmeládov, sin entrar en el cuarto, se arrodilló en el mismo umbral y empujó a Raskólnikov para que pasara primero. Al ver a un desconocido, la mujer se quedó parada,

con aire distraído, delante de él; por un instante pareció reaccionar y preguntarse: «¿A qué habrá venido este hombre?». Pero enseguida debió de suponer que iría a alguno de los otros cuartos y no tendría más remedio que pasar por el suyo. En vista de lo cual, y sin prestarle mayor atención, se acercó a la puerta de entrada, dispuesta a cerrarla, y soltó un grito repentino al ver a su marido arrodillado en el umbral.

—¡Mira! —exclamó, fuera de sí—. Pero ¡si ha vuelto! ¡Delincuente! ¡Monstruo!… ¿Dónde está el dinero? ¡A ver, enseña lo que llevas en el bolsillo! ¡Si esta no es tu ropa! ¿Dónde está tu ropa? ¿Dónde está el dinero? ¡Habla!…

Y empezó a registrarle. De inmediato Marmeládov, sumiso y obediente, extendió los brazos hacia los lados para facilitar la búsqueda. No había ni un kopek.

—¿Dónde está el dinero? —gritaba la mujer—. ¡Ay, Señor, no me digas que se lo ha bebido todo! ¡Si quedaban doce rublos en el cofre!… —Y de repente, en un ataque de furia, lo cogió de los pelos y lo metió a rastras en la habitación. El propio Marmeládov aliviaba su carga, reptando humildemente de rodillas.

—¡Esto es un placer para mí! No me hace ningún daño, es un pla-cer, ho-no-ra-ble se-ñor —gritaba, mientras su mujer lo zarandeaba tirándole del pelo, llegando en algún momento a golpearse la frente contra el suelo.

La cría que dormía se despertó y rompió a llorar. El chico del rincón no pudo aguantar más: empezó a estremecerse y a chillar, y se arrojó en brazos de su hermana, aterrorizado, a punto de sufrir un ataque. La hermana mayor, adormilada, temblaba como una hoja.

—¡Se lo ha bebido! ¡Se lo ha bebido todo! —gritaba desesperada la pobre mujer—. Y ¡la ropa no es la suya! ¡Están muertos de hambre, muertos de hambre! —Y, retorciéndose las manos, señalaba a los niños—. ¡Ah, qué asco de vida! Y a usted, a usted no le dará vergüenza —de repente se encaró con Raskólnikov— ¡venir así de la taberna! ¿Has bebido con él? ¡Tú también has bebido con él! ¡Largo de aquí!

El joven se apresuró a marcharse, sin decir una palabra. Para colmo, la puerta interior se abrió de par en par, y se dejaron ver algunos curiosos. Varios tipos burlones y descarados, tocados con bonete, fumando cigarrillos y pipas, fueron asomando la cabeza. Iban apareciendo figuras con la bata completamente desabrochada, o con ropa veraniega, ligera hasta la indecencia; otras tenían cartas en la mano. Se rieron de muy buena gana cuando Marmeládov, arrastrado por los pelos, gritó que eso era un placer para él. Empezaron incluso a entrar en el cuarto; por fin se oyó un grito ominoso: era Amalia Lippewechsel en persona, abriéndose paso para restaurar el orden, a su manera, y amedrentar a la pobre mujer, ordenándole en un tono insultante que dejara la habitación al día siguiente. Antes de salir, Raskólnikov aún tuvo tiempo de llevarse la mano al bolsillo, reunir las pocas monedas que le habían dado en la taberna como vuelta del rublo y depositarlas inadvertidamente en un ventanuco. Más tarde, una vez en las escaleras, se lo pensó mejor y estuvo a punto de volver.

«Menuda tontería he hecho —pensó—; ellos tienen a Sonia, y a mí me hace falta». Pero, considerando que ya no podía recuperar el dinero y que, de todos modos, aunque hubiera podido, tampoco lo habría hecho, con un gesto de resignación decidió volver a casa. «Además, Sonia necesita las pomadas —siguió diciéndose a sí mismo, yendo por la calle, con una sonrisa sarcástica—, ese aseo cuesta un dineral… ¡Hum! Y a lo mejor hoy Sónechka está en la ruina, porque en estas cosas siempre hay un riesgo, la caza mayor… la minería del oro… En ese caso, sin mi dinero, mañana no tendrían un pedazo de pan que llevarse a la boca… ¡Bien por Sonia! ¡Han encontrado en ella una verdadera mina! Y ¡le sacan partido! ¡Y tanto que le sacan partido! Y se han acostumbrado. Han llorado por ella, y se han acostumbrado. A todo se acostumbra el hombre, ¡el muy canalla!».

Se quedó pensativo.

—Pero ¿y si no es verdad? —exclamó de pronto, sin querer—. ¿Y si en realidad el hombre no es *un canalla*, así, en general, quiero

decir, toda la raza humana? En ese caso, todo lo demás son prejuicios, son solo temores fingidos, y no hay ningún límite, ¡y así es como tiene que ser!…

III

Al día siguiente se levantó tarde, después de un sueño agitado. Pero el sueño no le había dado nuevas fuerzas. Se despertó bilioso, irritable, de mal humor, y miró su cuartucho con odio. Se trataba de una jaula diminuta, de unos seis pasos de largo; tenía un aspecto deprimente con aquel papel amarillento, lleno de polvo, medio desprendido de las paredes, y era tan bajo que un hombre medianamente alto no podía estar allí tranquilo, pensando a cada momento que iba a darse con la cabeza en el techo. El mobiliario estaba en consonancia con el cuarto: además de tres sillas viejas y más bien cojas, había una mesa pintada en un rincón, con algunos cuadernos y libros —solo por el polvo que acumulaban era evidente que nadie los había abierto en mucho tiempo—; por último, un sofá grande y desmañado ocupaba casi toda la pared y la mitad del espacio disponible; en su día lo habían tapizado de percal, pero ahora estaba hecho jirones, y Raskólnikov lo usaba como cama. Muchas veces dormía vestido, sin sábanas, cubierto con su viejo y ajado abrigo de estudiante, con la cabeza apoyada en un pequeño cojín, debajo del cual metía toda la ropa interior que tuviera, tanto limpia como usada, para alzarlo un poco más. Enfrente del sofá había una mesita pequeña.

Era difícil caer más bajo y vivir con mayor abandono, pero Raskólnikov, dado su estado anímico, incluso disfrutaba. Había decidido aislarse de todo el mundo, como una tortuga en su caparazón, y hasta la cara de la criada que tenía la obligación de servirle y que de vez en cuando asomaba la nariz a su cuarto le revolvía las tripas y le producía convulsiones. Es lo que suele ocurrirles a ciertos monomaníacos que se concentran exclusivamente en una idea. Hacía dos semanas que su patrona había dejado de mandarle las comidas, y hasta el momento no había pensado en

bajar a pedirle explicaciones, aunque se quedara sin comer. Nastasia, la cocinera y única criada de la patrona, estaba encantada con esa actitud del inquilino: ya no tenía que ocuparse de limpiar y barrer su cuarto, y se limitaba a pasar la escoba una vez a la semana, de casualidad. Era ella la que acababa de despertarlo.

—¡Levanta! ¿Qué haces durmiendo? —le gritó—. Ya son más de las nueve. Te he traído té, ¿quieres una tacita? Hay que ver, estás en los huesos.

El inquilino abrió los ojos, se estremeció y reconoció a Nastasia.

—Y este té ¿me lo manda la patrona? —preguntó, incorporándose despacio en el sofá con aire enfermizo.

—¡La patrona! ¡Qué cosas tienes!

Le puso delante su propia tetera rajada, llena de té aguado, y le dejó dos terrones amarillentos de azúcar.

—Anda, Nastasia, coge esto, por favor —dijo, después de rebuscar en el bolsillo (pues había dormido vestido) y sacar un puñado de monedas—, y baja a comprarme un panecillo. Y tráeme del charcutero aunque sea un poco de *kolbasá*[24], del más barato.

—El panecillo te lo traigo ahora mismo, pero ¿no prefieres un poco de *shchi*[25] en vez de *kolbasá*? Está muy buena, es de ayer. Ayer ya te guardé, pero viniste tarde. Muy buena.

Una vez que le trajo el plato de *shchi* y él se puso a tomarlo, Nastasia se sentó a su lado en el sofá y empezó a parlotear. Era una aldeana y hablaba por los codos.

—Praskovia Pávlovna quiere ir a la policía a presentar una denuncia contra ti —dijo.

Él frunció con fuerza el entrecejo.

—¿A la policía? ¿Qué es lo que quiere?

—Ni le pagas ni dejas el cuarto. Está claro qué es lo que quiere.

—Maldita sea, es lo único que me faltaba —refunfuñó, con los dientes rechinando—. No, en estos momentos… no me viene nada bien… Es idiota —añadió en voz alta—. Hoy mismo bajo a hablar con ella.

—Seguro que es idiota, igual que yo, pero tú, tan listo que eres, ¿qué haces ahí tirado como un saco, que no se te ve el pelo? Antes, según dices, dabas clases a unos niños, ¿por qué ya no haces nada?

—Sí hago algo… —dijo Raskólnikov de mala gana, con sequedad.

—¿Qué haces?

—Un trabajo…

—¿Qué trabajo?

—Pienso —respondió con toda seriedad, después de un silencio.

Nastasia se partió de la risa. Era una mujer risueña y, cuando la hacían reír, se reía en silencio, sacudiéndose y estremeciéndose con todo el cuerpo, hasta que le entraban mareos.

—¿Y qué? ¿Has ganado mucho dinero pensando? —acertó por fin a articular.

—Sin botas no puedo ir a dar clases. Además, lo detesto.

—No muerdas la mano que te da de comer.

—Pagan una miseria por las clases. ¿Qué iba a hacer con unos cuantos kopeks? —siguió diciendo él, con desgana, como en réplica a sus propias reflexiones.

—¿Pretendes ganar una fortuna de golpe?

La miró de un modo extraño.

—Sí, una fortuna —respondió con firmeza tras una breve pausa.

—Bueno, no corras tanto, que me asustas; das mucho miedo. Entonces ¿te traigo ese panecillo o no?

—Como quieras.

—¡Ah, se me olvidaba! Ayer, cuando no estabas, te llegó una carta.

—¡Una carta! ¡Para mí! ¿De quién?

—No sé de quién. Tuve que darle tres kopeks míos al cartero. ¿No vas a devolvérmelos?

—¡Tráemela, tráemela, por el amor de Dios! —gritó Raskólnikov, muy agitado—. ¡Ay, Señor!

Un minuto más tarde, allí estaba la carta. En efecto: era de su madre, de la provincia de R. Palideció al cogerla. Hacía mucho tiempo que no recibía cartas; pero en ese momento el corazón se le encogió por una razón distinta.

—Nastasia, márchate, por el amor de Dios; toma tus tres kopeks, pero, por el amor de Dios, ¡márchate de una vez!

La carta temblaba en sus manos; no quería abrirla en su presencia: deseaba estar *a solas* con esa carta. Una vez que Nastasia salió, rápidamente se llevó la carta a los labios y la besó; después estuvo contemplando un buen rato la dirección, escrita con aquella letra menuda y un poco inclinada, tan familiar y tan querida, de su madre, de quien había aprendido en su día a leer y escribir. No se apresuraba; parecía tener miedo de algo. Por fin la abrió: era una carta extensa y gruesa, de dos *loty*[26]; dos grandes hojas de papel escritas con una letra diminuta y apretada.

> Mi querido Rodia[27] —le escribía la madre—, hace ya más de dos meses que no charlaba contigo por carta, cosa que me ha hecho sufrir y hasta me ha impedido dormir alguna noche, pensando. Pero seguro que no me culpas por este silencio involuntario mío. Tú sabes cuánto te quiero; Dunia[28] y yo solo te tenemos a ti, tú lo eres todo para nosotras, nuestra única esperanza, nuestra ilusión. ¡Lo que lamenté saber que habías dejado la universidad hacía ya unos meses, por falta de recursos con los que mantenerte, y porque habías perdido tus clases y tus otros medios de vida! ¿Cómo iba a poder ayudarte con mi pensión anual de ciento veinte rublos? Los quince rublos que te mandé hace cuatro meses se los pedí prestados, como bien sabes, a un comerciante de esta ciudad, Afanasi Ivánovich Vajrushin, a cuenta de esa misma pensión. Es un buen hombre y además fue amigo de tu padre. Pero, habiéndole autorizado a cobrar la pensión en mi nombre, he tenido que esperar a que quedara saldada mi deuda, cosa que acaba de suceder, y por eso no he podido mandarte nada en todo este tiempo. Pero ahora, alabado sea Dios, creo que podré volver a mandarte algo; es más, podemos incluso congratularnos de nuestra fortuna, algo de lo que me apresuro a informarte. En primer lugar, seguro que no te imaginas, querido Rodia, que hace ya mes y medio que tu hermana está viviendo conmigo, y ya no vamos a separarnos. Gracias a Dios, sus padecimientos han terminado, pero voy a contártelo todo

por orden, para que sepas cómo ha ocurrido todo, y todo lo que hasta ahora te habíamos ocultado. Cuando me escribiste, hace ahora dos meses, que le habías oído comentar a alguien que, al parecer, a Dunia la trataban con mucha desconsideración en casa de los señores Svidrigáilov, y me pedías explicaciones más precisas, ¿qué podía yo responderte? Si te hubiera contado toda la verdad, muy probablemente, lo habrías dejado todo y habrías venido a casa, aunque fuera a pie, porque conozco tu carácter y tus sentimientos, y sé que jamás habrías consentido que ofendieran a tu hermana. Yo misma estaba desesperada, pero ¿qué podía hacer? Yo tampoco conocía entonces toda la verdad. Lo peor del caso era que Dúnechka, al entrar el año pasado en esa casa como institutriz, cobró un anticipo de cien rublos, con la condición de que cada mes se le dedujera una parte de su salario, de modo que no podía dejar ese trabajo antes de haber saldado la deuda. Esta suma (ahora puedo explicártelo todo, mi precioso Rodia) la había solicitado principalmente para enviarte sesenta rublos, que tanta falta te hacían por entonces y que de hecho te hicimos llegar el año pasado. En aquella ocasión te engañamos: te escribimos diciéndote que eran de unos ahorros anteriores de Dúnechka, pero no era así, y ahora te comunico toda la verdad, porque la situación, gracias a la voluntad de Dios, ha cambiado repentinamente para mejor, y también para que veas lo mucho que te quiere Dunia y qué corazón más grande tiene. Es verdad que al principio el señor Svidrigáilov la trataba con mucha desconsideración y le dirigió toda clase de burlas y despropósitos cuando estaban sentados a la mesa… Pero no quiero entrar en todos esos detalles desagradables, para no preocuparte inútilmente, ahora que todo eso ha terminado. En resumidas cuentas, a pesar del trato noble y amable de Marfa Petrovna, la mujer del señor Svidrigáilov, y de las demás personas de la casa, Dúnechka lo pasó muy mal, sobre todo cada vez que el señor Svidrigáilov se encontraba, de acuerdo con un viejo hábito regimental, bajo el influjo de Baco. Pero verás de lo que nos hemos enterado después. Imagínate que ese chiflado experimentaba hacía ya tiempo una pasión que ocultaba bajo una apariencia de descortesía y desdén. Es posible que sintiera vergüenza y horror de verse a sus años, y siendo todo un padre de familia, presa de vanas esperanzas, y que por eso se irritara involuntariamente con Dunia. También es posible que con sus burlas y rudezas pretendiera únicamente ocultar toda la verdad a los ojos de los demás. Pero al final no pudo contenerse y tuvo la osadía de hacerle a Dunia una proposición abierta y vergonzosa, prometiéndole toda clase de regalos y, muy especialmente, dejarlo todo y marcharse con ella a

otro pueblo o, quién sabe, al extranjero. ¡Puedes imaginarte todo lo que tuvo que pasar! No podía dejar el trabajo así como así, ya no solo por la cuestión de la deuda, sino para evitarle un disgusto a Marfa Petrovna, que de pronto habría podido sospechar algo, y en tal caso Dunia habría sido la causante de la ruptura familiar. La propia Dúnechka se habría visto implicada en un tremendo escándalo, era algo inevitable. Había diferentes razones para que Dunia no pudiera pensar en marcharse de aquella horrible casa antes de seis semanas. Tú ya la conoces, desde luego, y sabes lo inteligente que es y el carácter tan resuelto que tiene. Tiene además mucho aguante y hasta en las situaciones más desesperadas sabe encontrar en su interior suficiente presencia de ánimo para no flaquear. Ni siquiera a mí me lo contó todo por carta, para no preocuparme, y eso que nos comunicábamos con frecuencia. El desenlace sobrevino inesperadamente. Marfa Petrovna, por casualidad, sorprendió a su marido en el jardín, suplicando a Dúnechka; lo interpretó todo al revés y la acusó a ella, creyendo que toda la culpa era suya. A continuación se produjo una escena terrible en el mismo jardín: Marfa Petrovna llegó a golpear a Dunia, no quiso escucharla y se pasó una hora entera gritando, hasta que, por fin, ordenó devolverla a la ciudad, aquí conmigo, en una modesta telega campesina, a la que arrojaron todas sus cosas, la ropa de cama, los vestidos, todo de cualquier manera, sin doblar ni empaquetar. Y en ese momento se desató un aguacero, y Dunia, insultada y muerta de vergüenza, tuvo que recorrer diecisiete verstas con un aldeano en una telega descubierta. Piensa ahora qué podía haberte escrito en respuesta a esa carta tuya que recibí hace dos meses; ¿de qué te iba a escribir? Estaba desesperada; no me atrevía a escribirte la verdad: solo habría servido para que te sintieras triste, contrariado e indignado; además, ¿qué podías hacer tú? Si acaso, arruinarte aún más la vida, así que Dúnechka me lo prohibió; y de lo que era incapaz era de rellenar una carta con naderías, habiendo tanta amargura en mi corazón. Durante todo un mes no se habló de otro asunto en nuestra ciudad, y la cosa llegó tan lejos que Dunia y yo ya no podíamos ni ir a la iglesia, por culpa de las miradas desdeñosas y de los cuchicheos, y hasta en voz alta se hacían comentarios en nuestra presencia. Todas las amistades nos dieron la espalda, nos retiraron incluso el saludo, y yo sabía de buena tinta que algunos dependientes y ciertos oficinistas tenían intención de ofendernos del modo más vil, embadurnando de brea el portal de nuestra casa, así que los caseros empezaron a exigirnos que dejáramos la vivienda. Todo esto era por culpa de Marfa Petrovna, que se las había arreglado para acusar y difamar a Dunia

por toda la ciudad. Conoce a todo el mundo en esta población y ese mes estuvo viniendo aquí continuamente, y, como además es tan charlatana y le encanta airear todo lo que pasa en su familia y, más que nada, quejarse de su marido al primero que llega, cosa que no está nada bien, el caso es que en muy poco tiempo ya había dado a conocer toda esta historia no solo en la ciudad, sino también por el distrito. Yo caí enferma; menos mal que Dúnechka fue más fuerte que yo, ¡si hubieras visto con qué entereza lo afrontó todo y cómo procuraba consolarme y levantarme el ánimo! ¡Es un ángel! Pero, gracias a la misericordia divina, nuestros tormentos han llegado a su fin: el señor Svidrigáilov ha recapacitado y se ha arrepentido y, compadecido sin duda de Dunia, le ha presentado a Marfa Petrovna una prueba completa e irrefutable de la inocencia de tu hermana: en concreto, una carta que esta se había visto impelida a escribir y a entregarle, ya antes de que Marfa Petrovna los sorprendiera en el jardín, para evitar las explicaciones personales y las citas a escondidas, en las que él seguía insistiendo; esa carta, tras la partida de Dúnechka, había quedado en manos del señor Svidrigáilov. En ella, precisamente, le reprochaba en un tono vehemente y con profunda indignación lo innoble de su conducta en relación con Marfa Petrovna, le recordaba que era un padre de familia y, por último, le hacía ver la infamia que cometía atormentando y haciendo infeliz a una joven indefensa que, en cualquier caso, ya era suficientemente infeliz. En una palabra, querido Rodia, esa carta estaba escrita con tal nobleza y resultaba tan conmovedora que lloré al leerla, y hoy aún sigo siendo incapaz de leerla sin derramar lágrimas. Además de eso, también vino en ayuda de Dunia, finalmente, el testimonio de los criados, que, como suele ocurrir, habían visto y sabían bastante más de lo que el señor Svidrigáilov suponía. Marfa Petrovna se quedó completamente aturdida, «nuevamente fulminada», como ella misma nos confesó, pero ya no tenía ninguna duda de la inocencia de Dúnechka, y al día siguiente, domingo, fue derecha a la catedral, le pidió a Nuestra Señora, de rodillas y con lágrimas en los ojos, que le diera fuerzas para soportar esa nueva prueba y cumplir con su deber. Después, nada más salir de la catedral, sin detenerse en ninguna otra casa, vino directamente a vernos, nos lo contó todo, lloró amargamente y, plenamente arrepentida, abrazó a Dunia y le rogó que la perdonase. Aquella misma mañana, sin perder un instante, después de dejar nuestra casa fue visitando todas las casas de la ciudad y del distrito, y en todas partes, en los términos más elogiosos para Dúnechka, sin poder contener las lágrimas, restauró la inocencia de esta, así como la nobleza de sus sentimientos y de su conducta. Es más, fue

mostrando y leyendo a todo el mundo la carta que tu hermana le había escrito, de su puño y letra, al señor Svidrigáilov, y hasta permitía que la copiaran (algo que a mí ya me parece excesivo). Así pues, estuvo varios días ocupada en visitar a todo el mundo en la ciudad, ya que algunos se habían sentido ofendidos porque había dado preferencia a otros, y de ese modo se establecieron turnos, por lo que en cada casa la esperaban antes de que apareciera y sabían que tal o cual día Marfa Petrovna iría a leerles la carta; además, con ocasión de cada lectura volvían a reunirse algunos que ya habían tenido ocasión de escuchar varias veces lo que decía la carta, tanto en su propia casa como en la de sus conocidos, a su debido momento. En mi opinión, muchas de aquellas cosas estaban de más; pero Marfa Petrovna tiene ese carácter. En cualquier caso, había restablecido íntegramente el honor de Dúnechka, y toda la ignominia de este asunto había dejado una mancha indeleble en su marido, como principal culpable, tanto que hasta sentía lástima de él: la gente se mostró demasiado severa con ese botarate. Enseguida empezaron a ofrecerle a Dunia que diera clases en una serie de casas, pero ella no quiso. Todo el mundo, en general, empezó a tratarla de pronto con la máxima consideración. Todo eso contribuyó decisivamente a que se produjera ese suceso inesperado, gracias al cual está cambiando, por así decir, todo nuestro destino. Debes saber, querido Rodia, que a Dunia le ha salido un pretendiente, y que ella ya le ha dado su consentimiento, lo cual me apresuro a comunicarte sin más dilación. Y, aunque el asunto se ha resuelto sin consultarte, estoy segura de que no vas a echárnoslo en cara ni a tu hermana ni a mí, pues tú mismo te darás cuenta de que nos habría sido imposible esperar y aplazar la decisión hasta que hubiéramos recibido tu respuesta. Aparte de que tampoco habrías podido, estando ausente, juzgar con precisión los hechos. Ha ocurrido del siguiente modo. Él se llama Piotr Petróvich Luzhin, tiene ya el grado de consejero áulico[29] y es pariente lejano de Marfa Petrovna, cuya intervención ha sido decisiva en este asunto. A través de ella, nos manifestó en primer lugar su deseo de entablar conocimiento con nosotras; fue convenientemente recibido, tomó un café con nosotras, y al día siguiente mandó una carta en la que exponía con palabras enormemente respetuosas su proposición y rogaba una respuesta rápida y terminante. Es un hombre muy activo, siempre está atareado, y tiene que partir cuanto antes para San Petersburgo, de modo que valora cada minuto de su tiempo. Al principio, como es natural, nos quedamos desconcertadas, habiendo sido todo tan precipitado e inesperado. Estuvimos todo el día meditando y dándole vueltas a la proposición. Se trata de un

hombre fiable y bien situado, que sirve en dos puestos y que ya ha amasado un capital. Es verdad que ya tiene cuarenta y cinco años, pero es bastante agradable de presencia y todavía puede gustar a las mujeres; en conjunto, es un hombre de lo más respetable y decente, aunque algo hosco y si acaso un tanto altivo. Pero podría ser solo la primera impresión. Por eso te prevengo, querido Rodia, para que cuando lo conozcas en San Petersburgo, cosa que ocurrirá en breve, no te precipites en tus juicios, ni seas demasiado severo con él, como acostumbras, si encuentras algo en él que, a primera vista, no es de tu agrado. Te digo esto en previsión de lo que pudiera pasar, si bien estoy convencida de que te causará una impresión favorable. Por otra parte, para conocer a una persona, sea la que sea, es preciso acercarse a ella gradualmente y con cautela, para no dejarse llevar por los prejuicios ni incurrir en errores que luego cuesta tanto corregir y subsanar. Y son muchos los indicios que llevan a pensar que Piotr Petróvich es un hombre digno de todo respeto. En su primera visita nos hizo saber que es una persona práctica, pero que comparte muchas de las «convicciones de nuestras más jóvenes generaciones», como él mismo las llamó, y es enemigo de todos los prejuicios. Habló de muchas otras cosas, pues se diría que es algo vanidoso y le encanta que le escuchen, aunque esto casi no se puede considerar ni un defecto. Yo, por descontado, apenas me enteré de nada, pero Dunia me ha explicado que, aunque no tiene una gran formación, es inteligente y parece una buena persona. Ya conoces el carácter de tu hermana, Rodia. Es una muchacha resuelta, sensata, paciente y generosa, aunque con un corazón apasionado, como he tenido ocasión de comprobar. Naturalmente, ni por parte de ella ni por parte de él entra aquí en juego un amor especial, pero Dunia, además de ser una muchacha inteligente, es también una criatura noble como un ángel, y se impondrá el deber de hacer feliz a su marido, el cual, por su parte, también se preocupará por la felicidad de ella, y por el momento no tenemos buenas razones para dudar de esto último, aunque hay que reconocer que todo se ha hecho deprisa y corriendo. Por lo demás, se trata de un individuo muy precavido y se dará cuenta, indudablemente, de que su propia felicidad conyugal será tanto más sólida cuanto más feliz sea Dúnechka a su lado. En lo tocante a ciertas disparidades de carácter, a ciertos viejos hábitos e incluso a ciertas diferencias de parecer (algo inevitable hasta en los matrimonios más felices), la propia Dúnechka me ha dicho que confía en sí misma, que no hay motivos para inquietarse y que es capaz de soportar muchas cosas con tal de que sus futuras relaciones sean honradas y justas. De

entrada, también a mí me ha parecido un hombre algo brusco, por ejemplo, pero eso puede obedecer, precisamente, a su franqueza, y así debe de ser, sin duda. En su segunda visita, por ejemplo, cuando ya había recibido el consentimiento de Dunia, declaró, en el curso de la conversación, que ya antes de conocerla a ella se había propuesto casarse con una joven honrada, pero sin dote, preferentemente con una que supiera por experiencia propia lo que es la pobreza, ya que, según explicó, no es conveniente que el marido se sienta en deuda con la mujer; en cambio, es mucho mejor que la mujer vea en su marido a su benefactor. Debo precisar que él se expresó con palabras más delicadas y amables que las mías, pues se me ha olvidado lo que dijo exactamente, y recuerdo solo su sentido; además, no era algo que tuviera pensado decir de antemano, y es evidente que se fue de la lengua, dejándose llevar por el calor de la conversación, hasta el punto de que después trató de desdecirse y de suavizar sus palabras; de todos modos, a mí me parecieron demasiado rudas, y así se lo comenté después a Dunia. Pero Dunia me replicó, con cierta irritación, que «del dicho al hecho hay mucho trecho», y qué duda cabe de que tiene razón. Antes de decidirse, Dúnechka no había pegado ojo en toda la noche y, pensando que yo ya me había dormido, se levantó de la cama y se pasó la noche paseando de un lado a otro de la habitación; finalmente se puso de rodillas y rezó con fervor delante del icono. Por la mañana me comunicó que había tomado una decisión. Ya he mencionado que Piotr Petróvich va a viajar próximamente a San Petersburgo. Tiene mucho que hacer en la capital, donde pretende establecerse como abogado. Hace ya años que lleva toda clase de demandas y pleitos, y recientemente ha ganado un pleito muy importante. Necesita instalarse en San Petersburgo porque tiene un caso muy importante en el Senado[30]. De ese modo, querido Rodia, te puede ser de mucha utilidad, en todos los sentidos, y Dunia y yo estamos de acuerdo en que podrías, a partir de este mismo día, empezar de una vez por todas tu futura carrera, dando por sentado que tienes asegurado el porvenir. ¡Oh, ojalá se cumpla! Sería algo tan beneficioso que solo puede entenderse como una bendición del Todopoderoso. Dunia no piensa en otra cosa. Ya nos hemos atrevido a decirle algunas palabras sobre el particular a Piotr Petróvich. Se ha mostrado cauto y ha respondido que, como es natural, y dado que no va a poder pasarse sin un secretario, siempre será mejor, evidentemente, pagarle un sueldo a un pariente que a un desconocido, por poco que esté capacitado para desempeñar esa tarea (¡como si tú no estuvieras capacitado!); no obstante, también ha manifestado sus dudas acerca de si tus

estudios en la universidad te dejarán suficiente tiempo para trabajar en su bufete. Por esta vez, así quedó zanjada la discusión, pero Dunia no piensa ahora en otra cosa. Lleva ya algunos días en un estado febril y ha elaborado un proyecto encaminado a que llegues a ser, con el tiempo, un colaborador e incluso un socio de Piotr Petróvich en el desempeño de sus labores procesales, habida cuenta de que estás estudiando en la facultad de Derecho. Yo, Rodia, estoy totalmente de acuerdo con ella y comparto sus planes y esperanzas, que me parecen perfectamente viables; a pesar de las reticencias actuales de Piotr Petróvich, muy comprensibles (dado que todavía no te conoce), Dunia está firmemente convencida de que conseguirá lo que se proponga gracias a su buena influencia sobre su futuro marido; de eso no tiene ninguna duda. Naturalmente, hemos tenido mucho cuidado de no decirle nada a Piotr Petróvich de nuestros sueños para el futuro y, sobre todo, de que tú vayas a ser socio suyo. Es un hombre práctico y, con toda probabilidad, habría acogido la noticia con enorme frialdad y, sencillamente, le habría parecido una quimera. Del mismo modo, ni Dunia ni yo le hemos dicho aún una sola palabra que aludiera a nuestra firme esperanza de que nos ayude a pagarte los estudios en la universidad; si no le hemos dicho nada, ha sido, en primer lugar, porque en cualquier caso acabará por saberlo, y es muy probable que, sin malgastar palabras, él mismo proponga algo así (solo faltaría que le negara ese favor a Dúnechka), y más teniendo en cuenta que tú podrías convertirte en su mano derecha en el bufete y de ese modo recibirías esa ayuda no como una limosna, sino en concepto de bien merecido salario. Así es como quiere arreglarlo Dúnechka, y yo estoy totalmente de acuerdo con ella. La segunda razón por la que no se lo hemos dicho es que me gustaría que, con ocasión de vuestra próxima entrevista, puedas estar a la par de él. Cada vez que Dunia le ha hablado de ti con entusiasmo, él ha respondido que no se puede juzgar a nadie sin tratarlo de cerca, y que solo cuando te haya conocido podrá formarse una opinión de ti. Quiero que sepas, mi adorado Rodia, que he pensado, por distintas razones (las cuales, por cierto, nada tienen que ver con Piotr Petróvich, sino que son cosas mías, personales, puede que meros caprichos de vieja), he pensado que acaso lo mejor que puedo hacer después de la boda es seguir viviendo por mi cuenta, como vivo ahora, en lugar de irme a vivir con ellos. Estoy convencida de que él va a tener la generosidad y la delicadeza de invitarme y proponerme que no me separe otra vez de mi hija y, si no ha sacado el tema hasta la fecha, habrá sido, como es natural, porque esas cosas se dan por supuestas y no hay ni que decirlas; pero yo

no pienso aceptar. He podido observar, en más de una ocasión, que los hombres casados no se llevan bien con las suegras, y no solo no deseo ser una carga para nadie, sino que quiero vivir con entera libertad, mientras tenga un pedazo de pan que llevarme a la boca y unos hijos como tú y como Dúnechka. A poder ser, me instalaré cerca de vosotros dos, Rodia, porque he reservado lo mejor para el final de esta carta: debes saber, querido mío, que es posible que nos reunamos muy pronto los tres y podamos abrazarnos después de esta separación que dura ya casi tres años. Ya está decidido *con toda seguridad* que Dunia y yo vamos a viajar a San Petersburgo; todavía no sé en qué fecha exacta, pero, en cualquier caso, será muy, muy pronto, posiblemente dentro de una semana. Todo depende de lo que disponga Piotr Petróvich: en cuanto esté mínimamente instalado en San Petersburgo, nos lo comunicará de inmediato. Por una serie de consideraciones suyas, le gustaría que la ceremonia nupcial se celebrara cuanto antes e incluso, si fuera posible, celebrar la boda en el actual período libre de ayuno y, si no hubiera tiempo ahora, en vista de lo breve del plazo, dejarla para justo después de la vigilia de la Asunción[31]. ¡Oh, con cuánta alegría te estrecharé contra mi corazón! Dunia está muy agitada, pensando en la dicha de volver a verte, y ha dicho una vez, en broma, que ya solo por eso se casaría con Piotr Petróvich. ¡Es un ángel! Ahora mismo no te escribe, y solo me ha pedido que te diga que tiene tantas cosas que contarte, tantas, que no está por la labor de coger la pluma, porque en unas cuantas líneas no podría decirte apenas nada, y solo iba a servirle para ponerse triste. Me ha encargado, eso sí, que te abrace fuerte y que te mande innumerables besos. Aunque muy probablemente nos veamos muy pronto, de todos modos un día de estos te enviaré algún dinero, cuanto más mejor. Ahora, como todo el mundo se ha enterado de que Dúnechka se casa con Piotr Petróvich, también mi crédito ha aumentado, y sé seguro que Afanasi Ivánovich estará dispuesto a prestarme, a cuenta de mi pensión, hasta setenta y cinco rublos, así que a lo mejor te mando veinticinco rublos, o puede que hasta treinta. Te mandaría más, pero me preocupan los gastos del viaje; y, aunque Piotr Petróvich ha tenido la bondad de sufragar en parte el coste del desplazamiento y va a ocuparse, concretamente, del traslado de nuestro equipaje y de un gran baúl (por mediación de unos conocidos, al parecer), de todos modos tenemos que pensar también en nuestra llegada a San Petersburgo, donde no podemos presentarnos sin algo de dinero, aunque solo sea para los primeros días. De todos modos, Dúnechka y yo lo hemos calculado todo al detalle, y no parece que el viaje vaya a costarnos mucho. Desde

aquí hasta el ferrocarril solo hay noventa verstas y, por lo que pueda pasar, ya nos hemos puesto de acuerdo con un cochero conocido; y una vez allí Dúnechka y yo podemos viajar, tan ricamente, en tercera clase. Así que es muy posible que en vez de veinticinco rublos te mande treinta al final. Pero ya es suficiente; he llenado dos hojas completas y ya no me queda sitio. Toda nuestra historia; ¡hay que ver la de cosas que nos han pasado! Y ahora, mi queridísimo Rodia, te abrazo hasta nuestro próximo encuentro y te bendigo con mi bendición de madre. No dejes de querer a Dunia, a tu hermana, Rodia; tienes que quererla tanto como ella te quiere a ti, y debes saber que ella te quiere inmensamente, más que a ella misma. Es un ángel, y tú, Rodia, tú eres nuestra única esperanza y nuestra única ilusión. Basta con que tú seas feliz para que nosotras seamos felices. ¿Sigues rezándole a Dios, Rodia, como solías hacer, y crees en la misericordia de nuestro Creador y nuestro Salvador? Temo, en el fondo de mi corazón, que te haya visitado la moda actual del descreimiento. Si así fuera, rezo por ti. ¡Acuérdate, querido, de cómo en tu infancia, en vida de tu padre, balbuceabas tus oraciones sentado en mis rodillas y de lo felices que éramos entonces! ¡Adiós o, mejor, *hasta la vista*! Te abrazo muy, muy fuerte y no me canso de besarte.

Tuya hasta la muerte,

Puljeria Raskólnikova

Prácticamente durante toda la lectura, desde el principio mismo de la carta, la cara de Raskólnikov estuvo bañada en lágrimas; pero al acabar se le había puesto pálida, con las facciones contraídas por un espasmo, y una sonrisa dura, amarga, maligna, serpenteaba en sus labios. Apoyó la cabeza en la almohada escuálida y manoseada, y estuvo un buen rato meditando. El corazón le latía con fuerza, y las ideas se atropellaban en su cabeza. Acabó sintiéndose agobiado en aquel cuartucho amarillo, que parecía un armario o un baúl. Los ojos y la cabeza le pedían amplitud. Cogió el sombrero y salió; esta vez no le preocupaba encontrarse con nadie en las escaleras: ni se acordaba. Se encaminó hacia la isla Vasílievski[32] a través de la avenida V.[33], como si lo reclamara allí algún asunto urgente, pero, como era habitual en él, no sabía ni por dónde iba, murmurando

palabras sueltas y hasta hablando consigo mismo en voz alta, para sorpresa de los transeúntes. Muchos lo tomaron por un borracho.

IV

La carta de su madre había sido una tortura para él. Pero en lo tocante al punto más importante, al punto capital, en ningún momento tuvo la más mínima duda, ni siquiera mientras leía la carta. Lo fundamental del asunto estaba ya decidido en su cabeza, irrevocablemente decidido: «Mientras yo viva, no se celebrará esa boda, ¡al diablo con el señor Luzhin!».

«Si es más que evidente —mascullaba para sí, con una sonrisa irónica, celebrando de antemano, maliciosamente, el éxito de su resolución—. ¡No, madre, no, Dunia, a mí no me engañáis!… Y ¡todavía se disculpan por no haberme pedido consejo y haber decidido por su cuenta! Pues ¡claro! Se creen que ya no hay vuelta atrás, ¡ya veremos si hay o no hay vuelta atrás! Menuda excusa: "Piotr Petróvich es un hombre tan ocupado que solo puede casarse a la carrera, poco menos que subido en el tren". No, Dúnechka, me doy cuenta de todo y sé muy bien cuáles son todas esas cosas que tienes que contarme; como también sé en qué estuviste pensando toda esa noche mientras paseabas de un lado a otro de la habitación, y lo que le rogaste en tus oraciones a la Virgen de Kazán que tiene nuestra madre en su alcoba. Se hace dura la ascensión al Gólgota. Hum… Así que la decisión está tomada: piensa usted casarse, Avdotia Románovna, con un hombre de negocios, un hombre sensato que cuenta con un capital (que ya ha amasado un capital, eso es más respetable, más imponente), que sirve en dos puestos y que comparte las convicciones de nuestras más jóvenes generaciones, como escribe mi madre, y "*parece* una buena persona", como señala la propia Dúnechka. ¡Eso *parece* lo mejor de todo! Y, como lo *parece*, ¡va Dúnechka y se casa!… ¡Magnífico! ¡Magnífico!

»Me gustaría saber, de todos modos, por qué me habla mi madre de "las más recientes generaciones". ¿Lo hace solo para describir al personaje o lo que pretende, en última instancia, es que mire con buenos ojos al señor Luzhin? Pero ¡qué astutas! Sería interesante aclarar otra circunstancia: ¿hasta qué punto fueron sinceras la una con la otra aquel día y aquella noche, y si lo han sido desde entonces? ¿Se lo dijeron todo abiertamente, con palabras, o eran las dos conscientes de que compartían un mismo sentimiento y unas mismas ideas, y de que así no era necesario decirlo todo y era inútil hablar? Es muy probable que fuera así, al menos en parte: la carta dejaba claro que a mi madre le había parecido brusco, algo brusco, y, en su ingenuidad, se había apresurado a comentárselo a Dunia. Y esta, lógicamente, se había enfadado y había respondido "con cierta irritación". Pues ¡claro! Cómo no enfadarse cuando todo es evidente, sin necesidad de preguntas ingenuas, y se ha decidido que no hay nada más que hablar. Y, en cuanto a eso de: "No dejes de querer a Dunia, ella te quiere a ti más que a sí misma", ¿no será que los remordimientos de conciencia la torturan secretamente por haber aceptado sacrificar su hija a su hijo? "¡Tú eres nuestra esperanza, tú lo eres todo!". ¡Oh, madre!…».

¡Su irritación era cada vez más intensa y, de haberse encontrado en esos momentos con el señor Luzhin, es posible que lo hubiera matado!

«Hum, es verdad —prosiguió, persiguiendo las ideas que se arremolinaban en su cabeza—, es verdad que hay que "proceder gradualmente y con cautela para conocer" a un hombre; pero el señor Luzhin no deja lugar a dudas. Sobre todo, es "un hombre de negocios, y *parece* una buena persona": ¡él se ocupa del equipaje, el baúl grande corre de su cuenta! ¡Casi nada! ¿Quién ha dicho que no es una buena persona? Y esas dos, la *prometida* y la madre, contratan a un aldeano para que las lleve en telega, cubierta con arpillera. (¡Así he viajado yo!). ¡No pasa nada! Si solo son noventa verstas, "y desde allí podemos viajar tan ricamente, en tercera clase", como mil verstas más. Y eso es lo razonable: hay que vivir

con lo que uno tiene; pero ¿usted qué dice, señor Luzhin? Porque se trata de su prometida… Y no vaya a decirme que no sabe que la madre ha tenido que pedir un préstamo, a cuenta de la pensión, para los gastos del viaje. Sin duda, es un asunto comercial como otro cualquiera, una empresa para beneficiarse mutuamente, en pie de igualdad, así que los gastos también son compartidos; el pan y la sal, a partes iguales, pero el tabaco cada uno el suyo, como dice el refrán. Pero también en esto el hombre de negocios las ha engañado: el equipaje es más barato que los billetes de ellas, suponiendo incluso que no le salga gratis. ¿Será posible que ninguna de las dos vea nada de esto? O ¿será que no quieren verlo? Y ¡están tan contentas, tan contentas! ¡Pensar que esto solo son las flores, y los verdaderos frutos aún están por llegar! Porque aquí lo más grave no es la tacañería, no es la cicatería que demuestra, lo más grave es el *tono* de todo esto. Porque así será el tono después del matrimonio, esto es un anuncio de lo que vendrá… Y mi madre, en cualquier caso, ¿cómo pretende darse la gran vida? ¿Con qué va a presentarse en San Petersburgo? Con tres rublos de plata o un par de "billetitos", como dice esa… vieja… ¡hum! ¿Con qué espera vivir después en San Petersburgo? Porque ya se ha dado cuenta, por ciertos indicios, de que *no va a poder* vivir con Dunia después de la boda, ni siquiera al principio. Seguro que a ese hombre tan simpático algo *se le habrá escapado*, y se lo habrá dejado claro, aunque mi madre lo niegue, con grandes aspavientos: "Soy yo la que no acepta". ¿En quién confía entonces? ¿Piensa mantenerse con los ciento veinte rublos de pensión, menos lo que le debe a Afanasi Ivánovich? Allí se dedica a tejer chales de lana y a bordar manguitos, dejándose la vista. Pero esas prendas solo le reportan veinte rublos anuales, a sumar a los ciento veinte, lo sé de buena tinta. De modo que, al final, confían en los nobles sentimientos del señor Luzhin: "Seguro que me ofrece su ayuda, e insistirá en que acepte". ¡Ya puede esperar sentada! Con esas hermosas almas schillerianas siempre pasa lo mismo: hasta el último momento engalanan al hombre con plumas de pavo real, hasta el último momento confían en

el bien e ignoran el mal; y, aunque presienten la otra cara de la moneda, no están dispuestas por nada del mundo a llamar a las cosas por su nombre mientras puedan evitarlo; solo de pensarlo se sienten fatal; ahuyentan la verdad con las dos manos, hasta el instante en que el hombre que han engalanado les suelta un puñetazo en toda la nariz. Me gustaría saber si el señor Luzhin ha sido condecorado; me apuesto lo que sea a que luce a Ana[34] en el ojal, y que la lleva cada vez que va a comer con contratistas y comerciantes. ¡Seguro que se la pone en la boda! Bah, ¡que se vaya al diablo!…

»Bueno, mi madre es como es, qué se le va a hacer, que Dios la bendiga; pero Dunia… ¿cómo ha sido capaz? ¡Dúnechka, querida, cómo la conozco! Tenía usted cerca ya de veinte años cuando nos vimos por última vez: desde entonces entiendo su carácter. Escribe mi madre que "Dúnechka es capaz de soportar muchas cosas". Eso ya lo sabía. Hace dos años y medio que lo descubrí, y desde entonces llevo dos años y medio pensando justamente en eso, en que "Dúnechka es capaz de soportar muchas cosas". Si pudo soportar lo del señor Svidrigáilov, con todas sus complicaciones, eso quiere decir que, efectivamente, es mucho lo que puede soportar. Y ahora se les ha ocurrido, a mi madre y a ella, que también va a poder soportar al señor Luzhin, el mismo que ha expuesto la teoría de que son preferibles las mujeres sacadas de la pobreza y que se lo deben todo a sus maridos, teoría que ha expuesto, para colmo, poco menos que en su primera cita. Bueno, admitamos que "se le ha escapado", a pesar de que es un hombre racional (así que es posible que no se le haya escapado, sino que tuviera la intención de dejar las cosas claras desde el principio), pero Dunia, ¿qué pasa con Dunia? Porque ella se da cuenta de qué clase de hombre es, pero va a tener que vivir con él. Ella es capaz de alimentarse únicamente a base de agua y de pan negro, pero jamás vendería su alma, nunca renunciaría a su libertad espiritual por el bienestar material; no la cambiaría por todo Schleswig-Holstein[35], y no digamos ya por el señor Luzhin. No, por lo que yo sabía de ella, Dunia no era así y…

¡no, claro que no, seguro que no ha cambiado!… ¡No hay ni que decir lo que habrá sido la vida con los Svidrigáilov! Tiene que ser muy duro pasarse la vida sirviendo como institutriz en provincias por doscientos rublos, pero yo sé, de todos modos, que mi hermana preferiría ser una negra en una plantación o una letona al servicio de un alemán del *Ostsee*[36] antes que envilecer su alma y su sentido moral atándose a un hombre al que no respeta y con el que no tiene nada en común… ¡atándose de por vida, y solo por su propio interés! Y, aunque el señor Luzhin estuviera hecho de oro puro o de un brillante de una sola pieza, ¡tampoco en ese caso aceptaría convertirse en la concubina legítima de ese señor! ¿Por qué ha dado ahora su consentimiento? ¿Dónde reside el secreto? ¿Cuál es la clave del enigma? La cosa está clara: jamás se vendería por ella misma, por su bienestar, ni tan siquiera por librarse de la muerte; pero por otro ¡vaya si se vende! ¡Por un familiar, por alguien a quien adora, sí que se vende! Ese es todo el secreto: ¡se vende por su hermano, se vende por su madre! ¡Se vende a sí misma! En estos casos, si no hay más remedio, sometemos nuestro sentido moral; la libertad, la tranquilidad, hasta la conciencia, todo, todo lo llevamos al mercadillo. ¡Al diablo nuestra vida! Lo que sea con tal de que las personas a las que queremos sean felices. Es más, elaboramos nuestra propia casuística y aprendemos a ser unos jesuitas, y hasta es posible que por un tiempo seamos capaces de consolarnos, convenciéndonos a nosotros mismos de que ese era nuestro deber, y de que lo hemos hecho por una buena causa. Así es como somos, la cosa está clara como el día. Es evidente que en este negocio el que aparece en primer plano no es otro que Rodión Románovich Raskólnikov. Pues claro, puede proporcionarle la felicidad, permitir que siga en la universidad, hacer de él un socio en el bufete, asegurar su porvenir; a lo mejor, andando el tiempo llega a ser un ricachón, un hombre respetado, cubierto de honores, y ¡hasta puede que acabe siendo alguien famoso! ¿Y mi madre? ¡Se trata de Rodia, su adorado Rodia, el primogénito! Por el primogénito, ¡quién no sacrificaría a una hija así! ¡Oh, corazones queridos e injustos! Más aún, en tal caso,

muy probablemente, ni siquiera renegaríamos del destino de Sónechka. ¡Sónechka Marmeládova, la eterna Sónechka, mientras el mundo exista! Pero ¿habéis medido vosotras dos la magnitud del sacrificio? ¿Y bien? ¿Está al alcance de vuestras fuerzas? ¿Es útil? ¿Es razonable? Sabrás, Dúnechka, que el destino de Sónechka no es ni mucho menos más detestable que el destino del señor Luzhin. "No puede haber amor", dice mi madre. Y ¿qué pasa si, aparte de amor, tampoco puede haber respeto y hay, por el contrario, aversión, desprecio, repulsión…? Entonces ¿qué? En ese caso, además, no habrá más remedio que "cuidar el aseo". ¿No es verdad? ¿Os dais cuenta de lo que este aseo significa? ¿Os dais cuenta de que el aseo del señor Luzhin es igual que el aseo de Sónechka, o puede que incluso peor, puede que más miserable, puede que más vil, porque en vuestro caso, Dúnechka, al fin y al cabo, ese es el trato a cambio de ciertas comodidades, mientras que en el suyo se trata simplemente de no morirse de hambre? "¡Ese aseo, Dúnechka, cuesta un dineral!". Bueno, y si luego resulta que no estaba al alcance de vuestras fuerzas, ¿os vais a arrepentir? ¿Cuántos lamentos os va a costar, cuánto pesar y cuántas maldiciones, cuántas lágrimas derramadas en secreto, porque vosotras no sois como Marfa Petrovna? Y ¿qué será entonces de nuestra madre? Si ya ahora está intranquila, si sufre, ¿qué pasará entonces, cuando lo vea todo claro? Y ¿qué pasará conmigo?… En realidad, ¿qué pensabais de mí? ¡No quiero vuestro sacrificio, Dúnechka, no lo quiero, madre! ¡Esto no va a ocurrir mientras yo viva, no va a ocurrir, no va a ocurrir! ¡No lo acepto!».

De pronto recapacitó y se detuvo.

«¿Que no va a ocurrir? Y ¿tú qué vas a hacer para que no ocurra? ¿Prohibirlo? ¿Con qué derecho? ¿Qué puedes prometerles, a tu vez, para arrogarte ese derecho? ¿Consagrarles todo tu destino, todo tu futuro, *cuando termines tus estudios y consigas un trabajo*? Eso ya lo hemos oído antes, y no son más que palabras; pero… ¿y ahora? Porque en este asunto hay que hacer algo ahora mismo, ¿lo entiendes? ¿Qué estás haciendo ahora? Las estás

desplumando. El dinero lo han pedido prestado a cuenta de la pensión de cien rublos, y han tenido que pedir un anticipo a los Svidrigáilov. De los Svidrigáilov, de Afanasi Ivánovich Vajrushin, ¿cómo piensas librarlas, futuro millonario, Zeus que dispone de su destino? ¿De aquí a diez años? En diez años tu madre habrá tenido tiempo de quedarse ciega tejiendo chales, y puede que también llorando sin parar; tantas privaciones la habrán dejado en los huesos. ¿Y tu hermana? Bueno, imagínate lo que puede ser de tu hermana dentro de diez años o a lo largo de estos diez años. ¿Lo adivinas?».

Así se angustiaba y se mortificaba, haciéndose estas preguntas, no sin cierto regodeo. De todos modos, esas preguntas no eran nuevas, no habían surgido de repente, sino que eran viejas, constantes, familiares. Hacía ya mucho que habían empezado a desgarrarle el corazón, y se lo habían destrozado. Ya hacía tiempo que había brotado en él aquella amargura que ahora experimentaba, había ido creciendo, se había acumulado, y en los últimos tiempos había madurado y se había concentrado, adoptando la forma de una pregunta espantosa, salvaje y fantástica que atormentaba su corazón y su cabeza y que exigía a toda costa una respuesta. Y justo entonces la carta de su madre había caído sobre él como un rayo. Estaba claro que ya no había tiempo para lamentarse, ni para sufrir indolentemente, preocupándose tan solo de las preguntas que exigían una respuesta, sino que era imprescindible hacer algo, y hacerlo ya mismo, cuanto antes. En cualquier caso, tenía que actuar sin demora, de inmediato. Había que tomar una decisión, la que fuera, o…

«¡O renunciar por completo a la vida! —exclamó de pronto, con frenesí—. Aceptar obediente el destino, tal y como es, de una vez por todas, sofocando todas mis aspiraciones, renunciando a cualquier derecho a actuar, a vivir y a amar.

»“¿Entiende usted, entiende, honorable señor, lo que significa no tener adónde ir? —recordó de pronto la pregunta de Marmeládov de la víspera—. Porque todo el mundo necesita tener adónde ir…”».

Se estremeció súbitamente: le había venido a la cabeza otra idea, también del día anterior. Pero no se estremeció por que le hubiera venido a la cabeza esa idea. Él ya sabía que iba a volver, lo presentía, lo estaba esperando; además, no es que esa idea se le hubiera ocurrido la misma víspera, ni mucho menos. Pero la diferencia estaba en que hacía un mes, e incluso el día anterior, no pasaba de ser un sueño, pero ahora… ahora de pronto no se le presentaba como un sueño, sino con una forma nueva, inquietante y totalmente desconocida, y de repente había caído en la cuenta… Sintió como una súbita inspiración y se le nubló la vista.

Rápidamente miró a su alrededor, como buscando algo. Quería sentarse y necesitaba un banco; se encontraba en ese momento en el bulevar K[37]. Vio un banco delante de él, a unos cien pasos. Fue andando hacia él lo más deprisa que pudo, pero por el camino ocurrió un pequeño incidente que atrajo toda su atención por un momento.

Mientras buscaba el banco con la mirada, advirtió que una mujer marchaba como veinte pasos por delante de él, pero al principio no le hizo más caso que a los demás objetos con los que se había cruzado en su camino. Muchas veces había llegado a su casa, por ejemplo, sin acordarse del camino que había tomado, y ya estaba acostumbrado a andar así. Pero había algo extraño en aquella mujer, algo que desde el primer momento saltaba a la vista, por lo que poco a poco fue fijándose en ella; al principio de mala gana y a regañadientes, pero después cada vez con más determinación. De repente estaba empeñado en saber qué era lo que tenía de raro la mujer. Para empezar, debía de ser una muchacha muy joven; a pesar del intenso calor iba con la cabeza descubierta, sin sombrilla y sin guantes, balanceando los brazos de un modo un tanto grotesco. El vestido, de seda ligera (un vestido «de género»), lo llevaba puesto de una forma muy extraña, mal abrochado y con un desgarrón en el talle, justo en el comienzo de la falda; un jirón de tela se había desprendido y le colgaba suelto a la espalda. Una pañoleta le rodeaba el cuello desnudo, si bien le caía por un lado, como si

estuviera torcida. Para colmo, la muchacha titubeaba al andar, tropezándose y tambaleándose a cada paso. Este encuentro acabó despertando la curiosidad de Raskólnikov. Dio alcance a la muchacha justo cuando llegaban al banco, y en ese momento ella se desplomó sobre una esquina del asiento, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, aparentemente muerta de cansancio. Al fijarse en ella, Raskólnikov adivinó enseguida que estaba borracha como una cuba. Era una visión tan chocante como sobrecogedora. Llegó a pensar que a lo mejor se había confundido. Tenía delante una carita extremadamente juvenil, de unos dieciséis años, si es que no eran quince, menuda, muy rubia, bonita, pero toda congestionada y como abotargada. La chiquilla no parecía darse cuenta de nada; había pasado una pierna por encima de la otra, levantándola de un modo indecente, y todo parecía indicar que no era consciente de encontrarse en plena calle.

Raskólnikov no se sentó, aunque tampoco le apetecía marcharse, sino que se quedó parado, delante de la muchacha, desconcertado. El bulevar, poco frecuentado por lo general, estaba a esa hora, pasada la una y con aquel calor sofocante, prácticamente desierto. No obstante, en un lateral, a unos quince pasos, se había detenido un caballero que, aparentemente, estaba deseoso de acercarse a la chiquilla con algún propósito. Lo más probable es que él también la hubiera visto desde cierta distancia y estuviera tratando de aproximarse a ella, pero Raskólnikov se lo impedía. No hacía más que dirigirle miradas furibundas, tratando, eso sí, de que no se diera cuenta, y esperaba impaciente su turno, una vez que se hubiese alejado aquel molesto vagabundo. La cosa estaba clara. Aquel señor tendría unos treinta años, era grueso, tirando a obeso, con buen color, de labios sonrosados y con bigote; vestía con elegancia. Raskólnikov se puso muy furioso; de pronto le entraron ganas de insultar como fuera a aquel orondo petimetre. Dejó un momento a la chica y se acercó al señor.

—¡Eh, usted, Svidrigáilov! ¿Qué se le ha perdido aquí? —le gritó, apretando los puños y riéndose con unos labios que echaban

espumarajos de rabia.

—¿A qué se refiere? —preguntó el caballero con severidad, frunciendo el ceño y mostrando un altivo estupor.

—¡Váyase de aquí, a eso me refiero!

—¡Cómo te atreves, canalla!…

Y blandió su fusta. Raskólnikov se arrojó sobre él con los puños cerrados, sin tener en cuenta que aquel individuo tan corpulento podía deshacerse de dos como él. Pero en ese momento alguien lo agarró por detrás con fuerza: un guardia municipal se interponía entre los dos.

—Calma, señores; no se permiten las peleas en un lugar público. ¿Qué quiere usted? ¿Cómo se llama? —le preguntó en tono severo a Raskólnikov, fijándose en sus andrajos.

Raskólnikov lo miró atentamente. Tenía una cara brava de soldado, con bigote y patillas canosas y una mirada inteligente.

—Es usted el hombre que necesito —gritó, cogiéndolo del brazo —. Me llamo Raskólnikov y he sido estudiante… También usted puede saberlo —se dirigió al otro caballero—. Y usted venga conmigo, tengo que enseñarle una cosa… —Y, cogiendo de la mano al guardia, lo condujo hasta el banco—. Ya lo está viendo, borracha como una cuba; hace un momento venía por el bulevar: cualquiera sabe quién es y a qué se dedica, pero no parece que sea del oficio. Lo más probable es que alguien la haya emborrachado y la haya engañado… por primera vez… ¿me entiende? Y luego la han dejado así en la calle. Dese cuenta: tiene el vestido hecho jirones; fíjese en cómo lo lleva puesto: se ve que la han vestido, no se ha vestido sola, y la han vestido manos inexpertas, masculinas. Es evidente. Y ahora mire hacia allí: a ese petimetre, con el que he estado a punto de llegar a las manos, no lo conozco de nada, es la primera vez que lo veo; pero él también ha visto, hace un momento, yendo de camino, que la chiquilla iba bebida y no se daba ni cuenta de lo que hacía, y ahora está ansioso por acercarse a ella y cogerla, en vista del estado en que se encuentra, y llevársela por ahí… No cabe duda: hágame caso, no me equivoco. Yo mismo he visto cómo la miraba y

la seguía, solo que me he interpuesto, y ahora solo está esperando a que me vaya. Ya lo ve: se ha apartado un poco y está ahí parado, haciendo como que lía un cigarrillo[38]… ¿Cómo podemos impedírselo? ¿Cómo podemos hacer que ella se vaya a su casa? ¡A ver, piense algo!

El guardia lo comprendió todo al momento y empezó a reflexionar. Desde luego, estaba claro lo que pretendía el señor gordo, pero quedaba la chiquilla. El agente se inclinó sobre ella para examinarla de cerca, y una sincera compasión se reflejó en su semblante.

—¡Ay, qué lástima! —dijo, moviendo la cabeza—. Si no es más que una niña. La han engañado, eso está claro. Escuche, señorita —empezó a llamarla—, ¿dónde vive usted?

La muchacha abrió los ojos cansados y soñolientos, miró atontada a sus interrogadores e hizo un gesto de fastidio con la mano.

—Escuche —dijo Raskólnikov—; aquí tiene —se rebuscó en el bolsillo y sacó los veinte kopeks que había encontrado—, aquí tiene, llame a un cochero y dígale que la lleve a casa. Pero ¡hay que averiguar su dirección!

—¡Señorita! ¡Eh, señorita! —empezó otra vez el guardia, cogiendo el dinero—. Ahora mismo llamo a un cochero, y yo mismo la acompaño a casa. ¿Adónde hay que llevarla? ¿Eh? ¿Dónde reside?

—¡Largo!… ¡Qué pesados!… —balbuceó la chiquilla, y volvió a rechazarlos con un gesto.

—¡Ay, ay, eso no está nada bien! ¡Qué vergüenza, señorita, hay que ver qué vergüenza! —El agente volvió a mover la cabeza, mostrando su vergüenza, su lástima y su indignación—. ¡La cosa no es fácil! —dijo, dirigiéndose a Raskólnikov, y aprovechó para echarle un rápido vistazo de la cabeza a los pies. Debió de parecerle extraño: ¡con esos andrajos, y le daba dinero!—. ¿La ha encontrado lejos de aquí? —le preguntó.

—Ya se lo he dicho: iba por delante de mí, tambaleándose, ahí al lado, en el bulevar. En cuanto ha llegado al banco, se ha

derrumbado.

—¡Ay, Señor, es una vergüenza lo que pasa ahora en el mundo! ¡Es una criatura inocente, y ya está borracha! ¡La han engañado, qué duda cabe! Y ese vestido, hecho jirones… ¡Ay, cuánto vicio hay por todas partes!… Y seguro que es de familia noble, de esas venidas a menos… Hay tantas hoy en día. Parece una muchacha refinada, como una señorita… —Y volvió a inclinarse sobre ella.

Posiblemente, sus propias hijas se habrían criado así, «como unas señoritas refinadas», bien educadas y habituadas a estar a la moda…

—¡Lo importante —insistía Raskólnikov— es impedir que ese sinvergüenza se salga con la suya! ¿Qué pasa si vuelve a intentar ultrajarla? Es evidente lo que pretende. Ya lo está viendo, ¡ese canalla no se marcha!

Raskólnikov hablaba fuerte y lo señalaba con el dedo. El otro le estaba oyendo y estuvo a punto de estallar de nuevo, pero se lo pensó mejor y se limitó a mirarlo con desprecio. A continuación se alejó lentamente otros diez pasos y volvió a detenerse.

—Podemos impedir que se salga con la suya, señor —respondió el suboficial, pensativo—. Si la señorita nos dijera adónde hay que llevarla… Si no… ¡Señorita, señorita! —Nuevamente se inclinó sobre ella.

De repente la chiquilla abrió del todo los ojos, miró atentamente, como cayendo en la cuenta de algo, se levantó del banco y echó a andar, volviendo por donde había venido.

—¡Uf, serán desvergonzados! ¡No me dejan en paz! —exclamó, repitiendo una vez más el gesto de fastidio. Iba a buen paso, aunque tambaleándose como antes. El petimetre la siguió, pero por el otro lado de la avenida, sin quitarle la vista de encima.

—No se preocupe, señor, no se lo voy a consentir —dijo resueltamente el guardia bigotudo, y fue detrás de ellos—. ¡Ay, cuánto vicio hay en estos tiempos! —repitió en voz alta, y suspiró.

En ese mismo instante Raskólnikov notó como un pinchazo; al momento se sintió profundamente alterado.

—¡Eh, escuche! —le dijo por detrás al guardia bigotudo.

Este se volvió.

—¡Olvídese del asunto! ¿Qué más le da? ¡Déjela marchar! ¡Que se divierta! —Señaló al petimetre—. ¿A usted qué más le da?

El guardia municipal no entendía nada y miraba con estupor. Raskólnikov se echó a reír.

—¡Ayayay! —exclamó el agente, hizo un gesto de fastidio con la mano y fue detrás del petimetre y de la chiquilla; seguramente había tomado a Raskólnikov por un lunático, o por algo peor.

«Se me ha llevado los veinte kopeks —se dijo con rabia Raskólnikov, al quedarse solo—. Ahora solo falta que el otro le pague también para que le deje a la muchacha, y asunto concluido… ¿Quién me manda a mí meterme a ayudar? Y ¿quién soy yo para ayudar? ¿Con qué derecho? Allá ellos si se devoran vivos, ¿a mí qué más me da? Y ¿cómo me he atrevido a darle esos veinte kopeks? Ni que fueran míos».

A pesar de estas palabras tan extrañas, empezó a sentirse bastante mal. Se sentó en el banco, que ahora estaba vacío. Sus pensamientos eran incoherentes. En general, se le hacía muy difícil pensar en nada en esos momentos. Le habría gustado quedarse en blanco, olvidarlo todo, después despertar y empezar una nueva vida…

«¡Pobre cría! —se dijo, mirando el extremo vacío del banco—. Volverá en sí, se echará a llorar, después su madre se dará cuenta… Primero le pegará, después la azotará con saña, de una forma humillante, y hasta puede que la eche de casa… Y, si no la echa, andará por ahí husmeando una Daria Frántsevna cualquiera, y muy pronto a la pobre chiquilla la veremos rondando de acá para allá… Enseguida viene el hospital (eso les suele pasar a las que viven con una madre muy decente y tienen que hacer sus locuras a escondidas), y después… después de vuelta al hospital… bebida… tabernas… más hospitales… a los dos o tres años ya está impedida, y esa ha sido toda su vida con dieciocho o diecinueve años… ¡No habré visto yo casos! Y ¿cómo han acabado así? Pues así es como

han acabado… ¡Uf! Qué se le va a hacer. No hay más remedio, dicen. Todos los años, según cuentan, un tanto por ciento tiene que marchar… por ese camino… al infierno, supongo, para no molestar a los demás y permitir la renovación. ¡Un tanto por ciento! Espléndidas palabras, la verdad: son tan tranquilizadoras, tan científicas. Con eso está todo dicho: es un tanto por ciento, no hay de qué preocuparse. Claro, si usaran otra expresión, entonces… a lo mejor resultaba más preocupante… Pero ¿y si Dúnechka entrara a formar parte de ese tanto por ciento?… ¿O, si no de ese, de otro?…

»Pero ¿adónde voy yo? —pensó de repente—. Qué raro. Había salido de casa para algo concreto. En cuanto he terminado la carta, he salido… Iba a la isla Vasílievski, a ver a Razumijin, eso es… ya me acuerdo. Sí, pero ¿para qué? Y ¿a cuento de qué me había venido a la cabeza la idea de ir a ver a Razumijin? Qué curioso».

Estaba sorprendido de sus propios actos. Razumijin era uno de sus antiguos compañeros de universidad. Curiosamente, mientras estuvo en la universidad, Raskólnikov apenas se relacionaba con sus compañeros, evitaba a todo el mundo, nunca iba a ver a nadie y tampoco le gustaba nada recibir visitas. Así que pronto le dieron la espalda. No tomaba parte ni en las reuniones, ni en las charlas, ni en las diversiones comunes. Estudiaba con ahínco, sin ahorrar esfuerzos, y por eso se había ganado el respeto de la gente, pero no su aprecio. Era muy pobre y demasiado orgulloso e insociable, como si guardara algún secreto. Bastantes compañeros tenían la impresión de que los miraba a todos ellos como a niños, por encima del hombro, como si los aventajara en madurez, en conocimientos y en convicciones, y como si sus propias convicciones e intereses quedaran muy por debajo.

Con Razumijin, por alguna razón, sí tenía más trato; bueno, tampoco es que tuviera mucho trato, pero sí se mostraba con él más sociable, más comunicativo. De todos modos, era imposible tener otra clase de relación con Razumijin. Era un joven extraordinariamente alegre y extrovertido, y tan bueno que parecía un tanto ingenuo. Pero esa aparente ingenuidad escondía hondura y

dignidad. Sus mejores camaradas eran conscientes de eso, y todos le tenían afecto. No tenía un pelo de tonto, aunque es verdad que a veces resultaba un tanto simplón. Tenía un aspecto muy llamativo: alto y delgado, con el pelo moreno, iba siempre mal afeitado. De vez en cuando armaba algún escándalo, y tenía fama de forzudo. Una noche, con un grupo de amigos, tumbó de un puñetazo a un vigilante que medía doce *vershkí*[39] de estatura. Podía beber sin tasa, pero también era capaz de quedarse sin probar gota; a veces iba muy lejos en sus diabluras, otras veces se mostraba de lo más comedido. Otro rasgo notable de Razumijin era que nunca se sentía turbado por los fracasos ni hundido por las contrariedades. Podía vivir sobre un tejado, si hacía falta, soportar el hambre más infernal y un frío fuera de lo común. Era extremadamente pobre y se mantenía exclusivamente de lo que sacaba en distintos trabajos. Tenía infinidad de recursos para ganarse la vida. Una vez se pasó todo el invierno sin calentar su habitación, y aseguraba que así era incluso más agradable, porque con frío se duerme mejor. Recientemente él también se había visto obligado a dejar la universidad, aunque solo temporalmente, y estaba haciendo todo lo posible para enmendar su situación y poder reanudar sus estudios. Raskólnikov llevaba ya como cuatro meses sin acercarse por su casa, y Razumijin ni siquiera sabía dónde vivía él. Un día, hacía de eso un par de meses, se habían encontrado por la calle, pero Raskólnikov se desvió e incluso se cambió de acera para que su compañero no se diera cuenta. Y Razumijin, aunque se había dado cuenta, pasó de largo para no molestar a su amigo.

V

«Pues sí, no hace mucho tenía pensado ir a pedirle trabajo a Razumijin, a ver si me conseguía unas clases, o lo que fuera… —iba pensando Raskólnikov—. Pero, en estos momentos, ¿cómo me va a ayudar? Pongamos que me consigue unas clases, pongamos que incluso comparte conmigo sus últimos kopeks, si es que le queda alguno, hasta puedo comprarme unas botas y arreglarme el traje para ir a dar mis clases… hum… Muy bien, ¿y después? ¿Qué hago después con lo poco que gane? ¿Es eso lo que me hace falta ahora? La verdad, es absurdo que vaya a casa de Razumijin…».

La cuestión de por qué había pensado en ir a casa de Razumijin le preocupaba más de lo que él mismo suponía; muy nervioso, no dejaba de buscarle un sentido siniestro a aquel acto que parecía de lo más corriente.

«¿Cómo es posible que pretendiera arreglar todo esto sin más ayuda que la de Razumijin y que haya visto en él la solución a todos mis problemas?», se preguntaba con asombro.

Iba pensando y rascándose la frente, cuando de pronto, extrañamente, de forma inesperada y casi espontánea, tras una larga reflexión, una idea de lo más insólita le vino a la cabeza…

«Hum… iré a ver a Razumijin —se dijo con toda la calma del mundo, como si hubiera adoptado una decisión irrevocable—, iré a ver a Razumijin, desde luego… pero no ahora… Iré a verlo… al día siguiente de *eso*, cuando *eso* ya esté resuelto y todo vaya por otros derroteros…».

De pronto reaccionó.

«Después de *eso* —gritó, levantándose bruscamente del banco—; pero entonces es que *eso* va a ocurrir. ¿Es que va a ocurrir de verdad?».

Abandonó el banco y echó a andar, casi a correr; tenía intención de darse la vuelta, de regresar a casa, pero la idea de ir a casa le produjo de pronto una profunda repulsión: allí, en aquel rincón, en aquel horrible armario había ido madurando todo *eso* durante más de un mes, así que siguió andando sin rumbo fijo.

Un temblor nervioso, una especie de escalofrío, le recorrió todo el cuerpo; incluso le entró una tiritona: con el calor que hacía, y empezaba a tener frío. Casi inconscientemente, por una especie de necesidad interior, hizo un esfuerzo y empezó a fijarse en todas las cosas que se le cruzaban por delante, como si tuviera que distraerse a toda costa, pero fracasaba en sus intentos y una y otra vez volvía a sumirse en sus reflexiones. Cada vez que, con un estremecimiento, levantaba la cabeza y miraba a su alrededor, enseguida se olvidaba de lo que estaba pensando hacía un instante y ni siquiera sabía por dónde iba. De ese modo recorrió toda la isla Vasílievski, salió al Málaia Nevá, cruzó el puente y se dirigió a las islas[40]. El verdor y la frescura aliviaron al principio sus cansados ojos, habituados al polvo de la ciudad, a la cal y a los enormes edificios, abrumadores y opresivos. Aquí no hacía bochorno, ni apestaba, ni se veían tabernas. Pero las nuevas y gratas sensaciones no tardaron en dar paso al malestar y la irritación. De vez en cuando se detenía delante de alguna de las pintorescas dachas que asomaban en medio de la vegetación, miraba a través de la verja y veía en la distancia, en los balcones y terrazas, elegantes mujeres y niños correteando por el jardín. Lo que más le llamaba la atención eran las flores; se quedaba mucho tiempo admirándolas. También se cruzaba con lujosas calesas, con jinetes y amazonas; los seguía, interesado, con la mirada, y se olvidaba de ellos antes de que se hubieran perdido de vista. En cierto momento se detuvo a contar su dinero: tenía unos treinta kopeks. «Veinte al guardia, tres a Nastasia por la carta… total, que ayer a Marmeládov le di de cuarenta y siete a cincuenta kopeks», pensó, echando cuentas por alguna razón, pero poco después ya no recordaba ni para qué se había sacado el dinero del bolsillo. Volvió a acordarse cuando, al pasar por delante de una casa

de comidas, una especie de figón, notó que tenía ganas de comer. Entró en el establecimiento, se bebió una copita de vodka y dio unos bocados a un pastel relleno de algo. Se lo terminó en la calle. Llevaba mucho tiempo sin beber vodka, y le hizo un efecto instantáneo, a pesar de que solo se había tomado una copita. De repente le pesaban las piernas, y empezó a notar que se caía de sueño. Quería volver a casa, pero al llegar a la isla Petrovski se paró, completamente agotado, se apartó del camino, se adentró entre unos matorrales, se desplomó en la hierba y se quedó dormido al instante.

Cuando estamos enfermos, a menudo los sueños se caracterizan por una nitidez e intensidad insólitas y por su extraordinaria semejanza con la realidad. A veces se compone una escena monstruosa, pero el escenario y todo el proceso representado son tan verosímiles y tienen unos detalles tan sutiles e inesperados, pero tan adecuados artísticamente al conjunto del cuadro, que el soñador jamás habría sido capaz de inventarlos estando despierto, ni aunque hubiera sido un creador de la talla de Pushkin o Turguénev. Tales sueños, los sueños de un hombre enfermo, perduran mucho tiempo en la memoria y dejan una honda huella en el organismo alterado y ya de por sí excitado del individuo.

Raskólnikov tuvo una pesadilla espantosa. Soñó con su infancia, cuando aún vivía en aquella pequeña ciudad. Tiene siete años y está paseando con su padre, al atardecer de un día de fiesta, por el campo. Hace un día gris, sofocante, y todo aparece tal y como se ha conservado en su memoria: de hecho, su recuerdo es bastante más borroso que la imagen que está contemplando ahora en el sueño. Tiene a la vista toda la ciudad, como en la palma de la mano; no hay por allí ni un sauce. Tan solo a lo lejos, en el horizonte, se vislumbra un bosque oscuro. A escasos pasos del último huerto urbano había una taberna, una gran taberna que le daba muy mala impresión e incluso miedo cada vez que se acercaba hasta allí, paseando con su padre. Siempre había una multitud de personas gritando, riendo a carcajadas, insultándose, cantando horriblemente, con voces

destempladas, llegando a las manos con mucha frecuencia; alrededor de la taberna pululaban sin cesar borrachos con unas trazas horribles… Al cruzarse con ellos, se pegaba a su padre y temblaba con todo el cuerpo. Por delante de la taberna pasaba un camino vecinal, siempre polvoriento, con un polvo de lo más negro. Era un camino sinuoso, y a unos trescientos pasos giraba a la derecha y rodeaba el cementerio municipal. En mitad del cementerio había una iglesia de piedra con una cúpula verde, a la que iba dos veces al año con sus padres para asistir a misa con ocasión del funeral por su abuela, que había muerto hacía mucho y a la que no había llegado a conocer. En esos casos siempre llevaban un plato blanco con *kutiá*[41], envuelto en una servilleta; era una *kutiá* de azúcar, a base de arroz y adornada con una cruz de pasas. Le gustaba mucho esta iglesia y los viejos iconos que había en ella, en su mayoría sin marco de plata, así como el anciano sacerdote de cabeza trémula. Al lado de la tumba de la abuela, cubierta con una lápida, había otra más pequeña, donde reposaba su hermano menor, muerto con seis meses y al que tampoco había conocido y del que no guardaba ningún recuerdo; pero le habían contado que había tenido un hermano pequeño y, siempre que visitaba el cementerio, se persignaba con respeto y fervor junto a la tumba e, inclinándose sobre ella, la besaba. Pues bien, esto es lo que soñó: va con su padre camino del cementerio y pasan por delante de la taberna; sin soltar la mano del padre, vuelve la vista a la taberna, aterrorizado. Hay una circunstancia especial que le llama la atención: en esta ocasión parece celebrarse una especie de fiesta, hay una multitud de burguesas emperifolladas, de aldeanas con sus maridos y de gente de la peor ralea. Todo el mundo está borracho y canta canciones; además, hay una telega parada en la puerta de la taberna, aunque es un tanto extraña. Es una de esas enormes telegas a las que suelen enganchar robustos caballos de tiro para transportar barriles de vino y otras mercancías. A él siempre le ha gustado admirar esos grandes caballos de largas crines y gruesas patas que marchan con calma, con paso regular, tirando de toda una montaña sin

deslomarse, como si les costara menos ir con carga que sin ella. Pero ahora, extrañamente, han enganchado a esa enorme telega una pequeña y esmirriada jaca alazana, una de esas bestias —las ha visto tantas veces— que van derrengadas tirando de un carro repleto de leña o de heno, sobre todo cuando el vehículo se queda atascado en el barro o en una rodada, mientras los campesinos las azotan con saña, con tanta saña que llegan a golpearlas en el hocico y en los ojos, y le da tanta pena verlo que está en un tris de echarse a llorar, pero en esos momentos su madre suele apartarlo de la ventana. De pronto se ha armado un gran alboroto: un grupo de campesinos —grandotes, borrachos como cubas, con camisas rojas y azules, con el tabardo echado sobre los hombros— sale de la taberna dando voces, cantando, tocando la balalaica.

—¡Subid, subid todos! —grita uno de ellos, un joven con el cuello grueso y la cara mofletuda y roja como una zanahoria—. ¡Os llevo a todos, subid!

Pero inmediatamente estallan las risas y los comentarios:

—¡Pronto nos va a llevar ese jamelgo!

—¿Has perdido el juicio, Mikolka? ¡A quién se le ocurre enganchar semejante potranca a esa telega!

—¡No me iréis a decir que este animal no tiene más de veinte años, hermanos!

—¡Subid, os llevo a todos! —vuelve a gritar Mikolka, saltando el primero a la telega; coge las riendas y se instala en el pescante con todo su corpachón—. El bayo se lo ha llevado Matvéi hace un rato —grita desde la telega—, y esta mala bestia me está amargando la vida: el día menos pensado me la cargo; lo único que sabe hacer es comer de balde. ¡Os digo que subáis! ¡Voy a hacer que galope! ¡Ya lo veréis! —Y empuña el látigo, complacido, dispuesto a azotar a la yegua.

—Pues nada, ¡subid! —La gente ríe a carcajadas—. Ya habéis oído: ¡a todo galope!

—Pero ¡si no ha galopado en diez años!

—¡Dará algunos brincos!

—Nada, hermanos, sin contemplaciones; que cada cual empuñe su látigo, ¡y listos!

—¡Eso es! ¡Dale fuerte!

Entre risas y bromas, todos se montan en la telega de Mikolka. Se han subido seis hombres y todavía cabe alguno más. Montan también a una campesina, gorda y sonrosada. Lleva un vestido de algodón rojo, una *kichka*[42] con abalorios, y unas botas de piel; va cascando nueces y no para de reírse. Alrededor de la telega, la gente tampoco para de reírse, pero ¿cómo no va a reírse? ¿Cómo va a tirar esa jaca esmirriada de toda esa carga, y encima al galope? En la telega, lo primero que hacen dos de los mozos es preparar el látigo para echarle una mano a Mikolka. Se oye un «¡Arre!», y la yegua tira con todas sus fuerzas, pero ya no es que no salga al galope, es que es incapaz de dar un solo paso; lo único que hace es patalear, bufar y encogerse bajo los azotes de los tres látigos que, como una granizada, se abaten sobre ella. En la misma telega y entre la muchedumbre se redoblan las risas, pero Mikolka se enfada y azota a la bestia cada vez con más saña, como si de verdad estuviera convencido de que iba a salir galopando.

—¡Hacedme sitio, hermanos! —grita un joven entre la multitud, al que se le ha antojado subir.

—¡Sube! ¡Que suba todo el mundo! —grita Mikolka—. Esta nos lleva a todos. O ¡la mato! —No para de fustigar a la yegua, fuera de sí, y ya no sabe con qué más golpearla.

—Papá, papá —le grita Rodia a su padre—; papá, ¿qué están haciendo? ¡Están pegando a ese pobre caballo!

—¡Vámonos, vámonos! —dice el padre—. Están borrachos, y así es como se divierten esos idiotas; vámonos, ¡tú no mires! —Y trata de llevárselo de allí, pero el niño se suelta de su mano y, sin darse ni cuenta de lo que hace, corre hacia la yegua. La pobre bestia está muy mal. Jadea, se detiene, hace un nuevo esfuerzo, a punto ya de desplomarse.

—¡Azotadla hasta la muerte! —grita Mikolka—. Hasta aquí hemos llegado. ¡Yo la mato!

—Se ve que no tienes conciencia, ¡monstruo! —grita un anciano entre la multitud.

—¿Dónde se ha visto una jaca como esa tirando de semejante carga? —añade otro.

—¡La vas a matar! —exclama un tercero.

—¡Dejadme en paz! ¡Es mía! Hago lo que me da la gana. ¡Que suba alguno más! ¡Subid todos! ¡Me he empeñado en que galope y va a galopar!…

De pronto estalla una carcajada que cubre todo lo demás: la yegua no soportaba ya los latigazos, cada vez más frecuentes, y en su impotencia se ha puesto a soltar coces. Ni el anciano puede evitar sonreír. Y no es para menos: esa jaca, que a duras penas se tiene en pie, ¡va y se pone a dar coces!

Entre el gentío, otros dos mozos empuñan el látigo y corren a azotar al animal por los flancos. Cada uno por un lado.

—¡En el hocico, en los ojos, dale en los ojos! —grita Mikolka.

—¡A cantar, hermanos! —grita alguien desde la telega, y todos lo secundan. Entonan una canción obscena, tintinea una pandereta, se silba el estribillo. La campesina casca nueces y no para de reírse.

El crío corre muy cerca de la yegua, corre por delante de ella y puede ver cómo la azotan en los ojos, ¡en los mismos ojos[43]! Está llorando. El corazón se le desboca, se le saltan las lágrimas. Uno de aquellos hombres le roza la cara con el látigo: no se da ni cuenta; se retuerce las manos, grita, se acerca corriendo al anciano canoso con la barba gris que mueve la cabeza en señal de condena. Una mujer lo coge de la mano y quiere llevárselo de allí, pero él se zafa y vuelve corriendo hacia la yegua. La bestia está ya al borde de la extenuación, pero otra vez empieza a cocear.

—¡Que el diablo te lleve! —exclama Mikolka, enfurecido. Suelta el látigo, se agacha y coge del fondo de la telega un madero largo y grueso, lo sostiene de un extremo con las dos manos y haciendo un esfuerzo lo blande sobre la alazana.

—¡La va a destrozar! —grita la gente.

—¡La mata!

—¡Es mía! —exclama Mikolka, y, cogiendo impulso, le da con la barra. Se oye un golpe contundente.

—¡Azotadla, azotadla! ¿Por qué paráis? —grita alguien entre la multitud.

Pero Mikolka levanta el madero por segunda vez y vuelve a descargarlo con todas sus fuerzas sobre el dorso de la pobre bestia. La jaca se desploma y se sienta sobre los cuartos traseros, pero después se levanta y se pone a tirar, tira con sus últimas fuerzas en todas direcciones, intentando mover el carro; no obstante, se encuentra con seis látigos que le caen encima por todas partes, mientras el madero se alza de nuevo y golpea por tercera vez, después por cuarta vez, rítmicamente, con contundencia. A Mikolka se lo llevan los demonios, pues no ha podido acabar con el animal de un solo golpe.

—¡No hay quien pueda con la yegua! —grita la gente.

—Va a desplomarse de un momento a otro, hermanos; ¡le ha llegado el fin! —exclama un aficionado entre la multitud.

—¡Un hachazo, dadle un hachazo! Acabad de una vez —reclama un tercero.

—¡Así te coman los mosquitos! —grita Mikolka frenéticamente, suelta el madero, vuelve a agacharse y coge una barra de hierro—. ¡Atentos! —grita, y descarga un golpe tremendo, con todas sus fuerzas, sobre el pobre animal.

Cae el golpe; la yegua titubea, se echa, hace un último intento de tirar, pero nuevamente la barra desciende sobre su dorso con contundencia, y el animal se desploma como si le hubieran segado las cuatro patas de una sola vez.

—¡Hay que acabar con ella! —grita Mikolka, y salta de la telega, como si no fuera consciente de lo que está haciendo.

Varios jóvenes, igualmente borrachos y sofocados, cogen lo primero que tienen a mano —látigos, palos, pértigas— y corren hacia la yegua agonizante. Mikolka se coloca a un lado y empieza a darle golpes con la barra en la espalda, sin ton ni son. La jaca estira el hocico, jadea penosamente y muere.

—¡Se acabó! —grita la multitud.

—Pero ¿por qué se habrá negado a galopar?

—¡Mía! —exclama Mikolka, con la barra en las manos y los ojos inyectados en sangre. Se ha quedado parado, como lamentando no tener ya a quién golpear.

—¡Está claro que no tienes conciencia! —se oyen muchas voces entre la muchedumbre.

Pero el pobre crío está ya fuera de sí. Dando gritos, se abre paso entre el gentío, se acerca a la alazana, abraza su hocico muerto, ensangrentado, la besa en los ojos, en los belfos… Después da un salto y corre frenético hacia Mikolka con los puños cerrados. En ese instante el padre, que lleva un buen rato intentando darle alcance, lo agarra por fin y se lo lleva de allí.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —le dice—. ¡Vámonos a casa!

—¡Papá! ¿Por qué… a ese pobre caballo… han tenido que matarlo? —dice entre sollozos, pero se queda sin aliento, y las palabras le salen como gritos entrecortados del pecho oprimido.

—Están borrachos, así se divierten…; no es asunto nuestro, ¡vámonos! —responde el padre. El niño rodea a su padre con los brazos, pero el pecho le oprime, le oprime. Quiere cobrar aliento, gritar, y se despierta.

Se despertó bañado en sudor, con el pelo empapado, jadeando, y se levantó aterrorizado.

«¡Gracias a Dios que solo ha sido un sueño! —se dijo, sentándose al pie de un árbol y respirando hondo—. Pero ¿qué me pasa? Eso es que me está entrando fiebre: ¡qué pesadilla más horrible!».

Tenía todo el cuerpo como si le hubieran dado una paliza; su alma estaba oscura y confusa. Apoyó los codos en las rodillas y descansó la cabeza en ambas manos.

«¡Dios mío! —exclamó—. ¿Será posible, será posible que vaya a coger realmente un hacha, que vaya a golpearla en la cabeza hasta partirle el cráneo… que resbale en la sangre tibia y pegajosa, que

reviente el cerrojo, que robe y me estremezca; que me esconda, cubierto de sangre… con el hacha?… ¿Señor, será posible?».

Temblaba como una hoja, diciendo estas cosas.

«Pero ¡a qué viene esto! —prosiguió, volviendo a incorporarse; parecía profundamente sorprendido—. Ya sabía yo que no iba a soportarlo, así que ¿para qué me he estado torturando? Ayer mismo, ayer mismo, cuando fui a hacer aquella… *prueba*, ayer mismo me di perfecta cuenta de que no iba a ser capaz de soportarlo… ¿Por qué me da ahora por esto? ¿Por qué sigo dándole vueltas? Si ayer, mientras bajaba las escaleras, me dije que era una vileza, una inmundicia, una bajeza, una bajeza… si solo de pensarlo *conscientemente* me puse enfermo y me quedé horrorizado…

»¡No, yo no tengo valor, no tengo valor! Aunque no haya ni sombra de duda en todos esos cálculos, aunque todo lo decidido en este mes sea claro como el día, preciso como la aritmética. ¡Ay, Señor! Aun así, de todos modos, ¡no me decido! ¡No tengo valor, no tengo valor!… ¿Para qué habré seguido hasta ahora…».

Se puso de pie, miró a su alrededor con asombro, como sorprendido de encontrarse allí, y se dirigió al puente T. Estaba pálido, los ojos le brillaban, notaba un enorme decaimiento en todos los miembros, pero de pronto le costaba algo menos respirar. Tenía la impresión de que se había quitado de encima un peso terrible que venía oprimiéndolo desde hacía mucho, y había en su alma una sensación de paz y de alivio. «¡Señor! —imploró—. ¡Muéstrame el camino, y yo renegaré de este maldito… sueño mío!».

Mientras cruzaba el puente, contempló tranquilamente y en silencio el Nevá, el deslumbrante ocaso de un intenso sol rojo. A pesar de su debilidad, no estaba cansado. Era como si el absceso que a lo largo de todo un mes se le había ido formando en el corazón se le hubiera reventado de pronto. ¡Libertad, libertad! ¡Se había liberado del encantamiento, del embrujo, del embeleso, de la alucinación!

Más tarde, cada vez que recordaba —minuto a minuto, punto por punto, detalle a detalle— ese tiempo y todo lo que le había ocurrido

en esos días, sentía un asombro supersticioso ante una circunstancia que, en el fondo, no resultaba especialmente insólita, pero en la que siempre vería después una especie de premonición de su destino.

Y era la siguiente: no podía entender ni explicarse de ninguna manera que alguien en su estado, rendido y exhausto, a quien le habría resultado mucho más cómodo volver a casa por el camino más corto y más recto, hubiera regresado por la plaza Sennaia, donde no se le había perdido nada. No era un rodeo demasiado grande, pero sí era evidente y completamente innecesario. Sin duda, decenas de veces había vuelto a casa sin saber por qué calles había deambulado. Pero, se preguntaba siempre, ¿a qué se había debido que un encuentro tan importante, tan decisivo para él y al mismo tiempo tan fortuito como el de la plaza Sennaia —adonde no tenía ninguna razón para ir— hubiera tenido lugar justo entonces, a esa hora precisa, en ese minuto de su vida, con aquel estado de ánimo y en unas circunstancias concretas en las que el encuentro podía ejercer la más decisiva e irrevocable influencia en su destino? ¡Ni que hubiera estado esperándolo a propósito!

Eran cerca de las nueve cuando cruzaba la plaza Sennaia. En las mesas, en los puestos, en las tiendas y tenderetes, los comerciantes estaban cerrando sus negocios o recogiendo y empaquetando sus mercancías, y se marchaban a casa, lo mismo que hacían sus clientes. En torno a los figones instalados en los semisótanos, en los patios sucios y malolientes de los edificios de la plaza Sennaia y, especialmente, a las puertas de las tabernas, pululaba una multitud variopinta de artesanos y desharrapados. A Raskólnikov le gustaban especialmente aquellos lugares, al igual que las callejas de los alrededores, cuando paseaba sin rumbo fijo. Aquí sus andrajos no atraían las miradas altaneras, y uno podía andar vestido de cualquier manera sin escandalizar a nadie. En la esquina del callejón K.[44] un comerciante y su mujer atendían dos mesas donde se vendían hilos, cintas, pañuelos de percal y otros artículos semejantes. También ellos se disponían a volver a casa, pero se habían entretenido charlando con una conocida que se había acercado hasta allí. Esta

conocida era Lizaveta Ivánovna, o sencillamente Lizaveta, como la llamaba todo el mundo; precisamente era la hermana pequeña de la vieja Aliona Ivánovna, viuda de registrador colegiado[45] y usurera, a quien había visitado la víspera Raskólnikov para empeñar un reloj y llevar a cabo su *prueba…* Hacía ya tiempo que estaba informado de todo lo concerniente a esta Lizaveta, e incluso ella también sabía algo de él. Era una muchacha alta, desmañada, tímida y sumisa, medio idiota, de treinta y cinco años, que vivía esclavizada por su hermana, para la que trabajaba día y noche, temblando ante ella y temblando también ante sus palizas. Estaba escuchando atentamente, con aire pensativo, al comerciante y a su mujer, y llevaba un atadillo de ropa. Le estaban comentando alguna cosa con particular vehemencia. Cuando Raskólnikov la vio de repente, una extraña sensación, algo parecido a una profunda sorpresa, se apoderó de él, a pesar de que no había nada sorprendente en aquel encuentro.

—Debería decidirlo usted personalmente, Lizaveta Ivánovna —decía el comerciante en voz alta—. Venga mañana, antes de las siete. Ellos también vendrán.

—¿Mañana? —dijo Lizaveta, pensativa, arrastrando las sílabas; no parecía acabar de decidirse.

—¡Hay que ver qué miedo le tiene usted a Aliona Ivánovna! —empezó a parlotear la mujer del comerciante, una señora muy despierta—. La miro, y me parece estar viendo a una niña pequeña. Y esa mujer ni siquiera es su hermana carnal, sino su hermanastra, y ya ve usted cómo la trata.

—En esta ocasión no le diga nada a Aliona Ivánovna —terció el marido—, ese es mi consejo; venga usted a casa sin pedir permiso. Será lo más conveniente. Después su hermana también podrá hacerse una idea.

—¿Y si voy?

—Mañana, antes de las siete; ellos también mandarán a alguien. Y podrá decidir usted misma.

—Y sacaremos el samovar —añadió la mujer.

—Muy bien, allí estaré —dijo Lizaveta, aún dubitativa, y se alejó lentamente.

Raskólnikov ya había pasado de largo y no pudo oír nada más. Pasó sin hacer ruido, inadvertidamente, procurando no perderse ni una sola palabra. La sorpresa inicial se convirtió poco a poco en horror, y una especie de escalofrío le recorrió la espalda. Había averiguado de repente, súbitamente y de forma completamente inesperada, que al día siguiente, exactamente a las siete de la tarde, Lizaveta, la hermana de la vieja y la única persona que vivía con ella, no iba a estar en casa y que, por tanto, la anciana, a las siete en punto de la tarde, *estaría sola en casa*.

Estaba a solo unos pasos de su vivienda. Entró como un condenado a muerte. Se había quedado en blanco y era totalmente incapaz de razonar; pero de pronto sintió con todo su ser que ya no había en él ni libertad de juicio ni voluntad, y que todo estaba decidido súbita e irrevocablemente.

Ciertamente, aunque hubiera esperado años y años a que se le presentara la ocasión propicia, ni siquiera entonces, contando con un plan, habría podido dar un paso tan seguro hacia el cumplimiento de ese plan como el que acababa de dar. En cualquier caso, difícilmente habría podido averiguar la misma víspera y con toda certeza, de un modo más exacto y menos arriesgado, sin tener que recurrir a peligrosos interrogatorios y pesquisas, que al día siguiente, a una hora determinada, cierta anciana contra cuya vida pretendía atentar estaría en casa completamente sola.

VI

Pasado algún tiempo, Raskólnikov tuvo ocasión de averiguar por qué razón concreta el comerciante y su mujer habían invitado a Lizaveta a que fuera a su casa. Se trataba de un asunto de lo más corriente, que no tenía nada de particular. Una familia recién llegada a la ciudad, que había caído en la pobreza, vendía una serie de objetos, vestidos y demás, todos de mujer. Como no era aconsejable hacerlo en el mercado, estaban buscando una vendedora, y Lizaveta se dedicaba a esas cosas: trabajaba a comisión, llevaba sus propios asuntos y tenía mucha práctica, porque era muy honrada y ofrecía siempre el mejor precio, y no se movía de ese precio. Por norma, hablaba poco y, como ya se ha dicho, era sumisa y apocada…

Pero Raskólnikov últimamente se había vuelto supersticioso. Las huellas de la superstición perduraban mucho tiempo en él, y eran prácticamente indelebles. En lo sucesivo, siempre se sentiría inclinado a ver en todo este asunto algo extraño y misterioso, como si se debiera a la presencia de una serie de influjos y coincidencias peculiares. Aquel invierno, un estudiante conocido suyo, Pókorev, antes de marcharse a Járkov, le había dado, mientras charlaban, la dirección de la vieja Aliona Ivánovna, por si, llegado el caso, tenía que empeñar algo. Pasó mucho tiempo antes de que fuera a verla, porque tenía sus clases particulares y podía salir adelante. Hacía mes y medio se había acordado de la dirección; tenía un par de cosas que podía empeñar: un viejo reloj de plata de su padre y un pequeño anillo de oro con tres piedrecillas rojas que le había regalado su hermana en el momento de la despedida, como recuerdo. Decidió llevar el anillo; cuando se encontró con la vieja, sin saber todavía nada especial de ella, sintió a primera vista una repulsión irreprimible; salió de su casa con dos «billetitos» y por el camino entró en una miserable fonducha. Pidió té, se sentó y se

sumió en sus reflexiones. Una extraña idea estaba tomando forma en su cabeza, como el polluelo en el huevo, y no podía pensar en otra cosa.

Al lado de él, en otra mesita, había un estudiante al que no conocía de nada, acompañado por un joven oficial. Habían estado jugando al billar, y en esos momentos se disponían a tomar el té. De pronto Raskólnikov oyó que el estudiante le hablaba al oficial de una usurera, Aliona Ivánovna, viuda de un secretario colegiado[46], y le daba su dirección. Esto ya de por sí le pareció un tanto extraño a Raskólnikov: venía de allí, y justo estaban hablando de ella. Era una casualidad, desde luego, pero el caso es que él no conseguía quitarse de la cabeza aquella impresión tan fuera de lo común, y en este sitio era como si quisieran engatusarlo: de buenas a primeras el estudiante había empezado a darle a su camarada toda clase de detalles sobre Aliona Ivánovna.

—Es todo un personaje —le decía—; con ella, uno siempre saca algo de dinero. Es rica como un judío, puede prestar cinco mil rublos de una vez, pero tampoco le hace ascos a las prendas de un rublo. Muchos de los nuestros han tenido tratos con ella. Pero esa mujer es una harpía…

Y empezó a contar lo malvada y voluble que era; bastaba con retrasarse un día en el pago de los intereses y la prenda podía darse por perdida. Pagaba la cuarta parte de lo que valía la prenda, y cobraba unos intereses del cinco y hasta del siete por ciento mensual, y cosas así. El estudiante no paraba de hablar y, además de todo eso, también dijo que la vieja tenía una hermana, Lizaveta, a la que ella, tan menuda y desagradable, no paraba de pegar y tenía completamente sometida, como si fuera una niña pequeña, a pesar de que Lizaveta medía, por lo menos, ocho *vershkí*[47].

—¡Otro fenómeno! —exclamó el estudiante, y se echó a reír.

Empezaron a hablar de Lizaveta. El estudiante hablaba de ella con especial delectación y no paraba de reírse, mientras el oficial escuchaba con enorme interés y le pedía al estudiante que le mandase a esa Lizaveta para que le remendara algunas prendas. A

Raskólnikov no se le escapó una sola palabra, y se enteró de todo lo concerniente a Lizaveta: era más joven que la vieja, de la que era medio hermana (de distinta madre); tenía ya treinta y cinco años. Trabajaba para su hermana día y noche, haciendo en casa labores de cocinera y lavandera, y aparte de eso cosía y hasta fregaba suelos, y todo lo que ganaba se lo daba a su hermana. No se atrevía a aceptar ningún encargo ni ningún trabajo por su cuenta, sin contar con el consentimiento de la vieja. Esta ya había redactado su testamento, cosa que sabía la propia Lizaveta, y no le había dejado nada, fuera de los muebles, las sillas y demás; todo el dinero lo había legado a un monasterio en la provincia de N., para que la tuvieran eternamente presente en sus oraciones. Lizaveta era menestral, sin rango funcionarial, soltera y tremendamente desgarbada, llamativamente alta, con largos pies que parecían torcidos hacia fuera, perpetuamente calzados con zapatos de cabritilla muy gastados. Lo que más sorprendía y hacía reír al estudiante era que Lizaveta se pasaba la vida embarazada…

—Pero ¿no decías que es un monstruo? —observó el oficial.

—Sí, es tan morena que parece un soldado disfrazado, pero que sepas que no es ningún monstruo. Tiene una cara y unos ojos muy agradables. Pero mucho. La prueba es que gusta a muchos. Es tan callada, tan dulce, tan obediente, tan bien dispuesta, todo le parece bien. Y también tiene una sonrisa muy agradable.

—No me digas que a ti también te atrae —se burló el oficial.

—Por lo rara que es. No, pero mira lo que te digo. A esa maldita vieja la mataría y la desvalijaría, y te aseguro que sin ningún remordimiento de conciencia —añadió con vehemencia el estudiante.

El oficial volvió a reírse, y Raskólnikov se estremeció. ¡Qué cosa más rara!

—Permíteme, quiero plantearte una cuestión en serio. —El estudiante se iba acalorando—. Estaba hablando en broma, desde luego, pero fíjate: por una parte, tenemos una anciana estúpida, absurda, insignificante, enferma, que no solo es inútil, sino que además hace daño a todo el mundo, que ni ella misma sabe para

qué vive, y que en cualquier caso se va a morir mañana mismo. ¿Me entiendes? ¿Me entiendes?

—Bueno, sí, te entiendo —contestó el oficial, observando atentamente a su excitado compañero.

—Te sigo contando. Por otra parte, tenemos unas fuerzas frescas, jóvenes, que se malogran por falta de apoyo, y ¡las hay a millares, por todas partes! ¡Cien, mil buenas acciones e iniciativas que se podrían emprender y perfeccionar con el dinero de la vieja, destinado a un monasterio! Centenares, acaso millares de existencias que podrían llevarse por el buen camino; decenas de familias salvadas de la miseria, de la ruina, de la perdición, del vicio, de las enfermedades venéreas… y todo eso con su dinero. Mátala y coge su dinero, para consagrarte después, con esa ayuda, al servicio de toda la humanidad y del bien común: ¿no crees que quedaría compensado ese minúsculo crimen con los miles de buenas acciones? Por una sola vida, miles de vidas salvadas de la corrupción y la ruina. Una muerte a cambio de cien vidas: ¡cuestión de aritmética! Y ¿qué peso tiene en la balanza social la vida de esa anciana tísica, estúpida y malvada? No más que la vida de un piojo, de una cucaracha; en realidad, no tanto, porque esa anciana es muy dañina. Les hace la vida imposible a los demás: hace poco, enrabietada, le mordió un dedo a Lizaveta; ¡por poco no se lo arranca!

—Sin duda, no es digna de vivir —comentó el oficial—, pero eso es cosa de la naturaleza.

—Eh, hermano, la naturaleza se puede corregir, se puede dirigir, de otro modo nos hundiríamos en los prejuicios. De otro modo no habría ni un solo gran hombre. Dicen: «El deber, la conciencia»; no quiero decir nada contra el deber y la conciencia, pero la cuestión es cómo los entendemos. Espera, aún quiero hacerte otra pregunta. ¡Escucha!

—No, espera tú; voy a hacerte yo a ti una pregunta. ¡Escucha!

—¿Y bien?

—El caso es que estás hablando y echando tus peroratas, pero dime una cosa: ¿matarías *personalmente* a esa vieja?

—¡Por supuesto que no! Lo que digo es que es un acto de justicia… Pero a mí ni me va ni me viene…

—Pues, en mi opinión, si no lo haces tú personalmente, no hay justicia que valga.

Raskólnikov estaba extremadamente agitado. Naturalmente, no era más que una de esas conversaciones y disquisiciones de gente joven, de lo más corriente y habitual, tantas veces escuchadas, con distintas formas y sobre distintos temas. Pero ¿por qué había tenido que escuchar esa conversación y esas ideas en el momento preciso en que acababan de surgir en su cabeza… *exactamente las mismas ideas*? Y ¿por qué justo entonces, recién salido de casa de la vieja con aquella idea embrionaria, se encontraba precisamente con unas personas que estaban hablando de ella? Siempre le pareció rara la coincidencia. Aquella intrascendente charla tabernaria ejerció una extraordinaria influencia sobre él en el desarrollo posterior del asunto: como si de verdad hubiera intervenido alguna suerte de predestinación, de designio…

De vuelta de la plaza Sennaia, se echó en el diván y no se movió en una hora. Mientras tanto, oscureció; no tenía velas, aunque tampoco se le pasó por la cabeza la posibilidad de encender una luz. Nunca llegó a recordar si había pensado en algo en ese tiempo. Finalmente volvió a sentir la fiebre y los escalofríos que ya había sentido antes, y comprendió con satisfacción que podía tumbarse en el diván. Muy pronto un sueño pesado, plomizo, cayó sobre él, como aplastándolo.

Durmió mucho más tiempo del acostumbrado y no soñó. A la mañana siguiente, Nastasia entró en su habitación a las nueve, y le costó mucho despertarlo. Le traía té y un poco de pan. Nuevamente, el té estaba aguado y lo traía en su propia tetera.

—¡Caray, qué manera de dormir! —exclamó con indignación—. ¡Siempre durmiendo!

Raskólnikov se incorporó con un gran esfuerzo. Le dolía la cabeza; se puso de pie, dio una vuelta en su celda y volvió a desplomarse en el diván.

—¡Otra vez a dormir! —gritó Nastasia—. ¿Es que estás enfermo?

Raskólnikov no contestó.

—¿Quieres un poco de té?

—Más tarde —dijo haciendo un esfuerzo, mientras cerraba otra vez los ojos y se volvía de cara a la pared.

Nastasia se quedó a su lado, de pie.

—A lo mejor es verdad que está malo —dijo, se dio media vuelta y se marchó.

Volvió a aparecer a las dos, con la sopa. Raskólnikov seguía acostado. El té ni lo había probado. Nastasia se lo tomó a mal y empezó a zarandearlo con rabia.

—¡Duermes como un tronco! —gritó, mirándolo con desagrado.

Raskólnikov se incorporó y se sentó, pero no decía nada y no levantaba la vista del suelo.

—¿Estás o no estás enfermo? —preguntó Nastasia, y una vez más se quedó sin respuesta—. Tendrías que salir a la calle —dijo, después de una pausa—; que te dé un poco el aire, por lo menos. ¿No vas a comer nada?

—Más tarde —dijo él débilmente—. ¡Largo! —Y la echó con un gesto.

Ella se quedó un poco más, mirándolo con lástima, y se fue.

A los pocos minutos Raskólnikov levantó la vista y estuvo contemplando largamente el té y la sopa. Después cogió el pan, cogió la cuchara y empezó a comer.

Comió poco, sin apetito, tres o cuatro cucharadas, maquinalmente. La cabeza ya no le dolía tanto. Después de comer, volvió a tenderse en el diván, pero ya no podía dormirse, y se quedó tumbado, inmóvil, boca abajo, con la cara hundida en la almohada. Estaba soñando, y eran los suyos unos sueños extraños: una y otra vez, se imaginaba que estaba en África, en Egipto, en algún oasis.

La caravana descansa, los camellos están echados tranquilamente; las palmeras forman un círculo a su alrededor; todo el mundo está comiendo. Pero él bebe agua de un arroyo que corre muy cerca, a su lado, con un murmullo. Y el agua es tan fresca, y de un azul tan prodigioso, y corre entre las piedras multicolores y sobre la limpia arena de reflejos dorados… De pronto oyó con claridad las campanadas de un reloj. Se estremeció, volvió en sí, levantó la cabeza, miró por la ventana, calculó la hora y de repente se puso de pie, totalmente despabilado, como si alguien lo hubiera arrancado del diván. Se acercó de puntillas hasta la puerta, la entreabrió muy despacio y aguzó el oído, pendiente de los ruidos de la escalera. El corazón le latía con una fuerza terrible. Pero en las escaleras reinaba el silencio, como si durmiera todo el mundo… Le parecía increíble y prodigioso que hubiera podido dormir tan profundamente desde la víspera, sin haber hecho nada, sin haber preparado nada… Entretanto, parecía que habían dado las seis… Y una actividad insólita, desconcertante y febril se apoderó de pronto de él, en lugar del sueño y la estupefacción. De todos modos, no eran muchos los preparativos que había que hacer. Concentró todas sus energías en pensar en todo y no olvidarse de nada; y el corazón le seguía latiendo y palpitando con tanta fuerza que empezaba a respirar con dificultad. En primer lugar, tenía que hacer un lazo y cosérselo al abrigo; cosa de un minuto. Metió la mano debajo de la almohada y encontró, entre la ropa interior que había metido allí de cualquier modo, una vieja camisa sucia y desgarrada. La hizo tiras y formó una cinta de un *vershok* de ancho y unos ocho *vershkí* de largo[48]. Dobló la cinta en dos, se quitó el amplio y sólido abrigo de verano, de tela gruesa de algodón (su única prenda de abrigo), y empezó a coserle por dentro ambos extremos de la cinta, bajo la sisa izquierda. Las manos le temblaban mientras cosía, pero se sobrepuso, de modo que, cuando volvió a ponerse el abrigo, no se notaba nada por fuera. La aguja y el hilo los tenía preparados desde hacía tiempo, y los guardaba en su mesa, envueltos en un papel. En cuanto al lazo, se trataba de una ocurrencia suya, muy ingeniosa: estaba pensado para

el hacha. No podía ir por la calle con un hacha en las manos. Y, si la ocultaba debajo del abrigo, en cualquier caso tendría que sujetarla con una mano, algo que llamaba la atención. Ahora, en cambio, solo tenía que meter la hoja del hacha en el lazo, e iría todo el camino colgando tranquilamente por dentro del abrigo, debajo de la sisa. Metiendo la mano en el bolsillo lateral, podía sujetar el extremo del mango para evitar el balanceo; además, como era una prenda muy amplia, un verdadero saco, no se iba a notar desde fuera que la mano que llevaba metida en el bolsillo sujetaba algo. Hacía ya un par de semanas que se le había ocurrido lo del lazo.

Cuando acabó con esto, introdujo los dedos en una pequeña rendija que había entre el diván turco y el suelo, rebuscó en el rincón izquierdo y sacó la «prenda» que tenía preparada y oculta en ese sitio desde hacía tiempo. En realidad, no era ninguna prenda, sino sencillamente una pequeña pieza de madera pulida del tamaño y el grosor de una pitillera de plata. La había encontrado casualmente en uno de sus paseos, en un patio donde había una especie de taller, instalado en un anexo. Más tarde le había añadido a esa pieza una plancha de hierro, lisa y delgada —muy probablemente, un fragmento de algo—, que también se había encontrado en la calle, el mismo día. Juntó ambas piezas —la de hierro era más pequeña que la de madera—, las ató muy bien atadas, en cruz, con un hilo; después, las envolvió con mucho esmero y elegancia en un papel blanco y limpio y ató el paquete con un cordel muy fino, también en cruz, procurando que el nudo fuera muy difícil de deshacer. Con eso pretendía distraer por un rato la atención de la vieja, teniéndola entretenida con el nudo, para así ganar él unos momentos. La plancha de hierro la había añadido por el peso, para que la vieja al principio no se diera cuenta de que aquella «cosa» era de madera. Todo esto lo había tenido guardado hasta entonces debajo del diván. Acababa de sacar la prenda, cuando de pronto se oyó un grito en el patio:

—¡Hace rato que han dado las seis!

—¡Hace rato! ¡Dios mío!

Se lanzó a la puerta, se quedó escuchando, cogió su sombrero y empezó a bajar sus trece peldaños, con mucha cautela, en silencio, como un gato. Le quedaba por hacer lo más importante: robar el hacha de la cocina. Había tomado la decisión, hacía ya tiempo, de hacerlo con un hacha. Tenía una navaja plegable de jardinero; sin embargo, no confiaba en la navaja, ni mucho menos en sus propias fuerzas, de ahí que finalmente se hubiera inclinado por el hacha. A propósito de todas esas decisiones finales que había adoptado en este asunto, hay que dejar constancia, por cierto, de una peculiaridad. Tenían una característica extraña: cuanto más definitivas eran, más absurdas y disparatadas le parecían. A pesar de toda su atormentada lucha interior, en todo ese tiempo no pudo creer ni por un solo instante en la viabilidad de sus planes.

Es más, suponiendo que en algún momento todo hubiera sido definitivamente dilucidado y resuelto hasta en el menor de los detalles, y ya no quedara ninguna duda de ninguna clase, entonces es probable que hubiera renunciado a todo, viéndolo como algo absurdo, monstruoso e imposible. Pero aún quedaban infinidad de puntos y dudas sin resolver. En cuanto a lo de conseguir un hacha, ese pequeño detalle no le preocupaba, pues no había nada más sencillo. Nastasia se ausentaba de casa a todas horas, sobre todo por las tardes: cuando no estaba con alguna vecina se encontraba en la tienda, y siempre se dejaba la puerta abierta. Era la única cosa por la que la regañaba la patrona. Así pues, bastaba con entrar en la cocina, llegado el momento, sin hacer ningún ruido y coger el hacha, y más tarde, al cabo de una hora (cuando todo hubiera terminado), entrar y volver a dejarla en su sitio. De todos modos, también se planteaban algunas dudas: pongamos que regresaba una hora más tarde para volver a dejar el hacha en su sitio, y Nastasia regresaba en ese momento. Naturalmente, siempre podía pasar de largo y esperar a que saliera nuevamente. Pero entretanto podía echar de menos el hacha, ponerse a buscarla, empezar a dar gritos… Todo eso implicaba sospechas o, por lo menos, ocasión para las sospechas.

Pero no pasaban de ser detalles menores, en los que no había empezado a pensar, y de hecho no había tenido ni tiempo. Raskólnikov pensaba en las cuestiones fundamentales, y los detalles los aplazaba hasta el momento en que *estuviera totalmente convencido*. Aunque esto último parecía decididamente inviable. O, al menos, eso le parecía a él. No podía imaginarse, por ejemplo, que en un momento dado fuera a dejar de darle vueltas al asunto, levantarse y… dirigirse a ese sitio sin más. Incluso su reciente *prueba* (es decir, su visita destinada a llevar a cabo una última inspección del lugar) no había pasado de ser un intento de hacer algo, aunque muy alejado de la realidad, como diciéndose a sí mismo: «¡Venga, vamos a probar de una vez, en lugar de seguir fantaseando!»; pero no había tardado en flaquear, se había desentendido de todo y había salido corriendo, indignado consigo mismo. Por el contrario, podía decirse que todo el análisis, entendido como la solución moral al dilema, ya lo había completado: su casuística estaba afilada como una navaja de afeitar y, por su parte, ya no encontraba objeciones racionales. Pero lo que ocurría era que, en última instancia, sencillamente había dejado de creer en sí mismo y, obstinadamente, con mentalidad servil, se dedicaba a buscar objeciones por todas partes, sin tino, como si alguien lo obligara y lo arrastrara a hacerlo. Los acontecimientos del día anterior, sobrevenidos de un modo tan imprevisto, habiéndose decidido todo repentinamente, habían ejercido sobre él un influjo casi puramente mecánico: era como si alguien lo hubiera cogido de la mano y hubiera tirado de él irresistiblemente, con una fuerza ciega y sobrenatural que no admitía réplica. Como si un extremo de la ropa se le hubiera quedado atrapado en el engranaje de una máquina, y esta hubiera empezado a atraerlo.

Al principio —hacía ya mucho, en realidad— había una cuestión que le preocupaba: ¿por qué la práctica totalidad de los crímenes se descubren y se resuelven tan fácilmente y casi todos los criminales dejan unas pistas tan evidentes? Poco a poco había ido llegando a una serie de conclusiones muy variopintas y curiosas; en su opinión,

la principal razón estriba no tanto en la imposibilidad material de ocultar el crimen, sino en el propio criminal: cualquier criminal, casi sin excepciones, en el momento de cometer el crimen sufre una pérdida de voluntad y raciocinio, sustituidos por una inconsciencia infantil, una inconsciencia descomunal, justo en el momento en que más necesarios resultan el buen juicio y la precaución. Raskólnikov estaba convencido de que esa ofuscación de la razón y esa pérdida de la voluntad se apoderan del individuo como una enfermedad, se desarrollan gradualmente y alcanzan su culminación poco antes de la consumación del crimen; a partir de ahí, se mantienen al mismo nivel hasta el momento mismo del crimen y algún tiempo después, dependiendo de cada individuo, y posteriormente van remitiendo como cualquier otra enfermedad. En cuanto a la duda de si es la enfermedad la causante del crimen, o si es el propio crimen el que de algún modo, dada su peculiar naturaleza, se ve necesariamente acompañado de una especie de enfermedad, Raskólnikov aún no se sentía capaz de resolverla.

Habiendo llegado a esa clase de conclusiones, decidió que en su caso no podían darse tales alteraciones morbosas, que él iba a preservar el juicio y la voluntad, de un modo inalienable, durante todo el tiempo de ejecución de su plan, por la sencilla razón de que su plan… «no era un crimen». Dejaremos de lado todo el proceso por medio del cual llegó a esta última conclusión; ya hemos adelantado demasiados acontecimientos… Añadiremos únicamente que las dificultades prácticas, estrictamente materiales, del caso le preocuparon de un modo muy secundario. «Basta con mantener toda la voluntad y todo el juicio a la hora de afrontarlas, y esas dificultades se superarán a su debido tiempo, cuando haya que familiarizarse hasta con los más pequeños detalles del asunto…». Pero el asunto no arrancaba. En lo que menos seguía confiando era en su capacidad de decisión final y, cuando llegó la hora, todo salió de un modo muy distinto, de una forma imprevista y casi inesperada.

No había terminado de bajar las escaleras y ya se había quedado desconcertado por culpa de un detalle insignificante. Al pasar por

delante de la cocina de su patrona, abierta como siempre de par en par, echó un vistazo precavido al interior para comprobar si, en ausencia de Nastasia, estaba allí la patrona, y para asegurarse —en caso de que no estuviera— de que la puerta que daba a su cuarto estaba bien cerrada, no fuera a verlo desde allí cuando entrara a coger el hacha. Pero cuál no sería su sorpresa al descubrir de improviso que Nastasia no solo se encontraba en casa en ese momento, sino que además tenía tarea: ¡estaba sacando la ropa de cama de un cesto y tendiéndola en la cuerda! Al ver a Raskólnikov, paró de colgar la ropa, se volvió hacia él y no le quitó la vista de encima hasta que pasó de largo. Él apartó la mirada y siguió adelante, haciendo como si no se hubiera dado cuenta de nada. Pero aquello era el final: ¡no tenía hacha! Estaba terriblemente abatido.

«Y ¿de dónde me he sacado —pensaba, mientras pasaba por el portón—, de dónde me he sacado yo que era imposible que estuviese en casa en estos momentos? ¿Por qué, por qué, por qué lo he dado por sentado con tanta seguridad?». Estaba hundido e incluso se sentía humillado. Le entraron ganas de reírse de sí mismo, de pura rabia… Una cólera sorda y salvaje bullía en su interior.

Se detuvo pensativo en el portón. La idea de salir a la calle, de tener que dar un paseo porque sí, le parecía repulsiva; la de volver a casa, aún más repulsiva. «¡Qué oportunidad he perdido para siempre!», farfulló, parado en el portón, sin saber qué hacer, justo enfrente del oscuro cuchitril del portero, que estaba abierto. Súbitamente se estremeció. En el cuartucho del portero, a apenas dos pasos de él, algo que brillaba debajo de un banco, a mano derecha, captó su atención… Raskólnikov miró a su alrededor: nadie. Se acercó de puntillas hasta el cuarto, bajó los dos escalones que había en la entrada y llamó en voz baja al portero. «¡Efectivamente, no está en casa! Pero tiene que andar por aquí cerca, por el patio, porque se ha dejado la puerta abierta de par en par». Se lanzó como loco sobre el hacha (porque era un hacha) y la sacó de debajo del banco, donde estaba entre dos leños; allí mismo, sin salir del cuarto, la aseguró con el lazo, se metió ambas manos en los bolsillos y salió

del cuchitril del portero. ¡Nadie se había fijado en él! «Si no es la razón, ¡que sea el diablo!», pensó, con una extraña sonrisa. Aquella casualidad le había infundido unos ánimos extraordinarios.

Echó a andar tranquilamente y *con gravedad*, sin apresurarse, para no despertar ninguna sospecha. Apenas miraba a los transeúntes; de hecho, procuraba no mirar a nadie a la cara y pasar lo más desapercibido posible. De repente reparó en su sombrero. «¡Dios mío! ¡Hace un par de días tenía dinero, y no se me ocurrió cambiar de gorra!». Una maldición le salió del alma.

Echó un vistazo casual, con el rabillo del ojo, al interior de una tienda, vio en un reloj de pared que ya eran las siete y diez. Tenía que darse prisa, y al mismo tiempo estaba obligado a dar un rodeo, para entrar en la casa por el lado contrario…

Antes, cuando tenía ocasión de ver todo esto representado en su imaginación, algunas veces había pensado que iba a tener mucho miedo. Pero ahora no solo no tenía mucho miedo, es que no tenía ningún miedo. En esos momentos, iban desfilando por su cabeza los más diversos pensamientos ajenos a la cuestión. Al pasar cerca del jardín de los Yusúpov, estuvo considerando detenidamente la cuestión de la construcción de grandes fuentes y de su efecto refrescante en el ambiente de las plazas. Poco a poco se fue convenciendo de que, si se extendía el Jardín de Verano hasta el Campo de Marte, e incluso se unía con el jardín del palacio Mijáilovski, el resultado sería espléndido y muy beneficioso para la ciudad. De pronto se interesó por otro asunto: por qué en todas las grandes ciudades la gente tiende a vivir y residir, y no exclusivamente por necesidad, en barrios, justamente, sin jardines ni fuentes, llenos de suciedad y malos olores y de toda clase de inmundicias. Entonces se acordó de sus propios paseos por la plaza Sennaia, y salió por unos instantes de su ensimismamiento. «Qué disparate —pensó—. ¡No, es preferible no pensar en nada!».

«Sí, es muy probable que los reos que son conducidos al cadalso se aferren mentalmente a cualquier cosa que vean en el recorrido», pensó fugazmente, pero no fue más que un destello; él mismo se

apresuró a apartar la idea… Ya andaba muy cerca, ahí estaba la casa, ahí estaba el portón. De improviso, un reloj dio una campanada. «¡Cómo! ¿Es posible que sean ya las siete y media? No puede ser, ¡seguro que adelanta!».

Por suerte para él, en el portón, una vez más, todo le salió a pedir de boca. Es más, como hecho aposta, en ese mismo instante, justo delante de él, hacía su entrada por el portón un enorme carro de heno, detrás del cual pudo ocultarse en todo momento, mientras franqueaba el acceso; en cuanto el carro se adentró en el patio, él se desvío rápidamente hacia la derecha. Desde el otro lado del carro había distinguido las voces de algunas personas que discutían a gritos, pero nadie se había fijado en él y nadie se le cruzó. Muchas ventanas que daban a ese enorme patio cuadrado estaban abiertas a esa hora, pero Raskólnikov no levantó la cabeza, no se sentía con fuerzas. Las escaleras de la vieja estaban ahí al lado, justo a la derecha del portón. Ya estaba al pie de las escaleras…

Tomando aliento y presionando con la mano el corazón desbocado, después de tantear y de colocarse bien, una vez más, el hacha, empezó a subir en silencio, con mucha cautela, parándose a escuchar cada dos por tres. Sin embargo, también las escaleras estaban completamente desiertas a esa hora; todas las puertas estaban cerradas; no se encontró con nadie. Es verdad que en el segundo piso había una vivienda desocupada, con las puertas abiertas de par en par, y que allí estaban trabajando unos pintores, pero tampoco repararon en él. Se paró, reflexionó unos segundos, y siguió subiendo. «Evidentemente, habría sido mejor que no hubiera nadie aquí, pero… hay dos pisos más por encima».

Ahí estaba el cuarto piso, ahí estaba la puerta, ahí estaba la vivienda de enfrente, la que estaba vacía. Todo indicaba que la que estaba situada justo debajo de la de la vieja, en el tercer piso, también se había quedado vacía; habían quitado la tarjeta de visita que estaba clavada en la puerta: ¡se habían marchado! Raskólnikov se ahogaba. Por un momento, le vino a la cabeza una idea: «¿Y si me voy?». Pero no se respondió y se quedó escuchando, por si oía

algo en casa de la vieja: reinaba un silencio sepulcral. Después volvió a prestar atención a la escalera, estuvo un buen rato escuchando, detenidamente… A continuación echó un último vistazo, se puso serio, se recompuso y comprobó una vez más que el hacha colgaba del lazo. «¿No estaré pálido… demasiado pálido? —se le ocurrió—. ¿No estaré especialmente nervioso? La vieja no se fía de nadie… ¿Y si espero un poco más… hasta que el corazón se me serene?…».

Pero el corazón, lejos de serenársele, como hecho aposta, latía cada vez con más y más violencia… No pudo aguantar, alargó despacio la mano hacia la campanilla y llamó. Pasado medio minuto volvió a llamar, más fuerte esta vez.

No hubo respuesta. Seguir llamando en vano no venía a cuento, y habría sido una pérdida de tiempo. La vieja se encontraba en casa, por descontado, pero era suspicaz y estaba sola. Raskólnikov, hasta cierto punto, estaba al corriente de sus hábitos… y volvió a pegar el oído a la puerta. Puede que sus sentidos se hubieran agudizado —algo difícil de admitir— o que, efectivamente, se oyera con toda claridad; pero lo cierto es que de pronto percibió algo así como el contacto cauteloso de una mano con el pestillo y el roce de un vestido en la misma puerta. Había alguien parado, con todo sigilo, al otro lado de la puerta y estaba escuchando en secreto desde dentro, exactamente igual que estaba haciendo él desde fuera, y parecía además que también tenía el oído pegado a la puerta…

Para no dar la sensación de que se estaba escondiendo, Raskólnikov se movió y farfulló algo en voz alta; después llamó por tercera vez, pero lo hizo suavemente, con aplomo, sin ninguna impaciencia. Más tarde recordaría todo esto con mucha intensidad, con nitidez; ese instante quedó grabado en su memoria para siempre. Jamás logró entender de dónde había sacado tanta astucia, sobre todo porque su entendimiento parecía apagarse por momentos, apenas sentía su cuerpo… Un momento después oyó cómo descorrían el cerrojo.

VII

Como la otra vez, la puerta se entreabrió y a través de la pequeña rendija dos ojos penetrantes y suspicaces lo miraron fijamente desde la oscuridad. En ese momento Raskólnikov perdió la cabeza y estuvo a punto de cometer un error fatal.

Temiendo que la vieja se asustaría al ver que estaba solo, y sin ninguna esperanza de que su aspecto la fuera a tranquilizar, agarró la puerta y tiró de ella para que la vieja no intentara en ningún caso volver a cerrarla. Al darse cuenta, ella no tiró a su vez de la puerta, pero tampoco soltó el picaporte, de modo que faltó poco para que Raskólnikov la arrastrara, junto con la puerta, hacia el rellano. Viendo que la vieja se había quedado parada en el umbral y le impedía el paso, se abalanzó sobre ella. La anciana dio un paso atrás, asustada, quiso decir algo, pero aparentemente fue incapaz y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Buenas tardes, Aliona Ivánovna —empezó, con la mayor naturalidad de que era capaz, pero la voz, entrecortada y trémula, se negaba a obedecerlo—; he venido… le he traído una cosa… pero mejor vamos adentro… donde haya luz…

Y, prescindiendo de la vieja, sin esperar a que lo invitara a pasar, entró directamente en la habitación. La anciana corrió tras él; se le soltó la lengua.

—¡Señor! Pero ¿qué le pasa?… ¿Usted quién es? ¿Qué se le ofrece?

—Con su permiso, Aliona Ivánovna… usted ya me conoce… Raskólnikov… Mire, le traigo esa prenda que le prometí hace unos días… —Y le tendió la prenda.

La vieja fue a echarle un vistazo, pero de inmediato clavó la vista en los ojos del visitante no invitado. Lo miró atentamente, con malicia y suspicacia. Pasó cerca de un minuto; Raskólnikov creyó ver en los

ojos de la anciana una especie de burla, como si lo hubiera adivinado todo. Notó que perdía el control, que empezaba a tener miedo, tanto miedo que, probablemente, de haber seguido la vieja mirándolo de ese modo, sin decir una palabra, otro medio minuto, habría huido.

—¿Por qué me mira de ese modo, como si no me conociera? —dijo Raskólnikov de pronto, también con malicia—. Tómelo si quiere; si no, ya iré a otro sitio; tengo prisa.

Lo dijo sin pensar; le salió así, de pronto.

La vieja reaccionó, y el tono resuelto del visitante debió de infundirle ánimos.

—Pero es que, *bátiushka*, así, tan de repente… ¿Qué es esto? —preguntó, mirando el objeto.

—Una pitillera de plata: ya se lo dije la otra vez.

La vieja alargó la mano.

—Pero ¿cómo está usted tan pálido? ¡Si hasta le tiemblan las manos! ¿Ha estado haciendo penitencia, *bátiushka*?

—Tengo fiebre —respondió con brusquedad—. Inevitablemente uno se pone pálido… cuando no come nada —añadió; apenas podía articular palabra. Las fuerzas volvían a fallarle. Pero la respuesta había sonado verosímil; la vieja tomó la prenda.

—¿Qué es esto? —preguntó la vieja, volviendo a examinar atentamente a Raskólnikov y sopesando el objeto en la mano.

—Una cosa… una pitillera… de plata… Mírela.

—Pues no parece de plata… Qué forma de envolverlo.

Tratando de desatar el cordel, se volvió hacia la ventana, hacia la luz (tenía todas las ventanas cerradas, a pesar del calor asfixiante), y por unos segundos se apartó de Raskólnikov y le dio la espalda. Él se desabrochó el abrigo y desprendió el hacha del lazo, pero todavía no la sacó del todo, sino que la sostuvo con la mano derecha, por dentro de la ropa. Sentía una debilidad tremenda en las manos; notaba cómo, con cada movimiento, se le volvían más torpes y rígidas. Tenía miedo de que se le escapara el hacha y cayera al suelo… De repente empezó a darle vueltas la cabeza.

—Pero ¡para qué lo habrá envuelto así! —gritó irritada la vieja, y se movió un poco hacia él.

Ya no había un solo instante que perder. Acabó de sacar el hacha, la blandió con las dos manos, prácticamente ajeno a sí mismo, y sin esforzarse apenas, de forma casi maquinal, golpeó con el lomo la cabeza de la vieja. Era como si le hubieran abandonado las fuerzas. Pero, en cuanto descargó el hachazo, no tardó en recuperarlas.

La vieja, como siempre, llevaba la cabeza descubierta. Sus ralos cabellos, aclarados por las canas incipientes, empapados en aceite, como de costumbre, estaban recogidos en una trenza ratonera y sujetos con un peine roto de cuerno que le asomaba por la nuca. Debido a su baja estatura, el golpe la alcanzó en plena coronilla. Gritó, aunque muy débilmente, y de repente se derrumbó, si bien aún tuvo tiempo de llevarse las manos a la cabeza. Aún sujetaba la «prenda» en una mano. Entonces Raskólnikov volvió a golpear, una vez, dos veces, las dos con el lomo y las dos en la coronilla. La sangre manó como de un vaso volcado, y el cuerpo se derrumbó, quedó tendido boca arriba. Raskólnikov dio un paso atrás, dejó que su víctima cayera e inmediatamente se inclinó sobre su rostro: ya estaba muerta. Tenía los ojos desencajados, como si quisieran salírsele de las órbitas, y la frente y toda la cara estaban contraídas y deformadas por un espasmo.

Raskólnikov dejó el hacha en el suelo, al lado de la muerta, y de inmediato empezó a registrarle el bolsillo, procurando no mancharse con la sangre derramada; era el mismo bolsillo derecho del que había sacado las llaves la otra vez. Estaba perfectamente lúcido; ya no sentía ofuscación ni mareos, aunque las manos le seguían temblando. Más tarde recordaría que había actuado con especial cautela y atención, tratando en todo momento de no mancharse… No tardó en dar con las llaves; como en su anterior visita, estaban todas en el mismo manojo, unidas con un anillo de acero… Sin perder un segundo, corrió con las llaves al dormitorio. Se trataba de una habitación bastante pequeña, con una enorme urna para los iconos.

Arrimada a la pared opuesta había una cama grande, limpísima, con una colcha guateada, adornada con parches de seda. En la tercera pared había una cómoda. Por raro que parezca, en cuanto se puso a probar las llaves en la cómoda, en cuanto oyó su tintineo, sintió una especie de estremecimiento. De repente le entraron ganas de dejarlo todo y marcharse. Pero fue apenas un instante; ya era tarde para marcharse. Incluso se sonrió con ironía, cuando se vio sacudido por otra idea alarmante. De pronto se le ocurrió que la vieja a lo mejor estaba viva y podía volver en sí. Desentendiéndose de las llaves y de la cómoda, volvió a donde estaba el cuerpo, cogió el hacha y la blandió una vez más sobre la vieja, pero no dio ningún golpe. No cabía duda de que estaba muerta. Agachándose para volver a examinarla más de cerca, vio claramente que tenía el cráneo partido e incluso ligeramente hundido en un lado. Ya iba a comprobarlo con un dedo, pero retiró la mano: de todos modos, era evidente. Entretanto se había formado un charco de sangre. Advirtió de pronto que un cordón le colgaba del cuello; tiró de él, pero era resistente y no había manera de romperlo; además, estaba empapado de sangre. Probó a sacárselo por la cabeza, pero algo se lo impedía, estaba enganchado. En su impaciencia estuvo tentado de recurrir nuevamente al hacha para cortar el cordón tal y como estaba, pegado al cuerpo, golpeando de arriba abajo, pero no se atrevió y, a duras penas, poniéndose las manos perdidas de sangre y manchando el hacha, al cabo de dos minutos de esfuerzos, cortó el cordón y lo cogió sin necesidad de tocar el cuerpo con el hacha. No se había equivocado: había un monedero. Dos cruces colgaban del cordón: una de ciprés y otra de cobre, y también había una medallita esmaltada; allí mismo, a su lado, estaba el monedero, pequeño, de gamuza, grasiento, con un reborde y un anillo de acero. Estaba lleno a reventar; Raskólnikov se lo guardó en el bolsillo sin mirar lo que había dentro, arrojó las cruces sobre el pecho de la vieja y, esta vez con el hacha, volvió al dormitorio.

Le entraron unas prisas enormes, cogió las llaves y empezó nuevamente a probarlas. Pero no atinaba: no entraban en las

cerraduras. No es que las manos le temblaran en exceso, pero no hacía más que confundirse; por ejemplo, veía que una llave no iba bien, que no era la que tocaba y, con todo, se empeñaba en probarla. De pronto reparó en esa otra llave grande, de paletón dentado, que estaba ahí con las pequeñas, y se imaginó que no podía ser la de la cómoda (ya lo había pensado la otra vez), sino de algún cofre, y pensó que en ese cofre podía tenerlo todo guardado. Se olvidó de la cómoda e inmediatamente miró debajo de la cama, consciente de que las ancianas suelen guardar sus cofres debajo de la cama. En efecto: había allí un cofre de buen tamaño, de más de un *arshín*[49] de largo, de tapa arqueada, tapizado de tafilete rojo y claveteado. La llave dentada encajó a la primera en la cerradura. En la parte de arriba, bajo una sábana blanca, había una pelliza de liebre forrada de rojo; debajo, un vestido de seda, después un chal, y luego, hasta el fondo, tan solo parecía haber retales. Lo primero que hizo fue limpiarse las manos manchadas de sangre en el forro rojo. «Total, es rojo; y sobre el rojo se notará menos la sangre», razonó. De pronto, cayó en la cuenta: «¡Señor! ¿Me estoy volviendo loco?», pensó asustado.

Pero, en cuanto metió la mano en aquellos retales, un reloj de oro salió de debajo de la pelliza. Se puso a revolverlo todo. Efectivamente, entre las telas había objetos de oro —todos empeñados, sin duda; algunos pendientes de ser redimidos y otros que no iban a ser redimidos—, brazaletes, cadenas, pendientes, alfileres y demás. Algunos estaban en sus estuches, otros sencillamente envueltos en papel de periódico, aunque con cuidado y esmero, en hojas dobladas por la mitad y bien atadas con cintas. Sin perder un instante, empezó a llenarse los bolsillos del pantalón y del abrigo, sin examinar ni deshacer los estuches y los paquetes; pero no le dio tiempo a recoger demasiadas cosas…

De pronto se oyeron unos pasos en la habitación donde estaba la vieja. Raskólnikov se quedó quieto, callado como un muerto. Pero todo estaba en calma: seguro que solo habían sido imaginaciones suyas. Súbitamente se oyó con claridad un grito débil, como si a

alguien se le hubiera escapado un gemido sordo y entrecortado y se hubiera callado enseguida. Después volvió a reinar un silencio sepulcral durante uno o dos minutos. Raskólnikov se quedó a la espera, sentado en cuclillas al lado del cofre, conteniendo la respiración, pero súbitamente se levantó, cogió el hacha y salió corriendo del dormitorio.

En medio del cuarto estaba Lizaveta, con un gran hato de ropa en las manos, mirando con estupor a la hermana muerta, blanca como la pared y, aparentemente, sin fuerzas para gritar. Al ver aparecer a Raskólnikov, se estremeció como una hoja, con un temblor débil, y un espasmo le recorrió toda la cara; levantó una mano, abrió la boca, pero no llegó a gritar y empezó a retroceder lentamente, alejándose de él, hacia un rincón, sin dejar de mirarlo atentamente, pero sin gritar en ningún momento, como si no le llegara el aire para soltar un grito. Raskólnikov se arrojó sobre ella blandiendo el hacha; los labios de Lizaveta se contrajeron de un modo lastimero, como les pasa a los niños muy pequeños cuando empiezan a asustarse por alguna razón, que miran fijamente aquello que los asusta y están a punto de chillar. Y era tan ingenua, tan apocada la pobre Lizaveta, estaba tan irremediablemente asustada que ni siquiera se protegió la cara con las manos, a pesar de que ese habría sido el gesto más natural e imperioso en semejante momento, cuando el hacha se alzaba justo delante de su rostro. Se limitó a levantar ligeramente la mano izquierda, que tenía libre, pero no cerca del rostro, sino que la extendió despacio hacia el frente, como si quisiera quitarse de encima a su atacante. El filo del hacha cayó de lleno sobre el cráneo, y hendió inmediatamente toda la parte superior de la frente, casi hasta el vértice. Lizaveta se desplomó de golpe. Raskólnikov perdió casi totalmente el control, cogió el hato y corrió al vestíbulo.

Su terror no hacía más que aumentar, sobre todo después de aquel segundo asesinato, totalmente imprevisto. Estaba deseando huir de allí a toda prisa. Y, si en ese momento hubiese estado en condiciones de ver y juzgar con más claridad, si hubiera podido comprender todas las dificultades en que se encontraba, toda la

desesperación, la monstruosidad y el absurdo de su situación; si se hubiese dado cuenta, al mismo tiempo, de cuántas complicaciones y, tal vez, fechorías habría tenido aún que superar y cometer para escapar de aquel sitio y llegar hasta su casa, es muy posible que hubiese renunciado a todo y hubiese ido de inmediato a entregarse, pero no ya por miedo de lo que le esperaba, sino sencillamente por el horror y la repulsión por lo que había hecho. La sensación de repulsión, especialmente, crecía en él y se hacía más fuerte a cada instante. Por nada del mundo habría vuelto a acercarse al cofre, ni siquiera al dormitorio.

Pero una especie de falta de atención, casi un estado de ensoñación, fue poco a poco apoderándose de él: por momentos, parecía olvidarse de todo o, mejor dicho, se olvidaba de lo fundamental y se concentraba en detalles insignificantes. Sin embargo, echó un vistazo en la cocina y, al ver encima de un banco un cubo lleno a medias de agua, se le ocurrió lavarse las manos y limpiar el hacha. Tenía las manos llenas de sangre y pegajosas. Metió el filo del hacha en el cubo, cogió un trozo de jabón que había en un platillo roto en la ventana y se lavó las manos en el cubo. Una vez limpias, cogió el hacha, lavó el hierro y dedicó bastante tiempo, como tres minutos, a quitar las manchas de sangre del mango, frotándolas directamente con el jabón. A continuación lo secó todo con un trapo que habían puesto a secar en una cuerda tendida en la cocina, y después estuvo un buen rato examinando meticulosamente el hacha al lado de la ventana. No habían quedado restos, solo que el mango aún estaba húmedo. Con mucho cuidado, colgó el hacha en el lazo, dentro del abrigo. Después, y en la medida en que la triste luz de la cocina se lo permitía, se inspeccionó el abrigo, los pantalones, las botas. Por fuera, a primera vista, no parecía haber nada, excepto algunas manchas en las botas. Mojó el trapo y se frotó las botas. Sabía, de todos modos, que no se veía bien, que podía haber algo llamativo que se le hubiera escapado. Se quedó pensativo en medio del cuarto. Una idea oscura y angustiosa crecía en su cabeza: la idea de que estaba enloqueciendo y en ese

momento ya no estaba en condiciones ni de razonar ni de defenderse, de que posiblemente lo que estaba haciendo era lo que no había que hacer… «¡Dios mío! ¡Tengo que huir, huir!», musitó, y corrió al vestíbulo. Pero aquí se encontró con un horror como no lo había sentido en toda su vida.

Se quedó parado, mirando, y no daba crédito a sus ojos: la puerta, la puerta de entrada, la que daba a las escaleras, la misma a la que había llamado hacía un rato y por la que había entrado, estaba entreabierta, con un hueco de al menos un palmo: ¡ni cerrojo, ni pestillo, todo el tiempo, todo ese tiempo! La vieja no había vuelto a cerrar después de entrar él, posiblemente por precaución. Pero ¡santo Dios! ¡Si después había visto a Lizaveta! Y ¿cómo no había caído en la cuenta de que había tenido que entrar por algún sitio? No iba a haber atravesado las paredes.

Se abalanzó sobre la puerta y echó el cerrojo.

«Pero no, ¡ya estoy haciéndolo mal otra vez! Tengo que huir, huir…».

Descorrió el cerrojo, abrió la puerta y se quedó escuchando, pendiente de los ruidos que venían de las escaleras.

Estuvo mucho tiempo escuchando. Allá abajo, lejos, seguramente en el portón, dos voces estridentes discutían y se insultaban a gritos. «¿Qué harán?…». Esperó pacientemente. Por fin se callaron de golpe, de forma repentina; se habían separado. Ya estaba dispuesto a salir cuando de pronto en el piso inferior una de las puertas que daban a las escaleras se abrió estrepitosamente y alguien empezó a bajar, tarareando una melodía. «¿Cómo es que hacen tanto ruido?», se preguntó. Volvió a cerrar la puerta y se puso a esperar. Por fin todo quedó en silencio, no había ni un alma. Ya iba a dar el primer paso hacia las escaleras cuando de repente volvieron a oírse unas pisadas.

Las pisadas sonaban muy lejanas, venían del arranque de las escaleras, pero después recordaría perfectamente, con toda precisión, que desde que oyó el primer ruido empezó a sospechar, por alguna razón, que era alguien que se dirigía irremisiblemente allí,

al cuarto piso, a casa de la vieja. ¿Por qué? ¿Qué tenía aquel ruido de particular, de relevante? Eran unos pasos fuertes, regulares, nada apresurados. Ya había dejado atrás el primer piso, y seguía subiendo; ¡cada vez eran más nítidos! Se oía el jadeo de quien estaba subiendo. Ya había alcanzado el tercero… ¡Iba para allá! Y de pronto a Raskólnikov le dio la sensación de haberse quedado petrificado, como en esas pesadillas en las que soñamos que alguien nos persigue, que está a punto de alcanzarnos y quiere matarnos, mientras nosotros estamos clavados en el suelo y no somos capaces ni de mover las manos.

Por fin, cuando el visitante ya empezaba a subir al cuarto piso, reaccionó Raskólnikov, justo a tiempo de regresar, rápida y ágilmente, al interior de la vivienda y de cerrar la puerta. A continuación cogió el gancho del pestillo y en silencio, sin hacer ningún ruido, lo introdujo en la hembrilla. Su instinto lo ayudó. Después de hacer todo esto, se quedó encogido, pegado a la puerta, conteniendo la respiración. El visitante inoportuno también estaba al lado de la puerta. En ese momento estaban el uno enfrente del otro, como un rato antes la vieja y el propio Raskólnikov, cuando solo la puerta los separaba y él estaba escuchando.

El visitante resopló varias veces. «Tiene que ser alto y gordo», pensó Raskólnikov, sujetando el hacha con fuerza. Era exactamente igual que en un sueño. El visitante agarró la campanilla y llamó con fuerza.

En cuanto tintineó la campanilla, con su sonido de latón, a Raskólnikov le dio la sensación de que algo se movía en la habitación. Incluso estuvo unos segundos escuchando con toda atención. El desconocido volvió a llamar, esperó un poco más y de pronto, con todas sus fuerzas, empezó a tirar impacientemente del picaporte. Raskólnikov miraba con espanto el gancho del pestillo agitándose en la hembrilla y esperaba con un terror estúpido que el pestillo fuera a saltar en cualquier momento. Y, ciertamente, no parecía imposible, dada la violencia de las sacudidas. Se le ocurrió por un momento la posibilidad de sujetar el pestillo con la mano, pero

el otro podía darse cuenta. Una vez más, la cabeza empezó a darle vueltas. «¡Me caigo al suelo!», pensó fugazmente, pero el desconocido empezó a hablar, y rápidamente se rehízo.

—¿Qué pasa ahí dentro? ¿Estarán durmiendo o es que las ha estrangulado alguien? ¡Maldita sea! —bramó, hablando como desde dentro de un tonel—. ¡Eh, Aliona Ivánovna, vieja bruja! ¡Lizaveta Ivánovna, preciosa! ¡Abran! ¡Ah, maldición! ¿Será posible que estén durmiendo?

Y nuevamente, enrabietado, tiró como diez veces más con todas sus fuerzas de la campanilla. Evidentemente, era un hombre autoritario y muy conocido en la casa.

En ese preciso instante se oyeron muy cerca, en las escaleras, unos pasos ligeros y presurosos. Alguien más se acercaba. Raskólnikov no lo había oído al principio.

—¿De verdad que no hay nadie? —gritó el recién llegado con voz sonora y alegre, dirigiéndose el primer visitante, que no se cansaba de llamar—. ¡Buenas tardes, Koch!

«A juzgar por la voz, tiene que ser muy joven», pensó de pronto Raskólnikov.

—El diablo sabrá, he estado a punto de hacer saltar la cerradura —respondió Koch—. Y ¿usted de qué me conoce?

—Pero ¡hombre! ¡Anteayer, en el Gambrinus, le gané tres partidas seguidas de billar!

—Aaah…

—Entonces, no está. Qué raro. Y qué cosa más tonta. ¿Adónde podría haber ido la vieja? Tengo negocios con ella.

—¡Lo mismo que yo, *bátiushka*!

—Bueno, qué se le va a hacer. Habrá que dar media vuelta. ¡Ay! ¡Y yo que contaba con sacar algún dinero! —exclamó el joven.

—Claro, habrá que dar media vuelta; pero ¿por qué me citaría? La muy bruja me dijo que viniera a esta hora. Y encima he tenido que dar un rodeo. Pero ¿dónde demonios se habrá metido? No entiendo. Esa bruja se pasa todo el año aquí encerrada, criando moho,

diciendo que le duelen las piernas, y ¡ahora, así como así, se va de paseo!

—¿Por qué no le preguntamos al portero?

—¿Qué?

—Adónde ha ido y cuándo vuelve.

—Hum… demonios… preguntar… Pero ¡si nunca sale!… —Y volvió a dar un tirón del picaporte—. ¡Maldita sea, no hay nada que hacer, vámonos!

—¡Espere! —gritó el joven de pronto—. Fíjese: ¿no ha visto cómo cede la puerta cada vez que tira de ella?

—Y ¿qué?

—Eso es que no está echado el cerojo, sino el pestillo, enganchado en la anilla, me refiero. ¿Oye cómo suena el pestillo?

—Y ¿qué?

—¿No entiende? Eso quiere decir que una de ellas está en casa. Si hubieran salido las dos, habrían cerrado con llave por fuera, en vez de echar el pestillo por dentro. Ahora, en cambio, ¿no oye cómo suena el pestillo? Y, para echar el pestillo por dentro, hace falta estar en casa, ¿comprende? ¡Total, que están en casa, y no abren!

—¡Pues sí! ¡Es verdad! —exclamó Koch, sorprendido—. Pero ¿qué hacen ahí dentro? —Y empezó a sacudir la puerta, enfurecido.

—¡Espere! —volvió a gritar el joven—. ¡Deje la puerta! Aquí hay algo que no encaja… ha llamado usted, ha sacudido la puerta, y no abren; eso quiere decir que o están las dos inconscientes, o…

—¿Qué?

—Pues que mejor vamos a buscar al portero; que se ocupe él de despertarlas.

—¡Bien pensado!

Empezaron a bajar los dos.

—¡Espere! Usted quédese aquí, y yo bajo corriendo a buscar al portero.

—¿Por qué me tengo que quedar?

—¿Y si pasa algo?…

—Es posible…

—¡Es que estoy preparándome para juez de instrucción! Aquí es evidente, e-vi-den-te, que pasa algo raro —exclamó con vehemencia el joven, y bajó las escaleras a la carrera.

Koch se quedó allí, tiró nuevamente, con suavidad, de la campanilla, que sonó una vez; después, con calma, como reflexionando y mirando lo que había por allí, se puso a mover el picaporte, tirando de él y soltándolo después, para acabar de convencerse de que la puerta solo estaba cerrada con el pestillo. A continuación se inclinó jadeante y miró por el ojo de la cerradura; pero la llave estaba metida por dentro, de modo que no se veía nada.

Raskólnikov estaba al otro lado, agarrando el hacha con fuerza. Se hallaba en un estado como de delirio. Se disponía a luchar con aquellos hombres en cuanto entraran. Mientras habían estado llamando a la puerta y comentando entre ellos, más de una vez se le había pasado por la cabeza la posibilidad de acabar con todo de golpe gritándoles desde detrás de la puerta. En ocasiones había estado tentado de insultarlos, de burlarse de ellos, mientras intentaban abrir. «¡Ojalá se den prisa!», llegó a pensar.

—Pero ese hombre, maldita sea…

Pasaba el tiempo, un minuto, otro… no aparecía nadie. Koch empezaba a ponerse nervioso.

—Pero ¡qué demonios!… —exclamó de repente, y, agotada su paciencia, abandonó su vigilancia y marchó él también escaleras abajo, apresuradamente, haciendo ruido con las botas en los peldaños. Las pisadas cesaron.

«¡Santo Dios! ¿Qué hago yo?».

Raskólnikov soltó el pestillo, entreabrió la puerta: no se oía nada y, de repente, sin pensárselo, salió, cerró la puerta lo mejor que pudo y empezó a bajar.

Había bajado ya tres tramos cuando de pronto se oyó más abajo un enorme alboroto; ¡adónde ir! No tenía dónde esconderse. Echó a correr escaleras arriba, de vuelta a la vivienda de la vieja.

—¡Eh, qué demonios! ¡Espera!

Con un grito, alguien salió disparado de una de las viviendas del piso inferior, y más que correr fue como si rodara escaleras abajo, gritando a pleno pulmón:

—¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Vete al infierno!

El grito culminó en un chillido; los últimos sonidos se oyeron ya en el patio; todo quedó en silencio. Pero en ese mismo instante varios hombres, hablando alto y deprisa, empezaron a subir ruidosamente las escaleras. Eran tres o cuatro. Raskólnikov distinguió la voz sonora del joven. «¡Son ellos!».

Completamente desesperado, fue decidido a su encuentro: ¡que pasara lo que tuviera que pasar! Si lo paraban, todo estaba perdido; si pasaban de largo, también: se acordarían de él. Estaban a punto de encontrarse; ya solo los separaba un tramo de escalera… y de pronto ¡la salvación! A la derecha, a varios escalones de él, había una vivienda vacía y abierta de par en par; era la vivienda del segundo que estaban pintando unos obreros: como hecho a propósito, se acababan de marchar. Sin duda, eran los mismos que habían salido hacía un momento dando aquellos gritos. Los suelos estaban recién pintados, en medio de la estancia había una cubeta y un cuenco roto con pintura y pinceles. En un abrir y cerrar de ojos se coló por la puerta abierta y se escondió detrás de un tabique, justo a tiempo: los otros estaban ya en el descansillo. Después torcieron y siguieron subiendo, hasta el cuarto piso, hablando a voces. Raskólnikov esperó, salió de puntillas y corrió escaleras abajo.

¡Nadie en las escaleras! Ni en el portón. Salió rápidamente y una vez en la calle giró a la izquierda.

Sabía muy bien, sabía perfectamente que en esos instantes aquellos hombres estaban ya en la vivienda, que se habían quedado muy sorprendidos al ver la puerta abierta, cuando hacía solo un rato estaba cerrada, que ya estarían mirando los cuerpos y que no tardarían un minuto en deducir y llegar a la conclusión de que el asesino estaba allí hacía un momento, que había conseguido ocultarse y, escabulléndose, se les había escapado; que adivinarían, seguramente, que se había escondido en la vivienda vacía mientras

ellos subían por las escaleras. Y, al mismo tiempo, Raskólnikov no se atrevía de ningún modo a andar más deprisa, a pesar de que hasta el primer cruce faltaban aún cien pasos. «¿Y si me meto en algún portal y espero por ahí, en unas escaleras? ¡No, sería un desatino! Y ¿deshacerme del hacha? ¿Por qué no cojo un coche? ¡Nada, nada!».

Por fin llegó al cruce y se desvió, más muerto que vivo; allí ya se sabía prácticamente a salvo: apenas despertaba sospechas, y aquello estaba lleno de gente que iba y venía, así que pasaba desapercibido, como un grano de arena. Pero se había quedado muy debilitado de tanto padecer, y no podía con su alma. Le caían gotas de sudor; tenía el cuello empapado. «¡Menuda cogorza!», le gritó alguien cuando salió a la orilla del canal.

Ya no se daba ni cuenta de lo que hacía; cuanto más lejos iba, peor se sentía. Después recordaría, sin embargo, que de pronto, al desembocar en el canal, se había asustado al ver la poca gente que había, por lo que llamaba más la atención, y que había querido dar media vuelta y deshacer en parte lo andado. Aunque estaba a punto de caer redondo al suelo, de todos modos dio un rodeo y llegó a su casa por el otro lado.

Tampoco era muy consciente de lo que hacía cuando entró por el portón de su casa; lo cierto es que solo se acordó del hacha cuando ya estaba subiendo las escaleras. Y eso que aún tenía una tarea muy importante por delante: devolver el hacha a su sitio, procurando pasar desapercibido. Naturalmente, no estaba en condiciones de pensar que, a lo mejor, en lugar de dejar el hacha en su sitio, era preferible deshacerse de ella, aunque fuera más tarde, en algún otro patio.

Pero todo salió a la perfección. La puerta de la portería estaba cerrada, pero no con llave, así que lo más probable era que el portero estuviese en casa. Pero había perdido hasta tal punto la capacidad de razonar que fue derecho a la portería y abrió la puerta. Si el portero le hubiera preguntado: «¿Qué quiere?», posiblemente le habría entregado el hacha sin más. Pero tampoco esta vez estaba allí el portero, y Raskólnikov pudo dejar el hacha donde la había

encontrado, debajo del banco; incluso la colocó entre unos leños, como antes. Después tampoco encontró a nadie, ni un alma, hasta llegar a su habitación; la puerta de la casera estaba cerrada. Fue entrar en su cuarto y echarse en el diván, tal y como venía. No durmió, pero se quedó en blanco. Si hubiera entrado alguien entonces, se habría levantado de un salto y habría gritado. Bullían en su cabeza retazos y fragmentos de ideas, pero era incapaz de atrapar ninguna, de concentrarse en ninguna, a pesar de sus esfuerzos…

SEGUNDA PARTE

I

Estuvo mucho tiempo acostado. De vez en cuando le parecía que se despertaba, y en esos momentos se daba cuenta de que ya era plena noche, pero no se le pasaba por la cabeza la posibilidad de levantarse. Finalmente advirtió que empezaba a apuntar el día. Estaba tumbado boca arriba, aún paralizado por el reciente sopor. De improviso, le llegaron de la calle unos chillidos terribles, desesperados, como los que oía, por cierto, cada noche al pie de su ventana, pasadas las dos de la madrugada. En esta ocasión se despertó. «¡Ah! Los borrachos van saliendo de las tabernas —pensó—, pasa ya de las dos. —Y de pronto se levantó de un salto, como si alguien lo hubiera arrancado del diván—. ¡Cómo! ¡Ya son más de las dos!». Se sentó en el diván. Y ¡al instante se acordó de todo! De repente, en un abrir y cerrar de ojos, ¡se había acordado de todo!

Al principio creyó que se iba a volver loco. Sintió un frío terrible; pero el frío se debía a la fiebre que había empezado a experimentar en el sueño. Ahora, de buenas a primeras, le había entrado una tiritona tan violenta que los dientes no paraban de castañetearle y todo su cuerpo sufría sacudidas. Abrió la puerta y se quedó escuchando: todos dormían profundamente en la casa. Se observó a sí mismo con asombro y contempló todo lo que había en el cuarto, y no entendía cómo la víspera, al entrar, no había echado el pestillo de la puerta y se había tumbado en el diván no ya sin desvestirse, sino hasta con el sombrero puesto: se le había caído y estaba allí mismo, en el suelo, al lado de la almohada. «Si hubiera entrado alguien, ¿qué habría pensado? Que estaba borracho, pero…». Se acercó corriendo a la ventana. Había bastante luz, y enseguida empezó a examinarse, todo él, de pies a cabeza, toda la ropa: ¿no había ninguna huella? Pero así no era posible: a pesar de los escalofríos, se fue quitando todo lo que llevaba encima y volvió a revisarlo

minuciosamente. Lo miró todo del derecho y del revés, hasta el último hilo y el último harapo, y, como no se fiaba de sí mismo, repitió tres veces el examen. Pero no parecía haber nada, ningún rastro, salvo en los bajos de los pantalones, desflecados, que tenían algunos restos espesos de sangre reseca. Cogió una gran navaja plegable y recortó los flecos. Aparentemente, no había más restos. ¡De repente se acordó de que el monedero y todos los objetos cogidos del cofre de la vieja seguían en sus bolsillos! ¡Hasta ese momento no había pensado siquiera en sacarlos y esconderlos! ¡No se había acordado de ellos ni cuando estaba examinándose la ropa! ¡Cómo era posible! De inmediato los fue sacando y echándolos encima de la mesa. Después de sacarlo todo, les dio la vuelta a los bolsillos, para asegurarse de que no quedaba nada más, y depositó todo el montón en un rincón. Allí el papel pintado estaba hecho trizas y se había despegado por la parte de abajo; sin pensárselo dos veces empezó a meter todo en aquel agujero, por debajo del papel: «¡Han cabido! Todo está fuera de mi vista, incluido el monedero», pensó con alegría, levantándose y dirigiendo una mirada vacía al rincón, al agujero que ahora abultaba más que antes. De repente se estremeció de terror: «Dios mío —susurró desesperado—, ¿qué me está pasando? ¿Qué forma es esta de esconder nada? ¿Quién esconde así las cosas?».

La verdad es que Raskólnikov no había pensado para nada en aquellos objetos; creía que solo habría dinero, de ahí que no hubiera preparado de antemano un escondrijo. «Pero ahora, ahora, ¿de qué me alegro yo? —pensó—. Esta no es forma de esconder nada. ¡La verdad es que estoy perdiendo el juicio!». Agotado, se sentó en el diván, y acto seguido volvió a estremecerse con unos escalofríos insoportables. Maquinalmente echó mano de su antiguo gabán de estudiante —era una prenda abrigada, de invierno, pero estaba hecha trizas—, que estaba ahí al lado, en una silla, y se arropó con él, y volvió a sumirse en el sueño y el delirio. Perdió la conciencia.

No habían pasado ni cinco minutos cuando volvió a despertarse, sobresaltado, y se lanzó nuevamente, en un estado de frenesí, sobre

su ropa. «¡Cómo he podido dormirme otra vez sin haber hecho nada! Sí, sí: ¡no he deshecho siquiera el lazo de la sisa! ¡Me había olvidado, me había olvidado de algo así! ¡De semejante prueba!». Arrancó el lazo y rápidamente lo destrozó, metiendo los pedazos debajo de la almohada, entre la ropa interior. «Unos trozos de tela rota no creo que vayan a despertar sospechas en ningún caso; ¡yo diría que no, yo diría que no!», se repetía, de pie en mitad del cuarto. Y, concentrándose tanto que le hacía daño, empezó, una vez más, a revisarlo todo, en el suelo y por todos los rincones, para asegurarse de que no había pasado nada por alto. La convicción de que todo —hasta la memoria, hasta la más elemental capacidad de razonar— le estaba fallando empezaba a atormentarlo de un modo insoportable. «¿No será esto el principio? ¿No será que se avecina ya el suplicio? ¡Sí, sí, aquí está!». De hecho, los flecos que se había cortado de los bajos de los pantalones estaban tirados en el suelo, en mitad de la habitación, a la vista del primero que entrase. «Pero ¡qué me está pasando!», exclamó una vez más, desconcertado.

En ese momento, una extraña idea le vino a la cabeza: lo mismo su ropa estaba cubierta de sangre, lo mismo estaba toda llena de manchas, pero él no las veía, no las apreciaba porque tenía las facultades muy debilitadas, mermadas… el entendimiento nublado… De repente se acordó de que también había sangre en el monedero. «Pues ¡claro! Entonces, también tiene que haber sangre en el bolsillo, porque me guardé el monedero cuando todavía estaba manchado». Rápidamente le dio la vuelta al bolsillo y, efectivamente, había algunas huellas, algunas manchas, en el forro. «Total, que no he perdido totalmente el juicio, que aún me queda un resto de razón y de memoria si yo mismo he caído en la cuenta —pensó exultante, con un suspiro alegre que le salió de lo más hondo del pecho—. Solo ha sido la debilidad asociada a la fiebre, apenas un delirio pasajero», y desgarró todo el forro del bolsillo izquierdo del pantalón. Justo entonces un rayo de sol le iluminó la bota izquierda: en el calcetín, que asomaba a través de la bota, le pareció descubrir unos restos. Se descalzó: «¡Y tanto que hay restos! Toda la punta del calcetín

está empapada en sangre; seguro que pisé en aquel charco, sin darme cuenta… Pero ¿qué hago yo ahora con esto? ¿Dónde meto este calcetín, los flecos del pantalón, el bolsillo?». Lo reunió todo en una mano y se quedó parado en medio del cuarto. «¿A la estufa? Pero será el primer sitio donde hurguen. ¿Quemarlos? Y ¿con qué los quemo? No tengo ni una cerilla. No, lo mejor será salir por ahí y tirar todo esto. ¡Sí! ¡Lo mejor es tirarlo en algún sitio! —se repetía, sentándose de nuevo en el diván—. Y ¡ahora, ahora mismo, sin perder más tiempo!…». Pero no hizo nada de eso, sino que volvió a hundir la cabeza en la almohada; unos escalofríos insoportables lo dejaron nuevamente helado; volvió a echarse el gabán por encima. Y durante mucho tiempo, durante horas, estuvo fantaseando con su firme intención de «salir de una vez por ahí, sin más demora, y tirarlo todo, para perderlo de vista cuanto antes, ¡cuanto antes!». Más de una vez hizo el intento de levantarse del diván, pero le resultaba imposible. Finalmente, un golpetazo en la puerta lo despertó.

—Abre de una vez. ¿Estás vivo? ¡No hace más que dormir! —gritaba Nastasia, golpeando con el puño en la puerta—. ¡Todo el santo día durmiendo como un perro! ¡Como lo que es, un perro! ¿Por qué no abres? Son más de las diez.

—¡A lo mejor no está en casa! —dijo una voz de hombre.

«¡Vaya! Esa es la voz del portero… ¿Qué querrá?».

Se levantó rápidamente y se sentó en el diván. El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía.

—Y ¿quién ha echado el pestillo? —replicó Nastasia—. ¡Qué cosas, ahora le ha dado por cerrar con pestillo! Como no se lo lleven a él… ¡Abre, cabeza hueca, despierta de una vez!

«¿Qué querrán? ¿A qué habrá venido el portero? Se ha descubierto todo. ¿Me resisto o abro? Al diablo…».

Se incorporó a medias, se inclinó hacia delante y quitó el pestillo.

La habitación tenía unas dimensiones que permitían abrir la puerta sin levantarse de la cama.

En efecto: allí estaban Nastasia y el portero.

Nastasia lo observó de un modo algo extraño. Raskólnikov miró al portero con aire desafiante y desesperado. Este, sin decir nada, le tendió una hoja gris, doblada por la mitad y sellada con lacre de botellas.

—Una citación, de la comisaría —dijo, entregándole la hoja.

—¿De qué comisaría?…

—De la policía; se ve que tiene usted que presentarse. ¿Qué comisaría va a ser?

—¡A la policía!… ¿Por qué?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Le dicen que vaya, pues va.

Miró atentamente a Raskólnikov, recorrió el cuarto con la mirada y dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—Parece que está enfermo —comentó Nastasia, sin quitarle la vista de encima. El portero también volvió la cabeza un momento—. Tiene fiebre desde ayer —añadió ella.

Raskólnikov no decía nada, y sostenía el papel en las manos, sin decidirse a abrirlo.

—No te levantes —siguió diciendo Nastasia, compadecida, viendo cómo bajaba los pies del diván—. Si estás malo, no vayas: no corre prisa. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

Raskólnikov bajó la mirada: tenía en la mano derecha los flecos que había recortado del pantalón, el calcetín y los restos del bolsillo. Había dormido con ellos. Más tarde, meditando sobre esto, se acordó de que, en medio de su delirio, en un estado de duermevela, había agarrado todo eso con fuerza y se había vuelto a quedar dormido así.

—Hay que ver qué harapos va cogiendo por ahí, y luego duerme con ellos, como si fuera un tesoro… —Y Nastasia dio rienda suelta a su risa, de un nerviosismo malsano.

En un instante Raskólnikov escondió todo aquello debajo del capote y clavó los ojos en ella. Aunque en aquellos momentos apenas era capaz de discurrir cabalmente, se dio cuenta de que nadie actuaría así con una persona a la que van a prender. «Pero… ¿la policía?».

—¿Has tomado té? ¿Quieres? Voy a traértelo; ha sobrado.

—No… Voy a ir: voy ahora mismo —murmuró, poniéndose de pie.

—Espera, no vas a poder ni bajar las escaleras.

—Voy a ir…

—Como quieras.

Nastasia salió detrás del portero. De inmediato Raskólnikov corrió a examinar a la luz el calcetín y los flecos: «Hay algunas manchas, pero no se notan; todo está sucio, rozado y descolorido. Quien no sepa de antemano que están ahí no va a distinguir nada. Nastasia, en consecuencia, no ha podido verlas desde lejos, ¡gracias a Dios!». Entonces, con un temblor, abrió la citación y empezó a leerla; estuvo leyendo y releyendo hasta que por fin comprendió de qué se trataba. Era una citación ordinaria de la comisaría de distrito en la que se le indicaba que tenía que presentarse ese mismo día en el despacho del inspector.

«Pero ¿cuándo se ha visto? ¡Nunca he tenido nada con la policía! Y ¿por qué hoy, precisamente? —pensaba con angustiosa perplejidad—. ¡Señor, que pase pronto todo esto!». Ya iba a postrarse de rodillas para rezar, pero, lejos de hacerlo, se echó a reír, y no del rezo, sino de sí mismo. Empezó a vestirse a toda prisa. «A lo hecho, pecho; total, ¡qué más da! ¡Tengo que ponerme el calcetín! —se le ocurrió de pronto—. Cuanto más polvo coja, menos se notarán las manchas». Sin embargo, nada más ponérselo, se lo quitó con horror y repugnancia. Se lo quitó, pero, cayendo en la cuenta de que no tenía otro, no tuvo más remedio que volvérselo a poner… y otra vez se echó a reír. «Todo son convenciones, todo es relativo, todo es una pura formalidad —pensó fugazmente, pero solo con el margen de su pensamiento, mientras temblaba con todo el cuerpo—, bueno, ¡ya está puesto! ¡Al final, el caso es que me lo he puesto!». La risa, no obstante, pronto se transformó en desesperación. «No, esto es superior a mis fuerzas…», pensó. Las piernas le temblaban. «De miedo», se dijo, balbuceante. La cabeza le daba vueltas y le dolía por culpa de la fiebre. «¡Es una trampa! Quieren tenderme una trampa y pillarme por sorpresa —seguía

diciéndose, mientras salía a la escalera—. Lo peor es que estoy poco menos que delirando… Puede escapárseme cualquier tontería…».

Ya en las escaleras, reparó en que había dejado todas las cosas tal como estaban, metidas en aquel agujero; «y ese sitio parece hecho aposta, si es que registran en mi ausencia», pensó, y se detuvo. Pero en ese momento era tal su desesperación y era tal, por así decir, su cinismo ante el desastre que sacudió la mano con desdén y siguió adelante.

«¡Cuanto antes mejor!».

En la calle, una vez más, hacía un calor insoportable; no había caído una gota de lluvia en todos esos días. De nuevo el polvo, los ladrillos y la cal, de nuevo el hedor de las tiendas y de las tabernas, de nuevo los borrachos por doquier, los *chujontsy*[50] dedicados a la venta ambulante y los coches de alquiler, que se caían a pedazos. El fuerte sol lo dejó deslumbrado, tanto que le dolía cada vez que abría los ojos, y se le iba la cabeza: las reacciones normales en un individuo febril que sale de improviso a la calle en un día claro y soleado.

Al llegar al cruce con la calle *de la víspera*, echó un vistazo angustioso a la casa, a *aquella* casa… y apartó los ojos de inmediato.

«Si me interrogan, es posible que se lo cuente», pensó, llegando a la comisaría.

La comisaría estaba como a un cuarto de versta de su casa. Recientemente la habían trasladado a un nuevo emplazamiento, en un edificio nuevo, en el cuarto piso. Raskólnikov había estado una vez, brevemente, en el antiguo local, pero hacía ya mucho de eso. Al cruzar el portón, vio a mano derecha unas escaleras por las que bajaba un paisano con una libreta en la mano. «Debe de ser un ordenanza; seguro que es por ahí», y subió las escaleras, a ver qué pasaba. No quería hacer preguntas a nadie.

«Entro, me arrodillo y se lo cuento todo…», pensó, al llegar al cuarto piso.

La escalera era angosta y empinada, llena de lavazas por todas partes. Las cocinas de todas las viviendas de los cuatro pisos daban a esa escalera y estaban casi todo el día abiertas. De ahí la sensación de bochorno tan asfixiante. No paraban de subir y bajar ordenanzas con libretas bajo el brazo, agentes y toda clase de personas de ambos sexos que estaban allí como visitantes. La puerta de la oficina también estaba abierta de par en par. Entró y se quedó parado en el recibidor. Había algunos campesinos esperando de pie. También aquí el bochorno era extraordinario y, para colmo, había en las estancias recién pintadas un molesto olor a pintura fresca, aún sin asentar, y a aceite secante rancio. Tras una breve espera, decidió pasar a la habitación contigua. Los cuartos eran todos pequeños y bajos. Siguió avanzando, impulsado por una irresistible impaciencia. Nadie había reparado en él. En un segundo cuarto había varios escribientes sentados, que estaban atareados, vestidos poco mejor que él; era un personal bastante extraño. Se dirigió a uno de ellos.

—¿Qué pasa?

Raskólnikov le mostró la citación.

—¿Es usted estudiante? —preguntó el escribiente, después de echarle una ojeada al escrito.

—Sí, lo he sido.

El escribiente lo observó, aunque sin ninguna curiosidad. Se trataba de un individuo particularmente hirsuto, con una idea fija en la mirada.

«De este no saca uno nada, porque todo le da igual», pensó Raskólnikov.

—Pase por allí, al despacho del secretario —dijo el escribiente, y alargó el dedo, señalando la habitación del fondo.

Raskólnikov entró en esa habitación, la cuarta, que era angosta y estaba atestada de público; la gente que había allí vestía algo mejor que la de los otros cuartos. Entre los visitantes había dos señoras. Una de luto, modestamente vestida, estaba sentada enfrente del secretario y escribía al dictado de este. La otra señora, muy gruesa

y con la cara de un rojo intenso, con manchas, era una mujer aparatosa y vestía de un modo demasiado ampuloso, con un broche en el pecho del tamaño de un platillo de té; estaba algo más apartada, esperando su turno. Raskólnikov le plantó delante la citación al secretario. Este le echó un rápido vistazo, dijo: «Espere», y siguió ocupándose de la señora de luto.

Raskólnikov respiró algo más aliviado. «¡Lo más seguro es que no sea eso!». Poco a poco empezó a recobrar la confianza, diciéndose a sí mismo con todo su empeño que tenía que ser valiente y estar tranquilo.

«Una torpeza, un descuido, por pequeño que sea, y podría delatarme. Hum… Lástima que aquí no corra el aire —añadió—, qué ahogo… Cada vez estoy más mareado… y no puedo ni pensar…».

Sentía un terrible malestar en todo su ser. Tenía miedo de no ser capaz de controlarse. Trataba de fijar su atención y de pensar en algo intrascendente, pero no lo conseguía. De todos modos, el secretario le había interesado vivamente: quería ver qué podía adivinar a partir de su fisonomía, desentrañar algo de él. Era un hombre muy joven, de unos veintidós años, de facciones morenas e inquietas que le hacían parecer mayor; vestía a la moda, con afectación, iba muy repeinado, con la raya en el medio, y untado con pomada, y llevaba numerosas sortijas y anillos en los dedos blancos y bien cepillados, así como varias cadenas de oro en el chaleco. Incluso intercambió un par de palabras en francés, y de lo más correcto, con un extranjero que andaba por allí.

—Louise Ivánovna, pero siéntese —le dijo escuetamente a la señora aquella tan peripuesta, de cara colorada, que seguía de pie, como si no se atreviera a sentarse, a pesar de que tenía una silla al lado.

—*Ich danke*[51] —dijo la mujer en voz baja y, con un frufrú de seda, se sentó en la silla. El ornamento azul celeste con encaje blanco de su vestido, que parecía un globo aerostático, se desparramó alrededor de la silla y ocupó casi media habitación. Se extendió un aroma a perfume. Pero la señora parecía cohibida, por

ocupar media habitación y por llenarlo todo con el olor de su perfume; aunque sonreía con una mezcla de aprensión y descaro, era evidente su inquietud.

La señora de luto por fin había terminado y empezó a levantarse. De pronto entró con gallardía un oficial, haciendo ruido y contoneando de forma peculiar los hombros a cada paso, arrojó sobre la mesa la gorra, adornada con una escarapela, y se sentó en un sillón. La señora emperifollada se levantó nada más verlo y lo saludó con una genuflexión, con una suerte de arrobamiento; pero el oficial no le prestó ninguna atención, y ella ya no se atrevió a sentarse de nuevo en su presencia. Era un teniente, ayudante del inspector; tenía unos bigotes pelirrojos que se le proyectaban horizontalmente a ambos lados de la cara y unos rasgos extraordinariamente finos que, por otra parte, no expresaban nada especial, salvo cierta insolencia. Miró de reojo a Raskólnikov, con una especie de indignación: iba este muy mal vestido, pero, con toda su miseria, su actitud no cuadraba con su atuendo. Raskólnikov, por un descuido, estuvo mirándolo demasiado tiempo, sin ningún recato, de modo que el oficial acabó sintiéndose ofendido.

—¿Tú qué quieres? —gritó, seguramente sorprendido de que a un desharrapado como aquel ni se le pasara por la cabeza esfumarse ante su mirada fulminante.

—Me han convocado… traigo una citación… —respondió como pudo Raskólnikov.

—Es por un dinero que se le reclama a este *estudiante* —dijo a toda prisa el secretario, olvidándose por un momento de sus papeles—. ¡Aquí lo tiene! —Y le pasó una libreta a Raskólnikov, señalándole una línea—. ¡Lea!

«¿Dinero? ¿Qué dinero? —pensó Raskólnikov—. Pero… entonces, ¡seguro que no se trata de *eso*!». Y se estremeció de alegría. De pronto sintió un alivio inmenso, indescriptible. Se había quitado un peso enorme de encima.

—Pero ¿a qué hora le han dicho que tenía que venir, señor? —gritó el teniente, cada vez más indignado, a saber por qué—. ¡Estaba

usted citado a las nueve, y ya son las doce!

—No me lo han entregado hasta hace un cuarto de hora —respondió Raskólnikov, hablando alto y por encima del hombro; para su sorpresa, él también se había indignado repentinamente, y se sentía incluso satisfecho—. ¡Bastante he hecho ya viniendo enfermo y con fiebre!

—¡Haga el favor de no gritar!

—Yo no grito; estoy hablando en un tono moderado, y es usted quien me grita a mí; soy estudiante y no consiento que me griten.

El ayudante del inspector estaba tan furioso que en un primer momento no fue capaz de articular palabra, y solo algunos perdigones salieron despedidos de su boca. Se levantó de un salto.

—¡A callar! Está usted en una oficina pública. ¡No sea ordinario, señor!

—También usted está en una oficina pública —gritó Raskólnikov—, y aparte de gritar está usted fumando un cigarrillo, con lo que nos falta al respeto. —Al decir esto, Raskólnikov sintió un placer indescriptible.

El secretario los miraba con una sonrisa. El fogoso teniente estaba evidentemente desconcertado.

—¡Eso no es asunto suyo! —gritó finalmente con un volumen de voz que no podía ser natural—. Y tenga la bondad de prestar declaración a propósito de lo que le han requerido. Muéstreselo, Aleksandr Grigórievich. ¡Hay una demanda contra usted! ¡No paga lo que debe! ¡Menudo pájaro es usted!

Pero Raskólnikov ya no escuchaba, y agarró ansioso el papel, con ganas de hallar cuanto antes una explicación a todo aquello. Lo leyó una vez, luego otra, y no lo entendió.

—¿Qué es esto? —le preguntó al secretario.

—Se trata de un dinero por un pagaré que le han reclamado, un requerimiento. Está usted obligado a satisfacer el importe, con todas las costas, recargos y demás, o hacer una declaración por escrito, señalando cuándo podrá pagarlo, con el compromiso adicional de no abandonar esta capital y de no vender u ocultar sus propiedades

hasta que no haya cancelado su deuda. El acreedor, en cambio, es libre de vender sus propiedades, y de proceder contra usted de acuerdo con la ley.

—Pero si yo… ¡yo no le debo nada a nadie!

—Eso ya no nos concierne. A nosotros se nos ha presentado, para su requerimiento, un pagaré protestado, conforme a la ley y una vez vencido el plazo, por un importe de ciento quince rublos, emitido por usted a nombre de la viuda del asesor colegiado[52] Zarnitsyn, hace ahora nueve meses, y entregado por la viuda Zarnítsyna al consejero áulico Chebárov, como medio de pago. Así pues, por este acto procedemos a su requerimiento.

—Pero ¡si es mi casera!

—Y ¿qué más da que sea su casera?

El secretario lo miró con una condescendiente sonrisa de compasión, y al mismo tiempo con cierto aire triunfal, como se mira a un novato que se enfrenta al fuego enemigo por primera vez; era como si le preguntaran: «Bueno, ¿qué tal te sientes ahora?». Pero ¡qué podían importarle en aquellos momentos un pagaré o un requerimiento! ¿Merecía la pena preocuparse mínimamente, merecía siquiera la pena prestarle atención? Estaba allí leyendo, escuchando, contestando, incluso preguntando a su vez, pero todo lo hacía maquinalmente. Un sentimiento triunfal por la preservación de su integridad, por la sensación de haberse salvado de un peligro abrumador: eso era lo que colmaba todo su ser en ese instante, sin previsiones, sin análisis, sin conjeturas ni suposiciones, sin dudas y sin preguntas. Era un momento de alegría plena, inmediata, puramente animal. Pero justo entonces algo parecido a una tormenta se desató en la oficina. El teniente, aún conmocionado por la falta de respeto de Raskólnikov, enfurecido y, evidentemente, deseoso de reforzar su ambición socavada, descargó todos sus rayos contra la desdichada «señora peripuesta», que no había dejado de mirarlo, desde el momento mismo en que lo había visto entrar, con la más estúpida de las sonrisas.

—Ay, tú, desgraciada —le dijo a voz en grito (la señora de luto ya se había marchado)—, ¿qué ha pasado esta noche en tu casa? ¿Eh? Otra vez el escándalo y la vergüenza de todo el vecindario. Otra vez los altercados y las borracheras. ¡Estás pidiendo a gritos el correccional! ¡Mira que te he advertido diez veces ya, y sabes que te he dicho que no te pasaba ni una! Y tú, nada, otra vez, ¡desgraciada!

Hasta el papel se le cayó a Raskólnikov de las manos, y miró atónito a la dama emperifollada, a quien trataban con tanta desconsideración; pero, a pesar de todo, no tardó en hacerse una idea de lo que habría ocurrido, e inmediatamente la historia empezó a parecerle de lo más divertida. Escuchaba encantado, tanto que le entraron unas ganas terribles de reír y reír sin parar… Tenía los nervios a flor de piel.

—¡Iliá Petróvich! —empezó a decir el secretario con ansiedad, pero enseguida se calló, esperando la ocasión oportuna, porque cuando el teniente estallaba solo se le podía detener por la fuerza, como sabía por experiencia.

En cuanto a la dama emperifollada, primero se puso a temblar en vista de los rayos y truenos que le caían encima, pero, curiosamente, cuanto más copiosos y violentos se volvían los insultos, más amable se mostraba su rostro, más seductora resultaba su sonrisa, dirigida al terrible teniente. Se movía sin parar y multiplicaba las genuflexiones, esperando impaciente que le permitieran decir una palabra, hasta que por fin le llegó la ocasión.

—No ha habido en mi casa peleas ni ruidos, señor *Kapitän* —empezó de repente a parlotear, y fue como si derramaran guisantes; aunque hablaba el ruso con soltura, tenía un marcado acento alemán—, y ningún escándalo, ninguno, solo que el señor *llegar* borracho, y yo se lo *cuenta* todo, señor *Kapitän*, yo no culpable… mi casa es muy decente, señor *Kapitän*, y mi trato es también muy decente, señor *Kapitän*, y yo siempre, siempre he querido que escándalos de ninguna clase no *haber*. Pero ese caballero siempre *llegado* borracho y después además pidió tres *potellas*, y luego uno levantó los pies y empezó *de* tocar el piano con los pies, y eso no está nada

bien en una casa decente, y él *ganz*[53] rompió el piano, y eso son malos modales, muy malos modales, y yo se lo dije. Y él cogió la *potella* y empezó *de* dar golpes a todo el mundo con la *potella* por detrás. Y entonces empezó *que llamé* el portero, y vino Karl, él cogió Karl y dio un golpe en un ojo, y también Henriette dio un golpe en un ojo, y a mí cinco veces *dio golpe* en la mejilla. Y eso es muy poco delicado en una casa decente, señor *Kapitän*, y yo grité. Y él abrió la ventana sobre el canal y empezó *de* chillar en la ventana, como un cerdo pequeño; y eso es una vergüenza. ¡Uy, uy, uy! Y Karl por detrás tirando del frac lo apartó de la ventana y entonces, y esto es verdad, señor *Kapitän*, le arrancó *sein Rock*[54]. Y entonces él gritó que quince rublos *man muß*[55] pagarle de multa. Y yo misma, señor *Kapitän*, cinco rublos por *sein Rock* le pagué. Y fue ese cliente indecente, señor *Kapitän*, que todo el escándalo montó. Yo, me decía, una gran sátira en contra de usted va a ser *gedrückt*[56], porque yo puedo en todos los periódicos todo acerca de usted escribir.

—Entonces ¿era un escritor?

—Sí, señor *Kapitän*, y qué visitante más indecente, señor *Kapitän*, en una casa decente…

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Suficiente! Mira que te he dicho, porque yo ya te he dicho…

—¡Iliá Petróvich! —dijo el secretario, como dando a entender algo una vez más. El teniente le dirigió una mirada fugaz; el secretario sacudió ligeramente la cabeza.

—En fin, mi muy estimada *Laviza* Ivánovna, esta es mi última palabra, y te lo digo por última vez —siguió diciendo el teniente—. Como vuelva a haber un escándalo, aunque sea uno solo, en tu casa decente, yo mismo te meto en chirona, como se dice en estilo elevado. ¿Me has oído? ¿De modo que el autor, el literato, aceptó cinco rublos por el frac en tu «casa decente»? ¡Menudos son esos escritores! —Y dirigió a Raskólnikov una mirada de desprecio—. Hace un par de días, en una taberna, también hubo un escándalo: un

escritor que había comido y no quería pagar; «a cambio, hablaré de usted en una sátira». Otro, la semana pasada, a bordo de un barco, insultó soezmente a la respetable familia, la mujer y una hija, de un consejero de Estado. Y a otro, hace unos días, tuvieron que sacarlo a rastras de una pastelería. Hay que ver cómo son esos autores, esos literatos, esos estudiantes, esos vocingleros… ¡Bah! Conque ¡ya te estás yendo! Como yo te vuelva a ver… entonces ¡prepárate! ¿Me has oído?

Con una cortesía atropellada, Louise Ivánovna se puso a hacer genuflexiones en todas direcciones, y de ese modo reculó hasta la puerta; pero allí tropezó marcha atrás con un apuesto oficial, de semblante franco y fresco, con unas espléndidas patillas, pobladas y rubias. Louise Ivánovna se apresuró a inclinarse prácticamente hasta el suelo y con pasos cortos y rápidos, dando saltitos, salió disparada del despacho.

—¡Ha vuelto la tormenta, han vuelto el rayo y el trueno, la tromba y el huracán! —Nikodim Fomich se dirigió en tono afable y cordial a Iliá Petróvich—. ¡Han vuelto a sacarle de sus casillas, y ha vuelto a estallar! Se le oía desde las escaleras.

—Pues ¡claro! —exclamó con indolencia aristocrática Iliá Petróvich (y ni siquiera dijo «pues», sino algo así como: «Pos ¡claro!»), mientras trasladaba unos papeles a otra mesa, contoneando vistosamente los hombros a cada paso: cada vez que daba un paso, sacudía un hombro—. Fíjese usted: este escritor, mejor dicho, este estudiante, o antiguo estudiante, no paga sus deudas, se dedica a firmar pagarés, se niega a dejar su cuarto, nos llegan denuncias contra él sin parar, y todavía se permite protestar, ¡diciendo que he fumado en una oficina pública! Actúa como un sinvergüenza, y ahí lo tiene: ¡mire qué buen aspecto!

—¡La pobreza no es un vicio, mi buen amigo, claro que no! Ya sabemos que es usted como la pólvora, y que no pasa una. Me imagino que usted —Nikodim Fomich se dirigió a Raskólnikov en tono cortés— se habrá sentido molesto por algo y no ha sabido contenerse, pero ha hecho usted mal: es el hombre más noble del

mundo, se lo digo yo, pero es pura pólvora, ¡pura pólvora! ¡Se calienta, se inflama, se quema, y no hay nada que hacer! Y ¡ya está! Y ¡al final lo único que queda es un corazón de oro! En el regimiento lo llamaban el «teniente Pólvora»…

—Y ¡menudo regimiento era aquel! —exclamó Iliá Petróvich, encantado con aquellas lisonjas tan gratas, aunque aún irritado.

De repente a Raskólnikov le entraron ganas de decirles a todos algo excepcionalmente agradable.

—Con su permiso, capitán —empezó con mucho desparpajo, dirigiéndose de improviso a Nikodim Fomich—; póngase usted en mi lugar… Estoy dispuesto incluso a pedirle disculpas si en algo le he faltado… Soy un estudiante pobre y enfermo, abrumado —eso fue lo que dijo: «abrumado»— por la miseria. He dejado mis estudios, porque ahora mismo no puedo mantenerme, si bien estoy esperando un dinero… Tengo a mi madre y a mi hermana en la provincia de X. En cuanto me manden ese dinero, pienso pagar. Mi casera es una buena mujer, pero está tan indignada conmigo, porque perdí mis clases particulares y llevo ya cuatro meses sin pagar, que ni siquiera me da de comer… Y ¡no sé a qué viene lo del pagaré! Ahora me exige, por ese documento, que le pague. ¡Juzguen ustedes mismos!

—Pero eso no es asunto nuestro… —comentó nuevamente el secretario…

—Permítame, permítame; estoy totalmente de acuerdo con usted, pero permítame que le explique —volvió a tomar la palabra Raskólnikov, que seguía dirigiéndose a Nikodim Fomich, en lugar de dirigirse al secretario; al mismo tiempo, hacía todo lo posible por atraer la atención de Iliá Petróvich, si bien este se empeñaba en fingir que estaba enfrascado en sus papeles y, mostrando una actitud desdeñosa, no le hacía ni caso—, permítame que le explique, por mi parte, que llevo ya viviendo con esa señora alrededor de tres años, justo desde que llegué de la provincia y entonces… entonces… la verdad, no veo por qué no puedo confesarlo por mi parte… al principio le hice la promesa de casarme con su hija, fue una promesa verbal, enteramente libre… Aquella muchacha… la verdad sea dicha,

el caso es que me gustaba… pero no estaba enamorado… en una palabra, la juventud… Lo que quiero decir es que mi casera me daba entonces mucho crédito y empecé a llevar una vida… Yo era demasiado atolondrado…

—Nadie le ha preguntado por esas intimidades, señor, además de que no tenemos tiempo —le interrumpió Iliá Petróvich de forma grosera y en tono triunfal, pero Raskólnikov lo paró con vehemencia, a pesar de lo mucho que, de pronto, le costaba seguir hablando.

—Pero permítame, permítame que se lo cuente todo, a grandes rasgos… cómo ha ocurrido todo y… por mi parte… aunque no sirva de nada contárselo, en eso estoy de acuerdo con usted… El caso es que hace un año la muchacha murió de tifus, pero yo seguí allí hospedado, como antes, y la casera, cuando se trasladó a la vivienda que ocupa actualmente, me dijo… y me lo dijo de un modo amistoso… que tenía plena confianza en mí y todo eso… pero me dijo que si no me importaba firmarle ese pagaré por la cantidad de ciento quince rublos a la que, según sus cálculos, ascendía mi deuda. Permítanme, señores: me dijo concretamente que, en cuanto le diera ese papel, volvería a concederme todo el crédito que quisiera, y que nunca, nunca, por su parte, y son sus propias palabras, haría uso de ese documento hasta que yo pudiera pagar… Y ahora que me he quedado sin clases particulares y no tengo nada de nada, va y presenta un requerimiento contra mí… ¿Qué puedo decir?

—Todos esos detalles tan conmovedores a nosotros no nos conciernen, señor —le interrumpió en tono impertinente Iliá Petróvich —; debe usted comprometerse por escrito y cumplir con sus obligaciones, pero que haya estado usted enamorado, y todos esos episodios trágicos, eso no es asunto nuestro.

—Vaya… qué duro eres… —masculló Nikodim Fomich, sentándose en la mesa y poniéndose también él a firmar. Se diría que estaba un tanto avergonzado.

—Escriba —le dijo el secretario a Raskólnikov.

—¿Qué tengo que escribir? —preguntó este con especial brusquedad.

—Yo se lo dicto.

A Raskólnikov le dio la impresión de que el secretario lo trataba con menos miramientos, que su actitud era más desdeñosa después de su confesión, pero de pronto, cosa rara, le traía completamente sin cuidado lo que pudiera pensar nadie, y esa transformación había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos, en un instante. A poco que lo hubiera pensado, se habría quedado perplejo, indudablemente, de haber sido capaz de hablar con ellos de ese modo un minuto antes, haciéndolos partícipes de sus sentimientos. Y ¿de dónde habían salido esos sentimientos? Ahora bien, si el cuarto no hubiera estado lleno de agentes de policía, sino de sus amigos más queridos, seguramente en ese caso no habría sido capaz de encontrar para ellos ni una palabra humana, hasta tal punto estaba vacío su corazón. Una lúgubre sensación de infinito y doloroso aislamiento y soledad se manifestaba conscientemente en su alma. No era la humillación por sus efusiones cordiales ante Iliá Petróvich, ni tampoco la humillación por el triunfo sobre él del teniente lo que le había revuelto de ese modo el corazón. ¡Oh, qué le importaba a él en ese momento su propia bajeza, qué le importaban todas esas ambiciones, los tenientes, las alemanas, los requerimientos, las oficinas y tantísimas cosas! Si en ese mismo instante lo hubieran condenado a morir en la hoguera, ni se habría inmutado; es más, apenas habría prestado atención a la lectura de la sentencia. Algo totalmente desconocido le estaba ocurriendo, algo nuevo e imprevisto, algo que nunca había sucedido. No lo entendía propiamente, pero sí sentía con claridad, con toda la intensidad de sus sentidos, que no iba a poder apelar en lo sucesivo a aquella gente de la comisaría de distrito, ni con expansiones sentimentales, como hacía un momento, ni de ningún otro modo; y que, de haber estado allí sus propios hermanos y hermanas, en lugar de los tenientes de la policía, no habría sido capaz, bajo ningún concepto y en ninguna circunstancia, de dirigirse a ellos. Nunca hasta entonces había tenido una sensación tan extraña y atroz. Y lo más angustioso de todo era que se trataba de una sensación, más que de un concepto o una idea; una sensación

inmediata, la más espantosa de las sensaciones que había conocido en toda su vida.

El secretario empezó a dictarle la fórmula de declaración habitual en estos casos, es decir: «Siéndome imposible pagar, me comprometo a hacerlo en tal o cual fecha, así como a no abandonar la ciudad, a no vender o donar mis propiedades, etcétera».

—Pero si no puede escribir, la pluma se le cae de las manos —advirtió el secretario, observando con curiosidad a Raskólnikov—. ¿Está enfermo?

—Sí… Me he mareado… ¡Siga dictando!

—¡Eso es todo! Firme.

El secretario le quitó la hoja de las manos y se puso a atender a otras personas.

Raskólnikov le devolvió la pluma pero, en lugar de levantarse e irse, puso los codos encima de la mesa y se apretó la cabeza con las manos. Era como si le estuvieran hundiendo un clavo en lo más alto del cráneo. De repente tuvo una extraña ocurrencia: levantarse en ese mismo instante, acercarse a Nikodim Fomich y contarle todo lo sucedido la víspera, hasta el último detalle, conducirlo después hasta su cuarto y enseñarle los objetos que había en el agujero del rincón. El impulso fue tan fuerte que se levantó de su asiento, dispuesto a materializarlo. «¿No debería pensármelo mejor, aunque sea un minuto? —se dijo por un momento—. No, lo mejor es no darle más vueltas, y quitarse este peso de encima». Pero entonces se paró y se quedó como clavado en el sitio; Nikodim Fomich hablaba acaloradamente con Iliá Petróvich, y le llegaron sus palabras:

—¡No puede ser, hay que poner a esos dos en libertad! En primer lugar, todo lo contradice; considérelo: ¿para qué iban a avisar al portero si era obra suya? ¿Para delatarse a sí mismos, acaso? ¿O es una argucia? ¡No, demasiado astutos! Por último, al estudiante Pestriakov lo vieron en el portón los dos porteros y una señora justo al llegar: iba con tres amigos y allí se separó de ellos, además les preguntó la dirección a los porteros, estando aún en presencia de sus amigos. ¿Cómo va a preguntar la dirección alguien que va con

esas intenciones? En cuanto a Koch, antes de subir a casa de la vieja, estuvo media hora en el taller de platería de abajo, y exactamente a las ocho menos cuarto salió de allí y subió a ver a la vieja. Ahora imagínese…

—Pero, permítame, ¿cómo se explica esta contradicción? Ellos aseguran que estuvieron llamando y la puerta estaba cerrada, pero tres minutos más tarde, cuando volvieron con el portero, resulta que la puerta estaba abierta…

—Ahí está la cosa: el asesino tenía que estar dentro, necesariamente, y cerró con pestillo; y lo habrían atrapado con seguridad de no haber sido por la tontería de Koch, que bajó también él a buscar al portero. Y *ese* tuvo que aprovechar justo ese intervalo para bajar las escaleras y pasar de algún modo por delante de ellos. Koch no para de hacerse cruces, diciendo: «Si me hubiera quedado allí, se me habría echado encima y me habría matado con el hacha». Quiere celebrar un *moleben*[57] ruso, ¡je, je!

—Pero ¿nadie ha visto al asesino?

—¿Cómo lo iban a ver? Esa casa es el arca de Noé —comentó el secretario, que estaba escuchando desde su sitio.

—¡La cosa está clara, está clara! —repitió con vehemencia Nikodim Fomich.

—No, la cosa no está nada clara —sostenía Iliá Petróvich.

Raskólnikov recogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta, pero no llegó tan lejos…

Cuando volvió en sí, vio que estaba sentado en una silla, que un hombre lo sostenía por el lado derecho, que a su izquierda había otro hombre con un vaso amarillo, lleno de un agua amarilla, y que tenía delante a Nikodim Fomich, con la mirada fija en él. Raskólnikov se puso de pie.

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo? —preguntó Nikodim Fomich con notable brusquedad.

—Cuando estaba firmando, apenas si podía con la pluma —observó el secretario, sentándose en su sitio y ocupándose de nuevo de sus papeles.

—Y ¿lleva mucho tiempo enfermo? —gritó desde su asiento Iliá Petróvich, que también estaba hojeando unos papeles. Como es natural, no se había privado de echar un vistazo al enfermo mientras estaba inconsciente, pero se había retirado al ver que volvía en sí.

—Desde ayer… —murmuró Raskólnikov como respuesta.

—Y ¿ayer salió a la calle?

—Sí.

—¿Enfermo?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Pasadas las siete.

—Y por dónde anduvo, si me permite la pregunta.

—Por la calle.

—Claro y conciso.

Raskólnikov respondía escuetamente, a trompicones, pálido como un pañuelo y sin hurtar sus ojos negros y febriles a la mirada de Iliá Petróvich.

—Apenas se tiene en pie, y tú… —empezó a decir Nikodim Fomich.

—Da igual —sentenció Iliá Petróvich en un tono algo peculiar.

Nikodim Fomich habría querido añadir algo más, pero, después de fijarse en el secretario, que también estaba pendiente de él, prefirió no decir nada. De repente, todo el mundo se quedó callado. Resultó algo extraño.

—Pues nada, señor —concluyó Iliá Petróvich—, no le entretenemos más.

Raskólnikov se fue de allí. Aún le dio tiempo a oír cómo, después de su marcha, comenzaba una animada conversación, en la que destacaba por encima de las demás la voz inquisitiva de Nikodim Fomich… Una vez en la calle, acabó de reanimarse del todo.

«¡Un registro, un registro, va a haber un registro ahora mismo! —se decía una y otra vez, apresurándose para llegar cuanto antes a casa—. ¡Bandidos! ¡Sospechan de mí!». El terror de antes volvió a dominarlo por completo, de la cabeza a los pies.

II

«¿Y si ya han registrado? Y ¿qué pasa si me los encuentro ahora en mi cuarto?».

Pero ahí estaba su cuarto. Nada ni nadie; nadie había echado un vistazo. Ni la misma Nastasia había tocado nada. Pero ¡ay, Señor! ¿Cómo había podido dejar hacía un rato todas esas cosas en aquel agujero?

Se lanzó al rincón, metió la mano por debajo del papel pintado y empezó a sacarlas y a llenarse con ellas los bolsillos. Eran ocho objetos en total: dos cajitas pequeñas con pendientes o algo semejante (no lo miró bien); después cuatro estuches, más bien pequeños, de tafilete. Había una cadena, envuelta simplemente en papel de periódico. Y otra cosa más envuelta también en papel de periódico: una condecoración, al parecer…

Lo repartió todo entre los distintos bolsillos del abrigo y el único que le había quedado en el pantalón, el bolsillo derecho, procurando que no se notara. También cogió el monedero, junto con todo lo demás. A continuación salió del cuarto; esta vez dejó la puerta abierta de par en par.

Andaba deprisa y con paso firme y, a pesar de lo mal que se sentía, tenía la cabeza despejada. Temía una posible persecución, temía que al cabo de media hora, de un cuarto de hora, se dieran instrucciones de seguirle la pista; así pues, tenía que ocultar a toda costa aquellos indicios, antes de que fuera demasiado tarde. Estaba obligado a aclarar sus ideas mientras aún tuviera un resto de fuerzas y algo de juicio… ¿Adónde ir?

Esta cuestión ya estaba decidida hacía tiempo: «Hay que arrojarlo todo al canal, hundir las pistas en el agua, y asunto concluido». Así lo había resuelto la noche anterior, en medio del delirio, en unos momentos, lo recordaba bien, en que había estado a

punto, y más de una vez, de levantarse y salir: «Rápido, rápido, hay que librarse de todo esto». Pero no era tan fácil librarse de esas cosas.

Llevaba ya como media hora, si no más, deambulando por la orilla del canal Yekaterinski, y más de una vez había observado las escaleras que descendían hasta el agua. Pero era impensable llevar a cabo su plan: o bien había unos pontones al pie mismo de las escaleras donde las lavanderas hacían la colada, o bien había barcas amarradas a la orilla; además, todo estaba abarrotado de gente, y podían verlo de todas partes, fijarse en él: cualquiera que lo viera bajar a propósito, pararse en el borde y arrojar algo al agua podría sospechar. ¿Y si los estuches no se hundían y se quedaban flotando? Seguro que pasaba eso. Y todo el mundo los vería. Si ya, de hecho, cualquier persona con la que se cruzaba se quedaba mirándolo, como si no tuviese nada mejor que hacer. «¿Por qué será? O será que solo me lo parece…», pensaba.

Al final decidió que podría ser mejor dirigirse al Nevá. Allí había menos gente, y no llamaría tanto la atención; era más práctico en todos los sentidos y, sobre todo, estaba más retirado. Y de repente se quedó perplejo: ¡cómo había podido pasarse media hora yendo de acá para allá, preocupado y ansioso, por unos sitios tan arriesgados, sin dar con esa solución! Y ¡había perdido media hora siguiendo un plan insensato, solo porque se le había ocurrido durante el sueño, en pleno delirio! Se había vuelto extremadamente despistado y olvidadizo, y se daba cuenta. Decididamente, tenía que actuar más deprisa.

Se dirigió al Nevá a lo largo de la avenida V…ski; pero por el camino, de improviso, tuvo otra idea: «¿Por qué al Nevá? ¿Por qué al agua? ¿No sería mejor ir más lejos, por ejemplo, otra vez a las islas, y allí, en un lugar apartado, en el bosque, bajo un arbusto, enterrarlo todo y, quién sabe, marcar algún árbol?». Y, aunque se daba cuenta de que en ese momento no estaba en condiciones de analizarlo todo de un modo claro y coherente, le pareció un plan infalible. Pero estaba escrito que no iba a llegar a las islas; las cosas

sucedieron de un modo bien distinto: al desembocar en una plaza, viniendo de la avenida V…ski, de pronto vio a su izquierda la entrada a un patio rodeado por unos muros ciegos. A mano derecha, justo detrás del acceso al portón, se extendía hasta muy dentro del patio la pared ciega y sin encalar del edificio contiguo, de cuatro pisos. A la izquierda, también nada más dejar atrás el portón, corría en paralelo a la pared ciega una empalizada, que entraba como una veintena de pasos en el patio, para desviarse después más hacia la izquierda. La empalizada delimitaba un espacio cerrado donde se apilaban una serie de materiales. Más allá, al fondo del patio, asomaba por encima de la valla la esquina de un cobertizo de piedra, bajo y renegrido, que claramente formaba parte de un taller de algún tipo. Probablemente serían las dependencias de un carpintero, un fabricante de carruajes o algo por el estilo; prácticamente todo, desde el mismo portón, estaba cubierto de hollín. «¡Un sitio estupendo para deshacerse de las cosas y largarse!», se le ocurrió de repente. Reparando en que no había nadie, cruzó el portón y enseguida vio, muy cerca de la empalizada, uno de esos canalones que suelen instalarse en los edificios frecuentados por obreros industriales, *artélshchiki*[58], cocheros y demás, y en la valla, encima del canalón, habían escrito a tiza la típica gracia, inevitable en estos casos: «*Proivido estazionar*». Sin duda, lo bueno de aquel sitio era que no despertaba ninguna sospecha si alguien entraba y se quedaba allí un rato. «¡Aquí puedo tirarlo todo de golpe, en algún montón de esos, y marcharme!».

Habiendo mirado una vez más en todas direcciones, y con la mano ya lista en el bolsillo, advirtió de repente que al lado de la pared exterior, entre el portón y el pilón, donde la anchura era escasamente de un *arshín*, había una enorme piedra sin labrar, que podría pesar su buen *pud*[59] y medio, apoyada directamente en el muro de piedra de la calle. Detrás de este muro se encontraba ya la calle, la acera, y se oía ir y venir a los transeúntes, siempre numerosos en aquel paraje; pero nadie podía verlo desde fuera, a

menos que alguien hubiera entrado desde la calle, algo que, por otra parte, bien podía suceder, y por eso mismo tenía que darse prisa.

Se inclinó sobre la piedra, la cogió con firmeza por arriba, con ambas manos, y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, le dio la vuelta. Debajo de la piedra se había formado un pequeño hueco; inmediatamente empezó a arrojar en él todo lo que llevaba en los bolsillos. Lo último fue el monedero, en lo más alto, pero aún quedaba sitio en el hueco. A continuación volvió a agarrar la piedra, de un solo movimiento le dio otra vez la vuelta, y quedó exactamente en la misma posición de antes; si acaso, sobresalía un poco más. Pero removió la tierra y la aplastó en los bordes con el pie. No se notaba nada.

Entonces salió de allí y se dirigió a la plaza. De nuevo una intensa alegría, difícilmente soportable, como antes en la comisaría, lo embargó por un instante. «¡He enterrado las pruebas! Y ¿a quién, a quién se le ocurriría buscar debajo de esa piedra? Es posible que lleve ahí desde que se construyó la casa y ahí seguirá muchos años. Y, aunque las encontraran, ¿quién iba a pensar en mí? ¡Se acabó! ¡Ya no hay pruebas!», y se echó a reír. Sí, más tarde recordaría que se había reído con una risa nerviosa, entrecortada, inaudible, prolongada, y que no paró de reírse mientras cruzaba la plaza. Pero, cuando llegó al bulevar K., donde dos días antes se había encontrado con aquella chica, se le cortó la risa repentinamente. Otras ideas acudieron a su cabeza. Se le ocurrió de pronto que le parecía enormemente desagradable la posibilidad de pasar cerca del banco en el que se había sentado a meditar después del incidente con la chiquilla, igual que le resultaría muy molesto volver a encontrarse con el bigotudo aquel al que le había dado entonces dos *grivny*: «¡Al diablo con él!».

Siguió su camino, mirando a todas partes, con aire irritado y distraído. Todos sus pensamientos giraban en ese momento en torno a un único punto principal, y se daba cuenta de que existía de hecho ese punto principal, y de que en ese instante, en ese preciso

instante, se había quedado a solas con ese punto principal, por primera vez en esos dos meses.

«¡Al diablo con todo! —se dijo de pronto en un arrebato de furia irreprimible—. Lo hecho hecho está, ¡que el diablo se lleve a la vieja y se lleve la nueva vida! ¡Cuánta estupidez, Dios mío!… ¡Cuántas mentiras y cuántas bajezas en un solo día! ¡Qué forma más despreciable de adular y frivolizar hace un rato con ese miserable de Iliá Petróvich! Total, ¡qué más da! ¡Me río yo de toda esa gente y de lo que yo haya podido adular y frivolizar! ¡No se trata de eso! ¡No se trata de eso!…».

Se paró en seco; una nueva pregunta, totalmente inesperada y extremadamente simple lo dejó perplejo y lo confundió amargamente:

«Si de verdad has actuado en todo esto de manera consciente, no como un idiota, si efectivamente tenías un fin claro y preciso, entonces ¿cómo es que ni siquiera le habías echado un vistazo al monedero, cómo es que no sabías qué era lo que había ahí, eso que te ha hecho pasar tantas penalidades y te ha empujado a realizar un acto tan vil, tan bajo, tan repugnante? Hace un momento querías tirar al agua el monedero, con todas las demás cosas, que tampoco has visto… ¿Cómo puede ser?».

Sí, así era, ni más ni menos. De todos modos, él ya lo sabía de antemano, no era ni mucho menos una pregunta nueva; y la víspera, cuando decidió tirarlo todo al agua, lo había hecho sin la menor vacilación, sin ninguna reserva, como si tuviera que ser así, como si no pudiera ser de otra manera… Sí, todo eso lo sabía y se acordaba de todo; sí, todo eso estaba prácticamente decidido desde la noche anterior, desde el mismo momento en que, inclinado sobre el cofre, fue sacando de dentro los estuches… ¡Claro que sí!

«Todo se debe a lo enfermo que estoy —concluyó finalmente, en tono sombrío—, yo mismo me torturo y me martirizo, y no sé lo que hago… Ayer, hace dos días, todo este tiempo llevo torturándome… En cuanto me reponga… dejaré de torturarme… Pero… ¿y si no acabo nunca de curarme? ¡Ay, Señor! ¡Qué harto estoy de todo esto!…». Siguió andando un trecho. Estaba ansioso por distraerse

como fuera, pero no sabía qué hacer ni qué intentar. Una sensación nueva e irresistible se iba apoderando de él con cada minuto que pasaba: era un rechazo interminable, casi físico, de todo lo que se iba encontrando, de todo lo que veía a su alrededor; un rechazo obstinado, rencoroso, lleno de odio. Todas las personas que veía se le antojaban repugnantes: repugnantes sus caras, sus andares, sus ademanes. A poco que alguno de ellos le hubiese dirigido la palabra, le habría escupido, le habría mordido…

Se detuvo de pronto al salir a la orilla del Málaia Nevá, cerca del puente que cruzaba a la isla Vasílievski. «Vive aquí mismo, en esta casa —pensó—. ¿Cómo es posible? ¡Yo no tenía pensado venir a casa de Razumijin! La misma historia que la otra vez… De todos modos, me gustaría saber si he venido a propósito o si he llegado aquí por casualidad… Da igual; el caso es que dije… hace dos días… que iría a su casa al día siguiente de *eso*; bueno, pues aquí estoy. No veo por qué no puedo subir ahora…».

Subió a casa de Razumijin, en la quinta planta.

Razumijin estaba en casa, en su cuarto, escribiendo en esos momentos, y él mismo le abrió la puerta. Llevaban como cuatro meses sin verse. Razumijin llevaba una bata hecha jirones y unas zapatillas, sin calcetines; tenía el pelo alborotado, no se había afeitado ni aseado. La sorpresa se reflejó en su rostro.

—¿Eres tú? —exclamó, examinando de pies a cabeza a su camarada recién llegado; después, tras una pausa, dio un silbido—. ¿Tan mal te va? Es evidente, hermano, que no hay quien te supere en elegancia —añadió, mirando los harapos de Raskólnikov—. ¡Anda, siéntate, pareces cansado! —Y, cuando Raskólnikov se desplomó en el diván turco de hule, que estaba incluso en peores condiciones que el suyo, Razumijin advirtió que su huésped estaba enfermo—. Pues sí que estás enfermo, ¿no lo sabías? —Quiso tomarle el pulso; Raskólnikov retiró la mano.

—Déjalo —dijo—, he venido… pues mira: resulta que ahora no tengo clases particulares… aunque tampoco me hacen falta…

—¿Sabes qué? ¡Estás delirando! —comentó Razumijin, mirándolo bien.

—No, no estoy delirando… —Raskólnikov se levantó del diván. Mientras subía a casa de Razumijin no había pensado en que tendrían que verse las caras. Pero, una vez allí, le bastó un instante para darse cuenta de que nada le apetecía menos en ese momento que estar cara a cara con nadie, fuera quien fuese. Se le subió la bilis a la cabeza. Había estado a punto de montar en cólera contra sí mismo nada más pisar el umbral del cuarto de Razumijin—. ¡Adiós! —dijo abruptamente, dirigiéndose a la puerta.

—Pero ¡espera, hombre, espera! Mira que eres raro.

—¡Déjalo!… —repitió Raskólnikov, retirando de nuevo la mano.

—Entonces ¿a qué demonios has venido? ¿O es que te has vuelto loco? Esto… es poco menos que un insulto. No consiento que te vayas así.

—Bueno, pues escucha: he venido hasta aquí, porque, aparte de ti, no conozco a nadie que pueda ayudarme… a empezar… porque tú eres mejor que nadie, o sea, más listo que nadie, y estás en condiciones de juzgar… Pero ahora veo que no necesito nada, ¿me oyes? Nada en absoluto… No me hacen falta los buenos oficios ni la simpatía de nadie… Yo me basto solo… Bueno, ¡ya es suficiente! ¡Déjame en paz!

—Pero ¡espera un minuto, deshollinador! ¡Estás como un cencerro! Por lo que a mí respecta, haz lo que te dé la gana. Verás: yo tampoco tengo clases particulares, y me trae sin cuidado; pero hay un librero que tiene un puesto en el mercadillo, un tal Jeruvímov, que es, a su modo, mejor que una clase particular. Ahora mismo no lo cambiaría por cinco clases en casa de un comerciante. Se dedica a publicar unos folletos de ciencias naturales, y no te imaginas cómo se venden. ¡Solo los títulos ya valen la pena! Tú siempre has sostenido que soy un mentecato; te doy mi palabra, hermano, de que los hay más mentecatos. A ese le ha dado ahora por estar a la última; él no entiende ni jota, y yo, por descontado, lo animo. Aquí tienes, por ejemplo, algo más de dos pliegos de un texto alemán; en

mi opinión, pura charlatanería: lo que se discute, en definitiva, es si las mujeres son seres humanos o no. Y, claro está, se demuestra solemnemente que sí lo son. Jeruvímov lo prepara como contribución a la cuestión femenina, y yo lo traduzco. Estiro estos dos pliegos y medio hasta convertirlos en seis, nos inventamos un título de lo más ampuloso que ocupa media página y lo sacamos por un *poltínnik*[60]. ¡Seguro que funciona! Por la traducción me paga a seis rublos el pliego, de modo que al final me saco unos quince rublos, y ya he cobrado seis por adelantado. Cuando acabemos esto, seguiremos con algo sobre las ballenas, después, hemos entresacado algunos cotilleos de la segunda parte de *Les Confessions*, y habrá que traducirlos; alguien le ha dicho a Jeruvímov que Rousseau es, a su manera, una especie de Radíshchev[61]. Yo, naturalmente, no me opongo, ¡qué diablos! Bueno, ¿quieres traducir el segundo pliego de ¿*Es la mujer un ser humano*? Si quieres, coge ahora mismo el texto, unas plumas, papel (todo por cuenta del Estado), y toma tres rublos: como yo ya he cobrado el anticipo por toda la traducción, por el primer pliego y por el segundo, a ti, lógicamente, te corresponden esos tres rublos por tu parte. Y, cuando termines el pliego, cobrarás otros tres. Pero además no vayas a creer que te estoy haciendo un favor. Al contrario, en cuanto has entrado lo primero que he pensado ha sido que me podías servir de ayuda. En primer lugar, no se me da muy bien la ortografía; en segundo lugar, también ando algo flojo en alemán, de modo que más que nada me lo invento, aunque me consuelo pensando que así mejora el resultado. Pero ¿quién sabe? Puede que en realidad empeore… ¿Lo tomas o no?

Raskólnikov cogió en silencio los folios del texto alemán, cogió los tres rublos y, sin decir una palabra, se fue. Razumijin lo vio salir con perplejidad. Pero, al llegar a la Primera Línea[62], de pronto Raskólnikov dio media vuelta, subió de nuevo a casa de Razumijin y, dejando encima de la mesa tanto el texto alemán como los tres rublos, se marchó, también esta vez sin decir nada.

—¿Tú deliras? —estalló Razumijin por fin—. ¿A qué viene toda esta comedia? Me vas a volver loco… ¿Se puede saber a qué has

venido?

—No necesito… traducciones… —balbuceó Raskólnikov, bajando ya las escaleras.

—Entonces ¿qué demonios quieres? —le gritó Razumijin desde arriba. Raskólnikov siguió bajando, sin decir nada—. ¡Eh, dime! ¿Dónde vives?

No obtuvo respuesta.

—Pues nada, ¡vete al infierno!…

Pero Raskólnikov ya estaba en la calle. En el puente Nikoláievski un incidente sumamente desagradable lo hizo volver en sí una vez más. El cochero de una calesa estuvo a punto de arrollarlo, a pesar de haberle gritado previamente tres o cuatro veces, y le sacudió un buen latigazo en la espalda. Raskólnikov se puso tan furioso con el latigazo que, subiéndose de un salto al pretil del puente (a saber por qué, hasta ese momento marchaba por medio de la calzada, entre los vehículos), le dio por enseñar con rabia los dientes. La gente que pasaba por allí se echó a reír, naturalmente.

—¡Bien hecho!

—Algún sinvergüenza.

—Ya se sabe, se hacen los borrachos y se meten aposta debajo de las ruedas; y a ti te toca responder por ellos.

—Así se ganan la vida, respetable señor, claro que sí…

Pero en ese momento, estando aún al lado del pretil, atónito y furioso, mirando la calesa que se iba alejando, frotándose la espalda, notó de repente que alguien le ponía un dinero en la mano. Volvió la vista: vio a una mujer mayor, con un pañuelo en la cabeza y zapatos de cabritilla, acompañada por una muchacha, con sombrero y una sombrilla verde, seguramente su hija. «Toma, *bátiushka*, en nombre de Cristo». Aceptó el dinero y ellas siguieron su camino. Era una moneda de dos *grivny*. Por su ropa y por su aspecto, podían muy bien haberlo tomado por un verdadero mendigo de los que se dedican a reunir calderilla en la calle, y el donativo de las dos *grivny* seguramente tenía que agradecérselo al latigazo, que había despertado su compasión.

Apretó la moneda en el puño, dio unos diez pasos y se volvió de cara al Nevá, mirando hacia el palacio. No había ni una nube en el cielo, y el agua era casi azul, algo que se ve en el Nevá muy de tarde en tarde. La cúpula de la catedral, que desde ningún otro punto se divisa mejor que desde allí, desde el puente, como a veinte pasos de la capilla, resplandecía de tal modo que a través del aire cristalino se podía distinguir claramente cada elemento ornamental. Se le iba pasando el dolor del latigazo, y acabó olvidándose de él; una idea inquietante y un tanto confusa ocupaba en exclusiva su pensamiento. Se quedó parado, mirando a lo lejos, atenta y detenidamente; aquel lugar le resultaba especialmente familiar. Cuando iba a la universidad, a menudo —sobre todo, yendo de vuelta a casa—, puede que cientos de veces, se había detenido en ese mismo sitio, contemplando atentamente el panorama, realmente grandioso, y casi siempre se quedaba maravillado de la impresión vaga y misteriosa que despertaba en él. Un frío inexplicable se apoderaba invariablemente de él viendo aquel cuadro sublime, cuyo espíritu era mudo y sordo para él… Una y otra vez se sorprendía de aquella impresión suya, sombría y enigmática, pero, como no confiaba en sí mismo, dejaba para más adelante la explicación. Ahora se había acordado brusca y repentinamente de sus antiguas preguntas e incertidumbres, y le parecía que haberse acordado en esos momentos no podía ser una casualidad. Le sorprendía, como algo extraño y grotesco, el hecho de haberse detenido en el mismo punto de entonces, como si efectivamente se hubiese imaginado que podía tener las mismas ideas, e interesarse por los mismos temas e imágenes por los que se interesaba… hacía no tanto tiempo. Casi le parecía divertido, y al mismo tiempo le oprimía el pecho hasta lastimarle. Muy abajo, hundido en algún abismo abierto bajo sus pies, apenas visible, se hallaba ahora todo ese pasado: sus viejos pensamientos, y sus viejos proyectos, y sus viejas preocupaciones, y sus viejas impresiones, y todo aquel panorama, y él mismo, todo, todo… Era algo así como si hubiese alzado el vuelo y todo se fuese desvaneciendo ante sus ojos… Al hacer un gesto involuntario con la

mano, se dio cuenta de que aún llevaba en el puño las dos *grivny*. Abrió la mano, se quedó mirando fijamente la moneda, movió el brazo y la arrojó al agua; acto seguido dio media vuelta y se fue para casa. Se sentía como si en ese mismo instante hubiera cortado con unas tijeras todo lo que lo unía al resto del mundo.

Llegó a su cuarto a la caída de la tarde, de modo que debía de haber estado unas seis horas deambulando por ahí. No recordaba en absoluto por dónde y cómo había vuelto. Después de desvestirse, temblando como un caballo reventado, se echó en el diván, se cubrió con su gabán y de inmediato se quedó dormido…

Lo despertó, en pleno crepúsculo, un grito espantoso. ¡Dios mío, qué forma de gritar! Nunca hasta entonces había oído ni sentido unos sonidos tan poco naturales, unos aullidos, gemidos, chasquidos, lágrimas, golpes e insultos como aquellos. Jamás se habría podido imaginar tanta furia, tanta brutalidad. Se levantó aterrorizado y se quedó sentado en su lecho, paralizado y angustiado por momentos. Pero los golpes, los gemidos y los insultos iban a más. De pronto, para su enorme sorpresa, reconoció la voz de su patrona. Aullaba, chillaba, se lamentaba, hablando a toda prisa, atropelladamente, de un modo inconexo, era imposible entender qué era lo que estaba implorando… sin duda, que no le pegasen más, porque alguien la estaba golpeando con auténtica saña en las escaleras. La voz del agresor, enfurecido y enrabietado, era tan horrible que parecía más bien un ronquido, pero en cualquier caso algo le estaba diciendo, hablando también él muy deprisa, de manera confusa, precipitándose y quedándose sin aire. De repente Raskólnikov se puso a temblar como una hoja: él conocía esa voz, era la voz de Iliá Petróvich. ¡Iliá Petróvich estaba allí, pegando a su patrona! La estaba pateando, golpeándole la cabeza contra los escalones… era evidente, ¡los ruidos, los chillidos, los golpes no dejaban lugar a dudas! ¿Cómo era posible? ¡Era el mundo al revés! Se podía oír cómo en todos los pisos, por toda la escalera, se iban congregando los vecinos; se oían voces, exclamaciones, pasos, llamadas, portazos, carreras. «Pero ¿por qué, por qué? ¡Cómo es posible!», se decía Raskólnikov una y

otra vez, pensando muy en serio que había perdido el juicio. Pero no, ¡se oía tan claro!… Entonces, de un momento a otro subirían a su cuarto, «porque… sin duda, todo esto es por… lo de ayer… ¡Señor!». Quiso echar el pestillo, pero no fue capaz de levantar el brazo… Además, ¡de qué le iba a servir! El terror, como si fuera hielo, envolvía su alma, atormentándolo y paralizando sus miembros. Por fin, todo aquel alboroto, que duraba ya sus buenos diez minutos, fue cesando poco a poco. La casera gemía y sollozaba, Iliá Petróvich seguía profiriendo amenazas e improperios… No obstante, también él acabó callándose, al parecer, y ya no se le oía. «¿Se habrá marchado? ¡Ay, Señor!». Sí, y después se retira la patrona, sin dejar de gemir y lamentarse… Su puerta se cierra de un portazo. Los vecinos, poco a poco, se van recogiendo y las escaleras se quedan vacías; la gente exclama, discute, se interpela, en algunos momentos levanta la voz, otras veces se hablan en susurros. Tenía que haber mucha gente; había salido prácticamente toda la casa. «¡Dios mío, cómo es posible todo esto! Y ¿a qué ha venido, a qué?».

Se desplomó en el diván, extenuado, pero ya no fue capaz de pegar ojo; estuvo una media hora acostado, en un estado de angustia tal, con una sensación insoportable de terror infinito como nunca la había sentido. De pronto una luz brillante iluminó su cuarto: era Nastasia que venía con una vela y un plato de sopa. Después de mirarlo atentamente y de confirmar que no estaba dormido, dejó la vela en la mesa y empezó a colocar lo que le traía: el pan, la sal, el plato, la cuchara.

—Seguro que no has comido nada desde ayer. Todo el santo día por ahí, y temblando de fiebre.

—Nastasia… ¿por qué han pegado a la patrona?

Ella lo miró fijamente.

—¿Quién le ha pegado?

—Ahora mismo… hace media hora, Iliá Petróvich, el ayudante del inspector, en las escaleras… ¿Por qué le ha dado una paliza? Y… ¿a qué ha venido?…

Nastasia lo miró en silencio, con el ceño fruncido, y estuvo así observándolo mucho tiempo. A él no le hacía ninguna gracia este escrutinio, hasta le daba miedo.

—Nastasia, ¿por qué no dices nada? —dijo por fin tímidamente, con voz débil.

—Eso es la sangre —contestó Nastasia finalmente, en voz baja, como hablando para sus adentros.

—¡La sangre!… ¿Qué sangre?… —balbuceó él, palideciendo y retirándose hacia la pared. Nastasia no dejaba de observarlo en silencio.

—Nadie ha pegado a la patrona —volvió a asegurar con voz severa y resuelta. Él se quedó mirándola, casi sin aliento.

—Si lo he oído yo… Estaba despierto… aquí sentado —dijo, aún más tímidamente—. He estado escuchando un buen rato… Ha venido el ayudante del inspector… Se ha reunido todo el mundo en las escaleras, vecinos de todos los cuartos…

—No ha venido nadie. Es la sangre que grita en tu interior. Eso pasa cuando no tiene salida y empieza a cuajarse en los higadillos, y a uno le da por delirar… ¿Es que no vas a comer?

Raskólnikov no contestó. Nastasia seguía encima de él, observándolo detenidamente, y no parecía dispuesta a marcharse.

—Tráeme algo de beber… Nastásiushka.

Bajó y regresó a los dos minutos con una jarra blanca de barro llena de agua; pero a partir de ahí Raskólnikov ya no fue capaz de recordar nada más. Lo único que recordaba era que había dado un sorbo de agua fría y que se había vertido encima el agua de la jarra en el pecho. Después perdió el conocimiento.

III

Sin embargo, no estuvo exactamente privado de conocimiento todo el tiempo de su enfermedad: se hallaba en un estado febril, con delirios, consciente a ratos. Más tarde recordó muchas cosas. En algunos momentos tenía la sensación de que había numerosas personas a su alrededor que querían cogerlo y llevárselo a algún sitio; hablaban de él y discutían acaloradamente. O, por el contrario, creía estar solo en el cuarto: todos habían salido y le tenían miedo, y solo muy de vez en cuando entreabrían la puerta y se asomaban, lo amenazaban, tramaban algo entre ellos, se reían, se mofaban de él. Recordaba a Nastasia, que solía velar a la cabecera de su cama, y aún distinguía a otra persona más, a la que parecía conocer muy bien, pero era totalmente incapaz de recordar quién era en concreto, y eso lo entristecía, y acababa llorando. Unas veces le parecía que ya llevaba un mes postrado en cama; otras, que todo estaba pasando en un solo día. Pero de *aquello* … de *aquello* se había olvidado por completo; no obstante, recordaba a todas horas que se había olvidado de algo de lo que no tendría que haberse olvidado; se desesperaba y se torturaba tratando de recordar, sollozaba, sufría ataques de cólera o de un terror atroz, insoportable. En esos momentos intentaba levantarse, quería escapar, pero siempre había alguien que se lo impedía por la fuerza, y Raskólnikov volvía a hundirse en la impotencia y el olvido. Hasta que finalmente volvió en sí.

Fue una mañana, a las diez. A esa hora, en los días claros, el sol solía dibujar una larga línea en la pared de la derecha e iluminaba el rincón más cercano a la puerta. Nastasia estaba allí, de pie a la cabecera de la cama, y con ella había un individuo —un completo desconocido— que observaba con enorme interés al enfermo. Era un joven con barba, que llevaba puesto un caftán y parecía por su

aspecto un *artélshchik*. A través de la puerta entreabierta estaba fisgando la patrona. Raskólnikov se incorporó.

—¿Quién es este, Nastasia? —preguntó, señalando al joven.

—¡Anda, si ha vuelto en sí! —dijo Nastasia.

—Ha vuelto en sí —repitió el *artélshchik*.

Al descubrir que había vuelto en sí, la patrona, que estaba mirando a través de la puerta, rápidamente la cerró del todo y desapareció. Era una mujer vergonzosa, y no soportaba las discusiones ni las explicaciones; tenía cuarenta años, era gorda, tirando a obesa, de cejas y ojos negros, con la bondad característica de las personas gruesas y perezosas, y muy guapa de cara. Era de una timidez enfermiza.

—Y usted… ¿quién es? —insistió en preguntar Raskólnikov, dirigiéndose al *artélshchik*. Pero en ese momento la puerta se abrió de par en par y, bajando un poco la cabeza, a causa de su altura, entró Razumijin.

—Menudo camarote —exclamó al entrar—, siempre me doy en la cabeza; y ¡lo llaman habitación! ¿Así que estás consciente, hermano? Me lo ha dicho Páshenka[63].

—Acaba de volver en sí —dijo Nastasia.

—Acaba de volver en sí —confirmó nuevamente el *artélshchik*, con una sonrisa.

—Y, permítame, ¿usted quién es? —preguntó Razumijin, dirigiéndose a él de pronto—. Yo soy Vrazumijin, para servirle; no Razumijin, como me llama todo el mundo, sino Vrazumijin[64]; soy estudiante, de familia noble, y él es mi amigo. Y ¿usted quién es, señor?

—Soy un *artélshchik*, empleado en la oficina del comerciante Shelopáiev, y he venido por un asunto.

—Por favor, siéntese en esa silla. —Razumijin se sentó en otra silla, al otro lado de la mesita—. Menos mal que has recobrado la conciencia, hermano —siguió diciendo, dirigiéndose a Raskólnikov—. Apenas has tomado nada en cuatro días. Todo lo más, unas cucharaditas de té. Te he mandado dos veces a Zósimov. ¿Te

acuerdas de Zósimov? Te ha reconocido detenidamente y ha dicho que no era nada serio: que algo te había afectado a la cabeza. Seguramente un trastorno nervioso, a consecuencia de una dieta deficiente; dice que te han faltado cerveza y rábano picante[65], de ahí la enfermedad, pero que no es nada, que se te pasará y te pondrás bien. ¡Es un fenómeno ese Zósimov! Empieza a despuntar como médico. Muy bien, señor, no le entretengo más —se dirigió nuevamente al *artélshchik*—, ¿le importaría explicarme qué se le ofrece? Debes saber, Rodia, que es la segunda vez que nos mandan a alguien de esa oficina; solo que la primera vez no vino este señor, sino otro, y hablé con él. ¿Quién fue el que vino la otra vez?

—Me imagino, señor, que se refiere a la persona que vino anteayer; sí, señor, ese tuvo que ser. Se trata de Alekséi Semiónovich; también él trabaja en nuestra oficina.

—Y se explica mejor que usted, ¿no le parece?

—Sí, señor; sin duda es un hombre de más fuste que yo.

—Encomiable; pues bien, usted dirá.

—El caso es que por mediación de Afanasi Ivánovich Vajrushin, de quien imagino que habrá oído hablar más de una vez, y a petición de su señora madre, le han hecho a usted un envío a través de nuestra oficina —empezó el *artélshchik*, dirigiéndose a Raskólnikov—. Siempre y cuando esté usted plenamente capacitado, debo hacerle entrega de treinta y cinco rublos que Semión Semiónovich ha recibido a tal efecto de Afanasi Ivánovich, a petición de su señora madre, como en ocasiones precedentes. ¿Está usted al corriente, señor?

—Sí… ya recuerdo… Vajrushin… —dijo Raskólnikov, pensativo.

—Ya lo ha oído: ¡conoce al comerciante Vajrushin! —exclamó Razumijin—. ¿Cómo no va a estar plenamente capacitado? Ahora voy viendo, por cierto, que usted también es un hombre inteligente. Perfecto. Siempre es un placer oír discursos sensatos.

—Ese mismo, en efecto: Vajrushin, Afanasi Ivánovich. Y, atendiendo la petición de su señora madre, que ya otra vez le envió dinero del mismo modo por mediación suya, en esta ocasión

tampoco ha puesto ningún impedimento y hace unos días le ha dado instrucciones a su vez a Semión Semiónovich para que le hiciera a usted entrega de treinta y cinco rublos, esperando que sea para bien.

—«Esperando que sea para bien»: eso es lo mejor que ha dicho; lo de «su señora madre» tampoco ha estado mal. Entonces, según usted, ¿está o no está plenamente capacitado?

—Por mí, no veo inconveniente. Con tal de que me eche aquí una firmita.

—¡Algo le podrá garrapatear! ¿Trae usted el libro?

—Sí, señor, aquí está.

—Traiga. Venga, Rodia, levántate. Yo te sostengo; coge la pluma y pon aquí tu nombre, hermano, porque ahora mismo el dinero para nosotros es más dulce que el arrope.

—No hace falta.

—¿Qué es lo que no hace falta?

—No voy a firmar.

—Ya estamos, ¿qué es eso de que no vas a firmar?

—No me hace falta… el dinero…

—¡Que no te hace falta el dinero! ¡Mira, hermano, eso es mentira, y yo soy testigo! No se preocupe, se lo ruego, solo está… divagando otra vez. De todos modos, le pasa incluso cuando más lúcido está… Es usted un hombre razonable, y podemos llevarlo de la mano, o, más sencillamente, cogerle la mano y él firmará. Así pues…

—Siempre puedo volver otro día.

—No, no; no hace falta que se moleste. Es usted un hombre sensato… Vamos, Rodia, no hagas perder el tiempo a nuestro huésped… Ya lo ves, está esperando. —Y se dispuso con toda seriedad a cogerle la mano a Raskólnikov.

—Deja, ya lo hago yo solo… —dijo este, cogió la pluma y firmó en el libro. El *artélshchik* entregó el dinero y se marchó.

—¡Bravo! Y ahora, hermano, ¿te apetece comer?

—Sí —respondió Raskólnikov.

—¿Hay sopa?

—De ayer —respondió Nastasia, que no se había movido en todo ese tiempo.

—¿De patatas y arroz?

—Eso es.

—Me lo sé de memoria. Trae sopa y ponnos un poco de té.

—Ahora mismo.

Raskólnikov lo miraba todo con un profundo asombro y con un terror sordo e irracional. Había decidido callar y esperar acontecimientos. «Yo diría que no estoy delirando —pensó—, parece que todo esto es real…».

A los dos minutos Nastasia volvió con la sopa y anunció que el té estaría enseguida. Había traído con la sopa dos cucharas, dos platos y el servicio completo: el salero, el pimentero, mostaza para la carne y demás, algo que no se veía desde hacía mucho. El mantel estaba limpio.

—No estaría mal que Praskovia Pávlovna nos hiciera llegar un par de botellas de cerveza. Seguro que nos las bebíamos.

—¡Mira tú qué listo! —masculló Nastasia, y fue a cumplir el encargo.

Raskólnikov seguía mirando asustado y en tensión. Mientras tanto Razumijin fue a sentarse a su lado, en el diván; torpe como un oso, le sostuvo la cabeza con la mano izquierda, a pesar de que su amigo habría podido incorporarse solo, mientras con la derecha le llevaba a la boca una cucharada de sopa, después de haber soplado varias veces, para que no se quemara. Pero la sopa estaba apenas tibia. Raskólnikov se tomó una cucharada con avidez, luego una segunda, una tercera. Pero, después de varias cucharadas más, Razumijin se detuvo de pronto y dijo que, para seguir dándole, antes tenía que consultarlo con Zósimov.

Entró Nastasia con unas botellas de cerveza.

—Y té, ¿vas a querer?

—Sí.

—Trae corriendo ese té, Nastasia, pues, por lo que respecta al té, no creo que sea necesario haber pasado por la facultad. Pero

¡aquí tenemos la cerveza! —Razumijin se sentó otra vez en la silla, igual que antes, se acercó la sopa y la carne y empezó a comer con tal apetito que se diría que llevaba tres días sin llevarse nada a la boca.

—Últimamente, hermano Rodia, como aquí a diario —masculló, en la medida en que podía hablar con la boca llena de carne—, y todo gracias a que Páshenka, tu amable patrona, se ocupa de esas cosas; a mí me agasaja de mil amores. Yo no le pido nada, claro está, pero tampoco me opongo. Aquí está Nastasia con el té. ¡Qué muchacha más lista! ¿Una cervecita, Nástenka?

—Pero ¡qué bribón!

—Y ¿un té?

—Un té, puede.

—Sírvete… Espera, yo te sirvo; siéntate a la mesa.

Rápidamente, se ocupó de todo; sirvió una taza, luego otra, dejó su comida y volvió a sentarse en el diván. Le sostuvo, igual que antes, la cabeza al enfermo con la mano izquierda, lo incorporó y empezó a darle el té a cucharadas, sin olvidarse de soplar una y otra vez, con especial esmero, la cucharita, como si en ese proceso se encontrara el remedio principal y decisivo para el restablecimiento de su amigo. Raskólnikov callaba y no oponía resistencia, a pesar de que se sentía con fuerzas para levantarse y sentarse en el diván sin necesidad de ayuda; se veía capaz, no ya de sujetar la taza o la cuchara con pulso firme, sino incluso, tal vez, de caminar. Pero, llevado por una especie de extraña malicia, casi animal, había pensado en ocultar de momento su energía, disimular, fingir si hacía falta que aún no estaba en plena posesión de sus facultades, y procurar mientras tanto aguzar el oído y averiguar lo que estaba pasando. No fue capaz, sin embargo, de superar la sensación de malestar: después de sorber una decena de cucharadas de té, súbitamente liberó la cabeza, rechazó caprichosamente la cuchara y de nuevo se desplomó en la almohada. Ahora debajo de la cabeza tenía almohadas de verdad, de pluma y con fundas limpias; Raskólnikov ya se había fijado en ese detalle y había tomado nota.

—Convendría que Páshenka nos mandara hoy mismo mermelada de frambuesa para prepararle una infusión —dijo Razumijin, volviendo a ocupar su sitio en la mesa y atacando otra vez la sopa y la cerveza.

—Y ¿de dónde quieres que saque frambuesas? —preguntó Nastasia, sujetando el platillo sobre los cinco dedos extendidos y sorbiendo el té a través de un terrón de azúcar.

—Las frambuesas, amiga mía, las puede conseguir en la tienda. Verás, Rodia, aquí en tu ausencia han pasado muchas cosas. Cuando tú, de aquel modo tan artero te largaste de mi casa, sin darme tu dirección, me sentó tan mal que me empeñé en dar contigo y desquitarme. Ese mismo día inicié mis pesquisas. ¡La de vueltas que habré dado, lo que habré preguntado! Me había olvidado de tu dirección actual; mejor dicho, nunca la llegué a saber, así que no se me pudo olvidar. Y de tu antiguo domicilio solo recordaba que estaba en las Cinco Esquinas, en casa de Jarlámov. Busqué por todas partes esa casa de Jarlámov, y luego resultó que no era en casa de Jarlámov, sino en casa de Buch. ¡Cómo se lía uno a veces con los nombres! Me puse hecho una furia. Tanto me enfadé que fui al día siguiente a probar suerte a la oficina de empadronamiento, y figúrate: te localizaron en dos minutos. Estás ahí inscrito.

—¿Inscrito?

—Y tanto; en cambio, estando yo allí, no fueron capaces de localizar a un general, un tal Kóbelev. Bueno, es una larga historia. En cuanto llegué aquí, enseguida me pusieron al corriente de todas tus andanzas; de todas, hermano, de todas; Nastasia es testigo. He conocido a Nikodim Fomich, también me han presentado a Iliá Petróvich, y he estado con el portero, y con el señor Zamétov, Aleksandr Grígorievich, que es el secretario de la comisaría; y finalmente he conocido a Páshenka, eso ya ha sido el colmo; pregúntale a Nastasia.

—La ha engatusado —mascullló Nastasia, sonriendo con picardía.

—Debería añadir azúcar al té, Nastasia Nikíforovna.

—¡Serás desgraciado! —exclamó de repente Nastasia y se desternilló de la risa—. Me llamo Petrova, no Nikíforova[66] —añadió de pronto, una vez que paró de reírse.

—Lo tendremos en cuenta. Pues nada, hermano, para no extenderme más de la cuenta, al principio me había propuesto arrancar de raíz, con una gran sacudida eléctrica, todos los prejuicios que había aquí; pero Páshenka se salió con la suya. Lo último que me esperaba de ella era que fuese tan… complaciente… ¿eh? ¿Qué piensas tú?

Raskólnikov no dijo nada, si bien en ningún momento había apartado su mirada, llena de alarma, de Razumijin, y seguía mirándolo insistentemente.

—Y hasta demasiado… —prosiguió Razumijin, en absoluto turbado por el silencio de su amigo y como asintiendo a una respuesta suya—; y hasta demasiado bien, en todos los sentidos.

—¡Vaya un canalla! —volvió a exclamar Nastasia, que parecía en la gloria con esta charla.

—Lo malo, hermano, es que desde el principio no supiste aplicarte a la tarea. Esa no es manera de proceder con ella. Porque tiene un carácter, por así decir, totalmente impredecible. Bueno, más tarde hablamos de su carácter… ¿Cómo has podido, por ejemplo, dejar que las cosas llegaran a tal extremo que se haya decidido a retirarte la comida? Y ¿qué me dices de ese pagaré? Tú no estás bien de la cabeza: ¡firmar un pagaré! Y ya no hablemos de esa promesa de matrimonio, cuando la hija, Natalia Yégorovna, todavía vivía… ¡Lo sé todo! Aunque ya veo que ese es un tema delicado, y que yo soy un burro; perdona. Pero, ya que hablamos de falta de seso: ¿no crees, hermano, que Praskovia Pávlovna no es tan simple como pudiera parecer a primera vista?

—Sí… —admitió a regañadientes Raskólnikov, mirando a otro lado, pues comprendía que era preferible mantener la conversación.

—¿Verdad que sí? —exclamó Razumijin, visiblemente satisfecho de haberle sacado una respuesta a Raskólnikov—. Aunque tampoco es muy lista, ¿eh? ¡Tiene un carácter impredecible, totalmente

impredecible! A mí me tiene desconcertado, te lo aseguro, hermano… Tiene que pasar de los cuarenta. Pues dice que tiene treinta y seis, y tiene todo el derecho del mundo a decir eso. Y te juro que la juzgo ante todo desde el punto de vista intelectual, puramente metafísico; ha surgido entre nosotros una especie de simbolismo, que ríete tú del álgebra. ¡No entiendo una palabra! Pero esto no viene al caso. Resulta que ella, viendo que ya no eras estudiante, que te habías quedado sin tus clases particulares, que por no tener no tenías ni un traje decente, y habida cuenta de que después de la muerte de la hija ya no tenía por qué tratarte como a un miembro de su familia, se asustó de repente; y en vista de que tú, por tu parte, te habías encerrado en tu madriguera y ya no te ocupabas de nada de lo de antes, se le ocurrió echarte de su casa. Hacía tiempo que tenía esa idea, pero ha lamentado lo del pagaré. Además, tú mismo le habías asegurado que pagaría tu madre…

—Eso fue una bajeza por mi parte… Mi madre está al borde de tener que mendigar… y yo mentí para seguir teniendo un techo… y comida —dijo Raskólnikov, con voz clara y fuerte.

—Sí, eso fue bastante razonable. Pero el problema está en que entonces apareció el señor Chebárov, consejero áulico y hombre de negocios. Páshenka jamás habría planeado nada por su cuenta, es demasiado apocada; pero un hombre de negocios es cualquier cosa menos apocado, y lo primero que hizo, evidentemente, fue plantear una pregunta: ¿hay alguna esperanza de hacer efectivo el pagaré? Repuesta: sí, porque hay una madre con una pensión de ciento veinticinco rublos, dispuesta a sacarle las castañas del fuego a su Ródenka, aunque tenga que quedarse sin comer, y hay una hermana que se vendería como esclava por él. En esto se ha basado ese señor… ¿Por qué te alteras? Ahora estoy al corriente de todos tus secretos, no en vano te sinceraste con Páshenka cuando erais como de la familia, y te estoy hablando como amigo… Así son las cosas: el hombre honrado y sensible se sincera, mientras que el hombre de negocios escucha y luego se te come. Total, que ella le endosó el documento como medio de pago al tal Chebárov, y este, sin

pensárselo dos veces, hizo un requerimiento formal para cobrar. Cuando me enteré de todo esto, me entraron ganas de darle una lección, para tener la conciencia tranquila, pero por entonces empezó a reinar la armonía entre Páshenka y yo, e insistí en que había que poner fin a este asunto, yendo a la raíz, dando por sentado que vas a pagar. Me he comprometido a responder por ti, hermano, ¿me estás oyendo? Llamamos a Chebárov, le tapamos la boca con un billete de diez rublos, y devolvió el papel; y ahora tengo el honor de ofrecértelo. Ahora se fían de tu palabra; tómalo, aquí lo tienes, y, como ves, lo he rasgado convenientemente.

Razumijin dejó el pagaré encima de la mesa; Raskólnikov le echó un vistazo y, sin decir una palabra, se volvió hacia la pared. Razumijin se sintió molesto.

—Ya veo, hermano —dijo, pasado un momento—, que una vez más he hecho el idiota. Creía que iba a distraerte y entretenerte con mi charla, pero parece que ha vuelto a subírsete la bilis.

—¿Eras tú esa persona a la que no conseguía reconocer en mis delirios? —preguntó Raskólnikov, después de una larga pausa y sin volver la cabeza.

—Sí, y eso te ponía furioso, sobre todo una vez que traje a Zamétov.

—¿A Zamétov?… ¿El secretario?… ¿Para qué? —Raskólnikov se volvió rápidamente y fijó la vista en Razumijin.

—¿Qué te pasa ahora?… ¿Por qué estás tan inquieto? Tenía muchas ganas de conocerte; las tenía porque habíamos hablado tanto de ti… De otro modo, ¿cómo iba a saber yo tantas cosas de ti? Es un tipo estupendo, hermano, de lo mejor… en su estilo, se entiende. Ahora somos amigos; nos vemos casi a diario. Porque me he venido a vivir a esta zona. ¿No lo sabías? Acabo de mudarme. He estado con él un par de veces en casa de Laviza. ¿Te acuerdas de Laviza, de Laviza Ivánovna?

—¿He dicho algo en mis delirios?

—¡Y tanto! No eras dueño de tus actos.

—Y ¿qué decía?

—¡Casi nada! ¿Que qué decías en tus delirios? Pues ya se sabe, lo que la gente dice cuando delira… Bueno, hermano, ahora no puedo perder más tiempo, tengo quehaceres.

Se levantó y cogió la gorra.

—¿Qué decía?

—¡Qué forma de insistir! No me digas que tienes miedo de haber revelado algún secreto. No te preocupes: no has dicho nada de una condesa. Has hablado de un bulldog, y de unos pendientes, y de unas cadenas, y de la isla Krestovski, y de no sé qué portero, y de Nikodim Fomich, y de Iliá Petróvich, el ayudante del inspector; todo eso ha salido a relucir. Aparte de eso, estaba usted muy, pero que muy preocupado, por uno de sus propios calcetines. Gimoteaba usted: «Dadme mi calcetín», nada más. El propio Zamétov estuvo buscando tus calcetines por todos los rincones, y te dio esa cochambre con sus propias manos, lavadas y perfumadas, y llenas de sortijas. Solo entonces se calmó usted, y estuvo un día entero con esa porquería en las manos; no había manera de hacer que la soltara. Seguro que todavía anda por ahí entre las sábanas. También preguntabas por unos bajos de unos pantalones, y ¡en qué tono tan lastimero! No hacíamos más que preguntarnos: ¿a qué bajos se refiere? Pero no sacamos nada en claro… Bueno, ¡al grano! Aquí hay treinta y cinco rublos; te cojo diez, y en un par de horas te daré cuenta de ellos. Entretanto informaré a Zósimov, aunque de todos modos ya tendría que estar aquí hace rato, porque son cerca de las doce. Y usted, Nastasia, procure estar pendiente en mi asusencia, por si quiere beber o se le antoja cualquier otra cosa… Y a Páshenka le digo yo ahora lo que se necesita. ¡Hasta luego!

—Y ¡la llama Páshenka! ¡El muy tunante! —dijo Nastasia al verlo salir; después abrió la puerta y se quedó escuchando, pero no fue capaz de contenerse, y corrió escaleras abajo. Se moría de ganas de saber de qué estaba hablando con la patrona; en general, era evidente que Razumijin le había sorbido el seso.

En cuanto Nastasia salió, dejando la puerta cerrada, el enfermo se quitó de encima las sábanas y saltó del diván como un enajenado.

Con una impaciencia acuciante, como convulsiva, había estado esperando a que salieran todos, cuanto antes mejor, para poner rápidamente manos a la obra cuando no hubiera nadie delante. Pero ¿para hacer qué? ¿Qué era lo que se proponía? En esos momentos, precisamente, no conseguía acordarse. «¡Señor! Dime una sola cosa: ¿lo saben todo o todavía no lo saben? ¿Qué pasa si lo saben y únicamente están disimulando, riéndose de mí mientras estoy enfermo, y de repente vienen y me dicen que todo se sabía hacía ya tiempo, y que ellos, simplemente…? Y ¿qué iba a hacer yo ahora? Nada, se me ha olvidado, ni que lo hubiera hecho a propósito; se me ha olvidado de pronto, y ¡hace nada lo tenía en la cabeza!».

Estaba en medio del cuarto, mirando a su alrededor con angustiosa perplejidad; se acercó a la puerta, la abrió, se quedó escuchando; pero no era eso. De repente, como acordándose de algo, corrió al rincón donde había un hueco en el papel pintado, empezó a registrarlo todo, metiendo la mano en el hueco, pero, por más que hurgó, tampoco era eso. Fue derecho a la estufa, la abrió y empezó a rebuscar entre las cenizas: ahí estaban tirados los bajos deshilachados del pantalón y los retazos del bolsillo roto, tal y como los había dejado. Así pues, ¡nadie había mirado allí! Se acordó entonces del calcetín del que le había hablado Razumijin. Efectivamente, allí estaba entre las sábanas, pero estaba tan viejo y se había ensuciado tanto en ese tiempo que, naturalmente, Zamétov no había podido detectar nada extraño en él.

«¡Bah, Zamétov!… ¿De la comisaría?… ¿Por qué me habrán llamado de la comisaría? ¿Dónde está la citación? ¡Ah, no!… Me estoy confundiendo: ¡fue entonces cuando me llamaron! También aquella vez estaba examinando el calcetín, y ahora… Ahora he estado enfermo. Y ¿a qué ha venido aquí Zamétov? ¿Por qué lo habrá traído Razumijin?… —murmuró extenuado, sentándose de nuevo en el diván—. ¿Qué significa esto? ¿Será que sigo delirando o se trata de algo real? Parece que es real… Ah, ya me acuerdo: ¡tengo que huir! Huir cuanto antes, huir, huir a toda costa… Sí… pero ¿adónde? Y ¿dónde está mi ropa? ¡No están mis botas! ¡Se las han

llevado! ¡Me las han escondido! ¡Ahora caigo! Ah, ahí está el abrigo… ¡No han reparado en él! Y el dinero está en la mesa, ¡bendito sea Dios! También está ahí el pagaré… Cogeré el dinero y me iré, y alquilaré otra habitación, ¡no podrán encontrarme!… Sí, pero ¿qué pasa con la oficina de empadronamiento? ¡Me encontrarán! Razumijin dará conmigo. Será mejor huir… lejos… a América, y ¡dejarlos con dos palmos de narices! Y llevarme el pagaré… allí me podría servir. ¿Qué más me puedo llevar? ¡Se creen que estoy enfermo! Ni siquiera saben que ya puedo andar, ¡je, je, je!… ¡He podido leer en sus ojos que están enterados de todo! ¡Lo difícil será bajar las escaleras! Es posible que me estén vigilando, que haya policías. ¿Qué es esto? ¿Té? Ah, también ha quedado cerveza, media botella, y ¡está fría!».

Cogió la botella, en la que había cerveza suficiente para llenar un vaso, y se la bebió de un trago, con deleite, como si quisiera apagar una llama en el pecho. No había pasado ni un minuto cuando la cerveza se le subió a la cabeza, y un ligero temblor, que resultaba hasta agradable, le recorrió la espalda. Se tumbó y se cubrió con la colcha. Sus pensamientos, ya de por sí enfermizos e inconexos, se fueron embrollando más y más, y pronto el sueño, grato y ligero, se apoderó de él. Con una sensación placentera, acomodó la cabeza en la almohada, se arropó con la mullida colcha guateada con la que se arropaba últimamente, en lugar de su capote harapiento, suspiró suavemente y cayó en un sueño profundo, seguro y reparador.

Se despertó al oír que alguien entraba en su cuarto; abrió los ojos y vio a Razumijin, que después de abrir la puerta de par en par se había quedado en el umbral, indeciso. Rápidamente Raskólnikov se incorporó en el diván y lo miró, como intentando hacer memoria.

—Ah, ya veo que no duermes, pues nada, ¡aquí me tienes! Nastasia, ¡sube el bulto! —gritó Razumijin por las escaleras—. Ahora mismo te presento las cuentas.

—¿Qué hora es? —preguntó Raskólnikov, mirando inquieto a su alrededor.

—Te has echado un buen sueño, hermano: ya es media tarde, deben de ser las seis. Has dormido más de seis horas…

—¡Santo Dios! ¡Será posible!…

—Y ¿qué tiene de malo? ¡Te viene bien! ¿A qué viene tanta prisa? ¿Tienes una cita, o qué? Tenemos todo el tiempo por delante. Hace más de tres horas que estoy esperando; dos veces he entrado, y dormías. También me he acercado dos veces a ver a Zósimov: no estaba en casa, ¡figúrate! Pero no te preocupes, ya vendrá… Y he tenido que ocuparme de algunos asuntillos. Hoy me he mudado, definitivamente, con un tío mío. Ahora estoy viviendo con mi tío… Bueno, qué diablos, ¡a lo nuestro!… Trae aquí el bulto, Nástenka. Venga, ahora mismo… Pero ¿cómo te encuentras, hermano?

—¡Estoy bien! Ya no estoy enfermo… Razumijin, ¿llevas aquí mucho tiempo?

—Ya te lo he dicho, hace tres horas que espero.

—Ya, pero ¿antes de eso?

—¿Cómo que antes?

—¿Cuánto tiempo llevas viniendo aquí?

—Pero si te lo he contado hace un rato; ¿o es que ya no te acuerdas?

Raskólnikov se quedó pensativo. Lo que había ocurrido por la mañana le parecía un sueño. Era incapaz de hacer memoria él solo, y miró a Razumijin con aire inquisitivo.

—¡Hum! —dijo este—. ¡Ya te has olvidado! Esta mañana ya me dio la impresión de que aún no estabas del todo en tus cabales… Se ve que el sueño te ha sentado bien… De verdad, tienes mucho mejor aspecto. ¡Bravo! Bueno, venga, ¡manos a la obra! Ya verás cómo enseguida te acuerdas de todo. Échale un vistazo a esto, mi buen amigo. —Empezó a desatar el hatillo, en el que parecía enormemente interesado—. Esto, hermano, créeme, me llegaba al alma. Porque es imprescindible hacer de ti un hombre. Vamos a empezar por arriba. ¿Ves esta gorra? —empezó, sacando del hatillo una gorra bastante bonita, aunque era una barata, de lo más normal—. ¿Por qué no te la pruebas?

—Después, más tarde —dijo Raskólnikov, rechazándola con un gesto de disgusto.

—Venga, Rodia, hermano, no te resistas, después será tarde; y luego no voy a poder dormir en toda la noche, porque, como no tenía las medidas, he tenido que comprarla a ojo… ¡Perfecto! —exclamó en tono triunfal, después de que su amigo se la probara—. ¡Ni hecha a medida! Cubrirse adecuadamente la cabeza, hermano, es lo primero en toda vestimenta, una recomendación a su manera. Tolstiakov, un amigo mío, se siente obligado a descubrirse cada vez que entra en un lugar público donde todo el mundo se deja el sombrero o el gorro puesto. La gente se cree que actúa así movido por resabios serviles, pero lo hace sencillamente porque se avergüenza del nido de pájaros que lleva en la cabeza: ¡es tan tímido! Mira, Nástenka, aquí tienes dos ejemplares de sombrero: este Palmerston[67] —cogió en un rincón el maltrecho sombrero redondo de Raskólnikov, al que había llamado Palmerston, a saber por qué— o esta joya. A ver, Rodia, ¿cuánto dirías que he pagado por él?… ¿Nastásiushka? —se dirigió a ella, viendo que Raskólnikov no decía nada.

—Dos *grivny* habrás pagado, no más —respondió Nastasia.

—Dos *grivny*, ¡insensata! —exclamó, ofendido—. Hoy en día por dos *grivny* ni a ti se te podría comprar… ¡Ocho *grivny*! Y eso porque es usado. Pero, eso sí, lo he comprado con una condición: el año que viene, si está viejo, te darán otro gratis, ¡palabra! Muy bien, pasemos ahora a los Estados Unidos de América, como los llamábamos en el gimnasio. Os aviso: ¡estoy orgulloso de estos pantalones[68]! —Y extendió delante de Raskólnikov unos pantalones grises de verano, de lana ligera—. Ni un agujero, ni una mancha, y muy decentes, aunque estén usados; con el chaleco a juego, como manda la moda. Y el hecho de que estén usados, si bien se mira, es preferible: así son más suaves, más confortables… Mira, Rodia, para hacer carrera en este mundo, en mi opinión, basta con atenerse a las estaciones; si uno no se empeña en pedir espárragos en enero, se ahorra unos cuantos rublos; lo mismo pasa con esta compra.

Estamos en verano, y te he comprado prendas veraniegas, porque en otoño, de todas maneras, te harán falta otras más abrigadas, así que tendrás que prescindir de estas… que, además, a esas alturas estarán para el arrastre, si no por una mayor exigencia tuya de lujo, sí al menos por sus propias deficiencias. ¡A ver, ponles precio! ¿Cuánto crees que he pagado? ¡Dos rublos con veinticinco kopeks! Y, tenlo presente, con la misma condición de antes: ¡si gastas estas prendas, el año que viene te llevas otras de balde! Así es como venden en la tienda de Fediáiev: una vez que pagas, quedas satisfecho para toda la vida, pues nunca vuelves por tu propia voluntad. Bueno, vamos ahora con las botas; ¿qué dices? Aunque es evidente que están usadas, te pueden servir un par de meses, porque están fabricadas en el extranjero y con materiales extranjeros: el secretario de la embajada inglesa se deshizo de ellas la semana pasada en un mercadillo; solo se las había puesto seis días, pero andaba escaso de dinero. El precio: un rublo con cincuenta kopeks. ¿A que he acertado?

—Pero puede que no le vayan bien —advirtió Nastasia.

—¡Que no le vayan bien! Y esto ¿qué es? —Y se sacó del bolsillo una bota de Raskólnikov, vieja, deforme, toda recubierta de barro reseco—. He ido bien provisto, han tomado las medidas a partir de este adefesio. Todo se ha hecho a conciencia. Y, por lo que respecta a la ropa interior, me he puesto de acuerdo con tu patrona. Para empezar, aquí tienes tres camisas, de cáñamo, pero con la pechera a la moda… Bueno, en resumidas cuentas: ocho *grivny* de la gorra, dos rublos veinticinco del resto de la ropa; eso hace tres rublos con cinco kopeks. Por otra parte, un rublo cincuenta de las botas, que son estupendas, y eso ya son cuatro rublos con cincuenta y cinco kopeks. A esto hay que sumarle cinco rublos por toda la ropa interior, que hemos tasado en bloque, y nos da un total de nueve rublos con cincuenta y cinco kopeks. Cuarenta y cinco kopeks de vuelta, en *piatakí*[69] de cobre, aquí tienes, haz el favor de cogerlos… Y así, Rodia, ya estás perfectamente equipado, porque, en mi opinión, tu abrigo no solo está en buen uso todavía, sino que tiene un sello de

distinción muy particular: ¡es lo que tiene hacerse la ropa en Charmère[70]! En cuanto a los calcetines y demás, tú mismo te los puedes encargar; nos quedan veinticinco rubletes y, en cuanto a Páshenka y el pago del alquiler, no tienes por qué preocuparte; ya te lo he dicho: crédito ilimitado. Y ahora, hermano, permite que te cambiemos de muda, porque, si no, es muy posible que la enfermedad esté asentada en esa camisa…

—¡Déjame! ¡No quiero! —Raskólnikov lo apartó con un aspaviento; había escuchado de muy mala gana el relato de Razumijin, artificiosamente desenfadado, sobre la compra de la ropa…

—Imposible, hermano; ¡no irás a decirme que he estado dando vueltas para nada! —insistió Razumijin—. Nastásiushka, no se cohíba y écheme una mano, ¡eso es! —Y, a pesar de la resistencia de Raskólnikov, pudieron cambiarle de ropa, mal que bien. El enfermo se dejó caer sobre la almohada y estuvo un par de minutos sin abrir la boca.

«No consigo quitármelos de encima», pensaba.

—¿Con qué dinero has comprado todo eso? —preguntó finalmente, mirando a la pared.

—¿Con qué dinero? ¡Qué cosas preguntas! Pues con el tuyo. Esta mañana estuvo aquí un *artélshchik*, de parte de Vajrushin; el dinero te lo manda tu madre, ¿también te has olvidado de eso?

—Ahora me acuerdo… —dijo Raskólnikov, después de una larga y sombría reflexión. Razumijin lo miraba intranquilo, con el ceño fruncido.

La puerta se abrió, y entró un hombre alto y recio, cuyo aspecto, al parecer, le sonaba vagamente a Raskólnikov.

—¡Zósimov! ¡Por fin! —exclamó Razumijin, contento.

IV

Zósimov era un hombre alto y grueso, de cara abotargada, descolorida y pálida, bien rasurado, con el cabello rubio y liso. Llevaba gafas, y en su dedo regordete lucía un enorme anillo de oro. Tendría unos veintisiete años. Iba vestido con un abrigo elegante, amplio y ligero, y unos pantalones claros de verano; en general, toda su ropa era amplia, elegante y recién estrenada; su camisa era de una blancura impecable; la cadena del reloj, maciza. Tenía unos modales sosegados, como indolentes y, al mismo tiempo, de una estudiada desenvoltura; aunque se esforzaba por disimular su vanidad, esta se hacía evidente a cada instante. Todos los que lo conocían coincidían en que era un hombre tedioso, pero decían que sabía hacer bien su trabajo.

—He estado dos veces en tu casa, hermano… Ya lo estás viendo, ¡ha vuelto en sí!

—Ya lo veo, ya; bueno, ¿qué tal nos encontramos ahora? ¿Eh? —preguntó Zósimov, dirigiéndose a Raskólnikov, observándolo con calma y sentándose a los pies del diván, donde se repanchingó a las primeras de cambio.

—Sigue muy deprimido —fue Razumijin el que contestó—; hace un momento le hemos cambiado la muda, y poco ha faltado para que se echara a llorar.

—Es muy comprensible; la ropa limpia podía esperar, si no le apetecía… El pulso está perfecto. Aún le duele un poco la cabeza, ¿no?

—¡Estoy sano, totalmente sano! —replicó Raskólnikov, con rotundidad e irritación, incorporándose de pronto en el diván con los ojos brillantes; muy pronto, sin embargo, recostó de nuevo la cabeza sobre la almohada y se volvió hacia la pared. Zósimov lo observaba con la mayor atención.

—Muy bien… todo como era de esperar —dijo con apatía—. ¿Ha comido algo?

Se lo hicieron saber, y le preguntaron qué podían darle de comer.

—Puede tomar de todo… Sopa, té… Nada de setas ni de pepinos, se entiende; bueno, tampoco conviene que coma carne, y… en fin, ¡no hace falta que se lo diga yo! —Cambió una mirada con Razumijin—. Hay que retirarle ya los preparados y todo eso; mañana vuelvo a examinarlo… Hoy mismo, si me fuera posible… bueno, sí…

—¡Mañana por la tarde pienso sacarlo a dar un paseo! —resolvió Razumijin—. Al jardín de los Yusúpov, y después al Palacio de Cristal[71].

—Mañana yo no lo sacaría, aunque, por otra parte… un paseo corto… bueno, ya iremos viendo.

—La lástima es que hoy mismo celebro el traslado a mi nueva vivienda, a dos pasos de aquí; me gustaría que viniera. Podría estar tumbado en el sofá. Tú vendrás, ¿no? —le preguntó de improviso Razumijin a Zósimov—. Que no se te olvide; me lo has prometido.

—Espero que sí, pero algo más tarde. ¿Qué has organizado?

—Poca cosa: té, vodka, arenques… Un poco de empanada… Una reunión de amigos.

—¿Quiénes?

—Gente de por aquí, en su mayoría nuevos amigos, la verdad… con la excepción de mi viejo tío, aunque también es nuevo: llegó ayer mismo a San Petersburgo, para ocuparse de unos asuntos; nos vemos una vez cada cinco años.

—¿A qué se dedica?

—Ha llevado una vida anodina como maestro de postas en provincias. Le ha quedado una modesta pensión, tiene sesenta y cinco años, no hay mucho que decir… Pero le tengo mucho cariño. Otro que viene es Porfiri Petróvich: juez de instrucción de este distrito… jurista. Ya sabes quién es…

—¿También es pariente tuyo?

—Pero muy lejano; ¿por qué pones esa cara? No me digas que no vas a venir porque una vez discutiste con él.

—Me trae sin cuidado lo que pueda hacer…

—Mejor así. En fin, van a venir estudiantes, un maestro, un funcionario, un músico, un oficial, Zamétov…

—Me gustaría que me explicaras qué podéis tener en común gente como tú o como él —Zósimov hizo un gesto con la cabeza, señalando a Raskólnikov— con ese Zamétov…

—¡Ay, qué gente más remilgada! ¡Principios!… Descansáis sobre vuestros principios como si fueran muelles; no os atrevéis a hacer el menor movimiento por vuestra cuenta. En mi opinión, es un buen hombre: ese es mi único principio, y no quiero saber nada más. Zamétov es un tipo estupendo.

—De los que aceptan sobornos.

—¡A mí qué me importa que acepte sobornos! ¡No es asunto mío! —gritó Razumijin con una indignación un tanto afectada—. ¿Acaso me has oído elogiarlo por aceptar sobornos? ¡Yo solo he dicho que, a su manera, es un buen tipo! Si nos ponemos a mirar y a remirar por todas partes a la gente, ¿cuántas buenas personas nos quedan? De ser así, no creo que dieran por mí, con todos mis entresijos, ni una cebolla asada; a lo mejor, contigo de propina…

—Eso es muy poco; yo daba dos cebollas por ti…

—Pues ¡yo solo una por ti! ¡Basta de bromas! Zamétov no es más que un chiquillo, y siempre puedo darle un tirón de orejas. Se trata de ganarse a esa gente, no de rechazarla. Si rechazas a alguien, no hay forma de corregir a esa persona, y menos aún si es un muchacho. Hay que tener especial cuidado con los jóvenes. ¡Vosotros, los progresistas, sois unos botarates! No habéis entendido una palabra. No respetáis a los demás, y os hacéis daño a vosotros mismos… Y, por si quieres saberlo, creo que tanto él como yo estamos interesados en el mismo asunto.

—Me gustaría saber qué asunto es ese.

—Tiene que ver con un pintor, un pintor de brocha gorda… ¡Vamos a sacarlo de un buen lío! Aunque ahora ya no hay nada que temer. ¡El caso es más que evidente! Nosotros lo único que hacemos es echar más leña al fuego.

—Y ¿qué pintor es ese?

—No me digas que no te lo he contado. ¿De verdad? Ah, sí, solo te había contado el principio… Sí, lo del asesinato de esa vieja usurera, viuda de funcionario… Resulta que el pintor también está implicado…

—Ya había oído hablar de ese asesinato, y estoy interesado… en parte… por una cuestión… Algo he leído también en los periódicos. Cuenta…

—¡A Lizaveta también la mataron! —soltó Nastasia de repente, dirigiéndose a Raskólnikov. No se había movido del cuarto en todo ese tiempo, estaba apoyada en la pared, junto a la puerta, prestando atención.

—¿Lizaveta? —murmuró Raskólnikov, con una voz casi inaudible.

—Sí, Lizaveta, la vendedora, ¿no sabes quién es? Venía mucho por aquí. Si hasta te cosió una camisa.

Raskólnikov se volvió hacia la pared, donde escogió, en el papel pintado, sucio y amarillento, una birriosa florecilla blanca con unas rayitas marrones y se dedicó a observarla: ¿cuántos pétalos tenía, cuántas incisiones había en cada pétalo, cuántas rayitas? Notaba los brazos y las piernas entumecidos, como si se los hubieran amputado, pero no hizo el menor intento de moverse y se limitó a mirar obstinadamente la flor.

—Bueno, y ¿qué pasa con ese pintor? —Zósimov, con evidente disgusto, interrumpió la cháchara de Nastasia. Esta suspiró y se calló.

—¡Que lo han acusado del asesinato! —prosiguió Razumijin, acalorado.

—¿Hay alguna prueba?

—¡Qué va a haber pruebas! ¡Hay una prueba que no es una prueba, y eso es precisamente lo que tenemos que demostrar! Es lo mismo que pasó al principio, cuando cogieron a esos dos y los quisieron acusar… cómo se llamaban… Koch y Pestriakov. ¡Uf! Hay que ver qué manera tan torpe de actuar, estas cosas me sublevan, aunque no me afecten personalmente. Por cierto, puede que

Pestriakov se pase luego por casa… A propósito, Rodia, toda esta historia tú ya la conocías; ocurrió antes de tu enfermedad, la misma víspera del día en que te desmayaste en la comisaría cuando estaban hablando de este asunto…

Zósimov miró intrigado a Raskólnikov; este no se movió.

—¿Sabes una cosa, Razumijin? Te miro y me digo: cómo te gusta meterte donde no te llaman —comentó Zósimov.

—Muy bien, pero ¡vamos a sacarlo de este apuro! —exclamó Razumijin, con un puñetazo en la mesa—. ¿Sabes qué es lo que me indigna de todo esto? Lo que me indigna no es que mientan; siempre se puede perdonar una mentira; la mentira es una cosa preciosa, porque conduce a la verdad. No, lo que me indigna es que, además de mentir, reverencien sus propias mentiras. Yo a Porfiri lo respeto, pero… Fíjate, por ejemplo; al principio, ¿qué fue lo que los desconcertó? Pues que la puerta estaba cerrada, pero luego llegan con el portero… y se la encuentran abierta; en conclusión, Koch y Pestriakov las habían matado. Esa es su lógica.

—No te acalores; simplemente los detuvieron; no tenían más remedio… Por cierto, conozco a ese tal Koch; por lo visto, le compraba a la vieja objetos que no habían sido redimidos, ¿es verdad?

—Sí, ¡menudo granuja! También se dedica a comprar pagarés. Todo un caballero de industria. ¡Bah, al diablo con él! ¿Sabes lo que me pone enfermo? Lo que me pone enfermo es esa rutina senil, miserable, recalcitrante… Y aquí, en este caso concreto, puede abrirse un camino completamente nuevo. Recurriendo únicamente a los datos psicológicos, podemos ayudar a dar con la verdadera pista. «¡Estos son los hechos!», dicen. Pero los hechos no lo son todo; ¡al menos la mitad del secreto está en saber interpretarlos!

—Y ¿tú sabes interpretar los hechos?

—Lo que uno no puede hacer es quedarse callado cuando tiene la sensación, una sensación tangible, de que podría contribuir a la resolución del caso, siempre y cuando… ¡Eh! ¿Conoces los detalles del caso?

—Aún estoy esperando a que me cuentes lo del pintor.

—¡Ah, sí! Pues escucha la historia: tres días después del crimen, a primera hora de la mañana, cuando seguían ocupados con Koch y Pestriakov, a pesar de que estos les habían dado explicaciones de todos y cada uno de los pasos que habían dado, y de que la cosa no podía estar más clara, se produce de pronto un hecho inesperado. Un campesino llamado Dushkin, que regenta una taberna justo enfrente de la casa en cuestión, se presenta en comisaría con un estuche de joyero que contiene unos pendientes de oro, y cuenta la siguienta historia: «Hace ahora dos días, poco después de las ocho de la tarde —¡coinciden el día y la hora!, ¿te das cuenta?—, viene a mí uno que trabaja de pintor, un tal Mikolái[72], y me trae esta cajita con unos pendientes de oro y unas piedrecitas, y me pide dos rublos prestados, dejando en prenda los pendientes. Y, cuando le pregunté de dónde los había sacado, me dijo que se había encontrado la cajita tirada en la acera. No le hice más preguntas —siguió diciendo Dushkin—, y le di un billetito, o sea, un rublo, porque pensé que, si no se lo prestaba yo, siempre habría otro que se lo iba a prestar. Total, ese dinero en cualquier caso se lo iba a beber, y más valía que las joyas estuvieran en mi poder; ya se sabe: cuanto más lejos escondes una cosa, antes la encuentras. Y, si surgía algo o me llegaba algún rumor, pensaba entregársela a la policía». Todo eso, no hace falta decirlo, son cuentos de viejas, miente como un caballo, porque a ese Dushkin ya me lo conozco yo, él también es prestamista y perista, y no iba a birlarle a Mikolái una cosa que vale treinta rublos para ir a «entregársela» sin más a la policía. Sencillamente se había asustado. Bueno, qué demonios, tú escucha; sigue Dushkin con su historia: «A ese campesino, a Mikolái Deméntiev, lo conozco desde que era niño, los dos somos del mismo distrito, de Zaraisk, en la provincia de Riazán. Mikolái, sin ser un borracho, bebe lo suyo, y yo me había enterado de que estaba trabajando, pintando paredes, en esa casa, junto con Mitréi[73], un paisano suyo. En cuanto tuvo el billete en sus manos, lo primero que hizo fue cambiarlo: se bebió dos vasos de una tacada, cogió las vueltas y se largó; no vi que Mitréi

estuviera entonces con él. Al día siguiente oí decir que a Aliona Ivánovna y a su hermana Lizaveta Ivánovna las había matado con un hacha; yo las conocía, y empecé a sospechar de los pendientes, porque todo el mundo sabía que la difunta prestaba dinero bajo empeño. Me acerqué a su casa, y me puse a indagar, con muchísima cautela, y lo primero que hice fue preguntar: ¿está aquí Mikolái? Y Mitréi me dijo que Mikolái estaba de juerga, que había llegado a casa al amanecer, borracho, que no había estado en casa más de diez minutos y había vuelto a salir, y que desde entonces no lo había vuelto a ver y que él, Mitréi, estaba terminando solo el trabajo. Y resulta que estaban trabajando en la misma escalera de las muertas, en el segundo piso. Cuando me enteré de todo eso, no le dije nada a nadie —son palabras de Dushkin— y procuré averiguar todo lo posible sobre el crimen, y me volví a casa con más sospechas que antes. Y esta misma mañana, a las ocho —o sea, al tercer día, date cuenta—, me veo entrar a Mikolái, que no iba sobrio pero tampoco es que estuviera muy borracho, y podía seguir una conversación. Se sienta en un banco, y no dice nada. Aparte de él, a esas horas solo había en la taberna un desconocido, otro que estaba durmiendo en un banco, un parroquiano, y mis dos hijos. "Has visto a Mitréi", le pregunto. "No —dice—, no lo he visto". "Entonces ¿no has estado por aquí?". "No —dice—, llevo un par de días sin venir". "Y ¿dónde has pasado la noche?". "En Peskí —me dice—, con gente de Kolomna."[74] "Y ¿de dónde —le pregunto— sacaste los pendientes?". "Me los encontré tirados en la acera", y lo dice de un modo que me suena raro, y sin mirarme. "¿No te has enterado de lo que pasó esa misma tarde, a esa misma hora, en tu misma escalera?". "No —dice—, no he oído nada", pero estaba escuchando con los ojos muy abiertos, y de pronto se puso muy pálido, como la tiza. Y, según se lo cuento, veo que coge la gorra y se va levantando. Yo intento entretenerlo: "Espera, Mikolái —le digo—, ¿no te apetece un trago?". Y le hago una seña a uno de mis chicos para que se ponga en la puerta, y mientras tanto salgo de detrás del mostrador; pero sale pitando a la calle, llega corriendo hasta la esquina y se

pierde de vista. En ese momento salí de dudas, estaba claro que había sido él…».

—¡Y tanto!… —exclamó Zósimov.

—¡Tú espera! ¡Escucha el final! Decidieron, como es natural, buscar a Mikolái por todas partes: detuvieron a Dushkin y llevaron a cabo un registro, también en casa de Mitréi; pusieron patas arriba la casa de esa gente de Kolomna. Por fin, anteayer atraparon al propio Mikolái: lo detuvieron cerca de una de las entradas de la ciudad, en una posada. Al llegar allí, se quitó una cruz de plata que llevaba al cuello, y pidió un *shkálik*[75] por ella. Se lo sirvieron. Unos minutos más tarde, una mujer entró en el establo y por una rendija lo vio en el cobertizo de al lado: había atado el *kushak*[76] a una viga y había hecho un lazo en el extremo; estaba subido en un madero, intentando introducir la cabeza en el lazo; la mujer gritó como una loca, y acudió gente: «¡Conque esas tenemos!». Y él: «Llevadme a tal comisaría, voy a confesarlo todo». En fin, con los debidos miramientos lo condujeron a dicha comisaría, o sea, a la de aquí. Total, que le preguntan esto y lo otro, que quién es y cómo se llama, y cuántos años tiene, «veintidós», y todo eso. Pregunta: «Cuando estabas trabajando con Mitréi, ¿no visteis a nadie en las escaleras a tales horas?». Respuesta: «Se supone que alguien pudo subir o bajar, pero no nos fijamos en nadie». «Y ¿no oísteis nada, algún ruido o lo que fuera?». «No oímos nada de particular». «¿No te enteraste enseguida, Mikolái, de que cierta viuda y su hermana habían sido asesinadas y desvalijadas tal día y a tal hora?». «No tenía ni idea. Lo supe anteayer, por Afanasi Pávlych, que me lo dijo en su taberna». «Y ¿de dónde sacaste los pendientes?». «Los encontré tirados en la acera». «¿Cómo es que al día siguiente no fuiste a trabajar con Mitréi?». «Porque estaba de parranda». «¿Por dónde?». «Por aquí y por allá». «¿Por qué te escapaste de Dushkin?». «Porque estaba muy asustado». «¿Asustado de qué?». «De que me acusaran». «¿Cómo podías estar asustado de eso, sabiendo que no eras culpable de nada?…». Sí, Zósimov, lo creas o no, le hicieron esta

pregunta, y con estas mismas palabras; no me cabe ninguna duda, lo sé de buena fuente. ¿Qué dices? ¿Qué dices?

—Bueno, en cualquier caso, ahí están las pruebas.

—No te estoy hablando ahora de las pruebas, sino de la dichosa pregunta, del concepto que tienen de sí mismos. ¡Bah, qué diablos!… En fin, tanto lo apremiaron, tanto lo apabullaron, que al final acabó por confesar: «No me los encontré en la acera, los encontré en el piso donde estaba pintando con Mitréi». «¿Cómo fue eso?». «Pues resulta que estuvimos pintando todo el día, hasta las ocho, y ya nos íbamos a ir, y va Mitréi y coge un pincel y me lo restriega por la cara, y me deja toda la cara llena de pintura. Entonces sale corriendo y yo voy detrás. Corro detrás de él, gritando como un descosido, y al llegar al pie de las escaleras me doy de bruces con el portero y con unos señores, ya no me acuerdo de cuántos señores estaban con él; el caso es que el portero empezó a insultarme, y otro portero que había también me insultó, y se asomó la mujer del portero y también nos insultó, y un señor que estaba entrando en la casa, en compañía de una dama, también nos insultó, porque Mitka y yo le estábamos impidiendo el paso: yo tenía cogido a Mitka de los pelos, lo derribé, y empecé a sacudirle, y Mitka igual, aunque estaba debajo de mí, me agarró del pelo y empezó a pegarme. Pero no lo hacíamos con mala intención, sino con todo el cariño, en broma. Después Mitka se soltó y corrió hasta la calle, y yo fui detrás de él, pero no le di alcance, así que me volví yo solo al piso, porque había que recoger todo aquello. Empecé a recoger, mientras volvía Mitréi. Y allí, junto a la puerta del vestíbulo, detrás de un tabique, en un rincón, pisé una cajita. Miro, y allí estaba tirada, envuelta en un papel. Le quito el papel, y veo unos ganchos, así pequeñitos, retiro los ganchos, y dentro de la caja estaban los pendientes…».

—¿Detrás de la puerta? ¿Tirada detrás de la puerta? ¿Detrás de la puerta? —gritó Raskólnikov, súbitamente, dirigiendo a Razumijin una mirada ausente y aterrada, mientras se incorporaba poco a poco en el diván, apoyándose en una mano.

—Sí… ¿por qué? ¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así? —Razumijin también se levantó.

—No, nada —respondió Raskólnikov, con voz apenas audible, recostando la cabeza de nuevo en la almohada y volviéndose una vez más hacia la pared. Todos se callaron por unos momentos.

—Estaría adormilado, seguro que ha sido eso —apuntó finalmente Razumijin, mirando inquisitivamente a Zósimov; este negó con la cabeza, con un gesto discreto.

—Bueno, sigue —dijo—, ¿qué pasó después?

—¿Qué pasó después? Pues que, nada más ver aquellos pendientes, se olvidó del piso, se olvidó de Mitka, cogió el sombrero y se fue corriendo a ver a Dushkin, quien, como ya sabemos, le dio un rublo. Le mintió, diciéndole que se lo había encontrado en la acera, y se fue sin más demora a correrse una juerga. Pero, en lo que atañe al crimen, sigue en sus trece: «No sabía nada de nada, no me enteré hasta anteayer». «Y ¿por qué has tardado tanto en entregarte?». «Por miedo». «Pero ¿por qué querías colgarte?». «Estaba preocupado». «Preocupado ¿de qué?». «De que me pudieran condenar». Pues nada, ya está. Y ahora dime: ¿qué conclusiones crees que han sacado de todo eso?

—No es cuestión de creer: hay una pista; será la que sea, pero es una pista. Eso es un hecho. ¿Cómo iban a poner en libertad a tu pintor de brocha gorda?

—¡Lo que pasa es que, directamente, le han atribuido el asesinato a él! No les cabe la menor duda…

—No digas disparates; te estás acalorando. ¿Qué hay de los pendientes? Estarás de acuerdo conmigo en que, si justo en el día y a la hora indicados unos pendientes que estaban en el cofre de la vieja pasan a estar en manos de Nikolái, habrá que saber cómo han ido a parar hasta allí. ¿No te parece? Y no es poca cosa en una investigación como esta.

—¡Que cómo han ido a parar! ¿Cómo han ido a parar? —gritó Razumijin—. ¿Será posible que tú, siendo médico y teniendo ante todo el deber de estudiar al hombre, y habiendo dispuesto de más

oportunidades que nadie para analizar su naturaleza, será posible que no hayas comprendido, con todos estos datos, cómo es el carácter de ese Nikolái? ¿De verdad que no te has dado cuenta, desde el primer momento, de que todo lo que ha declarado en los interrogatorios es la pura verdad? Esos pendientes cayeron en sus manos exactamente como lo ha declarado. ¡Pisó el estuche y lo cogió del suelo!

—¡La pura verdad! Pero si él mismo ha admitido que al principio mintió…

—Escúchame, escúchame con atención: lo mismo el portero, que Koch, que Pestriakov, que el otro portero, que la mujer del primer portero, que otra mujer que en esos momentos estaba con ella en la portería, que el consejero áulico Kriúkov, que acababa de bajar del coche y estaba entrando en la casa llevando del brazo a una dama… todos ellos, es decir, ocho o diez personas, han declarado unánimemente que Nikolái tenía a Dmitri sujeto en el suelo, que estaba tumbado encima de él y le estaba pegando, y que Dmitri le había agarrado del pelo y también le estaba sacudiendo. Estaban tirados justo en la entrada, bloqueando el paso; por todas partes les llueven los insultos, y ellos, «como unos críos» (son palabras textuales de los testigos), siguen ahí tirados el uno encima del otro, chillando, pegándose y partiéndose de risa; los dos se ríen hasta más no poder, con la cara desencajada de la risa, y salen a la calle a todo correr, persiguiéndose como dos chiquillos. ¿Me has oído? Ahora toma buena nota: arriba hay unos cadáveres que aún están calientes, como lo oyes, calientes, ¡así estaban cuando los encontraron! Si los hubieran matado ellos, o solamente Nikolái, y de paso hubieran desvalijado el cofre, forzando la cerradura, o si simplemente hubieran intervenido de algún modo en el robo, permíteme entonces que te haga una sola pregunta: ¿es compatible semejante estado anímico, quiero decir, los chillidos, las risas, la pelea infantil en la entrada… es compatible con las hachas, con la sangre, con la astucia criminal, con la cautela, con el robo? Acaban de matar, no hace de eso más de cinco o diez minutos, porque los

cuerpos aún están calientes, y de pronto, desentendiéndose de los cadáveres, y del piso que se ha quedado abierto, y sabiendo que va a llegar gente en cualquier momento, olvidándose del botín, se dedican a revolcarse en la entrada y a reírse como locos, llamando la atención de todo el mundo. Y ¡hay de esto diez testigos unánimes!

—Pues ¡claro que es raro! Evidentemente, es imposible, pero…

—No, hermano, no hay peros que valgan, y si bien es verdad que los pendientes que aquel mismo día fueron a parar a manos de Nikolái constituyen una importante prueba material en su contra, aunque no es menos cierto que sus declaraciones explican el hecho de un modo plausible, con lo que la prueba sigue siendo discutible, por otra parte hay que tomar también en consideración los hechos favorables al acusado, teniendo en cuenta que se trata de hechos *incuestionables*. O ¿es que tú te crees, dado el carácter de nuestra jurisprudencia, que van a aceptar o que son siquiera capaces de aceptar un hecho así, basado únicamente en una imposibilidad psicológica, en un estado de ánimo, y lo van a tomar como un hecho incuestionable, capaz de desmentir todas las pruebas materiales, todos los hechos probatorios, sean cuales sean? No, no van a aceptarlo, no van a aceptarlo en ningún caso, porque han encontrado esa cajita y porque nuestro hombre trató de ahorcarse, «algo que no habría ocurrido de no haberse sabido culpable». ¡Esa es la cuestión fundamental, y eso es lo que me indigna! ¡Entiéndeme!

—Sí, ya veo que estás indignado. Espera, se me había olvidado preguntarte: ¿qué pruebas hay de que el estuche con los pendientes efectivamente había salido del cofre de la vieja?

—Es cosa probada —respondió Razumijin, frunciendo el ceño y como a regañadientes—. Koch reconoció el objeto y dio el nombre de quien lo había empeñado, y este demostró de forma concluyente que era suyo.

—Mala cosa. Y otra cuestión: ¿nadie vio a Nikolái en el momento en que Koch y Pestriakov subían al piso de arriba, y no hay ninguna prueba en ese sentido?

—Ahí está la cosa, que nadie lo vio —respondió Razumijin con fastidio—, eso es lo malo. Ni siquiera Koch y Pestriakov se fijaron en ellos cuando iban para arriba, si bien su testimonio tampoco tendría ahora mismo excesivo valor. «Vimos —dicen ellos— que la vivienda estaba abierta, que debía de haber gente trabajando allí dentro, pero no nos fijamos al subir y no podríamos decir con precisión si en ese momento estaban allí los pintores o no».

—Hum. Entonces, el único argumento en su defensa es que estaban zurrándose y partiéndose de risa. Admitamos que es una prueba convincente, pero… Permíteme otra cosa: ¿cómo explicas tú los hechos? ¿Cómo explicas el hallazgo de los pendientes, si efectivamente se los encontró tal y como declara?

—¿Cómo lo explico? No hay nada que explicar: ¡es evidente! Al menos, la vía que hay que seguir está clara y probada, y es la propia cajita la que nos la indica. Los pendientes se le cayeron al verdadero asesino. El asesino estaba arriba, con el pestillo echado, en el momento en que Koch y Pestriakov llamaron a la puerta. Entonces Koch cometió la tontería de bajar a la calle; en ese momento el asesino salió pitando del piso y corrió, también él, escaleras abajo, porque no tenía más salida que esa. Una vez en las escaleras, tuvo que esconderse de Koch, Pestriakov y el portero en la vivienda vacía, justo cuando Dmitri y Nikolái acababan de largarse; se quedó allí quieto detrás de la puerta mientras el portero y esos dos pasaban de largo, camino del piso de arriba, esperó hasta que dejaron de oírse sus pasos y acabó de bajar tan tranquilo, en el mismo momento en que Dmitri y Nikolái echaban a correr por la calle y toda la gente que estaba en el portón de entrada se había dispersado y ya no quedaba nadie por allí. Puede que alguien lo viera, pero no reparó en él. ¡Anda que no hay gente entrando y saliendo a todas horas! La cajita tuvo que caérsele del bolsillo cuando estaba escondido detrás de la puerta, y no se dio cuenta de que la había perdido, porque no estaba entonces para pensar en esas cosas. Esa cajita es la mejor prueba de que estuvo escondido en ese sitio. ¡No hay más!

—¡Muy ingenioso! No, hermano, demasiado ingenioso. Se te ha ido la mano con tanto ingenio.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Porque es demasiado perfecto… y todo encaja… exactamente igual que en el teatro.

—¡Aaah!… —empezó a replicar Razumijin, pero en ese instante se abrió la puerta y entró un nuevo personaje, a quien no conocía ninguno de los presentes.

V

Era un caballero entrado ya en años, estirado, circunspecto, con una fisonomía reservada y nada complaciente. Lo primero que hizo fue quedarse parado en la puerta, mirando a un lado y otro con una perplejidad un tanto descortés que no se esforzaba en disimular, como preguntando con la vista: «¿Dónde me he metido?». Examinó el «camarote» de Raskólnikov, bajo y angosto, con recelo, afectando incluso cierta aprensión, como si se sintiera ofendido. Con la misma perplejidad miró de arriba abajo al propio Raskólnikov, deteniendo luego la mirada en él: sin vestir, harapiento, desaseado, echado en su mísero y cochambroso diván, mirando fijamente, a su vez, al recién llegado. A continuación, con la misma impasibilidad empezó a escrutar la figura de Razumijin —desastrado, sin afeitar, despeinado —, el cual, por su parte, lo miraba a los ojos con descarada curiosidad, sin moverse de su asiento. El silencio opresivo se prolongó como un minuto, hasta que finalmente, como era de esperar, se produjo un leve cambio en el decorado. Comprendiendo —muy probablemente gracias a ciertos datos que, por lo demás, saltaban a la vista— que allí, en aquel «camarote», su actitud severa y arrogante no iba a servirle de nada, el recién llegado se suavizó un tanto y en tono cortés, aunque no exento de rigidez, dijo, dirigiéndose a Zósimov y marcando cada sílaba de su pregunta:

—¿Rodión Románych Raskólnikov, estudiante o antiguo estudiante?

Zósimov hizo un lento movimiento, y es posible que hubiera respondido de no haber sido porque Razumijin, a quien no iba dirigida en absoluto la pregunta, se anticipó sin demora:

—Ahí lo tiene, echado en el diván. ¿Qué pasa?

Aquel «¿Qué pasa?», tan familiar, dejó desconcertado al estirado caballero; poco le faltó para encararse con Razumijin, pero supo

contenerse a tiempo y volvió a dirigirse a Zósimov.

—¡Este es Raskólnikov! —farfulló Zósimov, señalando con la cabeza al enfermo; a continuación bostezó, abriendo la boca desmesuradamente y manteniéndola en esa posición mucho más tiempo de lo normal. Después metió sin prisa la mano en el bolsillo del chaleco, sacó un descomunal reloj de oro, con una tapa imponente, lo abrió, miró la hora y perezosamente, con la misma lentitud, volvió a guardárselo.

Raskólnikov, a todo esto, seguía tumbado en silencio y no apartaba la vista del visitante, aunque parecía estar en blanco. Su rostro, apartado en esos momentos de la pintoresca florecilla del papel pintado, tenía una palidez extrema y reflejaba un sufrimiento insólito, como si acabara de sufrir una operación devastadora o hubiera sido objeto de torturas hasta ese mismo instante. Pero el recién llegado fue despertando poco a poco su interés, después su sorpresa, después su desconfianza y hasta su temor. En el momento en que Zósimov, señalándolo, dijo: «Este es Raskólnikov», se incorporó rápidamente, de un salto, se sentó en la cama y dijo en un tono casi desafiante, aunque con voz débil y entrecortada:

—¡Sí! ¡Yo soy Raskólnikov! ¿Qué quiere?

El visitante lo miró y dijo con rotundidad:

—Piotr Petróvich Luzhin. Tengo fundadas esperanzas de que mi nombre no le resulte totalmente desconocido.

Pero Raskólnikov, que no se esperaba nada semejante, le dirigió una mirada vacía y ausente, y no le contestó, como si fuera la primera vez en su vida que oía el nombre de Piotr Petróvich.

—¿Cómo? ¿Es posible que no haya tenido ninguna noticia hasta el presente? —preguntó Piotr Petróvich, un tanto desconcertado.

Raskólnikov, por toda respuesta, se dejó caer lentamente sobre la almohada, enlazó las manos por detrás de la cabeza y se puso a mirar el techo. Una expresión de pesar afloró al rostro de Luzhin. Zósimov y Razumijin no dejaban de observarlo, aún más intrigados, y él acabó por turbarse.

—Lo daba por supuesto; yo había calculado —masculló— que la carta, enviada hace más de diez días, si no son dos semanas…

—Escuche, ¿qué hace ahí parado en la puerta? —le interrumpió Razumijin—; si tiene algo que explicar, siéntese; ahí, al lado de Nastasia, no hay sitio. ¡Nastásiushka, hazte a un lado, deja pasar! ¡Adelante, aquí tiene una silla!

Retiró su silla de la mesa, dejando algo de espacio entre esta y sus rodillas y esperó, en una postura algo incómoda, a que el recién llegado «se colara» por esa rendija. La ocasión era tan propicia que no se podía rechazar, así que el visitante pasó, precipitadamente y a trompicones, por aquel estrecho pasillo. Una vez alcanzada la silla, se sentó y miró con inquietud a Razumijin.

—No tiene usted por qué alarmarse —soltó Razumijin, sin pensarlo—. Rodia lleva cinco días enfermo y ha estado tres delirando; hoy mismo ha vuelto en sí e incluso ha comido con apetito. Este es su médico, que acaba de reconocerlo, y yo soy un compañero de Rodia, antiguo estudiante como él; ahora mismo me dedico a cuidarlo. Así pues, no se sienta cohibido: no se preocupe por nosotros y siga con lo suyo.

—Se lo agradezco. Pero ¿no molestaré al enfermo con mi presencia y con mis palabras? —dijo Piotr Petróvich, dirigiéndose a Zósimov.

—No, no —masculló Zósimov—, puede que le sirva de distracción. —Y volvió a bostezar.

—¡Oh, lleva ya mucho tiempo consciente, desde por la mañana! —replicó Razumijin, cuya familiaridad dejaba traslucir una franqueza tan genuina que Piotr Petróvich recapacitó y empezó a envalentonarse, entre otras cosas, posiblemente, porque aquel individuo desharrapado e impertinente se había presentado, después de todo, como estudiante.

—Su señora madre… —empezó Luzhin.

—¡Hum! —gruñó ostentosamente Razumijin. Luzhin lo miró inquisitivamente.

—No ha sido nada; continúe…

Luzhin se encogió de hombros.

—Su señora madre, antes de mi partida, había empezado a escribirle a usted una carta. Al llegar aquí, dejé pasar deliberadamente algunos días antes de venir a verle para asegurarme de que estaba usted al corriente de todo; pero ahora, para mi sorpresa…

—¡Lo sé, lo sé! —exclamó súbitamente Raskólnikov, con una expresión de insoportable malestar—. ¿Así que es usted el novio? Pues bien, ¡ya lo sé!… Y ¡es suficiente!

Piotr Petróvich, indiscutiblemente, se sintió ofendido, pero no dijo nada. Estaba haciendo un esfuerzo por comprender cuanto antes qué significaba todo aquello. Hubo como un minuto de silencio.

Mientras tanto Raskólnikov, que se había vuelto ligeramente hacia él para contestarle, empezó de repente a observarlo otra vez, con una curiosidad muy particular, como si aún no hubiera podido examinarlo bien o como si algún nuevo elemento suyo le hubiera parecido chocante; llegó a incorporarse deliberadamente con este fin, despegando la cabeza de la almohada. Sin duda, había algo peculiar en la presencia de Piotr Petróvich, algo que justificaba el título de «novio» que acababa de darle de forma tan desconsiderada. Para empezar, era evidente, tal vez demasiado evidente, que Piotr Petróvich se había esforzado en aprovechar los escasos días que llevaba en la capital para engalanarse y embellecerse mientras aguardaba la llegada de la novia, cosa, por lo demás, tan inocente como aceptable. Dadas las circunstancias, uno podía perdonarle incluso que fuera consciente, puede que con una complacencia excesiva, de su grata transformación para bien, porque se había hecho con el papel de novio. Toda su vestimenta estaba recién salida del sastre, y era toda exquisita, salvo por un pequeño detalle: estaba demasiado nueva y toda ella apuntaba, unánimemente, en la misma dirección. Hasta el sombrero nuevo, redondo, de lo más elegante, daba testimonio de esa misma meta: Piotr Petróvich lo trataba con un exagerado respeto y lo cogía con excesivas precauciones. La misma historia contaba el primoroso par

de guantes violetas, unos auténticos Jouvin[77], aunque solo fuera por el hecho de que nunca se los ponía, sino que se limitaba a llevarlos cogidos en la mano, para exhibirlos. En la indumentaria de Piotr Petróvich predominaban los colores luminosos y juveniles. Llevaba puesta una preciosa chaqueta de verano de tono marrón claro, unos pantalones claros y ligeros, chaleco a juego, una camisa fina de estreno y una corbata de batista, pequeña y liviana, a rayas rosadas; pero lo mejor era lo bien que le sentaba todo. Ya de por sí su cara, fresca y atractiva, aparentaba muchos menos años que los cuarenta y cinco que había cumplido. Dos patillas morenas, en forma de chuleta, la enmarcaban graciosamente por ambos lados, espesándose con mucho estilo cerca ya de la barbilla, impecablemente rasurada y resplandeciente. Incluso el pelo, tocado aquí y allá de algunas tímidas canas, aunque había sido peinado y rizado por un peluquero, no ofrecía el aspecto ridículo y un tanto estúpido que suele tener el pelo rizado, y que le da al rostro un inevitable parecido con el de un alemán el día de su boda. Si había algo desagradable y repulsivo en ese semblante, por lo demás bastante atractivo y digno de respeto, se debía a razones bien distintas. Tras estudiar al señor Luzhin sin ningún miramiento, Raskólnikov sonrió cínicamente, volvió a hundirse en la almohada y se dedicó, como antes, a mirar al techo.

Pero el señor Luzhin se había armado de paciencia y parecía decidido a no tomar en consideración, antes de tiempo, todas esas rarezas.

—No sabe cuantísimo lamento encontrarle en este estado —empezó nuevamente, haciendo un esfuerzo para romper el hielo—. De haber sabido que estaba usted enfermo, habría venido antes. Pero, ya sabe, tiene uno tanto que hacer… Además, como abogado estoy llevando un caso muy importante en el Senado. Por no hablar de otras preocupaciones que usted ya habrá adivinado. Espero la llegada de los suyos, esto es, de su madre y de su hermana, en cualquier momento…

Raskólnikov hizo un gesto y pareció que quería intervenir; cierta inquietud se reflejó en su semblante. Piotr Petróvich hizo una pausa, esperó, pero, como no ocurrió nada, prosiguió:

—En cualquier momento. Les he buscado un alojamiento provisional…

—¿Dónde? —dijo débilmente Raskólnikov.

—Por aquí cerca, en la casa de Bakaléiev…

—Eso está en la avenida Voznesenski —le interrumpió Razumijin—; allí hay dos pisos con cuartos alquilados; el mercader Yushin es quien lo gestiona; he estado alguna vez.

—Sí, son unos cuartos…

—Es un lugar infame: sucio, apestoso, y encima más que dudoso; allí ha pasado de todo, ¡solo el diablo sabe qué clase de gente no vivirá allí!… Yo estuve una vez en relación con un asunto escandaloso. Eso sí, es barato…

—Naturalmente, yo no he podido reunir tal cantidad de información, siendo además nuevo aquí —replicó Piotr Petróvich, malhumorado—, pero, en cualquier caso, son dos habitaciones limpísimas, y además por un plazo muy breve… Ya he encontrado una vivienda de verdad, quiero decir, nuestra futura residencia —se dirigió a Raskólnikov—, y actualmente la están arreglando; yo mismo, mientras tanto, vivo también en un cuarto, sufriendo estrecheces, a dos pasos de aquí, en casa de la señora Lippewechsel, en el apartamento de mi joven amigo Andréi Semiónych Lebeziátnikov; fue él quien me habló de la casa de Bakaléiev…

—¿Lebeziátnikov? —dijo despacio Raskólnikov, como si estuviera haciendo memoria.

—Sí, Andréi Semiónych Lebeziátnikov, empleado en un ministerio. ¿Lo conoce usted?

—Sí… No… —respondió Raskólnikov.

—Disculpe, me había parecido por su pregunta. En tiempos fui su tutor… Es un joven encantador… e informado… Me encanta tratar con gente joven: de ese modo conoces cosas nuevas. —Piotr

Petróvich, esperanzado, recorrió con la mirada a todos los presentes.

—¿En qué sentido? —preguntó Razumijin.

—En el más serio, por así decir; en el más esencial —contestó Piotr Petróvich, que pareció alegrarse de la pregunta—. Verá. Yo llevaba diez años sin visitar San Petersburgo. Todas estas novedades nuestras, las reformas, las ideas[78]; todo esto también nos ha llegado a las provincias, pero, para poder verlo todo, y verlo con más claridad, hay que venir a San Petersburgo. Pues bien, soy de la opinión de que uno se da cuenta mejor de las cosas y aprende más si se fija en nuestras jóvenes generaciones. Y confieso que estoy encantado…

—¿De qué, concretamente?

—Su pregunta es muy amplia. Puede que me equivoque, pero yo diría que encuentro puntos de vista más claros, un espíritu más crítico, por así decir; un sentido más práctico…

—Es verdad —dijo entre dientes Zósimov.

—Qué disparate, no hay ningún sentido práctico —replicó Razumijin—. El sentido práctico se adquiere con dificultad, no es algo que caiga graciosamente del cielo. Y hemos vivido cerca de doscientos años ajenos a toda actividad práctica… Las ideas, no digo que no, están fermentando —se dirigió a Piotr Petróvich—, y no faltan deseos de hacer el bien, aunque sea de un modo infantil; y también puede uno encontrar honradez, aunque haya sinvergüenzas a montones, pero el sentido práctico sigue brillando por su ausencia. El sentido práctico se hace de rogar.

—No estoy de acuerdo con usted —replicó Piotr Petróvich con evidente satisfacción—; ciertamente, hay excesos y se cometen errores, pero también hay que mostrarse indulgentes: los excesos son consecuencia del entusiasmo en la tarea y de lo anómalo de las circunstancias externas en las que se desenvuelve esta labor. Si los resultados han sido escasos, eso se debe a que tampoco ha transcurrido mucho tiempo. Eso por no hablar de los medios. En mi opinión, algo se ha hecho, en cualquier caso: se han difundido nuevas

ideas, sumamente beneficiosas; se han dado a conocer algunas nuevas obras, de gran utilidad, que vienen a desplazar a las antiguas, románticas y soñadoras; la literatura va adoptando un tono más maduro; muchos prejuicios dañinos han sido erradicados y puestos en solfa… En una palabra, hemos roto de forma irreversible con el pasado, y eso, en mi opinión, ya es mucho…

—¡Se lo sabe de memoria! Tiene ganas de lucirse —dijo de pronto Raskólnikov.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Piotr Petróvich, que no había entendido bien, pero no obtuvo respuesta.

—Tiene mucha razón en todo eso —se apresuró a asentir Zósimov.

—¿Verdad que sí? —siguió diciendo Piotr Petróvich, mirando a Zósimov con agrado—. Estará usted de acuerdo —continuó, dirigiéndose a Razumijin, pero ahora con cierto tono triunfal y altanero, y poco le faltó para añadir: «joven»— en que ha habido un avance, o, como ahora lo llaman, un progreso, al menos en el campo de las ciencias y del conocimiento económico…

—¡Un lugar común!

—¡No, no es un lugar común! Si antes, por ejemplo, se nos decía: «Ama a tu prójimo», y amábamos al prójimo, ¿cuál era el resultado? —prosiguió Piotr Petróvich, tal vez con una prisa excesiva—. El resultado era que yo partía mi caftán por la mitad, lo compartía con el prójimo y los dos nos quedábamos medio desnudos; como dice el proverbio ruso: «Si persigues varias liebres, no cazas ninguna». La ciencia, en cambio, dice: antes que a nadie, ámate a ti mismo, pues todo en este mundo está basado en el propio interés. Ámate a ti mismo, y ocúpate de tus asuntos como es debido, y conservarás entero tu caftán. La razón económica añade que, cuanto mejor organizados estén los negocios privados en una sociedad y, por así decir, más caftanes enteros se vean, más sólidos serán sus fundamentos y mejor organizado estará también en ella el bien común. Así pues, obteniendo riqueza solo y exclusivamente para mí, al mismo tiempo la estoy obteniendo para todos, por así decir, y de

ese modo contribuyo a que mi prójimo consiga algo más que un caftán roto, y ya no gracias a la generosidad privada, individual, sino como consecuencia del progreso general. La idea es sencilla, pero, por desgracia, ha tardado mucho en abrirse camino entre nosotros, relegada por el sentimentalismo y el idealismo; y, sin embargo, se diría que solo se necesita algo de talento para darse cuenta…

—Disculpe, yo soy de los que carecen de talento —le cortó bruscamente Razumijin—, así que vamos a dejarlo. Me dirigí a usted con un propósito, pero en estos tres años he acabado tan harto de toda esta palabrería destinada únicamente a la propia diversión, de todos estos inagotables e incesantes lugares comunes, siempre los mismos, que me ruborizo, palabra de honor, cuando otros, no digamos yo, los sacan a relucir en mi presencia. Usted, desde luego, se ha apresurado a alardear de sus conocimientos, algo muy disculpable, y no le juzgo. Yo solo quería saber qué clase de hombre es usted, porque, verá usted, en los últimos tiempos se han sumado a la causa común toda clase de espabilados, y hasta tal punto han distorsionado, en su propio interés, cuanto tocaban que han acabado convirtiendo esa causa en un verdadero lodazal. En fin, ¡no se hable más!

—Caballero —quiso replicar el señor Luzhin, herido en su amor propio, con una extraordinaria dignidad—; no habrá querido usted insinuar, de un modo tan poco comedido, que también yo…

—Oh, se lo ruego… Cómo iba yo… Bueno, señor, ¡ya es suficiente! —zanjó Razumijin, y se volvió de forma abrupta hacia Zósimov, con ánimo de reanudar la conversación que tenían antes.

Piotr Petróvich tuvo la sensatez de aceptar de inmediato las explicaciones. No obstante, ya había tomado la decisión de marcharse en un par de minutos.

—Confío en que nuestra relación, que hoy hemos inciado —le dijo a Raskólnikov—, pueda estrecharse aún más, después de su restablecimiento y en vista de las circunstancias que usted ya conoce… Le deseo ante todo que recupere la salud…

Raskólnikov ni siquiera volvió la cabeza. Piotr Petróvich se dispuso a levantarse de su asiento.

—¡Ha tenido que matarla uno de sus deudores! —dijo con firmeza Zósimov.

—Un deudor, ¡seguro que sí! —se sumó Razumijin—. Porfiri no desvela su punto de vista, pero no deja de interrogar a los que tenían algo empeñado con la vieja…

—¿Interroga a los que tenían algo empeñado? —preguntó Raskólnikov, hablando en voz alta.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

—¿Cómo sabe quiénes son? —preguntó Zósimov.

—Algunos nombres se los ha dado Koch; otros figuraban en los envoltorios de las prendas, y otros se han presentado voluntariamente en cuanto se han enterado…

—¡Mira que tiene que ser hábil y experto, el muy canalla! ¡Qué audacia! ¡Qué resolución!

—¡Eso es justo lo que no es! —sentenció Razumijin—. Eso mismo es lo que os tiene a todos despistados. Pues yo digo que no era ni hábil ni experto, y seguramente este ha sido su primer crimen. Si damos por sentado que todo estaba calculado y que fue obra de un canalla muy hábil, no hay una conclusión verosímil. En cambio, si suponemos que fue alguien inexperto, entonces resulta que solo el azar le permitió salir bien parado, pues nada es imposible para el azar. ¡Seguro que no había pensado siquiera en los posibles obstáculos! Y ¿cuál es su forma de actuar? Coge objetos de diez o veinte rublos, se llena con ellos los bolsillos, hurga en el cofre de la vieja, registra entre sus trapos… cuando resulta que en la cómoda, en el cajón de arriba, dentro de una caja, se han encontrado, solo en efectivo, más de mil quinientos rublos, sin contar los billetes… Se ve que no sabía robar, ¡lo único que sabía era matar! Su primer crimen, te lo digo yo, su primer crimen; ¡perdió la cabeza! Y, si salió bien parado, fue gracias al azar, no gracias al cálculo.

—Entiendo que están hablando del asesinato, ocurrido hace poco, de esa vieja viuda de un funcionario —terció Piotr Petróvich, dirigiéndose a Zósimov; ya estaba de pie, con el sombrero y los guantes en las manos, pero antes de marcharse le habían entrado ganas de añadir unas cuantas frases brillantes. Era evidente que quería dejar una buena impresión, y la vanidad pudo más que el buen sentido.

—Sí. ¿Ha oído hablar del crimen?

—Cómo no, en el vecindario…

—¿Conoce los detalles?

—No sabría decirle; pero hay otro aspecto que me interesa en este caso: la cuestión general, por así decir. Prescindiendo del hecho de que los crímenes se han multiplicado entre las clases bajas en los últimos cinco años, y dejando también de lado los continuos casos de incendio y pillaje que se ven por todas partes, lo más chocante, en mi opinión, es que los crímenes están aumentando de idéntico modo entre las clases superiores, y en paralelo, por así decir. Un día te cuentan que un antiguo estudiante ha asaltado el correo en una carretera; otro, que unos individuos de una prominente posición social se dedican a falsificar moneda; en Moscú cae una banda que había falsificado los títulos de un reciente empréstito con lotería, uno de cuyos miembros principales es un profesor de historia universal[79]; matan a un secretario nuestro en el extranjero por un oscuro asunto de dinero[80]… Y, si ahora resulta que esa vieja usurera ha sido asesinada por uno de sus deudores, que tiene que ser alguien de clase alta, pues los campesinos no empeñan objetos de oro, ¿cómo se explica esta depravación de la parte más civilizada de nuestra sociedad?

—Hay muchos cambios económicos… —apuntó Zósimov.

—¿Cómo se explica? —intervino Razumijin—. Precisamente, la falta de sentido práctico, tan arraigada entre nosotros, podría explicarlo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Sabe lo que respondió ese profesor de Moscú cuando le preguntaron por qué falsificaba billetes? Vino a decir: «Todo el mundo se enriquece a su manera, y yo también quería enriquecerme lo más deprisa posible». No recuerdo las palabras exactas, pero lo que quería decir era que se trataba de enriquecerse a cambio de nada, cuanto antes y sin esfuerzo. Estábamos acostumbrados a vivir a costa del esfuerzo ajeno, a depender para todo de los demás, a que nos dieran la comida masticada. Hasta que un buen día tocan a rebato, y entonces cada uno se muestra como es…

—Ya, pero ¿qué hay de la moral? Y de las normas, por así decir…

—¿Qué es lo que le preocupa? —terció Raskólnikov, inesperadamente—. ¡Está en consonancia con su teoría!

—¿Cómo que con mi teoría?

—Si es usted consecuente con la teoría que estaba predicando antes, verá cómo es posible asesinar a la gente…

—¡Cómo se le ocurre! —exclamó Luzhin.

—¡No, eso no es verdad! —replicó Zósimov.

Raskólnikov estaba pálido, le temblaba el labio superior y respiraba con dificultad.

—Hay una medida para todo —siguió diciendo Luzhin, con grandilocuencia—. Una idea económica nunca ha sido una invitación al asesinato, y aun suponiendo…

—¿Acaso no es verdad —le interrumpió de pronto Raskólnikov con la voz trémula de rabia, aunque también resonaba en ella la satisfacción ante la oportunidad de ofender—, acaso no es verdad que usted le dijo a su prometida… cuando no había pasado ni una hora desde que ella le había dado su consentimiento, que nada le hacía tan feliz como que ella… fuera pobre… pues lo más conveniente es sacar a la mujer de la pobreza, para poder así dominarla… y recordarle que tiene que estar agradecida?

—¡Caballero! —exclamó Luzhin, rojo de rabia y alterado por la indignación—. Caballero… ¡Distorsionar de ese modo mis ideas! Usted me perdonará, pero tengo el deber de comunicarle que ciertos

rumores que han llegado hasta sus oídos o, mejor dicho, que alguien le ha trasladado, no tienen el menor fundamento, y yo… tengo la sospecha de quién… en una palabra… todo procede… en una palabra, de su señora madre… Ella ya ha tenido ocasión de demostrarme que, a pesar de sus muchas cualidades, tiene una mentalidad un tanto exaltada y teñida de romanticismo. Con todo, yo estaba a mil verstas de suponer que hubiera podido interpretar y presentar esta cuestión de un modo tan inexacto y fantasioso… Y por último… por último…

—¿Sabe una cosa? —gritó Raskólnikov, incorporándose en la almohada y fijando en Luzhin una mirada incisiva y deslumbrante—. ¿Sabe una cosa?

—Usted dirá. —Luzhin se había quedado detenido y esperaba con un aire ofendido y retador. Hubo varios segundos de silencio.

—Pues que como se atreva usted… aunque sea una vez… a decir una sola palabra de mi madre… ¡baja usted rodando por las escaleras!

—Pero ¡qué te pasa! —exclamó Razumijin.

—¡Conque esas tenemos! —Luzhin estaba pálido y se mordía los labios—. Escúcheme, señor —prosiguió, en tono mesurado, y tratando por todos los medios de dominarse, a pesar de lo cual respiraba agitadamente—; desde el mismo momento en que he puesto aquí el pie, me he dado cuenta de su animadversión, pero me he quedado a propósito, para averiguar más sobre usted. Puedo perdonarle muchas cosas a un enfermo, con más razón si es un pariente, pero después de esto… a usted… en ningún caso…

—¡No estoy enfermo! —protestó Raskólnikov.

—Peor me lo pone, señor…

—¡Váyase al infierno!

Pero Luzhin ya se estaba marchando, sin acabar su discurso, deslizándose nuevamente entre la mesa y la silla; esta vez Razumijin se puso de pie para facilitarle el paso. Sin mirar a nadie y sin despedirse siquiera de Zósimov, que llevaba un rato haciéndole señales con la cabeza para que dejara en paz al enfermo, salió del

cuarto, quitándose el sombrero por precaución y llevándolo hasta la altura de los hombros en el momento en que, agachando la cabeza, pasaba por la puerta. Incluso en la curvatura de su espalda parecía reflejarse la terrible ofensa que se llevaba consigo.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido? —decía Razumijin, preocupado, negando con la cabeza.

—¡Dejadme, dejadme todos! —gritaba Raskólnikov, fuera de sí —. ¡Dejadme de una vez, verdugos! ¡No os tengo miedo! ¡Ahora ya no le tengo miedo a nadie, a nadie! ¡Largo de aquí! ¡Quiero estar solo, solo, solo!

—¡Vámonos! —dijo Zósimov, haciéndole una señal a Razumijin.

—Pero no sé yo si podemos dejarlo así…

—¡Vámonos! —Zósimov repitió con firmeza y salió. Razumijin, después de pensárselo, corrió a darle alcance.

—Podría ser peor si no le hiciéramos caso —dijo Zósimov, ya en las escaleras—. No conviene irritarlo…

—¿Qué le pasa?

—Si recibiera alguna impresión fuerte y favorable, eso sí que le vendría bien… Hace un rato estaba mejor… ¿Sabes?, ¡algo se le ha metido en la cabeza! Alguna idea fija, obsesiva… Es lo que más me inquieta, ¡tiene que ser eso!

—Puede que haya sido ese señor, ese Piotr Petróvich. Deduzco de la conversación que va a casarse con la hermana de Rodia, y que este había recibido una carta justo antes de su enfermedad…

—Sí, en mala hora ha tenido que presentarse; puede que lo haya echado todo a perder. No sé si te has fijado, pero a Rodia todo le da igual, no reacciona ante nada, salvo ante una cuestión que hace que se altere: ese asesinato…

—¡Sí, sí! —asintió Razumijin—. ¡Ya me he dado cuenta! Se interesa y se asusta. El mismo día en que cayó enfermo se llevó un buen susto, en la comisaría de policía; perdió el conocimiento.

—Esta noche me lo cuentas con más detalle; yo también tengo algo que contarte. Me interesa mucho, ¡mucho! Dentro de media hora

vendré otra vez a ver qué tal sigue… Aunque no parece que haya inflamación…

—¡Te lo agradezco! Entretanto voy a esperar con Páshenka; le diré a Nastasia que esté pendiente de él…

Una vez que se habían ido los demás, Raskólnikov miró a Nastasia con cara impaciente y angustiada; pero la muchacha no parecía tener prisa en retirarse.

—¿Tomarías un poco de té? —preguntó.

—¡Más tarde! ¡Ahora quiero dormir! Déjame…

Se volvió bruscamente contra la pared; Nastasia salió.

VI

Pero, nada más salir Nastasia, Raskólnikov se levantó, cerró con pestillo, desató el hatillo de ropa que le había traído antes Razumijin y que él mismo había vuelto a atar y empezó a vestirse. Por extraño que parezca, se diría que se había serenado totalmente; nada quedaba ni de su reciente delirio semiinconsciente ni del pánico que lo había tenido atenazado en los últimos tiempos. Eran los primeros instantes de una extraña y repentina serenidad. Sus movimientos eran claros y precisos, en ellos se revelaba un firme propósito. «¡Hoy mismo, hoy mismo!», murmuró, hablando para sus adentros. Era consciente, no obstante, de que aún estaba débil, pero la intensa tensión anímica a la que debía su tranquilidad, su firmeza intelectual, le infundía fuerzas y seguridad; por lo demás, confiaba en que no iba a desvanecerse en la calle. Una vez vestido con su ropa nueva, examinó el dinero que había encima de la mesa y, después de pensárselo un segundo, se lo guardó en el bolsillo. Había veinticinco rublos. Cogió también los *piatakí* de cobre: eran las vueltas de los diez rublos que Razumijin se había gastado en ropa. Acto seguido levantó el gancho del pestillo, salió del cuarto sin hacer ruido, bajó las escaleras y echó un vistazo a la puerta de la cocina, abierta de par en par: Nastasia le daba la espalda; estaba agachada, avivando el fuego del samovar de la patrona. No oyó nada. ¿Quién iba a imaginarse, por otra parte, que fuera a salir? Poco después ya estaba en la calle.

Eran las ocho, empezaba a ponerse el sol. El ambiente seguía siendo sofocante, pero Raskólnikov aspiró con avidez el aire malsano de la ciudad, hediondo, polvoriento. Notaba una ligera sensación de mareo; una suerte de energía salvaje centelleó de pronto en sus ojos febriles y en su rostro demacrado, pálido y amarillento. No sabía adónde ir, y eso tampoco le preocupaba; solo sabía una cosa: «Hay

que acabar hoy mismo con todo *esto*, de una vez por todas, sin tardanza»; de otro modo, no volvería a casa, porque *así no quería vivir*. Acabar con todo, pero ¿cómo? ¿Con qué medios? De eso sí que no tenía ni idea, y no quería pensar en eso. Intentaba sacudirse estos pensamientos, que lo atormentaban. Solo sentía, solo sabía una cosa: que todo tenía que cambiar, de un modo u otro. «Pase lo que pase», se repetía con una convicción y una determinación firme y desesperada.

Siguiendo su vieja costumbre, se encaminó hacia la plaza Sennaia por la ruta habitual de sus paseos. No había llegado a la plaza cuando vio en la calzada, delante de una tienda pequeña donde se vendía un poco de todo, a un joven organillero moreno que tocaba una romanza acusadamente sentimental. Acompañaba a una muchacha de unos quince años que estaba a su lado, en la acera, vestida como una señorita, de miriñaque, con mantilla, guantes y un sombrero de paja con una pluma roja como el fuego; todo viejo y ajado. Con la voz cascada de los cantantes callejeros, aunque sin duda agradable y potente, interpretaba aquella romanza en la confianza de que le cayeran un par de kopeks de la tienda. Raskólnikov se detuvo a escuchar junto con dos o tres curiosos más, sacó un *piatak* y se lo dio en mano a la muchacha. Esta interrumpió la canción abruptamente, en medio de la nota más aguda y sentimental, y le gritó con brusquedad al organillero: «¡Listos!», y se dirigieron a la siguiente tienda.

—¿Le gustan las canciones callejeras? —le preguntó Raskólnikov, inopinadamente, a uno de los viandantes que habían estado escuchando al organillero, un hombre de cierta edad y aspecto de *flâneur*[81] que lo miró perplejo—. A mí lo que me gusta —continuó, aunque viendo su cara nadie diría que hablaba de canciones callejeras— es oír cantar al son del organillo en una fría, oscura y húmeda tarde otoñal; sobre todo, húmeda, cuando todos los transeúntes tienen la cara macilenta y enfermiza; o, mejor todavía, cuando cae aguanieve, sin viento, en vertical, ¿sabe?, y se ve a través de ella brillar las farolas…

—No sé, señor… Disculpe… —farfulló el caballero, asustado por la pregunta y por el aspecto inquietante de Raskólnikov, y se cambió de acera.

Raskólnikov siguió su camino y fue a parar a la plaza Sennaia, a la esquina donde tenía su puesto el matrimonio de comerciantes que estaba hablando aquel día con Lizaveta; en esos momentos no los vio por allí. Se detuvo, reconociendo el lugar, miró a su alrededor y abordó a un joven con camisa colorada, que bostezaba a la puerta de un almacén de harina.

—¿Sabes ese hombre que tiene un puesto en esta misma esquina? Lo lleva con una mujer, su señora, me imagino…

—Hay tantos comerciantes… —respondió el joven, mirando a Raskólnikov con altivez.

—¿Cómo se llama?

—Pues como le hayan puesto en el bautizo.

—¿No serás de Zaraisk[82]? ¿De qué provincia eres?

El joven miró de nuevo a Raskólnikov.

—Nosotros, excelencia, no tenemos provincia, nosotros tenemos distrito. El que ha viajado es mi hermano[83]; yo, como siempre me quedaba en casa, no sé nada de eso… Tenga la inmensa bondad de perdonarme, excelencia.

—Eso de allí ¿es una casa de comidas?

—Es una taberna, y tienen billar; y también hay princesas… ¡De primera!

Raskólnikov cruzó la plaza. Había en la esquina una muchedumbre compacta, todos campesinos. Se metió por donde había más gente, fijándose en las caras. Por alguna razón, se sentía inclinado a trabar conversación con todo el mundo. Pero los campesinos no se fijaban en él; hablaban a voces, mientras iban formando grupos más pequeños. Raskólnikov se paró y, después de pensárselo un momento, torció a la derecha, en dirección a la avenida V. Dejando atrás la plaza, se internó por un callejón. Había recorrido muchas veces ese corto callejón que, haciendo un recodo, llevaba desde la plaza hasta la calle Sadóvaia. En los últimos

tiempos, algo le impulsaba a deambular por esos lugares; lo hacía cada vez que se sentía angustiado, para sentirse aún más angustiado. En esta ocasión se metió por allí sin pensar en nada. Había un enorme edificio, donde todo eran tabernas y otros negocios de ese estilo; continuamente salían de ellos mujeres vestidas «de andar por casa», con la cabeza descubierta y ligeras de ropa. En dos o tres sitios formaban grupos en la acera, preferentemente junto a las escaleras de los semisótanos, donde, saltando los escalones de dos en dos, podía uno bajar a toda clase de establecimientos festivos. De uno de ellos salía en aquellos momentos un alboroto y un griterío que se oía en toda la calle; vibraban las cuerdas de una guitarra, sonaban canciones y reinaba la alegría. Había a la entrada un nutrido grupo de mujeres; algunas sentadas en los escalones, otras en la acera, otras de pie, charlando entre ellas. Muy cerca, por mitad de la calzada, pasó un soldado borracho, maldiciendo a gritos, con un cigarrillo en la mano; daba la impresión de que se le había olvidado adónde quería ir. Un mendigo discutía con otro mendigo, y había un individuo, borracho como una cuba, tirado en medio de la calle. Raskólnikov se paró delante del grupo principal de mujeres. Hablaban con voces roncas; todas llevaban vestidos de percal y zapatos de cabritilla, e iban descubiertas. Algunas pasaban de los cuarenta años, otras apenas habrían cumplido diecisiete; casi todas tenían los ojos amoratados.

Por alguna razón se sintió atraído por las canciones y por todo el jaleo y el estruendo que llegaba de abajo… Entre las risas y los chillidos, bajo la fina voz de falsete que entonaba una briosa melodía acompañada a la guitarra, podía oírse cómo alguien bailaba frenéticamente, marcando el ritmo con los tacones. Raskólnikov, inclinado sobre la entrada, escuchaba atentamente, con aire triste y soñador, y desde la acera atisbaba con curiosidad el interior.

> Ay, mi lindo guardavías,
> no me pegues sin razón.

Fluía la fina voz del cantante. Raskólnikov se moría de ganas de entender bien lo que cantaba; ahí estaba la clave de todo.

«¿Y si entro? —pensaba—. ¡Qué risotadas! De la borrachera. ¿Qué pasa si bebo hasta emborracharme?».

—¿No entra, caballero? —preguntó una de aquellas mujeres con voz bastante clara, muy lejos aún de estar cascada. Era joven, y nada repulsiva: la única de todo el grupo.

—Vaya, ¡qué guapa! —respondió Raskólnikov; se levantó y se quedó mirándola.

La chica le sonrió; le había agradado mucho el cumplido.

—También está usted de muy buen ver —dijo.

—¡Demasiado delgado! —comentó otra, con voz grave—. ¿Recién salido del hospital?

—¡Parecen hijas de un general, pero luego hay que ver lo chatas que son! —comentó de repente un aldeano achispado que pasó con el *armiak*[84] desabrochado, con una sonrisa de picardía pintada en la cara—. ¡Caray, qué bien se lo pasan!

—¡Entra, ya que estás aquí!

—¡Allá voy, preciosidad!

Y bajó rodando las escaleras.

Raskólnikov siguió adelante.

—¡Escuche, caballero! —lo llamó por detrás la muchacha.

—¿Qué hay?

La chica se turbó.

—Yo, caballero, estaría encantada de compartir unas horas con usted, pero ahora me remuerde la conciencia. ¡Tenga la bondad, amable caballero, de darme seis kopeks para echar un trago!

Ráskolnikov le dio lo primero que sacó: tres *piatakí*.

—¡Ah, qué caballero más bondadoso!

—¿Cómo te llamas?

—Pregunte por Duklida.

—Pero ¡qué es esto! —advirtió de pronto una del grupo, moviendo la cabeza en un gesto de reproche a Duklida—. ¡No

entiendo cómo se puede pedir de esta manera! Yo me moriría de vergüenza…

Raskólnikov miró con curiosidad a la que había hablado. Era una buscona picada de viruela, de unos treinta años, llena de moratones, con el labio superior hinchado. Hablaba y razonaba con calma y seriedad.

«¿Dónde he leído yo[85] —pensaba Raskólnikov, alejándose de allí— que un condenado a muerte, una hora antes de la ejecución, pensaba o decía que, si tuviera que vivir en algún lugar elevado, sobre una roca, y en un espacio tan pequeño que apenas le cupieran los dos pies, rodeado del abismo, el océano, las tinieblas eternas, la soledad perpetua y la tempestad incesante, y quedarse así, en ese espacio diminuto, toda la vida, mil años, la eternidad, preferiría en cualquier caso vivir así que morir de inmediato? ¡Solo vivir, vivir y vivir! ¡Vivir como sea, pero vivir!… ¡Qué verdad es! ¡Señor, qué verdad es! ¡Qué miserable es el hombre! Como es un miserable aquel que por este motivo lo llama miserable», añadió poco después.

Fue a parar a otra calle: «¡Mira! ¡El Palacio de Cristal! Hace un rato Razumijin dijo algo del Palacio de Cristal. Pero ¿qué demonios quería hacer yo? ¡Ah, sí, leer…! Decía Zósimov que lo había leído en la prensa».

—¿Tienen periódicos? —dijo al entrar en una especie de taberna bastante limpia y espaciosa, con distintas salas, casi todas vacías. Había dos o tres clientes tomando té, y en una sala más alejada había un grupo de cuatro personas bebiendo champán. A Raskólnikov le dio la impresión de que Zamétov estaba entre ellas, pero desde esa distancia no lo pudo ver bien.

«Total, ¿qué más da?», pensó.

—¿Desea el señor un vodka? —preguntó el mozo.

—Tráeme un té. Y tráeme los periódicos atrasados, de los últimos cinco días, y te daré una buena propina.

—Como quiera, señor. Aquí tiene los de hoy. ¿Seguro que no quiere un vodka?

Los periódicos atrasados llegaron con el té. Raskólnikov se acomodó y empezó a mirar: «Isler… Isler… Isler… Aztecas… Aztecas… Isler… Bartola… Máximo… Aztecas… Isler[86]… ¡Uf, demonios! Ah, aquí están los sucesos: se cae por las escaleras… Un comerciante muere abrasado por el alcohol… Un incendio en Peskí… Un incendio en Peterbúrgskaia Storoná… Otro incendio en Peterbúrgskaia Storoná… Otro incendio más en Peterbúrgskaia Storoná… Isler… Isler… Isler… Isler… Máximo… Ah, aquí…».

Por fin encontró lo que andaba buscando, y empezó a leer; las líneas le bailaban delante de los ojos, a pesar de lo cual se leyó de cabo a rabo la «noticia» y se lanzó a buscar ávidamente más informaciones en los números siguientes. Las manos le temblaban según iba pasando las hojas, presa de una impaciencia febril. De improviso, alguien se sentó a su lado, en su misma mesa. Levantó la vista: Zamétov, el mismo Zamétov, y con el mismo aspecto de la otra vez, con sortijas, con cadenas, con la raya en medio del pelo moreno, rizado y untado con pomada, con su elegante chaleco, su chaqueta algo gastada y su camisa demasiado usada. Estaba de buen humor, o por lo menos exhibía una sonrisa alegre y cordial. Por culpa del champán, se le habían subido los colores al rostro moreno.

—¡Caramba! ¿Está usted aquí? —empezó manifestando su sorpresa, hablando en un tono como si se conocieran de toda la vida —. Ayer mismo me decía Razumijin que todavía estaba usted inconsciente. ¡Esto sí que es raro! El caso es que estuve en su casa…

Raskólnikov estaba seguro de que iba a acercarse a hablar con él. Retiró los periódicos y se volvió hacia Zamétov. Había una sonrisa irónica en sus labios, que dejaba entrever nuevamente su impaciencia irritada.

—Sí, ya sé que vino a casa —contestó—, eso me dijeron. Estuvo buscando un calcetín… Sabrá que Razumijin está fascinado con usted; dice que fueron juntos a casa de Laviza Ivánovna, ya sabe, la mujer a la que usted intentaba proteger aquel día, haciéndole señas

al teniente Pólvora, pero él no se enteraba de nada, ¿se acuerda? Cómo podía no enterarse… la cosa estaba clara, ¿verdad?

—Y ¡qué pendenciero!

—¿Quién? ¿El teniente Pólvora?

—No, su amigo Razumijin…

—Qué bien vive usted, señor Zamétov, ¡entrada gratis en los mejores sitios! ¿Quién le ha invitado ahora a champán?

—Estábamos… bebiendo juntos… Pero ¿por qué tenía nadie que invitarme?

—¡Sus honorarios! ¡De todo sacan provecho! —Raskólnikov se echó a reír—. ¡Nada, nada! ¡Buen chico! —añadió, dándole una palmadas en la espalda a Zamétov—. Se lo digo sin mala intención, «con todo el cariño, en broma», como ese pintor suyo, el de la historia de la vieja, cuando estaba sacudiendo a Mitka.

—Y usted ¿cómo lo sabe?

—A lo mejor sé más que usted.

—Sí que es usted raro… Me imagino que aún está bastante enfermo. No debería haber salido…

—¿Tan raro le parezco?

—Sí. ¿Estaba leyendo los periódicos?

—Sí.

—Hay muchas noticias de incendios[87] …

—No estaba leyendo noticias de incendios. —En ese momento miró enigmáticamente a Zamétov; una sonrisa burlona volvió a dibujarse en sus labios—. No, no estaba leyendo noticias de incendios —prosiguió, guiñándole un ojo a Zamétov—. Reconozca, amable joven, que se muere de ganas de saber qué es lo que estaba leyendo.

—No me interesa en absoluto; solo era por preguntar. O ¿es que no puede uno preguntar? Usted a todo…

—Escuche, usted es un hombre culto, leído, ¿no?

—Acabé sexto curso en el gimnasio.

—¡Sexto! ¡Ay, mi gorrioncillo! Con esa raya en el pelo, lleno de anillos… ¡es usted un hombre rico! ¡Uf, qué jovencito tan encantador!

—En ese momento Raskólnikov estalló en una risa nerviosa, en plena cara de Zamétov. Este se echó para atrás, no porque se sintiera ofendido, sino por la tremenda sorpresa.

—¡Uf, sí que es raro! —insistió Zamétov, con total seriedad—. Me da la impresión de que aún sigue delirando.

—¿Que yo deliro? ¡Te equivocas, gorrioncillo!… ¿Así que me ves raro? ¿Me encuentra curioso, a que sí? ¿No me encuentra curioso?

—Sí, curioso.

—Entonces ¿quiere que le diga lo que estaba leyendo, lo que buscaba? ¡Ya ve cuántos periódicos he pedido que me sacaran! Sospechoso, ¿verdad?

—A ver, dígame.

—¿Es todo oídos?

—¿Por qué dice eso?

—Después se lo explico, pero ahora, querido mío, le comunico… No, mejor: «le confieso»… No, tampoco: «declaro», y usted toma nota… ¡Eso es! Pues bien, declaro que estaba leyendo, interesándome… buscando y rebuscando… —Raskólnikov entrecerró los ojos e hizo una pausa—. Estaba buscando, y he entrado aquí con ese propósito, noticias del asesinato de la vieja viuda de funcionario —dijo por fin, prácticamente en un susurro, acercando exageradamente su cara a la de Zamétov. Este no dejaba de mirarlo, sin moverse y sin apartar la cara. Más tarde, lo que más le chocaría a Zamétov era que hubieran podido estar así callados un minuto entero, mirándose los dos todo ese tiempo.

—Bueno, y ¿qué más dará lo que haya leído? —exclamó de repente, perplejo e impaciente—. ¡No es asunto mío! ¿Y qué?

—Esa es la misma vieja —siguió diciendo Raskólnikov, en un susurro, como antes, y sin inmutarse ante las exlamaciones de Zamétov— de la que estaban hablando ustedes en comisaría, no sé si se acuerda, cuando perdí el conocimiento. ¿Qué? ¿Lo entiende ahora?

—¿A qué se refiere? ¿Qué tengo que entender? —preguntó Zamétov, que empezaba a alarmarse.

El semblante serio e imperturbable de Raskólnikov se alteró en un momento, y estalló de repente en una carcajada nerviosa, igual que antes, como si fuera totalmente incapaz de dominarse. Y en un abrir y cerrar de ojos le pareció revivir con una claridad asombrosa las sensaciones que había vivido en un momento no muy lejano, cuando estaba detrás de la puerta con el hacha en la mano, mientras el pestillo temblaba y aquellos dos maldecían y zarandeaban la puerta, y de repente le habían entrado ganas de gritarles, de insultarlos, de burlarse de ellos, de reírse a carcajadas, de reírse, reírse, reírse…

—Usted, o está loco, o… —dijo Zamétov, y se quedó callado, como turbado con la idea que le había venido repentinamente a la cabeza.

—¿O? ¿O qué? A ver, ¿qué? Vamos, ¡no se lo calle!

—¡Nada! —contestó Zamétov, irritado—. ¡Es absurdo!

Se callaron los dos. Después del repentino ataque de risa, Raskólnikov estaba triste y pensativo. Apoyó los codos en la mesa y hundió la cabeza entre las manos. Parecía haberse olvidado por completo de Zamétov. El silencio se prolongó bastante tiempo.

—¿No se toma el té? Se le va a enfriar —dijo Zamétov.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿El té?… Es verdad… —Raskólnikov dio un sorbo del vaso y se llevó un trocito de pan a la boca; de pronto, tras mirar a Zamétov, pareció acordarse de todo y cobró nuevos bríos: en ese momento reapareció en su semblante la expresión burlona de antes. Siguió tomando el té.

—Últimamente no hay más que bandidos —dijo Zamétov—. Hace nada leía en el *Moskovskie védomosti*[88] que en Moscú habían atrapado a una banda de falsificadores de moneda. Toda una sociedad. Falsificaban billetes.

—¡Ah, de eso ya hace mucho! Lo leí el mes pasado —contestó tranquilamente Raskólnikov—. ¿Así que, en su opinión, son unos bandidos? —añadió con una sonrisa.

—¿Cómo no van a serlo?

—¿Esos? Esos son unos críos, unos *blancs-becs*[89]; ¡qué van a ser unos bandidos! ¡Medio centenar de personas reunidas para eso!

¿Será posible? ¡Tres ya serían muchos, y cada uno tendría que tener más confianza en los demás que en él mismo! ¡Basta con que a uno le tiren de la lengua, estando borracho, para que todo se vaya al traste! *Blancs-becs!* Contratan a gente que no es de fiar para que vaya a cambiar los billetes; ¿cómo se puede confiar esa tarea al primero que llega? Muy bien, pongamos que esos *blanc-becs* tienen suerte, pongamos que cada uno cambia un millón; y luego ¿qué? ¿Y el resto de su vida? ¡Cada uno de ellos está en manos de los demás hasta el fin de sus días! ¡Más vale ahorcarse! Si ni siquiera son capaces de poner el dinero en circulación: va uno a cambiar a una oficina, le entregan cinco mil rublos y las manos le empiezan a temblar. Llevaba cuatro mil contados y, al llegar al quinto millar, dice que no hace falta contarlo, que se fía, se mete el dinero en el bolsillo y se marcha a toda prisa. Naturalmente, levantó sospechas. Y todo se va al traste por culpa de un idiota. No puede ser.

—¿Que le tiemblen las manos? —replicó Zamétov—. No; es perfectamente posible. Estoy convencido de que puede pasar. A veces uno no se puede controlar.

—¿Solo por eso?

—Y ¿usted podría controlarse? ¡Yo por lo menos no podría! ¡Pasar esas angustias para ganarse cien rublos…! Ir con un billete falso… ¿adónde? ¿A una oficina bancaria, donde se las saben todas? No, no sabría qué hacer. ¿Usted sabría?

Nuevamente Raskólnikov se moría de ganas de «sacar de sus casillas» a su interlocutor. Un escalofrío le recorría la espalda una y otra vez.

—Yo habría actuado de otra manera —empezó, desviándose mucho de la cuestión—. Esto es lo que haría yo para cambiar el dinero: contaría con todo cuidado, como cuatro veces, los primeros mil rublos, mirando y remirando cada billete. Me pondría entonces con el segundo millar; empezaría contando los billetes, hasta la mitad, y sacaría algún billete de cincuenta rublos para mirarlo a la luz, luego le daría la vuelta, y otra vez a mirarlo a la luz, por si era falso. «Estoy preocupado, ¿sabe usted?; hace unos días, una

pariente mía perdió de este modo veinticinco rublos»; y les contaría una larga historia. Y, al empezar con el tercer millar, diría: «Perdone usted, ahora me entran dudas de si no me habré confundido cuando iba por los setecientos»; total, que dejaría de lado el tercer millar, y otra vez a recontar el segundo. Y así hasta los cinco mil. Y, una vez que hubiera terminado, sacaría un billete del quinto millar y otro del segundo, volvería a mirarlos a la luz, como recelando, y diría: «Cámbiemelos, por favor». Así que el empleado acabaría sudando la gota gorda y ya no sabría qué hacer para librarse de mí. Por fin, al terminar, me levantaría, abriría la puerta y… «Ah, sí, disculpe», me daría la vuelta para preguntar cualquier cosa o pedir alguna explicación. ¡Eso es lo que haría yo!

—¡Uf, qué cosas más tremendas dice usted! —dijo Zamétov, entre risas—. Pero es muy fácil hablar, y ya veríamos si, a la hora de la verdad, no metía usted la pata. Le diré que, en mi opinión, no solo la gente como usted o como yo, sino incluso un hombre bregado, un hombre que no tiene nada que perder, no siempre las tiene todas consigo. Sin ir más lejos, la vieja que mataron en nuestro distrito, por ejemplo. Ya lo ve, el asesino parece alguien desesperado, que se la juega en pleno día, que se ha salvado de puro milagro; y, sin embargo, le ha temblado el pulso: no fue capaz de consumar el robo, no tuvo arrestos; está demostrado…

Raskólnikov parecía ofendido.

—¡Demostrado! Entonces ¡deténganlo! Venga, ¿a qué espera? —exclamó, burlándose mordazmente de Zamétov.

—Ya lo detendrán.

—¿Quiénes? ¿Ustedes? ¿Ustedes lo va a detener? Lo único que les importa es saber si alguien está tirando el dinero. Uno que estaba sin blanca empieza de repente a malgastar: ¿cómo no va a ser él? Sabiendo eso, un niño pequeño puede volverles locos, en cuanto se le antoje.

—Pues eso, ni más ni menos, es lo que hacen todos —replicó Zamétov—; un hombre mata con astucia, se juega la vida, y luego va

derecho a la taberna. A gastar, y así es como lo pillan. No todos son tan listos como usted. Usted no iría a una taberna, ¿verdad que no?

Raskólnikov frunció el ceño y miró fijamente a Zamétov.

—Cualquiera diría que está usted encantado, y quiere saber cómo actuaría yo en ese caso, ¿no es así? —preguntó de mala gana.

—Sí, me gustaría saberlo —respondió Zamétov firmemente, hablando con toda seriedad. Lo mismo sus palabras que su semblante se habían vuelto demasiado serios.

—¿Mucho?

—Sí, mucho.

—Muy bien. Voy a decirle lo que habría hecho yo —empezó Raskólnikov, y una vez más aproximó su cara a la de Zamétov, lo miró fijamente y bajó tanto la voz que este no pudo evitar estremecerse—. Esto es lo que habría hecho: habría cogido el dinero y las joyas y, nada más salir de allí, antes de acercarme a casa de nadie, habría ido a algún lugar perdido, rodeado de vallas, prácticamente desierto, una especie de huerto o algo por el estilo. Antes, le habría echado el ojo en ese sitio a alguna piedra grande, de esas que pesan un *pud* o *pud* y medio, situada en un rincón, cerca de la valla, y que nadie ha tocado desde la construcción del edificio; habría levantado esa piedra (seguro que quedaba un hueco debajo), y habría metido en ese hueco las joyas y el dinero. Habría puesto la piedra en su sitio, tal y como estaba antes, la habría apretado un poco con el pie y me habría marchado de allí. Un año, dos años habría estado sin tocar nada, puede que tres… Y nada, ¡a buscar! ¡Si te he visto, no me acuerdo!

—Está usted loco —afirmó Zamétov, hablando también él, a saber por qué, en voz muy baja, y apartándose de pronto de Raskólnikov. A este le brillaban los ojos; estaba terriblemente pálido; el labio superior le temblaba, fuera de control. Se inclinó todo lo que pudo hacia Zamétov y empezó a mover los labios, sin decir nada; cerca de medio minuto se prolongó esta situación: sabía lo que hacía, pero no podía dominarse. Una palabra atroz temblaba en sus

labios, igual que había temblado entonces el pestillo en la puerta: de un momento a otro podía escapársele esa palabra, podía pronunciarla, ¡podía ponerse a hablar!

—¿Y si hubiera matado yo a la vieja y a Lizaveta? —dijo de pronto y… recapacitó.

Zamétov lo miró asustado y se puso blanco como un mantel. Una sonrisa le deformó el rostro.

—¿Acaso es posible? —preguntó, con voz casi inaudible.

Raskólnikov lo miró con rabia.

—Reconozca que se lo ha creído. ¿Eh? ¿A que sí?

—¡En absoluto! Y ¡ahora menos que nunca! —se apresuró a decir Zamétov.

—¡Por fin ha caído! He cazado al gorrioncillo. Por tanto, antes sí se lo creía, puesto que dice que ahora lo cree «menos que nunca».

—¡No me lo creo en absoluto! —exclamó Zamétov, evidentemente desconcertado—. ¿Para esto ha estado asustándome? ¿Para llegar a esto?

—Entonces ¿no se lo cree? Y ¿de qué hablaron en mi ausencia, cuando me fui de la comisaría aquella vez? Y ¿por qué me interrogó el teniente Pólvora cuando recobré el conocimiento? Oye —llamó al mozo, levantándose y cogiendo la gorra—, ¿cuánto es?

—Treinta kopeks, señor —respondió aquel, acudiendo enseguida.

—Aquí tienes otros veinte más para vodka. ¡Mire cuánto dinero! —Extendió hacia Zamétov la mano trémula con los billetes—. Rojos, azules: veinticinco rublos. ¿De dónde los habré sacado? Y ¿de dónde ha salido este traje nuevo? ¡Usted sabe que no tenía un kopek! Seguro que ha interrogado a mi patrona… Bueno, ¡ya es suficiente! *Assez causé!*[90] Hasta la vista… ¡Ha sido un placer!…

Salió a la calle, temblando de pies a cabeza, con una sensación de histeria desatada, en la que había un componente de placer insoportable; por otra parte, estaba deprimido y muerto de cansancio. Tenía el rostro descompuesto, como si acabara de sufrir un ataque. La fatiga aumentaba por momentos. Cualquier sacudida, cualquier sensación estimulante, reavivaba al instante sus fuerzas,

pero estas se disipaban igual de rápido, en cuanto se debilitaba el estímulo.

Zamétov, una vez solo, se quedó un buen rato allí sentado, entregado a sus reflexiones. Sin proponérselo, Raskólnikov había alterado sus ideas sobre cierta cuestión y había contribuido a establecer definitivamente su opinión.

«¡Iliá Petróvich es un mentecato!», concluyó.

Apenas acababa Raskólnikov de abrir la puerta de la calle, cuando de pronto, en las escaleras de acceso, se tropezó con Razumijin, que se disponía a entrar. No se vieron hasta el último momento, y a punto estuvieron de embestirse. Estuvieron unos segundos midiéndose el uno al otro con la mirada. Razumijin estaba tremendamente perplejo, pero súbitamente la ira, una ira auténtica, centelleó amenazante en sus ojos.

—¡Mira tú por dónde! —gritó como un salvaje—. ¡Se ha escapado de la cama! Y ¡yo buscándolo hasta debajo del diván! ¡Hemos subido al desván! Por tu culpa, he estado a punto de pegar a Nastasia… Y ¡mira dónde estaba! ¡Rodka! ¿Qué significa esto? ¡Dime toda la verdad! ¡Confiesa! ¿Me estás oyendo?

—Significa que estoy mortalmente aburrido de todos vosotros y que quiero estar solo —respondió Raskólnikov con tranquilidad.

—¿Solo? Pero ¡si no puedes dar un paso, si tienes la cara pálida como un lienzo, si no te llega el aire a los pulmones! ¡Necio!… ¿Qué hacías en el Palacio de Cristal? ¡Confiesa, y rápido!

—¡Déjame! —dijo Raskólnikov, que pretendía seguir su camino. Esto acabó con la paciencia de Razumijin, que lo agarró del hombro con firmeza.

—¿Que te deje? ¿Cómo te atreves a exigirme que te deje? ¿Sabes lo que voy a hacer contigo ahora mismo? ¡Voy a cogerte con fuerza, atarte, llevarte a casa debajo del brazo y dejarte encerrado con llave!

—Escucha, Razumijin —empezó Raskólnikov con suavidad y aparentemente sereno—, ¿es que no te das cuenta de que no necesito tus atenciones? ¿Qué ganas tienes de sacrificarte por

alguien que… desprecia tu ayuda? ¿Por alguien a quien le molesta profundamente? ¿Por qué te empeñaste en venir a buscarme al principio de mi enfermedad? Posiblemente, la muerte habría sido para mí una alegría inmensa. En fin, ¿es que no te he dado hoy pruebas suficientes de que me haces sufrir, de que ya… me tienes harto? ¿Qué ganas tienes de martirizar a la gente? Te aseguro que todo esto perjudica gravemente mi restablecimiento, porque no hace más que irritarme. Ya has visto hace un rato cómo se marchaba Zósimov de mi cuarto, para no alterarme. ¡Déjalo también tú, por el amor de Dios! Y, por último, ¿qué derecho tienes a retenerme a la fuerza? ¿No te das cuenta ahora de que estoy en pleno uso de mis facultades? Dime, dime cómo tengo que suplicarte que no me persigas con tu generosidad. Seré un desagradecido, seré un miserable, pero ¡dejadme en paz, tú y todos vosotros, dejadme en paz, por el amor de Dios! ¡Dejadme! ¡Dejadme!

Había empezado con calma, regodeándose de antemano en todo el veneno que pensaba derramar, pero concluyó fuera de sí, ahogándose, igual que le había pasado antes con Luzhin.

Razumijin se quedó parado, reflexionó unos segundos y le soltó el hombro a Raskólnikov.

—¡Puedes irte al infierno! —dijo en voz baja, casi distraído—. ¡Espera! —bramó súbitamente, cuando Raskólnikov estaba ya a punto de ponerse en marcha—. Me vas a escuchar. Déjame decirte que todos vosotros, del primero al último, sois unos charlatanes y unos fanfarrones. Cuando sufrís un pequeño contratiempo, ¡lo empolláis como la gallina los huevos! Y hasta en eso sois unos plagiarios. ¡No hay en vosotros ni rastro de vida independiente! ¡Estáis hechos de esperma de ballena; no tenéis sangre, sino suero! ¡No me fío de ninguno de vosotros! ¡Para vosotros lo primero, en cualquier circunstancia, es no parecer seres humanos! ¡Aaalto! —gritó con redoblada furia, advirtiendo que Raskólnikov hacía una vez más ademán de marcharse—. ¡Me vas a escuchar hasta el final! Como sabes, hoy doy una fiesta para celebrar que me he mudado de casa; puede que algunos invitados ya hayan llegado, pero he dejado

allí a mi tío (acabo de pasarme por allí) para que los atienda. Total, que si no fueras un idiota, un idiota de tomo y lomo, un idiota de marca mayor, si no fueras la traducción de una obra extranjera… verás, Rodia, yo reconozco que eres un tipo inteligente, pero ¡eres un idiota! En fin, que, si no fueras un idiota, lo mejor que podrías hacer sería venir ahora a mi casa y disfrutar de la velada, en lugar de gastar tus botas en vano. Total, ya que has salido, ¡eso ya no tiene remedio! Te puedo proporcionar un sofá bien mullido, los caseros tienen uno… Un poco de té, buena compañía… O mejor, puedes estar echado en el sofá… en cualquier caso, estarías a nuestro lado… Y Zósimov también va a estar allí. ¿Por qué no vienes?

—No.

—¡Tú qué sabrás! —exclamó Razumijin, perdiendo la paciencia—. ¿Cómo puedes saberlo? ¡No estás en condiciones de responder por ti! Y además no entiendes nada… Mil veces he renegado de la gente, igual que tú, y al final he vuelto con el rabo entre las piernas… ¡Uno se avergüenza y acaba volviendo a vivir con las personas! Así que acuérdate: casa de Pochínkov, tercer piso…

—Si sigue usted así, señor Razumijin, el día menos pensado permitirá que le azoten, por pura benevolencia.

—¿A quién? ¿A mí? ¡Como a alguien se le ocurra, le arranco la nariz! Casa de Pochínkov, número cuarenta y siete, vivienda del empleado Bábushkin…

—¡No pienso ir, Razumijin! —Raskólnikov se dio media vuelta y echó a andar.

—¡Apuesto a que sí! —le gritó Razumijin, mientras se alejaba—. Si no… ¡Si no, no quiero saber nada de ti! ¡Eh, un momento! ¿Está aquí Zamétov?

—Sí.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Habéis hablado?

—Sí.

—¿De qué? Bah, es igual, no me lo digas. Pochínkov, cuarenta y siete, Bábushkin, ¡acuérdate!

Raskólnikov llegó a la calle Sadóvaia y dobló en aquella esquina. Razumijin lo vio alejarse, pensativo. Finalmente, con un gesto de resignación, entró en el edificio, pero se detuvo en mitad de las escaleras.

«¡Qué demonios! —se dijo, casi en voz alta—. Las cosas que dice tienen sentido, pero es como si… ¡Si seré idiota! ¡Como si los locos no dijeran cosas que tienen sentido! Y a Zósimov eso es lo que más le preocupa, o esa impresión me dio a mí. —Se llevó un dedo a la sien—. ¿Y si?… ¿Cómo iba a dejarlo solo ahora? Es muy capaz de ahogarse… Pues ¡sí que la he hecho buena! ¡No puede ser!». Dio media vuelta, y echó a correr en busca de Raskólnikov, pero no había ni rastro de él. Maldijo su suerte y regresó a toda prisa al Palacio de Cristal, a preguntar lo antes posible a Zamétov.

Raskólnikov fue derecho hasta el puente de X., se detuvo en el centro, apoyó los codos en el pretil y se puso a mirar a lo lejos. Después de separarse de Razumijin, se había sentido tan debilitado que a duras penas había conseguido llegar hasta allí. Tenía ganas de sentarse o tumbarse en cualquier sitio, aunque fuera en plena calle. Inclinado sobre las aguas, contempló maquinalmente el último resplandor rosado del ocaso, las hileras de casas oscurecidas por el crepúsculo, cada vez más cerrado, y la ventana de una mansarda distante, allá en la orilla izquierda, que brillaba como envuelta en llamas, iluminada fugazmente por el último rayo de sol. Seguidamente se fijó en las sombrías aguas del canal y pareció concentrarse en la visión de aquellas aguas. Por fin, una serie de círculos rojos empezaron a girar en sus ojos, las casas parecían moverse, los transeúntes, los malecones, los carruajes, todo eso se puso a dar vueltas y a bailar a su alrededor. De pronto se estremeció; una visión monstruosa y desquiciada había venido a impedir un nuevo desmayo. Había advertido que alguien se paraba a su derecha, muy cerca de él; levantó la vista y vio a una mujer, alta, con un pañuelo en la cabeza, con el rostro alargado, demacrado y

amarillento, los ojos rojos y hundidos. Dirigía la mirada hacia él, pero era evidente que no veía nada y no podía distinguir a nadie. De pronto apoyó el brazo derecho en el pretil, levantó la pierna derecha y la pasó por encima de la barandilla, después la izquierda, y se arrojó al canal. Se abrieron las sucias aguas y se tragaron al instante a la infeliz, pero poco después la ahogada salió a flote y la corriente se la llevó mansamente, con la cabeza y las piernas sumergidas, la espalda flotando en la superficie y la falda hinchada, fuera del agua, como una almohada.

—¡Se ahoga! ¡Se ahoga! —gritaban decenas de voces, y la gente acudía. Las dos orillas estaban atestadas de espectadores; la multitud se agolpaba en el puente, alrededor de Raskólnikov, empujándolo por detrás.

—Pero ¡si es nuestra Afrosíniushka, *bátiushki*! —se oyó por allí cerca un grito lastimero de mujer—. ¡Salvadla, *bátiushki*! ¡Por lo que más queráis, sacadla del agua!

—¡Una barca! ¡Una barca! —gritaban entre la multitud.

Pero no hizo falta una barca: un guardia bajó corriendo las escaleras que llevan al canal, se quitó el capote y las botas y se tiró al agua. La labor no fue demasiado complicada: la corriente había arrastrado a la ahogada, dejándola a dos pasos de las escaleras, y él solo tuvo que agarrarla de la ropa con la mano derecha, mientras con la izquierda conseguía aferrarse a una pértiga que le había alargado un compañero. Enseguida la ahogada estaba fuera. La tumbaron sobre las losas de granito de las escaleras. No tardó en volver en sí: se incorporó, se quedó sentada y empezó a toser y estornudar, mientras se escurría absurdamente el vestido empapado con las manos. No dijo nada.

—Lo que habrá bebido, *bátiushki*, lo que habrá bebido —gimoteaba la misma voz femenina de antes, al lado de Afrosíniushka—. El otro día intentó colgarse, tuvimos que cortarle la cuerda. Hace un rato voy a la tienda, dejo con ella a mi hija para que la vigilara, y ¡ya ven qué desgracia! Es una vecina, *bátiushka*, una vecina nuestra, vivimos aquí al lado, la segunda casa desde la esquina, ahí la tiene…

La muchedumbre se iba dispersando, unos policías seguían atendiendo a la mujer, alguien gritó algo sobre la comisaría… Raskólnikov lo observaba todo con una extraña sensación de indiferencia y apatía. Le resultaba muy desagradable. «No, es repugnante… el agua… no vale la pena —farfullaba, hablando para sí—. No lleva a ningún sitio —añadió—, no hay nada que esperar. Y ¿qué hay de la comisaría?… ¿Por qué no está allí Zamétov? La comisaría está abierta hasta las diez…». Se colocó de espaldas al pretil, se apoyó en él y echó un vistazo a un lado y otro.

«¡Muy bien! ¡Claro que sí!», se dijo, resuelto; dejó el puente y se alejó, en dirección a la comisaría. Tenía el corazón hueco y vacío. No quería pensar en nada. Hasta la angustia se le había pasado; no quedaba ni rastro de aquel impulso con el que había salido de casa, diciéndose que tenía que acabar con todo. Su lugar lo había ocupado la más completa apatía.

«Bueno, ¡siempre es una salida! —pensaba, avanzando con calma, desganado, por el malecón del canal—. En cualquier caso, acabo con esto porque quiero… Pero ¿es una salida? Total, ¡qué más da! Algún espacio habrá, por pequeño que sea, ¡je! Pero vaya un final, de todos modos. ¿Seguro que es el final? ¿Se lo cuento o no se lo cuento? Ah… ¡maldición! Sí que estoy cansado: necesito sentarme o tumbarme enseguida. Lo que me da más vergüenza es lo estúpido que es. Bueno, esto tampoco me interesa. Uf, cuántas tonterías me vienen a la cabeza…».

Para llegar a la comisaría tenía que ir todo recto, y después, en el segundo cruce, doblar a la izquierda: estaba allí mismo, a dos pasos. Pero, al llegar al primer cruce, se paró, reflexionó, torció por un callejón y cruzó dos calles más, dando un rodeo; puede que lo hiciera sin ningún propósito, o puede que intentase aplazarlo un minuto y ganar algo de tiempo. Iba mirando al suelo. De pronto, le dio la sensación de que alguien le susurraba algo al oído; levantó la cabeza y vio que estaba al lado de *esa* casa, justo delante de la entrada. Desde *aquella* tarde no había vuelto allí, ni había pasado cerca.

Un deseo irreprimible e inexplicable se apoderó de él. Llegó a la casa, cruzó el portalón, entró por la primera puerta a la derecha y empezó a subir las escaleras, que conocía tan bien, camino del cuarto piso. Las escaleras, estrechas y empinadas, estaban a oscuras. Hacía un alto en cada rellano y lo examinaba todo con interés. En el rellano del primer piso faltaba el marco de la ventana. «Antes no estaba así», pensó. Ahí estaba la vivienda del segundo, donde habían trabajado Nikolashka y Mitka: «Cerrada; y la puerta está recién pintada; se conoce que la van a alquilar». El tercer piso… y el cuarto… «¡Aquí es!». Se quedó estupefacto al ver la puerta abierta de par en par. Había gente, se oían voces; era lo último que se habría esperado. Después de ciertos titubeos, subió los últimos peldaños y entró en la casa.

También la estaban reformando; dentro había gente trabajando; aquello le llamó poderosamente la atención. Se había imaginado, a saber por qué, que se la encontraría tal y como la había dejado entonces; incluso, por qué no, con los cadáveres en el suelo, en el mismo sitio. En cambio, lo que había eran paredes desnudas y sin muebles; le resultaba un tanto extraño. Se acercó a la ventana y se sentó en el alféizar.

Solo había dos obreros, ambos jóvenes: uno de ellos algo mayor, el otro bastante más joven. Estaban pegando en las paredes el nuevo papel pintado, blanco y con unas florecillas lilas, en lugar del que había antes, todo desgarrado, sucio y amarillento. A Raskólnikov, por alguna razón, no le hizo ninguna gracia; observaba el papel nuevo con hostilidad, como si le diera pena que lo hubieran cambiado.

Los trabajadores, evidentemente, se habían entretenido; en esos momentos estaban enrollando el papel y se disponían a marcharse a casa. Prácticamente no repararon en la presencia de Raskólnikov. Siguieron con su charla, mientra Raskólnikov se cruzaba de brazos y se dedicaba a escuchar.

—Me llega una mañana —le contaba el mayor al más joven—, muy tempranito, toda emperifollada. «¿Qué haces aquí —le digo—

tan acicalada? ¿Qué haces aquí tan engalanada?». «De ahora en adelante, Tit Vasílich, yo solo quiero cumplir su voluntad». ¡Como te lo digo! Y ¡cómo iba vestida! ¡Igual que en una revista; ni más ni menos, igual que en una revista!

—¿Una revista? Y ¿eso qué es, abuelo? —preguntó el joven. Evidentemente, aprendía muchas cosas con el «abuelo».

—Pues verás, hermanito, en las revistas hay unos dibujitos coloreados; cada sábado las reciben los sastres, se las mandan por correo del extranjero, y sirven para que sepan cómo tienen que vestir a la gente, lo mismo a los hombres que a las mujeres. Total, que son unos dibujos. Los hombres suelen llevar abrigos de piel, y en cuanto al apartado femenino, son tan descocadas, hermano, que todo lo que te cuente es poco.

—¡Qué no habrá en este Píter[91]! —exclamó el más joven, con entusiasmo—. ¡Menos un padre y una madre, aquí encuentras de todo!

—Salvo eso, aquí hay de todo, hermano —dijo el más viejo, en tono sentencioso.

Raskólnikov se levantó y pasó al otro cuarto, en el que antes estaban la cama, la cómoda y el cofre; sin muebles, la habitación le pareció diminuta. El papel de las paredes seguía siendo el mismo; en uno de los rincones, se notaba claramente la marca que había dejado la urna con los iconos. Después de echar un vistazo, se volvió a la ventana. El trabajador mayor lo vigilaba con el rabillo del ojo.

—¿Qué se le ofrece, señor? —preguntó de repente, dirigiéndose a él.

Por toda respuesta, Raskólnikov se levantó, pasó al vestíbulo, agarró la campanilla y tiró de ella. ¡La misma campanilla, el mismo ruido de latón! Tocó una segunda vez, una tercera; escuchaba con atención, tratando de hacer memoria. La atroz, la monstruosa impresión de aquel día empezaba a revivirla con creciente intensidad; con cada nuevo toque se estremecía, y le iba pareciendo más y más placentero.

—¿Se puede saber qué quieres? Y ¿quién eres? —le gritó el obrero, yendo hacia él. Raskólnikov volvió a cruzar la puerta.

—Quiero alquilar la vivienda —dijo—; estaba echando un vistazo.

—De noche no se alquilan las viviendas; aparte de eso, tendría usted que venir con el portero.

—Han limpiado el suelo; ¿lo van a pintar? —siguió Raskólnikov—. ¿No ha quedado sangre?

—¿Qué sangre?

—Aquí fue donde mataron a la vieja y a su hermana. Menudo charco había.

—Y ¿tú quién eres? —gritó intranquilo el obrero.

—¿Yo?

—Sí.

—Y ¿para qué lo quieres saber?… Vamos a comisaría, allí te lo diré.

Los obreros lo miraron perplejos.

—Ya es hora de irse, se nos ha hecho tarde. Vamos, Alioshka. Tenemos que cerrar —dijo el mayor.

—Muy bien, ¡vámonos! —respondió Raskólnikov con indiferencia, y salió el primero, bajando despacio las escaleras—. ¡Eh, portero! —gritó, al llegar al portón.

Había varias personas en la entrada, mirando a la gente que pasaba por la calle: los dos porteros, una mujer, un artesano en bata y algunos individuos más. Raskólnikov fue derecho a ellos.

—¿Qué desea? —le preguntó uno de los porteros.

—¿Ha estado en la comisaría?

—De allí vengo. ¿Qué quiere?

—¿Todavía hay gente?

—Sí.

—¿Está también el ayudante?

—Ha estado un rato. ¿Qué quiere usted?

Raskólnikov no respondía; se había parado al lado de aquella gente, pensativo.

—Ha venido a ver la vivienda —dijo el obrero de más edad, acercándose a ellos.

—¿Qué vivienda?

—Donde estamos trabajando. Dice: «¿Para qué han limpiado la sangre? Aquí se ha cometido un asesinato, y yo he venido a alquilar la vivienda». Y le ha dado por tocar la campanilla; por poco no la rompe. Y dice: «Vamos a comisaría, allí lo aclaro todo». Y no nos deja en paz.

El portero miraba atentamente a Raskólnikov, perplejo y frunciendo el ceño.

—¿Se puede saber quién es usted? —le gritó, amenazante.

—Soy Rodión Románych Raskólnikov, antiguo estudiante, y vivo en la casa de Schill, muy cerca de aquí, en la habitación número catorce. Pregúntale al portero… él me conoce. —Raskólnikov dijo todo esto con cierta pereza, pensativo, sin volverse, sin dejar de mirar la calle, cada vez más oscura.

—¿A qué ha venido?

—A echar un vistazo.

—Y ¿qué es lo que hay que ver?

—¿Qué tal si lo llevamos a comisaría? —terció de pronto el artesano, y se calló.

Raskólnikov lo miró de reojo y por encima del hombro, lo examinó atentamente y dijo, siempre en voz baja y como con desgana:

—¡Vamos!

—¡Sí, hay que llevarlo! —insistió el artesano, envalentonado—. ¿A qué ha tenido que ir allí? Algo está tramando, ¿a que sí?

—No parece que esté borracho, pero Dios sabrá —masculló el obrero.

—Pero ¿qué quiere usted? —volvió a gritarle el portero, que estaba empezando a enfadarse en serio—. ¡Mira que eres terco!

—¿Te da miedo ir a comisaría? —le preguntó Raskólnikov, en tono de burla.

—¿Miedo de qué? Y ¡dale!

—¡Es un vagabundo! —exclamó la mujer.

—No vale la pena hablar con él —dijo el otro portero, un hombretón enorme que vestía un *armiak* desabrochado y llevaba las llaves al cinto—. ¡Andando!… Y tanto que es un vagabundo… ¡Andando!

Y, agarrando del hombro a Raskólnikov, lo arrojó a la calle. Este trastabilló, pero no llegó a caerse; recobró el equilibrio, miró en silencio a todos los presentes y echó a andar.

—Un tipo raro —dijo el obrero.

—Ahora hay mucha gente rara —dijo la mujer.

—De todos modos, tendríamos que haberlo llevado a comisaría —añadió el artesano.

—Es mejor no tener tratos con él —decidió el portero corpulento —. ¡Menudo tunante! Uno se lía con estas cosas y luego no sabe cómo salir… ¡Tenemos muy calada a esta gente!

«Entonces ¿qué? ¿Voy o no voy?», pensaba Raskólnikov, en medio de la calzada, en un cruce, mirando a su alrededor, como si estuviera esperando a que alguien le dijera la última palabra. Pero no se oyó nada; todo estaba apagado y muerto, como los adoquines que iba pisando, muerto para él, exclusivamente para él… De pronto, distinguió a lo lejos, a unos doscientos pasos, al final de la calle, en las tinieblas cada vez más espesas, una multitud, y oyó voces y gritos… En medio de la multitud había un carruaje… Una lucecilla brillaba en mitad de la calle. «¿Qué será todo esto?». Torció a la derecha y fue hacia la multitud. Estaba claro que se aferraba a cualquier cosa, y sonrió con frialdad al pensarlo, pues ya había tomado una decisión en firme sobre la comisaría y sabía a ciencia cierta que todo iba a terminar bien pronto.

VII

Había una calesa parada en mitad de la calle, elegante y señorial, enganchada a una pareja de fogosos caballos grises; no había pasajeros, y el propio cochero se había bajado del pescante y estaba al lado del coche, sujetando los caballos por las bridas. La muchedumbre se agolpaba alrededor del vehículo, y unos agentes de policía se habían situado por delante. Uno de ellos sostenía un farol encendido; inclinado sobre la calzada, iluminaba algo cerca de las ruedas. Todos hablaban, gritaban, suspiraban; el cochero parecía aturdido y repetía cada cierto tiempo:

—¡Qué desgracia! ¡Señor, qué desgracia!

Raskólnikov se abrió paso entre la gente, hasta donde le fue posible, hasta que finalmente pudo averiguar cuál era la causa de tanta conmoción y tanto interés. Un hombre, que acababa de ser arrollado por los caballos, yacía en el suelo inconsciente y cubierto de sangre; iba muy mal vestido, aunque con prendas «de buena familia». Del rostro, de la cabeza, le manaba sangre; tenía la cara desfigurada, llena de golpes y magulladuras. Evidentemente, el accidente no había sido ninguna broma.

—*Bátiushki* —se lamentaba el cochero—, ¿cómo iba a verlo? Todavía, si hubiera ido deprisa, o si no le hubiera avisado… Pero iba despacio, no llevaba prisa. Todo el mundo ha podido ver que iba al mismo paso que los demás. Ya se sabe que los borrachos van siempre haciendo eses. Veo que cruza la calle, después se tambalea, a punto de caerse… Le grito una vez, le grito dos veces, tres veces, y sujeto con fuerza los caballos; y ¡él va y se cae justo entre las patas! No sé si lo habrá hecho a propósito o si es que iba muy borracho… Los caballos son jóvenes, se asustan fácilmente… Han echado a correr, él ha gritado… y eso ha sido lo peor… Así ha ocurrido todo.

—Sí, sí, ¡tal cual! —se oyó la voz de un testigo entre la multitud.

—Es verdad que ha avisado, tres veces —confirmó otra voz.

—Eso es: tres veces, ¡todo el mundo ha podido oírlo! —gritó un tercero.

En cualquier caso, el cochero no parecía particularmente angustiado ni asustado. El coche, sin duda, era de alguien rico e importante que estaría aguardando en algún sitio; los policías, evidentemente, se desvivían para solucionar la situación de la mejor manera posible. Había que llevar al herido a la comisaría y después a un hospital. Nadie sabía su nombre.

Entretanto Raskólnikov había seguido avanzando y había conseguido llegar hasta la víctima. De pronto el farol alumbró intensamente la cara del infeliz; Raskólnikov pudo reconocerlo.

—¡Lo conozco, lo conozco! —gritó, situándose en primera fila—. ¡Es un funcionario cesante, el consejero titular Marmeládov! Vive aquí al lado, en la casa de Cosel… ¡Rápido, un médico! ¡Pago yo, mire! —Sacó dinero del bolsillo y se lo enseñó a un policía. Estaba increíblemente alterado.

Los policías estaban satisfechos de haber descubierto quién era el atropellado. Raskólnikov se identificó, dio su dirección e insistió, con tanto empeño como si se tratara de su propio padre, en que había que trasladar cuanto antes a Marmeládov, que yacía inconsciente, a su domicilio.

—Es ahí mismo, tres bloques para allá —no se cansaba de repetir—, en la casa de Cosel, ese alemán acaudalado… Debía de ir de vuelta a casa, me imagino que estaría borracho. Lo conozco… Bebe mucho… Vive con su familia: la mujer, los niños… y tiene otra hija. Se perdería mucho tiempo si lo trasladan a un hospital, y en la casa seguro que hay un médico. ¡Pago yo, pago yo!… Por lo menos, ahí cuidarán de él, recibirá ayuda inmediata; al hospital, en cambio, no llegaría vivo…

Se las arregló incluso para deslizarle algo en la mano al agente; de todos modos, parecía un caso claro y conforme a la ley, y la ayuda era así más inmediata. Levantaron al herido y cargaron con él;

hubo quienes se ofrecieron a prestar ayuda. La casa de Cosel estaba a unos treinta pasos. Raskólnikov cerraba la comitiva: sostenía con mucho cuidado la cabeza del accidentado, mientras iba indicando el camino.

—¡Por aquí, por aquí! En las escaleras, tendrá que ir con la cabeza por delante; vamos a darle la vuelta… ¡Eso es! Aquí tienen, muy agradecido… —balbuceaba.

Como hacía cada vez que tenía un minuto libre, Katerina Ivánovna acababa de ponerse a dar vueltas por su pequeño cuarto, yendo y viniendo de la ventana a la estufa, con los brazos cruzados sobre el pecho, hablando sola y tosiendo. Últimamente, cada vez hablaba más con su hija mayor, Pólenka, que a sus diez años, aunque había muchas cosas que todavía no entendía, sabía perfectamente que su madre la necesitaba, y por ese motivo siempre estaba pendiente de ella con sus grandes ojos inteligentes y se esforzaba al máximo para aparentar que lo entendía todo. En esta ocasión Pólenka estaba cambiando a su hermano pequeño, que se había pasado malo todo el día, antes de acostarlo. El niño esperaba que le quitaran la camisa para lavársela esa misma noche; estaba sentado en una silla, callado, con la cara muy seria, recto e inmóvil, y las piernas extendidas hacia delante, muy juntas, con los talones pegados y las puntas de los pies separadas. Estaba escuchando sin moverse lo que su madre le iba diciendo a su hermana, con los labios hacia fuera y los ojos muy abiertos, como se supone que están los niños buenos cada vez que los cambian antes de irse a la cama. La otra niña, más pequeña todavía, con la ropa hecha jirones, aguardaba su turno de pie al lado de un biombo. Tenían abierta la puerta que daba a las escaleras para protegerse mínimamente de las oleadas de humo de tabaco que entraban de los cuartos interiores y que cada dos por tres despertaban en la pobre tísica largos y estremecedores ataques de tos. Katerina Ivánovna parecía haber adelgazado todavía más en una semana, y las manchas rojas de sus mejillas eran más vivas que antes.

—No te creerías, Pólenka, no te puedes ni imaginar —decía, mientras daba vueltas por la habitación— lo felices que éramos, lo bien que vivíamos en casa de mis padres y cómo me ha arruinado la vida ese borracho que os va a arruinar la vida a todos. Mi padre tenía el grado de coronel en el servicio civil y era ya prácticamente gobernador; estaba a un paso de serlo, y todo el mundo le decía: «Para nosotros, Iván Mijáilych, es ya como si fuera nuestro gobernador». Cuando yo… ¡cof!, cuando yo… cof, cof, cof… ¡ah, qué asco de vida! —exclamó, expectorando las flemas y llevándose las manos al pecho—; cuando yo… ay, cuando en el último baile… que daba el decano de la nobleza[92]… me vio la princesa Bezzemélnaia, que más tarde me daría su bendición a la hora de casarme con tu padre, Polia, y lo primero que hizo fue preguntar: «¿No es esa la muchacha encantadora que bailó con el chal al acabar sus estudios?»… Hay que remendar este roto; tendrías que coger la aguja ahora mismo y zurcirlo como te he enseñado, si no mañana… ¡cof!… mañana… ¡cof, cof, cof!… se va a seguir rompiendo… Por entonces acababa de llegar de San Petersburgo el príncipe Shchegolskói, un gentilhombre de cámara[93]… bailó conmigo la mazurca, y ya quería pedir mi mano al día siguiente; pero yo le di las gracias con muy buenas palabras y le dije que mi corazón pertenecía a otro hacía ya tiempo. Ese otro era tu padre, Polia; mi padre se puso hecho una furia… ¿El agua está lista? Pues dame la camisa; y ¿qué hay de las medias?… Lida —se dirigió a su hija pequeña—, esta noche vas a tener que dormir sin camisa; ya veremos cómo… Mete también las medias… Las lavaremos juntas… ¿Qué hace ese vagabundo que no llega? ¡Ese borracho! Tiene la camisa hecha una pena, parece una bayeta, está destrozada… Preferiría lavarlo todo junto, para no pasarme en danza dos noches seguidas. ¡Ay, Señor! ¡Cof, cof, cof, cof! ¡Otra vez! ¿Qué pasa aquí? —exclamó, viendo toda la gente que había en el vestíbulo y a unos cuantos que entraban en la habitación, cargando con un bulto.

—¿Dónde lo ponemos? —preguntó el policía, mirando a su alrededor, una vez que habían metido en el cuarto a Marmeládov,

ensangrentado e inconsciente.

—¡En el sofá! Pónganlo derecho en el sofá, con la cabeza aquí —indicó Raskólnikov.

—¡Lo han atropellado en la calle! ¡Estaba borracho! —exclamó alguien desde el vestíbulo.

Katerina Ivánovna se había puesto pálida y apenas si podía respirar. Los niños estaban muertos de miedo. La pequeña Lídochka, dando un grito, se echó en brazos de Pólenka y se estrechó contra ella, temblando de la cabeza a los pies.

Tras acomodar a Marmeládov, Raskólnikov se dirigió corriendo a Katerina Ivánovna:

—¡Cálmese, por el amor de Dios, no se asuste! —dijo, hablando muy deprisa—. Estaba cruzando la calle, lo ha atropellado una calesa; no se preocupe, volverá en sí, he dado orden de traerlo aquí… Ya estuve aquí una vez, no sé si se acuerda… ¡Volverá en sí! ¡Yo corro con los gastos!

—¡Por fin lo has conseguido! —gritó desesperada Katerina Ivánovna, y se abalanzó sobre su marido.

Raskólnikov se había dado cuenta enseguida de que aquella mujer no era de las que se desmayan a las primeras de cambio. Al instante el desdichado tenía una almohada debajo de la cabeza, algo en lo que nadie había reparado. Katerina Ivánovna empezó a desvestirlo y a examinarlo. Actuaba con diligencia, sin perder la entereza, olvidándose de sí misma, mordiéndose los labios temblorosos y reprimiendo los gritos que querían salirle del pecho.

Raskólnikov, entretanto, había mandado a alguien a buscar un médico. Por lo visto, había uno que vivía en la casa de al lado.

—Ya he mandado avisar a un médico —informó a Katerina Ivánovna—, no se preocupe, yo le pago. ¿Tiene agua?… Y deme una servilleta, una toalla, lo que sea, pero rápido; aún no sabemos qué heridas tiene… Está herido, no está muerto, tenga la seguridad… ¡A ver qué dice el doctor!

Katerina Ivánovna corrió a la ventana; allí, en el rincón, en una silla desvencijada, había un gran recipiente de barro lleno de agua,

preparado para lavar esa noche la ropa interior de su marido y de los niños. Katerina Ivánovna se encargaba de esa tarea, con sus propias manos, al menos dos veces por semana, si no más, pues habían llegado a tal extremo que prácticamente ningún miembro de la familia tenía con qué cambiarse, al no diponer más que de una muda; además, Katerina Ivánovna no podía soportar la suciedad y, con tal de no ver suciedad en su casa, estaba dispuesta a sacrificarse por las noches, trabajando hasta la extenuación mientras dormían los demás, para que le diera tiempo a poner a secar la ropa en una cuerda y devolverla limpia por la mañana. Fue a coger el barreño, para atender la petición de Raskólnikov, pero por poco no le fallaron las fuerzas. Entretanto, Raskólnikov ya había encontrado una toalla, la mojó en el barreño y empezó a limpiar el rostro ensangrentado de Marmeládov. Katerina Ivánovna estaba allí a su lado, respirando penosamente, con las manos apretadas contra el pecho. Ella era la primera que necesitaba ayuda. Raskólnikov empezó a pensar que, a lo mejor, había hecho mal empeñándose en trasladar allí al accidentado. También el policía tenía sus dudas.

—¡Polia! —exclamó Katerina Ivánovna—. Corre a avisar a Sonia, deprisa. Si no la encuentras en su casa, deja dicho, de todas maneras, que a su padre lo han atropellado unos caballos, y que venga enseguida… en cuanto esté de vuelta. ¡Deprisa, Polia! ¡Toma, cúbrete con el pañuelo!

—¡Corre y no pares! —gritó de pronto el niño desde su silla, dicho lo cual volvió a sumirse en su silencio, sentado en aquella postura rígida, con los ojos muy abiertos, los talones juntos y las puntas de los pies separadas.

A todo esto, había llegado tanta gente que no cabía un alfiler en el cuarto. Los policías se habían marchado, menos uno, que se quedó algo más y que intentaba hacer retroceder al público que intentaba abrirse paso desde la escalera. Además, habían aparecido casi todos los inquilinos de la señora Lippewechsel que residían en los cuartos interiores; al principio, se limitaban a apretujarse en la

puerta, pero después irrumpieron en masa en plena habitación. A Katerina Ivánovna se la llevaban los demonios.

—Por lo menos, ¡podíais dejar morir en paz a la gente! —les gritaba a todos—. ¿Qué clase de espectáculo es este? ¡Con cigarrillos! ¡Cof, cof, cof! ¡Ya puestos, podíais venir hasta con sombrero!… Ahí hay uno con sombrero… ¡Largo! ¡Tened más respeto a los muertos!

La tos la ahogaba, pero los reproches hicieron su efecto. Era evidente que a Katerina Ivánovna le tenían miedo; uno tras otro, los inquilinos se fueron retirando hacia la puerta, con ese extraño sentimiento de íntima satisfacción que siempre se observa, incluso entre las personas más cercanas, en presencia de una desgracia imprevista, un sentimiento del que nadie, sin excepción, está libre, aunque se den la compasión y el afecto más sinceros.

Con todo, al otro lado de la puerta se oyeron algunas voces que hablaban de trasladar al herido a un hospital y aseguraban que no había derecho a molestar así a la gente.

—¡Que no hay derecho a morirse! —exclamó Katerina Ivánovna, que ya estaba dispuesta a ir corriendo a descargar su furia contra sus vecinos, cuando se topó en el umbral con la mismísima señora Lippewechsel, que acababa de enterarse de la desgracia y había acudido a toda prisa a poner orden. Era una alemana extraordinariamente quisquillosa y caótica.

—¡Ay, Dios mío! —dijo, juntando las manos—. *Su marido caballo borracho pisoteó*. ¡Al hospital! ¡Yo soy la dueña!

—¡Amalia Ludwigovna! Le ruego que piense las cosas antes de decirlas —empezó Katerina Ivánovna, hablando con grandilocuencia (con la casera siempre hablaba en ese tono, para que siempre «tuviera presente cuál era su sitio», y ni siquiera en un momento como aquel pudo privarse de ese placer)—. Amalia Ludwigovna…

—*Ya he dicho usted* más de una vez que no se atreva usted nunca llamarme Amal Ludwigovna; ¡yo Amal-Iván!

—Usted no se llama Amal-Iván, sino Amalia Ludwigovna, y como yo no pertenezco al círculo de esos despreciables adoradores suyos,

como el señor Lebeziátnikov, que ahora mismo está riéndose detrás de la puerta —en efecto, detrás de la puerta se oyó una risa y un grito: «¡Ya están discutiendo!»—, pienso llamarla Amalia Ludwigovna, aunque desde luego no puedo entender por qué no le gusta ese nombre. Ya ve usted lo que le ha pasado a Semión Zajárovich; se está muriendo. Le ruego que cierre esa puerta ahora mismo y que no deje pasar a nadie. ¡Que pueda por lo menos morir en paz! Si no, le aseguro que mañana su conducta llegará a oídos del mismísimo general gobernador. El príncipe me conoce desde que era poco más que una niña, y se acuerda muy bien de Semión Zajárovich, a quien ha favorecido muchas veces. De todos es sabido que Semión Zajárovich tenía muchos amigos y protectores, de los que él mismo se apartaba cediendo a un sentimiento de noble orgullo, consciente de su triste debilidad; pero ahora —señaló a Raskólnikov— contamos con la ayuda de este magnánimo joven, un hombre con recursos y con contactos, y a quien Semión Zajárovich conoce desde niño. Y puede estar segura, Amalia Ludwigovna…

Todo esto lo dijo con una celeridad extraordinaria, hablando cada vez más deprisa; sin embargo, la tos acabó de golpe con su elocuencia. En ese mismo instante el agonizante volvió en sí y soltó un gemido, y la mujer corrió hacia él. El paciente había abierto los ojos y, sin entender nada ni reconocer a nadie, observaba a Raskólnikov, que estaba a su lado. Su respiración era penosa, profunda y espaciada; le salía sangre de las comisuras de los labios; el sudor le bañaba la frente. Al no reconocer a Raskólnikov, empezó a pasear la mirada, nervioso. Katerina Ivánovna lo miraba con cara triste pero severa, y de los ojos le brotaron las lágrimas.

—¡Dios mío! ¡Tiene todo el pecho hundido! ¡Cuantísima sangre! —exclamó desesperada—. ¡Hay que quitarle la ropa! Vuélvete un poco si puedes, Semión Zajárovich —le dijo, hablando a gritos.

Marmeládov la reconoció.

—¡Un sacerdote! —reclamó con voz ronca.

Katerina Ivánovna se acercó a la ventana, apoyó la frente en el marco y exclamó desesperada:

—¡Ah, qué asco de vida!

—¡Un sacerdote! —volvió a reclamar el moribundo después de un breve silencio.

—¡Ya han ido! —le gritó Katerina Ivánovna; él hizo caso y se calló. La buscó con los ojos, con una mirada tímida y tristona; ella volvió a su lado y se quedó junto a la cabecera. El paciente pareció calmarse, pero por poco tiempo. Pronto sus ojos se fijaron en la pequeña Lídochka, su favorita, que temblaba en un rincón, como si sufriera un ataque, y no dejaba de mirarlo con sus asombrados ojos infantiles.

—Pe… pero… —señaló a la niña, intranquilo. Quería decir algo.

—¿Qué quieres ahora? —gritó Katerina Ivánovna.

—¡Descalza! ¡Está descalza! —farfulló Marmeládov, señalando con su mirada no del todo consciente los piececitos descalzos de la niña.

—¡A callar! —exclamó Katerina Ivánovna con irritación—. Ya sabes por qué está descalza.

—¡Gracias a Dios, el doctor! —gritó con alivio Raskólnikov.

Entró el médico, un viejecillo atildado, alemán, mirando por todas partes con aire suspicaz. Se acercó al paciente, le tomó el pulso, le palpó con atención la cabeza y, con la ayuda de Katerina Ivánovna, le desabrochó la camisa, empapada de sangre, dejándole el pecho al desnudo. Estaba todo magullado, lleno de golpes y de rozaduras; había varias costillas rotas en el lado derecho. En el izquierdo, justo encima del corazón, había una mancha con muy mala pinta, grande, negra y amarillenta: un pisotón tremendo de un caballo. El doctor frunció el ceño. El policía le contó que el herido había quedado atrapado en una rueda, y el vehículo lo había arrastrado, dando vueltas en la calzada, como unos treinta pasos.

—Es asombroso que haya podido volver en sí —le susurró el médico a Raskólnikov.

—¿Qué dice usted? —preguntó este.

—Va a morir enseguida.

—¿Seguro que no hay ninguna esperanza?

—¡Ni la más mínima! Está en las últimas… Además, tiene una herida muy grave en la cabeza… Hum. Podría practicarle una sangría… pero… no serviría de nada. En cinco o diez minutos habrá muerto sin falta.

—Entonces ¡mejor hágale esa sangría!

—Si quiere… Le advierto, de todos modos, de que va a ser completamente inútil.

A todo esto, se oyó un nuevo ruido de pasos, la gente que estaba en el vestíbulo se apartó y en el umbral apareció un sacerdote, un hombre mayor, de pelo gris, que traía los sacramentos. Lo seguía un policía que venía acompañándolo desde la calle. El médico rápidamente le hizo sitio, y cambió con él una mirada de inteligencia. Raskólnikov le rogó al médico que esperase un poco más. Este se encogió de hombros y se quedó allí.

Todos se apartaron. La confesión fue muy breve. El moribundo apenas si pudo entender nada; solo fue capaz de pronunciar algunos sonidos entrecortados y confusos. Katerina Ivánovna cogió a Lídochka, se llevó al niño de la silla y, retirándose al rincón de la estufa, se puso de rodillas, e hizo arrodillarse a los niños delante de ella. La niña no paraba de temblar; en cuanto al niño, arrodillado sobre las rodillas desnudas, levantaba la mano rítmicamente, se persignaba y se inclinaba profundamente, hasta tocar el suelo con la frente, algo que parecía procurarle especial satisfacción. Katerina Ivánovna se mordía los labios y contenía las lágrimas; también ella rezaba, y de vez en cuando le estiraba la camisa al crío, y se las arregló para echarle a la niña, por encima de los hombros, que llevaba desnudos, un pañuelo que sacó de la cómoda, sin cambiar de postura y sin dejar de rezar. A todo esto, los curiosos empezaron de nuevo a abrir las puertas de los cuartos interiores. En el vestíbulo se apretujaba una multitud de espectadores, procedentes de todos los pisos, cada vez más compacta, sin traspasar en ningún momento el umbral de la puerta. Un sencillo cabo de vela iluminaba toda la escena.

En ese momento, Pólenka, que había ido en busca de su hermana, se abrió paso rápidamente entre el gentío. Entró casi sin aliento después de su carrera, se quitó el pañuelo, buscó con los ojos a su madre, se acercó a ella y le dijo: «¡Ya viene! ¡La he encontrado en la calle!». La madre la hizo arrodillarse a su lado. Discretamente, sin hacer ruido, una muchacha avanzó entre la multitud, y resultaba extraña su repentina presencia en aquel cuarto, en medio de la pobreza, los harapos, la muerte y la desesperación. Ella también vestía miserablemente, su indumentaria era muy barata, pero engalanada al gusto callejero, siguiendo el criterio y las reglas elaboradas en su propio mundo, con un propósito claro y evidente. Sonia se detuvo en el vestíbulo, justo en el umbral, aunque sin cruzarlo, mirando perpleja a un lado y otro, sin entender nada. No reparaba en su vestido de seda, de cuarta mano, tan fuera de lugar allí, con sus flores y su larga y diparatada cola y su inabarcable miriñaque que ocupaba toda la puerta; ni en sus botines claros, ni en su *ombrelle*[94], inútil de noche, pero que había traído consigo, ni en el ridículo sombrerito redondo de paja con una pluma roja como el fuego. Por debajo de aquel sombrero, despreocupadamente ladeado, asomaba una carita pálida, flaca y asustada, con la boca abierta y los ojos paralizados por el terror. Sonia tenía dieciocho años; aunque menuda y delgada, era una muchacha rubia bastante guapa, con unos maravillosos ojos azules. Miraba fijamente a la cama, al sacerdote; también ella llegaba jadeando por la carrera. Por fin, el runrún de la gente, algunas de las cosas que se decían, debió de llegar hasta ella. Bajó los ojos, atravesó el umbral y se quedó parada en el cuarto, sin despegarse de la puerta.

La confesión y la comunión ya habían sido administradas. Katerina Ivánovna se acercó de nuevo al lecho de su marido. El sacerdote dio un paso atrás y, antes de marcharse, quiso decirle dos palabras de aliento y consuelo a Katerina Ivánovna.

—Y ¿qué hago ahora yo con estos? —le interrumpió la mujer con brusquedad, mostrándole irritada a los pequeños.

—Dios es misericordioso; confiad en la ayuda del Altísimo —empezó a decir el sacerdote.

—¡Ay! ¡Misericordioso, pero no con nosotros!

—Eso es un pecado, señora, un pecado —advirtió el sacerdote, negando con la cabeza.

—Y ¿esto no es un pecado? —gritó Katerina Ivánovna, señalando al agonizante.

—Es posible que los causantes involuntarios estén dispuestos a compensarla, aunque solo sea por la pérdida de ingresos…

—¡Usted no me entiende! —grito Katerina Ivánovna con indignación, haciendo un gesto de desaliento—. ¿Por qué tendrían que compensarme? ¡Si fue él mismo quien se arrojó, borracho, bajo las patas de los caballos! ¿De qué ingresos me habla? Lo único que recibía de él eran tormentos. Todo se lo bebía el muy borracho. Nos robaba, y se lo gastaba todo en la taberna, ¡la vida de los niños y la mía arruinadas por culpa de la bebida! ¡Gracias a Dios que se está muriendo! ¡Menos pérdidas!

—Debemos perdonar a la hora de la muerte; eso es pecado, señora, ¡esos sentimientos son un pecado tremendo!

Katerina Ivánovna estaba atareada con el paciente, le daba de beber, le limpiaba el sudor y la sangre de la cabeza, le colocaba las almohadas y conversaba con el sacerdote; con tantas ocupaciones, apenas tenía tiempo para volverse hacia su interlocutor. Pero en ese momento se encaró con él, al borde de un ataque.

—¡Ay, *bátiushka*! ¡Palabras y más palabras! ¡Perdonar! Si no lo hubiesen atropellado, esta noche habría vuelto a casa borracho, con esa camisa sucia, la única que tiene, que se cae a pedazos, y habría dormido como un tronco, y yo, mientras, me habría pasado toda la noche chapoteando en el agua, lavando sus harapos y los de los niños y poniéndolos después a secar en la ventana, y, en cuanto amaneciera, me habría tocado remendarlos… ¡Así paso yo las noches!… ¡Como para hablar de perdón! ¡Aun así, ya lo he perdonado!

Una terrible tos hueca interrumpió sus palabras. Escupió en el pañuelo y se lo mostró al sacerdote, sujetándose el pecho dolorido con la otra mano. El pañuelo estaba lleno de sangre…

El sacerdote agachó la cabeza y no dijo nada.

La agonía de Marmeládov se acercaba al final; no apartaba los ojos del rostro de Katerina Ivánovna, que había vuelto a inclinarse sobre él. Seguía queriendo decirle algo; lo intentó, haciendo un esfuerzo por mover la lengua y pronunciando confusamente algunas palabras, pero Katerina Ivánovna, adivinando que quería pedirle perdón, le gritó de inmediato, en tono imperativo:

—¡Calla, calla! ¡No digas nada!… ¡Ya sé lo que me quieres decir!

Y el moribundo no dijo nada; pero en ese momento su mirada perdida fue a parar a la puerta, y vio a Sonia…

Hasta ese momento no se había fijado en ella: estaba a oscuras, en un rincón.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó de repente, con voz ronca y ahogada, agitado, los ojos vueltos con terror hacia la puerta donde estaba su hija, e intentó nuevamente incorporarse.

—¡Túmbate! ¡Que te tumbes! —gritó Katerina Ivánovna.

Hizo un esfurezo sobrehumano y consiguió apoyarse sobre un brazo. Miró un tiempo a su hija con ojos inmóviles y ausentes, como si no la reconociera. Nunca la había visto vestida así. De repente la reconoció: humillada, maltratada, emperifollada y avergonzada, esperando con resignación que le llegara el turno para despedirse de su padre agonizante. Un sufrimiento infinito se reflejó en el rostro de este.

—¡Sonia! ¡Hija mía! ¡Perdóname! —exclamó, y quiso extender la mano hacia ella, pero, privado de su apoyo, cayó con estrépito del sofá, de bruces. Se apresuraron a levantarlo del suelo, lo tumbaron, pero aquello era el fin. Sonia gritó débilmente, corrió hacia él, lo abrazó y se quedó paralizada. Él murió en sus brazos.

—¡Se ha salido con la suya! —exclamó Katerina Ivánovna, viendo el cadáver de su marido—. ¿Qué voy a hacer yo ahora? ¿Cómo lo entierro? Y ¿cómo les doy mañana de comer?

Raskólnikov se acercó a Katerina Ivánovna.

—Katerina Ivánovna —empezó—, la semana pasada su difunto marido me contó toda su vida y sus circunstancias… Tenga la seguridad de que hablaba de usted con un respeto entusiasta. Desde aquella tarde, en la que descubrí hasta qué punto estaba entregado a todos ustedes, y cómo a usted en particular, Katerina Ivánovna, la respetaba y amaba de forma muy especial, a pesar de su lamentable flaqueza, desde aquella tarde nos hicimos amigos… Permítame en estos momentos… que haga algo para pagarle mi deuda a mi difunto amigo. Aquí tiene… veinte rublos, creo; y, si esto puede servirle de ayuda, entonces… yo… en una palabra, volveré otra vez… volveré sin falta… Es posible que vuelva mañana mismo… ¡Adiós!

Salió rápidamente del cuarto, abriéndose paso a toda prisa entre el gentío, camino de las escaleras; pero se topó con Nikodim Fomich, que se había enterado de la desgracia y había querido ocuparse en persona del asunto. No se habían visto desde el episodio en la comisaría, pero Nikodim Fomich lo reconoció enseguida.

—¿Ah, es usted? —le preguntó.

—Ha muerto —respondió Raskólnikov—. Ha venido un médico, ha venido un sacerdote, todo está en orden. No moleste demasiado a la pobre mujer; por si fuera poco, es tísica. Anímela, si es posible… Sé que es usted un buen hombre… —añadió con una sonrisa, mirándolo a los ojos.

—Pero si está usted manchado de sangre —observó Nikodim Fomich, observando a la luz de una lámpara algunas manchas frescas en el chaleco de Raskólnikov.

—Sí, me ha salpicado… ¡Me he puesto perdido de sangre! —exclamó Raskólnikov con un aire un tanto extraño; después sonrió, se despidió y empezó a bajar las escaleras.

Bajaba en silencio, sin precipitarse, en un estado febril del que no era consciente, poseído por una nueva e inabarcable sensación de vida y de energía que de pronto afluía de su interior. Esta sensación podría parecerse a la de un condenado a muerte a quien de forma

súbita e inesperada le anuncian que ha sido indultado[95]. En mitad de las escaleras le dio alcance el sacerdote, que iba de vuelta a casa; Raskólnikov le cedió el paso, sin decir nada, intercambiando con él un saludo silencioso. Estaba ya bajando los últimos escalones, cuando de pronto oyó unos pasos apresurados a su espalda. Alguien trataba de alcanzarlo. Era Pólenka; corría tras él y lo llamaba: «¡Oiga! ¡Oiga!».

Raskólnikov volvió la cabeza. Pólenka bajó a toda prisa el último tramo de escalera y se detuvo a su lado, un escalón más arriba. Una débil luz llegaba del patio. Raskólnikov observó la carita delgada, aunque muy simpática, de la niña, que lo miraba con una alegre sonrisa infantil. Había corrido tras él para darle un mensaje con el que, evidentemente, estaba encantada.

—Escuche, ¿cómo se llama usted?… Y otra cosa más: ¿dónde vive? —preguntó precipitadamente, con un hilo de voz.

Él le puso las manos en los hombros y la miró con cara de felicidad. Ni él mismo sabía por qué le agradaba tanto mirarla.

—¿Quién la envía?

—Me envía mi hermana Sonia —respondió la niña, sonriendo aún con más alegría.

—Ya me imaginaba que sería su hermana Sonia.

—También vengo de parte de mi madre. Cuando Sonia estaba diciéndome que viniera, mi madre se acercó y me dijo: «¡Corre, Pólenka! ¡Date prisa!».

—¿Quiere a su hermana Sonia?

—¡La quiero más que a nadie! —dijo Pólenka con especial rotundidad, y su sonrisa se volvió de pronto algo más seria.

—Y ¿a mí me querrá?

Por toda respuesta, Raskólnikov vio cómo la cara de la niña se acercaba hacia él, y los labios se adelantaban, ingenuamente contraídos para darle un beso. De buenas a primeras, los brazos finos como cerillas lo abrazaron firmemente, la cabeza descansó sobre su hombro, y la niña se echó a llorar en silencio, apretando la cara contra él, cada vez con más fuerza.

—¡Me da mucha pena de papá! —exclamó un minuto más tarde, levantando su carita, bañada en llanto, y enjugándose las lágrimas con las manos—. Ahora todo son desgracias —añadió inesperadamente, con ese aire especialmente grave que se esfuerzan por adoptar los niños cuando de pronto les apetece hablar como los mayores.

—¿Su padre la quería?

—A la que más quería era a Lídochka —siguió diciendo, muy seria y sin sonreír, hablando exactamente igual que una persona mayor—; la quería por ser la más pequeña, y también porque está enferma, y siempre le traía golosinas. A nosotros nos enseñó a leer, y a mí la gramática y el catecismo —añadió muy digna—. Mamá no decía nada, pero sabíamos que le gustaba, y papá lo sabía también. Mamá quiere enseñarme francés, porque ya tengo edad para estudiar.

—Y ¿sabéis rezar?

—¡Claro que sí! Hace mucho; yo, como ya soy mayor, rezo sola para mí, pero Kolia y Lídochka rezan con mamá en voz alta; primero le rezan a la Virgen, después una oración que dice: «Perdona y bendice, Señor, a nuestra hermana Sonia», y luego otra: «Perdona y bendice, Señor, a nuestro segundo padre», porque nuestro primer padre murió, y este es el segundo, pero también rezamos por él.

—Pólenka, yo me llamo Rodión; recen alguna vez por mí: «y también a tu siervo Rodión»; con eso es suficiente.

—Toda la vida rezaré por usted —dijo la niña con fervor, y una vez más se echó a reír, se arrojó sobre Raskólnikov y lo abrazó con fuerza.

Este le dio su nombre y su dirección y prometió volver sin falta al día siguiente. La niña se fue, prendada de él. Pasaban de las diez cuando Raskólnikov salía a la calle. Cinco minutos más tarde se encontraba en el puente, en el mismo punto en el que unas horas antes se había arrojado al agua una mujer.

«¡Ya es suficiente! —se dijo en un tono decidido y solemne—. ¡Se acabaron los espejismos, se acabaron los terrores sin fundamento,

se acabaron los espectros!… ¡La vida es lo que cuenta! ¿Acaso no he vivido hace un momento? ¡Mi vida no ha acabado con la de la vieja! Que Dios la tenga en su gloria y… ya está bien, señora mía, ¡déjeme en paz de una vez! Empieza ahora el reinado de la razón y de la luz… y de la voluntad, y de la fuerza… ¡ahora veremos! ¡Ahora toca medir nuestras fuerzas! —añadió con arrogancia, como dirigiéndose a algún poder oscuro, desafiándolo—. ¡Yo, que estaba dispuesto a vivir en un espacio diminuto!

»En estos momentos me siento muy débil, pero… creo que ya he superado la enfermedad. Yo ya sabía, desde el momento en que he salido de esa casa, que me iba a curar. Por cierto, la casa de Pochínkov está a dos pasos. Pues nada, a ver a Razumijin sin falta. Y aunque no fueran dos pasos… ¡dejemos que gane la apuesta! Que se divierta, total, ¡qué más da!… Fuerza, fuerza es lo que uno necesita: sin fuerza no se consigue nada; y la fuerza se consigue por la fuerza, eso es lo que no saben ellos», añadió, orgulloso y resuelto, y se alejó del puente, arrastrando los pies. El orgullo y la resolución aumentaban en él por momentos; a cada instante era un hombre distinto al del instante anterior. Pero ¿qué extraordinario suceso había podido obrar tal cambio en él? Ni él mismo lo sabía; como quien se aferra a una brizna de paja, había sentido de pronto «que podía vivir, que todavía había vida, que su vida no había acabado con la de la vieja». Tal vez fuera una conclusión precipitada, pero en eso no pensaba.

«Sin embargo, le he pedido que tengan presente en sus oraciones al siervo Rodión —se acordó de repente—; bueno, pero eso ha sido… ¡por si acaso!», añadió, y acto seguido se rió de su propia ocurrencia infantil. Estaba de un humor excelente.

No le costó dar con Razumijin; en casa de Pochínkov todos conocían al nuevo inquilino, y el portero le indicó de inmediato por dónde se iba. No había subido aún Raskólnikov la mitad de la escaleras y ya alcanzaba a percibir el ruido y la animada conversación típicos de una reunión muy concurrida. La puerta de entrada estaba abierta de par en par; se oían gritos y discusiones. El

cuarto de Razumijin era bastante amplio, había no menos de quince personas allí. Razumijin se detuvo en el vestíbulo. Allí, detrás de un biombo, dos sirvientes de la patrona se afanaban en torno a los dos grandes samovares, los platos y las fuentes con empanada y entremeses, traídos de la cocina de la patrona. Raskólnikov mandó llamar a Razumijin. Este acudió entusiasmado. Se advertía a primera vista que había bebido más de la cuenta y, a pesar de que difícilmente se emborrachaba, en esta ocasión se le notaba afectado.

—Escucha —se apresuró a decir Raskólnikov—, solo he venido a decirte que has ganado la apuesta, y que realmente nadie sabe lo que le puede pasar. No puedo quedarme: estoy tan débil que siento que me fallan las piernas. Así pues, ¡salud y hasta pronto! Ven mañana a verme…

—¿Sabes qué? ¡Te acompaño a casa! Ya que tú mismo dices que estás tan débil…

—¿Y tus invitados? ¿Quién era ese de pelo rizado, que se ha asomado hace un momento?

—¿Ese? ¡El diablo sabrá! Será un conocido de mi tío, o a lo mejor se ha invitado solo… Dejo a mi tío con ellos; ese hombre es una joya; es una pena que no puedas conocerlo ahora. Pero, bueno, ¡que les parta un rayo! Ahora mismo no están pendientes de mí, y a mí me viene bien un poco de aire fresco; no sabes, hermano, lo oportuno que has sido: dos minutos más, y llego con alguien a las manos, ¡palabra de honor! Se oye cada cosa… ¡No te imaginas lo que puede llegar a inventarse una persona! Bueno, ¿cómo que no te lo imaginas? ¿O es que nosotros no decimos disparates? Pues nada, que las digan: así no las dirán después… Espera un minuto, voy a traer a Zósimov.

Este se abalanzó sobre Raskólnikov con cierta avidez; se advertía en él una especial curiosidad; enseguida la cara se le iluminó.

—A dormir ahora mismo —resolvió, tras examinar al paciente en la medida de lo posible—; y antes de acostarse debería tomar una

cosa. ¿La tomará? Lo he preparado hace un rato… Una cucharada de estos polvos.

—Como si son dos —respondió Raskólnikov.

Se tomó los polvos de inmediato.

—Haces bien llevándolo a casa —le comentó Zósimov a Razumijin —; veremos qué pasa mañana, pero hoy no está nada mal: una notable mejoría en muy poco tiempo. Siempre se aprende algo…

—¿Sabes lo que acaba de decirme Zósimov al oído, cuando salíamos? —se apresuró a soltar Razumijin, en cuanto pusieron el pie en la calle—. Te lo digo claramente, hermano, porque son todos unos idiotas. Zósimov me ha dicho que hable contigo por el camino en tono desenfadado y que aproveche para tirarte de la lengua, y que después le vaya con el cuento a él, porque se le ha metido en la cabeza… que tú… has perdido el juicio o estás a punto de perderlo. ¡Imagínate! Lo primero, tú eres tres veces más listo que él; lo segundo, si no estás loco, te traerá sin cuidado que haya tenido semejante ocurrencia; y, lo tercero, a ese pedazo de carne cuya especialidad es la cirugía le ha dado últimamente por las enfermedades mentales y, si ha cambiado drásticamente de opinión sobre ti, ha sido por la charla que hoy mismo has tenido con Zamétov.

—¿Zamétov te lo ha contado todo?

—Sí, todo, y ha sido lo mejor que ha podido hacer. Ahora lo entiendo todo en profundidad, y Zamétov también lo ha entendido… Bueno, en una palabra, Rodia… resulta que… Ahora estoy un poco bebido… Pero es igual… Resulta que esa idea… ¿entiendes?… Ellos ya tenían alguna sospecha… No sé si me entiendes. Pero, claro, ninguno se había atrevido a decirla en alto, porque es una cosa de lo más disparatada, sobre todo una vez que habían detenido a ese pintor de brocha gorda, y todo eso había saltado por los aires. ¿Cómo pueden ser tan imbéciles? Aquel día me pegué con Zamétov… esto que quede entre nosotros, hermano; por favor, no hagas la menor alusión a que estás enterado. Me he dado cuenta de que es muy quisquilloso; todo esto pasó en casa de Laviza, pero hoy,

hoy se han aclarado las cosas. ¡El principal responable es Iliá Petróvich! Entonces se aprovechó de tu desmayo en comisaría, aunque él mismo está ahora avergonzado; sé que…

Raskólnikov escuchaba ansioso. A Razumijin el alcohol le había soltado la lengua.

—Aquella vez me desmayé porque el ambiente era sofocante y olía a recién pintado —dijo Raskólnikov.

—¡No tienes que dar explicaciones! Y no era solo el calor: la inflamación llevaba un mes incubándose; ¡eso asegura Zósimov! Pero ¡no te imaginas lo desconcertado que está ahora ese chiquillo! «¡No valgo —dice— lo que un dedo meñique de ese hombre!». De uno tuyo, se entiende. A veces, hermano, tiene buenos sentimientos. Pero la lección, la lección que se ha llevado hoy en el Palacio de Cristal, ¡eso ha sido una obra maestra! Para empezar, le has dado un buen susto, ¡le han entrado escalofríos! Te ha faltado poco para convencerlo una vez más de que todo ese disparate monstruoso era verdad, y luego, de improviso, vas y le sacas la lengua: «Bueno, y ¡ahora qué!». ¡Ha sido perfecto! ¡Se ha quedado deshecho, aniquilado! Eres un maestro, palabra, y se han llevado su merecido. ¡Ay, qué pena no haber estado allí! Me moría de ganas de verte. Porfiri también está deseando conocerte…

—Ah… también… Pero ¿por qué me han tomado por un loco?

—Hombre, no exactamente por un loco. Me parece, hermano, que yo he hablado de más… Verás, lo que más le chocó a Porfiri fue saber que a ti solo te interesaba ese aspecto; ahora ya tiene claro a qué obedece tu interés; conociendo todas las circunstancias… y cómo te irritó eso entonces, y en combinación con tu enfermedad… Hermano, estoy un poco bebido, pero, maldita sea, a ese se le ha metido algo entre ceja y ceja… Ya te lo he dicho: le ha dado por las enfermedades mentales. Pero tú, ni caso…

Estuvieron cerca de medio minuto callados.

—Escucha, Razumijin —empezó Raskólnikov—, quiero hablarte con toda franqueza: vengo de asistir a un moribundo, un funcionario que ha muerto… Le he dado a la familia todo mi dinero… Aparte de

eso, me ha besado una criatura que, aunque yo hubiera matado a alguien, de todos modos… en definitiva, también he visto allí a otra criatura… con una pluma roja como el fuego… pero estoy divagando; estoy muy débil, sujétame… ya estamos llegando a las escaleras…

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? —preguntó Razumijin, alarmado.

—Se me va un poco la cabeza; pero no es eso, ¡es que estoy tan triste, tan triste! Como una mujer… ¡eso es! Mira, ¿qué es eso? ¡Mira, mira!

—¿De qué se trata?

—¿No lo estás viendo? Hay luz en mi cuarto, ¿no ves? Por esa rendija…

Estaban ya delante del último tramo de las escaleras, al lado de la puerta de la casera, y desde allí podía verse, efectivamente, que en el cuartucho de Raskólnikov había luz.

—¡Qué raro! Como no sea Nastasia —dijo Razumijin.

—A estas horas nunca sube a verme; hace ya mucho rato que duerme, pero… ¡Me da lo mismo! ¡Adiós!

—¡Qué dices! Te acompaño, ¡mejor entramos juntos!

—Ya sé que vamos a entrar juntos, pero me apetece estrecharte aquí la mano y despedirme de ti. ¡Venga esa mano! ¡Adiós!

—¿Qué te pasa, Rodia?

—Nada; vamos; tú serás testigo…

Siguieron subiendo, y a Razumijin se le ocurrió que Zósimov podía estar en lo cierto. «¡Ay! ¡Se ve que lo he trastornado con mi cháchara!», murmuró para sí. De pronto, al llegar a la puerta, oyeron unas voces dentro.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —exclamó Razumijin.

Raskólnikov se adelantó a coger el picaporte y abrió la puerta de par en par; se quedó parado, como clavado en el umbral.

Su madre y su hermana estaban sentadas en el diván; llevaban hora y media esperando. ¿Cómo podía explicarse que fueran ellas las últimas personas que esperaba encontrarse allí, las últimas en las que habría pensado, a pesar de que aquel mismo día habían

vuelto a anunciarle que estaban a punto de llegar, que prácticamente ya habían llegado? A lo largo de esa hora y media no habían parado de hacerle preguntas a Nastasia, que seguía allí, enfrente de ellas, y que ya había tenido tiempo de informarlas con todo lujo de detalles. Estaban muertas de miedo desde que les habían contado que ese día «había salido por ahí» enfermo y, según se desprendía del relato, con toda seguridad, ¡delirando! «Dios mío, ¿qué será de él?». Las dos habían llorado, las dos habían cargado con la cruz del martirio en esa hora y media de espera.

Un grito de alegría, de éxtasis, acogió la llegada de Raskólnikov. Las dos mujeres se arrojaron sobre él. Pero él estaba inmóvil, como muerto; una sensación insoportable y repentina lo había fulminado como un rayo. Sus brazos no se levantaron para abrazarlas: le resultaba imposible. Su madre y su hermana lo estrecharon entre sus brazos, lo besaron, se reían, lloraban… Él dio un paso, se tambaleó y se desplomó, inconsciente.

Alarma, gritos de terror, lamentos… Razumijin, que se había quedado en el umbral, irrumpió en la habitación, sujetó al enfermo con sus fuertes brazos, y al instante lo depositó en el diván.

—¡No es nada, no es nada! —les gritaba a la madre y a la hermana—. No es más que un desmayo, no tiene importancia. Hace solo un rato decía el médico que está bastante mejor, que ya está curado. ¡Agua! Ya está recuperando el conocimiento; muy bien, ¡ya ha vuelto en sí!…

Y, cogiendo a Dúnechka de la mano con tanta fuerza que estuvo a punto de torcérsela, la obligó a inclinarse para que viera cómo «ya había vuelto en sí». Madre e hija miraban a Razumijin con emoción y gratitud, como a un ser providencial. Ya le habían oído decir a Nastasia todo lo que había hecho por Rodia durante su enfermedad aquel «joven espabilado», como lo llamó la propia Puljeria Aleksándrovna Raskólnikova, aquella misma noche, en una conversación íntima con Dunia.

TERCERA PARTE

I

Raskólnikov se levantó y se sentó en el diván.

Le hizo débilmente un gesto a Razumijin para que cortara el torrente de frases de consuelo, cálidas e inconexas, que dirigía a su madre y a su hermana, las cogió a las dos de la mano y estuvo un par de minutos observándolas en silencio, tan pronto a la una como a la otra. La madre se asustó con esa mirada. En ella se revelaba un sentimiento intenso hasta el sufrimiento, pero había a la vez una concentración más propia de la locura. Puljeria Aleksándrovna rompió a llorar.

Avdotia Románovna estaba pálida; su mano temblaba en la mano de su hermano.

—Deberían ir a casa… con él —dijo Raskólnikov con la voz entrecortada, señalando a Razumijin—. Hasta mañana; mañana todo… ¿Hace mucho que han llegado?

—Esta misma tarde, Rodia —respondió Puljeria Aleksándrovna—; el tren ha sufrido un retraso increíble. Pero, Rodia, yo ahora no te dejo por nada del mundo. Pasaré aquí la noche, a tu lado…

—¡No me atormenten! —replicó el enfermo, sacudiendo el brazo en un gesto de fastidio.

—¡Yo me quedo con él! —exclamó Razumijin—. No me alejaré en ningún momento, y al diablo con todos mis invitados, ¡por mí como si se suben por las paredes! Allí tengo a mi tío presidiendo.

—¿Cómo, cómo podré agradecérselo? —empezó a decir Puljeria Aleksándrovna, estrechando una vez más la mano de Razumijin, pero Raskólnikov volvió a interrumpirle:

—No puedo, no puedo —repitió con irritación—, ¡no me atormenten! Ya es suficiente, váyanse… ¡No puedo!…

—Salgamos, madre, aunque solo sea un minuto —susurró Dunia, asustada—. Es evidente que no puede soportar nuestra presencia.

—¿Es que no puedo ni mirarlo, después de tres años? —Puljeria Aleksándrovna rompió a llorar.

—¡Esperen! —volvió a detenerlas—. No hacen más que interrumpirme, y no consigo aclarar mis ideas… ¿Han visto a Luzhin?

—No, Rodia, pero ya sabe que hemos llegado. Hemos oído, Rodia, que Piotr Petróvich ha tenido la amabilidad de venir a visitarte hoy mismo —añadió Puljeria Aleksándrovna, con cierta timidez.

—Sí… ha sido tan amable… Dunia, hace unas horas le decía a Luzhin que iba a tirarlo por las escaleras, y lo he mandado al infierno…

—¡Rodia, qué dices! Seguro que… no has querido decir… —empezó Puljeria Aleksándrovna, pero se calló, viendo a Dunia.

Avdotia Románovna no dejaba de mirar a su hermano, esperando que continuara. Madre e hija habían sido informadas de la discusión por Nastasia —en la medida en que esta había sido capaz de enterarse y de contarlo—, y sufrían, perplejas e impacientes.

—Dunia —prosiguió Raskólnikov, haciendo un esfuerzo—, yo no deseo que se celebre este matrimonio, por eso mañana mismo, a las primeras de cambio, tendrías que romper con Luzhin, de tal manera que no volvamos a saber nada de él.

—¡Santo Dios! —exclamó Puljeria Aleksándrovna.

—¡Piensa lo que estás diciendo, hermano! —Avdotia Románovna empezó en un tono impetuoso, pero enseguida se contuvo—. Es posible que ahora no estés en condiciones de hablar de estas cosas; estás demasiado cansado —dijo con suavidad.

—¿Crees que estoy delirando? No… Vas a casarte con Luzhin por mí. Y yo no acepto el sacrificio. Por eso, escríbele una carta antes de mañana… con tu rechazo… Dámela a leer por la mañana, y ¡asunto concluido!

—¡No puedo hacer algo así! —exclamó la muchacha, ofendida—. Con qué derecho…

—Dúnechka, tú también estás muy alterada; déjalo ahora, mañana… No sé cómo no te das cuenta… —La madre, muy

asustada, se encaraba con Dunia—. ¡Ay, será mejor que nos vayamos!

—¡Estaba delirando! —exclamó Razumijin, con voz de borracho —. ¡De otro modo, no se habría atrevido! Mañana, todo este absurdo estará olvidado… Pero es verdad que hoy lo ha echado de aquí. Tal cual. Y, claro, el otro se ha enfadado… Estaba aquí luciendo sus dotes de orador, exhibiendo sus conocimientos, y se ha ido con el rabo entre las piernas…

—Entonces ¿es verdad? —exclamó Puljeria Aleksándrovna.

—Hasta mañana, hermano —dijo apenada Dunia—; vámonos, madre… ¡Adiós, Rodia!

—Escucha, hermana —insistió Raskólnikov viéndolas salir, reuniendo sus última fuerzas—; no estoy delirando; ese matrimonio es una canallada. Admitamos que yo soy un canalla, pero tú no deberías… Con uno es suficiente… Y, aunque sea un canalla, en esas condiciones no voy a considerarte hermana mía. ¡O Luzhin o yo! Podéis iros…

—¡Te has vuelto loco! ¡Déspota! —bramó Razumijin, pero Raskólnikov ya no respondió; posiblemente ya no tenía fuerzas para hacerlo. Se tumbó en el diván y se volvió contra la pared, completamente exhausto. Avdotia Románovna miró con curiosidad a Razumijin; sus ojos negros centellearon; Razumijin se estremeció con aquella mirada. Puljeria Aleksándrovna parecía sobrecogida.

—¡No puedo marcharme de ninguna manera! —le susurró a Razumijin, al borde de la desesperación—. Me quedo aquí, donde sea… Acompañe a Dunia.

—¡Va a echarlo todo a perder! —respondió, también con un susurro, Razumijin, perdiendo la paciencia—. Vamos a salir a la escalera, en todo caso. ¡Nastasia, enciende alguna luz!… Le juro —siguió diciendo a media voz, ya en la escalera— que antes ha estado a punto de pegarnos al médico y a mí. ¿Se da cuenta? ¡Al propio médico! Y este ha preferido dejarlo, para no irritarlo, y se ha marchado; yo me he quedado en el piso de abajo, para tenerlo vigilado, pero él enseguida se ha vestido y ha salido sin que yo me

diera cuenta. Y ahora, como siga usted irritándolo, también va a escaparse, en plena noche, si es que no intenta hacer algo contra sí mismo…

—¡Ay, pero qué me dice!

—Además, ¡no puede dejar sola a Avdotia Románovna en ese sitio donde se hospedan! ¡Hágase cargo de dónde están! Ese sinvergüenza de Piotr Petróvich ya podía haberles buscado una pensión más decente… Por otra parte, ya ve que he bebido un poco, de ahí que… me exprese así; no me haga caso…

—Pero puedo hablar con la patrona de aquí —insistía Puljeria Aleksándrovna—; voy a suplicarle que nos deje a Dunia y a mí un rincón cualquiera para pasar la noche. No puedo abandonarlo en estas condiciones, ¡no puedo!

Estaban hablando en el rellano de las escaleras, justo delante de la puerta de la casera. Nastasia les daba luz desde el escalón de abajo. Razumijin estaba extraodinariamente agitado. Hacía apenas media hora, mientras acompañaba a casa a Raskólnikov, probablemente había sido en exceso locuaz, algo de lo que era consciente, pero estaba realmente animoso y despejado, a pesar de las cantidades ingentes de alcohol que había ingerido durante la velada. Ahora, en cambio, se encontraba en un estado próximo a la exaltación, y al mismo tiempo era como si todo lo bebido volviera nuevamente, de golpe y con un efecto redoblado, a subírsele a la cabeza. Allí estaba con aquellas dos señoras, a las que había cogido de la mano, tratando de persuadirlas y exponiéndoles sus razones con una franqueza abrumadora y, seguramente para resultar más convincente, casi con cada palabra les apretaba la mano con fuerza a las dos, como atenazándolas, hasta el punto de hacerles daño, y se diría que devoraba con los ojos a Avdotia Románovna sin el menor reparo. A veces, doloridas, ellas libraban las manos de sus enormes y huesudas garras, pero él no solo no era consciente de lo que pasaba, sino que incluso tiraba de ellas aún con más fuerza. Si aquellas mujeres le hubieran pedido en ese mismo instante que, por hacerles un favor, se arrojara de cabeza por las escaleras, lo habría

hecho de inmediato, sin pensárselo dos veces y sin titubear. Puljeria Aleksándrovna, muy alterada por el estado de Rodia, si bien tenía la impresión de que aquel joven era un tanto extravagante y le apretaba la mano con excesiva fuerza, como por otra parte su presencia había sido verdaderamente providencial para ella, no parecía reparar en todos aquellos detalles excéntricos. Avdotia Románovna, aunque compartía la inquietud de su madre, y no era precisamente de temperamento asustadizo, acogía con desconcierto y casi con temor las miradas del amigo de su hermano, en las que brillaba una chispa salvaje, y solo la confianza ilimitada que le había infundido el relato de Nastasia sobre aquel extraño sujeto le impedía caer en la tentación de huir de él, llevándose consigo a su madre. Además se daba cuenta de que seguramente en ese momento no podían escapar. En todo caso, diez minutos más tarde estaba sensiblemente más calmada: una característica de Razumijin era que siempre revelaba su verdadera naturaleza desde el primer momento, fuera cual fuera su estado de ánimo, por lo que todo el mundo sabía enseguida a qué atenerse con él.

—No vayan a ver a la patrona, ¡sería un disparate tremendo! —gritaba, tratando de disuadir a Puljeria Aleksándrovna—. Por mucho que sea usted su madre, si se quedan, se pondrá hecho una furia, y ¡solo el diablo sabe lo que puede pasar! Escuchen, esto es lo que voy a hacer: ahora Nastasia se quedará con él, mientras yo las acompaño, porque no pueden ir solas por la calle; San Petersburgo, a ese respecto… Bueno, ¡qué más da!… Después vuelvo aquí corriendo y en un cuarto de hora, les doy mi palabra de honor, voy a llevarles toda la información: qué tal está, si duerme o no, y todo eso. Después… ¡escúcheme! Después, en un abrir y cerrar de ojos me planto en mi casa, tengo invitados, todos borrachos; cojo a Zósimov, es el médico que lo está tratando, ahora mismo está en mi casa, pero no está borracho; ese no está borracho, ¡ese nunca está borracho! Lo llevo a ver a Rodka y después, enseguida, a hablar con ustedes; así pues, en una hora van a tener dos veces noticias de él: incluidas las del médico, dense cuenta, del propio médico; ¡eso ya no

es igual que si son solo mías! Si pasa algo, les juro que yo mismo las traigo hasta aquí; que todo va bien, a la cama se ha dicho. Y yo voy a pasar aquí toda la noche, en el vestíbulo, ni se va a enterar, y le voy a pedir a Zósimov que pase la noche en casa de la patrona, para tenerlo más a mano. A ver, ¿quién es ahora de más utilidad para él, ustedes o el médico? El médico es más útil, mucho más. Así que ¡váyanse a su casa! En casa de la patrona no puede ser; yo puedo quedarme, pero utedes no: ella no lo consentiría, porque… porque es una idiota. Por mi culpa, tendría celos de Avdotia Románovna, y también de usted, por si lo quieren saber… Pero, de Avdotia Románovna, eso es seguro. ¡Tiene un carácter impredecible, completamente impredecible! De todos modos, yo también soy un idiota… ¡Qué más da! ¡Vamos allá! ¿Se fían de mí? Bueno, qué, ¿se fían o no se fían de mí?

—Vamos, madre —dijo Avdotia Románovna—; seguro que cumple lo que promete. Ya ha salvado a mi hermano y, si es verdad que el médico está de acuerdo en pasar aquí la noche, ¿qué mejor cosa podemos esperar?

—Ya veo que usted… usted… me comprende, porque es usted… ¡un ángel! —exclamó Razumijin, extasiado—. ¡Vamos! ¡Nastasia! Sube ahora mismo y quédate con él, con una luz; en un cuarto de hora estoy de vuelta…

Puljeria Aleksándrovna, sin estar del todo convencida, tampoco puso ya ninguna objeción. Razumijin cogió a las dos del brazo y se las llevó escaleras abajo. Ella, sin embargo, no las tenía todas consigo: «Aunque es espabilado, y buena persona, ¿podrá cumplir, en este estado, lo que ha prometido? ¡Está en unas condiciones!…».

—Ah, ya entiendo, ¡usted cree que no estoy en condiciones! —Razumijin interrumpió sus reflexiones, leyéndole el pensamiento, mientras bajaba por la acera dando tales zancadas que las dos señoras casi no podían seguirlo, algo de lo que, por cierto, tampoco se daba cuenta—. ¡Bobadas! Es decir… estoy borracho como una cuba, pero esa no es la cuestión; no estoy borracho de vino. Verlas a ustedes: eso ha sido lo que me ha trastornado… Pero ¡quién me

manda hablar! No me hagan ni caso: no digo más que disparates, soy indigno de ustedes… ¡Soy indigno de ustedes en grado sumo!… En cuanto las haya dejado en su casa, lo primero que haré, en esta misma acequia, será echarme por encima un par de tinas de agua, y listo… ¡Si supieran cómo las quiero a las dos!… ¡No se rían y no se vayan a enfadar! ¡Enfádense con todo el mundo, pero no se enfaden conmigo! Yo soy amigo de él, así que también soy amigo de ustedes. Eso es lo que quiero… Yo ya tenía el presentimiento… El año pasado, hubo uno de esos momentos… Aunque, bien mirado, no tenía ningún presentimiento, porque ustedes parecen como caídas del cielo. Me parece que no voy a dormir en toda la noche… Hace un rato Zósimov tenía miedo de que Rodia perdiera la razón… Por eso no conviene llevarle la contraria…

—Pero ¡qué cosas dice! —exclamó la madre.

—¿De verdad ha dicho eso el médico? —preguntó Avdotia Románovna, asustada.

—Sí que lo ha dicho, pero no es verdad, ni muchísimo menos. Le ha administrado una medicina, unos polvos; lo he visto, y justo han llegado ustedes… ¡Ay!… ¡Más hubiera valido que llegasen mañana! Menos mal que nos hemos ido de allí. Y dentro de una hora el propio Zósimov las pondrá al corriente de todo. Y ¡ese sí que no está borracho! Tampoco yo estaré borracho… ¿Saben por qué he bebido tanto? Pues porque me han obligado a meterme en discusiones, ¡malditos! ¡Me había prometido a mí mismo que no iba a meterme en discusiones!… Pero ¡dicen unos disparates! ¡Por poco no llegamos a las manos! He dejado allí a mi tío, presidiendo la reunión… No se lo van a creer: ¡insisten en la renuncia más completa al individualismo, y eso lo encuentran deseable! ¡Se trata de no ser uno mismo, de ser lo menos parecido a uno mismo que se pueda ser! Y eso lo consideran el colmo del progreso. Si por lo menos esos disparates fueran cosa de ellos, pero…

—Escuche… —le interrumpió tímidamente Puljeria Aleksándrovna, aunque fue como echar más leña al fuego.

—¿Qué piensa usted? —exclamó Razumijin, alzando aún más la voz—. ¿Piensa que los estoy criticando porque lo que dicen no son más que disparates? ¡De eso nada! ¡Me encanta que digan disparates! Hablar por hablar es el único privilegio de los seres humanos frente a todos los demás organismos. ¡A través del error se llega a la verdad! Como soy un hombre, me equivoco. Nunca se alcanza ninguna verdad sin haber cometido antes catorce errores, si no son ciento catorce, y eso es algo honroso, a su manera. Pero ¡lo malo es que no sabemos equivocarnos por nuestra cuenta! Tú dime un disparate, pero que sea tuyo, y te has ganado un beso. Equivocarse por cuenta propia casi es mejor que acertar por cuenta ajena; en el primer caso, eres una persona; en el segundo, ¡poco más que un pájaro! La verdad siempre está ahí; la vida, en cambio, podemos enterrarla para siempre; no faltan ejemplos. Muy bien, y ¿qué estamos haciendo ahora? Todos nosotros, sin excepción, en lo tocante a la ciencia, el progreso, el pensamiento, la invención, los ideales, las aspiraciones, el liberalismo, la razón, la experiencia, y cualquier otra cosa que se nos ocurra, estamos todavía en el primer curso preparatorio del gimnasio. Siempre nos ha gustado vivir a costa del ingenio de los demás, ¡es a lo que estamos acostumbrados! ¿No es verdad? ¿No es verdad? —exclamaba Razumijin, apretando y sacudiendo las manos de las dos señoras—. ¿Es verdad o no?

—Ay, Dios mío, yo no sé —respondió la pobre Puljeria Aleksándrovna.

—Es verdad, es verdad… aunque no estoy de acuerdo en todo con usted —añadió Avdotia Románovna con seriedad, y acto seguido soltó un grito, del daño que le había hecho esta vez el apretón de manos.

—¿Que es verdad? ¿Dice usted que es verdad? Después de eso es usted… Es usted… —exclamaba Razumijin extasiado—, es usted una fuente de bondad, de pureza, de sensatez y… ¡de perfección! Deme su mano, démela… deme la suya usted también, ¡quiero besarles la mano aquí y ahora, de rodillas!

Y se puso de rodillas en mitad de la acera, felizmente desierta en aquellos momentos.

—Déjelo, se lo ruego, ¿qué hace usted? —exclamó Puljeria Aleksándrovna, extremadamente alarmada.

—¡Levántese, levántese! —Dunia se reía, aunque también estaba inquieta.

—¡De ninguna manera, si no me dan antes la mano!… Eso es. Con eso es suficiente. ¡Ahora me levanto y nos vamos! Soy un pobre idiota, indigno de ustedes, estoy borracho, y avergonzado… No soy digno de quererlas, pero ¡inclinarse ante ustedes es un deber de cualquiera que no sea un completo animal! Por eso me he inclinado… Aquí está su residencia, y ya solo por esto Rodión ha hecho muy bien echando de su cuarto a su Piotr Petróvich. ¿Cómo ha tenido el valor de alojarlas aquí? ¡Es un escándalo! ¿Saben qué clase de gente admiten aquí? Y ¡es usted su prometida! Es usted su prometida, ¿no? Pues, viendo esto, yo le digo a usted que su prometido es un miserable.

—Escuche, señor Razumijin, se olvida usted… —empezó a decir Puljeria Aleksándrovna.

—¡Sí, sí, tiene razón! ¡Ya me olvidaba, y me avergüenzo! —Razumijin recapacitó de inmediato—. Sin embargo… sin embargo… no puede usted enfadarse conmigo por hablar de este modo. Porque soy sincero, y no lo digo porque… ¡hum! Eso sería una vileza; en una palabra, no porque yo… ¡hum! Bueno, qué más da, ¡tampoco me atrevo a decir por qué!… El caso es que antes, nada más verlo, todos nos dimos cuenta de que ese hombre no era uno de los nuestros. No porque se hubiera rizado el pelo en la peluquería, ni porque tuviera tanta prisa en demostrar lo listo que era, sino porque es un fisgón y un especulador; porque es un judío y un bufón, y resulta evidente. ¿Piensan ustedes que es inteligente? ¡De eso nada, es un necio, un necio! ¿Cree que harán buena pareja? ¡Ay, Dios mío! Verán, señoras —se detuvo de pronto, cuando ya estaban subiendo las escaleras, camino de las habitaciones—, aunque es verdad que en mi casa todo el mundo está borracho, son todos honrados, y, por

muchos disparates que digamos, porque yo también los digo, acabaremos llegando a la verdad, porque vamos por el buen camino; en cambio, Piotr Petróvich… no va por el buen camino. Y, aunque hace un momento los haya puesto de vuelta y media, a todos ellos los respeto; incluso a Zamétov, sin respetarlo, sí que le tengo aprecio, porque es una criatura. Incluso al animal de Zósimov, porque es honrado y conoce su oficio… Pero ya es suficiente, todo está dicho y perdonado. ¿Está perdonado? ¿De verdad? Bueno, sigamos. Conozco este pasillo, ya he estado antes; ahí mismo, en el número tres, hubo un escándalo… ¿Dónde se alojan ustedes? ¿En qué habitación? ¿En la ocho? Cierren con llave y no dejen pasar a nadie en toda la noche. Dentro de un cuarto de hora estoy de vuelta con noticias, y más tarde, pasada otra media hora, vendré con Zósimov, ya lo verán. ¡Adiós, me voy corriendo!

—Dios mío, Dúnechka, ¿qué va a pasar? —dijo Puljeria Aleksándrovna, dirigiéndose a su hija con miedo y ansiedad.

—Cálmese, madre —respondió Dunia, quitándose el sombrero y la mantilla—; el mismo Dios nos ha enviado a este caballero, aunque lo haya sacado de una parranda. Se puede confiar en él, hágame caso. Hay que ver todo lo que ha hecho ya por mi hermano…

—¡Ay, Dúnechka, sabe Dios si volverá! ¡Cómo habré podido consentir en dejar a Rodia!… ¡No me imaginaba que me lo iba a encontrar así! Qué seco estaba, como si no se alegrara de vernos…

Se le saltaban las lágrimas.

—No es verdad, madre. Usted no ha podido fijarse, si no ha parado de llorar. Está muy alterado por una grave enfermedad: eso lo explica todo.

—¡Ay, esta dichosa enfermedad! ¿Qué va a pasar, qué va a pasar? Y ¡qué forma de hablarte, Dunia! —decía la madre, mirando tímidamente a su hija a los ojos, intentando leerle el pensamiento, aunque consolada a medias al ver que Dunia defendía a Rodia y que, por tanto, lo había perdonado—. Estoy convencida de que mañana recapacitará —añadió, poniéndola a prueba.

—Yo, en cambio, estoy convencida de que mañana dirá lo mismo… sobre eso —zanjó la cuestión Avdotia Románovna. Y, desde luego, ya no había más que hablar, porque aquel era un punto que Puljeria Aleksándrovna no se atrevía a plantear en esos momentos. Dunia se acercó a su madre y la besó. Esta la abrazó con fuerza, sin decir nada. Después se sentó a esperar con impaciencia el regreso de Razumijin, mientras observaba tímidamente a su hija, que, con los brazos cruzados, y también expectante, se puso a dar vueltas por el cuarto, perdida en sus pensamientos. Estos paseos de un lado al otro del cuarto, cada vez que meditaba, eran una costumbre habitual de Avdotia Románovna, y su madre jamás se atrevía a turbar sus reflexiones.

Sin duda, Razumijin había resultado ridículo con aquella repentina pasión, avivada por la borrachera, por Avdotia Románovna; pero, dejando de lado su excéntrica condición, viendo en aquellos momentos a Avdotia Románovna paseando por el cuarto con los brazos cruzados, triste y pensativa, es posible que muchos no se lo hubieran reprochado. Avdotia Románovna era de una belleza notable: alta, asombrosamente bien proporcionada, fuerte, con una seguridad en sí misma que se manifestaba en cada uno de sus gestos, sin afectar en absoluto a la gracia y delicadeza de sus movimientos. De cara, se parecía a su hermano, pero bien podía ser considerada una belleza. Sus cabellos eran de color castaño oscuro, aunque algo más claros que los de su hermano; tenía los ojos casi negros, brillantes, orgullosos y, al mismo tiempo, de una bondad extraordinaria en algunos momentos. Era pálida, pero no de una palidez enfermiza; su rostro irradiaba frescura y vigor. Tenía la boca algo pequeña, el labio inferior, de un rojo lozano, sobresalía muy levemente, al igual que la barbilla, único defecto en aquel precioso rostro, si bien le daba un carácter muy especial y, entre otras cosas, una especie de arrogancia. Su expresión era siempre más seria y pensativa que alegre, pero ¡qué bien le iba a esa cara una sonrisa! ¡Qué bien le iba la risa, alegre, joven, despreocupada! Se entiende que el fogoso, franco, campechano, honrado, fuerte como un *bogatyr*[96] y ebrio

Razumijin, que nunca había visto nada parecido, hubiera perdido la cabeza de inmediato. Por si fuera poco, el azar había querido mostrarle por primera vez a Dunia en un momento excepcional de amor y alegría por el encuentro con su hermano. Después había visto el labio inferior temblar de indignación en respuesta a las insolentes, ingratas y crueles imposiciones de su hermano, y no se había podido contener.

Por otra parte, tampoco había mentido al decir, durante su perorata en las escaleras, fruto de la embriaguez, que la excéntrica patrona de Raskólnikov, Praskovia Pávlovna, iba a tener celos no solo de Avdotia Románovna, sino también, a lo mejor, de la propia Puljeria Aleksándrovna. A pesar de que Puljeria Aleksándrovna tenía ya cuarenta y tres años, su rostro conservaba todavía restos de su antigua belleza, además de que parecía bastante más joven, algo que ocurre casi siempre con las mujeres que preservan hasta la vejez la claridad del espíritu, la frescura de los sentidos y un calor puro y sincero en el corazón. Podemos añadir, entre paréntesis, que preservar todo eso constituye el único medio para no perder la belleza ni siquiera en la vejez. Los cabellos ya habían empezado a encanecer y a perder su vigor, hacía ya tiempo que las patas de gallo habían hecho su aparición en torno a los ojos, las mejillas estaban hundidas y resecas por las preocupaciones y las amarguras, pero seguía siendo un rostro hermoso. Era el vivo retrato de Dúnechka, pero con veinte años más, sin otra diferencia que la del labio inferior, que en su caso no sobresalía. Puljeria Aleksándrovna era una persona emotiva, pero sin caer en la sensiblería, tímida y comprensiva, aunque solo hasta cierto punto: se sentía inclinada a ceder en muchas cosas, podía transigir en muchas cuestiones, aunque fueran contrarias a sus convicciones, pero siempre había una línea de honradez, principios y valores más profundos que no estaba dispuesta a traspasar bajo ninguna circunstancia.

A los veinte minutos exactos de la marcha de Razumijin se oyeron en la puerta dos golpes discretos pero apremiantes; ya estaba de vuelta.

—¡No entro, no tengo tiempo! —se apresuró a decir cuando le abrieron la puerta—. Está durmiendo a pierna suelta, como un bendito, en calma, y ojalá duerma así diez horas más. Nastasia está con él; le he dicho que no se mueva hasta que vuelva yo. Ahora voy a buscar a Zósimov; vendrá a informarlas, y después más vale que se acuesten; ya veo que no pueden con su alma.

Y se alejó por el pasillo.

—¡Qué joven tan espabilado… y tan atento! —exclamó Puljeria Aleksándrovna, enormemente complacida.

—¡Parece una persona estupenda! —respondió Avdotia Románovna, con cierto entusiasmo, mientras reanudaba sus idas y venidas por la habitación.

Casi una hora más tarde se oyeron unos pasos en el corredor y volvieron a llamar a la puerta. Esta vez las dos mujeres estaban aguardando con plena confianza en la promesa de Razumijin, el cual, ciertamente, había conseguido arrastrar consigo a Zósimov. Este no había dudado un segundo en abandonar la fiesta para ir a casa de Raskólnikov; en cambio, acudió de mala gana y muy receloso a ver a las mujeres, pues no se fiaba de Razumijin, dado su estado de embriaguez. Pero su vanidad se vio aplacada e incluso halagada al instante: se dio cuenta de que, efectivamente, estaban esperándolo como a un oráculo. En los diez minutos justos que estuvo allí, fue capaz de convencer y tranquilizar por completo a Puljeria Aleksándrovna. Habló con una cercanía poco común, pero con la reserva y la seriedad obligadas en un médico de veintisiete años ante una consulta de gravedad, y no se apartó ni un ápice del tema ni mostró el menor deseo de entablar relaciones más personales e íntimas con las dos señoras. Habiendo apreciado en el momento de su llegada la deslumbrante belleza de Avdotia Románovna, se impuso inmediatamente la obligación de no fijarse en ella en toda la visita, y se dirigió exclusivamente a Puljeria Aleksándrovna. Todo eso le produjo una extraordinaria satisfacción íntima. En cuanto al enfermo, declaró que lo había encontrado hacía unos momentos en un estado bastante bueno. Según sus observaciones, la enfermedad del

paciente no solo obedecía a las deficientes condiciones materiales de los últimos meses, sino que también tenía algunas causas de orden moral, que era, «por así decir, el producto complejo de muy diversas influencias morales y materiales: ansiedades, aprensiones, problemas, ciertas ideas… y así sucesivamente». Advirtiendo, casi sin proponérselo, que Avdotia Románovna estaba escuchando con particular interés, Zósimov se extendió algo más sobre este tema. A la pregunta, tan alarmada como tímida, de Puljeria Aleksándrovna relativa a «unas supuestas sospechas de locura», respondió con una sonrisa franca y serena que se había exagerado el sentido de esas palabras suyas; que, desde luego, el paciente manifestaba cierta obsesión, cercana a la monomanía —por cierto que él, Zósimov, estaba últimamente muy atento a esa rama de la medicina, de un enorme interés—, pero había que tener presente que, prácticamente hasta ese mismo día, el enfermo había sufrido delirios y… y, sin duda, la llegada de sus parientes contribuiría a su fortalecimiento y a su distracción, y ejercería un efecto saludable, «siempre y cuando se eviten nuevos sobresaltos», añadió significativamente. Dicho lo cual se levantó y se despidió con una reverencia tan grave como afable, entre bendiciones, muestras del más cálido agradecimiento, ruegos y peticiones —incluso Avdotia Románovna le tendió espontáneamente la mano—, y salió extraordinariamente satisfecho con la visita y aún más satisfecho consigo mismo.

—Mañana hablaremos; ¡acuéstense ahora mismo, háganme caso! —ordenó Razumijin, marchándose con Zósimov—. Mañana, lo antes posible, vendré a traerles noticias.

—¡Hay que ver qué muchacha tan encantadora es esta Avdotia Románovna! —comentó Zósimov, poco menos que relamiéndose los labios, cuando salieron los dos a la calle.

—¿Encantadora? ¡Has dicho encantadora! —bramó Razumijin; de repente se abalanzó sobre Zósimov y lo agarró por el cuello—. Como te atrevas alguna vez a… ¿Entendido? ¿Entendido? —chillaba, zarandeándolo de las solapas y acorralándolo contra la pared—. ¿Me has oído?

—¡Suéltame, maldito borracho! —se debatía Zósimov; después, una vez que Razumijin lo hubo soltado, lo miró fijamente y de pronto empezó a reírse desaforadamente. Razumijin se detuvo delante de él, con los brazos caídos, reflexionando con aire serio y lúgubre.

—Evidentemente, soy un burro —dijo, sombrío como un nublado—; pero… tú eres otro.

—Pues no, hermano, yo no soy un burro. Yo no sueño con ninguna locura.

Marcharon en silencio y, cuando ya estaban cerca de casa de Raskólnikov, Razumijin, muy preocupado, rompió el silencio.

—Escucha —le dijo a Zósimov—, eres un tipo estupendo, pero, aparte de todos tus defectos, eres un depravado, eso no se me escapa, y además de los sucios. Eres un tiparraco débil y nervioso, eres caprichoso y glotón, y no eres capaz de privarte de nada; para mí todo eso es sucio, porque lleva derecho a la suciedad. Te has vuelto tan blando que te confieso que, si hay algo que no entiendo, es cómo puedes ser, en estas circunstancias, un médico competente, e incluso abnegado. Duerme en un lecho de plumas (¡un médico!), y se levanta en plena noche para ir a visitar a sus pacientes. De aquí a tres años ya no te vas a levantar… Pero en fin, qué demonios, esa no es la cuestión; la cuestión es esta: vas a pasar la noche en la vivienda de la patrona (¡me ha costado lo mío convencerla!), y yo en la cocina: ¡he aquí una buena ocasión para conoceros mejor! ¡No, no es lo que piensas! No hay ni sombra de eso…

—Ni se me había pasado por la cabeza.

—Aquí, hermano, solo encuentras modestia, discreción, timidez, la castidad más severa, y al mismo tiempo… no para de suspirar, y se derrite como cera, ¡como te lo digo! ¡Líbrame de ella, por lo que más quieras! ¡No hay nadie mejor dispuesta que ella!… ¡Te compensaré, te compensaré como sea!

Zósimov se echó a reír, aún con más ganas que antes.

—¡Te ha dado fuerte! Y ¿para qué la quiero yo?

—Te aseguro que apenas da problemas. Tú cuéntale lo primero que se te ocurra, lo único que tienes que hacer es sentarte a su lado

y hablarle. Además, eres médico, puedes empezar por curarla de cualquier cosa. Te prometo que no te vas a arrepentir. Tiene un clavicordio en casa; ya sabes que yo aporreo un poco el piano, y me sé esa cancioncilla, genuinamente rusa, que dice: «Derramo lágrimas ardientes»… A ella le gusta todo lo auténtico; en fin, todo empezó con esa cancioncilla. Tú eres un virtuoso del piano, un *maître*, un Rubinstein[97]… ¡Te aseguro que no te vas a arrepentir!

—Pero ¿es que le has hecho alguna promesa? ¿Has firmado algo? ¿Tal vez una propuesta matrimonial?

—Nada, nada, ¡nada en absoluto! Si además ella tampoco es de esas; Chebárov ya lo ha intentado…

—Entonces ¡déjala y en paz!

—¡No puedo dejarla así como así!

—¿Por qué no puedes?

—No sé, no puedo, y ya está. Aquí, hermano, hay un elemento de atracción.

—Pero ¿por qué tanto empeño en cautivarla?

—Yo no he hecho nada por cautivarla; es más, es posible que yo me haya dejado cautivar, por idiota, pero a ella le da exactamente igual que seas tú o que sea yo, con tal de que haya alguien a su lado, suspirando. Aquí, hermano… No sé cómo explicártelo… Mira, tú dominas las matemáticas, y sé que todavía las cultivas… Pues bien, empieza por enseñarle el cálculo integral, te juro que no estoy bromeando, te lo digo muy en serio, a ella va a darle exactamente igual: lo que va a hacer es mirarte y suspirar, y así todo un año. Yo, por ejemplo, una vez estuve dos días seguidos hablándole de la Cámara Alta de Prusia (¿de qué iba a hablar con ella si no?), y ¡lo único que hacía era suspirar y sudar! Eso sí, no le hables de amor, es de una timidez enfermiza; pero haz como si no pudieras separarte de ella, con eso será suficiente. Se está extraordinariamente cómodo con ella; te sientes como en casa, puedes leer, sentarte, tumbarte, escribir… También puedes darle un beso, siempre con precaución…

—Pero ¿qué falta me hace esa mujer?

—¡Nada, no hay forma de que me entiendas! Mira, ¡estáis hechos el uno para el otro! No es la primera vez que pienso en ti… Si este es el final que te espera, ¿qué más da que llegue antes o después? Aquí, hermano, está el elemento del edredón… ¡ay, y no solo del edredón! Aquí hay algo que atrae; aquí está el fin del mundo, el ancla, el puerto bonancible, el ombligo de la tierra, los tres peces que sostienen el mundo, la esencia de los blinis, de las suculentas empanadas de salmón, del samovar vespertino, de los suaves suspiros y las abrigadas *katsaveiki*[98], de los cálidos poyetes de las estufas… En fin, es igual que estar muerto y, sin embargo, uno está vivo, ¡lo bueno de lo uno y de lo otro a la vez! Caramba, hermano, qué cosas digo, ¡ya va siendo hora de acostarse! Escucha, por las noches me despierto de vez en cuando, así que me pasaré a ver cómo está. Aunque en realidad no haría falta, todo va bien. Así que tú, por tu parte, no te alarmes, pero, si quieres, acércate también alguna vez. Eso sí, si adviertes algo, delirio, por ejemplo, o fiebre, o lo que sea, despiértame al instante. Pero no va a pasar…

II

Serio y preocupado, Razumijin se levantó al día siguiente antes de las ocho. Aquella mañana se encontraba de pronto con nuevas e imprevistas incertidumbres. Jamás se habría imaginado que se despertaría un día en ese estado. Recordaba con todo detalle los acontecimientos de la víspera, y era consciente de que le había ocurrido algo fuera de lo común, que había recibido una impresión completamente novedosa para él, que en nada se parecía a todas las anteriores. Se daba cuenta, al mismo tiempo, de que el sueño que había surgido en su cabeza era completamente irrealizable, tanto que se sentía abochornado, y rápidamente pasó a considerar otras tareas y desafíos más sustanciales, que le habían sido legados por aquel «maldito día anterior».

Su recuerdo más horrible tenía que ver con el hecho de haberse mostrado «bajo y miserable», no solo por culpa de su borrachera, sino por haber insultado, movido por unos celos prematuros y estúpidos, delante de una joven y aprovechándose de las circunstancias de esta, a su prometido, sin saber nada de las relaciones y compromisos entre ambos, y sin conocer tampoco cabalmente a aquel hombre. ¿Qué derecho tenía a juzgarlo de un modo tan precipitado e irreflexivo? ¿Quién le había pedido su parecer? ¿Acaso una criatura como Avdotia Románovna iba a aceptar casarse con un hombre indigno por dinero? Así pues, alguna cualidad tenía que tener. ¿El alojamiento? ¿Por qué tenía que saber él qué clase de pensión era aquella? Él estaba arreglando la nueva vivienda… ¡Bah, qué despreciable era todo eso! Y ¿qué clase de excusa era esa de que estaba borracho? ¡Un pretexto ridículo, que lo envilecía todavía más! En el vino está la verdad, y toda la verdad se había puesto de manifiesto, es decir, «¡toda la inmundicia de su corazón, grosero y envidioso, había salido a relucir!». Y ¿hasta qué

punto un hombre como él podía permitirse tales sueños? ¿Quién era él, el borracho jactancioso y pendenciero de la noche anterior, al lado de una joven como aquella? «¿En qué cabeza cabe tan cínica y ridícula comparación?». Solo de pensarlo, Razumijin se ruborizó sin remisión, y de pronto, como hecho aposta, en ese mismo instante recordó vivamente cómo les había dicho a aquellas mujeres la noche anterior, en las escaleras, que la patrona iba a tener celos de Avdotia Románovna… Eso ya era más de lo que podía soportar. Descargó un puñetazo, con todas sus fuerzas, en la estufa de la cocina; se lastimó la mano e hizo saltar un ladrillo.

«Evidentemente —murmuró para sí al cabo de un minuto, con cierto sentimiento de degradación—, evidentemente, todas estas miserias ahora ya no hay quien las disimule ni quien las repare… no hay que darle más vueltas; así pues, tendré que presentarme en silencio y… cumplir con mis obligaciones… también en silencio y… y no pedir perdón, y estarme callado, y… y, bueno, claro, ¡ya no hay nada que hacer!».

Sin embargo, a la hora de vestirse, examinó su traje con más esmero de lo habitual. Era el único traje que tenía, aunque, de haber tenido otro, lo más probable es que tampoco se lo hubiera puesto. «Sí, lo más seguro es que no hubiera querido ponérmelo». Pero, de todos modos, tampoco podía volverse un cínico y una persona desaliñada: no tenía ningún derecho a ofender los sentimientos ajenos, y menos cuando otras personas tenían necesidad de su ayuda y requerían de su presencia. Cepilló con cuidado su traje. Su ropa interior siempre estaba impecable; en ese aspecto era especialmente puntilloso.

Aquella mañana se lavó a conciencia —Nastasia le encontró algo de jabón—; se lavó el pelo, el cuello y, sobre todo, las manos. Pero, cuando le tocó decidir si debía afeitarse (Praskovia Pávlovna tenía algunas navajas magníficas, heredadas de su difunto marido), la cuestión fue resuelta, en un sentido negativo, hasta con cierta acritud: «¡Nada, así me quedo! No vayan a pensar que me he afeitado por… ¡Seguro que lo iban a pensar! ¡De ninguna manera!».

Y… y lo peor de todo es que era tan tosco, tan sucio, con aquellos modales tabernarios; y… y, aunque sabía que era una persona decente, por lo menos hasta cierto punto… tampoco era como para estar orgulloso… Todo el mundo debería ser decente, y más que decente, y… y de todos modos —eso no se le olvidaba— él también había tenido sus cosillas… no exactamente deshonestas, pero en fin… Y ¡qué ideas tenía a veces! «Hum… y ¡pretender poner todo eso al lado de Avdotia Románovna! ¡Ya está bien, qué demonios! Voy a procurar ser todo lo zafio, grasiento y tabernario que sea capaz… y que piensen lo que quieran… ¡Voy a ser todo eso y más!…».

Estaba enfrascado en esos monólogos cuando apareció Zósimov, que había pasado la noche en el salón de Praskovia Pávlovna.

Se marchaba ya a casa y, antes de salir, quería echarle un vistazo rápido al enfermo. Razumijin le comentó que estaba durmiendo como un tronco. Zósimov dio órdenes de que no se le despertara. Prometió volver antes de las once.

—Si es que está en casa —añadió—. ¡Maldita sea! Si uno no tiene control sobre sus propios pacientes, ¡a ver cómo los cura! ¿Sabes si va a ir *él* a verlas o si son *ellas* las que van a venir?

—Ellas, me imagino —contestó Razumijin, que había captado el sentido de la pregunta—, y tratarán, naturalmente, de sus asuntos familiares. Así que yo me marcho. Tú, como médico, lógicamente tienes más derechos que yo.

—Tampoco soy su confesor; vendré y me iré enseguida; bastante tengo ya que hacer para encima estar pendiente de ellas.

—Hay una cosa que me preocupa —le interrumpió Razumijin, frunciendo el ceño—; ayer estaba tan bebido que me fui de la lengua y, por el camino, le dije toda clase de tonterías… entre otras, por cierto, que a ti te preocupa… que pueda tener cierta predisposición a la locura…

—Eso mismo les contaste a las señoras.

—¡Ya sé que fue una estupidez! ¡Pégame si quieres! Y qué, ¿lo piensas en serio?

—Eso es un disparate, hazme caso; ¡qué voy a pensarlo en serio! Tú mismo me lo describiste como un monomaníaco cuando me trajiste aquí para reconocerlo… En fin, ayer echamos más leña al fuego; en realidad, fuiste tú, con esa historia tuya sobre ese pintor; ¡menuda conversación, cuando precisamente puede ser eso mismo lo que lo ha trastornado! ¡Ay, si yo hubiera sabido exactamente lo que había ocurrido en aquella comisaría, y que un canalla, con sus sospechas, lo había insultado allí! Hum… no habría permitido ayer esa conversación. Porque esos maníacos hacen un océano de una gota de agua, y confunden sus fantasías con la realidad… Creo recordar que fue la historia que me contó anoche Zamétov lo que me aclaró buena parte del asunto. ¡Y tanto! Conozco un caso de un hipocondríaco, un hombre de cuarenta años, que, cansado de las burlas que un niño de ocho años le hacía a diario en la mesa, ¡lo degolló! Y aquí lo que tenemos son sus andrajos, un oficial de policía insolente, una enfermedad que se está incubando, y esas sospechas. ¡Todo eso actuando sobre un hipocondríaco exaltado! ¡De una vanidad exacerbada, sin parangón! ¡Ahí puede estar el origen de la enfermedad! Pues sí, ¡qué demonios!… Por cierto, ese Zamétov sin duda es un muchacho encantador, pero… ¡hum!… no tendría que haber contado todo eso anoche. ¡Qué charlatán!

—Y ¿a quién se lo contó? ¿A ti y a mí?

—Y también a Porfiri.

—Y eso ¿qué más da?

—Por cierto, ¿tienes alguna influencia sobre esas dos, sobre la madre y la hermana? Convendría que hoy fueran muy prudentes con él…

—¡Seguro que les parece bien! —respondió Razumijin, como de mala gana.

—Y ¿por qué la tiene tomada con ese Luzhin? Es un hombre adinerado, y tampoco parece que a ella le desagrade… y me imagino que están sin blanca, ¿no?

—¿A qué vienen tantas preguntas? —replicó Razumijin, irritado—. ¿Cómo voy a saber yo si están o no están sin blanca? Pregúntaselo

tú y a lo mejor te enteras…

—¡Bah, qué idiota te pones a veces! Aún te dura la cogorza de anoche… Hasta la vista; dale las gracias de mi parte a Praskovia Pávlovna por haberme acogido esta noche. Se ha encerrado en su cuarto y no ha respondido a mi *bonjour* a través de la puerta; se ha levantado a las siete, he visto cómo le llevaban por el pasillo el samovar desde la cocina… No he tenido el honor de admirarla en persona…

A las nueve en punto Razumijin se presentó en la pensión de Bakaléiev. Las señoras llevaban un buen rato esperándolo, con una impaciencia histérica. Se habían levantado a las siete, si no antes. Él hizo su aparición con una cara lúgubre como la noche, saludó con torpeza, y acto seguido se enfadó por su torpeza… consigo mismo, naturalmente. Había errado en sus cálculos: Puljeria Aleksándrovna se abalanzó sobre él, le tomó ambas manos y a punto estuvo de besárselas. Él miró cohibido a Avdotia Románovna; pero también en ese rostro altivo había en esos momentos tal expresión de gratitud y afecto, un respeto tan hondo (¡en lugar de las miradas burlonas y el desprecio mal disimulado con los que había temido encontrarse!) que se quedó desconcertado: sin duda, se habría sentido más cómodo si lo hubieran recibido con reproches. Por suerte, ya tenían un tema de conversación, y rápidamente se aferró a él.

Al escuchar que «aún seguía dormido», pero que «todo iba bien», Puljeria Aleksándrovna declaró que estaba encantada, porque, antes de nada, había algo «muy, muy, muy importante» que tenían que tratar. Siguió una pregunta sobre el té, y la correspondiente invitación a tomarlo juntos; ellas aún no lo habían tomado, esperando a Razumijin. Avdotia Románovna llamó, y acudió a su llamada un individuo desaseado y mal vestido, al que se lo pidieron; finalmente se lo sirvieron, pero tan sucio e impresentable que las señoras se sintieron abochornadas. Razumijin empezó a echar pestes del alojamiento, pero, acordándose de Luzhin, prefirió callarse; se quedó algo turbado, y experimentó un gran alivio cuando por fin las preguntas de Puljeria Aleksándrovna empezaron a lloverle sin pausa.

Habló tres cuartos de hora, interrumpido a cada momento por nuevas preguntas, y pudo transmitirles cuanto sabía —los hechos principales, lo más imprescindible— del último año de la vida de Rodión Románovich, concluyendo con un relato pormenorizado de su enfermedad. Omitió, sin embargo, muchas cosas que había que omitir, entre ellas la escena en la comisaría, con todas sus secuelas. Las mujeres escucharon su historia con avidez; no obstante, cuando él pensaba que ya había terminado y que la curiosidad de sus interlocutoras estaba saciada, resultó que para ellas apenas acababa de empezar.

—Dígame, dígame qué piensa usted… ay, disculpe, todavía no sé cuál es su nombre… —preguntó apurada Puljeria Aleksándrovna.

—Dmitri Prokófich.

—Pues bien, Dmitri Prokófich, lo que me gustaría saber de verdad… es cómo ve él ahora las cosas… en general… quiero decir, entiéndame bien, no sé si me explico, me refiero a qué es lo que le gusta y lo que no le gusta. ¿Es siempre tan irritable? Dígame, si es posible, cuáles son sus deseos y, por así decir, sus sueños… ¿Qué es lo que más le influye en la actualidad? En una palabra, desearía…

—Ay, madre, ¿cómo pretende que responda a todo eso de golpe? —objetó Dunia.

—Ay, Señor, es que no me esperaba encontrármelo así, Dmitri Prokófich.

—Eso es algo de lo más natural —contestó este—. Yo no tengo madre, pero un tío mío viene todos los años a verme, y prácticamente cada vez que me ve no me reconoce, ni siquiera físicamente, y es un hombre muy inteligente; en fin, en los tres años que llevan ustedes separados ha corrido mucha agua bajo el puente. ¿Qué quiere que le diga? Hace año y medio que conozco a Rodión: es un joven taciturno, sombrío, altivo y orgulloso; últimamente, aunque es posible que ya fuera así hace bastante tiempo, se muestra receloso e hipocondríaco. Es bondadoso y magnánimo. No le gusta revelar sus sentimientos y prefiere tratar a alguien con crueldad antes que abrirle su corazón. A veces, de todos modos, no

es ni mucho menos hipocondríaco, sino sencillamente frío e insensible, hasta parecer inhumano; es como si hubiera en él dos caracteres opuestos que se fueran alternando. ¡Es terriblemente reservado en ocasiones! Dice que está ocupado, que todo le distrae, pero lo cierto es que se pasa el día acostado sin hacer nada. No es amigo de bromas, y no porque le falte ingenio, sino porque no quiere perder el tiempo en esas bobadas. Nunca hace caso de lo que le dicen. Jamás le interesa lo mismo que le interesa al resto de la gente en un momento dado. Tiene un concepto muy elevado de sí mismo, y la verdad es que no le falta algo de razón. Bueno, ¿qué más?… En mi opinión, su llegada va a tener en él un efecto de lo más saludable.

—¡Ay, quiera Dios que así sea! —exclamó Puljeria Aleksándrovna, abrumada por los juicios de Razumijin acerca de su Rodia.

Razumijin se había animado por fin a mirar abiertamente a Avdotia Románovna. En el curso de la conversación, con cierta frecuencia, le había dirigido miradas furtivas, pero apenas aguantaba un instante y enseguida apartaba los ojos. Avdotia Románovna tan pronto escuchaba atentamente, sentada a la mesa, como volvía a levantarse y empezaba a pasear de un lado a otro, como solía, con los brazos cruzados, apretando los labios, haciendo alguna pregunta ocasional, sin dejar de andar, pensativa. También ella tenía la costumbre de no prestar atención a lo que le decían. Lucía un vestido oscuro de tela ligera, y llevaba al cuello un pañuelo blanco transparente. Razumijin no tardó en deducir, fijándose en múltiples detalles, que la situación de aquellas mujeres era en extremo precaria. Si Avdotia Románovna hubiese ido engalanada como una reina, seguramente él no se habría sentido intimidado; en cambio, precisamente por la pobreza de su atuendo y por las privaciones que sufría, el corazón de Razumijin se llenó de temor, y empezó a recelar de cada palabra suya, de cada gesto, lo cual no hacía sino aumentar la timidez de alguien que, ya de por sí, tenía muy escasa confianza en sí mismo.

—Nos ha contado usted muchas cosas interesantes sobre el carácter de mi hermano… y lo ha hecho de una forma desapasionada. Eso está bien; yo creía que sentía devoción por él —observó Avdotia Románovna con una sonrisa—. Creo que está usted en lo cierto, y tiene que haber una mujer a su lado —añadió pensativa.

—Yo no he dicho eso, aunque seguramente tiene usted razón, solo que…

—¿Qué?

—Que no ama a nadie, y es posible que nunca ame a nadie —sentenció Razumijin.

—¿Quiere decir que es incapaz de amar?

—¿Sabe usted, Avodtia Románovna, que es extraordinariamente parecida a su hermano? ¡En todo! —se le escapó de pronto, para su propia sorpresa. Pero enseguida, cayendo en la cuenta de todo lo que acababa de decirle sobre su hermano, se sonrojó y se turbó terriblemente. Avdotia Románovna no pudo evitar reírse al mirarlo.

—Puede que estéis los dos muy equivocados con Rodia —terció Puljeria Aleksándrovna, un tanto ofendida—. No estoy hablando del presente, Dúnechka. Lo que dice Piotr Petróvich en esta carta… y lo que suponíamos tú y yo puede que no sea verdad, pero no se imagina usted, Dmitri Prokófich, lo fantasioso y, por así decir, lo caprichoso que es Rodia. Con ese carácter suyo, nunca he podido descansar tranquila, ni siquiera cuando tenía apenas quince años. Estoy convencida de que ahora es capaz de hacer algo que a nadie más se le pasaría por la imaginación… Sin ir más lejos: ¿sabía usted que hace año y medio me dejó de piedra y me dio un disgusto de muerte cuando se le ocurrió la idea de casarse con esa chica, cómo se llamaba… con la hija de esa Zarnítsyna, de su patrona?

—¿Conoce usted los detalles de esta historia? —preguntó Avdotia Románovna.

—¿Cree usted —prosiguió con vehemencia Puljeria Aleksándrovna— que mis lágrimas, mis ruegos, mi enfermedad, mi posible muerte de tristeza, nuestra miseria… lo habrían detenido?

Habría sorteado todos esos obstáculos con la mayor calma del mundo. ¿Cómo es posible, cómo es posible que nos quiera tan poco?

—Él nunca me ha contado nada de esa historia —respondió Razumijin, cauteloso—, pero algo le he oído decir a la propia señora Zarnítsyna, la cual tampoco es muy locuaz, precisamente, y lo que he oído parece un tanto extraño…

—Y ¿qué es lo que le ha contado? —preguntaron a coro las dos mujeres.

—Pues tampoco nada de particular. Lo único que he averiguado es que ese casamiento, que ya estaba decidido y que solo la muerte de la novia impidió, no le hacía ninguna gracia a la señora Zarnítsyna… Aparte de eso, comentan que la novia no era nada atractiva, por no decir que era más bien fea… y que estaba siempre enferma… y que tenía muchas rarezas. Aunque no le faltarían cualidades. Seguro que las tenía; si no, no se entiende nada… Tampoco tenía dote, aunque a él tampoco le importan esas cosas… En general, es muy difícil juzgar en un caso como este.

—Estoy segura de que tenía muchas virtudes —comentó escuetamente Avdotia Románovna.

—Que Dios me perdone, pero lo cierto es que entonces me alegré de su muerte, aunque no sé quién le habría hecho la vida más difícil a quién, si él a ella o ella a él —zanjó la cuestión Puljeria Aleksándrovna. Tras lo cual, de forma muy prudente, con muchas reticencias y continuas miradas a Dunia, algo que a esta le resultaba manifiestamente incómodo, procedió nuevamente a preguntarle por la escena de la víspera entre Rodia y Luzhin. Sin duda, ese suceso, más que ningún otro, le había producido una enorme inquietud, e incluso temor y ansiedad. Razumijin volvió a contárselo con todo detalle, pero en esta ocasión añadió sus propias conclusiones: acusó sin ambages a Raskólnikov de haber insultado deliberadamente a Piotr Petróvich, sin apelar apenas a su enfermedad como posible justificación.

—Él ya lo tenía planeado antes de su enfermedad —añadió.

—Eso mismo pienso yo —dijo Puljeria Aleksándrovna, con cara de honda preocupación. Pero estaba muy sorprendida de la forma tan cauta, y hasta aparentemente respetuosa, con la que Razumijin se había referido esta vez a Piotr Petróvich. Avdotia Románovna estaba igualmente sorprendida—. Entonces ¿esa es la opinión que le merece a usted Piotr Petróvich? —Puljeria Aleksándrovna no pudo resistirse a hacer esa pregunta.

—Del futuro marido de su hija no puedo tener más opinión que esa —respondió Razumijin con firmeza y calor—, y no lo digo por una vulgar gentileza, sino porque… porque… en fin, por el mero hecho de que Avdotia Románovna haya tomado libremente la decisión de elegir a ese hombre. Si ayer hablé de él en términos injuriosos, fue tan solo porque había bebido de un modo indecente y estaba además… fuera de mí; sí, estaba fuera de mí, perdí la cabeza, me volví loco, completamente loco… y hoy estoy abochornado… —Se ruborizó y se quedó callado. Avdotia Románovna también se puso colorada, pero no dijo nada. No había vuelto a abrir la boca desde el momento en que habían empezado a hablar de Luzhin.

Sin su apoyo, Puljeria Aleksándrovna se encontraba visiblemente indecisa. Por fin, titubeando y mirando sin cesar a su hija, dijo que había una circunstancia que la tenía terriblemente angustiada.

—Verá, Dmitri Prokófich… —empezó—. ¿Puedo ser totalmente sincera con Dmitri Prokófich, Dúnechka?

—Por supuesto, madre —asintió enfáticamente Avdotia Románovna.

—El caso es este —se apresuró a decir la madre, como si le hubieran quitado un enorme peso de encima al autorizarla a compartir su pesar—. Esta mañana, muy temprano, hemos recibido una carta de Piotr Petróvich en respuesta a una nota nuestra de ayer en la que le anunciábamos nuestra llegada. Verá, ayer tendría que haber ido a recibirnos, tal y como había prometido, a la estación. En cambio, mandó a un criado, con el encargo de darnos la dirección de esta pensión y de indicarnos el camino, y con el mensaje de que Piotr Petróvich vendría aquí personalmente a primera hora de la mañana.

En vez de venir, nos ha hecho llegar esta nota… Lo mejor es que la lea; hay en ella un punto que me ha dejado muy intranquila… enseguida verá usted a qué punto me refiero, y… ¡dígame con toda sinceridad, Dmitri Prokófich, cuál es su opinión! Usted mejor que nadie conoce el carácter de Rodia y usted mejor que nadie nos podrá aconsejar. Le advierto a usted de que Dúnechka inmediatamente ha tomado una decisión, pero yo todavía no sé cómo conviene actuar, y… y por eso le estaba esperando.

Razumijin desdobló la nota, que tenía la fecha de la víspera, y leyó lo siguiente:

> Estimada señora Puljeria Aleksándrovna:
>
> Tengo el honor de comunicarle que debido a una serie de obstáculos imprevistos me ha sido imposible ir a recibirlas a la estación; he enviado con este fin a un individuo muy diligente. Del mismo modo, me veré privado del honor de encontrarme con ustedes mañana por la mañana, a causa de unos asuntos en el Senado, y para no interferir en la entrevista familiar que celebrará usted con su hijo y Avdotia Románovna con su hermano. Tendré el honor de visitarlas y de presentarles mis respetos en su alojamiento no más tarde de mañana a las ocho en punto de la tarde; con ese motivo, me atrevo a plantearle mi más encarecida y, permítame añadir, imperativa petición de que no esté presente en nuestra entrevista Rodión Románovich, en vista de que ayer me insultó del modo más desconsiderado e insólito durante la visita que le hice a raíz de su enfermedad; además, debo tener con usted una explicación ineludible y pormenorizada a propósito de cierto punto sobre el que deseo conocer su propia interpretación. Tengo el honor de hacerle saber de antemano que si, a pesar de mi ruego, me encontrara con Rodión Románovich, me vería obligado a marcharme de forma inmediata, y en ese caso toda la responsabilidad recaería exclusivamente sobre usted. Escribo esto con el conocimiento de que Rodión Románovich, que tan enfermo parecía en el momento de mi visita, al cabo de dos horas recobró la salud de forma repentina, y, por lo tanto, estando en disposición de salir a la calle, bien podría ir a visitarlas a ustedes. Todo esto pude confirmarlo con mis propios ojos, en la vivienda de un borracho que había sido atropellado por unos caballos y que falleció por esa causa, a cuya hija, una joven cuya conducta ha dado tanto que hablar, entregó ayer mismo nada menos que veinticinco rublos,

> supuestamente para el entierro, algo que me sorprendió enormememente, sabiendo lo mucho que le había costado a usted reunir esa suma. Presentándole mi más profunda consideración a mi estimada Avdotia Románovna, le ruego que acepte los sentimientos de respetuosa devoción de su humilde servidor,
>
> P. LUZHIN

—¿Qué debo hacer ahora, Dmitri Prokófich? —preguntó Puljeria Aleksándrovna, a punto de echarse a llorar—. ¿Cómo le digo yo a Rodia que no venga? ¡Ayer exigía él, con tanta insistencia, que renegásemos de Piotr Petróvich, y ahora me ordenan que no reciba a mi hijo! Si se entera, seguro que viene aposta… y entonces ¿qué puede pasar?

—Actúen como haya decidido Avdotia Románovna —respondió sin dudar Razumijin, muy tranquilo.

—¡Ay, Señor! Lo que ella dice… solo Dios sabe lo que ella dice, y ¡no me explica lo que se propone! Dice que lo mejor sería, bueno, no es que sea lo mejor, pero sería indispensable, por lo visto, que Rodia quisiese venir aquí a las ocho y que se encontrasen a toda costa… Yo no tenía intención de enseñarle esta carta y, recurriendo a alguna argucia y contando con su ayuda, esperaba evitar que viniese… porque es tan irritable… Por otra parte, no sé qué borracho es ese que dice que ha muerto, ni quién es esa hija suya, ni de qué modo ha podido Rodia darle a la hija todo el dinero que le quedaba… y que…

—Que tanto le ha costado reunir, madre —añadió Avdotia Románovna.

—Ayer no estaba en sus cabales —comentó pensativo Razumijin—. Si ustedes supieran las cosas que dijo ayer en una taberna, aunque lo que decía tuviera sentido… ¡hum! De un fallecido y de una muchacha sí que me habló cuando íbamos camino de su casa, pero no entendí una palabra… De todos modos, yo ayer no estaba…

—Lo mejor, madre, será que vayamos nosotras a su casa, y allí le aseguro que enseguida veremos lo que conviene hacer. Además, ya va siendo hora de marcharse… ¡Dios mío, si son más de las diez! —exclamó, después de echar un vistazo al espléndido reloj de oro

con esmaltes que llevaba al cuello, colgado de una delicada cadenita veneciana, que desentonaba terriblemente del resto de su atuendo. «Un regalo del novio», pensó Razumijin.

—¡Ay, sí, ya es hora!… ¡Ya es hora, Dúnechka, ya es hora! —exclamaba alarmada Puljeria Aleksándrovna—. Encima va a pensar que estamos enfadadas por lo de ayer, viendo que no llegamos. ¡Ay, Dios mío!

Mientras decía esto, se echó por encima, deprisa y corriendo, la mantilla y se puso el sombrero; Dúnechka también se preparó. Llevaba unos guantes que no solo estaban ajados, sino llenos de agujeros, algo en lo que reparó Razumijin; con todo, esa evidente pobreza en el atuendo les daba a las dos señoras un marcado aire de dignidad, como es propio de aquellas personas que saben llevar vestidos humildes. Razumijin miraba a Dúnechka con veneración y estaba orgulloso de acompañarla. «Esa reina —se dijo— que se remendaba las medias en prisión tenía que parecer en esos momentos una verdadera reina, mucho más que en las celebraciones y desfiles más suntuosos».

—¡Dios mío! —exclamó Puljeria Aleksándrovna—. Cómo podía pensar yo que iba a tener miedo de ver a mi propio hijo, a mi querido Rodia, como tengo ahora… ¡Tengo miedo, Dmitri Prokófich! —añadió, mirándolo con timidez.

—No tema, madre —dijo Dunia, besándola—; lo que tiene que hacer es confiar en él. Yo confío…

—¡Ay, Dios mío! ¡Yo también confío, pero no he pegado ojo en toda la noche! —exclamó la pobre mujer.

Bajaron a la calle.

—¿Sabes, Dúnechka, que cuando por fin me he dormido un rato, ya de madrugada, he soñado enseguida con la difunta Marfa Petrovna? Iba toda de blanco… Se me ha acercado, me ha cogido de la mano, y ha negado con la cabeza, mirándome, con aire severo, muy severo, como censurándome… No creo que sea un buen presagio… ¡Ay, Dios mío!, Dmitri Prokófich, no sé si lo sabe: ¡Marfa Petrovna ha muerto!

—No, no lo sabía; ¿qué Marfa Petrovna?

—¡Muerta de repente! Y figúrese que…

—Cálmese, madre —intervino Dunia—, si ni siquiera sabe quién es Marfa Petrovna.

—Ah, ¿no lo sabe? Y yo que creía que estaba usted enterado de todo. Usted me perdonará, Dmitri Prokófich, no sé ni dónde tengo la cabeza estos días. El caso es que, como ha sido usted una persona providencial, estaba convencida de que lo sabía todo sobre nosotros. Para mí es como uno más de la familia… No se enfade conmigo por decir estas cosas. ¡Ay, Dios mío, qué le ha pasado en la mano derecha! ¿Se ha dado un golpe?

—Sí, un golpe —murmuró Razumijin, lleno de satisfacción.

—A veces hablo con excesiva franqueza, y Dunia me tiene que corregir… Pero, Dios mío, ¡cómo es posible que viva en ese cuartucho! ¿Se habrá despertado, a todo esto? Y esa mujer, su patrona, ¿a eso lo llama un cuarto? Escuche, dice que no le gusta abrir su corazón; entonces ¿es posible que yo lo aburra con mis… debilidades? ¿Por qué no me aconseja, Dmitri Prokófich? ¿Cómo tendría que actuar con él? Ya ve que estoy totalmente perdida.

—No le haga demasiadas preguntas sobre ningún tema si ve que frunce el ceño; sobre todo, no insista en preguntarle por su salud: no le gusta.

—¡Ay, Dmitri Prokófich, qué duro es ser madre! Pues anda, que estas escaleras… ¡Qué horror de escaleras!

—Madre, está usted pálida; cálmese, madre —dijo Dunia, acariciándola—. Seguro que es feliz viéndola, y usted no hace más que atormentarse —añadió, con ojos brillantes.

—Esperen aquí, primero voy a ver si está despierto.

Las señoras siguieron a hurtadillas a Razumijin, que iba por delante de ellas. Cuando llegaron a la altura de la puerta de la patrona, en el cuarto piso, advirtieron que estaba entreabierta, y que dos ojos negros y vivos las miraban desde la oscuridad, a través de la rendija. Cuando las miradas se encontraron, la puerta se cerró de

golpe, y con tanta fuerza que Puljeria Aleksándrovna estuvo a punto de gritar asustada.

III

—¡Está mejor, está mejor! —exclamó alegremente Zósimov, saliendo a recibirlas. Hacía unos diez minutos que había llegado y estaba sentado en el diván, en el mismo rincón de la víspera. Raskólnikov estaba sentado en el rincón opuesto, vestido de calle e incluso limpio y peinado con esmero, algo que no había hecho en mucho tiempo. La habitación se llenó en un momento, pero Nastasia se las arreglaba para entrar detrás de las visitas y quedarse a escuchar.

En verdad, Raskólnikov se encontraba prácticamente restablecido, sobre todo en comparación con el día anterior, solo que estaba muy pálido, distraído y sombrío. Su aspecto recordaba al de un hombe herido o que hubiera tenido que sobrellevar un intenso dolor físico: tenía el ceño fruncido, los labios contraídos, la mirada febril. Apenas hablaba y siempre a regañadientes, como cumpliendo una obligación a la fuerza, y cada cierto tiempo se manifestaba alguna inquietud en sus gestos.

Solo le faltaba un vendaje o una gasa para acabar de parecer alguien a quien, por ejemplo, se le ha hinchado un dedo y le duele, o se le ha partido un brazo, o algo por el estilo.

Con todo, hasta esa cara pálida y sombría se iluminó un momento, como alcanzada por la luz, cuando entraron su madre y su hermana, pero eso no hizo más que darle a su semblante, en lugar de su anterior expresión de triste distracción, un rictus de sufrimiento concentrado. La luz se extinguió enseguida, pero quedó el sufrimiento, y Zósimov, que estaba observando y estudiando a su paciente con todo el ardor juvenil de un médico que acaba de empezar a tratar enfermos, no apreció en él la alegría esperable a raíz de la llegada de sus queridos familiares, sino una determinación, amarga y oculta, de soportar un par de horas más de tortura, a la que no iba a poder escapar. Más tarde vio cómo prácticamente cada

palabra de la conversación subsiguiente tocaba alguna herida de su paciente y enconaba su dolor; al mismo tiempo, sin embargo, se quedó sorprendido, en parte, con la capacidad que ese día estaba manifestando de controlarse y de disimular sus reacciones de monomaníaco de la víspera, que a la menor palabra sufría poco menos que un ataque de cólera.

—Sí, ahora me doy cuenta de que estoy casi curado —dijo Raskólnikov, besando con afecto a su madre y a su hermana, algo que dejó exultante a Puljeria Aleksándrovna—, y no te digo esto *como te lo dije ayer* —añadió, dirigiéndose a Razumijin y apretándole amistosamente la mano.

—La verdad es que hoy estoy bastante asombrado con él —empezó a decir Zósimov, encantado con las recién llegadas, pues en los diez minutos que llevaba allí ya había perdido el hilo de la conversación con su paciente—. En dos o tres días, si sigue así, estará igual que antes, es decir, como estaba hace un mes, o un par de meses… o, quién sabe, incluso tres. Porque esto viene de lejos y lleva incubándose mucho tiempo… ¿no? Confiese ahora que usted mismo puede haber sido el culpable —añadió con una sonrisa cautelosa, como si aún tuviera miedo de irritarlo con cualquier cosa.

—Es muy posible —respondió fríamente Raskólnikov.

—Debo añadir —prosiguió Zósimov, cada vez más animado— que su completo restablecimiento, en lo fundamental, depende únicamente de usted mismo. Ahora que es posible hablar con usted me gustaría hacerle ver que es imprescindible alejar las causas primigenias, por así decir, y fundamentales que han influido en el surgimiento de su estado patológico: en ese caso, se curará usted; si no, las cosas irán a peor. Ignoro cuáles son esas causas primigenias, pero usted las tiene que conocer. Es usted un hombre inteligente y, desde luego, se ha observado a sí mismo. Tengo la impresión de que el comienzo de sus desajustes coincide en parte con su abondono de la universidad. No puede usted vivir sin una ocupación: de ahí que una tarea y una meta claramente definida podrían ayudarle enormemente, en mi opinión.

—Sí, sí, tiene usted mucha razón… Quiero reingresar cuanto antes en la universidad, y entonces todo irá… sobre ruedas…

Zósimov, que había empezado a impartir sus sabios consejos en parte para impresionar a las señoras, se quedó, como es natural, un tanto turbado cuando, una vez acabado su discurso, miró a su interlocutor y detectó en su semblante una expresión de burla incuestionable. Aunque duró apenas un instante. Enseguida Puljeria Aleksándrovna empezó a mostrarle su gratitud a Zósimov, en particular por su visita a la pensión de la noche anterior.

—¿Cómo? ¿También ha estado allí esta noche? —preguntó Raskólnikov, que parecía algo inquieto—. Entonces ¿no han descansado ustedes después del viaje?

—Ay, Rodia, eso fue antes de las dos. En casa Dunia y yo tampoco nos acostamos nunca antes de las dos.

—Tampoco yo sé cómo agradecérselo —siguió diciendo Raskólnikov, frunciendo el ceño y bajando la vista—. Dejando de lado la cuestión de los honorarios… usted sabrá perdonarme por haberlos mencionado —se dirigió a Zósimov—, no sé qué he hecho yo para que me dedique tanto interés. Sencillamente no lo comprendo… y… y es algo que me abruma, precisamente porque no lo comprendo: se lo confieso con toda franqueza.

—No se irrite —dijo Zóimov con una risa forzada—; imagínese que es usted mi primer paciente; bueno, los que estamos empezando a ejercer apreciamos a nuestros pacientes como si fueran nuestros propios hijos, y algunos médicos poco menos que se enamoran de ellos. Y a mí tampoco es que me sobren los pacientes.

—Y ya no hablemos de ese —añadió Raskólnikov, señalando a Razumijin—; aparte de insultos y quebraderos de cabeza, no ha recibido otra cosa de mí.

—¡Ya está disparatando! Se conoce que hoy estás sentimental, ¿no? —exclamó Razumijin.

De haber sido más perspicaz, se habría dado cuenta de que no solo no estaba nada sentimental, sino más bien al contrario. Pero

Avdotia Románovna lo había advertido. Muy atenta e intranquila, estaba pendiente de su hermano.

—De usted, madre, no me atrevo a hablar —prosiguió Raskólnikov, como si se hubiera aprendido la lección aquella mañana—; hasta hoy no he sido capaz de imaginarme lo mal que lo tuvieron que pasar aquí anoche mientras esperaban mi regreso.

Dicho esto, le tendió la mano a su hermana, en silencio, con una sonrisa. Pero esta vez refulgió en su sonrisa un sentimiento genuino y sincero. Dunia de inmediato le cogió la mano y se la apretó con calor, contenta y agradecida. Era la primera vez que su hermano se dirigía a ella desde la disputa de la víspera. El semblante de la madre se iluminó con éxtasis y felicidad ante aquella reconciliación callada y resolutiva entre los hermanos.

—¡Por estas cosas es por lo que lo aprecio! —susurró Razumijin, que todo lo exageraba, girándose en la silla con energía—. ¡Tiene unos gestos!…

«Y qué bien lo hace todo —pensaba la madre—, qué impulsos más nobles, qué manera tan sencilla y tan delicada de zanjar todo ese malentendido de ayer con su hermana: solo ha necesitado tenderle la mano en el momento oportuno y mirarla con cariño… Y qué ojos tan bonitos, y ¡qué hermoso es todo su rostro!… Es más guapo incluso que Dúnechka… Pero ¡qué ropa lleva, Dios mío! ¡Qué forma tan horrible de vestir!… ¡Vasia, el chico de los recados en la tienda de Afanasi Ivánovich, va mejor vestido!… De buena gana me arrojaría sobre él, lo abrazaría y… me echaría a llorar, pero lo temo, lo temo… ¡Está tan raro, Señor!… El caso es que está hablando en un tono tan cariñoso, pero ¡lo temo! Pero ¿por qué?…».

—Ay, Rodia, no te puedes creer —dijo de pronto, apresurándose a responder a su comentario— hasta qué punto Dunia y yo nos sentimos ayer… ¡desdichadas! Ahora, cuando todo ha pasado y ya ha quedado atrás y somos felices de nuevo, se puede contar. Imagínate, venimos aquí corriendo para abrazarte, prácticamente recién bajadas del vagón, y esa mujer… ¡ah, mira, aquí está! ¡Buenos días, Nastasia!… Nos dice de pronto que tienes fiebre y que

acabas de salir a hurtadillas, huyendo del médico, delirando, y que te están buscando por las calles. ¡No te puedes imaginar cómo nos quedamos! No pude dejar de pensar en la trágica muerte del teniente Potánchikov, un conocido nuestro, amigo de tu padre… tú no te acordarás de él, Rodia… se fue por ahí con fiebre, lo mismo que tú, y se cayó al pozo del patio: no pudieron sacarlo hasta el día siguiente… Y nosotras, claro, todo lo exagerábamos. Estuvimos a punto de ir a buscar a Piotr Petróvich, para ver si con su ayuda… porque estábamos solas, completamente solas —decía con voz quejumbrosa, pero de pronto no supo cómo continuar, recordando que nombrar a Piotr Petróvich seguía siendo arriesgado, a pesar de que todos volvían «a ser tan felices».

—Sí, sí… todo eso, desde luego, fue muy fastidioso… —murmuró Raskólnikov, pero con un aire tan distraído y casi indiferente que Dúnechka lo miró perpleja—. ¿Qué más quería comentaros?… —siguió diciendo, tratando de hacer memoria—. Ah, sí: por favor, madre, y tú, Dúnechka, no vayan a pensar que no tenía intención de ir hoy a verlas y que estaba esperando que vinieran primero.

—¡Qué cosas tienes, Rodia! —exclamó Puljeria Aleksándrovna, también ella asombrada.

«¿Qué es esto? ¿Es que se siente obligado a contestarnos? —pensó Dúnechka—. Parece que estuviera haciendo las paces y pidiéndonos perdón como quien participa en una ceremonia o recita la lección».

—Acabo de despertarme y habría querido ir a veros, pero mi traje me lo ha impedido: ayer me olvidé de decirle a Nastasia… que limpiara esa sangre… No he podido vestirme hasta hace nada.

—¡Sangre! ¿Qué sangre? —se alarmó Puljeria Aleksándrovna.

—No es nada… no se preocupe. Esa sangre viene de que ayer, cuando andaba deambulando por ahí, delirante, me encontré con un hombre al que habían atropellado… un empleado…

—¿Delirando? Pero si te acuerdas de todo —le interrumpió Razumijin.

—Es verdad —replicó Razumijin, que pareció especialmente preocupado—, me acuerdo de todo, hasta de los menores detalles; en cambio, si me preguntas por qué hice lo que hice, por qué fui a ese sitio, por qué dije tal cosa, ya no sabría explicarme con claridad.

—Es un fenómeno bien conocido —terció Zósimov—; a veces las acciones se llevan a cabo de forma magistral, con gran habilidad, pero la dirección de esos actos, el principio que los motiva están distorsionados y dependen de diversas impresiones morbosas. Es algo parecido a un sueño.

«A lo mejor no es mala cosa que me consideren poco menos que un loco», pensó Raskólnikov.

—Pero seguramente a las personas sanas les pasa igual —observó Dúnechka, mirando con inquietud a Zósimov.

—Una observación muy acertada —respondió este—; en ese sentido, es verdad que todos nosotros, y muy a menudo, actuamos igual que los locos, con la pequeña diferencia de que los «enfermos» están algo más trastornados que nosotros: de ahí que sea necesario trazar una línea. Lo que sí es verdad es que apenas hay individuos armónicos: hay uno por cada decenas de miles de personas, si es que no son muchos centenares de miles, y aun así se trata de ejemplares bastante débiles…

Al oír la palabra «trastornado», mencionada de forma imprudente por Zósimov, que se había dejado llevar por su tema favorito, todos torcieron el gesto. Raskólnikov estaba absorto, como sin prestar atención, con una extraña sonrisa en los pálidos labios. Seguía dándole vueltas a alguna cuestión.

—Bueno, ¿qué ibas a decir de ese hombre al que atropellaron? ¡Te he interrumpido! —se apresuró a decir Razumijin.

—¿Cómo? —Raskólnikov pareció despertarse—. Ah, sí… me puse perdido de sangre cuando ayudé a trasladarlo a su casa… Por cierto, madre, ayer hice algo imperdonable; estaba, literalmente, mal de la cabeza. Todo el dinero que me había mandado se lo di… a su mujer… para el entierro. Ahora es viuda, es una pobre tísica… con tres pequeños huérfanos, hambrientos… no tienen nada en casa… y

hay otra hija más… Es posible que usted también se lo hubiera dado si los hubiera visto… Pero reconozco que no tenía ningún derecho, sobre todo sabiendo lo que le había costado reunir ese dinero. Para ayudar a otros, primero hay que tener ese derecho, si no, *Crevez chiens, si vous n'êtes pas contents!*[99] —Se echó a reír—. ¿No es así, Dunia?

—No, no es así —replicó Dunia con firmeza.

—¡Bah! Tú también… tienes buenos propósitos… —masculló, mirándola casi con odio y sonriéndose con aire burlón—. Tendría que habérmelo imaginado… En todo caso, es muy loable; mejor para ti… Si llegas a un punto y no te atreves a franquearlo, serás desdichada; y, si lo traspasas, puede que seas aún más desdichada. Pero, bueno, ¡qué más dará! —añadió con irritación, molesto por no haber sabido contenerse—. Lo único que quería era disculparme ante usted, madre —concluyó bruscamente, hablando con la voz entrecortada.

—Ya basta, Rodia, estoy segura de que, hagas lo que hagas, ¡siempre estará bien hecho!

—No esté tan segura —respondió él, retorciendo la boca en una sonrisa. Siguió un silencio. Había habido cierta tensión en toda la conversación, en los silencios, en la reconciliación, en los perdones, y todos lo habían notado.

«Es verdad que me tienen miedo», pensaba para sí Raskólnikov, mirando de reojo a su madre y a su hermana. De hecho, cuanto más se prolongaba el silencio, más intimidada se sentía Puljeria Aleksándrovna.

«¡Con lo que yo creía quererlas en su ausencia!», pensó fugazmente.

—No sé si sabes, Rodia, que Marfa Petrovna ha muerto —soltó de buenas a primeras Puljeria Aleksándrovna.

—¿Quién es esa Marfa Petrovna?

—¡Ay, Dios mío! Sí, hombre, ¡Marfa Petrovna Svidrigáilova! Te he escrito tanto sobre ella…

—Aaah, ya me acuerdo… ¿Conque ha muerto? ¿De verdad? —Se conmovió de pronto, como si despertara de un sueño—. ¿Así que ha muerto? Y ¿de qué?

—Imagínate, ¡ha sido una muerte repentina! —Puljeria Aleksándrovna respondió precipitadamente, animada por la curiosidad de su hijo—. ¡Fue justo el mismo día que te mandé una carta, ni más ni menos! Figúrate, aquel hombre tan odioso parece que fue el causante de su muerte. ¡Dicen que le daba unas palizas tremendas!

—¿Fue así toda su vida? —preguntó Raskólnikov, dirigiéndose a su hermana.

—No, más bien al contrario. Él siempre fue muy paciente con ella, y hasta considerado. En muchos casos incluso fue demasiado indulgente con el carácter de ella, durante siete largos años… Parece haber perdido la paciencia de repente.

—Entonces, no sería tan terrible, si pudo controlarse siete años, ¿no? Tú, Dúnechka, parece que lo justificas…

—¡No, no, es un hombre terrible! No soy capaz de imaginarme a nadie peor —respondió Dunia, casi con un estremecimiento, frunciendo el ceño; luego se quedó pensativa.

—Ocurrió por la mañana —prosiguió, atropelladamente, Puljeria Aleksándrovna—. Después lo primero que hizo ella fue dar orden de que engancharan los caballos, para marcharse a la ciudad nada más comer, porque en esos casos solía ir a la ciudad; dicen que comió con mucho apetito…

—¿A pesar de la paliza?

—El caso es que tenía esa… costumbre; en cuanto terminaba de comer, para no retrasar la marcha, fue a la casa de baños… Verás, parece que estaba siguiendo un tratamiento; tienen un manantial de agua fría, y ella se bañaba allí todos los días, con regularidad. ¡Fue meterse en el agua y sufrir un ataque repentino!

—¡No me extraña! —dijo Zósimov.

—¿La había pegado fuerte?

—Eso no tuvo nada que ver —intervino Dunia.

—¡Hum! En cualquier caso, madre, no sé a qué viene toda esta sarta de tonterías —dijo de repente Raskólnikov, irritado, y como inadvertidamente.

—Ay, querido, es que no sabía ni de qué hablar —se le escapó a Puljeria Aleksándrovna.

—¿Es que me tenéis todos miedo? —dijo él, con una sonrisa forzada.

—Pues sí, efectivamente —dijo Dunia, mirando a su hermano directamente, con severidad—. Nuestra madre, según subíamos las escaleras, se estaba persignando, aterrorizada.

A Raskólnikov se le alteró el semblante, como con convulsiones.

—¡Ay, Dunia, qué cosas tienes! Rodia, por favor, no te enfades… ¿A qué ha venido eso, Dunia? —dijo Puljeria Alekándrovna, abrumada—. Es verdad que de camino hacia aquí, durante todo el viaje, venía en el vagón pensando en cómo iba a ser el encuentro, en todas las cosas que teníamos que contarnos… ¡Estaba tan feliz que ni me enteré del viaje! Pero ¿qué digo? También ahora estoy feliz… ¡Por más que te empeñes, Dunia! Solo con verte, Rodia, yo ya estoy contenta…

—Basta, madre —murmuró confuso el joven, sin mirarla pero apretándole la mano—, ¡ya habrá tiempo para hablar de esas cosas!

Dicho esto, de pronto se sintió turbado y palideció: una sensación horrible, recientemente experimentada, había recorrido su alma como un frío mortal; de nuevo había comprendido con toda claridad que acababa de decir una mentira espantosa, que no solo ya nunca iba a poder sincerarse, sino que ya nunca iba a ser capaz de *hablar* de nada con nadie. La impresión que le produjo esta idea angustiosa fue tan fuerte que por un momento se olvidó casi por completo de sí mismo, se levantó y, sin mirar a nadie, se dispuso a salir del cuarto.

—¿Qué te pasa? —gritó Razumijin, agarrándolo del brazo.

Raskólnikov volvió a sentarse y empezó a pasear la mirada por la habitación, sin decir nada; todos lo miraban perplejos.

—¿A qué vienen esas caras tan largas? —exclamó de repente, de forma totalmente inesperada—. ¡Decid algo! ¿Pensáis estar así

todo el rato? ¡Vamos, que hable alguien! Vamos a hablar de algo… Nos hemos reunido y ahora estamos callados… ¡Venga, lo que sea!

—¡Gracias a Dios! Ya me estaba temiendo que se fuera a repetir lo de ayer —dijo Puljeria Aleksándrovna, persignándose.

—¿Qué te ha pasado, Rodia? —preguntó recelosa Avdotia Románovna.

—Nada; que me he acordado de una cosa —respondió Raskólnikov, y se rió.

—Bueno, si ha sido eso, ¡estupendo! Yo también empezaba a pensar… —masculló Zósimov, levantándose del diván—. De todos modos, tengo que irme; a lo mejor me paso más tarde… si es que le encuentro…

Se despidió y se fue.

—¡Qué hombre más encantador! —observó Puljeria Aleksándrovna.

—Sí, encantador, espléndido, educado, inteligente… —dijo Raskólnikov, hablando de pronto con sorprendente celeridad y con una animación insólita hasta entonces—. Ya no recuerdo dónde lo había visto antes de caer enfermo… Pero creo que lo había visto en algún sitio… Y ¡este de aquí también es un buen hombre! —Señaló a Razumijin—. ¿Te gusta, Dunia? —le preguntó, y de repente se rió, sin ninguna razón aparente.

—Mucho —respondió Dunia.

—¡Bah, eres un… cerdo! —protestó Razumijin, terriblemente turbado y poniéndose colorado, y se levantó de la silla.

Puljeria Aleksándrovna sonrió discretamente, y Raskólnikov soltó una carcajada.

—¿Adónde vas?

—Yo también… tengo que irme.

—Qué vas a tener que irte, ¡quédate! Zósimov se ha ido, y tú te vas detrás. No te vayas… ¿Qué hora es? ¿Ya son las doce? ¡Qué preciosidad de reloj, Dunia! ¿Otra vez todos callados? ¡Aquí el único que habla soy yo!…

—Fue un regalo de Marfa Petrovna —respondió Dunia.

—Y bien caro —añadió Puljeria Aleksándrovna.

—¡Vaya! Pero qué grande, casi no parece de señora.

—Me gustan así —dijo Dunia.

«Entonces, no es un regalo del novio», pensó Razumijin, y se alegró, sin saber por qué.

—Pues yo pensaba que era un regalo de Luzhin —comentó Raskólnikov.

—No, todavía no le ha hecho ningún regalo a Dúnechka.

—¡Aaah! ¿Se acuerda usted, madre, de cuando estuve enamorado y quise casarme? —dijo de repente, mirando a su madre, que estaba asombrada por el imprevisto cambio de tema y por el tono en el que había dicho aquello.

—¡Ay, sí, querido! —Puljeria Aleksándrovna cambió una mirada con Dúnechka y con Razumijin.

—¡Hum! ¡Sí! Pero ¿qué os iba a contar? Ya casi ni me acuerdo. Era una muchacha tan enfermiza —continuó, súbitamente otra vez pensativo y bajando la cabeza—, siempre andaba achacosa. Era feliz repartiendo limosnas, y no hacía más que soñar con el monasterio; una vez empezó a hablarme de eso y se deshizo en llanto; sí, sí… lo recuerdo… Lo recuerdo muy bien. Era así… feúcha. La verdad, no sé qué fue lo que me atrajo de ella, seguramente fue porque siempre estaba enferma… Si hubiera sido coja o jorobada, creo que la habría querido todavía más… —Raskólnikov sonrió, abstraído—. Pues sí… Fue una especie de delirio primaveral…

—No, fue algo más que un delirio primaveral —dijo Dúnechka, animada.

Él se fijó atentamente en su hermana, pero no escuchó sus palabras, o tal vez ni siquiera las entendió. Después se levantó, sumido en sus reflexiones, se acercó a su madre, la besó, volvió a su sitio y se sentó.

—¡Todavía la sigues queriendo! —observó Puljeria Aleksándrovna, emocionada.

—¿A ella? ¿Todavía? Ah, sí… ¡se refiere usted a ella! Ahora lo veo todo como si hubiera ocurrido en otro mundo… y hace tanto

tiempo. El caso es que todo lo que veo a mi alrededor es como si estuviera ocurriendo muy lejos… —Los miró atentamente—. Vosotros también… es como si os estuviera mirando desde mil verstas… ¡Solo el diablo sabe qué hacemos hablando de estas cosas! ¿Por qué me preguntáis? —añadió irritado, y se quedó callado, mordiéndose las uñas y encerrándose otra vez en sus pensamientos.

—Qué habitación más miserable, Rodia. Es igual que una tumba —dijo de pronto Puljeria Aleksándrovna, rompiendo el opresivo silencio—. Estoy convencida de que este cuarto tiene la mitad de la culpa de que te hayas vuelto tan melancólico.

—¿El cuarto?… —respondió distraído—. Sí, el cuarto ha tenido mucho que ver… Ya lo había pensado… Pero si usted supiera, madre, qué idea más rara acaba de formular —añadió de pronto, con una extraña sonrisa.

Un poco más, y esa compañía, la madre y la hermana de las que llevaba tres años separado, el tono familiar de la conversación —a pesar de que era totalmente imposible hablar de nada— le habrían resultado definitivamente insoportables. Había, sin embargo, un tema inaplazable que, de un modo u otro, tenían que resolver ese día; así lo había decidido aquella mañana, al despertarse. Ahora se alegraba de haberse acordado del *tema*, para salir del paso.

—Verás, Dunia —empezó, en tono serio, con sequedad—; naturalmente, te pido perdón por lo de ayer, pero considero mi deber recordarte una vez más que no me echo atrás en mi idea principal. O Luzhin o yo. Yo puedo ser un canalla, pero tú no tienes por qué serlo. Con uno es suficiente. Si te casas con Luzhin, en ese mismo instante dejo de considerarte hermana mía.

—¡Rodia, Rodia! Ya estamos igual que ayer —protestó amargamente Puljeria Aleksándrovna—. ¿Por qué insistes en llamarte canalla? ¡No puedo soportarlo! Y lo mismo decías ayer…

—Hermano —respondió Dunia con firmeza y también con sequedad—, hay en todo esto un error por tu parte. He estado dándole vueltas esta noche y he dado con el error. Todo consiste en

que, aparentemente, das por sentado que yo me entrego en sacrificio a alguien y para alguien. Eso no es así. Me caso por mi propio interés, porque las cosas son muy difíciles para mí; aparte de eso, naturalmente, seré muy feliz si puedo ser útil a mi familia, pero ese no es el motivo principal de mi decisión…

«¡Está mintiendo! —se dijo Rodia, mordiéndose las uñas con rabia—. ¡Será orgullosa! ¡Se niega a reconocer que lo que quiere es beneficiarnos! ¡Oh, viles caracteres! Hasta su amor es como el odio… ¡Oh, cómo los odio a todos!».

—En definitiva, me caso con Piotr Petróvich —siguió diciendo Dúnechka—, porque entre dos males elijo el menor. Tengo intención de cumplir honradamente todo lo que espera de mí y, por tanto, no lo engaño… ¿A qué viene ahora esa sonrisa?

También ella se ruborizó, y un brillo de ira asomó a sus ojos.

—¿Vas a cumplirlo todo? —preguntó su hermano, con una sonrisa cáustica.

—Dentro de ciertos límites. Tanto por sus maneras, como por la forma en que ha pedido mi mano, no he tardado en descubrir qué es lo que Piotr Petróvich quiere de mí. Sin duda, tiene un concepto demasiado elevado de sí mismo, pero confío en que también me aprecie a mí… Y ahora ¿de qué te ríes?

—Y tú ¿por qué te ruborizas otra vez? Estás mintiendo, hermana, estás mintiendo conscientemente, sin más motivo que tu terquedad femenina, para poder salirte con la tuya… Tú no puedes respetar a Luzhin: lo he visto y he hablado con él. Por tanto, te estás vendiendo por dinero y, por consiguiente, estás actuando en todo caso de un modo vil, y me alegro de ver que, por lo menos, ¡aún eres capaz de sonrojarte!

—¡No es verdad, no estoy mintiendo!… —exclamó Dúnechka, perdiendo por completo la compostura—. No me casaría con él si no estuviera convencida de que me aprecia y me estima; no me casaría con él si no estuviera firmemente convencida de que, por mi parte, soy capaz de respetarlo. Por suerte, tengo la posibilidad de comprobarlo con toda certeza, y además hoy mismo. Y un

matrimonio como este no es una vileza, como dices tú. Y, si estuvieras en lo cierto, si efectivamente me hubiera decidido a cometer una infamia, ¿no crees que sería una crueldad por tu parte hablarme de este modo? ¿Por qué me exiges un heroísmo del que posiblemente tú mismo careces? ¡Eso es despotismo, es opresión! Si acaso le arruino la vida a alguien, solo me la arruino a mí misma… ¡Por ahora no he matado a nadie!… ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Por qué te has puesto tan pálido? Rodia, ¿qué te pasa? ¡Rodia, querido!…

—¡Señor! ¡Has conseguido que se demaye! —exclamó Puljeria Aleksándrovna.

—No, no… no es nada… ¡no tiene importancia!… Un ligero mareo. No me he desmayado… ¡Os ha dado fuerte con lo de los desmayos!… ¡Hum! Sí… ¿Qué quería decir yo? Sí, ¿de qué manera piensas comprobar hoy mismo que puedes respetarlo y que él… te aprecia, como tú decías? Me parece que has dicho que iba a ser hoy mismo, ¿no? ¿O te he entendido mal?

—Madre, enséñele a mi hermano la carta de Piotr Petróvich —dijo Dúnechka.

Puljeria Aleksándrovna, con mano trémula, le pasó la carta. Él la cogió con enorme interés. Pero, antes de abrirla, miró a Dúnechka con cierta sorpresa.

—Qué cosa más rara —dijo despacio, como asaltado de pronto por una nueva idea—, ¿por qué me preocupo tanto? ¿A qué viene esta discusión? ¡Cásate con quien quieras!

Hablaba como para sí, pero en voz alta, y estuvo un tiempo mirando a su hermana, con aire preocupado.

Por fin abrió la carta, sin alterar en ningún momento su expresión de raro estupor; después empezó a leerla despacio, atentamente, y la leyó dos veces. Puljeria Aleksándrovna estaba especialmente inquieta, aunque todos esperaban que ocurriera algo especial.

—Me parece sorprendente —empezó a decir después de meditar un rato, devolviéndole la carta a su madre, pero sin dirigirse a nadie

en particular—; es un hombre de negocios, abogado, y hablando es incluso algo… amanerado; pero escribe como un analfabeto.

Todos se quedaron sorprendidos; no se esperaban nada de ese estilo.

—Todos escriben igual —observó Razumijin, abruptamente.

—¿Es que la has leído?

—Sí.

—Se la hemos enseñado, Rodia… Antes le pedimos consejo —dijo Puljeria Aleksándrovna, turbada.

—En rigor, así es el estilo jurídico —terció Razumijin—; los documentos jurídicos se siguen redactando así.

—¿Jurídico? Sí, es ese estilo jurídico, comercial… No es demasiado iletrado, ni tampoco demasiado literario; ¡comercial!

—Piotr Petróvich tampoco oculta que su formación es muy mediocre, e incluso está orgulloso de haberse abierto camino en la vida —señaló Avdotia Románovna, un tanto ofendida por el tono de su hermano.

—Bueno, si está orgulloso, no le faltan motivos; no lo niego. Pareces ofendida, hermana, por que sobre toda la carta no haya hecho más que ese comentario tan intrascendente, y crees que me he ocupado deliberadamente de esas nimiedades para mortificarte por puro despecho. Al contrario, a propósito del estilo me ha venido a la cabeza una observación que, en este caso, no es ni mucho menos irrelevante. Aparece en la carta una expresión: «toda la responsabilidad recaería exclusivamente sobre usted», muy clara y elocuente, y además de eso está la amenaza de marcharse inmediatamente en caso de que aparezca yo. Esta amenaza de marcharse equivale a una amenaza de abandonaros a vosotras dos si no sois obedientes, y de abandonaros ahora, después de haberos hecho venir a San Petersburgo. Bueno, ¿qué te parece? ¿Puede uno tomarse esas palabras de Luzhin igual que si las hubiera escrito él —señaló a Razumijin—, o Zósimov, o cualquiera de nosotros?

—No, no… —contestó Dúnechka, animándose—; yo ya me había dado cuenta de que era una expresión muy ingenua, y me había

parecido que a lo mejor, sencillamente, no estaba escrito con propiedad… Está muy bien analizado, hermano. En realidad, no me esperaba…

—Eso está expresado en estilo jurídico, y en ese estilo no se puede escribir de otra manera, y suena más grosero de lo que, probablemente, pretendía. Sin embargo, no tengo más remedio que desengañarte un tanto: hay otra expresión en esta carta que constituye una calumnia contra mí, y bastante infame. Ayer le di el dinero a aquella viuda, tísica y destrozada, no «supuestamente para el entierro», sino expresamente para el entierro, y no se lo entregué a la hija, una joven, como escribe él, «cuya conducta ha dado tanto que hablar», y a la que ayer vi por primera vez en mi vida, sino a la propia viuda. Advierto en todo esto un deseo excesivamente apresurado de denigrarme y de enfrentarme a vosotras. La expresión vuelve a ser propia del estilo jurídico, es decir, que revela con excesiva claridad su objetivo y adolece de una precipitación bastante cándida. Es un hombre inteligente, pero, para actuar de un modo inteligente, la inteligencia no basta. Todo esto nos da una imagen del individuo, y… no creo que te valore demasiado. Te digo todo esto únicamente a modo de advertencia, porque te deseo sinceramente lo mejor…

Dúnechka no contestó; tenía su decisión tomada de antes, tan solo estaba esperando a la tarde.

—Entonces ¿qué decides, Rodia? —preguntó Puljeria Aleksándrovna, más preocupada que nunca con ese nuevo tono suyo, repentino, tan *práctico*.

—¿Qué es lo que tengo que «decidir»?

—Ya has visto lo que escribe Piotr Petróvich: pide que no estés esta tarde en casa, y que se marchará… si tú apareces. Entonces… ¿vas a venir?

—Eso, por descontado, no me toca a mí decidirlo, sino, en primer lugar, a usted, si es que una exigencia como la de Piotr Petróvich no le parece insultante; y, en segundo lugar, a Dunia, si es que ella

tampoco se ha sentido ofendida. Yo haré lo que más les convenga —añadió secamente.

—Dúnechka ya ha tomado una decisión, y yo estoy totalmente de acuerdo con ella —se apresuró a declarar Puljeria Aleksándrovna.

—He decidido pedirte, Rodia, pedirte encarecidamente, que vayas sin falta a nuestra casa y que asistas a esa entrevista —dijo Dunia—; ¿vas a venir?

—Sí.

—También le pido a usted que esté en nuestra casa a las ocho —se dirigió a Razumijin—. Madre, también lo he invitado a él.

—Y has hecho muy bien, Dúnechka. Bueno, ya que habéis tomado todos una decisión —añadió Puljeria Aleksándrovna—, que así sea. Yo me siento aliviada; no me gusta fingir y engañar; lo mejor será decir toda la verdad… Y ¡que se enfade ahora si quiere Piotr Petróvich!

IV

En ese momento la puerta se abrió con suavidad y una muchacha entró en la habitación, mirando tímidamente a su alrededor. Todos se volvieron hacia ella con asombro y curiosidad. Raskólnikov no la reconoció a primera vista. Era Sofia Semiónovna Marmeládova. La había conocido la víspera, pero en un momento, en unas circunstancias y con un vestido tales que en su memoria había quedado grabada una imagen muy diferente de ella. Ahora se encontraba con una muchacha vestida con modestia e incluso con pobreza, muy jovencita, tanto que casi parecía una niña, de modales reservados e impecables, con una cara cándida pero aparentemente algo asustada. Llevaba puesto un vestido de lo más sencillo, de andar por casa, y un sombrero viejo y pasado de moda; de todos modos, aún lucía una sombrilla, como el día anterior. Al ver la habitación llena de gente, algo con lo que no contaba, no solo se turbó, sino que se quedó completamente desconcertada: sintiéndose cohibida, como un niño pequeño, hizo incluso ademán de dar media vuelta y marcharse.

—Ah… ¿es usted? —dijo Raskólnikov, enormemente sorprendido, y él también se turbó de repente.

Inmediatamente había caído en la cuenta de que su madre y su hermana ya sabían algo, por la carta de Luzhin, de una joven cuya conducta había dado «tanto que hablar». Acababa de protestar contra la calumnia de Luzhin y había recordado que hasta la misma víspera no había conocido a la joven, y de pronto irrumpía ella en su cuarto. También reparó en que no había protestado contra aquella expresión: «cuya conducta ha dado tanto que hablar». Todo eso le vino a la cabeza de un modo atropellado y confuso. Pero, al observarla más atentamente, vio de pronto tan humillada a aquella

criatura humillada que sintió lástima. Y cuando hizo aquel ademán de salir corriendo, muerta de miedo, algo se le removió por dentro.

—La verdad es que no la esperaba —dijo precipitadamente, deteniéndola con la mirada—. Pero, por favor, siéntese. Sin duda, viene de parte de Katerina Ivánovna. Disculpe, ahí no, mejor siéntese aquí…

Al entrar Sonia, Razumijin, que estaba sentado en una de las tres sillas de las que disponía Raskólnikov, al lado mismo de la puerta, se levantó para facilitarle el paso. Al principio Raskólnikov fue a ofrecerle un sitio en el extremo del diván, donde había estado sentado Zósimov, pero cayó en la cuenta de que ese diván era un sitio demasiado familiar, que a él le servía de cama, y se apresuró a ofrecerle la silla de Razumijin.

—Y tú siéntate aquí —le dijo a este, acomodándolo en el extremo del diván que había ocupado antes Zósimov.

Sonia se sentó, casi temblando de miedo, y miró tímidamente a las dos señoras. Era evidente que ella misma no entendía cómo podía estar sentada a su lado. Fue reparar en esto y asustarse hasta tal punto que se levantó súbitamente y se dirigió a Raskólnikov, enormemente turbada:

—Solo… solo es un minuto, discúlpeme por venir a molestarle —dijo, con voz entrecortada—. Vengo de parte de Katerina Ivánovna, no ha podido enviar a nadie más. Katerina Ivánovna me ha dicho que le ruegue encarecidamente que asista mañana a los funerales, por la mañana… después del rezo de la misa… en San Mitrofán[100], y luego a casa… a su casa… a comer… Sería un honor para ella… Me ha dicho que se lo pida.

Sonia titubeó y se quedó callada.

—Haré todo lo posible… todo lo posible —respondió Raskólnikov, levantándose él también, y quedándose también él sin palabras—. Tenga la bondad de sentarse —dijo de pronto—, tengo que hablar con usted. Se lo ruego; es posible que tenga usted prisa… Hágame el favor, concédame un par de minutos…

Le acercó la silla. Sonia volvió a sentarse y, de nuevo cohibida y desconcertada, dirigió una rápida mirada a las dos señoras e inmediatamente bajó los ojos. La pálida cara de Raskólnikov se ruborizó; sufrió una especie de convulsión, y le centellearon los ojos.

—Madre —dijo con firmeza y convicción—, esta es Sofia Semiónovna Marmeládova, hija de ese desdichado señor Marmeládov, a quien ayer, ante mi vista, atropellaron unos caballos y de quien ya le he hablado…

Puljeria Aleksándrovna miró a Sonia y entornó levemente los ojos. A pesar de su incomodidad ante la mirada desafiante de Rodia, fue totalmente incapaz de negarse a sí misma esa satisfacción. Dúnechka miró, seria y atenta, el rostro de la pobre muchacha y la examinó con estupor. Sonia, al oír la presentación de Raskólnikov, trató de levantar nuevamente los ojos, pero su turbación fue aún mayor.

—Quería preguntarle —Raskólnikov se dirigió enseguida a ella— cómo han ido hoy las cosas. ¿No las habrán molestado?… La policía, por ejemplo.

—No, señor, todo ha ido bien. Era demasiado evidente cómo había muerto; no nos han molestado. Únicamente algunos inquilinos se han enfadado.

—¿Por qué?

—Dicen que tardan en llevarse el cuerpo. En esta época hace calor, los olores… Así que hoy mismo, a la hora de vísperas, lo trasladan al cementerio, a la capilla, hasta mañana. Al principio Katerina Ivánovna no quería, pero ahora se ha dado cuenta de que no hay más remedio…

—Entonces, hoy…

—Le ruega que nos haga el honor de asistir mañana a las exequias en la iglesia, y de ir después a su casa para el banquete fúnebre.

—¿Va a ofrecer un banquete fúnebre?

—Sí, señor; un sencillo refrigerio. Me ha insistido mucho en que le dé las gracias por su ayuda de anoche… Sin usted, no habríamos

podido enterrarlo. —De pronto, los labios y la barbilla le empezaron a temblar, pero la joven hizo un esfuerzo y se controló, volviendo a pegar rápidamente la vista al suelo.

Mientras conversaban, Raskólnikov la observó detenidamente. Tenía una carita delgada, muy delgada y pálida, bastante irregular y un tanto angulosa, con la nariz pequeña y afilada, igual que la barbilla. No se podía decir, ni mucho menos, que fuera bonita, pero sus ojos azules eran tan claros y, cuando se animaban, su expresión se volvía tan bondadosa y franca que, inevitablemente, resultaba atractiva. En su cara, y en toda su figura, destacaba otro rasgo muy característico: a pesar de sus dieciocho años, no aparentaba la edad que tenía; parecía bastante más joven, casi una niña pequeña, una criatura, y eso se manifestaba a veces cómicamente en algunos de sus gestos.

—Pero ¿cómo ha podido arreglárselas Katerina Ivánovna con tan escasos recursos? Y hasta tiene intención de ofrecer un refrigerio… —preguntó Raskólnikov, que insistía en prolongar la conversación.

—El ataúd, señor, va a ser muy modesto… y todo va a ser sencillo, así que va a costar poco… Hace un rato estaba haciendo cuentas con ella, y hemos visto que queda suficiente para el banquete fúnebre… Y Katerina Ivánovna tenía mucho interés en hacerlo así. Y no podemos… Para ella es un consuelo… Ya sabe usted cómo es…

—Sí, sí, claro, lo entiendo… ¿Por qué mira así mi cuarto? Mi madre acaba de decir que parece una tumba.

—Y ¡ayer nos dio todo lo que tenía! —dijo súbitamente Sonia, a modo de réplica, con una especie de susurro rápido y enérgico, para volver acto seguido a bajar los ojos, confusa. Los labios y la barbilla le empezaron una vez más a temblar. Desde el primer momento le habían llamado la atención las condiciones tan modestas en que vivía Raskólnikov, y en ese momento se le escapó sin querer ese comentario. Siguió un silencio. Los ojos de Dúnechka parecieron iluminarse, y Puljeria Aleksándrovna miró a Sonia hasta con cordialidad.

—Rodia —dijo, poniéndose de pie—, como es natural, comeremos juntos. Vamos, Dúnechka… Y tú, Rodia, tendrías que salir un poco, y descansar después, echarte un rato. Y luego ven en cuanto puedas… Me temo que te hemos cansado…

—Sí, sí, iré —respondió, levantándose con cierta precipitación—. Además, tengo cosas que hacer…

—No me irás a decir que vais a comer por separado… —exclamó Razumijin, mirando sorprendido a Raskólnikov—. ¿Qué piensas hacer?

—No, no, iré; claro que iré… Pero tú quédate aquí un momento. Porque ahora no les hace falta, ¿verdad, madre? O ¿se lo estoy quitando?

—¡Oh, no, no! Y usted, Dmitri Prokófich, venga a comer con nosotras, ¿será tan amable?

—Venga, por favor —insistió Dunia.

Razumijin se inclinó ante ellas, radiante. Por un momento todos parecieron extrañamente turbados.

—Adiós, Rodia, mejor dicho, hasta más tarde; no me gusta decir adiós. Adiós, Nastasia… ¡Ay, ya he vuelto a decir adiós!

Puljeria Aleksándrovna habría querido despedirse de Sónechka, pero no supo cómo y salió precipitadamente de la habitación.

Pero Avdotia Románovna parecía estar esperando su turno y, al pasar por delante de Sonia, siguiendo a su madre, se despidió de ella atenta y respetuosamente, con una profunda inclinación. Sónechka se turbó y se inclinó torpemente, como intimidada, y hasta se reflejó en su rostro una sensación de pesar, como si la gentileza y las atenciones de Avdotia Románovna le produjesen agobio y sufrimiento.

—¡Adiós, Dunia! —exclamó Raskólnikov, ya en el vestíbulo—. ¡Dame la mano!

—Pero si ya te la he dado, ¿no te acuerdas? —respondió Dunia, volviéndose hacia él, con una mezcla de cariño y desconcierto.

—Y ¡qué! ¡Dámela otra vez!

Y le estrujó los dedos con fuerza. Dúnechka le sonrió, se puso colorada, retiró enseguida la mano y fue detrás de su madre. También ella se sentía feliz, por la razón que fuera.

—En fin, ¡todo ha ido bien! —le dijo a Sonia, volviendo al cuarto y mirando con alegría a la joven—. ¡Que el Señor dé paz a los muertos, que los vivos aún tienen que vivir! ¿A que sí? ¿A que sí? ¿Verdad?

Sonia observaba sorprendida la repentina iluminación de su semblante; Raskólnikov estuvo un momento callado, mirándola fijamente: todo lo que le había contado de ella su difunto padre le vino a la cabeza en ese instante…

—¡Santo Dios, Dúnechka! —dijo Puljeria Aleksándrovna en cuanto pisaron la calle—. ¡Que alegría salir de esta casa! Es un alivio. ¡Quién me iba a decir, ayer en el vagón, que me alegraría de algo así!

—Vuelvo a repetirle, madre, que aún está enfermo. ¿Es que no se da cuenta? Bien podría ser que, de tanto preocuparse por nosotras, haya arruinado su salud. Tenemos que ser indulgentes con él, y hay muchas, muchas cosas que se le pueden perdonar.

—Pues ¡tú con él no has sido indulgente! —replicó de inmediato, vehemente y celosa, Puljeria Aleksándrovna—. Sabrás, Dunia, que os he estado mirando a los dos; eres su vivo retrato, y no tanto físico como espiritual: los dos sois melancólicos, los dos hoscos e irascibles, los dos arrogantes y los dos magnánimos… Seguro que no puede ser egoísta, ¿verdad, Dúnechka?… Cuando pienso en lo que nos espera esta tarde, ¡el corazón se me encoge!

—No se preocupe, madre, pasará lo que tenga que pasar.

—¡Dúnechka! Pero ¡piensa en qué situación estamos! ¿Y si Piotr Petróvich se desdice de su promesa? —dijo de forma irreflexiva la pobre Puljeria Aleksándrovna.

—¿Qué se podría decir de un hombre que hiciera algo así? —contestó Dúnechka en tono brusco y desdeñoso.

—Hemos hecho bien en marcharnos. —Puljeria Aleksándrovna se apresuró a cambiar de tema—. Tu hermano tenía prisa por ir a

resolver algún asunto; le conviene salir, respirar aire fresco… Qué agobio de cuarto… De todos modos, aquí no hay quien respire. Las calles parecen habitaciones cerradas, sin ventanas. ¡Santo Dios, qué ciudad! Espera, hazte a un lado o te aplastan, ¡no sé qué llevan ahí! Ah, sí, es un piano… Qué forma de empujar… Tampoco me fío nada de esa jovencita…

—¿Qué jovencita, madre?

—Pues esa tal Sofia Semiónovna, esa que acaba de llegar…

—Pero ¿por qué?

—He tenido un presentimiento, Dunia. No te lo vas a creer pero, cuando ha llegado, en ese mismo momento he pensado que ahí estaba la clave de todo…

—¡Qué va a estar ahí la clave! —exclamó Dunia con indignación—. ¡Usted y sus presentimientos, madre! Solo se conocen desde ayer, y ahora, al entrar, no la ha reconocido.

—Bueno, ¡ya lo verás!… Me ha dejado muy preocupada, ¡ya verás, ya verás! Y me he asustado tanto: no hacía más que mirarme, con esos ojos; qué ganas de levantarme del asiento cuando nos la ha presentado, ¿te acuerdas? Y lo que es más raro: con lo que dice de ella Piotr Petróvich en su carta, luego va él y nos la presenta, y ¡a ti también! ¡Tiene que apreciarla mucho!

—¡La gente escribe cada cosa! También hablaban de nosotras, y escribían, ¿ya se le ha olvidado? Estoy convencida de que es… estupenda, y de que todo eso son habladurías.

—¡Quiera Dios que así sea!

—Y Piotr Petróvich es un chismoso impresentable —afirmó tajantemente Dúnechka.

Puljeria Aleksándrovna se arrimó a su hija. Ahí acabó la discusión.

—Verás, hay algo que te quiero pedir… —dijo Raskólnikov, llevándose a Razumijin hacia la ventana.

—Entonces, le diré a Katerina Ivánovna que vendrá usted… —dijo precipitadamente Sonia, disponiéndose a salir.

—Es solo un momento, Sofia Semiónovna. No es ningún secreto, usted no nos molesta… Me gustaría decirle un par de cosas más…

Verás… —Sin acabar la frase, con cierta brusquedad, se dirigió de pronto a Razumijin—. Tú conoces a ese… ¿cómo era?… ¿A Porfiri Petróvich?

—¡Y tanto! Somos parientes. ¿De qué se trata? —preguntó Razumijin con marcado interés.

—Ese caso… sí, bueno, lo del asesinato… ayer estabais hablando de eso… ¿No lo instruye él?

—Sí… ¿por qué? —Razumijin, de pronto, abrió mucho los ojos.

—Ha interrogado a los que habían empeñado algo, y yo tenía allí algún objeto en prenda; nada, poca cosa… un anillo de mi hermana, que me dio como recuerdo cuando me vine para acá, y un reloj de plata de mi padre. En total no valdrán más de cinco o seis rublos, pero les tengo cariño, son recuerdos. ¿Qué puedo hacer ahora? No me gustaría quedarme sin esos objetos, sobre todo el reloj. Hace un momento estaba temblando, pensando en que mi madre pudiera pedirme que le enseñara el reloj, cuando hablamos del reloj de Dúnechka. Es la única cosa que nos ha quedado de mi padre. Le va a dar algo si se pierde. ¡Mujeres! ¡Dime qué hago! Sé que debería presentarme en comisaría. Pero ¿no sería mejor acudir directamente a Porfiri? ¿A ti qué te parece? Sería todo más rápido. ¡Ya verás cómo antes de comer mi madre pregunta por él!

—¡Ni se te ocurra ir a la comisaría! ¡Vete a ver a Porfiri sin falta! —exclamó Razumijin, con una agitación insólita—. ¡Me parece buenísima idea! Vamos ahora mismo, está a dos pasos de aquí. ¡Seguro que lo encontramos!

—Pues sí… vamos…

—Y ¡va a estar encantado, pero encantado de verdad, de conocerte! Le he hablado mucho de ti, en distintas ocasiones… Ayer mismo le hablé de ti. ¡Vamos!… Entonces ¿conocías a la vieja? ¡Conque era eso!… ¡Todo está saliendo de ma-ra-vi-lla!… Ah, sí… Sofia Ivánovna…

—Sofia Semiónovna —le corrigió Raskólnikov—. Sofia Semiónovna, este es mi amigo Razumijin, y es un buen hombre…

—Si tienen que irse ahora… —empezó a decir Sonia, que no miraba en ningún momento a Razumijin, y que estaba cada vez más turbada.

—¡Vámonos! —decidió Raskólnikov—. Hoy mismo voy a verla, Sofia Semiónovna. Pero dígame dónde vive.

Sin llegar a sentirse incómodo, sí parecía actuar con precipitación y evitaba sus miradas. Sonia le dio su dirección, y se ruborizó al hacerlo. Salieron todos juntos.

—¿No cierras con llave? —preguntó Razumijin, bajando el último las escaleras.

—¡Nunca!… La verdad es que hace dos años que quiero comprar un cerrojo —añadió con despreocupación—. ¡Dichoso el hombre que no tiene nada que guardar bajo llave! —le dijo a Sonia, riéndose.

Una vez en la calle, se detuvieron en el portón.

—¿Va usted a la derecha, Sofia Semiónovna? Por cierto, ¿cómo me ha encontrado? —preguntó Raskólnikov, como si en realidad quisiese haberle dicho algo muy distinto. Tenía ganas de mirar aquellos ojos suyos, claros y tranquilos, pero no era capaz…

—Pero si ayer le dio a Pólechka su dirección.

—¿A Polia? Ah, sí… ¡Pólechka! La pequeña… ¿Es su hermana? ¿Así que le di mi dirección?

—¿Se le había olvidado?

—No… Ya me acuerdo…

—Yo ya le había oído hablar de usted a mi pobre padre. Solo que entonces no sabía cómo se llamaba, él tampoco lo sabía. Y ahora he venido… Y, como ayer me enteré de su apellido… hoy ya he preguntado: el señor Raskólnikov ¿dónde vive? Y lo que no sabía es que usted también vive de alquiler en un cuarto… Adiós, señor. Le diré a Katerina Ivánovna…

Se sentía enormemente feliz de poder marcharse de una vez, y se alejó con la cabeza gacha, rápidamente, deseando perderse de vista cuanto antes, recorrer lo más deprisa posible aquellos veinte pasos que había hasta la esquina, y allí torcer a la derecha y saberse por fin sola en esa calle, y una vez allí marchar a buen paso,

sin mirar a nadie, sin fijarse en nada, pensando, recordando, meditando cada palabra dicha, cada circunstancia. Nunca, nunca había sentido nada parecido. De un modo confuso e inconsciente, todo un nuevo mundo surgía en su alma. De pronto recordó que Raskólnikov tenía intención de ir a verla ese mismo día, tal vez por la mañana, tal vez enseguida.

«¡Que no sea hoy, por favor, que no sea hoy! —murmuraba, con el corazón encogido, como implorándole a alguien, como un niño asustado—. ¡Señor! A mi casa… a ese cuarto… va a ver… ¡Ay, Señor!».

Naturalmente, en ese momento no podía darse cuenta de que un desconocido la seguía muy de cerca, pisándole los talones. La iba siguiendo desde que salieron a la calle. Justo cuando los tres, Razumijin, Raskólnikov y ella misma, se pararon un segundo en la acera a decirse un par de cosas, aquel desconocido, que pasaba por su lado, se sobresaltó al captar casualmente unas palabras de Sonia: «Hoy ya he preguntado: el señor Raskólnikov ¿dónde vive?». Dirigió a los tres, especialmente a Raskólnikov, a quien estaba hablando Sonia, una mirada rápida pero atenta, y después se fijó en la casa y la retuvo en su memoria. Todo eso ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, sobre la marcha, y el desconocido siguió adelante y, para no llamar la atención, aflojó el paso, como si estuviera haciendo tiempo. Estaba esperando a Sonia; había visto cómo se despedían los tres y que ella se iba a casa, donde quiera que fuese.

«¿Dónde vivirá? Esa cara la he visto en alguna parte —pensó, haciendo memoria—; tengo que averiguarlo».

Al llegar a la esquina, se cambió de acera, se volvió y vio que Sonia venía detrás de él, en su misma dirección, y que no se había percatado de nada. Al llegar a la esquina, torció precisamente por esa misma calle. Él la siguió, sin perderla de vista, desde la otra acera; tras avanzar unos cincuenta pasos, se cruzó a la acera por la que iba Sonia, le dio alcance y se puso detrás de ella, dejando cinco pasos de distancia.

Era un hombre de unos cincuenta años, más alto que la media, corpulento, de anchos y altos hombros que hacían que pareciese algo cargado de espaldas. Vestía ropa elegante y confortable, que le daba un imponente aire señorial. Llevaba un bonito bastón con el que golpeaba la acera a cada paso y unos guantes recién estrenados. Su cara, ancha y de pómulos salientes, era bastante agradable, con una tez fresca, de un color poco visto en San Petersburgo. El pelo, aún tupido, era muy rubio, y apenas tenía algunas canas, y sus enormes barbas, anchas y pobladas, eran aún más rubias que la cabellera. Tenía los ojos azules y la mirada fría, concentrada y pensativa; los labios, de un rojo intenso. En definitiva, se trataba de un hombre muy bien conservado que no aparentaba la edad que tenía.

Cuando Sonia salió a la orilla de un canal, se quedaron los dos solos en la acera. El hombre ya había tenido tiempo de fijarse en que la joven andaba ensimismada y distraída. Al llegar a su casa, Sonia atravesó el portón, y él la siguió algo sorprendido. Una vez en el patio, ella torció a la derecha, hasta un rincón donde estaba la escalera que llevaba a su habitación. «¡Caramba!», murmuró el desconocido, y empezó a subir detrás. Solo entonces Sonia reparó en él. Subió hasta el tercer piso, torció por la galería y llamó a la puerta del número nueve, donde habían escrito a tiza: «Kapernaúmov, sastre». «¡Caramba!», repitió el desconocido, sorprendido por la extraña coincidencia, y llamó al lado, en el número ocho. Había seis pasos de distancia entre las dos puertas.

—¿De modo que usted vive en casa de Kapernaúmov? —dijo, mirando a Sonia y riéndose—. Ayer me arregló un chaleco. Y además vivo aquí mismo, en casa de madame Resslich, Gertruda Kárlovna. ¡Qué curioso! —Sonia lo miró con atención—. Vecinos —siguió diciendo el hombre en un tono especialmente animado—. Apenas llevo un par de días en la ciudad. Pues nada, hasta la vista.

Sonia no le contestó; le abrieron la puerta y se metió corriendo en su cuarto. Por alguna razón, estaba avergonzada y parecía intranquila…

Yendo a ver a Porfiri, Razumijin estaba particularmente excitado.

—Es estupendo, hermano —repitió varias veces—, y ¡estoy muy contento! ¡Muy contento!

«¿De qué estás tan contento?», pensó Raskólnikov.

—No sabía que también tú habías empeñado alguna cosa en casa de la vieja. Y… y… ¿hace mucho de eso? Quiero decir, ¿hace mucho que estuviste en su casa?

«¡Cuánta ingenuidad! ¡Será idiota!».

—¿Cuándo fue? —Raskólnikov se paró, haciendo memoria—. Pues como tres días antes de su muerte me parece recordar que estuve en su casa. De todos modos, ahora no puedo redimir los objetos empeñados —se apresuró a aclarar, como si le hubiera entrado una especial preocupación por ellos—; solo me queda un rublo… ¡después del maldito delirio de ayer!

Puso un particular énfasis en la palabra «delirio».

—Sí, sí, sí —se apresuró a asentir Razumijin, no se sabe muy bien a qué—, por eso es por lo que entonces… te afectó tanto… ¡No sé si sabes que durante tu delirio no parabas de hablar de unos anillos y unas cadenitas!… Sí, sí… Está claro, ahora todo está claro.

«¡Ya estamos! ¡Les ha dado fuerte con esa idea! ¡Este hombre se dejaría crucificar por mí, y lo hará encantado después de *haber aclarado* por qué hablaba yo de unos anillos mientras estaba delirando! Algo que habrá confirmado sus sospechas…».

—¿Lo encontraremos? —preguntó Raskólnikov en voz alta.

—Sí, sí —respondió de inmediato Razumijin—. ¡Es un tipo estupendo, ya verás! Algo tosco; es decir, es un hombre de mundo, pero me refiero a que es algo tosco en otro sentido. Es un hombre inteligente, muy inteligente, desde luego no tiene un pelo de tonto, pero tiene una forma de pensar muy particular… Incrédulo, escéptico, cínico… Le gusta engañar a la gente, o sea, no engañarla, sino tomarle el pelo… Sigue el viejo método de las pruebas materiales… Pero conoce bien su oficio, vaya si lo conoce… El año pasado solucionó un caso de asesinato en el que prácticamente no había indicios. ¡No sabes qué ganas tiene de conocerte!

—Y ¿a cuento de qué tiene tantas ganas?

—Bueno, tampoco es que… Verás, últimamente, desde que caíste enfermo, he tenido ocasión de hablarle de ti muchas veces… Bueno, y él me escuchaba… y cuando se enteró de que no habías podido acabar tus estudios de Derecho, dadas tus circunstancias, dijo que era una lástima. Total, que llegué a la conclusión… quiero decir, no solo por eso, sino por todo un conjunto de cosas; ayer Zamétov… Mira, Rodia, ayer, de camino a tu casa, cuando estaba borracho, te conté unas cosas disparatadas… Y me preocupa, hermano, que te las vayas a tomar demasiado en serio…

—¿A qué te refieres? ¿A que me tomen por un loco? Puede que hasta tengan razón.

Forzó una sonrisa.

—Sí… sí… ¡Digo, no, qué va!… Bueno, el caso es que todo lo que te dije, eso y también otras cosas, fue un disparate de borracho.

—¡Déjate de disculpas! ¡No sabes lo cansado que estoy de todo esto! —exclamó Raskólnikov con una irritación excesiva. En cualquier caso, en parte era fingida.

—Lo sé, lo sé, y lo comprendo. Puedes estar seguro de que lo comprendo. Hasta me da vergüenza hablar de estas cosas…

—Pues, ¡si te da vergüenza, no hables!

Los dos se callaron. Razumijin estaba más que entusiasmado, y Raskólnikov lo percibió con repugnancia. También estaba alarmado por lo que acababa de contarle sobre Porfiri.

«A este también voy a tener que cantarle como el pobre Lázaro[101] —pensaba, poniéndose pálido y con el corazón desbocado—, y cantarle con más naturalidad. Aunque lo más natural sería no cantar nada. ¡Esforzarse en no cantar nada! No, si me *esfuerzo* tampoco sería natural… Bueno, ya veremos qué pasa… dentro de nada. No sé si hago bien en ir a verlo. La mariposa vuela hacia la llama. El corazón me late con fuerza, ¡eso sí que no es bueno!…».

—Es en esta casa gris —dijo Razumijin.

«Lo importante es si Porfiri sabe o no que ayer estuve en casa de la vieja… y que pregunté por la sangre. Hay que averiguar eso al instante, antes que nada; léerselo en la cara nada más entrar, si no… Tengo que averiguarlo, ¡cueste lo que cueste!».

—¿Sabes una cosa? —Raskólnikov se dirigió de pronto a Razumijin con una sonrisa maliciosa—. Vengo observando toda la mañana que hoy estás especialmente inquieto, hermano. ¿Es así?

—¿Inquieto por qué? No estoy inquieto por nada. —Razumijin se sobresaltó.

—No, hermano, de verdad que se te nota. Antes estabas sentado al borde de la silla, algo que nunca haces, y no parabas de moverte, como con calambres. Saltabas a las primeras de cambio. A ratos se te veía enfadado, y a ratos tenías una cara que parecías el más dulce de los caramelos; por algo sería. Si hasta te has ruborizado; sobre todo, cuando te han invitado a comer, te has puesto rojo como la grana.

—De eso nada, te lo estás inventando… ¿A qué viene eso ahora?

—Qué cosas tienes; ¡tratas de escabullirte como un colegial! ¡Qué demonios! ¡Otra vez se ha puesto colorado!

—¡Mira que eres cerdo!

—Pero ¿por qué estás tan turbado? ¡Romeo! Espera, tengo que contar esto hoy por ahí, ¡ja, ja, ja! Lo que se va a reír mi madre… y otra persona que yo me sé…

—Escucha, escucha, escucha; hablando en serio… Y ¿ahora qué, maldita sea? —Razumijin estaba completamente desconcertado, muerto de miedo—. ¿Qué vas a contarles? Yo, hermano… Pero ¡qué cerdo!

—¡Igual que una rosa en primavera! Y si supieras lo bien que te sienta; ¡un Romeo de diez *vershkí*[102]! Hoy sí que vas limpio, hasta te has cepillado las uñas, ¿a que sí? Lo nunca visto. ¡Juraría que hasta te has puesto pomada! ¡Baja la cabeza!

—¡Cerdo!

Raskólnikov se reía de tal forma que parecía incapaz de contenerse, de modo que entraron entre risas en casa de Porfiri

Petróvich. Era lo que quería Raskólnikov: desde las habitaciones se podía oír que habían entrado riéndose, y aún se oían las carcajadas en el recibidor.

—Aquí ni una palabra, o… ¡te machaco! —susurró Razumijin, enrabietado, agarrando del hombro a Raskólnikov.

V

Raskólnikov ya estaba entrando. Entró como si estuviera haciendo los mayores esfuerzos para dominarse y no desternillarse de la risa. Tras él, con el semblante demudado por la ira, rojo como una peonía, desgarbado y torpe, entró Razumijin, muerto de vergüenza. Su cara y toda su figura resultaban en ese momento verdaderamente cómicas y justificaban la hilaridad de Raskólnikov. Este, antes de ser presentado, se inclinó ante el dueño de la casa, que estaba de pie en medio de la estancia, mirándolos inquisitivamente; a continuación, le tendió y le estrechó la mano, aparentando aún que hacía un esfuerzo extraordinario para reprimir su hilaridad y decir al menos dos o tres palabras a modo de presentación. Pero apenas había conseguido adoptar un aire serio y balbucear alguna cosa cuando, de pronto, casi sin querer, volvió a mirar a Razumijin y fue incapaz de contenerse: la risa reprimida estalló de forma irresistible, con toda la fuerza con la que hasta entonces había sido sofocada. La insólita furia con la que acogió esta risa «sincera». Razumijin le dio a esta escena un aire de la más genuina alegría y, sobre todo, naturalidad. Razumijin contribuyó aún más a este fin, como si lo hubiera hecho aposta.

—¡Por todos los diablos! —bramó, haciendo aspavientos, y justamente fue a dar un manotazo en una mesita redonda, en la que había un vaso de té, ya vacío. Todo voló por los aires y cayó con estrépito.

—¡Tampoco hay por qué romper las sillas, caballeros! —gritó alegremente Porfiri Petróvich.

La escena era de este tenor: Raskólnikov no paraba de reírse, con la mano olvidada en la mano del dueño de la casa; pero, sabiendo que todo tiene un límite, aguardó el mejor momento para poner fin a todo aquello del modo más rápido y natural posible.

Razumijin, definitivamente obnubilado por la caída de la mesita y la rotura del vaso, miró los añicos con aire taciturno, maldijo y se volvió bruscamente hacia la ventana, donde se quedó dando la espalda a los demás, con un semblante terriblemente hosco, mirando fuera sin ver nada. Porfiri Petróvich se reía con ganas, aunque era evidente que estaba esperando una explicación. En una esquina, sentado en una silla, había estado Zamétov hasta que, con la llegada de los visitantes, se había levantado, a la expectativa, con una sonrisa en los labios, si bien contemplaba toda la escena con estupor y con cierto escepticismo, y a Raskólnikov hasta con turbación. La inesperada presencia de Zamétov sorprendió desagradablemente al joven.

«¡Otra cosa que hay que tener presente!», pensó.

—Le ruego que me disculpe —dijo, con una turbación forzada—; Raskólnikov…

—Al contrario, señor, es un placer, y estoy encantado de que hayan venido… ¿Qué pasa? ¿No quiere saludar? —Porfiri Petróvich señaló a Razumijin.

—Está enfadado conmigo, y le doy mi palabra de que no sé por qué. Todo lo que le he dicho, viniendo hacia aquí, ha sido que se parece a Romeo, y… se lo he demostrado. Y me parece que eso ha sido todo.

—¡Cerdo! —replicó Razumijin, sin volverse hacia él.

—Debía de tener motivos muy serios para enfadarse de ese modo por una palabra de nada. —Porfiri se echó a reír.

—¡Mira, tú! ¡Juez de instrucción…! ¡Podéis iros todos al diablo! —replicó Razumijin, y de pronto, echándose también a reír, con la cara alegre, como si tal cosa, se acercó a Porfiri Petróvich—. ¡Ya basta! Estáis todos mal de la cabeza; al grano: aquí un amigo, Rodión Románych Raskólnikov; en primer lugar, ha oído hablar mucho de ti y tenía muchas ganas de conocerte; en segundo lugar, tiene un asuntillo que tratar contigo. ¡Vaya! ¡Zamétov! ¿Cómo es que estás aquí? No me digas que ya os conocéis… ¿Desde hace mucho?

«¿Y eso?», pensó alarmado Raskólnikov.

Zamétov parecía turbado, aunque tampoco en exceso.

—Nos conocimos ayer en tu casa —dijo con desenvoltura.

—O sea, que Dios te ha librado de la ruina: la semana pasada me suplicó que os presentase, y vosotros, prescindiendo de mí, ya os habéis entendido… ¿Dónde tienes el tabaco?

Porfiri Petróvich llevaba ropa de andar por casa: una bata, una camisa impecable y unas zapatillas gastadas. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de estatura inferior a la media, grueso y con una barriga apreciable; iba afeitado, sin bigote ni patillas, con el pelo muy corto; tenía la cabeza grande y redonda, con una nuca especialmente prominente. La cara redonda, abotargada, de nariz algo achatada, tenía un tono amarillo oscuro, de enfermo, si bien su expresión era vigorosa e incluso burlona. Habría resultado simpática, de no haber sido por la mirada, con un brillo acuoso en los ojos, cubiertos por unas pestañas casi blancas, nerviosas, que parecían estar haciéndole guiños a alguien. La expresión de esos ojos no se correspondía con el conjunto de su figura; había en ella algo femenino, y le daba un aire de seriedad que uno no se habría esperado a simple vista.

En cuanto oyó decir que el visitante tenía un «asuntillo» que tratar con él, Porfiri Petróvich le ofreció asiento en un sofá; él mismo se sentó en el otro extremo y lo miró, esperando que procediese cuanto antes a plantearle su caso, con esa atención intensa y excesivamente seria que, de entrada, puede llegar a agobiar y desconcertar al interlocutor, especialmente cuando se trata de un desconocido, y más aún si lo que va a exponer, a su entender, no guarda proporción con la atención que se le dispensa, de una gravedad tan poco común. Pero Raskólnikov, con brevedad y coherencia, le explicó la situación, y se quedó tan satisfecho que hasta tuvo ocasión de observar detenidamente a Porfiri. Este, por su parte, no desvió la mirada ni una sola vez. Razumijin, sentado enfrente de ellos, al otro lado de la mesa, siguió con pasión e impaciencia la exposición del caso, mirando tan pronto a uno como a otro, con una atención desmesurada.

«¡Idiota!», lo insultó mentalmente Raskólnikov.

—Tiene que dar aviso a la policía —contestó Porfiri en un tono perfectamente oficial— de que, habiendo tenido noticia del suceso, esto es, de este asesinato, ruega usted, por su parte, que se informe al juez que lleva el caso de que tales objetos son de su propiedad y desea usted redimirlos… o algo así… Pero ellos ya le escribirán.

—El caso es que, en estos momentos —Raskólnikov trataba por todos los medios de fingirse turbado—, estoy sin fondos… y ni siquiera esa pequeña suma está a mi alcance… Yo, verá usted, lo único que quería por ahora era declarar que esas cosas son mías, y que cuando tenga dinero…

—Eso es lo de menos, señor —respondió Porfiri Petróvich, que había acogido con frialdad la explicación sobre sus finanzas—; por lo demás, si así lo desea, puede redactar ahora mismo un escrito dirigido a mí, declarando, en ese sentido, que, habiendo sido informado de este asunto, y declarándose propietario de tales y cuales objetos, solicita…

—¿Puede ser en una hoja de papel corriente? —le interrumpió Raskólnikov, manifestando otra vez su interés por el lado financiero de la cuestión.

—¡Oh, sí, en una hoja cualquiera! —Y, de pronto, Porfiri Petróvich lo miró con evidente ironía, entornando los ojos, como haciéndole un guiño. Pero también pudieron ser solo imaginaciones de Raskólnikov, porque apenas duró un instante. Algo hubo, en todo caso. Raskólnikov habría jurado que le había guiñado un ojo, a saber por qué.

«¡Lo sabe!», la idea le cruzó por la cabeza como un relámpago.

—Perdóneme por haberle importunado con estas tonterías —siguió diciendo Raskólnikov, algo desconcertado—, mis cosas no valen más de cinco rublos, pero les tengo mucho cariño, como recuerdo de aquellos que me las dejaron, y reconozco que, cuando me enteré, me asusté mucho…

—¡Por eso ayer reaccionaste de ese modo cuando me oíste decirle a Zósimov que Porfiri estaba interrogando a los propietarios

de las prendas empeñadas! —terció Razumijin, con una intención evidente.

Era algo insufrible. Raskólnikov no lo aguantó más y volvió con rabia hacia él sus negros ojos furibundos. Pero enseguida se contuvo.

—Parece, hermano, que te burlas de mí —le habló con fingida irritación—. Estoy de acuerdo en que, posiblemente, me preocupo en exceso por estas cosas que, para ti, no tienen la menor importancia; pero no por eso debes considerarme ni egoísta ni avaricioso, y, a mis ojos, estos objetos insignificantes no carecen ni mucho menos de valor. Acabo de decirte que este reloj de plata, que apenas vale nada, es la única cosa que me dejó mi padre. Ríete de mí si quieres, pero mi madre ha venido a verme —de pronto, se volvió hacia Porfiri— y, si ella supiera —se volvió otra vez, a toda prisa, hacia Razumijin, esforzándose sobre todo por que le temblara la voz— que se ha perdido el reloj, ¡te doy mi palabra de que se pondría como loca! ¡Mujeres!

—¡No se trata de eso! ¡No lo he dicho con esa intención! ¡Todo lo contrario! —gritaba Razumijin, con amargura.

«¿Lo habré hecho bien? ¿Con naturalidad? ¿No habré exagerado? —se preguntaba Raskólnikov, tembloroso—. ¿Por qué habré dicho eso de: “¡Mujeres!”?».

—¿Así que ha venido su madre? —preguntó, por alguna razón, Porfiri Petróvich.

—Sí.

—¿Cuándo ha sido, señor?

—Ayer por la tarde.

Porfiri se quedó callado, como meditando.

—Sus cosas no han podido perderse en ningún caso —siguió diciendo con calma y frialdad—. Hace ya tiempo que le estaba esperando.

Y, como si nada, se levantó para acercarle un cenicero a Razumijin, que estaba echando sin compasión la ceniza del cigarrillo

en la alfombra. Raskólnikov se sobresaltó, pero Porfiri no pareció mirar, cada vez más preocupado por el cigarrillo de Razumijin.

—¿Cómo? ¡Que le estabas esperando! ¿De verdad sabías que empeñaba *allí* sus cosas? —exclamó Razumijin.

Porfiri Petróvich le contestó directamente a Raskólnikov:

—Esos dos objetos suyos, el anillo y el reloj, estaban en casa de *ella*, envueltos en un papel, y en ese papel aparecía su nombre claramente anotado con lápiz, junto con el día y el mes en que usted se los dejó…

—¡Qué observador es usted! —Raskólnikov esbozó una torpe sonrisa, tratando sobre todo de mirarlo a los ojos; pero no pudo resistirse y de pronto añadió—: Lo he dicho porque me imagino que serán muchos los que tenían objetos empeñados… y no le será fácil acordarse de todos… Pero veo que no se olvida usted de nadie, y… y…

«¡Qué tonto! ¡Qué flojo! ¿A quién se le ocurre añadir ese comentario?».

—Casi todos estaban ya identificados, así que usted ha sido el último en presentarse —respondió Porfiri con un ligerísimo, casi inapreciable, retintín.

—No estaba del todo bien.

—Algo había oído. Incluso había oído que estaba profundamente afectado por alguna cuestión. Ahora mismo, ¿no está usted algo pálido?

—En absoluto… Al contrario, ¡estoy completamente sano! —replicó Raskólnikov en tono grosero y airado, cambiando bruscamente de actitud. No era capaz de dominar su rabia, y estaba a punto de estallar. «¡Esta indignación me va a delatar! —la idea volvió a pasarle por la cabeza—. ¿Por qué me torturan?».

—¡No tan sano! —replicó Razumijin—. ¡Lo que hay que oír! Hasta ayer mismo prácticamente estuvo delirando, inconsciente… Hazme caso, Porfiri, casi no podía tenerse en pie y, en cuanto Zósimov y yo nos descuidamos un rato, se vistió, salió a hurtadillas a la calle y anduvo por ahí de juerga casi hasta medianoche, y todo esto, ya te

digo, en pleno delirio, ¿te lo puedes creer? ¡Es un caso extraordinario!

—¿En *pleno delirio*? ¿Es posible? —Porfiri movió la cabeza con un gesto de mujer.

—Pero ¡qué disparate! ¡No le haga caso! ¡De todos modos, usted tampoco se lo cree! —replicó Raskólnikov, fuera de sí. Pero Porfiri Petróvich no parecía haber oído estas palabras, algo extrañas.

—Y ¿cómo se te ocurrió salir, si no estabas delirando? —dijo Razumijin, repentinamente exaltado—. ¿Por qué saliste? ¿Qué pretendías?… Y ¿por qué tuviste que salir en secreto? ¿Cómo ibas a estar entonces en tu sano juicio? Ahora que ya ha pasado el peligro, puedo decírtelo con toda claridad.

—Ayer acabé harto de todos ellos —Raskólnikov se dirigió de pronto a Porfiri, con una sonrisa descaradamente retadora—, así que me escapé, dispuesto a alquilar un cuarto donde no me pudiesen encontrar, llevando un montón de dinero conmigo. El señor Zamétov vio ese dinero. ¿Qué dice usted, señor Zamétov? ¿Estaba yo ayer en mi sano juicio o estaba delirando? Resuelva usted la discusión.

En ese momento habría estrangulado a Zamétov: hasta tal punto le desagradaron su mirada y sus silencios.

—En mi opinión, habló usted con mucho sentido común, y hasta con astucia, si bien estaba demasiado irritado —declaró Zamétov con sequedad.

—Pues hoy me decía Nikodim Fomich —terció Porfiri Petróvich— que ayer se encontró con usted, muy tarde ya, en casa de un hombre que había sido atropellado por unos caballos, un empleado…

—¡Ahí lo tienes! ¡Lo de ese empleado! —apuntó Razumijin—. No me dirás que no actuaste como un loco en casa de ese empleado… ¡Todo el dinero que tenía se lo dio a la viuda para el entierro! ¿Que querías ayudarla? Pues muy bien: dale quince rublos, dale veinte; pero quédate tú al menos con tres, en vez de largarle los veinticinco que tenías…

—¿Y si resulta que he encontrado un tesoro y tú no lo sabes? Por eso estuve ayer tan generoso… Mira, ¡el señor Zamétov sabe

que lo he encontrado! Tendrá usted la bondad de perdonarnos —se dirigió a Porfiri, con labios temblorosos— que llevemos molestándole media hora con tantos detalles innecesarios. Estará usted aburrido, ¿verdad?

—¡Qué dice usted! ¡Al contrario, al contrario! ¡Si supiera lo mucho que me interesa usted! Es apasionante verle y oírle… Y le confieso que estoy encantado de que usted, finalmente, se haya animado a venir…

—Pero ¡ponnos un té, por lo menos! ¡Tengo la garganta seca! —exclamó Razumijin.

—¡Estupenda idea! A lo mejor, todos te acompañamos. Y ¿no querrás… algo más sustancial antes del té?

—¡Muévete!

Porfiri Petróvich fue a encargar el té.

La cabeza de Raskólnikov era un hervidero de ideas. Estaba terriblemente exasperado.

«¡Lo malo es que ni siquiera disimulan, ni se andan con miramientos! ¿En qué cabeza cabe que, sin conocerme de nada, haya hablado de mí con Nikodim Fomich? ¡Está claro que no se toman la molestia de ocultar que me están siguiendo como una jauría de sabuesos! ¡Me están escupiendo en toda la cara! —Raskólnikov temblaba de rabia—. Vamos, atacad sin miedo, y dejaos de jugar conmigo como el gato con el ratón. Eso no es limpio por su parte, Porfiri Petróvich, pero ya veremos si lo consiento… ¡Me levantaré, y os arrojaré toda la verdad a la cara, y entonces veréis cómo os desprecio!… —Le costaba respirar—. Pero… ¿y si no son más que imaginaciones mías? ¿Y si es todo un espejismo, y estoy completamente equivocado? ¿Y si pierdo los estribos por falta de experiencia, y soy incapaz de mantener mi infame papel? Podría no haber ninguna intención en todo esto… Todo lo que dicen es normal, pero hay algo en sus palabras… Son cosas que se pueden decir en cualquier momento, pero hay algo… ¿Por qué ha dicho, abiertamente, que los objetos estaban “en casa de ella”? ¿Por qué ha tenido que añadir Zamétov eso de que hablé hasta *con astucia*?

¿Por qué hablan en ese tono? Sí… el tono… Razumijin está aquí al lado, ¿por qué no se da cuenta de nada? ¡Ese inocente majadero nunca se da cuenta de nada! ¡Vuelvo a tener fiebre!… ¿Me habrá hecho un guiño antes Porfiri? Serán ocurrencias mías; ¿para qué iba a hacerme un guiño? ¿Querrán ponerme nervioso o me están provocando? ¡O es todo un espejismo o es que *lo saben* de verdad!… Hasta Zamétov se muestra insolente… ¿Zamétov se muestra insolente? Zamétov ha cambiado de opinión de ayer a hoy. ¡Ya me olía yo que cambiaría de opinión! Él está aquí como en su propia casa; en cambio, esta es mi primera visita. Porfiri no lo trata como a un invitado, de hecho estaba dándole la espalda. ¡Están conchabados! ¡Se han puesto de acuerdo *sobre mí*, seguro! ¡Seguro que, cuando hemos llegado, estaban hablando de mí!… ¿Sabrán lo del piso? ¡Debería averiguarlo cuanto antes!… Cuando antes he dicho que ayer me escapé para alquilar un cuarto, no ha parecido darle importancia… Ha sido muy astuto por mi parte decirlo: más adelante me puede venir bien… ¡Luego dicen que estaba delirando!… ¡Ja, ja, ja! ¡Está enterado de todo lo que hice anoche! Y ¡no sabía que había llegado mi madre!… Y ¡esa bruja que tenía hasta la fecha anotada a lápiz! ¡Estáis equivocados, no pienso darme por vencido! Porque esto no son pruebas todavía, ¡no es más que un espejismo! ¡No, presentadme pruebas! Y lo del cuarto tampoco es una prueba, sino un delirio; ya sé lo que tengo que decirles… Pero ¿sabrán lo del piso? ¡Yo no me voy de aquí sin averiguarlo! ¿A qué he venido? Pero ¡ahora estoy perdiendo los estribos, y eso sí que puede ser una prueba! ¡Uf, qué irritable estoy! Bueno, puede que eso sea bueno; dentro de mi papel de enfermo… Me está sondeando. Quiere desconcertarme. ¿Para qué habré venido?».

Todo esto pasó como un relámpago por la cabeza de Raskólnikov.

Porfiri Petróvich volvió enseguida. De pronto, parecía más alegre.

—Hermano, todavía me duele la cabeza de lo de ayer… Creo que se me fue la mano —le dijo a Razumijin, en un tono muy distinto, entre risas.

—¿Qué tal? ¿Estuvo interesante? Me parece que os dejé en el mejor momento… ¿Quién fue el vencedor?

—Nadie, naturalmente. Salieron a relucir los temas eternos, y se desvanecieron en el aire.

—Imagínate, Rodia, hasta dónde llegamos ayer: si existe o no existe el crimen. Las cosas que se pudieron decir.

—¿Qué tiene de asombroso? Es una cuestión social como otra cualquiera —replicó Raskólnikov, sin darle importancia.

—La cuestión no se planteó desde ese ángulo.

—No exactamente, eso es verdad —reconoció enseguida Razumijin, acalorándose y atropellándose como de costumbre—. Verás, Rodión: escucha y dime tu opinión. Quiero oírla. Yo ayer me estaba dejando la piel con toda esta gente, y te estaba esperando; les había hablado de ti, y les había dicho que ibas a venir… Empezamos con el punto de vista de los socialistas: el crimen representa una protesta contra la anormalidad de la estructura social; solo eso y nada más que eso, y no admiten ninguna otra causa, ¡se acabó!…

—¡Eso no es así! —exclamó Porfiri Petróvich. Se había ido animando, y no paraba de reírse, mirando a Razumijin, cosa que a este aún lo estimulaba más.

—¡No admiten ninguna otra causa! —le interrumpió Razumijin con vehemencia—. Y ¡no digo nada que no sea verdad!… Cuando quieras, te enseño sus folletos: para ellos todo se reduce a la «influencia del medio», y ¡a nada más! ¡Esa es su frase favorita! De donde se sigue que, si la sociedad estuviera debidamente organizada, todos los crímenes dejarían de pronto de existir, pues no habría nada contra lo que protestar, y en ese mismo instante todos los hombres se volverían justos. ¡No toman en consideración la naturaleza humana, la excluyen, hacen como si no existiera! No admiten que la humanidad, desarrollándose históricamente, siguiendo una trayectoria viva hasta el final, pueda llegar a ser por sí misma una sociedad normal; por el contrario, creen en un sistema social, salido de una cabeza matemática, que va a organizar de buenas a

primeras a toda la humanidad, volviéndola justa y pura en un instante, sin esperar a que se desarrolle ningún proceso vivo, al margen de cualquier trayectoria histórica y vital. De ahí que desprecien la historia de forma instintiva: «Todo en ella es monstruoso y estúpido», y ¡todo queda explicado por su misma estupidez! Por eso tampoco les gusta el proceso vital de la existencia: ¿qué necesidad hay de un *alma viva*? ¡Un alma viva requiere que haya vida, un alma viva no se somete a la mecánica, un alma viva es sospechosa, un alma viva es retrógrada! Pero la que ellos quieren, aunque apesta a muerto, y puede hacerse de caucho, al menos no está viva, y carece de voluntad, y es servil, y no se rebela. Y ¡el resultado es que todo se reduce a apilar los ladrillos para la construcción de los pasillos y las habitaciones en el falansterio! Total, que el falansterio ya está listo, pero la que no está lista para el falansterio es el alma humana, que quiere vivir, que aún no ha completado su proceso vital, que no tiene prisa por ir al cementerio. ¡Solo con la lógica no basta para pasar por encima de la naturaleza humana! ¡La lógica solo prevee tres situaciones, cuando hay un millón! ¡Amputar ese millón y reducirlo todo a la cuestión del bienestar! ¡Esa es la solución más sencilla al problema! Es de una claridad seductora, y no hace falta ni pensar. Sobre todo eso, ¡que no hay ni que pensar! ¡Todos los misterios de la vida caben en un par de cuartillas!

—¡Cómo se ha exaltado! ¡Vaya una perorata! Habría que sujetarlo. —Porfiri se reía—. Figúrese —se dirigió a Raskólnikov—, así toda la tarde de ayer, todos en una misma habitación, a seis voces, y previamente nos había emborrachado a base de ponche… ¿Se lo puede imaginar? No, hermano, no tienes razón: el «medio» supone mucho en un crimen; te lo puedo asegurar.

—Eso ya lo sé yo, pero dime una cosa: un hombre de cuarenta años deshonra a una niña de diez; ¿ha sido el medio el que lo ha impulsado?

—Bueno, hablando en rigor, seguramente ha sido el medio —señaló Porfiri con una asombrosa gravedad—; en un crimen contra una niña el «medio» puede explicar muchas, muchas cosas.

Razumijin estaba a punto de estallar.

—Bueno, si quieres, yo te puedo *demostrar* ahora mismo —bramó— que tus blancas pestañas se deben exclusivamente a que la iglesia de Iván el Grande mide treinta y cinco *sazheny*[103] de altura, y te lo puedo demostrar con claridad y precisión, de forma progresista y hasta con cierto tono liberal… ¡Me comprometo! ¿Te apuestas algo?

—¡De acuerdo! ¡Escuchemos, por favor, adónde va a parar!

—¡Cómo no! ¡Él siempre con sus tonterías! —exclamó Razumijin, reaccionando con un gesto de desdén—. ¡No sé si vale la pena hablar contigo! ¡Todo esto lo hace aposta, Rodión, tú todavía no lo conoces! Ayer se puso de su parte, sin más intención que la de burlarse de todos. Y ¡las cosas que dijo, Dios mío! Y todos encantados con él… Puede pasarse así dos semanas enteras. El año pasado nos hizo creer a todos, a saber por qué, que iba a meterse a monje: ¡dos meses se mantuvo en sus trece! Hace poco se le ocurrió decir que iba a casarse, que todo estaba listo ya para la boda. Hasta se hizo un traje nuevo. Habíamos empezado ya a felicitarle. No había novia, no había nada de nada: todo era pura invención.

—¡Ya estás mintiendo! El traje me lo había hecho antes. Y a partir de ahí se me ocurrió tomaros el pelo a todos.

—¿De verdad es usted tan farsante? —preguntó Raskólnikov, sin darle mayor importancia.

—No se le habría ocurrido, ¿verdad? Pues espere, que voy a hacer lo mismo con usted, ¡ja, ja, ja! No, verá usted, voy a decirle toda la verdad. A propósito de todas estas cuestiones, el crimen, el medio, las niñas pequeñas, me acabo de acordar… aunque desde el principio me había llamado la atención… de un artículo suyo: «Sobre el crimen», o algo por el estilo, no recuerdo el título. Hace dos meses tuve el honor de leerlo en *Periodícheskaia rech*.

—¿Un artículo mío? ¿En *Periodícheskaia rech*? —preguntó Raskólnikov, sorprendido—. Efectivamente, hace medio año escribí, al abandonar la universidad, a propósito de cierto libro, un artículo,

pero lo mandé al periódico *Yezhenedélnaia rech*, no a *Periodícheskaia rech*.

—Pues acabó publicándose en *Periodícheskaia*.

—Es que *Yezhenedélnaia rech* desapareció, por eso no pudieron publicarlo allí…

—Es verdad; pero, al dejar de existir, *Yezhenedélnaia rech* se fusionó con *Periodícheskaia rech*[104]; de ahí que su artículo apareciera en esta publicación hace ahora dos meses. Y ¿usted no lo sabía?

Realmente Raskólnikov no sabía nada.

—Pero, por Dios, ¡tendría que reclamarles el pago por su artículo! ¡Hay que ver qué carácter el suyo! Vive usted tan aislado que no se entera de cosas que le tocan de cerca. Eso es un hecho.

—¡Bravo, Rodka! ¡Yo tampoco lo sabía! —exclamó Razumijin—. ¡Hoy mismo me acerco a la biblioteca y les pido ese número! ¿De hace dos meses? ¿Qué día? ¡Lo encontraré en todo caso! ¡Casi nada! ¡Y no lo dice!

—Y usted ¿cómo ha sabido que ese artículo era mío? Está firmado con la inicial.

—Pues por casualidad, hace unos días. A través del director; somos amigos… Yo estaba muy interesado.

—Recuerdo que analizaba en él el estado psicológico del criminal a lo largo de todo el proceso del crimen.

—Sí, señor, e insistía en que la comisión de un crimen va siempre acompañada de una enfermedad. Muy original, sin duda, pero… a mí, personalmente, no fue esa parte de su artículo la que más me interesó, sino cierta idea que se deslizaba en las líneas finales, pero a la que, por desgracia, se limitaba a aludir de forma imprecisa… En resumen, no sé si lo recuerda, se hace una referencia al hecho de que hay en el mundo ciertos individuos que pueden… mejor dicho, no es que puedan, sino que tienen todo el derecho a cometer toda clase de desafueros y crímenes, y que las leyes no han sido escritas para ellos.

Raskólnikov se sonrió al oír esa distorsión intencionada y forzada de su concepción.

—¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Derecho al crimen? Pero ¿no por estar bajo la «influencia del medio»? —preguntó Razumijin, un tanto asustado incluso.

—No, no, ni mucho menos —replicó Porfiri—. Resulta que en su artículo todas las personas se dividen entre «ordinarias» y «extraordinarias». Las personas ordinarias deben vivir en la obediencia y no tienen derecho a infringir la ley, porque son ordinarias, ya lo ve. Y las extraordinarias tienen derecho a cometer toda clase de crímenes y a violar las leyes de cualquier manera, precisamente porque son extraordinarias. ¿Eso decía en su artículo, si no me equivoco?

—¿Cómo es eso? ¡Es imposible que haya dicho eso! —balbuceó Razumijin, estupefacto.

Raskólnikov volvió a sonreírse. Comprendió de una vez de qué se trataba y adónde lo querían empujar; se acordaba de su artículo. Decidió aceptar el reto.

—No digo exactamente eso en mi artículo —comenzó en un tono sencillo y humilde—. Sin embargo, confieso que lo ha expuesto con bastante fidelidad, incluso, si usted quiere, con total fidelidad… —Pareció disfrutar admitiendo esa total fidelidad—. La única diferencia reside en el hecho de que yo no sostengo que las personas extraordinarias estén siempre obligadas y tengan el deber de cometer todo tipo de desafueros, como dice usted. Es más, tengo la impresión de que no habrían permitido publicar un artículo semejante. Yo, sencillamente, me limité a señalar que un hombre «extraordinario» tiene el derecho… es decir, no se trata de un derecho oficial, sino que tiene el derecho de permitirse él en conciencia franquear… ciertos impedimentos, y únicamente en el caso de que la realización de sus ideas (que, a veces pueden llegar a resultar enormemente beneficiosas para toda la humanidad) así lo exija. Se permite usted decir que mi artículo está falto de claridad; estoy dispuesto a aclarárselo, en la medida de lo posible. Creo que

no me equivoco al suponer que eso es lo que desea; con su permiso… En mi opinión, si los descubrimientos de Kepler o Newton, por determinadas circunstancias, requirieran para darse a conocer el sacrificio de la vida de una, de diez, de cien o de más personas que les impedían llevar a cabo cierto descubrimiento o constituían un obstáculo en su camino, entonces Newton habría tenido el derecho, e incluso la obligación… de *eliminar* a esas diez o esas cien personas para poder dar a conocer su descubrimiento a toda la humanidad. De esto, no obstante, no se sigue que Newton tuviera derecho a matar a diestro y siniestro, a quien le diera la gana, o a robar a diario en el mercado. Es más, ahora me acuerdo, en mi artículo sostengo que… no sé, por ejemplo, los mismos legisladores y guías de la humanidad, empezando por los más antiguos y siguiendo por Licurgo, Solón, Mahoma, Napoleón y demás, fueron todos unos criminales, aunque solo fuera porque, al promulgar una nueva ley, ya estaban transgrediendo la anterior, que había sido legada por sus predecesores y venerada como cosa sagrada por la sociedad; y, desde luego, no se paraban en barras ante el derramamiento de sangre si estimaban que la sangre (a veces completamente inocente y derramada heroicamente en defensa de la antigua ley) podía servirles de ayuda. También llama la atención que la mayor parte de esos benefactores y guías de la humanidad fueran responsables de matanzas especialmente cruentas. Concluyo, en una palabra, que no solo los grandes hombres, sino todos aquellos que descuellan, por poco que sea, por encima del resto, es decir, todos aquellos que son capaces de decir algo mínimamente novedoso, son, por su propia naturaleza, unos criminales, en mayor o menor medida, como es lógico. De otro modo les resultaría muy difícil abandonar la senda trillada, y si hay algo a lo que no están dispuestos es a seguir la senda trillada, también en este caso por su propia naturaleza, y están, en mi opinión, hasta obligados a no seguirla. Ya ven, en resumen, que hasta ahora no hay nada especialmente novedoso. Es algo mil veces publicado y leído. Por lo que respecta a mi división de las personas entre ordinarias y extraordinarias, reconozco que es un

tanto arbitraria, pero tampoco hago hincapié en unas cifras precisas. Me limito a sostener mi idea principal, que consiste, precisamente, en que la gente está dividida, *en general*, en dos clases, siguiendo las leyes de la naturaleza: los inferiores, o los ordinarios, esto es, la materia prima, por así decir, que sirve únicamente para reproducir otros seres semejantes a ellos, y las personas propiamente dichas, es decir, aquellas que tienen el don o el talento de pronunciar en su medio una *nueva palabra*. Existen, como es lógico, innumerables subdivisiones, pero los rasgos característicos de ambas categorías son bastante nítidos: la primera de ellas, esto es, la materia prima, está integrada, hablando en términos generales, por personas conservadoras por naturaleza, jerárquicas, que viven en la obediencia y a las que les gusta obedecer. En mi opinión, están obligadas a ser obedientes, porque esa es su vocación, y para ellos, sin duda, no hay nada humillante en ser obedientes. En la segunda categoría todos transgreden las leyes, son destructores o al menos tienden a serlo, en la medida de sus posibilidades. Los crímenes de estos hombres son, desde luego, relativos y muy variados; en su mayor parte reclaman, bajo muy distintas fórmulas, la destrucción de lo existente en nombre de algo mejor. Pero, si uno de ellos necesita, en aras de su idea, pasar por encima de un cadáver o cruzar un río de sangre, en mi opinión, puede encontrar en su interior, en su conciencia, el permiso para vadear la sangre… siempre, de todos modos, en función de la idea y de su magnitud, que quede claro. Solo en ese sentido hablo en mi artículo de su derecho al crimen. (Recuerden que hemos partido de la cuestión jurídica). Por otra parte, tampoco hay que preocuparse demasiado: las masas casi nunca les otorgan ese derecho, sino que los castigan y los cuelgan (más o menos), cumpliendo así, con toda justicia, con su vocación conservadora; teniendo en cuenta, eso sí, que en las generaciones futuras esas mismas masas pondrán a los ajusticiados en un pedestal y se inclinarán (más o menos) ante ellos. La primera categoría es siempre el hombre del presente; la segunda, el hombre del futuro. Los primeros conservan el mundo y multiplican su número;

los segundos mueven el mundo y lo conducen hacia un fin. Unos y otros tienen el mismo derecho a existir. En una palabra, conmigo todos tienen un derecho análogo, y… *vive la guerre éternelle…* ¡hasta la Nueva Jerusalén[105], se entiende!

—Entonces, al final, ¿usted cree en la Nueva Jerusalén?

—Sí, creo —respondió con firmeza Raskólnikov; al decir esto, y durante toda su larga perorata, no dejó de mirar al suelo, a un punto que había escogido en la alfombra.

—Y… y ¿en Dios también cree? Disculpe mi curiosidad.

—Sí, creo —repitió Raskólnikov, levantando los ojos hacia Porfiri.

—Y… y ¿cree en la resurrección de Lázaro?

—Pues… sí. ¿Por qué me pregunta todo esto?

—¿Cree al pie de la letra?

—Al pie de la letra.

—No me diga… Simple curiosidad. Perdóneme, señor. Pero, permítame, volviendo a lo de antes… el caso es que no siempre los castigan; algunos, por el contrario…

—¿Triunfan en vida? Oh, sí, algunos alcanzan en vida sus objetivos, y entonces…

—¿Son ellos los que empiezan a castigar?

—Sí, si es necesario, y así lo hacen en su mayor parte. En cualquier caso, su observación es muy aguda.

—Se lo agradezco, señor. Pero dígame una cosa: ¿cómo se puede distinguir a estos extraordinarios de los ordinarios? ¿Presentan alguna señal a la hora de nacer? Me refiero a que aquí haría falta más precisión, una definición más externa, por así decir: perdone mi inquietud natural de hombre práctico y observante de la ley, pero ¿no sería posible que vistieran una ropa especial, por ejemplo, o que llevaran encima cualquier cosa, algún distintivo?… Porque, estará usted de acuerdo, si se produce alguna confusión y uno de una categoría se imagina que pertenece a la otra categoría, y empieza a «eliminar todos los obstáculos», como ha dicho usted con tanto acierto, entonces…

—¡Oh, eso es muy frecuente! Esta observación suya es aún más aguda que la anterior…

—Gracias, señor.

—No hay de qué; pero tenga en cuenta que el error solo es posible por parte de la primera categoría, esto es, entre la gente «ordinaria» (como la he llamado, en expresión acaso infeliz). A pesar de su predisposición innata a la obediencia, en virtud de esa jocosidad de la naturaleza, que no se le ha negado ni siquiera a la vaca, a muchos de ellos les gusta creerse hombres de vanguardia, «destructores», y participar en la «nueva palabra», y lo hacen con toda sinceridad, señor. Al mismo tiempo, no saben distinguir a quienes son verdaderamente *nuevos*, y de hecho los desprecian, teniéndolos por gente atrasada de pensamiento mezquino. Pero, en mi opinión, aquí no puede haber un obstáculo significativo, y usted, la verdad, no tiene por qué preocuparse, pues nunca llegan demasiado lejos. Naturalmente, siempre se les puede azotar de vez en cuando por su fantasía, para ponerlos en su sitio, pero no mucho más; ni siquiera hace falta un verdugo: ellos mismos se castigan, porque son muy concienzudos; algunos se prestan este servicio recíprocamente; otros se lo aplican a sí mismos por su propia mano… Se imponen diversas penitencias públicas, que resultan muy bellas y edificantes; en una palabra, no tiene usted por qué preocuparse… Esa es la ley.

—Bueno, al menos a este respecto me deja usted algo más tranquilo; pero hay otro problema: dígame, por favor, ¿son muchas las personas que tendrían derecho a degollar a los demás, esto es, son muchos esos hombres «extraordinarios»? Desde luego, estoy dispuesto a inclinarme ante ellos, pero tendrá que admitir que resulta inquietante que sean muchos, ¿no?

—Oh, tampoco se preocupe por eso —prosiguió en el mismo tono Raskólnikov—. En general, nacen pocas, poquísimas personas con nuevas ideas, personas mínimamente capaces de decir algo *nuevo*. Lo único que está claro es que la aparición de las personas pertenecientes a todas estas categorías y subcategorías tiene que estar determinada, con toda seguridad y precisión, por una ley

natural. Evidentemente, esta ley no se conoce en la actualidad, pero estoy convencido de que existe y algún día puede llegar a conocerse. Una enorme masa de gente, la materia prima, está en este mundo sin más objeto que el de, tras largos esfuerzos, merced a un proceso ignorado hasta entonces, por medio de algún tipo de cruce de variedades y razas, engendrar finalmente y dar a luz al menos a un hombre, tal vez a uno entre mil, con un destello de independencia. Acaso uno de cada diez mil nacerá con un grado mayor de independencia (estoy hablando a ojo, son solo cifras aproximadas). Y uno de cada cien mil será perfectamente independiente. Nace un hombre genial entre millones de individuos, y se necesitan muchos miles de millones de nacimientos para que venga al mundo uno de los grandes genios que representan la culminación de la humanidad. Realmente, no he podido asomarme a la retorta donde todo esto se gesta. Pero debe existir y sin duda existe esta ley, esto no puede ser obra del azar.

—¿Estáis los dos de broma, o qué? —exclamó Razumijin por fin —. ¡Supongo que os estáis tomando el pelo! ¡Míralos a los dos, burlándose el uno del otro! ¿Estás hablando en serio, Rodia?

Raskólnikov levantó hacia él en silencio el rostro, pálido y algo triste, y no replicó. Y, al lado de ese rostro triste y callado, a Razumijin le pareció extraña la mordacidad indisimulada, hiriente, provocativa y *descortés* de Porfiri.

—Bueno, hermano, si efectivamente estás hablando en serio, entonces… Tienes razón, desde luego, cuando dices que esto no es nada nuevo y que se parece mucho a todas esas cosas que hemos leído y hemos oído mil veces; no obstante, hay algo realmente *original* en todo esto, algo que verdaderamente es tuyo y solo tuyo, y que a mí me llena de espanto, y es eso de autorizar, en última instancia, el derramamiento de sangre *en conciencia* y, perdona que te lo diga, con tal fanatismo… Ahí se encuentra, necesariamente, la idea clave de tu artículo. Y esa autorización *en conciencia* para derramar sangre es, en mi opinión… aún más terrible que cualquier autorización oficial y legal…

—Muy cierto: es mucho más terrible, señor —asintió Porfiri.

—¡Sí, seguro que te has dejado llevar! Tiene que ser un error. Leeré ese artículo… ¡Te has dejado llevar! No es posible que pienses esas cosas… Lo leeré.

—Todo eso no está en el artículo, apenas se insinúa —dijo Raskólnikov.

—Ya veo, ya veo —Porfiri no acababa de quedarse tranquilo—; ahora ya tengo bastante clara su visión del crimen, pero… y disculpe mi impertinencia (no hago más que molestarle, y bien que me pesa), verá, señor: me ha dejado usted más tranquilo cuando se ha referido a esos casos erróneos de confusión entre las dos categorías, pero… ¡el caso es que hay una serie de supuestos prácticos que me siguen inquietando! Imaginemos que un hombre cualquiera, o un joven, se cree que es un Licurgo o que es un Mahoma (uno futuro, se entiende) y empieza a eliminar todos los obstáculos que se le presentan… Tiene por delante una larga campaña, y para esa campaña se precisa dinero… Total, que empieza a reunir esos fondos… ¿comprende?

Zamétov, de repente, resopló en su rincón. Raskólnikov no se dignó volver la vista hacia él.

—Debo admitir —respondió con calma— que esos casos, efectivamente, tienen que darse. Son sobre todo los necios y los vanidosos los que caen en esa trampa; en particular, la juventud.

—Ya lo ve. Y ¿entonces?

—Entonces… —Raskólnikov se sonrió— tampoco es culpa mía. Así es y así será siempre. Él, por ejemplo —señaló con un gesto a Razumijin—, acaba de decir que yo autorizo el derramamiento de sangre. ¿Y bien? La sociedad está sobradamente protegida por medio de deportaciones, cárceles, jueces de instrucción, penales; ¿por qué preocuparse? ¡Solo tienen que buscar al ladrón!…

—¿Y cuando lo encontremos…?

—Tendrá su merecido.

—No le falta a usted lógica. Pero ¿qué pasa con la conciencia?

—Y a usted ¿qué le importa la conciencia?

—Bueno, es por pura humanidad.

—El que tiene conciencia sufre al caer en la cuenta de su error. Es para él otra condena, añadida al penal.

—Entonces, los verdaderamente geniales —preguntó Razumijin, frunciendo el ceño—, los que disfrutan del derecho a asesinar, ¿esos no deberían sufrir en absoluto, ni siquiera por la sangre derramada?

—¿A qué viene aquí esa palabra: «deberían»? No es una cuestión de permiso o de prohibición. Que sufra si la víctima le inspira compasión… El sufrimiento y el dolor son inevitables cuando hay una inteligencia elevada y un hondo corazón. Los hombres verdaderamente grandes, creo yo, deben experimentar una enorme pena por el mundo —añadió, con un aire pensativo, que no se correspondía con el tono de la conversación.

Levantó los ojos, miró abstraído a los presentes, sonrió y cogió su gorra. Estaba bastante más tranquilo que un rato antes, al llegar, y se daba cuenta. Todos se levantaron.

—Muy bien, señor, insúlteme si quiere, enfádese conmigo, pero no lo puedo remediar —volvió a declarar Porfiri Petróvich—; permítame una pregunta más (¡no paro de molestarle!); hay una pequeña idea que quería plantearle, antes de que se me olvide…

—De acuerdo, dígame cuál es esa idea. —Raskólnikov, serio y pálido, esperaba delante de él.

—Pues verá… No sé, la verdad, cómo explicarme bien… Es una cosa medio en broma, algo de tipo psicológico… El caso, señor, es que, cuando estaba escribiendo su artículo… seguro que no ha podido evitar, ¡je, je!… considerarse usted también, en alguna medida, por pequeña que fuera, uno de esos hombres «extraordinarios» que proclaman la *nueva palabra*, en el sentido que le ha dado usted… ¿No es así?

—Es muy posible —respondió Raskólnikov con desdén.

Razumijin hizo un movimiento.

—Y, siendo así, ¿en caso de sufrir adversidades y estrecheces materiales, o bien para prestar algún servicio a toda la humanidad,

sería usted capaz de decidirse a pasar por encima de algún obstáculo?… ¿Por ejemplo, de matar y robar?…

Y volvió de repente a guiñarle el ojo izquierdo y a reírse en silencio, exactamente igual que hacía un rato.

—Si hiciera algo así, a usted, desde luego, no se lo iba a decir —respondió Raskólnikov, con un desdén altivo y retador.

—No, claro; en realidad, yo se lo preguntaba únicamente para una mejor comprensión de su artículo, en un sentido puramente literario…

«¡Uf, qué descarado y qué insolente!», pensó Raskólnikov con repulsión.

—Permítame aclararle —respondió secamente— que nunca me he tenido por un Mahoma ni por un Napoleón… ni por ningún otro personaje de ese estilo; por consiguiente, no siendo uno de ellos, no puedo ofrecerle una explicación convincente de cómo actuaría yo.

—Venga, no me diga eso, ¿quién no se considera ahora en Rusia un Napoleón? —dijo de pronto Porfiri con una extraña familiaridad. Hasta en el tono de voz había algo especialmente evidente en esta ocasión.

—¿No sería un futuro Napoleón el que apioló con un hacha a nuestra Aliona Ivánovna la semana pasada? —soltó de pronto Zamétov desde su rincón.

Raskólnikov callaba, mirando atentamente, con firmeza, a Porfiri. Razumijin frunció el ceño, con semblante sombrío. Antes de eso, pareció fijarse en algo. Miró a su alrededor con furia. Hubo un momento de silencio lúgubre. Raskólnikov se volvió, dispuesto a marcharse.

—¿Ya se va? —exclamó Porfiri en tono afable, tendiéndole la mano con extraordinaria gentileza—. Estoy encantado de haberle conocido. Y, por lo que respecta a su petición, no tenga ninguna duda. Haga un escrito, tal y como le he dicho. O mejor aún si se pasa usted a verme en persona… un día de estos… aunque sea mañana mismo. A las once estaré por allí, con seguridad. Así lo arreglaremos todo… y podemos charlar un rato. Siendo usted uno de

los últimos que estuvo *allí*, a lo mejor podría decirnos algo… —añadió, aparentemente bien dispuesto.

—¿Desea usted interrogarme oficialmente, en toda regla? —preguntó Raskólnikov con brusquedad.

—¿Para qué? Por el momento, no hace ninguna falta. No me ha entendido usted bien. Verá usted, yo no dejo pasar ninguna ocasión y… ya he hablado con todos los que habían empeñado algún objeto… De algunos ya he obtenido información… y usted, como es el último… ¡Ah, por cierto! —exclamó, alegrándose de repente, por alguna razón—; acabo de acordarme, ¡qué cabeza la mía! —Se dirigió a Razumijin—. El otro día me calentaste los cascos hablándome de ese tal Nikolashka… Bueno, pues yo sé, lo sé perfectamente —se volvió hacia Raskólnikov—, que ese tipo está limpio, pero qué puedo hacer, también ha habido que molestar a ese Mitka… Se trata de la siguiente cuestión, no es más que esto, señor: cuando subió usted la escalera… disculpe, ¿no estuvo usted allí pasadas las siete?

—Sí, de siete a ocho —respondió Raskólnikov, sintiendo con disgusto, en ese mismo instante, que no tenía por qué haber dicho eso.

—Muy bien, pues mientras subía usted por las escaleras, de siete a ocho, ¿no vería usted en el segundo piso, en una vivienda que estaba abierta… no sé si se acuerda… a dos personas trabajando, o por lo menos a una de ellas? Estaban pintando, ¿no se fijó usted? ¡Es algo muy, muy importante para ellos!…

—¿A unos pintores? No, no vi a nadie… —respondió sin prisa Raskólnikov, como intentando hacer memoria, paralizado por la angustia y poniendo todo su empeño en ese instante para adivinar cuanto antes dónde estaría la trampa y para asegurarse de que no había pasado nada por alto—. No vi a nadie y tampoco advertí que hubiera una vivienda así, abierta… En cambio, en el cuarto piso —había eludido la trampa, y hablaba en tono triunfante— sí que me acuerdo de un empleado que se estaba mudando… enfrente de Aliona Ivánovna… de eso sí que me acuerdo… me acuerdo

perfectamente… Había unos soldados que estaban sacando un sofá y me aplastaron contra la pared… pero de unos pintores… no, no me acuerdo de ningunos pintores… y no me parece que hubiera ninguna vivienda abierta. No, no había ninguna…

—¿A qué viene eso? —exclamó de pronto Razumijin, como cayendo por fin en la cuenta—. Los pintores estaban trabajando allí el mismo día del asesinato, y él había estado tres días antes. ¿Qué pregunta es esa?

—¡Uy! ¡Me he confundido! —Porfiri se dio una palmada en la frente—. ¡Maldita sea, este asunto me está volviendo loco! —Se volvió hacia Raskólnikov, casi como disculpándose ante él—. Sería tan importante para nosotros descubrir si alguien los vio, de siete a ocho, en esa vivienda que se me había ocurrido que a lo mejor usted podía decirnos algo… ¡Me he confundido de plano!

—Hay que tener más cuidado —comentó Razumijin con pesar.

Estas últimas palabras las dijo ya en el vestíbulo. Porfiri Petróvich salió a despedirlos a la puerta, con una enorme gentileza. Los dos salieron serios y cabizbajos, y anduvieron algunos pasos sin decir una palabra. Raskólnikov respiraba profundamente…

VI

—¡No me lo creo, no me lo puedo creer! —repetía Razumijin, perplejo, intentando con todas sus fuerzas rebatir los argumentos de Raskólnikov.

Estaban cerca ya de la pensión de Bakaléiev, donde Puljeria Aleksándrovna y Dunia los aguardaban desde hacía un buen rato. Razumijin se paraba cada dos por tres, en el calor del debate, turbado y agitado por el mero hecho de que fuera la primera vez que hablaban de eso abiertamente.

—Pues no te lo creas… —respondió Raskólnikov con una sonrisa fría y despreocupada—. Como de costumbre, tú no te has enterado de nada, y yo he sopesado cada una de mis palabras.

—Eres desconfiado, por eso has sopesado tus palabras… Hum… Ciertamente, estoy de acuerdo en que el tono de Porfiri ha sido muy extraño, y ¡ya no digamos el de ese sinvergüenza de Zamétov! Tienes razón: escondía algo… pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Ha cambiado de opinión de ayer a hoy.

—¡Qué va! ¡Todo lo contrario! Si de verdad hubieran concebido esa idea tan disparatada, procurarían ocultarla por todos los medios y guardarse sus cartas, para poder atraparte después… En cambio, lo de ahora ¡ha sido torpe y descarado!

—Si contaran con pruebas, con pruebas verdaderas, o tuvieran al menos sospechas fundadas, entonces sí que se habrían preocupado por ocultar su juego, confiando en sacar más todavía (aparte de eso, ¡ya hace tiempo que habrían efectuado un registro!). Pero no tienen pruebas, ni una sola; todo es un espejismo, todo es ambiguo, no es más que una vaga idea… Por eso intentan sacarme de quicio con sus impertinencias. También es posible que estuviera furioso por no disponer de pruebas, y ha perdido los estribos por despecho. Aunque también podría tener algún plan… Parece un hombre

inteligente. A lo mejor ha querido asustarme haciéndome creer que sabe algo… Esa gente, hermano, tiene una psicología muy suya. De todos modos, es muy desagradable tener que buscarle una explicación a todo esto. ¡Déjalo ya!

—¡También es ofensivo, ofensivo! ¡Te entiendo! Pero… ahora que ya hemos hablado claro (y es estupendo que por fin hayamos hablado claro, ¡estoy feliz!), te confieso abiertamente que ya venía advirtiendo en ellos desde hacía un tiempo que habían concebido esa idea. Naturalmente, era algo medio en broma, una mera insinuación; pero ¿por qué tienen que insinuarlo siquiera? ¿Cómo se atreven? ¿Qué fundamento tienen? ¡Si supieras cómo me he indignado! Solo por ser un estudiante pobre, alterado por la miseria y la hipocondría, que está incubando una severa enfermedad, acompañada de delirios, y que bien podría habérsele declarado ya (¡tú date cuenta!); un joven suspicaz, orgulloso, que sabe lo que vale, y que lleva seis meses metido en su rincón, sin ver a nadie; que viste una camisa miserable y calza unas botas sin suelas; solo por eso, tiene que vérselas con unos policías y aguantar sus insolencias; y luego está esa deuda inesperada que le plantan delante de las narices, un pagaré protestado del consejero áulico Chebárov, la pintura fresca, los treinta grados Réaumur[106], el aire irrespirable, las apreturas, la historia del asesinato de una persona en cuya casa había estado la víspera, y todo esto… ¡con la tripa vacía! ¡Cómo no va a sufrir un desmayo! Y ¡que todo se base en esto! ¡Al diablo con ellos! Entiendo que es molesto, Rodka, pero yo en tu lugar me reiría en su cara o, mejor aún, les es-cu-pi-rí-a en toda la jeta, o incluso les soltaría veinte sonoras bofetadas a diestro y siniestro, con buen criterio, como hay que darlas siempre, y asunto concluido. ¡Escúpeles! ¡Sin miedo! ¡Qué vergüenza!

«Hay que reconocer que lo ha bordado», pensó Raskólnikov.

—¿Escupirles? Y ¡otro interrogatorio mañana! —exclamó con pesar—. No quiero tener que darles más explicaciones… Lo que me molesta es haberme humillado ayer delante de Zamétov en aquella taberna…

—¡Maldita sea! ¡Iré a ver a Porfiri! Tengo que sacárselo como sea, como pariente suyo que soy; ¡que me lo explique todo de cabo a rabo! Y en cuanto a Zamétov…

«¡Por fin se da cuenta!», pensó Raskólnikov.

—¡Espera! —exclamó Razumijin, cogiéndolo del hombro de repente—. ¡Espera! ¡Hablabas por hablar! Me he dado cuenta: ¡hablabas por hablar! ¿Cómo que era una trampa? Dices que la pregunta sobre esos trabajadores era una trampa… Pero juzga tú mismo: si hubieras hecho *eso*, ¿podrías confesar que habías visto que estaban pintando en esa vivienda… y a los trabajadores? Al contrario: dirías que no habías visto nada, ¡aunque lo hubieras visto! ¿Quién iba a declarar en contra suya?

—Si yo hubiera hecho *eso*, declararía seguro que había visto a los trabajadores y que había visto esa vivienda —siguió respondiendo Raskólnikov, de mala gana y con evidente repulsión.

—¿Para qué declarar en tu contra?

—Pues porque solo los campesinos, y los novatos más inexpertos, lo niegan todo por sistema en los interrogatorios. Un hombre mínimamente formado y con alguna experiencia procura, en la medida de lo posible, reconocer todos los hechos externos que sean innegables, solo que les busca una explicación distinta, introduciendo algún detalle peculiar e inesperado de su propia cosecha que les da un sentido completamente distinto y obliga a verlos con otra luz. Porfiri ha podido dar por descontado que yo iba a responder así, que iba a declarar precisamente que los había visto, para que mis palabras sonaran más verosímiles, introduciendo al mismo tiempo alguna novedad en la explicación…

—Pero te habría respondido de inmediato que dos días antes allí no podía haber trabajadores y que, por tanto, tú habías estado allí el día mismo del asesinato, de siete a ocho. ¡Te habría cogido por algo trivial!

—Con eso contaba, con que yo no cayera en la cuenta y me apresurase a responder lo que resultara más verosímil, olvidando que dos días antes no podía haber trabajadores allí.

—Pero ¿cómo ibas a olvidarte de algo así?

—¡Nada más fácil! Es en esos detalles sin importancia en los que caen más fácilmente las personas más inteligentes. Cuanto más inteligente es un individuo, menos tiende a sospechar que pueden cogerlo en un detalle así. A los hombres más astutos hay que cogerlos en las cosas más tontas. Porfiri no es ni mucho menos tan tonto como tú te crees…

—Entonces ¡es un canalla!

Raskólnikov no pudo evitar reírse. Pero en ese mismo instante le resultaron extrañas su propia animación y las ganas con las que había pronunciado sus últimas palabras, mientras que había sostenido hasta entonces toda la conversación con una triste repulsión, evidentemente no sin motivo, por necesidad.

«¡Me estoy aficionando a ciertas cosas!», pensó.

Pero de repente se puso nervioso, como sorprendido por una idea inesperada e inquietante. Su intranquilidad iba en aumento. Ya estaban delante de la pensión de Bakaléiev.

—Entra tú solo —dijo de pronto Raskólnikov—; yo vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas? Pero ¡si ya hemos llegado!

—No tengo más remedio; hay un asunto… Vuelvo en media hora. Díselo.

—Como quieras, ¡voy contigo!

—Vaya, ¡tú también te has propuesto atormentarme! —exclamó con tan amarga irritación, con tal desesperación en la mirada, que Razumijin bajó los brazos. Se quedó un rato parado en los escalones de acceso a la casa, mirando tristemente a Raskólnikov, que se alejaba rápidamente en dirección a su callejón. Por fin, con un rechinar de dientes, apretó los puños y juró que ese mismo día exprimiría a Porfiri como un limón, tras lo cual subió a tranquilizar a Puljeria Aleksándrovna, que ya estaría inquieta por su larga ausencia.

Cuando Raskólnikov llegó a casa, tenía las sienes empapadas en sudor y respiraba con dificultad. Subió las escaleras a toda prisa, entró en su cuarto, que estaba abierto, e inmediatamente echó el

pestillo. Después, aterrado y enloquecido, se precipitó al rincón, al hueco que había debajo del papel pintado en el que había ocultado las cosas en su momento, metió la mano y estuvo varios minutos examinando cuidadosamente el agujero, registrando todas las grietas y todos los pliegues del papel. Al no encontrar nada, se puso de pie y respiró profundamente. Poco antes, al llegar a la casa de Bakaléiev, se le había ocurrido de repente que algún objeto, alguna cadenilla, un broche, o incluso el papel en el que estaban envueltos, con una anotación a mano de la vieja, podía habérsele caído entonces, y haber ido a parar a alguna rendija, y aparecer más tarde como una prueba imprevista e irrefutable contra él.

Se detuvo, abstraído, con una sonrisa extraña, humilde, medio absurda, errando por sus labios. Por fin, cogió la gorra y salió sin hacer ruido. Todas sus ideas estaban enmarañadas. Cruzó pensativo el portón.

—¡Ahí lo tiene! —oyó una voz potente, y levantó la cabeza.

El portero estaba en la puerta de su cuchitril, señalando hacia Raskólnikov, mostrándoselo a un individuo más bien bajo, con pinta de artesano, vestido con una especie de batín y con chaleco, que de lejos recordaba a una señora de pueblo. La cabeza, cubierta por una gorra grasienta, le caía hacia delante, haciendo que pareciera jorobado. A juzgar por su cara, flácida y llena de arrugas, debía de pasar de los cincuenta años; los ojos, pequeños e hinchados, miraban tristes, severos y descontentos.

—¿Qué pasa? —pregunto Raskólnikov, acercándose al portero.

El hombre lo miró primero de través, con el ceño fruncido, y después lo examinó atentamente, sin prisas; a continuación se volvió despacio y, sin decir una palabra, atravesó el portón y salió a la calle.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó Raskólnikov.

—Ya lo ve, ha preguntado si vive aquí un estudiante, me ha dado su nombre y el de su casera. En ese momento ha entrado usted, le he señalado, y se ha ido. Qué cosas.

El portero estaba algo perplejo, aunque tampoco demasiado, y, tras reflexionar un instante, se dio la vuelta y volvió a su cuartucho.

Raskólnikov salió corriendo detrás del desconocido, y no tardó en verlo, marchando por la acera contraria, a paso lento y regular, con la vista clavada en el suelo, como rumiando algo. Enseguida le dio alcance, pero al principio se limitó a seguirlo; finalmente, se puso a su lado y lo miró a la cara. El hombre advirtió al instante su presencia y le echó un rápido vistazo, pero de nuevo bajó la vista, y así marcharon como un minuto, el uno al lado del otro sin decirse una palabra.

—¿Le ha preguntado usted por mí… al portero? —dijo por fin Raskólnikov, aunque en voz muy baja.

El hombre no respondió nada y ni siquiera lo miró. De nuevo se quedaron callados.

—Pero bueno… viene usted a preguntar por mí… y ahora se calla… ¿Qué sentido tiene esto?

Raskólnikov hablaba con la voz entrecortada, parecía incapaz de articular con claridad.

Esta vez el hombre alzó los ojos y dirigió a Raskólnikov una mirada lúgubre y siniestra.

—¡Asesino! —dijo de repente, en voz baja, pero de un modo claro y comprensible.

Raskólnikov marchaba a su lado. Sintió de pronto una terrible debilidad en las piernas, un escalofrío le recorrió la espalda y el corazón se le quedó como parado; después volvió a latir, como si se hubiera liberado de algo que lo tenía trabado. Así recorrieron un centenar de metros, el uno al lado del otro y nuevamente en silencio.

El hombre no se dignaba mirarlo.

—Pero qué dice… ¿Quién… quién es un asesino? —balbuceó Raskólnikov, con voz apenas audible.

—*Tú* eres un asesino —afirmó el hombre, articulando de un modo aún más marcado y enfático, con una sonrisa odiosa de triunfo, y volvió a mirar directamente la cara pálida de Raskólnikov y sus ojos apagados. Llegaron a un cruce. El desconocido torció a la izquierda y

siguió en esa dirección, sin volver la cabeza. Raskólnikov se detuvo, y estuvo un buen rato viéndolo alejarse. Observó cómo, al cabo de unos cincuenta pasos, se daba la vuelta y se quedaba allí parado. No pudo distinguirlo bien, pero a Raskólnikov le dio la impresión de que volvía a sonreír con aquella sonrisa suya, fría, odiosa y triunfal.

Con paso quedo e inseguro, con las rodillas temblorosas y aterido de frío, Raskólnikov volvió a su casa y subió a su habitación. Se quitó la gorra y la dejó en la mesa, y se quedó de pie del orden de diez minutos, inmóvil. Después, se echó en el diván, extenuado, y se estiró penosamente en él, con un débil gemido; tenía los ojos cerrados. Estuvo así tendido cerca de media hora.

No pensaba en nada. Es verdad que había algunas ideas o retazos de ideas, algunas imágenes, confusas e inconexas: caras de personas que había visto en la infancia o una sola vez en alguna parte, y de las que nunca había vuelto a acordarse; el campanario de la iglesia de V.; la mesa de billar en un café y un oficial al lado de la mesa; el olor de los cigarros en una tienda de tabaco, en un semisótano; una taberna; una escalera negra, muy oscura, llena de lavazas y cubierta de cáscaras de huevo, adonde llegaba el sonido dominical de las campanas… Los objetos iban cambiando y giraban como un remolino. Algunos incluso le gustaban, e intentaba atraparlos, pero se desvanecían, y en general sentía una opresión en su interior, aunque tampoco excesiva. A veces resultaba hasta agradable… No se le pasaba el ligero temblor, y esa también era una sensación casi agradable.

Oyó los pasos apresurados y la voz de Razumijin, cerró los ojos y se hizo el dormido. Razumijin abrió la puerta y se quedó un tiempo en el umbral, dubitativo. Después entró en el cuarto, sin hacer ruido, y se acercó con cautela al diván. Se oyó el bisbiseo de Nastasia:

—No lo molestes. Que duerma tranquilo; ya comerá más tarde.

—Tienes razón —respondió Razumijin.

Salieron los dos con cuidado y cerraron la puerta. Pasó otra media hora. Raskólnikov abrió los ojos y se colocó boca arriba otra vez, con las manos entrelazadas bajo la nuca.

«¿Quién será? ¿Quién será ese tipo que ha salido de debajo de la tierra? ¿Dónde estaría y qué vería? Lo vio todo, de eso no hay duda. ¿Dónde estaría situado en ese momento y qué podría ver desde allí? ¿Por qué no ha aparecido hasta ahora? Pero ¿cómo pudo ver nada? ¿Será posible?… Hum… —siguió Raskólnikov, estremeciéndose de frío—. Y ese estuche que encontró Nikolái detrás de la puerta… ¿cómo es posible? ¿Pruebas? Pasas por alto una línea entre cien mil, y ¡ahí tienes una prueba como una pirámide de Egipto! Una mosca que viene volando, y ¡ya te ha visto! ¿Será posible?».

Y de repente percibió con aversión lo débil —lo físicamente débil — que estaba.

«Tendría que haberlo sabido —pensó, con una amarga sonrisa—; ¡cómo pude atreverme, conociéndome, *presintiéndome*, a tomar el hacha y derramar esa sangre! Estaba obligado a saberlo de antemano… ¡Ah! Pero ¡si lo sabía de antemano!…», suspiró desesperado.

Por momentos se quedaba paralizado ante un nuevo pensamiento:

«No, esos hombres no están hechos así; el verdadero *conquistador*, a quien todo se le permite, sitia Tolón, lleva a cabo una matanza en París, *se olvida* de su ejército en Egipto, *pierde* medio millón de hombres en la campaña de Moscú y se despacha con un juego de palabras en Vilna[107]; y después de muerto le erigen monumentos; así pues, *todo* se le permite. No, ¡es evidente que esta gente no es de carne y hueso, sino de bronce!».

Estuvo a punto de echarse a reír con una idea repentina, que no venía al caso:

«Napoleón, las pirámides, Waterloo… y la vieja viuda de un registrador colegiado, enjuta y repugnante, prestamista, con un cofre rojo debajo de la cama…». Bueno, ¡eso no lo digiere ni un Porfiri Petróvich!… ¡Cómo lo van a digerir! Se lo impediría su sentido estético: ¡cómo iba a meterse Napoleón debajo de la cama de la «ancianita»! «¡Ah, qué repugnante!».

Por momentos le parecía que estaba delirando: había caído en un estado de exaltación febril.

«¡La vieja es lo de menos! —pensaba, acalorada e impetuosamente—. La vieja, posiblemente, fuera un error, pero ¡no se trata de ella! La vieja no ha sido más que una enfermedad. Yo quería traspasar el límite lo antes posible. ¡No he matado a una persona, he matado un principio! Y he matado el principio, pero no he traspasado el límite, me he quedado en este lado de aquí… Solo he sido capaz de matar. Y, por lo visto, ni siquiera he sabido hacerlo… ¿Un principio? Y ¿por qué antes ese idiota de Razumijin ha tenido que atacar a los socialistas? Es gente industriosa y mercantil; se preocupan por la "felicidad común"… No, la vida se me ha dado una vez, y nunca más se me dará: no quiero esperar a la "felicidad general". Quiero vivir mi propia vida y, si no, prefiero no vivir. ¿Y qué? Sencillamente, no quería pasar al lado de mi madre hambrienta, sujetando mi rublo en el bolsillo, esperando la "felicidad común". Aporto, dicen ellos, mi ladrillo a la felicidad común y así me quedo en paz con mi conciencia. ¡Ja, ja! Entonces ¿por qué no os habéis fijado en mí? Yo solo vivo una vez, y yo también quiero… Ay, solo soy un piojo esteta y nada más —añadió, echándose a reír de repente, como un loco—. Sí, realmente soy un piojo —prosiguió, aferrándose con maliciosa alegría a esa idea, dándole vueltas, jugando y divirtiéndose con ella—, aunque solo sea porque, en primer lugar, ahora estoy discurriendo que soy un piojo; y porque, en segundo lugar, llevo un mes importunando a la Divina Providencia, poniéndola por testigo de que no me movía el torpe placer de mi carne concupiscente, sino que ansiaba una meta noble y grandiosa… ¡ja, ja! Porque, en tercer lugar, me propuse observar la mayor justicia posible, el peso y la medida y la aritmética, en la ejecución del plan: entre todos los piojos escogí al más inútil y, al matarlo, me propuse quitarle tan solo lo estrictamente necesario para dar el primer paso, ni más ni menos (el resto, por consiguiente, iría a parar a un monasterio, de acuerdo con lo dispuesto en su testamento… ¡ja, ja!) … Y lo que demuestra que soy un piojo consumado —añadió, con un

rechinar de dientes— es que posiblemente soy peor, y más repugnante, que el piojo que he matado, y ya *presentía* de antemano que me diría esto mismo *después* de matarlo. ¿Qué puede haber comparable a este horror? ¡Oh, villanía! ¡Oh, bajeza!… ¡Oh, qué bien comprendo al "profeta", con el sable, montado en su caballo! ¡Alá así lo ordena, y la "criatura temblorosa[108]" debe obedecer! ¡Tiene razón el "profeta", tiene mucha razón cuando sitúa una imponente batería atravesando la calle y se lleva por delante a justos e injustos, sin ofrecerles una triste explicación! Sométete, temblorosa criatura, y… *no desees*, pues ¡no es asunto tuyo! ¡Oh, por nada del mundo, por nada del mundo perdonaré a la vieja!».

Tenía el pelo bañado en sudor, le temblaban los labios agrietados, había clavado en el techo la mirada inmóvil.

«¡Mi madre, mi hermana, lo que las he querido! ¿Por qué las odio ahora? Sí, las odio, las odio físicamente, no puedo soportarlas a mi lado… Antes me he acercado a mi madre y la he besado, lo recuerdo… Ha sido abrazarla y pensar que, si ella lo supiera… ¿Debería decírselo entonces? Sería propio de mí… ¡Hum! *Ella* tiene que ser como yo —añadió, haciendo un esfuerzo por razonar, como luchando contra el delirio que iba apoderándose de él—. ¡Oh, cómo odio ahora a esa vieja! Creo que, si volviera a aparecer, ¡la mataría por segunda vez! ¡Pobre Lizaveta! ¿Por qué tuvo que entrar en ese momento?… Qué cosa más rara, ¿por qué será que apenas pienso en ella, como si no la hubiera matado?… ¡Lizaveta! ¡Sonia! Pobres y dulces, con los ojos dulces… ¡Queridas!… ¿Por qué no lloran? ¿Por qué no gimen?… Renuncian a todo… Miran con suavidad y con dulzura… ¡Sonia, Sonia! ¡Dulce Sonia!…».

Perdió la conciencia; le parecía raro no recordar cómo había ido a parar a la calle. Ya había caído la noche. Se espesaban las tinieblas, la luna llena brillaba cada vez con más nitidez; pero la atmósfera era especialmente sofocante. Había multitud de gente en las calles; los artesanos y los empleados volvían a casa, otras personas habían salido a dar un paseo; olía a cal, a polvo, a agua estancada. Raskólnikov marchaba triste y preocupado: sabía

perfectamente que había salido de casa con un propósito definido, que tenía que hacer algo urgente, pero se le había olvidado qué. De pronto se detuvo y vio que había un hombre en la acera de enfrente haciéndole señas con la mano. Cruzó la calle, dirigiéndose hacia él, pero de pronto el hombre se dio media vuelta y echó a andar, como si tal cosa, con la cabeza gacha, sin volverse, como si no lo hubiera llamado. «Un momento, a ver si es que no me ha llamado…», pensó Raskólnikov y, sin embargo, trató de darle alcance. Cuando estaba como a diez pasos de él, de pronto lo reconoció, y… se asustó; se trataba del mismo artesano de antes, con el mismo batín, e igual de encorvado. Raskólnikov lo siguió desde lejos; el corazón le latía con fuerza; torcieron por un callejón, y el hombre no miraba atrás en ningún momento. «¿Sabrá que lo estoy siguiendo?», pensaba Raskólnikov. El artesano franqueó el portón de un gran edificio. Raskólnikov se acercó rápidamente a ese portón y se quedó mirando, para ver si el hombre se daba la vuelta o lo llamaba. Efectivamente, después de atravesar todo el acceso, una vez en el patio, el desconocido se volvió y de nuevo pareció hacerle señas, exactamente igual que antes. Inmediatamente Raskólnikov franqueó el acceso, pero ya no vio al artesano en el patio. Por tanto, tenía que haberse metido, en ese mismo instante, en la primera escalera. Raskólnikov se lanzó detrás de él. En efecto, dos tramos de escalera más arriba se oían unos pasos lentos y regulares. Qué raro, ¡las escaleras le resultaban conocidas! Sí, ahí estaba la ventana en el primer piso; triste y misteriosa, la luz de la luna atravesaba el cristal; ya había llegado al segundo. ¡Vaya! Esa era la vivienda en la que estaban pintando aquellos trabajadores… ¿Cómo había tardado tanto en darse cuenta? Los pasos del hombre que iba por delante se desvanecieron: «Eso es que se ha detenido o se ha escondido en algún sitio». Ya estaba en el tercer piso; ¿debía seguir? Y qué silencio, daba hasta miedo… Pero siguió subiendo. El ruido de sus propios pasos lo asustó y lo alarmó. «¡Dios mío, qué oscuro! El artesano, seguramente, se habrá escondido por aquí, en algún rincón. ¡Ah! La puerta de la vivienda está abierta de par en par»; se

lo pensó un momento y entró. El vestíbulo estaba completamente a oscuras y desierto, no había ni un alma, como si se hubieran llevado todo de allí; sin hacer ruido, de puntillas, pasó a la sala: toda la estancia estaba intensamente bañada por la luz de la luna; todo estaba como antes: las sillas, el espejo, el sofá amarillo y los cuadros enmarcados. Enorme, redonda, de un rojo cobrizo, la luna miraba por la ventana. «Ese silencio es obra de la luna —pensó—; seguramente está descifrando algún enigma». Sin moverse del sitio, se puso a esperar, esperó mucho tiempo, y cuanto más silenciosa la luna, más fuertes eran los latidos de su corazón, hasta que empezaron a dolerle. Nada rompía aquel silencio. De pronto se oyó un chasquido seco, momentáneo, como si hubieran partido una astilla, y después volvió el silencio. Una mosca se despertó de repente y se estampó contra el cristal, y empezó a zumbar de forma lastimera. En ese mismo instante, en un rincón, entre un pequeño armario y la ventana, descubrió un mantón que parecía colgar en la pared. «¿Qué hace aquí ese mantón? —pensó—. Antes no estaba…». Se acercó a hurtadillas y adivinó que había alguien escondido detrás del mantón. Apartó la prenda con cuidado y vio que allí al lado había una silla, y sentada en la silla, en un rincón, estaba la vieja, toda encorvada y con la cabeza gacha, por lo que le era imposible verle el rostro, pero seguro que era ella… Esperó un momento a su lado: «¡Tiene miedo!», pensó, soltando poco a poco el hacha del lazo, y golpeó a la vieja en la coronilla, una vez, dos veces. Lo raro fue que ella ni se movió a raíz de los golpes, como si fuera de madera. Él se asustó, se inclinó un poco más hacia ella y empezó a examinarla; pero la vieja, a su vez, bajó más todavía la cabeza. Entonces él se agachó hasta el suelo y la miró a la cara desde abajo; la miró y se quedó mudo de espanto: la vieja se estaba riendo, sacudiéndose con una risa callada e inaudible, tratando de evitar con todas sus fuerzas que la oyera. De pronto le pareció que habían entreabierto mínimamente la puerta de la alcoba, y que también allí había gente riéndose y cuchicheando. Se sintió dominado por la rabia: con toda el alma, empezó a golpear a la vieja en la cabeza,

pero con cada hachazo las risas y los cuchicheos, procedentes de la alcoba, se hacían más y más fuertes, y la vieja se reía a carcajadas. Quiso echar a correr, pero el vestíbulo estaba atestado de gente, las puertas que daban a las escaleras estaban abiertas de par en par y, lo mismo en el rellano que en las escaleras, desde allí hasta abajo, todo el mundo, cabeza con cabeza, estaba mirando… Pero todos se ocultaron y se quedaron a la espera, callados… Le dio un vuelco el corazón, las piernas no le respondían, parecían clavadas en el suelo… Quiso gritar y… se despertó.

A duras penas, fue cobrando el aliento; pero, extrañamente, el sueño parecía prolongarse: la puerta de su cuarto estaba abierta de par en par, y en el umbral había un hombre que no conocía de nada y que lo miraba fijamente.

Raskólnikov aún no había acabado de abrir del todo los ojos y en un instante los volvió a cerrar. Estaba tumbado boca arriba, y no se movió. «¿Será una prolongación del sueño o qué?», pensó, y muy levemente, de forma imperceptible, volvió a levantar los párpados y a mirar: el desconocido seguía en el mismo sitio y no apartaba la vista de él. De pronto entró en el cuarto con mucha cautela, cerró la puerta con suma precaución, se aproximó a la mesa, esperó cerca de un minuto —sin quitarle los ojos de encima en ningún momento—, y con calma, sin el menor ruido, se sentó en una silla al lado del diván; dejó el sombrero a un lado, en el suelo, apoyó las dos manos en el bastón y puso la barbilla sobre las manos. Evidentemente, estaba dispuesto a esperar todo lo que hiciera falta. En la medida en que era posible determinarlo a través de los párpados entornados, el hombre ya no debía de ser joven; era robusto, con la barba espesa y clara, casi blanca.

Transcurrieron unos diez minutos. Aún era de día, pero la tarde declinaba. Un silencio absoluto reinaba en el cuarto. Tampoco llegaba ni un solo ruido de las escaleras. Tan solo un moscardón zumbaba y se golpeaba volando en el cristal. Al final, la situación se volvió insostenible: Raskólnikov se incorporó súbitamente y se quedó sentado en el diván.

—Muy bien, dígame, ¿qué es lo que quiere?

—Ya sabía yo que no dormía usted, que solo lo estaba fingiendo —respondió el desconocido de una forma extraña, riéndose con calma—. Permita que me presente, soy Arkadi Ivánovich Svidrigáilov…

CUARTA PARTE

I

«¿Será prolongación del sueño?», pensó Raskólnikov una vez más. Miraba cauteloso y desconfiado al visitante inesperado.

—¿Svidrigáilov? ¡Qué disparate! ¡No es posible! —dijo por fin en alto, estupefacto.

El visitante no pareció sorprenderse de sus exclamaciones.

—He venido a verle por dos razones: primero, porque deseaba conocerle en persona, pues hace ya tiempo que vengo oyendo hablar de usted, en términos muy sugerentes y favorables; y, en segundo lugar, porque abrigo la esperanza de que no se niegue usted a ayudarme en cierto proyecto que afecta al interés de su hermana, Avdotia Románovna. Es muy posible que ahora mismo, a mí solo, sin contar con ninguna recomendación, no me permitiese acceder a ella, como consecuencia de ciertos prejuicios; sin embargo, con su ayuda, creo que, por el contrario…

—Pues cree usted mal —le interrumpió Raskólnikov.

—Si me permite la pregunta, no llegaron hasta ayer, ¿verdad?

Raskólnikov no respondió.

—Ayer llegaron, eso ya lo sé yo. Yo mismo llegué anteayer. Verá, Rodión Románovich, voy a decirle algo; considero innecesario justificarme, pero ¿le importaría decirme qué puede haber habido por mi parte en todo esto que fuera especialmente criminal, hablando sin prejuicios, claro está, y apelando al sentido común?

Raskólnikov seguía mirándolo en silencio.

—Que haya perseguido en mi propia casa a una muchacha indefensa y la haya «ofendido con mis infames proposiciones», ¿no es así? ¡Me estoy anticipando! Pero solo tiene que tener en cuenta que soy un hombre *et nihil humanum*… en definitiva, que soy capaz de sentirme atraído y de enamorarme (algo que, desde luego, no depende de nuestra voluntad), y entonces todo se explica de la

forma más natural. La cuestión es esta: ¿soy un monstruo o soy yo también una víctima? ¿Y si resulta que soy una víctima? Al proponerle al objeto de mi pasión que huyera conmigo a América o a Suiza, sin duda alimentaba los sentimientos más respetuosos, y pensaba de paso en asegurar nuestra común felicidad… La razón está al servicio de la pasión, y es muy posible que a quien más daño hiciera fuera a mí mismo, ¡téngalo presente!

—Esa no es la cuestión —le interrumpió Raskólnikov con desagrado—; sencillamente, es usted un hombre detestable, tenga o no tenga razón; ya lo está viendo, no quieren saber nada de usted, no quieren recibirle en su casa, así que ¡ya se está marchando!…

De repente Svidrigáilov estalló en una carcajada.

—Pero… ¡con usted no hay quien pueda! —dijo, riéndose sin el menor disimulo—. Y yo que pensaba que podría valerme de alguna treta con usted, y nada, ¡usted sigue en sus trece!

—Pero en este momento está tratando de embaucarme.

—¿Y qué? ¿Y qué? —repitió Svidrigáilov, riéndose a mandíbula batiente—. Esto no es más que *bonne guerre*, como suelen llamarla, y trato de embaucarle del modo más inocente… Pero me ha interrumpido; en cualquier caso, se lo vuelvo a asegurar: no habría ocurrido nada desagradable de no haber sido por el incidente en el jardín. Marfa Petrovna…

—Según dicen, también se ha quitado usted de en medio a Marfa Petrovna, ¿no es así? —le interrumpió Raskólnikov con rudeza.

—¿También le han hablado de eso? Sí, claro, cómo no… Bueno, en relación con su pregunta, la verdad, no sé qué decirle, aunque tengo la conciencia perfectamente tranquila… Es decir, no vaya a pensar que este asunto me inspira ningún temor; todo está en orden y ha sido analizado con el máximo rigor: la investigación médica determinó que era un caso de apoplejía, sobrevenida por haberse bañado inmediatamente después de una comida copiosa, en la que se había bebido casi una botella entera de vino, eso es cuanto ha podido descubrir… De todos modos, he estado dándole vueltas a lo ocurrido, sobre todo durante el viaje, en el vagón, y me he

preguntado: ¿no habré influido de algún modo en esa… desgraciada, produciéndole una irritación de orden moral, o algo por el estilo? Pero he llegado a la conclusión de que hasta eso era materialmente imposible.

Raskólnikov se echó a reír.

—¡Ya son ganas de preocuparse!

—No sé de qué se ríe. Tenga en cuenta que solo la azoté dos veces, ni siquiera le quedaron señales… No piense que soy un cínico, por favor; sé perfectamente hasta qué punto es algo abominable por mi parte, y todo eso; pero también estoy seguro de que Marfa Petrovna se tuvo que alegrar con este, llamémoslo así, arrebato mío. La historia concerniente a su hermana ya estaba totalmente agotada. Desde hacía tres días Marfa Petrovna se había visto obligada a quedarse en casa; no tenía nada que ir contando por ahí, y todo el mundo estaba ya aburrido de la dichosa carta (¿ha oído lo de la lectura de la carta?). Y ¡de repente esos dos azotes, como caídos del cielo! ¡Lo primero que hizo fue mandar que prepararan el coche!… Eso por no hablar de esos casos de mujeres a las que les encanta ser humilladas, a pesar de la indignación que aparentan. Esos casos se dan con todo el mundo. No es solo cosa de las mujeres; al hombre, en general, le encanta que lo humillen, ¿no se había fijado? Pero, sobre todo, a las mujeres. Incluso podría decirse que es su único entretenimiento.

En cierto momento Raskólnikov pensó en levantarse y marcharse, dando así por terminada la entrevista. Pero cierta curiosidad e incluso una especie de cálculo lo animaron a esperar un poco.

—¿Le gusta pelearse? —preguntó distraído.

—No, no mucho —respondió con calma Svidrigáilov—. Y Marfa Petrovna y yo casi nunca nos peleábamos. Vivíamos en perfecta armonía, y ella siempre estaba contenta conmigo. En siete años de vida en común, el látigo solo lo usé dos veces (sin contar un tercer caso, enormemente ambiguo, la verdad): la primera vez, a los dos meses de casados, recién llegados a la aldea; y luego este último caso. Y usted pensará que soy un monstruo, un retrógrado, un

partidario de la servidumbre, ¿no? Je, je… A propósito, ¿no se acuerda usted, Rodión Románovich, de cómo hace unos años, en aquellos tiempos de saludable debate[109], pusieron en la picota en todas partes y en toda la prensa a un noble, no recuerdo cómo se llamaba, por haber azotado a una alemana en un vagón de tren? Ese mismo año, me parece, se produjo la «lamentable actuación del *Vek*» (ya sabe, las *Noches egipcias*, aquella lectura pública, ¿no se acuerda? ¡Aquellos ojos negros! ¡Oh, dónde estarán los días dorados de nuestra juventud!).[110] Bueno, pues esta es mi opinión: al señor que azotó a la alemana no le tengo ninguna simpatía, porque, en realidad… ¡no hay por qué tenérsela! Pero al mismo tiempo no puedo dejar de manifestar que algunas de esas «alemanas» provocan de tal modo que yo diría que no hay un solo progresista que pueda responder de sus actos. Nadie analizó entonces la cuestión desde este punto de vista, pero sin duda es el más humano, se lo aseguro.

Dicho esto, Svidrigáilov se echó a reír nuevamente. Raskólnikov era consciente de que aquel hombre tenía un propósito firme y de que se las sabía todas.

—Me imagino que llevará usted varios días sin hablar con nadie, ¿no es así? —le preguntó.

—Algo así. Supongo que estará sorprendido de ver que soy un hombre tan adaptable.

—No, lo que me sorprende es ver que es usted demasiado adaptable.

—¿Porque no me ha ofendido el tono grosero de sus preguntas? ¿No es eso? Pero… ¿para qué ofenderme? Tal y como me ha preguntado, yo le he respondido —añadió con una sorprendente expresión de ingenuidad—. Apenas hay nada que me interese de un modo especial, le doy mi palabra —prosiguió, con aire pensativo—. Sobre todo ahora, que no tengo nada que hacer… De todos modos, es usted libre de imaginar que le estoy adulando con algún propósito, sobre todo porque, como ya le he dicho, tengo algo que tratar con su hermana. Pero ya le digo abiertamente que estoy muy aburrido.

Especialmente estos tres últimos días, por eso me he alegrado tanto de verle… No se enfade, Rodión Románovich, pero por alguna razón me parece usted enormemente extraño. Usted dirá lo que quiera, pero hay algo en usted; y sobre todo ahora, quiero decir, no en este preciso instante, sino ahora en general… Bueno, bueno, ¡no sigo, no sigo, no me ponga esa cara! No soy tan oso como cree.

Raskólnikov lo miró con tristeza.

—Es muy posible que no sea usted un oso —dijo—. Incluso me parece que es muy sociable o, por lo menos, sabe ser, cuando hace falta, una persona como es debido.

—No estoy especialmente preocupado por la opinión de nadie —secamente, y hasta con cierto deje de altivez, contestó Svidrigáilov—; por eso mismo, ¿por qué no parecer vulgar a veces, siendo esa una ropa tan apropiada para nuestro clima y… y sobre todo cuando uno ya es propenso, por su naturaleza, a la vulgaridad? —añadió, riéndose de nuevo.

—He oído, sin embargo, que tiene usted aquí muchos conocidos. Como suele decirse, está usted «bien relacionado». Siendo así, ¿para qué me quiere, si no es para algún propósito especial?

—Dice usted bien: tengo muchos conocidos —admitió Svidrigáilov, sin responder al punto principal—; ya he visto a algunos; llevo ya tres días dando vueltas; he reconocido a alguna gente, y me han reconocido, creo yo. Visto decentemente, desde luego, y paso por ser un hombre con recursos; y es que la reforma campesina no nos ha afectado: tengo bosques y praderas húmedas, y las rentas no se han perdido. Pero… no pienso ir a ver a esos conocidos; hace ya tiempo que estoy cansado de ellos: hace ya tres días que estoy aquí y no estoy dispuesto a sincerarme con nadie… Y, además, ¡hay que ver qué ciudad! Quiero decir, a quién ha podido ocurrírsele algo así, ¡dígamelo si es tan amable! ¡Una ciudad de oficinistas y de seminaristas de todas las clases! La verdad, hay muchas cosas en las que antes, hace ocho años, cuando estuve remoloneando por aquí, ni me fijaba… Y ahora mi única esperanza está en la anatomía, le doy mi palabra.

—¿En qué anatomía?

—Me refiero a todos esos clubes, a Dussot[111], a esos extremos vuestros[112] a los que vais a pasear, o incluso al progeso… todo eso puede pasarse sin nosotros —siguió diciendo, sin responder a la pregunta, una vez más—. ¿Quién tiene ganas de ser un tahúr?

—¿También ha sido usted tahúr?

—¿Cómo no iba a serlo? Éramos un grupo de personas de lo más distinguidas, hace de eso ocho años; así pasábamos el tiempo. Y todos, sabe usted, gente de exquisitos modales, había poetas, había capitalistas… Y aquí, en general, en la sociedad rusa, los mejores modales se encuentran entre aquellos que han sido más vapuleados, ¿no se ha dado cuenta? Yo últimamente he vivido en el campo, muy venido a menos. Pero en otros tiempos estuve encarcelado por deudas, por culpa de un griego de Nezhin[113]. Entonces intervino Marfa Petrovna: regateó y me rescató por treinta mil monedas de plata (yo debía en total setenta mil). Nos unimos en legítimo matrimonio, y de inmediato me llevó a su aldea, como si fuera un tesoro. Ella me sacaba cinco años. Me quería mucho. Estuve siete años sin salir de la aldea. Y fíjese que conservó toda su vida un documento contra mí, a nombre de otro, por valor de esos treinta mil, de modo que, como se me hubiera ocurrido rebelarme, ¡enseguida me habría puesto el cepo! ¡Y tanto que lo habría hecho! Las mujeres son capaces de combinar todo eso.

—Y, de no haber existido ese documento, ¿habría puesto usted tierra de por medio?

—No sé qué decirle. Ese documento apenas me importaba. No tenía ganas de ir a ningún sitio, y la propia Marfa Petrovna me invitó un par de veces a viajar al extranjero, viendo lo aburrido que estaba. ¿Para qué? Yo ya había estado antes en el extranjero, y siempre me había angustiado. Sin ninguna razón especial, pero uno se dedicaba a contemplar el amanecer, la bahía de Nápoles, el mar… y le entraba tristeza. ¡Lo peor de todo es que uno se ponía triste de verdad! No, mejor aquí en la patria: aquí por lo menos, viendo a los demás, uno se justifica a sí mismo. Ahora estaría dispuesto a

participar en una expedición al polo Norte porque *j'ai le vin mauvais*[114], y beber me sienta mal, y aparte del vino ya no me queda nada más. Lo he probado. De todos modos, dicen que el domingo, en el jardín de los Yusúpov, Berg va a volar en un globo enorme, y admite pasajeros, pagando un precio convenido, ¿no es así?

—¿Por qué? ¿Está dispuesto a volar?

—¿Yo? No… bueno… —murmuró Svidrigáilov, que en verdad parecía sumido en sus pensamientos.

«¿Será sincero?», se preguntó Raskólnikov.

—No, el documento no me preocupaba —prosiguió Svidrigáilov, pensativo—, yo nunca salía de la aldea. De todos modos, hace cerca de un año, Marfa Petrovna me devolvió el documento el día de mi santo, y me regaló una suma muy considerable por añadidura. Tenía un verdadero capital. «Para que vea hasta qué punto confío en usted, Arkadi Ivánovich», eso fue exactamente lo que dijo. ¿No se lo cree? Pues sepa que había llegado a ser un administrador muy competente de sus tierras; me conocían en toda la comarca. También encargaba libros. Al principio, a Marfa Petrovna le gustaba, pero después tuvo miedo de que tanta lectura me acabara cansando.

—Parece que echa mucho de menos a Marfa Petrovna…

—¿Yo? Es posible. Tiene razón, es posible. A propósito, ¿cree usted en las apariciones?

—¿Qué clase de apariciones?

—Pues ¡las normales! ¡Cuáles van a ser!

—Y ¿usted cree?

—Seguramente no, *pour vous plaire…* Tampoco es que no crea exactamente…

—¿Se le ha aparecido alguien, entonces?

Svidrigáilov lo miró de un modo un tanto extraño.

—Marfa Petrovna se permite visitarme —dijo, torciendo la boca en una extraña sonrisa.

—¿Cómo que se permite visitarle?

—Ya se me ha aparecido tres veces. La primera vez, el mismo día del entierro, una hora después de volver del cementerio. Eso fue la víspera de viajar yo aquí. La segunda vez, hace un par de días, de camino hacia aquí, al alba, en la estación de Málaia Víshera[115]; y la tercera vez, hace dos horas, en el piso donde me alojo, en mi habitación; estaba solo.

—¿Estaba despierto?

—Totalmente despierto. Las tres veces estaba despierto. Se me aparece, está como un minuto hablando conmigo y se marcha por la puerta, siempre por la puerta. Casi puedo oírla.

—¿Por qué pensaba yo que algo parecido tenía que pasarle a usted? —dijo de repente Raskólnikov, y en ese mismo instante se sorprendió de haberlo dicho. Estaba muy agitado.

—¿Ah, sí? ¿De verdad que lo ha pensado? —preguntó Svidrigáilov, asombrado—. ¿En serio? Ya le decía yo que tenemos algún punto en común, ¿eh?

—¡En ningún momento ha dicho eso! —replicó Raskólnikov, con aspereza y emoción.

—¿No lo he dicho?

—¡No!

—Creía que lo había dicho. Hace un rato, cuando entré y lo vi aquí echado, con los ojos cerrados, fingiendo dormir, me he dicho: «¡Es él, tal cual!».

—¿Cómo que «tal cual»? ¿A qué se refiere? —exclamó Raskólnikov.

—¿Que a qué me refiero? La verdad, no sé a qué… —ingenuamente, y un tanto desconcertado, murmuró Svidrigáilov.

Estuvieron cerca de un minuto callados. Se miraban intensamente a los ojos.

—¡Esto es un disparate! —exclamó Raskólnikov, indignado—. ¿Qué es lo que le dice cuando se le aparece?

—¿Qué me dice? Imagínese, me habla de las mayores nimiedades y, pásmese, justamente es eso lo que me irrita. La primera vez yo estaba muy cansado, ya sabe: la ceremonia fúnebre

con el responso, después la letanía, la colación… Por fin me quedé solo en mi despacho, encendí un cigarro, empecé a meditar… En esas, entró por la puerta: «Hoy, Arkadi Ivánovich —me dice—, con tanto trajín se ha olvidado usted de dar cuerda al reloj del comedor». Y, efectivamente, desde hace siete años, todas las semanas le doy cuerda a ese reloj y, si alguna vez se me olvidaba, ella se encargaba de recordármelo. Al día siguiente parto para aquí. Se me aparece al alba, en la estación… Había dormido a ratos por la noche, estaba destrozado, con ojos de sueño… Estaba tomando un café; levanto la vista, y Marfa Petrovna se sienta de repente a mi lado, con una baraja en la mano: «¿No quiere que le diga, Arkadi Ivánovich, cómo le va a ir el viaje?». Y era una maestra echando las cartas. ¡Nunca me perdonaré no haberle pedido que me leyera la fortuna! Salí corriendo, asustado, aunque también es verdad que había sonado la campanilla. Hoy mismo, después de una comida infame en una fonda, con la tripa pesada, me siento un rato a fumar, y de repente vuelve a aparecer Marfa Petrovna: entró toda elegante, con un vestido verde nuevo de seda, de cola larga: «¡Buenos días, Arkadi Ivánovich! ¿Qué le parece mi vestido? Aniska no es capaz de coser uno igual». (Aniska es una costurera de la aldea, una antigua sierva, que estuvo aprendiendo en Moscú, una chica estupenda). Se planta delante de mí, y se pone a dar vueltas. Contemplo el vestido, y después la miro a ella a la cara, detenidamente: «Ya hay que tener ganas —digo—, Marfa Petrovna, para venir a verme con esas tonterías, a darme quebraderos de cabeza». «¡Ay, Dios mío, *bátiushka*! ¡No se le puede decir nada!». Y entonces le digo, para fastidiarla: «Marfa Petrovna, me quiero casar». «Típico de usted, Arkadi Ivánovich; no dice muy bien de usted que, con su mujer recién enterrada, ya esté pensando en casarse. Y, aun suponiendo que elija usted bien, yo ya sé que no le va a reportar nada bueno ni a ella ni a usted; solo va a ser el hazmerreír de toda la gente decente». Dicho lo cual, cogió y se fue, y me pareció oír el frufrú de la cola del vestido. Es todo tan absurdo, ¿verdad?

—¿No será que no hace usted más que mentir? —apuntó Raskólnikov.

—Yo casi nunca miento —respondió Svidrigáilov, abstraído, sin reparar en absoluto en lo descortés de la pregunta.

—Y, antes de esto, ¿nunca ha tenido usted apariciones?

—No… no, solo una vez en toda mi vida, hace ahora seis años. Tenía yo a un siervo, Filka; justo después de su entierro lo llamé, distraído: «¡Filka, la pipa!»; entró, y fue derecho al aparador donde guardaba mis pipas. Me quedé pensando: «Se va a vengar de mí», porque justo antes de su muerte habíamos tenido una fuerte discusión. «¿Cómo te atreves —le digo— a presentarte con un codo hecho añicos? ¡Largo de aquí, sinvergüenza!». Se dio media vuelta, se marchó y ya nunca volvió. No se lo dije en su momento a Marfa Petrovna. Quise encargar un funeral por él, pero me dio vergüenza.

—Vaya a ver a un médico.

—No hace falta que me lo diga, yo ya sé que no estoy bien, aunque, la verdad sea dicha, no sé qué es lo que me pasa; en mi opinión, estoy cinco veces más sano que usted. Pero no le he preguntado si cree usted o no que las apariciones se ven. Le he preguntado si cree que existen las apariciones.

—¡No, no creo en ellas de ninguna manera! —proclamó Raskólnikov con cierta irritación.

—¿Qué dice normalmente la gente? —murmuró Svidrigáilov, como si estuviera hablando consigo mismo, mirando hacia un lado y agachando un poco la cabeza—. Dice: «Estás enfermo, por lo tanto, todo lo que ves no es más que un delirio fantástico». Pero no es una lógica muy rigurosa. Estoy de acuerdo en que solo los enfermos ven apariciones; pero eso lo único que demuestra es que hay que estar enfermo para ver apariciones, no que las apariciones no existan como tales.

—¡Nada de eso! —insistía Raskólnikov, con irritación.

—¿No? ¿Eso cree? —prosiguió Svidrigáilov, observándolo sin prisa—. Bueno, pero también se puede razonar de este modo (le ruego que me ayude): «Las apariciones, por así decir, son como

retazos y fragmentos del otro mundo, su principio. Un individuo sano, naturalmente, no tiene por qué tenerlas, porque el individuo sano es un hombre terrenal y, en consecuencia, tiene que vivir exclusivamente su vida de aquí, en aras de la integridad y del orden. Pero, a poco que enferme, a poco que se altere el normal orden terrestre del organismo, enseguida empieza a manifestarse la posibilidad de ese otro mundo y, cuanto más enfermo está, más estrecho es el contacto con el otro mundo, de modo que cuando el individuo muere definitivamente, va derecho al otro mundo». Hace ya tiempo que lo vengo pensando. Si usted cree en la vida futura, podrá creer también en este razonamiento.

—Yo no creo en la vida futura —dijo Raskólnikov.

Svidrigáilov estaba sumido en sus pensamientos.

—¿Y si allí solo hubiera arañas u otras cosas de ese estilo? —preguntó de pronto.

«Está mal de la cabeza», pensó Raskólnikov.

—Siempre nos imaginamos la eternidad como una idea que no es posible comprender, ¡algo inmenso, inmenso! Pero ¿por qué ha de ser necesariamente inmenso? Y si de pronto, en lugar de todo eso, imagínese, lo que hay allá es una estancia, algo parecido a unos baños de aldea, ennegrecidos por el humo, con arañas por todos los rincones, y esa es toda la eternidad. Pues sepa que a veces me la imagino así.

—¿Será posible que no se le haya ocurrido nada más reconfortante ni más justo que eso? —exclamó Raskólnikov con una sensación de angustia.

—¿Más justo? ¿Cómo saberlo?; a lo mejor, eso es lo más justo, y sepa que yo lo habría hecho así a propósito —respondió Svidrigáilov, sonriendo vagamente.

Raskólnikov se quedó helado con esa horrible respuesta. Svidrigáilov levantó la cabeza, lo miró fijamente y se echó a reír de repente.

—Figúrese usted —exclamó—, hace media hora ni siquiera nos habíamos visto, nos consideramos enemigos y tenemos un asunto

pendiente; pues dejamos todo eso de lado y ya ve en qué literaturas nos hemos metido. ¿No le había dicho que somos de la misma cuerda?

—Hágame un favor —dijo Raskólnikov en tono irritado—; tenga la bondad de explicarme cuanto antes a qué debo el honor de su visita… y… y… llevo prisa, no tengo tiempo que perder, necesito salir…

—Claro, claro. Su hermana, Avdotia Románovna, ¿va a casarse con el señor Luzhin, con Piotr Petróvich?

—¿No podría evitar toda pregunta sobre mi hermana y abstenerse de nombrarla? No entiendo cómo se atreve a nombrarla si de verdad es usted Svidrigáilov.

—Pero si he venido a hablar de ella: ¿cómo pretende que no la nombre?

—Muy bien; hable, pero ¡dese prisa!

—Estoy convencido de que usted ya se ha formado una opinión de ese Luzhin, pariente de mi mujer; basta con que lo haya visto media hora o con que haya oído hablar de él de un modo exacto y fidedigno. No es una buena pareja para Avdotia Románovna. En mi opinión, en este asunto Avdotia Románovna se sacrifica de un modo extraordinariamente magnánimo e inconsciente por… por su familia. Ya tenía la impresión, a raíz de todo lo que había oído decir de usted, de que estaría usted muy satisfecho, por su parte, si ese matrimonio pudiera deshacerse sin menoscabo de sus intereses. Ahora, después de haberle conocido personalmente, ya no me cabe ninguna duda.

—Es muy ingenuo por su parte; disculpe, quería decir: muy impertinente —dijo Raskólnikov.

—Quiere decir con eso que actúo movido por mi propio interés. Puede estar tranquilo, Rodión Románovich; si me preocupase por mi interés, no lo revelaría tan abiertamente, tampoco soy tan tonto. En ese sentido, le confesaré una rareza psicológica. Hace un rato, al justificar mi amor a Avdotia Románovna, le decía que yo había sido la víctima. Bueno, pues sepa que ahora no tengo ningún sentimiento

de amor, ninguno, hasta tal punto que me resulta extraño, porque verdaderamente llegué a sentir algo…

—Por pura ociosidad y depravación —le interrumpió Raskólnikov.

—Es verdad que soy un hombre depravado y ocioso. Su hermana, sin embargo, tiene tantas cualidades que no podían dejar de impresionarme. Pero todo eso no tiene sentido, como veo ahora.

—¿Hace mucho que se ha dado cuenta?

—Antes ya empecé a advertirlo, pero acabé de convencerme hace un par de días, prácticamente en el momento de mi llegada a San Petersburgo. De todos modos, estando aún en Moscú ya supuse que venía aquí con intención de obtener la mano de Avdotia Románovna y rivalizar con el señor Luzhin.

—Perdone que le interrumpa, pero quiero pedirle un favor: ¿no podría abreviar y explicar directamente cuál es el objeto de su visita? Tengo prisa, necesito salir a la calle…

—Con muchísimo gusto. Una vez aquí, y habiendo decidido emprender cierto… *voyage*, me gustaría adoptar una serie de disposiciones preliminares imprescindibles. Mis hijos se han quedado con una tía; son ricos, y a mí, personalmente, no me necesitan para nada. Además, ¡menudo padre soy yo! Solo me he quedado con la cantidad que me regaló Marfa Petrovna el año pasado. Con eso tengo suficiente. Disculpe, enseguida voy al grano. Antes de ese *voyage*, que muy posiblemente acabaré realizando, quiero dar por terminada cualquier relación con el señor Luzhin. No es que me resulte especialmente insoportable, pero el caso es que por culpa suya me peleé con Marfa Petrovna al enterarme de que había sido ella la que había pergeñado este matrimonio. Ahora deseo verme con Avdotia Románovna, con su mediación y, a ser posible, en su presencia, para explicarle, en primer lugar, que del señor Luzhin no solo no va a obtener ningún beneficio, sino seguramente un perjuicio evidente. A continuación, después de pedirle perdón por todos los disgustos que le he causado en tiempos aún recientes, recabaría su permiso para ofrecerle diez mil rublos, aliviando de ese modo su

ruptura con el señor Luzhin, una ruptura a la que estoy convencido de que no se opondría a poco que se le presentase la oportunidad.

—¡Realmente está usted loco! —exclamó Raskólnikov, más asombrado que indignado—. ¿Cómo se atreve a hablar así?

—Ya sabía yo que iba a gritarme; pero, en primer lugar, aunque no soy un hombre rico, puedo disponer libremente de esos diez mil rublos, quiero decir que no los necesito para nada. Si Avdotia Románovna no los acepta, seguramente los emplearé de un modo aún más estúpido. Eso para empezar. Segunda cosa: tengo la conciencia completamente tranquila; hago este ofrecimiento sin esperar nada a cambio. Es posible que no me crea, pero al final se dará cuenta, tanto usted como Avdotia Románovna. El caso es que le he causado muchas molestias y muchos disgustos a su muy respetable hermana; en consecuencia, sintiendo un sincero arrepentimiento, deseo de todo corazón, no compensarla, no pagarle por las molestias, sino sencillamente hacer algo positivo por ella, para demostrar que no me he arrogado el privilegio de hacer únicamente daño. Si hubiera en mi oferta aunque solo fuera una millonésima parte de cálculo, no la habría hecho de una manera tan franca; y no me limitaría a ofrecerle diez mil rublos, pues hace apenas cinco semanas le ofrecí más. Aparte de eso, es posible que me case muy, muy pronto con una jovencita y, en consecuencia, habría que descartar cualquier sospecha de intentar actuar contra Avdotia Románovna. Y, para terminar, déjeme que le diga que, si se casa con Luzhin, Avdotia Románovna aceptará la misma suma, solo que de otro hombre… No se enfade, Rodión Románovich, piénseselo con calma y con frialdad.

Diciendo esto, Svidrigáilov mostraba, precisamente, una extraordinaria calma y sangre fría.

—Le ruego que concluya —dijo Raskólnikov—. En cualquier caso, esto es una impertinencia imperdonable.

—Nada de eso. En ese caso, en este mundo un hombre solo puede hacerle daño a su prójimo, pero, en cambio, no tiene derecho a hacer ni una pizca de bien, por las estériles formalidades que

hemos adoptado. Eso es absurdo. Si yo, por ejemplo, me muriese y le dejase esta suma a su hermana en mi testamento, ¿se negaría también en ese caso a aceptarlo?

—Es muy posible.

—No, yo no lo creo. De todos modos, si lo rechaza, no hay nada que objetar. Pero es que diez mil rublos no es cualquier cosa, llegado el caso. De todos modos, le ruego que transmita a Avdotia Románovna todo lo que hemos hablado.

—No, no se lo voy a transmitir.

—En ese caso, Rodión Románovich, no tendré más remedio que tratar de conseguir una entrevista personal con ella y, en consecuencia, me veré obligado a importunarla.

—Y, si se lo transmito, ¿no va a intentar conseguir una entrevista personal?

—No sé qué responderle, la verdad sea dicha. Me encantaría que nos viéramos, aunque solo fuera una vez.

—No cuente con eso.

—Lástima. De todos modos, usted no me conoce. A lo mejor acabamos siendo amigos.

—¿Cree usted que acabaremos siendo amigos?

—¿Por qué no? —dijo Svidrigáilov con una sonrisa; después se levantó y cogió su sombrero—. La verdad es que no tenía intención de molestarle y, viniendo hacia aquí, ni siquiera contaba realmente con verlo, aunque, por otra parte, su fisonomía me impresionó esta mañana…

—¿Dónde me ha visto esta mañana? —preguntó Raskólnikov intranquilo.

—Ha sido por casualidad… Aún sigo pensando que hay algo en usted que se parece a mí… Pero no se preocupe, no me gusta molestar; he tenido trato con tahúres, y nunca he molestado al príncipe Svirbéi, pariente lejano mío, un gran personaje, y he podido escribir sobre la *Madonna* de Rafael en el álbum de la señora Prilúkova, y con Marfa Petrovna he vivido siete años sin moverme de su lado, y en su día pasé muchas veces la noche en casa de

Viazemski[116], en la plaza Sennaia, y es posible que vuele en el globo con Berg.

—Bueno, muy bien. Permítame una pregunta: ¿va a salir pronto de viaje?

—¿Qué viaje?

—Bueno, sí, ese *voyage…* Lo ha dicho usted mismo.

—¿De *voyage*? ¡Ah, sí!… Es verdad que le he hablado del *voyage…* Bueno, es un tema muy amplio… ¡Si usted supiera, de todos modos, lo que ha preguntado! —añadió, y de repente empezó a reírse ruidosamente, con una risa entrecortada—. Es posible que me case, en vez de emprender ese *voyage*; me están buscando una novia.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Cómo ha tenido tiempo?

—Pero tengo muchas ganas de ver una vez a Avdotia Románovna. Se lo estoy pidiendo en serio. Bueno, hasta la vista… ¡ah, sí! ¡Ya se me olvidaba! Dígale a su hermana, Rodión Románovich, que Marfa Petrovna se ha acordado de ella en su testamento y le ha dejado tres mil rublos. Totalmente cierto. Marfa Petrovna así lo dispuso una semana antes de su muerte, y lo hizo en mi presencia. Es posible que en dos o tres semanas Avdotia Románovna reciba el dinero.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. Dígaselo. Muy bien, me tiene a su servicio. Me alojo muy cerca de usted.

Al salir, Svidrigáilov se topó en las escaleras con Razumijin.

II

Ya eran casi las ocho; se dirigían a buen paso a casa de Bakaléiev para llegar antes que Luzhin.

—Bueno, ¿quién era ese? —preguntó Razumijin, nada más salir a la calle.

—Era Svidrigáilov, ese hacendado en cuya casa fue ofendida mi hermana cuando trabajaba de institutriz. Por culpa de su persecución amorosa, tuvo que dejar la casa, expulsada por la mujer, Marfa Petrovna. Esta Marfa Petrovna después tuvo que pedirle disculpas a Dunia, y ahora ha muerto de repente. Hemos estado hablando de ella. No sé por qué, pero le tengo mucho miedo a este hombre. Ha viajado a San Petersburgo nada más enterrar a su mujer. Es un hombre muy raro, y está decidido a hacer algo… Parece estar en posesión de algún secreto… Hay que impedir que se acerque a Dunia… Tenía ganas de contártelo, ¿me oyes?

—¿Impedírselo? Pero ¿qué puede hacerle a Avdotia Románovna? En fin, gracias, Rodia, por hablarme así… Muy bien, ¡se lo impediremos!… ¿Dónde vive?

—No sé.

—¿Por qué no se lo has preguntado? ¡Qué lástima! De todos modos, lo averiguaré.

—¿Lo has visto? —preguntó Raskólnikov después de una pausa.

—Sí, me he fijado en él, me he fijado bien.

—¿Seguro que has podido verlo? ¿Con claridad?

—Sí, sí, me acuerdo de él perfectamente; podría reconocerlo entre mil, tengo muy buena memoria para las caras.

Otra vez se quedaron callados.

—Hum… eso es… —murmuró Raskólnikov—. Verás, se me ha ocurrido… me sigue pareciendo… que puede tratarse de una fantasía.

—¿A qué te refieres? No te entiendo muy bien.

—El caso es que todos decís —prosiguió Raskólnikov, torciendo la boca en una sonrisa— que he perdido el juicio; me ha parecido ahora mismo que, a lo mejor, es verdad que he perdido el juicio y solo he visto un fantasma.

—¿A qué viene eso?

—¡Quién sabe! Puede que esté realmente mal de la cabeza y todo lo que ha pasado estos días no sean más que imaginaciones mías…

—¡Ay, Rodia! ¡Ya han vuelto a alterarte!… ¿De qué te ha hablado ese hombre? ¿A qué ha venido?

Raskólnikov no contestaba, Razumijin estuvo como un minuto reflexionando.

—Bueno, pues escucha entonces mi respuesta —empezó a contar—. Me he pasado por tu casa y estabas durmiendo. Después hemos comido y a continuación he ido a ver a Porfiri. Zamétov sigue con él. He intentado pedirle explicaciones, pero no ha servido de nada. No conseguía plantear la cuestión debidamente. Ellos no me entendían ni podían entenderme, pero tampoco parecían turbados. Me llevé a Porfiri a la ventana y empecé a hablar con él, pero eso tampoco ha servido: él apartaba la mirada, y yo también la apartaba. Finalmente, le acerco el puño a la cara y le digo, en tono familiar, que estoy dispuesto a machacarlo. Se me queda mirando. Yo le maldigo y me marcho, y ya está. Ha sido una situación de lo más estúpida. Con Zamétov no he cruzado una palabra. Pero fíjate: creía que lo había estropeado todo y, sin embargo, según bajaba por las escaleras, me ha asaltado una idea que me ha deslumbrado: ¿por qué tenemos que preocuparnos tú y yo? Otra cosa sería si te amenazara algún peligro o algo por el estilo, entonces sí. Pero ¡no hay nada de eso! Tú en eso no entras, así que puedes mandarlos al diablo; después podremos reírnos de ellos, y yo que tú no dudaría en tratar de embaucarlos. ¡Luego se sentirán abochornados! ¡Al infierno con ellos! Después también podremos atizarlos, pero de momento vamos a reírnos de ellos.

—¡Claro que sí! —respondió Raskólnikov. «Pero ¿qué dirás mañana?», pensó. Sorprendentemente, hasta entonces no se le había pasado ni una vez por la cabeza: «¿Qué pensará Razumijin cuando se entere?». Mientras pensaba esto, Raskólnikov lo miró fijamente. Apenas le había encontrado interés al relato de la visita a Porfiri: ¡desde entonces había habido tantas novedades!…

En el pasillo se toparon con Luzhin: se había presentado a las ocho en punto y estaba buscando la habitación, por lo que los tres entraron a la vez, pero sin mirarse ni saludarse. Los jóvenes pasaron primero, mientras Piotr Petróvich, por cortesía, se entretuvo un momento en el recibidor, quitándose el abrigo. Puljeria Aleksándrovna salió enseguida a recibirlo a la puerta, mientras Dunia saludaba a su hermano.

Piotr Petróvich entró y, con mucha gentileza, aunque con redoblada gravedad, se inclinó ante las damas. No obstante, daba la sensación de que algo lo hubiera descentrado y no hubiera podido recuperarse. También Puljeria Aleksándrovna parecía confusa, y se apresuró a sentar a todo el mundo en torno a la mesa redonda en la que hervía el samovar. Dunia y Luzhin se sentaron frente a frente, en los dos extremos de la mesa. Razumijin y Raskólnikov estaban enfrente de Puljeria Aleksándrovna: Razumijin cerca de Luzhin, y Raskólnikov al lado de su hermana.

Siguió un momento de silencio. Piotr Petróvich se sacó sin prisa un pañuelo perfumado de batista y se sonó con aire de hombre benévolo pero algo herido en su dignidad, y firmemente decidido, además, a exigir explicaciones. Estando aún en el recibidor se le pasó por la cabeza la posibilidad de dejarse el abrigo puesto y marcharse, dándoles así a ambas señoras una lección tan severa como persuasiva, a fin de que todos cayeran en la cuenta de lo ocurrido. Pero no se decidió. Además, a este hombre no le gustaban las incertidumbres, y allí era imprescindible una explicación: si habían infringido su orden de un modo tan evidente, alguna razón tenía que haber y, en consecuencia, lo mejor sería conocerla primero; siempre había tiempo para castigar, y la decisión estaba en su mano.

—Confío en que hayan tenido un buen viaje… —se dirigió a Puljeria Aleksándrovna.

—Gracias a Dios, Piotr Petróvich.

—Lo celebro. Y ¿Avdotia Románovna tampoco está cansada?

—Soy joven y fuerte, y no me canso, pero para mi madre ha sido muy duro —respondió Dúnechka.

—Qué se le va a hacer; nuestras rutas nacionales son enormemente largas. La llamada «madre Rusia» es tan grande… Por mi parte, a pesar de mi intención, ayer me era imposible llegar a tiempo para recibirlas. Confío, en cualquier caso, en que no tuvieran contratiempos…

—Ay, Piotr Petróvich, nos vimos muy apuradas —se apresuró a replicar Puljeria Aleksándrovna, con una entonación muy particular—, y yo diría que si el mismo Dios no nos hubiera enviado a Dmitri Prokófich, no sé qué habría sido de nosotras. Permítame, Dmitri Prokófich Razumijin —añadió, presentándoselo a Luzhin.

—Bueno, sí, ya he tenido el placer… ayer… —murmuró Luzhin, mirando de reojo a Razumijin, con cara de pocos amigos, tras lo cual frunció el ceño y se quedó callado. En general, Piotr Petróvich era de esas personas que pretenden ser amables y ponen mucho empeño en pasar por tales, pero que, a poco que sufran algún contratiempo, pierden enseguida todo su aplomo y parecen más bien sacos de harina que caballeros desenvueltos, capaces de animar una reunión. Una vez más, todos callaban: Raskólnikov se obstinaba en guardar silencio, Avdotia Románovna no quería hablar antes de tiempo, Razumijin no tenía nada que decir; así pues, Puljeria Aleksándrovna volvió a inquietarse.

—Marfa Petrovna ha muerto, ¿lo sabía? —empezó a decir, recurriendo a su recurso principal.

—Sí, desde luego, lo sabía. Inmediatamente fui informado, y de hecho tenía intención de comunicarles que Arkadi Ivánovich Svidrigáilov había partido para San Petersburgo justo después del entierro de su mujer. Al menos esas son mis noticias, perfectamente dignas de crédito.

—¿Que ha venido aquí? ¿A San Petersburgo? —preguntó Dúnechka, muy preocupada, y cambió una mirada con su madre.

—Exactamente, y, desde luego, no sin un propósito, habida cuenta de la precipitación del viaje y, en general, de las circunstancias que lo han precedido.

—¡Ay, Señor! ¿Es que no va a dejar tranquila a Dúnechka ni tan siquiera aquí? —exclamó Puljeria Aleksándrovna.

—En mi opinión, no tienen motivos para alarmarse, ni usted ni Avdotia Románovna, a menos, claro está, que deseen ustedes mismas entrar en contacto, de un modo u otro, con ese hombre. Por mi parte, estoy muy pendiente, y ahora mismo estoy tratando de averiguar dónde se aloja…

—¡Ay, Piotr Petróvich, ni se imagina usted hasta qué punto me ha asustado! —siguió diciendo Puljeria Aleksándrovna—. Yo solo lo he visto dos veces, y ¡me ha parecido terrible, terrible! Estoy convencida de que fue el causante de la muerte de la pobre Marfa Petrovna.

—A ese respecto, no podemos ser concluyentes. Dispongo de informaciones fidedignas. No discuto que ha podido contribuir a acelerar el curso de los acontecimientos con la influencia moral de la afrenta, por así decir; por lo demás, en lo que atañe a la conducta y, en general, a las características morales de este individuo, estoy de acuerdo con usted. No sé si es ahora un hombre rico ni qué ha podido dejarle Marfa Petrovna; muy pronto tendré noticias de eso. Pero no hay duda de que aquí, en San Petersburgo, contando con recursos, por pocos que sean, volverá a las andadas. Dentro de esa clase de gente, él es un hombre de lo más depravado y entregado a los vicios. Tengo motivos sobrados para suponer que Marfa Petrovna, cuando tuvo la desgracia de enamorarse de él y de pagarle todas sus deudas, hace ocho años, le prestó además un servicio de otra índole: gracias a sus esfuerzos y sus sacrificios consiguió que echaran tierra, en su mismo origen, encima de un asunto criminal, con un componente de brutalidad homicida tan increíble, por así decir, que podía haber terminado perfectamente

con él en Siberia. Ya ven la clase de hombre que es, por si quieren saberlo.

—¡Ay, Señor! —exclamó Puljeria Aleksándrovna. Raskólnikov escuchaba con atención.

—¿Es verdad que dispone de informaciones fidedignas? —preguntó Dunia, en tono severo y persuasivo.

—Me limito a reproducir lo que me confesó en secreto la difunta Marfa Petrovna. Hay que señalar que desde el punto de vista jurídico es un asunto sumamente oscuro. Aquí vivía, y creo que sigue viviendo, una tal Resslich, una extranjera que hacía pequeños préstamos y se dedicaba también a otros asuntos. Con esta Resslich el señor Svidrigáilov mantenía hacía tiempo unas relaciones tan estrechas como enigmáticas. Vivía con ella una pariente lejana, una sobrina creo, una muchacha sordomuda de unos quince años, o puede que catorce, a la que la Resslich odiaba sin tasa y a la que regañaba por cualquier motivo; incluso la golpeaba de forma inhumana. Un día la encontraron en el desván, ahorcada. Determinaron que había sido un suicidio. Después de las formalidades de rigor, el asunto se dio por zanjado, pero más tarde se habló de una denuncia, según la cual la chiquilla había sido… cruelmente ultrajada por Svidrigáilov. Lo cierto es que fue un asunto bastante oscuro, la denuncia partió de otra alemana, una mujer inmoral, cuyo testimonio no tenía ningún crédito; al final, no llegó a presentarse la denuncia, gracias a las gestiones y al dinero de Marfa Petrovna; todo se quedó en un rumor. Con todo, era un rumor de lo más significativo. Naturalmente, usted, Avdotia Románovna, ha tenido que oír hablar en esa casa de un criado llamado Filipp, muerto a raíz de los malos tratos sufridos, hace seis años, aún en tiempos del régimen de servidumbre.

—Yo había oído, por el contrario, que ese Filipp se había colgado.

—Efectivamente, pero lo que lo había empujado o, mejor dicho, inclinado a esa muerte violenta fue la sistemática persecución y los castigos del señor Svidrigáilov.

—Eso ya no lo sé —respondió secamente Dunia—; yo lo que oí fue una historia muy extraña, según la cual ese Filipp era una especie de hipocondríaco, una suerte de filósofo casero; la gente decía que había leído hasta enloquecer, y que se había ahorcado fundamentalmente por las burlas, y no por las palizas del señor Svidrigáilov. Y este, en mi presencia, trataba bien a los sirvientes, que incluso lo apreciaban, a pesar de que ellos también lo culparon de la muerte de Filipp.

—Veo que usted, Avdotia Románovna, de pronto se siente inclinada a justificarlo —observó Luzhin, torciendo la boca en una sonrisa ambigua—. Indudablemente, es un hombre astuto y sabe seducir a las damas; Marfa Petrovna, muerta en extrañas circunstancias, sirve de lamentable ejemplo. Yo solo pretendía ayudarlas, a usted y a su madre, con mis consejos, en vista de sus nuevas y previsibles tentativas. Por lo que a mí respecta, tengo pocas dudas de que este hombre volverá a ingresar en prisión por moroso. Marfa Petrovna nunca tuvo intención de legarle nada sustancial, pensando en sus hijos, y, si le ha dejado algo, habrá sido lo estrictamente necesario, algo insignificante y efímero, que a un hombre de sus hábitos no le durará ni un año.

—Piotr Petróvich, le ruego —dijo Dunia— que dejemos de hablar del señor Svidrigáilov. Me deprime.

—Acaba de venir a verme —dijo de pronto Raskólnikov, abandonando su mutismo por primera vez.

Todos exclamaron, sorprendidos; todos se volvieron a mirarlo. Hasta Piotr Petróvich se puso nervioso.

—Hará una hora y media, mientras estaba dormido, ha entrado, me ha despertado y se ha presentado —continuó Raskólnikov—. Se ha mostrado muy alegre y desenvuelto, y está deseoso de entenderse conmigo. Entre otras cosas, insiste en tener una entrevista contigo, Dunia, y me ha pedido que esté presente en esa entrevista. Tiene una propuesta que hacerte; no me ha dicho en qué consiste. Aparte de eso, me ha informado con toda certeza de que Marfa Petrovna, una semana antes de su muerte, te había dejado en

su testamento tres mil rublos, y que puedes recibir ese dinero en un plazo muy breve.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Puljeria Aleksándrovna, y se persignó—. ¡Ruega por ella, Dunia, ruega por ella!

—Es la pura verdad —se le escapó a Luzhin.

—Vaya, vaya; ¿qué más? —preguntó Dúnechka con ansiedad.

—Después ha dicho que él personalmente no es rico y que todas las tierras van a parar a manos de los hijos, que ahora están viviendo con una tía. También me ha dicho que estaba alojado cerca de mi casa, aunque no sé exactamente dónde, no se lo he preguntado…

—Pero ¿qué es eso que quiere proponerle a Dúnechaka? —preguntó Puljeria Aleksándrovna, muy asustada—. ¿No te lo ha dicho?

—Sí, me lo ha dicho.

—Y ¿qué es?

—Luego lo cuento. —Raskólnikov se quedó callado y se ocupó de su té.

Piotr Petróvich sacó su reloj y lo consultó.

—Tengo que ir a ocuparme de un asunto; así no les molestaré —dijo con cierto aire de resentimiento, y empezó a levantarse de la silla.

—Quédese, Piotr Petróvich —dijo Dunia—, tenía usted intención de pasar aquí toda la velada. Además, usted escribió que deseaba aclarar alguna cosa con mi madre.

—Así es, Avdotia Románovna —contestó Piotr Petróvich en un tono enfático; volvió a sentarse, pero seguía sujetando el sombrero en las manos—, efectivamente deseaba tener una explicación con usted, y con su honrada madre, acerca de una serie de puntos de suma importancia. Pero, en vista de que su hermano no puede comentar en mi presencia ciertas propuestas del señor Svidrigáilov, yo igualmente ni puedo ni quiero explicarme… en presencia de otras personas… sobre determinados puntos de una enorme importancia. Aparte de eso, ustedes no han tenido en cuenta mi petición fundamental, en la que hacía tanto hincapié…

Luzhin se quedó callado, con el semblante compungido y aparentando dignidad.

—Su petición de que mi hermano no estuviera presente en nuestra entrevista no se ha tenido en cuenta debido exclusivamente a mi insistencia —dijo Dunia—. Decía usted en su carta que había sido insultado por él; creo que hay que aclarar esta cuestión de inmediato, y deberían ustedes reconciliarse. Y, si efectivamente Rodia le ha podido ofender, entonces debe pedirle disculpas y se las pedirá.

Piotr Petróvich no tardó en envalentonarse.

—Hay algunas ofensas, Avdotia Románovna, que es imposible olvidar, aunque uno tenga la mejor voluntad del mundo. Para todo hay un límite que es peligroso traspasar, pues una vez que se cruza ya no hay vuelta atrás.

—Realmente, no me refería a eso, Piotr Petróvich —le interrumpió Dunia con cierta impaciencia—; entienda que todo nuestro futuro depende ahora de si será o no posible aclarar todo esto y resolverlo cuanto antes. De entrada le digo, con toda franqueza, que no puedo considerarlo de otro modo y, a poco que usted me aprecie, hoy mismo debe dar este asunto por zanjado, aunque le cueste. Repito que, si mi hermano es culpable, le pedirá disculpas.

—Me sorprende que plantee la cuestión de este modo, Avdotia Románovna —replicó Luzhin, con creciente irritación—. Aunque la estimo y, por así decir, la adoro, al mismo tiempo puedo no apreciar en absoluto a alguno de sus familiares. Aun aspirando a la dicha de obtener su mano, no puedo responsabilizarme de obligaciones incompatibles con…

—Ay, olvide toda esa susceptibilidad, Piotr Petróvich —le interrumpió Dunia con sentimiento—, y sea usted el hombre inteligente y noble por el que siempre le he tenido y por el que quiero seguirle teniendo. Le hice a usted una promesa solemne, soy su prometida; confíe en mí en este asunto y admita que soy capaz de juzgar con imparcialidad. Que yo desempeñe el papel de juez constituirá una sorpresa tanto para mi hermano como para usted.

Cuando le he pedido que viniera hoy sin falta a nuestra entrevista, después de haber recibido su carta, no le he dicho nada de mis intenciones. Entienda que, si ustedes no se avienen a razones, me veré obligada a elegir entre uno u otro: o mi hermano o usted. Así se ha planteado la cuestión por ambas partes. Ni quiero ni debo equivocarme en mi elección. Por usted me vería obligada a romper con mi hermano; por mi hermano me vería obligada a romper con usted. Ahora quiero y puedo descubrir con toda certeza si él es un hermano para mí. Y, en cuanto a usted, se trata de saber si me estima, si me valora, si es el marido que me conviene.

—Avdotia Románovna —dijo Luzhin, con hosquedad—, sus palabras son harto significativas para mí; es más, resultan incluso ofensivas, dada la posición que tengo el honor de ocupar respecto a usted. Prescindiendo de su insidiosa y sorprendente comparación, al colocarme al mismo nivel de… un joven impertinente, con sus palabras admite usted la posibilidad de desdecirse de la promesa que me ha hecho. Dice usted: o él o yo, y así me demuestra lo poco que significo para usted… Eso es algo que no puedo consentir, dadas las relaciones y… compromisos que existen entre nosotros.

—¡Cómo! —estalló Dunia—. ¡Sitúo mi interés por usted a la altura de todo lo que hasta ahora he apreciado más en mi vida, de lo que hasta ahora ha sido *toda* mi vida, y usted se ofende porque considera que no lo valoro lo suficiente!

Raskólnikov callaba y sonreía sarcásticamente, Razumijin estaba muy alterado. Pero Piotr Petróvich no aceptó el reproche; al contrario, con cada palabra se volvía más fastidioso y airado, como si fuera cogiéndole el gusto.

—El amor al futuro compañero de su vida, a su marido, debería superar al amor a su hermano —proclamó en tono sentencioso— y, en cualquier caso, yo no estoy dispuesto a ponerme al nivel… Aunque acabo de afirmar que en presencia de su hermano ni deseo ni puedo esclarecer todo lo que me trae hasta aquí, estoy dispuesto ahora, no obstante, a dirigirme a su honrada madre para aclarar un punto de enorme importancia que afecta directamente a mi honor.

Ayer su hijo —se dirigió a Puljeria Aleksándrovna—, en presencia del señor Rassudkin[117]… o… ¿no era así?; disculpe, se me ha olvidado su apellido —en ese momento, se inclinó cortésmente hacia Razumijin—, me ofendió tergiversando una idea que les había expuesto en cierta ocasión, en el curso de aquella conversación que tuvimos cuando estuve tomando café con ustedes; en concreto, que el matrimonio con una muchacha sin recursos, que haya experimentado los sinsabores de la vida, es, en mi opinión, más conveniente desde el punto de vista conyugal que el matrimonio con otra que haya nadado en la abundancia, pues es más beneficioso para la moral. Su hijo, deliberadamente, exageró el sentido de mis palabras hasta el absurdo, acusándome de abrigar intenciones malévolas, algo que hizo, en mi opinión, sobre la base de su correspondencia privada. Me sentiría dichoso si usted, Puljeria Aleksándrovna, pudiera convencerme de lo contrario, algo que me dejaría notablemente más tranquilo. Hágame saber en qué términos precisos reprodujo usted mis palabras en la carta que le escribió a Rodión Románovich.

—No lo recuerdo —respondió Puljeria Aleksándrovna, turbada—, pero se lo dije tal y como lo había entendido. No sé cómo se lo habrá contado a usted Rodia… Es posible que haya exagerado algún aspecto.

—No ha podido exagerar si no ha sido instigado por usted.

—Piotr Petróvich —dijo Puljeria Aleksándrovna con dignidad—, la prueba de que ni Dunia ni yo hemos malinterpretado sus palabras es que estamos *aquí*.

—¡Bien dicho, madre! —Dunia manifestó su aprobación.

—Entonces ¡esto también es culpa mía! —Luzhin se mostró ofendido.

—El caso es que usted, Piotr Petróvich, no hace más que acusar a Rodión, cuando ha sido usted el que ha faltado a la verdad en su carta al referirse a él —añadió Puljeria Aleksándrovna, alentada por su hija.

—No recuerdo haber escrito ninguna mentira.

—Ha escrito —terció ásperamente Raskólnikov, sin volverse hacia Luzhin— que ayer le di el dinero, no a la viuda del hombre atropellado, como de hecho ocurrió, sino a su hija (a la que nunca había visto hasta ayer mismo). Escribió eso para indisponerme con mis familiares, y para colmo añadió una serie de expresiones despreciables sobre la conducta de esa muchacha, a la que no conoce. Todo eso son calumnias y bajezas.

—Perdóneme, señor —replicó Luzhin, temblando de rabia—, si en mi carta me he extendido hablando de sus cualidades y de su conducta, ha sido únicamente atendiendo la petición de su madre y de su hermana, que deseaban que les comentase cómo le había encontrado y qué impresión me había hecho. En cuanto a lo que ha mencionado usted de mi carta, señáleme una sola línea que no se corresponda con la verdad; dicho de otro modo, dígame si no despilfarró usted su dinero y si en esa familia, por muy desdichada que sea, no hay alguna persona indigna.

—En mi opinión, usted, con todas sus virtudes, no vale lo que un dedo meñique de esa desdichada muchacha a la que arroja usted la piedra.

—En ese caso, ¿habrá decidido presentársela a su madre y a su hermana?

—Ya lo he hecho, por si lo quiere saber. Hoy la he sentado al lado de mi madre y de Dunia.

—¡Rodia! —exclamó Puljeria Aleksándrovna.

Dúnechka se ruborizó; Razumijin frunció el cejo. Luzhin se sonrió con arrogancia y desdén.

—Ya está viendo, Avdotia Románovna —dijo—, si es posible llegar a un entendimiento. Confío en que todo este asunto haya quedado zanjado y aclarado, de una vez por todas. Prefiero alejarme para no inmiscuirme en el disfrute de esta cita familiar y en el intercambio de secretos. —Se levantó de la silla y cogió su sombrero—. Pero, antes de salir, me atrevo a declarar que en el futuro espero verme libre de esta clase de encuentros y, llamémoslos así, compromisos. Apelo a usted en particular, mi honorable Puljeria

Aleksándrovna, en relación con este tema, especialmente porque mi carta iba dirigida a usted, y a nadie más.

Puljeria Aleksándrovna se mostró algo ofendida.

—Parece que usted piensa, Piotr Petróvich, que nos tiene enteramente en sus manos. Dunia ya le ha explicado la causa por la que no se ha cumplido su deseo: sus intenciones no podían ser mejores. Y usted me escribe como quien imparte órdenes. ¿Pretende que tomemos cada uno de sus deseos por una orden? Déjeme que le diga que, por el contrario, usted debería mostrar en estos momentos una especial delicadeza y condescendencia, puesto que lo hemos dejado todo y, confiando en usted, hemos viajado hasta aquí, por lo que, en cualquier caso, nos tiene en su poder.

—Eso no es del todo cierto, Puljeria Aleksándrovna, menos todavía en estos momentos, cuando hemos tenido noticia de los tres mil rublos legados por Marfa Petrovna, algo que, por cierto, no puede llegar en mejor momento, en vista de ese nuevo tono con el que se ha dirigido a mí —añadió en tono hiriente.

—A juzgar por esta observación, podemos suponer que, efectivamente, usted contaba con nuestro desamparo —comentó Dunia con irritación.

—Pues ahora, sin embargo, no puedo contar con eso y, sobre todo, no deseo impedir la discusión de las propuestas secretas de Arkadi Ivánovich Svidrigáilov, que le han sido confiadas a su hermano y que, por lo que veo, tienen para ustedes una importancia crucial y, posiblemente, de lo más gratificante.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Puljeria Aleksándrovna.

Razumijin no aguantaba sentado en su silla.

—¿No te da vergüenza ahora, hermana? —preguntó Raskólnikov.

—Sí, Rodia —dijo Dunia—. ¡Piotr Petróvich, márchese de aquí! —dijo, pálida de ira, volviéndose hacia él.

Piotr Petróvich, al parecer, no se esperaba semejante desenlace. Tenía demasiada confianza en sí mismo, en su propio poder y en la indefensión de sus víctimas. Todavía no se lo creía. Palideció, y empezaron a temblarle los labios.

—Avdotia Románovna, si salgo ahora mismo por esa puerta, después de haber oído semejantes palabras, cuente con que jamás volveré. ¡Piénseselo bien! Mi palabra es firme.

—¡Cuánta insolencia! —exclamó Dunia, levantándose rápidamente de su asiento—. ¡Yo soy la primera que no quiere que vuelva!

—¿Cómo? ¡Conque era eso! —gritaba Luzhin, que hasta el último instante no había creído que fuera a producirse la ruptura, y que estaba, por tanto, completamente desconcertado—. ¡Conque era eso! Pero no sé si sabe, Avdotia Románovna, que yo podría protestar.

—¿Qué derecho tiene a hablarle así? —intervino con vehemencia Puljeria Aleksándrovna—. ¿Contra qué quiere usted protestar? ¿Con qué derecho? ¿Cree que voy a entregar a mi Dunia a un hombre como usted? ¡Váyase, déjenos de una vez! La culpa es nuestra, por habernos prestado a un trato tan execrable, sobre todo mía…

—Pero usted, Puljeria Aleksándrovna —Luzhin estaba fuera de sí—, usted me había atado con su promesa, de la que ahora se desdice… y por último… por último, eso me ha arrastrado, por así decir, a incurrir en una serie de gastos…

Esta última queja era tan propia del carácter de Piotr Petróvich que Raskólnikov, pálido de ira y de los esfuerzos para reprimirla, ya no pudo más y estalló en una carcajada. Pero Puljeria Aleksándrovna estaba desatada:

—¿Gastos? ¿Qué gastos son esos? ¿No se estará refiriendo al baúl? Pero si se lo han traído gratis. ¡Dios mío, decir que lo habíamos atado! Se olvida, Piotr Petróvich, de que es usted quien nos tiene atadas de pies y manos, no al revés.

—¡Ya es suficiente, madre, por favor, ya es suficiente! —le suplicaba Avdotia Románovna—. ¡Piotr Petróvich, tenga la bondad de marcharse!

—Me marcho, pero ¡solo una última cosa! —dijo, incapaz ya casi de controlarse—. Al parecer, su madre se ha olvidado por completo de que yo decidí tomarla por esposa, digámoslo así, después de que se hubieran extendido por toda la ciudad y sus alrededores rumores

sobre su reputación. Después de haber desafiado por ustedes a la opinión pública y de haber restaurado su reputación, bien podía esperar yo una justa retribución, y hasta haber requerido su agradecimiento… Y ¡solo ahora se me han abierto los ojos! Y me doy cuenta de que actué con mucha imprudencia al despreciar el veredicto general…

—Este hombre no para en barras, ¡hay que ver! —exclamó Razumijin, levantándose de un salto de su asiento, dispuesto a vérselas con él.

—¡Es usted un hombre vil y malvado! —dijo Dunia.

—¡Ni una palabra! ¡Ni un gesto! —decretó Raskólnikov, frenando a Razumijin; acto seguido, acercándose mucho a Luzhin, dijo—: ¡Márchese! —dijo en voz baja, articulando con claridad—. Y ni una palabra más; de otro modo…

Piotr Petróvich lo miró unos segundos con el semblante pálido y alterado por la rabia, después dio media vuelta y salió: pocas veces alguien ha encerrado en su corazón un odio tan intenso como el que este hombre sentía por Raskólnikov. A él, y solo a él, culpaba de todos sus males. Es de notar que, mientras bajaba las escaleras, no dejaba de pensar en que quizá no todo estaba definitivamente perdido y en que, al menos con las damas, incluso se podía llegar «muy fácilmente» a un arreglo.

III

Lo más importante era que hasta el último momento no se había esperado semejante desenlace. Se había envalentonado sin medida, pues le resultaba inconcebible que dos mujeres miserables e indefensas pudieran escapar de su poder. Su vanidad y un grado de confianza ciega en sí mismo que bien podía llamarse fatuidad habían contribuido a esa convicción. Piotr Petróvich, un hombre salido de la nada, acostumbrado a admirarse a sí mismo de un modo enfermizo, tenía un concepto muy elevado de su inteligencia y de sus capacidades, e incluso, cuando estaba solo, se deleitaba con la visión de su rostro en el espejo. Pero lo que más amaba y valoraba en el mundo era su dinero, logrado con su trabajo y recurriendo a todos los medios posibles: el dinero lo igualaba a todas las personas que pudiera haber por encima de él.

Al recordarle amargamente a Dunia que había decidido tomarla por esposa a pesar de su mala fama, Piotr Petróvich había hablado con toda sinceridad, experimentando una profunda indignación por aquella «negra ingratitud». No obstante, en el momento en que se había comprometido con Dunia estaba convencido de que aquellas maledicencias no tenían fundamento, pues habían sido rechazadas públicamente por la propia Marfa Petrovna, y hacía ya tiempo que habían sido desautorizadas por la población local, que apoyaba calurosamente a Dunia. No podía negar que eso lo sabía desde el primer momento. Y, sin embargo, otorgaba un gran valor a su decisión de elevar a Dunia hasta su nivel: lo consideraba una auténtica proeza. Al decírselo a Dunia, había revelado un secreto, una idea que acariciaba hacía tiempo y en la que se había recreado más de una vez, tanto que no podía entender que los demás no admiraran su proeza. Cuando había ido a visitar a Raskólnikov, se había presentado con un talante de benefactor, dispuesto a cosechar

los frutos y a escuchar las más dulces alabanzas. No hace falta decir que en aquel momento bajaba las escaleras sintiéndose ofendido e incomprendido en extremo.

Dunia era imprescindible para él; no podía concebir la idea de renunciar a ella. Durante años había soñado voluptuosamente con el matrimonio, mientras seguía amasando dinero y aguardando la ocasión. Pensaba con deleite, en el mayor de los secretos, en una muchacha virtuosa y pobre (tenía que ser pobre), muy jovencita, muy guapa, noble e instruida, muy tímida, que hubiera conocido muchos sinsabores y que le tuviera un gran apego; una joven que viera en él a su salvador durante toda su vida, que lo idolatrara, se sometiera a él, que lo admirara: a él y solo a él. ¡Cuántas escenas, cuántos dulces episodios había concebido sobre este tema ameno y seductor en sus horas de asueto! Y he aquí que el sueño de tantos años estaba a punto de materializarse: la belleza y la educación de Avdotia Románovna lo habían cautivado; su situación de desamparo colmaba todas sus expectativas. Encontró en ella más de lo que había soñado: una muchacha orgullosa, con carácter, con una educación y una cultura superiores a las suyas (lo intuía), y esa criatura le dispensaría un agradecimiento servil por su proeza hasta el fin de sus días y se humillaría con fervor ante él, mientras él ejercía una autoridad absoluta e ilimitada sobre ella. Precisamente, poco antes de conocerla, tras largas reflexiones y titubeos, había decidido finalmente imprimir un giro a su carrera, ampliando la esfera de sus actividades, lo que le permitiría acceder poco a poco a las más altas capas de la sociedad, algo que ya venía ambicionando hacía tiempo… En una palabra, había decidido probar suerte en San Petersburgo. Sabía que con las mujeres se pueden conseguir «muchas, muchísimas cosas». La fascinación de una mujer encantadora, virtuosa y culta, podía allanarle el camino, atraerle simpatías, envolverlo en una suerte de aureola… Y ¡ahora todo eso se desmoronaba! Esa ruptura repentina, monstruosa, había caído sobre él como un rayo. ¡Era algo absurdo, una broma atroz! Apenas había podido sacar pecho; no había tenido ni tiempo para

manifestarse, se había limitado a hacer alguna broma, después se había dejado llevar, y ¡todo había terminado de una forma tan seria! Por otra parte, él, a su manera, hasta quería a Dunia, ya la había sometido en su imaginación y… ¡de repente!… ¡No! Al día siguiente, sin tardanza, había que arreglar la situación, curar las heridas, enmendar y, sobre todo… aniquilar a aquel mocoso impertinente, a aquel crío que era el causante de todo. Con cierto malestar se acordó también, casi sin querer, de Razumijin… pero enseguida se tranquilizó: «¡Ya solo me faltaba compararme con ese!». A quien verdaderamente temía era a Svidrigáilov… En definitiva, se enfrentaba a muchas inquietudes.

—¡No, yo tengo más culpa que nadie! —decía Dúnechka, abrazando y besando a su madre—. Me he dejado tentar por su dinero, pero te juro, hermano, que no me imaginaba que fuera un hombre tan indigno. ¡Si hubiera sabido mirarlo, no me habría pasado esto! ¡No me culpes, hermano!

—¡Dios nos ha salvado! ¡Dios nos ha salvado! —murmuraba Puljeria Aleksándrovna, pero de un modo mecánico, como si no fuera del todo consciente de lo que acababa de suceder.

Todos se habían alegrado, y cinco minutos más tarde incluso se estaban riendo. Solo Dúnechka palidecía de vez en cuando y arqueaba las cejas, evocando lo ocurrido. Puljeria Aleksándrovna no podía ni imaginarse siquiera que también ella fuera a estar contenta; esa misma mañana habría dicho que la ruptura con Luzhin sería una desgracia terrible. Razumijin estaba encantado. Aún no se había atrevido a manifestar abiertamente su entusiasmo, pero temblaba febrilmente de pies a cabeza, como si le hubieran quitado de encima un peso de cinco *pudy*. Ahora tenía derecho a consagrar toda su vida a ellas, a servirlas… ¡Todo era posible! Pero le daba miedo pensar en nuevas posibilidades y no se atrevía a dar rienda suelta a su imaginación. Raskólnikov era el único que no se había movido de su sitio, un tanto huraño y algo distraído. Aunque había insistido más que nadie en apartarse de Luzhin, ahora parecía escasamente interesado en lo que estaba ocurriendo. Dunia no podía dejar de

pensar que seguiría muy enfadado con ella, mientras Puljeria Aleksándrovna lo observaba con aprensión.

—¿Qué es lo que te ha dicho Svidrigáilov? —Dunia se acercó a su hermano.

—¡Sí, sí, eso! —exclamó Puljeria Aleksándrovna.

Raskólnikov alzó la cabeza:

—Está empeñado en regalarte diez mil rublos y, aparte de eso, ha expresado su deseo de verte una vez en mi presencia.

—¡Verla! ¡Por nada del mundo! —exclamó Puljeria Aleksándrovna —. Pero ¿cómo se atreve a ofrecerle dinero?

Entonces Raskólnikov les contó (con bastante sequedad) su conversación con Svidrigáilov, aunque sin aludir a las apariciones de Marfa Petrovna, para no entrar en cuestiones superfluas y procurando no referirse a nada que no fuera estrictamente indispensable.

—¿Qué le has respondido? —preguntó Dunia.

—Al principio me negué a decirte nada. Entonces declaró que ya se encargaría él de conseguir una entrevista como fuera. Aseguraba que su pasión por ti había sido una locura pasajera, y que ahora ya no siente nada por ti… No quiere que te cases con Luzhin… En general, hablaba de un modo bastante confuso.

—¿Tú cómo te lo explicas, Rodia? ¿Qué te ha parecido?

—Te confieso que no acabo de entenderlo. Ofrece diez mil rublos, y al mismo tiempo dice que no es rico. Anuncia que quiere marcharse de aquí, y a los diez minutos se olvida de lo que ha dicho. De repente me dice que quiere casarse y que le están buscando novia… Algo pretende, sin duda, y muy probablemente algo innoble. Pero me cuesta admitir que, si estuviera tramando algo contra ti, actuase de una forma tan torpe… Por supuesto, he rechazado ese dinero en tu nombre, tajantemente. En conjunto, me ha parecido muy extraño, e incluso he visto en él… algunos síntomas de locura. Pero puedo estar equivocado; podría tratarse, simplemente, de una especie de impostura. La muerte de Marfa Petrovna, al parecer, le ha dejado huella…

—¡Que Dios la tenga en su gloria! —exclamó Puljeria Aleksándrovna—. ¡Siempre, siempre, la tendré presente en mis oraciones! ¿Qué sería ahora de nosotras, Dunia, sin esos tres mil rublos? ¡Son como caídos del cielo! Ay, Rodia, esta mañana solo teníamos tres rublos por todo tener, y ya estábamos pensando Dúnechka y yo en empeñar su reloj lo antes posible, con tal de no tener que pedirle dinero a ese hombre antes de que él mismo se ofreciera a ayudarnos.

Dunia parecía muy afectada por la propuesta de Svidrigáilov. Estaba abstraída.

—¡Tiene que estar tramando algo horrible! —dijo en voz muy baja, hablando para sí, y casi temblando.

A Raskólnikov no se le escapó aquel terror desproporcionado.

—Me parece que voy a tener que verlo otra vez —le dijo a Dunia.

—¡Lo tendremos vigilado! ¡Yo me encargo de vigilarlo! —declaró con decisión Razumijin—. ¡No pienso quitarle el ojo de encima! Rodia me ha dado su permiso. Me ha dicho hace un rato: «Cuida de mi hermana». ¿Cuento con su permiso, Avdotia Románovna?

Dunia sonrió y le tendió la mano, pero la preocupación seguía siendo patente en su rostro. Puljeria Aleksándrovna la miraba tímidamente; no obstante, los tres mil rublos la habían dejado mucho más tranquila.

Un cuarto de hora más tarde, todos charlaban animadamente. Hasta Raskólnikov, que no intervenía en la conversación, a ratos escuchaba atentamente. Razumijin peroraba.

—Pero ¿por qué tienen que irse? —decía arrebatado, dejándose llevar por la emoción—. ¿Qué van a hacer ustedes en aquel poblachón? Y, sobre todo, tienen que seguir juntos, ahora se necesitan más que nunca, ¡háganme caso! Por un tiempo, al menos… Acepten mi amistad, asóciense conmigo y les aseguro que podemos montar un negocio excelente. Escuchen, voy a explicárselo con todo detalle, ¡todo el proyecto! Esta misma mañana, antes de que pasara nada de esto, me ha venido una idea a la cabeza… Se trata de lo siguiente: yo tengo un tío… ya se lo presentaré, es un

anciano de lo más complaciente y respetable… Pues este tío tiene un capital de mil rublos, y él vive de su pensión y no los necesita. Desde hace un par de años no deja de insistir en que acepte esos mil rublos, a un seis por ciento de interés[118]. Está claro que sencillamente quiere ayudarme; no obstante, el año pasado a mí no me hizo falta ese dinero, pero este año he decidido pedírselos en cuanto ha llegado. Si ustedes ponen otros mil de los tres mil que tienen, con eso tenemos suficiente para echar a andar, así que podemos asociarnos. Muy bien, y ¿para hacer qué?

A continuación Razumijin pasó a exponer su proyecto y explicó por extenso cómo la inmensa mayoría de nuestros libreros y editores apenas saben nada del producto que venden, de ahí que por lo general sean muy malos editores; sin embargo, las ediciones decentes suelen cubrir los gastos y dar beneficios, en ocasiones muy estimables. Dedicarse al negocio editorial era el sueño de Razumijin, que llevaba ya dos años trabajando para otros y sabía tres idiomas europeos, a pesar de que seis días antes le hubiera dicho a Raskólnikov que andaba «flojo» en alemán, para convencerlo de que aceptara la mitad del trabajo de traducción y los tres rublos de paga: en esa ocasión había mentido, y Raskólnikov sabía que le había mentido.

—¿Por qué, por qué dejar pasar la ocasión cuando tenemos en nuestras manos uno de los medios principales, esto es, nuestro propio capital? —decía con vehemencia Razumijin—. Naturalmente, habrá que trabajar mucho, pero trabajaremos: usted, Avdotia Románovna, Rodión, yo mismo… ¡Algunas ediciones dan unos beneficios notables! Y nuestro proyecto tiene la ventaja de que sabemos lo que conviene traducir. Podemos traducir y editar, y de paso aprender. Yo ahora puedo ser útil, pues no me falta experiencia. Llevo casi dos años dando tumbos por las editoriales y me lo sé todo al dedillo: ¡nadie nace sabiendo, háganme caso! ¡No hay que dejar pasar la ocasión! Yo ya conozco, y me guardo el secreto, dos o tres libros de esos por los que uno, ya solo por la idea de traducirlos y publicarlos, podría sacarse cien rublos, y por

uno de ellos en concreto pediría no menos de quinientos. Y no se crean, sé de algún editor que, si se lo dijera, todavía iba a tener sus dudas, ¡hay cada tarugo! Y, en cuanto a la parte práctica del negocio, la imprenta, el papel, las ventas… ¡pueden dejar todo eso en mis manos! ¡Me conozco todos los vericuetos! Empezaremos poco a poco y ya llegaremos a tener un gran negocio; por lo menos, nos dará para comer, y en el peor de los casos recuperaremos lo invertido.

A Dunia le brillaban los ojos.

—Me gusta mucho todo eso que dice, Dmitri Prokófich —dijo.

—Yo de esto, como es lógico, no entiendo nada —observó Puljeria Aleksándrovna—; puede que sea una buena idea, pero sabe Dios. Es algo más bien nuevo, poco estudiado. Desde luego, tendremos que quedarnos aquí, al menos por un tiempo…

Miró a Rodia.

—¿A ti qué te parece, hermano? —dijo Dunia.

—Creo que es una buena idea —respondió—. Sin duda, es prematuro soñar con crear una gran empresa, pero cinco o seis libros está claro que se pueden publicar con indudable éxito. Yo mismo conozco una obra que podría marchar bien. Y, por lo que respecta a su capacidad para sacar adelante el proyecto, de eso no cabe ninguna duda: conoce el negocio… De todos modos, aún habrá tiempo para que os pongáis de acuerdo…

—¡Hurra! —gritó Razumijin—. Y ahora esperen un momento; en esta misma casa hay un piso que es de los mismos propietarios de estos cuartos. Es totalmente independiente, no se comunica con estas habitaciones; está amueblado, el alquiler es moderado y consta de tres piezas. De entrada, alquílenlo. Mañana les empeñaré el reloj y les traeré el dinero, y todo se podrá arreglar. Lo importante es que así podrán vivir los tres juntos, y Rodia estará con ustedes… Pero ¿adónde vas, Rodia?

—¿Cómo, Rodia? ¿Ya te vas? —preguntó alarmada Puljeria Aleksándrovna.

—Y ¡en este momento! —exclamó Razumijin.

Dunia miró a su hermano con incrédulo asombro. Había cogido la gorra y se preparaba para marcharse.

—Ni que estuvierais enterrándome o dándome el último adiós —dijo en un tono algo extraño. Sonrió, pero su sonrisa parecía cualquier cosa menos una sonrisa—. Aunque, quién sabe, a lo mejor es la última vez que nos vemos —añadió distraído. Era algo que estaba pensando, pero se le escapó y lo dijo en voz alta.

—Pero ¡qué te pasa! —exclamó su madre.

—¿Adónde vas, Rodia? —preguntó Dunia, con un tono algo extraño.

—Necesito salir —respondió vagamente, como si no supiese lo que quería decir. Pero en su rostro, muy pálido, había una especie de drástica resolución—. Yo quería decir… cuando venía hacia aquí… quería decirle, madre… y también a ti, Dunia, que sería mejor que no nos viésemos por un tiempo. No me encuentro bien, estoy intranquilo… Volveré más adelante, volveré cuando… cuando sea posible. Os recuerdo y os quiero… ¡Dejadme! ¡Dejadme solo! Ya lo tenía decidido de antes… Es una decisión firme… Sea lo que sea de mí, me pierda o no, quiero estar solo. Olvidaos de mí… Es lo mejor… No preguntéis por mí. Cuando haga falta, ya vendré yo o… o, si no, os avisaré. Es posible que todo resurja… Pero ahora, si me queréis, renunciad a mí… De otro modo, acabaré por odiaros, lo presiento… ¡Adiós!

—¡Santo Dios! —exclamó Puljeria Aleksándrovna.

Tanto la madre como la hija estaban aterradas; también Razumijin.

—¡Rodia, Rodia! ¡Perdónanos! ¡Volvamos a estar como antes! —imploró la pobre madre.

Raskólnikov se volvió despacio hacia la puerta e igual de despacio salió de la estancia. Dunia le dio alcance.

—¡Hermano! ¡Mira lo que le estás haciendo a nuestra madre! —susurró con una mirada ardiente de indignación.

Él la miró penosamente.

—No es nada, ¡volveré, volveré! —dijo a media voz, sin ser demasiado consciente de lo que quería decir, y salió del cuarto.

—¡Egoísta insensible y cruel! —exclamó Dunia.

—¡Ha perdido el juicio, no es que sea insensible! ¡Está transtornado! ¿Es que no se da cuenta? ¡Si es así, es usted la insensible!… —le susurró Razumijin al oído, con pasión, apretándole fuerte la mano—. ¡Vengo enseguida! —gritó, dirigiéndose a Puljeria Aleksándrovna, que parecía desfallecida, y salió corriendo del cuarto.

Raskólnikov lo estaba esperando al final del pasillo.

—Ya sabía yo que vendrías corriendo —dijo—. Vuelve y quédate con ellas… Ven también mañana… y siempre. Yo… a lo mejor vengo… si es posible. ¡Adiós!

Y se alejó, sin tenderle la mano.

—Pero ¿adónde vas? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué te pasa? ¿Cómo puedes seguir así?… —murmuró Razumijin, totalmente perplejo.

Raskólnikov se detuvo de nuevo.

—Por última vez: jamás me preguntes nada. No tengo nada que decirte… No vengas a verme. Es posible que yo venga aquí… Déjame, pero a ellas… *no las dejes*. ¿Entendido?

El pasillo estaba a oscuras; se habían detenido al lado de una lámpara. Estuvieron un momento contemplándose en silencio. Razumijin no olvidaría en toda su vida ese momento. La mirada directa y ardiente de Raskólnikov parecía cobrar fuerza por momentos, penetrando en su alma, en su conciencia. De pronto Razumijin se estremeció. Fue como si algo extraño hubiera pasado entre ellos… Como una idea, o una especie de insinuación que se había deslizado furtivamente; algo terrible, monstruoso, que los dos habían comprendido súbitamente… Razumijin estaba pálido como un muerto.

—¿Lo entiendes ahora?… —dijo de pronto Raskólnikov, con una mueca de dolor—. Regresa, ve con ellas —añadió y, dándose la vuelta bruscamente, se marchó de la casa…

No voy a intentar describir aquí lo que ocurrió aquella noche una vez que Razumijin volvió con las dos mujeres, todo lo que hizo para tratar de calmarlas, cómo insistió en que Rodia necesitaba reposo en su enfermedad, cómo les prometió que Rodia volvería sin falta, que las visitaría a diario. Les explicó que estaba muy, muy alterado, y que no convenía irritarlo. Les dijo que él, Razumijin, estaría pendiente de Rodia, le conseguiría un buen médico, o mejor aún, todo un concilio médico… En resumidas cuentas, aquella noche Razumijin se convirtió para ellas en su hijo y hermano.

IV

Raskólnikov se fue derecho a la casa donde vivía Sonia, en la orilla del canal. Era un viejo edificio de tres pisos, pintado de verde. Buscó al portero, y este le indicó vagamente dónde vivía el sastre Kapernaúmov. Tras encontrar en una esquina del patio el acceso a unas angostas y oscuras escaleras, subió finalmente al segundo piso y fue a parar a una galería que daba al patio y que recorría toda la planta. Mientras vagaba entre las sombras, preguntándose cuál sería la vivienda de Kapernaúmov, de repente se abrió una puerta a tres pasos de él; maquinalmente, agarró la puerta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó alarmada una voz de mujer.

—Soy yo… venía a verla —respondió Raskólnikov, y entró en un diminuto recibidor. Allí, sobre una silla desvencijada, en una abollada palmatoria de cobre, ardía una vela.

—¡Es usted! ¡Dios mío! —gritó débilmente Sonia, y se quedó clavada en el sitio.

—¿Cuál es su cuarto? ¿Por aquí?

Y Raskólnikov, procurando no mirarla, entró rápidamente.

Sonia entró al momento con la vela, la colocó y se detuvo delante de él, enormemente turbada, presa de una agitación indescriptible y aparentemente asustada por su inesperada visita. Su pálido semblante enrojeció de buenas a primeras, y hasta se le saltaron las lágrimas… Sentía angustia, vergüenza, deleite… Raskólnikov se apartó enseguida y se sentó en una silla, al lado de la mesa. Con un vistazo rápido examinó la habitación.

Era una estancia grande, pero asombrosamente baja, la única que alquilaban los Kapernaúmov; en la pared de la izquierda una puerta cerrada daba a la vivienda de los caseros. Enfrente, en la pared situada a mano derecha, había otra puerta, permanentemente cerrada con llave. Al otro lado de esa puerta estaba ya el piso

vecino, una vivienda independiente. El cuarto de Sonia tenía más bien pinta de almacén, con una forma de cuadrilátero irregular que le daba un aire grotesco. La pared orientada al canal, con tres ventanas, cortaba el cuarto de través, de tal manera que uno de los ángulos, exageradamente agudo, era tan profundo que en él apenas se veía nada si no se disponía de una buena luz; en cambio, el otro ángulo era anormalmente obtuso. En aquel cuarto tan grande no había casi muebles. En un rincón, a mano derecha, se situaba la cama; a su lado, más cerca de la puerta, había una silla. Detrás, junto a la puerta que daba al piso vecino, había una sencilla mesa de tablas, tapada con un mantel azul; al lado de la mesa se veían dos sillas de mimbre. Más allá, en la pared de enfrente, en las inmediaciones del ángulo agudo había una pequeña cómoda, de madera sencilla, que parecía perdida en mitad del vacío. Eso era lo único que había en la habitación. El papel pintado, de tono amarillento, rozado y desgarrado, estaba ennegrecido en todos los rincones; era indudable que en invierno serían habituales el humo y la humedad. La pobreza saltaba a la vista; ni siquiera había cortinas al lado de la cama.

Sonia observó en silencio a su huésped, que tan detenidamente, y sin ningún miramiento, estaba examinando el cuarto, y acabó temblando de miedo, como si tuviera delante al juez y árbitro de su destino.

—Vengo tarde… ¿Son ya las once? —preguntó, sin levantar aún los ojos hacia ella.

—Sí —murmuró Sonia—. ¡Oh, sí, ya son las once! —se apresuró a añadir, como si en eso hubiera encontrado una salida—. Ha sonado el reloj de mis caseros… Acabo de oírlo… Sí, las once.

—He venido a su casa por última vez —prosiguió Raskólnikov en tono sombrío, a pesar de que era la primera vez que estaba allí—. Es posible que no nos volvamos a ver…

—¿Se… se marcha usted?

—No sé… Mañana todo…

—Entonces ¿no irá usted mañana a casa de Katerina Ivánovna? —A Sonia le temblaba la voz.

—No sé. Todo se sabrá mañana por la mañana… Pero no se trata de eso: he venido a decirle una cosa… —Levantó hacia ella su mirada pensativa y reparó de repente en que él estaba sentado y ella seguía de pie, justo delante—. ¿Qué hace ahí de pie? Siéntese —dijo de pronto con la voz cambiada, en un tono suave y cariñoso.

Ella se sentó. Él estuvo cerca de un minuto mirándola cordialmente, casi con compasión.

—¡Qué delgada está! ¡Mire qué mano! Completamente transparente. Los dedos parecen los de una muerta.

Le cogió la mano. Sonia sonrió débilmente.

—Siempre he sido así —dijo.

—¿También cuando vivía en su casa?

—Sí.

—Bueno, ¡sí, claro! —dijo Raskólnikov abruptamente, y tanto la expresión de su rostro como el timbre de su voz volvieron a alterarse de pronto. Una vez más, recorrió la habitación con la mirada.

—¿Este cuarto se lo alquila a Kapernaúmov?

—Sí…

—¿Viven ahí, detrás de esa puerta?

—Sí… Tienen un cuarto igual que este.

—¿Todos en la misma habitación?

—Sí, señor.

—A mí me daría miedo pasar la noche en este cuarto —observó Raskólnikov lúgubremente.

—Los caseros son muy buenos, muy cariñosos —replicó Sonia, que todavía parecía turbada y no acababa de entender lo que pasaba—. Todos los muebles, y todo esto… todo es de ellos. Son muy bondadosos, y los niños vienen muchas veces a verme…

—Son esos tartamudos, ¿no?

—Sí, señor… Él es tartaja, y además cojo. Y la mujer también… No es propiamente tartamuda, es que no pronuncia bien. Es buena, muy buena. Él era siervo. Tienen siete hijos… y solo el mayor tartamudea, los demás simplemente están enfermos… pero no

tartamudean… Y usted ¿de qué los conoce? —añadió con cierto asombro.

—Me lo contó su padre en aquella ocasión. Me habló de usted… Me contó cómo se marchó aquel día a las seis, y volvió casi a las nueve, y cómo estuvo Katerina Ivánovna arrodillada al lado de su cama.

Sonia se turbó.

—Hoy me ha parecido verlo —susurró de manera insegura.

—¿A quién?

—A mi padre. Iba yo por la calle, aquí al lado, a la vuelta de la esquina, cerca de las diez, y él iba delante de mí. Estaba segura de que era él. Yo quería ir a casa de Katerina Ivánovna…

—¿Estaba haciendo la calle?

—Sí —susurró Sonia con brusquedad, y otra vez se turbó y bajó la mirada.

—¿Katerina Ivánovna le pegó alguna vez, cuando vivía con su padre?

—¡Oh, no, qué cosas dice! ¡Claro que no! —Sonia lo miró un tanto asustada.

—Entonces ¿usted la quiere?

—¿A ella? ¡Y tanto! —declaró Sonia en tono quejumbroso, y juntó las manos en un gesto de padecimiento—. ¡Ay! Usted no la… Si usted supiera. Es igual que una cría… Está completamente trastornada… por el dolor. Y hay que ver lo inteligente que era… y lo generosa… ¡Es tan buena! Usted no sabe nada, nada… ¡ay!

Sonia dijo esto como desesperada, agitada y sufriendo, retorciéndose las manos. Sus pálidas mejillas volvieron a ruborizarse, y el tormento se reflejaba en sus ojos. Era evidente que algo se había removido en sus entrañas, que deseaba ansiosamente manifestar algo, hablar, intervenir. Una suerte de compasión *insaciable*, por llamarlo de algún modo, se dibujó en todos los rasgos de su rostro.

—¡Pegarme! ¡Qué ocurrencia! ¡Pegarme, válgame Dios! Y, si me hubiera pegado, ¿qué? Usted no sabe nada, nada… Es tan

desgraciada, ¡ay, qué desgraciada! Y enferma… Busca justicia… Es pura. Cree que tiene que haber justicia en todo, y exige… Y, aunque la torturen, es incapaz de cometer ninguna injusticia. No se da cuenta de que es imposible que reine la justicia entre los hombres, y se irrita… ¡Como una criatura, como una criatura! ¡Es una mujer justa, justa!

—Y ¿qué va a ser de ustedes?

Sonia lo miró inquisitivamente.

—Ahora están en sus manos. Es verdad que ya antes estaban en sus manos, y su difunto padre acudía a pedirle a usted. Y ahora ¿qué va a pasar?

—No sé —dijo Sonia con pesar.

—¿Van a quedarse en esa casa?

—No lo sé, deben dinero del alquiler; pero, por lo que he oído, la patrona ha dicho hoy mismo que quiere librarse de ellos, y Katerina Ivánovna dice que no piensa quedarse ni un minuto más.

—¿Cómo se permite hablar así? ¿Cuenta acaso con usted?

—¡Ay, no, no diga eso!… Estamos muy unidos, lo compartimos todo. —Sonia, de pronto, volvió a agitarse e incluso a irritarse, exactamente igual que se irritaría un canario o algún otro pajarillo—. Pero ¿qué va a hacer ella? ¿Qué quiere usted que haga? —insistía, cada vez más acalorada, más indignada—. ¡Lo que habrá llorado hoy! Está completamente trastornada, ¿no se ha fijado usted? Cambia de humor constantemente; tan pronto se preocupa como una niña pequeña pensando en que mañana todo tiene que ir bien, que no puede faltar comida y todo eso… como empieza a retorcerse las manos y a escupir sangre, se echa a llorar, se da de cabezazos contra la pared, como desesperada. Y acto seguido vuelve a consolarse. Ha depositado en usted toda su confianza: dice que usted ahora va a ayudarla, y que ella va a conseguir algo de dinero prestado y así podrá volver a su ciudad y llevarme a mí también, y que allí piensa montar un internado para muchachas de la nobleza, y ponerme a mí de supervisora, y dice que vamos a empezar una nueva vida, una vida maravillosa, y empieza a besarme, a abrazarme,

a consolarme, y lo cuenta todo tan convencida… ¡Tiene tanta fe en sus fantasías! ¿Quién va a contradecirla? Hoy se ha pasado todo el santo día lavando, limpiando, remendando la ropa… Ella sola, con lo débil que está, ha metido a rastras la tina en el cuarto, jadeando, y ha caído rendida en la cama. Para colmo esta mañana la he acompañado a comprarles unos zapatos a Pólechka y a Lenia[119], porque los que tienen están destrozados, pero no nos ha llegado el dinero, nos habría hecho falta mucho más… Y el caso es que había elegido unas botitas que eran una monada, porque tiene muy buen gusto, no se imagina usted… Allí mismo, en la tienda, se ha echado a llorar, delante de los dependientes, porque no le alcanzaba el dinero… Ay, daba una pena verlo.

—Oyendo eso, se entiende que lleve usted… la vida que lleva —dijo Raskólnikov, sonriendo amargamente.

—No me diga que a usted no le da pena. ¿No le da pena? —insistió Sonia—. Ya sé que le dio todo el dinero que tenía, y eso que no había visto nada. ¡Dios mío, si hubiera visto todo aquello! Y ¡cuántas veces la habré hecho llorar! La semana pasada, sin ir más lejos. ¡Sí, yo misma! Solo una semana antes de su muerte. ¡Fui tan cruel! Y he hecho tantas veces lo mismo. ¡Ay, cuánto he sufrido todo el día acordándome de eso!

Sonia se retorcía las manos, hablando del dolor que le producían aquellos recuerdos.

—¿Dice que fue usted cruel?

—¡Sí, sí, yo! Llego un día —siguió diciendo, entre llantos—, y me dice mi pobre padre: «Anda, Sonia —me dice—, léeme algo; me duele un poco la cabeza; mira, coge ese libro de ahí». Siempre había alguno por casa, se los prestaba Andréi Semiónych, el señor Lebeziátnikov, vive allí mismo, y solía dejarle unos libros muy divertidos. Total, que le contesto: «Me tengo que ir», y es que no me apetecía leerle, había ido, más que nada, a enseñarle unos cuellos a Katerina Ivánovna. Una vendedora a domicilio, Lizaveta, me había conseguido a muy buen precio unos cuellos y unos puños, eran una preciosidad, nuevecitos y con bordados. A Katerina Ivánovna le

gustaron mucho, se los probó y estuvo mirándose en el espejo, y la verdad es que le encantaron: «Regálamelos, Sonia, por favor». *Por favor* me lo pidió, le gustaban tanto. ¡Si no tenía con qué ponérselos! Pero, claro, ¡le recordaban los días felices de su juventud! Se miraba en el espejo, se recreaba viéndose, y no tenía un solo vestido, ni una sola prenda que ponerse, y ¡así llevaba años! Y nunca le pedía nada a nadie; es muy orgullosa, y prefiere dar lo poco que tenga, pero justo esa vez me los pidió, ¡le habían encantado! Pues yo no quise regalárselos. «¿Para qué los quiere, Katerina Ivánovna?». Eso le dije: «Para qué». ¡Eso era lo último que tenía que haber dicho! No se imagina cómo me miró. Se sintió fatal por habérselos negado, daba pena verlo… Pero no se sentía mal por los cuellos, se sentía mal porque yo se los había negado, de eso me di cuenta. Ay, si pudiera volver atrás, si pudiera reparar todo aquello, mis palabras de entonces… Ah, yo… Pero, bueno… ¡esto a usted le da igual!

—¿Conocía usted a esa vendedora, Lizaveta?

—Sí… ¿Usted también? —preguntó a su vez Sonia, algo sorprendida.

—Katerina Ivánovna tiene tisis, está muy mal; no tardará en morir —dijo Raskólnikov, después de una pausa, sin responder a su pregunta.

—¡Oh, no, no, no! —Y Sonia, en un gesto inconsciente, le cogió las dos manos, como implorándole que no fuera así.

—Pero si lo mejor es que se muera.

—No, no, no lo es, no lo es, ¡qué va a ser lo mejor! —repetía ella, asustada, de manera inconsciente.

—¿Y los niños? ¿Adónde piensa llevarlos? Porque aquí no los va a traer.

—¡Ay, no lo sé! —exclamó Sonia, al borde de la desesperación, y se llevó las manos a la cabeza. Era evidente que ya había pensado muchas veces en eso, y Raskólnikov se había limitado a despertar de nuevo sus temores.

—Y, si incluso ahora, viviendo Katerina Ivánovna, cae usted enferma y la ingresan en un hospital, ¿qué va a pasar entonces? —

insistía él, con saña.

—¡Qué dice! ¡Qué dice! ¡Eso no es posible! —Y la cara de Sonia se contrajo con verdadero espanto.

—¿Cómo que no es posible? —prosiguió Raskólnikov con una sonrisa despiadada—. ¿O acaso es usted inmune? ¿Qué sería entonces de ellos? Se verían todos en la calle, ella venga a toser y a pedir, y a darse de cabezazos contra alguna pared, como ha hecho hoy, y los niños venga a llorar… Y acabaría tendida en el suelo, se la llevarían a comisaría, de ahí al hospital, donde moriría, y los niños…

—¡Oh, no!… ¡Dios no lo iba a permitir! —brotaron por fin las palabras del pecho oprimido de Sonia. Mientras escuchaba, lo miraba con ojos suplicantes y juntaba las manos en un ruego silencioso, como si todo dependiese de él.

Raskólnikov se levantó y empezó a dar vueltas. Transcurrió un minuto. Sonia seguía de pie, con los brazos caídos y la cabeza hundida, terriblemente abatida.

—Y ¿no podría ahorrar? ¿Reservar algo para los malos tiempos? —preguntó Raskólnikov, deteniéndose de pronto delante de ella.

—No —susurró Sonia.

—¡Claro que no! Pero ¿lo ha intentado? —añadió, poco menos que con una sonrisa irónica.

—Sí, lo he intentado.

—Y ¡habrá fracasado! Bueno, sí, claro. ¡No hace falta preguntar!

Y se puso otra vez a dar vueltas. Pasó otro minuto.

—¿Es que no gana dinero todos los días?

Sonia se turbó todavía más, y nuevamente se le subieron los colores.

—No —murmuró, haciendo un tremendo esfuerzo.

—Pólechka, seguramente, correrá la misma suerte —dijo él de pronto.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser, no! —gritó Sonia, desesperada, como si la estuvieran acuchillando—. ¡Dios no permitirá semejante atrocidad!…

—Otras atrocidades las permite.

—¡No, no! ¡A ella Dios la defenderá!… —insistía, fuera de sí.

—También es posible que no exista Dios —replicó Raskólnikov con cierto regodeo, sonriéndose y mirando a la joven.

A Sonia de pronto le cambió la cara, recorrida por un estremecimiento. Dirigió una mirada a Raskólnikov con una expresión indescriptible de reproche; quiso decir algo, pero no acertó a hablar y empezó a llorar amargamente, cubriéndose el rostro con las manos.

—Dice usted que Katerina Ivánovna está mal de la cabeza; usted también lo está —dijo Raskólnikov después de un breve silencio.

Pasaron cinco minutos. Él seguía dando vueltas por el cuarto, en silencio, sin mirar a Sonia. Finalmente, se acercó hasta ella; le brillaban los ojos. La cogió de los hombros con las dos manos y la miró directamente al rostro compungido. Era la suya una mirada seca, ardiente, penetrante; los labios le temblaban intensamente… De pronto se agachó rápidamente y, dejándose caer al suelo, le besó los pies. Sonia retrocedió espantada, como ante un loco. Y, efectivamente, parecía un verdadero enajenado.

—Pero ¿qué hace, qué hace? ¡Hacerme eso a mí! —murmuró ella, palideciendo, y sintió en el pecho una dolorosa opresión.

Él se levantó de inmediato.

—No me he inclinado ante ti, me he inclinado ante todo el sufrimiento humano —dijo en un tono un tanto extraño, y se retiró hacia la ventana—. Escucha —añadió, volviéndose poco después hacia ella—, hace un rato le he dicho a un insolente que no vale lo que tu dedo meñique… y que hoy le he hecho un honor a mi hermana sentándola a tu lado.

—Ay, ¿eso le ha dicho? Y ¿en presencia de ella? —exclamó asustada Sonia—. ¡Sentarse a mi lado! ¡Un honor! Pero si soy… una mujer deshonrada… ¡Soy una pecadora, una gran pecadora! Ay, ¿cómo ha podido decir eso?

—No he dicho eso por tu deshonra ni por tus pecados, sino por tu enorme sufrimiento. Es cierto que eres una gran pecadora —siguió diciendo Raskólnikov, casi con solemnidad—, pero el mayor de tus pecados es haberte sacrificado y entregado *en vano*. ¿No es eso un

horror? ¿No es un horror acaso vivir en esta inmundicia que tanto odias, sabiendo al mismo tiempo (basta con abrir los ojos) que no estás ayudando a nadie ni salvas a nadie de nada? Dime por último —añadió, casi fuera de sí—, ¿cómo es posible que tanta vergüenza y tanta ignominia puedan convivir en ti con otros sentimientos, contrarios y sagrados? Porque ¡sería más honrado, mil veces más honrado y más sensato, arrojarse al agua de cabeza y acabar de una vez por todas!

—Y ¿qué sería de ellos? —preguntó débilmente Sonia, levantando hacia él los ojos angustiados; aunque, por otra parte, no pareció sorprenderse de su proposición. Raskólnikov la miró de un modo extraño.

Lo había leído todo en su mirada. Así pues, ella ya había tenido esa idea. Acaso muchas veces, en su desesperación, había pensado seriamente en cómo acabar con todo, tan seriamente que apenas se había extrañado de la sugerencia de Raskólnikov. Ni tan siquiera había reparado en la crueldad de sus palabras, como tampoco había reparado en el sentido de sus reproches ni en su peculiar actitud ante la vergüenza de ella; todo eso estaba muy claro para él. También comprendió perfectamente cómo la idea de su deshonor, de su infamia, la había torturado desde hacía tiempo, y la seguía torturando con un dolor atroz. ¿Qué podía ser, pensaba él, lo que había puesto freno hasta entonces a su determinación de acabar con todo? Solo en ese momento acabó de caer en la cuenta de lo que significaban para ella aquellos pobres niños, prácticamente huérfanos, y aquella desdichada Katerina Ivánovna, tísica y medio loca, dándose de cabezazos contra la pared.

Sin embargo, volvió a ver con claridad que Sonia, por su carácter y por la formación que, mal que bien, había recibido, no podía en ningún caso seguir así indefinidamente. No dejaba de preguntarse, a pesar de todo, cómo podía haber aguantado tanto tiempo en esa situación sin volverse loca, en vista de que no tenía fuerzas para arrojarse al agua. Comprendía, como es natural, que la situación de Sonia era poco común en la sociedad, aunque, por desgracia, no era

ni mucho menos un fenómeno único ni extraordinario. Pero, precisamente, se diría que esa misma excepcionalidad, su relativa formación y toda su vida precedente podrían haberla llevado a la muerte al dar el primer paso en aquel abominable camino. ¿Qué la sostenía? No el vicio, desde luego. Pues era evidente que aquel oprobio apenas la había tocado mecánicamente, ni una sola gota de auténtica depravación había penetrado en su corazón: Raskólnikov había podido verlo, estando ella allí delante de él…

«Se abren tres caminos ante ella —pensó—: arrojarse a un canal, ir a parar a un manicomio o… o, en fin, darse al vicio, aletargando su capacidad de pensar y endureciendo su corazón». La última posibilidad le parecía la más repugnante de todas; pero ya era un escéptico, era joven, dado a las abstracciones y, por lo tanto, cruel; por eso mismo, no podía dejar de creer que la última salida, es decir, el vicio, era la más verosímil.

«Pero ¿será posible —exclamó en su pensamiento—, será posible que esta criatura, que ha preservado la pureza de su espíritu, acabe hundiéndose conscientemente en esa fosa de infamia y pestilencia? ¿No será que la caída ya se ha iniciado y que, si ha sido capaz de sobrellevar hasta este momento su situación, eso se debe únicamente a que el vicio ya no le resulta tan aborrecible? ¡No, no, no puede ser! —protestó, como antes Sonia—. No, lo que hasta ahora la ha alejado del canal ha sido la idea del pecado, y *ellos, aquellos…* Si no se ha vuelto loca hasta el momento… Pero ¿quién ha dicho que no se ha vuelto loca ya? ¿De verdad está en su sano juicio? ¿Es posible hablar como habla ella? ¿Una persona que está en su sano juicio puede de verdad razonar como razona ella? ¿Es posible estar sentada de ese modo al borde del abismo, encima de la fosa pestilente en la que está cayendo, y hacer un gesto desdeñoso y taparse los oídos cada vez que la advierten del peligro que corre? ¿No será que está esperando un milagro? Es lo más probable. Y todo eso ¿no son síntomas de locura?».

Se aferró obstinadamente a esta idea. Esta salida le complacía más que cualquier otra. Empezó a examinar detenidamente a Sonia.

—¿Le rezas mucho a Dios, Sonia? —le preguntó.

Sonia callaba; él, de pie a su lado, esperaba una respuesta.

—¿Qué habría sido de mí sin Dios? —susurró deprisa, con energía, dirigiéndole una mirada fugaz con sus ojos súbitamente fulgurantes, y le apretó la mano con fuerza.

«Vaya, ¡así que es eso!», pensó Raskólnikov.

—Y Dios ¿qué hace a cambio por ti? —preguntó, prolongando el interrogatorio.

Sonia estuvo mucho rato callada, como si no pudiera responder. La emoción no dejaba de agitarle el débil pecho.

—¡Calle! ¡No me pregunte! ¡Usted no se merece…! —exclamó de repente, mirándolo con ira y con severidad.

«¡Es eso! ¡Es eso!», se repetía Raskólnikov insistentemente.

—¡Lo hace todo! —susurró ella deprisa, y volvió a bajar los ojos.

«¡Ahí está la salida! Y ¡ahí está también la explicación a esa salida!», resolvió Raskólnikov, examinándola con ávida curiosidad.

Con un nuevo sentimiento, extraño y casi enfermizo, se fijó en su carita pálida y delgada, de rasgos irregulares y angulosos, en sus mansos ojos azules, capaces de fulgurar con aquel fuego, con aquella severa energía, en su cuerpo menudo, que aún seguía temblando de rabia y de indignación, y todo le parecía cada vez más extraño, poco menos que imposible. «¡Es una iluminada! ¡Una iluminada!», concluyó.

Había un libro en la cómoda. Ráskolnikov había reparado en él mientras iba y venía por el cuarto; esta vez lo cogió y lo examinó. Era el Nuevo Testamento, en la traducción rusa. Era un ejemplar viejo, gastado, encuadernado en piel[120].

—¿De dónde ha salido? —le preguntó, dando un grito, desde el otro extremo de la habitación. Ella no se había movido de su sitio, a tres pasos de la mesa.

—Me lo trajeron —contestó, aparentemente de mala gana y sin mirar a Raskólnikov.

—¿Quién?

—Me lo trajo Lizaveta; yo se lo había pedido.

«¡Lizaveta! ¡Qué cosa más rara!», pensó Raskólnikov. Por momentos, todo lo relativo a Sonia le iba pareciendo cada vez más raro, más asombroso. Acercó el libro a la vela y empezó a hojearlo.

—¿Dónde está lo de Lázaro? —preguntó de repente.

Sonia seguía mirando al suelo obstinadamente y no le contestó. Estaba ligeramente ladeada con respecto a la mesa.

—Lo de la resurrección de Lázaro, ¿dónde está? Búscamelo, Sonia.

Ella lo miró de reojo.

—No es ahí… es en el cuarto Evangelio[121] —susurró con severidad, sin moverse hacia él.

—Búscamelo y léemelo —dijo Raskólnikov. Se sentó, puso los codos en la mesa, apoyó la cabeza en una mano y miró lúgubremente hacia un lado, preparado para escuchar.

«De aquí a tres semanas, en la séptima versta[122] me recibirán con los brazos abiertos. Ya me veo allí, si es que no me ocurre nada peor», se dijo.

Sonia avanzó indecisa hacia la mesa, tras haber escuchado con desconfianza el extraño deseo de Raskólnikov. En todo caso, cogió el libro.

—¿De verdad no lo ha leído? —preguntó, mirándolo con el ceño fruncido a través de la mesa. Su voz era cada vez más áspera.

—Hace mucho… Cuando iba al colegio. ¡Lee!

—Y en la iglesia, ¿nunca lo ha oído?

—Yo… no voy nunca. ¿Tú vas a menudo?

—Pues… no —susurró Sonia.

Raskólnikov se sonrió.

—Entiendo… Entonces ¿mañana no vas a ir al funeral de tu padre?

—Iré. Ya estuve la semana pasada… en una ceremonia fúnebre.

—¿Por quién?

—Por Lizaveta. La mataron a hachazos.

Raskólnikov tenía los nervios a flor de piel. La cabeza empezaba a darle vueltas.

—¿Eras amiga de Lizaveta?

—Sí… Era una mujer justa. Venía a veces… ocasionalmente… cuando podía. Leíamos juntas y… hablábamos. Ahora estará en presencia de Dios.

A Raskólnikov le sonaron muy raras aquellas palabras librescas. Y otra novedad: aquellos encuentros misteriosos con Lizaveta, y que ambas fueran unas iluminadas.

«¡Vas a acabar tú también siendo un iluminado! ¡Es algo contagioso!», pensó.

—¡Lee! —ordenó de pronto, irritado y apremiante.

Sonia seguía vacilando. El corazón le latía con fuerza. No acababa de decidirse a leer para él. Raskólnikov miró, casi atormentado, a aquella «pobre loca».

—¿Para qué? ¿No dice usted que no cree?… —susurró suavemente, casi sin aliento.

—¡Lee! ¡Quiero que leas! —insistía él—. ¡También le leías a Lizaveta!

Sonia abrió el libro y encontró el pasaje. Las manos le temblaban, le fallaba la voz. Empezó dos veces, y no atinaba a pronunciar la primera sílaba.

—«Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania…»[123] —dijo por fin, haciendo un esfuerzo, pero de pronto, a partir de la tercera palabra, la voz vibró y se rompió, como una cuerda demasiado tensa. Se quedó sin aliento, y sintió una opresión en el pecho.

Raskólnikov comprendía en parte por qué Sonia no se decidía a leer para él y, cuanto mejor lo comprendía, de un modo más grosero e irritante insistía en que leyera. Entendía de sobra lo difícil que era para ella en aquellos momentos traicionar y desvelar todo lo que era suyo. Era consciente de que esos sentimientos constituían su auténtico secreto, preservado tal vez durante años, acaso desde la adolescencia, cuando vivía aún con su familia, al lado de un padre desdichado y una madrastra loca de amargura, entre niños hambrientos, oyendo a todas horas gritos y reproches monstruosos.

Pero, al mismo tiempo, había descubierto con toda seguridad que, a pesar de su tristeza y de su terrible temor ante la lectura, también deseaba ansiosamente ponerse a leer, más allá de todo su pesar y toda su inquietud, y leerle precisamente a él, y que él escuchara, y justamente en esos momentos, «viniera lo que viniera después»… Él lo había leído en sus ojos, lo había deducido a partir de su intensa agitación… Sonia se dominó, sofocó un espasmo en la garganta que había quebrado su voz al acometer un versículo y prosiguió la lectura del capítulo undécimo del Evangelio de Juan. Llegó así hasta el versículo diecinueve: «Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, a consolarlas de su hermano. Entonces Marta, como oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; mas María se estuvo en casa. Y Marta dijo a Jesús: "Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará"».

Entonces Sonia se detuvo de nuevo, presintiendo con vergüenza que su voz iba a volver a temblar y a quebrarse… «Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". Marta le dijo: "Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero". Le dijo Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?". —Y, cobrando aliento dolorosamente, Sonia leyó con vigor, marcando las palabras, como si estuviera haciendo pública confesión de su fe—: Le dijo: "Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo"».

Se detuvo y levantó rápidamente los ojos hacia él, pero inmediatamente se dominó, y siguió leyendo. Raskólnikov escuchaba inmóvil, sin volverse, con los codos apoyados en la mesa y mirando hacia un lado. Llegaron hasta el versículo treinta y dos: «Cuando María llegó a donde estaba Jesús y lo vio, se arrojó a sus pies y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto". Al ver llorar a María y a los judíos que la habían acompañado, Jesús se turbó y se conmovió profundamente. "¿Dónde lo han puesto?", preguntó. "Ven a verlo, Señor", le respondieron. Jesús lloró. "¡Mirad

cuánto lo quería!”, dijeron los judíos. Pero algunos de ellos comentaban: “Este, que le abrió los ojos al ciego, ¿no podría haber impedido que Lázaro muriera?”».

Raskólnikov se volvió hacia ella y la miró agitado: «¡Sí, es eso!». Sonia temblaba realmente, con auténtica fiebre, y él se lo esperaba. Se estaba acercando al pasaje sobre el milagro grandioso e inaudito, y un sentimiento sobrecogedor se apoderó de ella. Su voz era sonora, como metálica; la solemnidad y la alegría resonaban en ella y le daban poder. Las líneas se le mezclaban, porque tenía velados los ojos, pero se sabía de memoria lo que estaba leyendo. Al llegar al último versículo —«Este, que le abrió los ojos al ciego…»—, bajando la voz, reprodujo con calor y pasión las dudas, los reproches y los vituperios de los judíos, incrédulos y ciegos, que un momento más tarde caerían como fulminados por un rayo, sollozando y creyendo… «También él, él, igualmente cegado e incrédulo, también él muy pronto va a escuchar, también él va a creer, ¡sí, sí!, enseguida, ahora mismo», soñaba Sonia, y temblaba en la espera dichosa.

«Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: “Quitad la piedra”. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: “Señor, hiede ya, porque es de cuatro días”».

Sonia subrayó enérgicamente la palabra «cuatro».

«Jesús le dijo: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”. Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: “Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado”. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera!”. Y el que había muerto salió —Sonia leyó con voz fuerte y triunfante, con un escalofrío, como si lo estuviera viendo con sus propios ojos— atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: “Desatadle, y dejadle ir”.

Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él».

Ya no siguió leyendo, ni podía seguir: cerró el libro y rápidamente se levantó de la silla.

—Esto es todo lo que hay sobre la resurrección de Lázaro —susurró bruscamente, en tono severo, y se quedó parada, vuelta hacia un lado, sin atreverse a levantar los ojos hacia él, como avergonzada. El temblor febril no había cesado. Desde hacía un rato el cabo de vela estaba prácticamente consumido en el torcido candelero, y proyectaba una luz mortecina sobre el asesino y la pecadora, extrañamente reunidos en aquella habitación miserable para la lectura del libro eterno. Pasaron cinco minutos, si no más.

—Yo había venido a tratar de un asunto —dijo de repente Raskólnikov, en voz alta y frunciendo el ceño; se levantó y se acercó a Sonia. Esta levantó los ojos hacia él, sin decir nada. La mirada de Raskólnikov era particularmente hosca, y en ella se reflejaba una especie de determinación feroz—. Hoy he roto con mi familia —dijo—, con mi madre y mi hermana. No voy a volver con ellas. He roto por completo.

—¿Por qué? —preguntó Sonia, estupefacta. Su reciente encuentro con la madre y la hermana de Raskólnikov había dejado en ella una impresión extraordinaria, aunque confusa. Escuchó horrorizada la noticia de la ruptura.

—Ahora solo te tengo a ti —añadió Raskólnikov—. Vayamos juntos… Acudo a ti. ¡Los dos estamos malditos, vayamos juntos los dos!

Los ojos le brillaban. «¡Como a un loco!», pensó Sonia por su parte.

—¿Ir adónde? —preguntó asustada y, sin querer, dio un paso atrás.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Lo único que sé es que vamos por el mismo camino, eso es seguro… nada más. ¡Tenemos la misma meta!

Ella lo miró sin entender nada. Solo sabía que él era terriblemente desdichado, infinitamente desdichado.

—Nadie va a comprender nada si tú les hablas así —siguió diciendo Raskólnikov—; pero yo he comprendido. Te necesito, por eso he acudido a ti.

—No entiendo… —susurró Sonia.

—Ya entenderás más tarde. ¿Acaso no has hecho tú lo mismo? Tú también has traspasado un límite: has sido capaz de traspasarlo. Has levantado tu mano contra ti misma, has destruido una vida… tu propia vida (¡tanto da!). Podrías haber vivido con tu espíritu y tu razón, y acabarás en la plaza Sennaia[124]… Pero no puedes soportarlo y, si te quedas sola, perderás el juicio, igual que yo. Ahora mismo ya estás trastornada; así pues, debemos marchar juntos, por el mismo camino. ¡Vamos!

—¿Por qué? ¿Por qué me dice estas cosas? —dijo Sonia, conmocionada de un modo extraño, soliviantada por sus palabras.

—¿Por qué? Porque así no podemos seguir, ¡por eso! Hay que razonar seriamente, afrontar la realidad, en vez de llorar como niños y protestar, diciendo que Dios no lo va a permitir. ¿Qué pasaría si mañana te ingresaran en un hospital? La otra no está bien de la cabeza y tiene tisis, no tardará en morir; y los niños ¿qué? ¿Vas a decirme que Pólechka no está condenada? ¿O es que no has visto a todos esos niños que hay por la esquinas, a los que sus madres mandan a pedir limosna? He averiguado dónde viven esas madres y en qué condiciones. Allí los niños dejan de ser niños. Allí con siete años ya son viciosos y ladrones. Y los niños son la imagen de Cristo: «De los tales es el reino de los cielos»[125]. Ordenó honrarlos y amarlos, ellos son la futura humanidad.

—¿Qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer? —repetía Sonia, llorando histéricamente y retorciéndose las manos.

—¿Qué hay que hacer? Romper lo que haya que romper, de una vez por todas, nada más: y ¡cargar con el sufrimiento! ¿Qué? ¿No lo entiendes? Después lo entenderás… La libertad y el poder, ¡ante todo el poder! ¡Para ejercerlo sobre todas las criaturas temblorosas

y sobre todo el hormiguero!… ¡Ese es el objetivo! ¡Recuérdalo! ¡Son mis palabras de despedida para ti! Esta podría ser la última vez que hablo contigo. Si no vengo mañana, ya te enterarás de todo, y acuérdate entonces de estas palabras mías. Y algún día, con el tiempo, al cabo de los años, es posible que entiendas lo que querían decir. Y, si vengo mañana, te diré quién mató a Lizaveta. ¡Adiós!

Sonia se estremeció, sobresaltada.

—¿Es que usted sabe quién la mató? —preguntó, helada de espanto, dirigiéndole una mirada enloquecida.

—Lo sé y te lo diré… ¡A ti, solo a ti! Te he elegido a ti. No voy a venir a pedirte perdón, sencillamente te lo diré. Hace ya mucho que te elegí para decírtelo, cuando tu padre me habló de ti y cuando Lizaveta todavía estaba viva; entonces lo pensé. Adiós. No me des la mano. ¡Mañana!

Salió. Sonia lo miraba como quien mira a un loco; pero ella tampoco estaba en su sano juicio, y era consciente. La cabeza le daba vueltas. «¡Señor! ¿Cómo puede saber quién mató a Lizaveta? ¿Qué ha querido decir con esas palabras? ¡Qué extraño es todo!». Y, sin embargo, al mismo tiempo, la idea no le venía a la cabeza. ¡De ningún modo!… «¡Oh, tiene que ser terriblemente desgraciado!… Ha roto con su madre y con su hermana. ¿Por qué? ¿Qué habrá pasado? Y ¿qué intenciones tiene?». ¿Qué era aquello que le había dicho? Le había besado los pies y había dicho… había dicho (sí, lo había dicho claramente) que ya no podía vivir sin ella… «¡Ay, Señor!».

Sonia se pasó toda la noche con fiebre y delirando. De vez en cuando se levantaba de un salto, lloraba, se retorcía las manos, entonces volvía a hundirse en un sueño febril, y soñaba con Pólechka, con Katerina Ivánovna, con Lizaveta, con la lectura del Evangelio y con él… con él, con su semblante pálido y sus ojos ardientes… Él le besaba los pies, lloraba… ¡Ay, Señor!

Al otro lado de la puerta de la derecha, la puerta que separaba la habitación de Sonia del piso de Gertruda Kárlovna Resslich, había un cuarto medianero que llevaba mucho tiempo vacío; pertenecía al piso

de los señores Resslich, que lo tenían puesto en alquiler, como indicaba un cartelito que colgaba en el portón del edificio y unos papeles pegados en las ventanas que daban al canal. Sonia se había acostumbrado hacía tiempo a que esta habitación estuviera desocupada. Y, sin embargo, todo ese rato, detrás de la puerta que daba al cuarto vacío había estado oculto el señor Svidrigáilov, escuchando. Una vez que Raskólnikov se hubo marchado, Svidrigáilov, después de reflexionar un momento, fue de puntillas a su propio cuarto, contiguo a la pieza vacía, cogió una silla y la llevó, procurando no hacer ruido, hasta la misma puerta que daba a la habitación de Sonia. La conversación le había parecido tan amena y tan interesante, había disfrutado tantísimo con ella, que había decidido trasladar esa silla hasta allí para poder ahorrarse de ese modo la próxima vez —sin ir más lejos, al día siguiente— la incomodidad de pasarse una hora de pie; de ese modo, podría instalarse allí confortablemente, y disfrutar plenamente en todos los sentidos.

V

A la mañana siguiente, a las once en punto, cuando Raskólnikov se presentó en el juzgado de instrucción y pidió que anunciaran su visita a Porfiri Petróvich, se sorprendió de lo mucho que tardó en recibirlo: pasaron diez minutos, por lo menos, hasta que lo llamaron. Y eso que él estaba convencido de que iban a ponerse inmediatamente a su disposición. Entretanto tuvo que quedarse en la antesala, mientras iba desfilando gente que, aparentemente, no tenía nada que ver con él. En el cuarto contiguo, que parecía una oficina, había varios escribientes atareados, y era evidente que ninguno de ellos tenía la más remota idea de quién era Raskólnikov. Recorrió con una mirada intranquila y suspicaz toda la sala, preguntándose si habría por allí algún guardia, algún vigilante misterioso, encargado de evitar que se diera a la fuga. Pero no había nada de eso: lo único que veía eran oficinistas concentrados en detalles intrascendentes, amén de otras personas que tampoco parecían interesadas en él: por lo que a ellos respectaba, podía marcharse a donde quisiera. Poco a poco se iba reafirmando en la idea de que, si de verdad aquel misterioso personaje de la víspera, aquel fantasma surgido de la tierra, lo hubiera visto todo y lo supiera todo, difícilmente iban a permitirle a él estar allí en esos momentos, esperando tan tranquilo. ¿Iban a estar allí esperándolo hasta las once, o hasta cuando él hubiera tenido a bien presentarse? En conclusión, o aquel hombre no había formulado ninguna denuncia todavía o… o sencillamente no sabía nada, no había visto nada con sus propios ojos (y ¿cómo podía haberlo visto?), y por lo tanto todo lo que le había ocurrido el día anterior a Raskólnikov no era más que otro espejismo, magnificado por su imaginación irritada y enfermiza. Esta conjetura ya había empezado a cobrar fuerza la misma víspera, en los momentos más intensos de alarma y desesperación. Mientras reconsideraba todo esto y se

preparaba para un nuevo combate, se dio cuenta de pronto de que estaba temblando, y la sangre le hervía pensando que pudiera temblar de miedo ante la perspectiva de ver al odiado Porfiri Petróvich. Nada más espantoso para él que volver a encontrarse con ese individuo: lo odiaba sin medida, sin límites, hasta el punto de que tenía miedo de delatarse de algún modo por culpa de su odio. Y era tal su indignación que el temblor cesó de inmediato; se dispuso a entrar con una actitud fría y arrogante, y se prometió a sí mismo hablar lo menos posible, fijarse y escuchar con atención y, al menos por esta vez, dominar como fuera su temperamento, de una irritabilidad enfermiza. En ese momento lo llamaron del despacho de Porfiri Petróvich.

Porfiri Petróvich se encontraba solo en su despacho, que no era ni grande ni pequeño, con un gran escritorio delante de un sofá forrado en hule, un armario, un secreter, una rinconera y varias sillas: todos muebles oficiales, de madera amarilla pulimentada. En la pared del fondo, más bien una especie de tabique divisorio, había una puerta cerrada en un rincón: en consecuencia, tenía que haber otras dependencias más allá de esa puerta. Nada más entrar Raskólnikov, Porfiri Petróvich procedió a cerrar la puerta, y se quedaron a solas. Recibió al visitante, aparentemente, con aire alegre y hospitalario, y solo al cabo de unos minutos Raskólnikov detectó en él, por ciertas señales, alguna turbación, como si lo hubieran cogido desprevenido o enfrascado en una ocupación reservada y secreta.

—¡Ah, mi respetable amigo! Aquí le tenemos, también a usted… en nuestros dominios —empezó Porfiri, tendiendo las dos manos hacia él—. ¡Vamos, siéntese, *bátiushka*! O, a lo mejor, a usted no le gusta que le llamen ni respetable ni… *bátiushka*, así, *tout court*[126]… No se lo tome, se lo ruego, como una muestra de familiaridad… Aquí, en este sofá.

Raskólnikov se sentó, sin quitarle la vista de encima.

«En nuestros dominios», las disculpas por su familiaridad, la expresión francesa *tout court*, y etcétera, etcétera, todo eso era típico de él. «El caso es que me ha tendido las dos manos, y luego

no me ha dejado estrecharle ninguna, las ha retirado a tiempo», pensó Raskólnikov, suspicaz. Se miraron el uno al otro, pero en cuanto sus miradas se encontraron, ambos la apartaron, a la velocidad del rayo.

—Le he traído este papelito… por lo del reloj… Aquí tiene. ¿Está bien así o lo redacto de otra manera?

—¿El qué? ¿El papel? Así está bien… no se preocupe, está perfecto —dijo Porfiri Petróvich, con cierta precipitación, y después de decirlo cogió el papel y le echó un vistazo—. Sí, sí, perfecto. No hace falta nada más —confirmó con la misma precipitación, y dejó el papel en el escritorio. Después, algo más tarde, mientras hablaban ya de otra cosa, volvió a cogerlo de la mesa y lo guardó en su secreter.

—Si no recuerdo mal, decía ayer que le gustaría interrogarme… formalmente… sobre mi relación con esa… mujer asesinada… —dijo Raskólnikov.

«¿A qué habrá venido eso de: "Si no recuerdo mal"…?», se le pasó fugazmente por la cabeza.

De repente notó que habían bastado dos palabras, dos simples miradas, para que el recelo que despertaba en él el mero contacto con Porfiri hubiera crecido en un instante hasta alcanzar unas dimensiones colosales. Y eso era terriblemente peligroso: los nervios se irritaban, la agitación crecía. «¡Ay! ¡Ay!… Voy a volver a irme de la lengua».

—¡Sí, sí, sí! ¡No se preocupe! No hay prisa, no hay prisa —murmuró Porfiri Petróvich, moviéndose por todo el despacho, sin un objetivo preciso: lo mismo se acercaba a la ventana, que al secreter, que volvía inesperadamente al escritorio; tan pronto esquivaba la mirada suspicaz de Raskólnikov como se paraba de repente, mirándolo de hito en hito. Mientras tanto, su pequeña figura, gruesa y redonda, ofrecía un extraño espectáculo: parecía una pelota rodando hacia todos los lados y rebotando acto seguido en todas las paredes y rincones—. ¡Nos sobra tiempo! ¡Nos sobra tiempo!… ¿Fuma usted? ¿Ha traído? Tenga, un cigarrillo… —continuó, ofreciéndole un

cigarrillo—. Verá, aunque le haya recibido aquí, el caso es que mi casa está ahí mismo, detrás de ese tabique… Es una vivienda oficial, pero ahora está temporalmente desocupada. Había que hacer algunas reparaciones. Ya casi está lista… Es una cosa estupenda disponer de una vivienda oficial, ¿verdad? ¿Qué piensa usted?

—Sí, es una cosa estupenda —contestó Raskólnikov, mirándolo con un asomo de ironía.

—Una cosa estupenda, una cosa estupenda… —repetía Porfiri Petróvich, como si de pronto se hubiera puesto a pensar en otra cuestión—. ¡Sí, una cosa estupenda! —dijo casi gritando, para concluir, al tiempo que clavaba la vista en Raskólnikov y se detenía a dos pasos de él. La continua y estúpida repetición de lo estupendo que es disponer de una vivienda oficial contrastaba, por su trivialidad, con la mirada seria, reflexiva y misteriosa que dirigía a su visitante.

Eso alimentó más todavía la rabia de Raskólnikov, que ya no fue capaz de reprimirse, y se lanzó a un desafío irónico y bastante imprudente.

—Dígame una cosa —preguntó de improviso, mirándolo, y recreándose en su propia insolencia—; creo que existe una especie de regla jurídica, como una tradición legal, que rige para todos los jueces de instrucción, que consiste en empezar de una forma muy vaga, hablando de cosas sin importancia, o de cosas serias, eso es lo de menos, pero completamente ajenas a la cuestión, con la intención de que el interrogado se confíe, por así decir, y se amodorre, para después, de forma inesperada, descargarle un golpe en toda la coronilla con una pregunta fatídica y comprometedora; ¿no es así? Se trata, me imagino, de algo que se consigna con devoción en todos los manuales y reglamentos…

—Ya veo, ya veo… Entonces, usted se imagina que ese es el motivo por el que he empezado hablando de la vivienda oficial… ¿a que sí? —Dicho lo cual, Porfiri Petróvich entornó los párpados, hizo un guiño; una expresión pícara y alegre se dibujó en su rostro, se le alisaron las arrugas en la frente, se le contrajeron los ojillos, las facciones se le dilataron; de pronto estalló en una risa nerviosa,

interminable, estremeciéndose y sacudiéndose con todo el cuerpo y mirando a los ojos a Raskólnikov. Este también rompió a reír, con una risa algo forzada; pero entonces Porfiri, viendo que él también se reía, se desternilló de tal manera que se puso todo colorado, y la repulsión de Raskólnikov pudo más que la cautela: dejó de reírse, torció el gesto y miró detenidamente, con ojos de odio, al juez, sin quitarle la vista de encima mientras duró aquella larga risa, que parecía prolongarse deliberadamente. La falta de precaución, en todo caso, fue evidente por ambas partes: cualquiera habría dicho que Porfiri se estaba riendo en la cara de su visitante, el cual acogió esta risa con odio, pero esta circunstancia apenas turbó al anfitrión. Esto último le pareció muy significativo a Raskólnikov: comprendió que, con toda probabilidad, Porfiri Petróvich tampoco se había turbado antes, mientras que él mismo seguramente había caído en una trampa; tenía que haber algo, algún propósito, del que él no sabía nada; a lo mejor ya estaba todo preparado, y podía revelarse y saltar por los aires en cualquier momento…

Decidió ir al grano: se levantó y cogió su gorra.

—Porfiri Petróvich —empezó a hablar con decisión, aunque con un tono de irritación muy marcado—, ayer expresó su deseo de que me presentara ante usted para someterme a alguna clase de interrogatorio. —Hizo especial hincapié en la palabra «interrogatorio»—. Aquí me tiene, y, si necesita algo, pregúnteme; en caso contrario, permita que me vaya. No tengo tiempo que perder, estoy ocupado… Tengo que ir al entierro de ese funcionario que murió atropellado por unos caballos, de quien usted… también tiene noticia… —añadió, y al instante se enfadó por haber añadido eso, y por consiguiente creció su irritación—. Sepa que ya estoy harto de todo esto, desde hace mucho… En parte, es lo que me ha hecho enfermar… En resumidas cuentas —dijo, casi a gritos, con la impresión de que la frase sobre la enfermedad tampoco había sido muy oportuna—, en resumidas cuentas, haga el favor de interrogarme, o déjeme marchar, ahora mismo. Y, si me interroga, ¡tiene que atenerse a todas las formalidades! De otro modo, no se lo

pienso permitir; así pues, por el momento me despido, ya que no hay nada más que podamos hacer ahora los dos.

—¡Santo Dios! ¡Qué cosas dice! ¿Sobre qué quiere que le interrogue? —empezó de pronto a cacarear Porfiri Petróvich, cambiando de inmediato de tono y de aspecto, y dejando al instante de reírse—. No se preocupe, por favor —no paraba quieto, moviéndose otra vez de un lado a otro, u ocupándose de buenas a primeras de hacer sentarse a Raskólnikov—, hay tiempo de sobra, hay tiempo de sobra, y ¡esto no tiene la menor importancia! Al contrario, estoy encantado de que por fin se haya dignado visitarnos. Le he recibido como a un invitado. Y le ruego que me disculpe, *bátiushka* Rodión Románovich, por esta risa endiablada. ¿Rodión Románovich? Porque se llama usted así, ¿verdad? Soy un hombre nervioso, y me ha entrado la risa por la agudeza de su observación; es cierto que a veces me pongo a temblar, como si fuera de goma, y me puedo estar así media hora… Soy muy dado a la risa. En vista de mi complexión, tengo miedo de sufrir una parálisis. Pero ¿por qué no se sienta? Se lo ruego, *bátiushka*, si no, voy a pensar que está usted enfadado…

Raskólnikov callaba, escuchando y observando, con el ceño fruncido, todavía airado. De todos modos, se sentó, aunque no quiso soltar la gorra.

—Tengo que decirle una cosa de mí, *bátiushka* Rodión Románovich, para aclararle, por así decir, cómo es mi carácter —continuó Porfiri Petróvich, sin parar de moverse por el despacho, pero evitando, igual que antes, cruzar su mirada con la de su huésped—. Sabrá que estoy soltero, no tengo mucho mundo y nadie me conoce; aparte de eso, soy un hombre acabado, un hombre aterido, se ha malogrado mi semilla y… y… no sé si se habrá fijado, Rodión Románovich, que aquí, quiero decir, aquí en Rusia, y sobre todo en nuestros círculos de San Petersburgo, cuando se encuentran dos personas inteligentes que apenas se conocen, pero que se respetan, por así decir, como ahora usted y yo, por ejemplo, se pasan media hora hasta que encuentran un tema de conversación: se

quedan paralizados, y se sientan, el uno frente al otro, sumamente turbados. Todo el mundo tiene algún tema de conversación; las mujeres, por ejemplo, las personas de mundo, la gente de buen tono… siempre tienen de qué hablar, *c'est de rigueur*; en cambio, la gente de clase media, como nosotros, nos quedamos perplejos, sin saber qué decir… a la gente que piensa, digo. ¿A qué se debe esto, *bátiushka*? No sé si será por la falta de interés por las cuestiones sociales, o si es que somos demasiado honrados y no queremos engañarnos los unos a los otros… ¿Qué piensa usted? Pero deje esa gorra, parece que se muriera de ganas de marcharse, y eso me incomoda, la verdad… Yo, en cambio, estoy encantado…

Raskólnikov dejó la gorra, y siguió callado, escuchando muy serio, con el ceño fruncido, la cháchara vana e inconexa de Porfiri. «¿Realmente estará intentando distraer mi atención con toda esta estúpida palabrería?».

—No le ofrezco aquí un café, no es un sitio adecuado; pero ¿qué tiene de malo pasar cinco minutos con un amigo, para distraerse? —Porfiri no se cansaba de parlotear—. Y ya sabe lo que son todas esas obligaciones del servicio… Pero usted, *bátiushka*, no se tome a mal todas las vueltas que estoy dando; discúlpeme, *bátiushka*, me preocupa mucho ofenderle, pero es que necesito estar en movimiento. Me tiro todo el día sentado y me viene muy bien pasear cinco minutos… estas hemorroides… Tengo intención de ir a un gimnasio para tratarlas; dicen que hay allí consejeros de Estado, consejeros efectivos de Estado y hasta consejeros privados[127] saltando a la comba, tan felices; ya ve hasta dónde llega la ciencia en nuestros días… sí, señor. Y por lo que respecta a mis obligaciones aquí, a los interrogatorios y todas esas formalidades… usted mismo acaba de referirse a los interrogatorios… pues sepa que, en la práctica, *bátiushka* Rodión Románovich, estos interrogatorios a veces desconciertan más al propio interrogador que al interrogado… En ese sentido, usted, *bátiushka*, acaba de hacer un comentario completamente atinado e inteligente. —Raskólnikov no había hecho ningún comentario de ese tenor—. ¡Se confunde uno!

Claro que sí, ¡se confunde! Y ¡es todo siempre igual, siempre igual, como un tambor! Ahí viene ahora la reforma[128], y al menos nos cambiarán los nombres, ¡je, je, je! En lo referente a nuestra tradición legal, como la ha llamado usted con tanta agudeza, estoy totalmente de acuerdo con usted. Cualquier encausado, hasta el más ceporro de los aldeanos, sabe, por ejemplo, que al principio van a procurar amodorrarlo, por emplear su feliz expresión, a base de preguntas intrascendentes, para después descargarle en toda la coronilla un buen golpe con el lomo, ¡je, je, je!, en toda la coronilla, por usar su misma comparación, ¡je, je! Conque usted se pensaba que, hablándole yo de mi vivienda, estaba tratando… ¡je, je! Es usted un hombre irónico. No, ¡vamos a dejarlo! Ah, sí, a propósito, una cosa lleva a otra, una idea nos hace recordar otra… Hace un momento usted se ha referido también a las formalidades en los interrogatorios, ya sabe… ¡Vaya con las formalidades! En muchos casos, esas formalidades son un disparate. A veces tienes una charla amistosa, y es mucho más útil. Las formalidades siempre estarán ahí, permítame tranquilizarle; pero ¿cuál es, en definitiva, la esencia de las formalidades, me lo puede decir? No puede venir uno a cada paso a molestar al juez de instrucción. La tarea del juez de instrucción tiene que parecerse, a su manera, a un arte liberal, o algo por el estilo… ¡Je, je, je!…

Porfiri Petróvich hizo una pausa para tomar aliento. No paraba de parlotear, lo mismo soltaba frases vacías que deslizaba muy de vez en cuando alguna palabreja enigmática, para volver acto seguido a perderse en aquel galimatías. Poco menos que corría por el despacho, moviendo cada vez más deprisa sus rollizas piernas, sin despegar la vista del suelo, con la mano derecha a la espalda y agitando incesantemente la izquierda, haciendo todo tipo de gestos que una y otra vez entraban en evidente contradicción con sus palabras. Raskólnikov advirtió de pronto que, mientras corría, pareció detenerse un par de veces en la puerta, por un momento, como tratando de escuchar… «¿Estará esperando algo?».

—En eso sí que tiene usted toda la razón —prosiguió Porfiri, alegremente, mirando a Raskólnikov con una candidez extraordinaria (cosa que hizo temblar a este, que inmediatamente se puso en guardia)—, en efecto, tiene razón al reírse con tanta agudeza de nuestras formalidades jurídicas, ¡je, je! Porque esos métodos (no todos, naturalmente), de una gran profundidad psicológica, son extremadamente ridículos, sí, y probablemente inútiles si uno se atiene con rigidez a esas formalidades. Sí, señor… por seguir con las formalidades: bien, imaginemos que considero o, mejor dicho, que sospecho que tal o cual persona es, por así decir, un delincuente que ha cometido un crimen que estoy investigando… Estudia usted Derecho, Rodión Románovich, ¿no es así?

—Bueno, estudiaba…

—Muy bien, pues aquí tiene, digamos, un pequeño ejemplo con vistas al futuro… Entiéndame, no se vaya a creer que tengo el atrevimiento de darle una lección: ¡con esos artículos sobre el crimen que publica usted! No, a lo más que me atrevo es a exponerle un hecho, con carácter ilustrativo. Veamos, si considero que tal o cual sujeto es un criminal, ¿para qué, me pregunto, voy a molestarlo antes de tiempo, aun suponiendo que tenga pruebas que lo incriminen? En algunos casos, por ejemplo, no tengo más remedio que detenerlo cuanto antes, pero en otros las circunstancias son muy distintas, la verdad; entonces ¿por qué voy a impedirle que se pasee por la ciudad? ¡Je, je! No, ya veo que no acaba usted de entenderme, así que se lo pondré más claro: si lo encierro, digamos, demasiado pronto, posiblemente le estoy proporcionando, por así decir, cierto apoyo moral, ¡je, je! ¿Se ríe usted? —Raskólnikov no tenía la menor intención de reírse: apretaba los labios, sin apartar la mirada febril de los ojos de Porfiri Petróvich—. Sin embargo, es así: sobre todo con algunos sujetos, porque cada persona es un mundo, y por encima de todo está la práctica. Pero, dirá usted: ahí están las pruebas; muy bien, admitamos que hay pruebas, pero las pruebas, *bátiushka*, por lo general, son un arma de doble filo, y yo soy juez de instrucción y, en consecuencia, también un hombre débil, lo confieso:

lo que me gustaría es que hubiera en mi investigación una claridad matemática, por así decir; poder presentar una prueba incontestable, como que dos y dos son cuatro. ¡Que parezca una demostración simple e irrefutable! Pues bien, si detengo a mi hombre antes de tiempo, por muy convencido que esté de que es él, me estoy privando de recursos para obtener más pruebas en su contra. ¿Por qué? Pues porque le estoy proporcionando, por así decir, una situación concreta, estoy definiéndolo psicológicamente, por así decir, y al hacerlo le doy tranquilidad; ahora ya puede escaparse de mí, metiéndose en su concha: por fin ya es consciente de que está detenido. Dicen que en Sevastópol, justo después de lo del Almá[129], la gente inteligente estaba asustada, pensando que en cualquier momento el enemigo podía atacar abiertamente y tomar al asalto la ciudad; pero, cuando vieron que preferían emprender un asedio convencional y que empezaban a cavar la primera línea de trincheras, dijeron: «Mira qué bien», se pusieron tan contentos y se tranquilizaron, y eso que estamos hablando de gente inteligente: «Van a ser dos meses como mínimo, la cosa se alarga, ¡a saber cuándo toman la ciudad con un asedio como es debido!». Ya se está riendo, ¿es que no me cree? Naturalmente, no le falta razón. ¡No le falta razón, no le falta razón! No dejan de ser casos particulares, estoy de acuerdo; el caso que le he expuesto, efectivamente, es un caso especial. Pero al mismo tiempo, mi buen Rodión Románovich, hay que tener una cosa presente, y es que el caso general, aquel al que se ajustan todas las fórmulas y reglas jurídicas, para el cual se han concebido y se han puesto por escrito, no existe en absoluto, por la sencilla razón de que cada causa, cada crimen, digamos, en cuanto se materializa se convierte en un caso particular, y a veces es un caso tan especial que no se parece a ninguno anterior. En ocasiones hay casos de este estilo que son de lo más cómico. Supongamos que dejo a uno de estos caballeros en paz: no lo mando detener y no lo molesto siquiera, pero me encargo de que sepa cada hora y cada minuto, o que sospeche por lo menos, que estoy enterado de todo, con todo lujo de detalles, y hago que lo sigan día y

noche, lo vigilo sin descanso, y, a poco que sea consciente y esté bajo continua sospecha y terror, le doy a usted mi palabra de que acaba perdiendo la cabeza, con toda seguridad; ya verá cómo se presenta solo, si es que no acaba haciendo algo tan evidente como que dos y dos son cuatro, y le proporciona a la investigación ese aire matemático que resulta tan atractivo. Esto le pasa lo mismo a un tosco campesino que a nuestro hermano, al hombre inteligente de nuestros días, cultivado además en cierto sentido, ¡a este más todavía! Porque, querido mío, es muy importante saber en qué sentido está cultivado un hombre. Y luego están los nervios, se olvida usted de los nervios. ¡Hoy en día quién no los tiene enfermos, débiles, irritados!… Y ¿qué me dice de la bilis? ¡Cuánta bilis hay en esa gente! Y es que, llegado el caso, se lo digo yo, ¡eso es una mina! Poco me preocupa que se pasee libremente por la ciudad. Que siga dando vueltas mientras pueda; yo ya sé de sobra que lo tengo en mis garras y no se me va a escapar. ¿Adónde va a escapar? ¡Je, je! ¿Al extranjero? Al extranjero puede escapar un polaco[130], pero *él* no se me escapa, y menos cuando he tomado mis medidas. ¿O va a huir al interior del país? Ahí solo viven campesinos rusos, unos auténticos gañanes; un hombre cultivado de nuestros días prefiere la prisión antes que vivir con unos extranjeros como son los campesinos, ¡je, je! Pero esto es lo de menos, es algo superficial. Se dice pronto: ¡huir! Es un disparate; aunque eso tampoco es lo más importante; ya no es solo que no se me pueda escapar porque no tiene adónde ir: es que *psicológicamente* no se me puede escapar, ¡je, je! ¡La palabrita se las trae! Hay una ley natural que le impide escaparse de mí, aun suponiendo que tuviera adónde ir. ¿Ha visto alguna vez a una mariposa delante de una vela? Pues él igual, no parará de dar vueltas alrededor de mí como si fuera alrededor de una vela; la libertad pierde todo su encanto, empieza a pensárselo todo mil veces, a hacerse un lío, a enredarse él solo como si estuviera atrapado en una red, a inquietarse de un modo insoportable… Es más: acaba proporcionándome alguna prueba matemática, como que dos y dos son cuatro; solo hace falta que yo

le conceda un entreacto lo suficientemente largo… Y seguirá trazando círculos alrededor de mí, con un radio cada vez más pequeño… y ¡plaf! Al final se mete volando en mi boca, yo me lo trago, y es algo de lo más placentero, ¡je, je, je! ¿No me cree?

Raskólnikov no respondió; estaba sentado pálido e inmóvil, pendiente del rostro de Porfiri, siempre con la misma atención.

«¡No ha estado mal la lección! —pensó, quedándose helado—. Esto ya no es lo del gato y el ratón, como ayer. Este alarde de fuerza… y todas esas alusiones no las hace así como así: ¡es demasiado inteligente para eso! Seguro que tiene otro objetivo, pero ¿cuál? ¡Es inútil, hermano, que trates de asustarme y que te andes con tretas! ¡No tienes pruebas, y el hombre que vi ayer no existe! Lo único que quieres es que pierda la cabeza, buscas exasperarme antes de tiempo y acabar conmigo en estas condiciones; pero estás confundido, ¡te vas a dar un batacazo! De todos modos, ¿a qué habrán venido todas esas alusiones?… ¿Será que quiere aprovecharse de mi estado de nervios? No, hermano, te estás equivocando, vas a salir mal parado, da igual lo que hayas tramado… Bueno, vamos a ver lo que se te ha ocurrido».

Reunió todas sus fuerzas, preparándose para la terrible y misteriosa catástrofe. Por momentos, le entraban ganas de arrojarse sobre Porfiri y estrangularlo allí mismo. Desde el preciso instante en que había llegado al despacho, temía sus estallidos de furia. Notó los labios resecos, el corazón le latía con fuerza, tenía la saliva espesa. Pero estaba decidido a guardar silencio, a no pronunciar una palabra antes de tiempo. Entendía que era la mejor táctica, dada su situación, pues así no solo evitaba hablar de más, sino que además irritaba con su silencio al enemigo y a lo mejor era este el que se iba de la lengua. Esa esperanza tenía, por lo menos.

—No, ya veo que usted no me cree, está convencido de que todo esto son bromas inocentes —prosiguió Porfiri, cada vez más alegre, con unas risitas incesantes de satisfacción, mientras reanudaba sus paseos por el despacho—; desde luego, no le falta razón: esta figura que me ha dado Dios únicamente despierta en los demás

pensamientos cómicos; soy un *bouffon*; pero le diré, y se lo vuelvo a repetir, que usted, *bátiushka* Rodión Románovich, y perdone a este viejo, es todavía un hombre joven, y se encuentra, por así decir, en su primera juventud, y por eso valora por encima de todo la inteligencia humana, como les pasa a todos los jóvenes. Las agudezas del intelecto y los argumentos abstractos le fascinan. Es lo mismo que le pasó en su día al *Hofkriegsrat* austríaco[131], en la medida en que yo soy capaz de juzgar los episodios militares: sobre el papel, ya habían derrotado a Napoleón y lo habían hecho prisionero, y allí, en los despachos, todo había sido calculado y previsto del modo más inteligente, pero luego, mira tú por dónde, va el general Mack y se rinde con todo su ejército, ¡je, je, je! Ya veo, ya veo, *bátiushka* Rodión Románovich, se está riendo usted de mí: un civil como yo sacando todo el rato ejemplos de la historia militar. Qué le vamos a hacer, es una de mis debilidades, me gusta el arte de la guerra, y me encanta leer todas esas crónicas militares… Decididamente, me he equivocado de carrera. Tenía que haber servido en el ejército, la verdad. Seguramente nunca habría sido un Napoleón, pero habría llegado a comandante, ¡je, je, je! Muy bien, amigo mío, ahora voy a contarle toda la verdad de ese *caso concreto*: la realidad y el temperamento, señor mío, son cosas muy importantes, y hay que ver cómo a veces desmienten el cálculo más fino. Sí, escuche a este viejo, se lo digo en serio, Rodión Románovich —al decir esto, Porfiri Petróvich, que apenas tenía treinta y cinco años, pareció de pronto que realmente había envejecido: incluso le cambió la voz, y se diría que había encogido—; aparte de eso, soy un hombre sincero… ¿Soy o no soy sincero? ¿Usted qué cree? Yo diría que sí, plenamente: le cuento todo esto sin recibir nada a cambio, y ni siquiera pido una compensación, ¡je, je! Bueno, sigamos: yo diría que el ingenio es algo maravilloso; es, por así decir, un adorno de la naturaleza y un consuelo en la vida, pero también nos puede jugar muy malas pasadas; total, que el pobre juez a veces no sabe ni por dónde se anda, y además puede haberse dejado llevar por su imaginación, y eso es algo de lo más normal, porque es un

hombre al fin y al cabo. Y es el temperamento del criminal el que salva al pobre juez, ¡ya es mala suerte! Y en eso es en lo que no piensa la juventud, que se deja llevar por su ingenio, cuando supera «todos los obstáculos» (como dijo usted, del modo más agudo e ingenioso). Pongamos que miente, me refiero al hombre de nuestro *caso concreto*, al desconocido, y que miente de un modo magistral, de la manera más astuta; parece que tiene el triunfo al alcance de la mano, y empieza a saborear los frutos de su ingenio, y en estas, ¡plaf!, en el lugar más interesante y más llamativo va y se desmaya. Admitamos que está enfermo, que a veces en esas estancias el ambiente está muy cargado, pero ¡de todos modos! ¡En cualquier caso nos ha dado la idea! Ha mentido de forma incomparable, pero no ha sido capaz de tener en cuenta el temperamento. Y ¡ha caído en la trampa! Otra vez, dejándose llevar por su espíritu burlón, trata de burlarse de un hombre que sospecha de él: se pone pálido como si lo hiciera a propósito, como si estuviera de broma, pero palidece de una forma *demasiado natural*, que parece demasiado real, y ¡otra vez nos da la idea! Y, aunque pueda engañarlo la primera vez, al día siguiente, si esa persona no es muy torpe, lo normal es que cambie de opinión. Y ¡así a cada paso! Siempre se precipita y mete la nariz en todas partes, sin que nadie le haya pedido su opinión; le da por hablar sin descanso cuando debería estarse callado, y se permite toda clase de alegorías, ¡je, je! Y eso es algo que les puede pasar a las personas más inteligentes, lo mismo a un psicólogo que a un escritor. ¡El temperamento es un espejo, un espejo que lo refleja todo! ¡Solo hay que mirarse en él y disfrutar! ¿Cómo es que está tan pálido, Rodión Románovich? ¿No respira bien? ¿Quiere que abra la ventana?

—Oh, no se preocupe, por favor —exclamó Raskólnikov, y de repente se echó a reír—. ¡No se preocupe, por favor!

Porfiri se detuvo delante de él, esperó unos segundos y también se echó a reír, contagiado. Raskólnikov se levantó del sofá, y cortó de repente su risa, típicamente histérica.

—¡Porfiri Petróvich! —dijo alto y claro, a pesar de que las piernas temblorosas apenas si lo sostenían—. Ya no me cabe ninguna duda de que usted sospecha efectivamente que yo he matado a esa vieja y a su hermana Lizaveta. Le hago saber, por mi parte, que hace ya mucho que estoy cansado de todo esto. Si encuentra que tiene derecho a investigarme legalmente, investígueme; si tiene derecho a detenerme, deténgame. Pero que se ría de mí en la cara y que me martirice… eso no lo tolero. —De repente los labios le empezaron a temblar, los ojos le ardían de rabia y la voz, contenida hasta entonces, empezó a resonar—. ¡No lo consiento! —gritó súbitamente, al tiempo que descargaba un puñetazo con todas sus fuerzas en la mesa—. ¿Me ha oído, Porfiri Petróvich? ¡No lo tolero!

—¡Ay, Señor! Pero ¡esto qué es! —exclamó, aparentemente muy asustado, Porfiri Petróvich—. ¡*Bátiushk* a Rodión Románovich! ¡Queridísimo amigo! ¿Qué le ocurre?

—¡No lo tolero! —gritó una vez más Raskólnikov.

—¡Más bajo, *bátiushka*! ¡Nos van a oír y van a venir! Y ¿qué vamos a decir entonces? ¡Imagínese! —susurró horrorizado Porfiri Petróvich, acercando la cara a la cara de Raskólnikov.

—¡No lo tolero, no lo tolero! —repetía maquinalmente Raskólnikov, aunque de pronto se puso a hablar también él en un susurro.

Porfiri se dio la vuelta rápidamente y fue corriendo a abrir la ventana.

—¡Hay que dejar que entre aire fresco! Y tiene que beber un poco de agua, querido, ¡le ha dado un ataque! —Y se lanzó a la puerta, dispuesto a pedir un poco de agua, pero allí mismo, en un rincón, vio que precisamente había una garrafa.

—Beba, *bátiushka* —susurró, corriendo hacia él con la garrafa—, verá qué bien le sienta…

El susto y la preocupación de Porfiri Petróvich eran tan naturales que Raskólnikov se quedó callado, observándolo con una curiosidad desmedida. Pero no quiso beber.

—¡Rodión Románovich! ¡Amigo mío! ¡Va a volverse usted loco, hágame caso! ¡Ayayay! ¡Ande, beba! ¡Solo un poquito!

Le puso en la mano a la fuerza un vaso de agua. Raskólnikov se lo acercó a los labios maquinalmente, pero reaccionó y dejó el vaso en la mesa con repugnancia.

—Sí, señor, ¡ha sufrido un leve ataque! A este paso va a recaer en su enfermedad —cacareaba Porfiri Petróvich, con interés afectuoso, y hasta con cierto aire de turbación—. ¡Ay, Señor! ¿Cómo no se cuida más? Ayer vino a verme Dmitri Prokófich… Muy bien, estoy de acuerdo en que tengo un carácter muy difícil, que soy muy hiriente, pero ¡hay que ver a qué conclusiones han llegado! ¡Ay, Señor! Estuvo aquí ayer, después de su visita; estuvimos comiendo, y no paró de hablar, yo solo podía abrir los brazos; ¡qué cosas, Dios mío!, pensaba yo. Fue usted quien lo mandó, ¿no es así? Pero ¡siéntese, *bátiushka*, siéntese, por lo que más quiera!

—¡No, no lo mandé yo! Pero yo sabía que había venido a verle y a qué había venido —replicó ásperamente Raskólnikov.

—¿Lo sabía?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que yo, *bátiushka* Rodión Románovich, no solo estoy al corriente de esas hazañas suyas, ¡estoy enterado de todo! Sé que usted fue a alquilar un piso, ya casi de noche, cuando estaba oscuro, y que llamó a la campanilla, que preguntó algo acerca de la sangre y dejó desconcertados a unos obreros y a los porteros. Entiendo cuál era su estado de ánimo aquel día… pero, de todos modos, se va a volver loco si sigue así, le doy mi palabra. ¡Va a perder la cabeza! ¡Se ofusca usted! Le hierve la sangre de noble indignación por todas las ofensas sufridas, primero a manos del destino, después de la policía, y por eso se pasa todo el día yendo de un lado para otro, tirando de la lengua a todo el mundo, para acabar de una vez, porque ya está cansado de todas estas tonterías, de todas estas sospechas. ¿No es así? ¿He adivinado bien cómo se siente?… Pero, si sigue así, no solo se va a volver loco, sino que de paso va a volver loco a Razumijin: es demasiado *bueno* para esto, usted ya lo sabe.

Usted tiene su enfermedad, y él su bondad, y puede contagiarle su enfermedad… Cuando esté más tranquilo, *bátiushka*, ya le contaré… pero ¡siéntese, *bátiushka*, por el amor de Dios! Descanse, se lo ruego, tiene muy mala cara; por favor, siéntese.

Raskólnikov se sentó; se le pasaron los temblores, y el calor se le extendió por todo el cuerpo. Profundamente desconcertado, escuchó con atención a Porfiri Petróvich que, asustado, se ocupaba de él con amabilidad. Pero no creía ni una sola palabra suya, a pesar de que se sentía extrañamente inclinado a creerle. Las inesperadas palabras de Porfiri sobre el piso de la usurera le habían producido una enorme turbación. «¿Cómo es que sabe lo del piso? —pensó de repente—. Y ¡él mismo me lo cuenta!».

—Sí, señor, he tenido un caso casi idéntico, psicológico, en mi carrera como juez; un caso morboso —prosiguió Porfiri, hablando muy deprisa—. Fue también alguien que se atribuyó un asesinato, y había que ver cómo insistía: había sufrido una verdadera alucinación; expuso los hechos, describió las circunstancias, confundió a todo el mundo, nos volvió a todos locos. Y ¿por qué? Él mismo, sin ninguna intención, había sido en parte, pero solo en parte, el causante del asesinato, y, en cuanto se enteró de que les había dado la oportunidad a los asesinos, se deprimió, se obnubiló, empezó a imaginarse cosas raras, perdió la cabeza y ¡acabó convenciéndose de que era el asesino! Por fin, el Senado Gobernante[132] aclaró el asunto y el desdichado fue absuelto y sometido a tratamiento. ¡Gracias sean dadas al Senado Gobernante! Pues ¡sí! ¿Qué me dice, *bátiushka*? ¡Va a acabar delirando si le da por poner a prueba sus nervios con esas tentativas, yendo por las noches a llamar a la campanilla y a hacer preguntas sobre la sangre! Toda esa psicología ya la he estudiado yo a lo largo de mi carrera. A veces un hombre se siente tentado de saltar desde una ventana o desde un campanario, y es una especie de atracción irresistible. Pues lo mismo con la campanilla… ¡Es una enfermedad, Rodión Románovich, una enfermedad! Ha empezado a descuidar en exceso su enfermedad. ¡Debería consultarle a un médico con experiencia, y no a ese

gordo!… ¡Sufre usted delirios! ¡Todo esto se debe únicamente a sus delirios!…

Por un momento a Raskólnikov le pareció que todo daba vueltas.

«¿Será posible, será posible —pensó— que ahora esté mintiendo? ¡No puede ser, no puede ser!», rechazó la idea, intuyendo hasta qué grado de furor y de ira podría conducirlo, y sintiendo que podía enloquecer de rabia.

—No fue en un momento de delirio, ¡yo estaba plenamente consciente! —exclamó, dirigiendo toda la fuerza de su intelecto a desentrañar el juego de Porfiri—. ¡Consciente, consciente! ¿Me oye?

—¡Sí, le entiendo y le oigo! ¡Ya dijo ayer que no estaba delirando, y puso el acento en eso! ¡Entiendo todo lo que me pueda decir! ¡Ay!… Pero escuche, Rodión Románovich, mi noble amigo, tenga al menos en cuenta esta consideración. Si usted fuera en efecto, si verdaderamente fuera usted un criminal, o estuviera implicado de algún modo en este maldito asunto, ¿habría insistido usted en afirmar que no había hecho aquello cuando deliraba, sino que, al revés, estaba en plena posesión de sus facultades? E insistido, además, de esa manera, poniendo un empeño tan especial… ¿Sería posible tal cosa? ¿Cree que sería posible? Todo lo contrario, en mi opinión. Si usted se sintiera responsable de algo, tendría que haber insistido, precisamente, en que evidentemente estaba delirando. ¿Verdad que sí?

Había una nota de perfidia en esta pregunta. Raskólnikov se recostó en el respaldo del sofá, apartándose así de Porfiri, que se había inclinado hacia él, y lo observó en silencio, perplejo, insistentemente.

—Y, en cuanto al señor Razumijin, a propósito de si vino ayer a hablar por su propia iniciativa o si lo hizo instigado por usted, debería haber dicho que vino por su cuenta, y haberse callado que fue usted quien lo animó. Pero ¡usted no lo oculta! Al revés, ¡ha dejado usted claro que fue a instancia suya!

Raskólnikov en ningún momento había afirmado eso. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—No para de mentir —dijo, hablando despacio y débilmente, torciendo los labios en una sonrisa enfermiza—, una vez más me quiere demostrar que conoce todo mi juego, que se sabe de antemano todas mis respuestas —dijo, intuyendo que ya no era capaz de medir debidamente sus palabras—; quiere meterme miedo… o simplemente se está riendo de mí… —Mientras hablaba, no dejó de mirar fijamente a Porfiri Petróvich, y una vez más una rabia sin límites brilló en sus ojos—. ¡No hace más que mentir! —exclamó—. Usted sabe de sobra que no hay mejor táctica para un criminal que no ocultar, en la medida de lo posible, nada de aquello que no necesite ocultar. ¡No le creo!

—¡Qué inconstante es usted! —Porfiri se reía maliciosamente—. No hay forma de aclararse con usted: no hay quien le saque de su monomanía. ¿Así que no me cree? Pues le diré que sí me cree, que ya me ha creído un cuarto de *arshín*, y haré que me crea todo el *arshín*, porque le aprecio de verdad y le deseo sinceramente el bien. —A Raskólnikov empezaron a temblarle los labios—. Sí, señor, se lo deseo, y le diré de una vez —prosiguió Porfiri Petróvich, cogiendo ligeramente del brazo a Raskólnikov, justo por encima del codo—, le diré de una vez por todas: vigile su enfermedad. Además, ya lo ve, ahora está aquí su familia; téngalo presente. Tiene usted que calmarlas y tratarlas bien, y lo único que hace es asustarlas…

—¿Qué más le da a usted? ¿Cómo se ha enterado? ¿Por qué se interesa por mi familia? Eso es que me tiene vigilado y quiere que yo lo sepa…

—*¡Bátiushka!* Pero ¡si todo lo que sé lo he sabido por usted! Usted no es consciente de que, cada vez que se altera, lo va contando todo por ahí, a mí y a los demás. Además, ayer me enteré de muchos detalles interesantes por el señor Razumijin, Dmitri Prokófich. Verá, me ha interrumpido usted, pero lo que iba a decirle era que, a pesar de su agudeza, su suspicacia le impide ver las cosas con normalidad. Por ejemplo, y volviendo otra vez al tema de la campanilla: yo, que soy el juez, le revelo por entero esa joya, le ofrezco una prueba como esa (¡una prueba de verdad!). Y ¿usted no

ve nada raro? Si tuviera la más mínima sospecha de usted, ¿habría actuado así? Al contrario, primero habría tenido que disipar sus sospechas, y no dar a entender que estaba al corriente de ese hecho; tendría que haberle distraído, y descargar de pronto un golpe con el lomo en toda la coronilla, por decirlo con su misma expresión: «¿Qué hacía usted, señor, en la vivienda de la víctima a las diez de la noche, o cerca ya de las once? Y ¿por qué llamó a la campanilla? Y ¿por qué preguntó por la sangre? Y ¿por qué embrolló de esa manera a los porteros y los invitó a que le acompañaran a comisaría, a ver al teniente?». Le diré cómo tendría que haber actuado yo, a poco que hubiera tenido sospechas de usted. Habría tenido que interrogarle en toda regla, efectuar un registro y, seguramente, hacerle detener… En consecuencia, no abrigo sospechas de usted, pues he actuado de otro modo. Pero usted ya no ve las cosas como son, y no se da cuenta de nada, le repito.

Raskólnikov temblaba de la cabeza a los pies, algo que Porfiri Petróvich advirtió claramente.

—¡Sigue usted mintiendo! —exclamó Raskólnikov—. No sé lo que pretende, pero sigue mintiendo… Hace un momento me decía algo bien distinto, así que no puedo estar equivocado… ¡Miente!

—¿Que yo miento? —replicó Porfiri, aparentemente acalorado, pero conservando un aire decididamente risueño y burlón, como si no le preocupase en absoluto la opinión que pudiera tener de él el señor Raskólnikov—. ¿Que yo miento?… Pero ¿cómo he actuado con usted (yo, el juez de instrucción), sugiriéndole y poniendo en sus manos todos esos medios para su defensa, todos esos argumentos psicológicos? Que si la enfermedad, que si el delirio, que si se sentía herido en su amor propio; que si la melancolía, los agentes de policía y todas esas cosas… ¿Qué me dice? ¡Je, je, je! Si bien, por otra parte, dicho sea de paso, todos esos recursos psicológicos para la defensa, todos esos pretextos y evasivas resultan extremadamente inconsistentes y son un arma de doble filo: «La enfermedad —dirá—, el delirio, los sueños, son todo imaginaciones mías, no recuerdo nada». Muy bien, *bátiushka*, pero ¿cómo es que en su enfermedad y

en sus delirios se imagina justamente esas cosas, y no otras? ¿No podía soñar con otras cosas? ¿Qué dice? ¡Je, je, je, je!

Raskólnikov lo miraba con orgullo y desdén.

—En una palabra —dijo en voz alta, con firmeza, al tiempo que se levantaba y, al hacerlo, empujaba ligeramente a Porfiri—, en una palabra, lo que quiero saber es si me considera definitivamente libre de sospecha o no. Dígamelo, Porfiri Petróvich, dígamelo claramente de una vez; ¡dígamelo ahora mismo, sin más demora!

—¡Pues sí! Me ha caído una buena con usted —declaró Porfiri con un aire totalmente risueño, jocoso y en absoluto preocupado—. Pero ¿por qué quiere saber, por qué quiere saber tantas cosas, si todavía no ha ido nadie a molestarle? ¡Es usted como un niño, no hace más que pedir que le den fuego! Y ¿por qué se preocupa tanto? ¿Por qué se empeña en venir a vernos? ¿Cuál es la causa? ¿Eh? ¡Je, je, je!

—Le repito —gritó Raskólnikov, fuera de sí— que no estoy dispuesto a seguir soportando…

—¿El qué? ¿La incertidumbre? —le interrumpió Porfiri.

—¡Déjese de ironías! ¡No estoy dispuesto!… ¡Le digo que no estoy dispuesto!… ¡No tengo por qué!… ¡Escuche! ¡Escuche! —gritó, descargando otra vez un puñetazo en la mesa.

—¡Más bajo, más bajo! ¡Nos va a oír todo el mundo! Se lo advierto muy seriamente: compórtese. ¡No estoy bromeando! —dijo Porfiri, hablando en un susurro, pero esta vez se había borrado de su rostro la expresión asustada, de vieja bonachona, de que venía haciendo gala; al contrario, ahora ordenaba abiertamente, severo, con el ceño fruncido y acabando de golpe, al parecer, con todos los misterios y las ambigüedades. Sin embargo, fue algo pasajero. Raskólnikov, desconcertado al principio, cayó de pronto en un verdadero frenesí, pero, curiosamente, también esta vez obedeció la orden de bajar la voz, aunque había alcanzado el más exacerbado paroxismo de furia.

—¡No voy a dejar que me torturen! —susurró de pronto, igual que hacía un rato, reconociendo en ese mismo instante, con dolor y con

odio, que no podía dejar de obedecer la orden y, solo de pensarlo, se puso todavía más furioso—. ¡Deténgame, regístreme, pero proceda de acuerdo con las reglas, y déjese de jugar conmigo! No se atreva…

—No se preocupe por las reglas, *bátiushka* —le interrumpió Porfiri, con la misma sonrisa irónica de antes y hasta disfrutando y regodeándose con Raskólnikov—. ¡Le he invitado a venir de manera informal, como a un amigo!

—¡Rechazo su amistad y escupo sobre ella! ¿Me oye? Y fíjese: cojo mi gorra y me marcho. A ver qué dices ahora, si tenías intención de detenerme.

Cogió la gorra y se dirigió a la puerta.

—Y ¿no querrá ver una sorpresita? —Porfiri se rió maliciosamente, y volvió a coger a Raskólnikov justo por encima del codo, deteniéndolo al lado de la puerta. Cada vez parecía más alegre y más jocoso, algo que acabó de sacar de sus casillas a Raskólnikov.

—¿Qué sorpresita? ¿A qué se refiere? —preguntó, deteniéndose bruscamente y mirando asustado a Porfiri.

—Una sorpresita; está aquí mismo, detrás de la puerta, ¡je, je, je! —Señaló con el dedo a la puerta cerrada en el tabique que daba a su vivienda oficial—. He echado el cerrojo para que no se escape.

—¿Qué es esto? ¿Dónde? ¿Qué?… —Raskólnikov se acercó a la puerta y trató de abrir, pero estaba cerrada con llave.

—Está cerrada, ¡aquí está la llave!

Y, efectivamente, se sacó la llave del bolsillo y se la enseñó.

—¡No paras de mentir! —bramó Raskólnikov, que ya no era capaz de contenerse—. ¡Mientes, maldito polichinela! —Y se arrojó sobre Porfiri, que se retiró hacia la puerta, pero que no estaba en absoluto amedrentado—. ¡Me doy cuenta de todo! —Raskólnikov se echó encima de Porfiri—. Mientes y te burlas de mí para que me delate…

—Pero si ya no puede delatarse más, *bátiushka* Rodión Románovich. Está usted fuera de sí. ¡No grite, o llamo a mis

subordinados!

—¡Mientes! ¡No va a pasar nada! ¡Llama a tus subordinados! Sabías que estaba enfermo, y querías sacarme de quicio, enfurecerme, para que me delatara, eso es lo que pretendías. ¡A ver, enseña las pruebas! ¡Me he dado cuenta de todo! ¡No tienes pruebas, lo único que tienes son unas conjeturas ridículas, irrelevantes, como las de Zamétov!… Conocías mi carácter, querías llevarme al paroxismo, y aturdirme de repente con popes y con testigos… ¿Los estás esperando, eh? ¿A qué esperas? ¿Dónde están? ¡Adelante!

—Pero ¡qué testigos, *bátiushka*! ¡Qué cosas se le ocurren a la gente! Además, así no se puede actuar conforme a las reglas, como dice usted; no conoce el negocio, querido… Y las reglas no dejarán de seguirse, ya lo verá… —murmuraba Porfiri, pendiente de la puerta.

De hecho, en ese momento se oyó un ruido a través de la puerta que daba al otro cuarto.

—¡Ah, ya vienen! —exclamó Raskólnikov—. ¡Los has mandado llamar!… ¡Los estabas esperando! Contabas con eso… Muy bien, que pasen todos: testigos, informantes, lo que quieras… ¡Adelante! ¡Estoy listo, estoy listo!

Pero entonces ocurrió un extraño incidente, algo tan inesperado, tan alejado del curso ordinario de las cosas que, desde luego, ni Raskólnikov ni Porfiri Petróvich se esperaban semejante desenlace.

VI

Más tarde, al recordar aquel instante, Raskólnikov lo vio de esta manera.

El ruido que se oía al otro lado de la puerta aumentó rápidamente, y la puerta se entreabrió.

—¿Qué es esto? —exclamó contrariado Porfiri Petróvich—. Ya había advertido…

Por el momento no hubo respuesta, pero era evidente que al otro lado de la puerta se hallaban varias personas, y que aparentemente estaban intentando cerrarle el paso a alguien.

—¿Qué es esto? —repitió alarmado Porfiri Petróvich.

—Han traído al detenido, a Nikolái —se oyó una voz.

—¡No hace falta! ¡Lleváoslo! ¡Que espere!… ¿Qué está haciendo aquí? ¡Qué desbarajuste! —exclamó Porfiri, corriendo hacia la puerta.

—Pero él… —empezó de nuevo la misma voz, y se interrumpió de repente.

Durante un par de segundos, no más, se produjo una auténtica lucha; entonces una persona debió de empujar con fuerza a otra, y acto seguido un hombre muy pálido irrumpió en el despacho de Porfiri Petróvich.

A primera vista, aquel hombre tenía un aspecto muy raro. Miraba al frente, fijamente, como si no viera a nadie. Había en sus ojos un brillo de determinación, pero al mismo tiempo una palidez mortal cubría su rostro, como si lo hubieran conducido al patíbulo. Los labios, completamente descoloridos, le temblaban ligeramente.

Era muy joven, y vestía humildemente; era de mediana estatura, bastante flaco, con el pelo cortado a tazón, de rostro enjuto y finos rasgos. El hombre al que acababa de empujar irrumpió inesperadamente en la estancia, en pos de él, y consiguió agarrarlo

de un hombro; se trataba de un guardia. Pero Nikolái retiró violentamente el brazo y volvió a quedar libre.

Varios curiosos se apelotonaron en la puerta. Algunos pugnaron por entrar. Todo lo descrito ocurrió en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Fuera, aún es pronto! ¡Espera a que te llamen!… ¿Por qué lo habéis traído antes de tiempo? —farfullaba, extremadamente indignado, fuera de sí, Porfiri Petróvich. Pero Nikolái, de pronto, se puso de rodillas—. ¿Qué haces? —gritó Porfiri, perplejo.

—¡Soy culpable! ¡Mío es el pecado! ¡Soy un asesino! —proclamó de pronto Nikolái, quedándose sin aliento, pero con una voz bastante potente.

Durante diez segundos reinó el silencio, como si todos hubieran enmudecido; incluso el guardia dio un paso atrás y ya no volvió a acercarse a Nikolái, sino que se retiró maquinalmente hacia la puerta y ahí se quedó paralizado.

—¿Qué pasa? —gritó Porfiri Petróvich, saliendo de su estupor momentáneo.

—Yo… soy un asesino… —repitió Nikolái, después de una breve pausa.

—Cómo… tú… Cómo… ¿A quién has matado?

Porfiri Petróvich, evidentemente, estaba muy confuso.

Nikolái volvió a callar unos instantes.

—A Aliona Ivánovna y a su hermana, Lizaveta Ivánovna… las maté… con un hacha. Se me fue la cabeza… —añadió de pronto, y se calló una vez más. Seguía arrodillado.

Porfiri Petróvich, inmóvil por un momento, aparentemente indeciso, de pronto reaccionó y empezó a hacer aspavientos para echar a los testigos innecesarios, que desaparecieron al instante, cerrando la puerta. Después miró a Raskólnikov, que estaba en un rincón, observando obnubilado a Nikolái, y se dirigió hacia él, pero se paró en seco y lo miró, miró a continuación a Nikolái, después otra vez a Raskólnikov, luego nuevamente a Nikolái, y de pronto, como en un arrebato, se abalanzó finalmente sobre este.

—¿Conque se te fue la cabeza? Mucho corres tú —le gritó, al borde del estallido de furia—. No te he preguntado si se te fue o se te dejó de ir la cabeza… Dime: ¿las mataste?

—Soy un asesino… Quiero confesar… —dijo Nikolái.

—¡Vaya! ¿Con qué las mataste?

—Con un hacha. La llevaba encima.

—¡Sí que tienes prisa! ¿Solo?

Nikolái no entendió la pregunta.

—¿Las mataste tú solo?

—Yo solo. Mitka es inocente y no tuvo nada que ver.

—¡Menos prisas con Mitka! ¡Ay! A ver, ¿cómo pudiste huir por las escaleras? Los porteros os vieron a los dos.

—Lo hice para despistar… Corrí detrás de Mitka —respondió Nikolái precipitadamente, como si ya tuviera la respuesta preparada.

—¡Efectivamente! —exclamó Porfiri, con rabia—. ¡No son palabras suyas! —murmuró, como si estuviera hablando solo, y volvió a fijarse en Raskólnikov.

Aparentemente, estaba tan concentrado en Nikolái que por un momento se había olvidado de Raskólnikov. De repente cayó en la cuenta, y hasta se turbó…

—¡Rodión Románovich, *bátiushka*! Disculpe —corrió hacia él—; no puede ser; me temo que… no tiene usted nada que hacer aquí… Yo soy el primero que… Ya lo está viendo, ¡menuda sorpresa! Si es tan amable…

Y, cogiéndolo de la mano, le señaló la puerta.

—Se diría que no se lo esperaba —observó Raskólnikov, quien, lógicamente, no acababa de entender nada con claridad, pero ya había tenido tiempo de cobrar nuevos ánimos.

—Tampoco usted se lo esperaba. ¡Hay que ver cómo le tiembla la mano! ¡Je, je!

—Usted también está temblando, Porfiri Petróvich.

—Sí, yo también; ¡no me lo esperaba!

Estaban ya en la puerta. Porfiri esperaba impaciente a que saliera Raskólnikov.

—Y esa sorpresita ¿ya no me la enseña? —preguntó de pronto Raskólnikov.

—Lo dice y aún le están castañeteando los dientes, ¡je, je! ¡Qué irónico es usted! Bueno, hasta la vista.

—Por mi parte, ¡adiós[133]!

—¡Será lo que Dios quiera, lo que Dios quiera! —murmuró Porfiri con una sonrisa un tanto forzada.

Mientras cruzaba la oficina, Raskólnikov advirtió que muchos lo miraban. En la antesala descubrió, entre la gente que allí había, a los dos porteros de aquella casa, a los que había pedido aquella noche que lo llevaran a comisaría. Estaban esperando algo. Pero fue llegar a las escaleras y oír otra vez a su espalda la voz de Porfiri Petróvich. Se volvió y vio cómo le daba alcance, sofocado.

—Solo una cosa, Rodión Románovich; por lo que respecta a todo lo demás, será lo que Dios quiera, pero aún tengo que hacerle, por pura formalidad, algunas preguntas… Así que tendremos que volver a vernos, ¿no es así? —Y Porfiri se quedó parado delante de él, con una sonrisa—. ¿No es así? —repitió.

Se diría que tenía ganas de añadir algo, pero no acababa de decidirse.

—Tiene que disculparme por lo ocurrido, Porfiri Petróvich… He perdido los nervios —empezó Raskólnikov, que había recuperado la presencia de ánimo hasta tal punto que experimentaba un deseo irresistible de pavonearse.

—Nada, nada… —replicó Porfiri, casi contento—. Yo también… ¡Tengo un carácter muy difícil, lo admito, lo admito! Entonces, ya nos veremos. Si Dios quiere, nos veremos mucho…

—Y ¿acabaremos de conocernos? —añadió Raskólnikov.

—Y acabaremos de conocernos —asintió Porfiri Petróvich y, entornando los ojos, miró muy serio a Raskólnikov—. Y ahora va a una onomástica, ¿no?

—A un entierro.

—Claro, ¡a un entierro! Cuídese esa salud, cuídese…

—¡No sé qué desearle por mi parte! —contestó Raskólnikov, que ya había empezado a bajar las escaleras, volviéndose de pronto hacia Porfiri—. Le desearía muchos éxitos, pero ¡ya ve lo cómico que resulta su oficio!

—Cómico, ¿por qué? —Porfiri Petróvich aguzó el oído de inmediato; también él se había dado la vuelta, decidido a marcharse.

—Bueno, a ese pobre Mikolka, como es natural, lo habrá maltratado y torturado, psicológicamente, claro, como a usted le gusta, hasta hacerlo confesar; seguro que ha estado repitiéndole, día y noche: «Tú eres el asesino, tú eres el asesino…»; el caso es que ahora que ha confesado empezará a marearlo, diciendo: «¡Mientes, tú no eres el asesino! ¡No has podido ser tú! ¡Esas palabras no son tuyas!». Después de esto, ¡no me irá a decir que su oficio no es cómico!

—¡Je, je, je! ¿Así que se ha dado cuenta de eso que le he dicho a Nikolái, de que «no eran palabras suyas»?

—¿Cómo no iba a darme cuenta?

—¡Je, je! Qué agudo, qué agudo. ¡No se le escapa una! Y lo bien que capta la vena cómica… ¡je, je! Dicen que, entre los escritores, ese era un rasgo característico de Gógol.

—Sí, de Gógol.

—Eso es, de Gógol… Hasta que tenga el enorme placer de volver a verlo.

—Hasta entonces.

Raskólnikov se fue derecho a casa. Estaba tan desconcertado y tan confuso que, al llegar a su cuarto, se arrojó en el diván y estuvo un cuarto de hora sin moverse, limitándose a descansar y a poner algo de orden en sus ideas. Renunció a reflexionar sobre lo ocurrido con Nikolái: se daba cuenta de que estaba demasiado impresionado; había algo inexplicable en su confesión, algo asombroso que no estaba en condiciones de comprender en aquel momento. Pero la confesión de Nikolái era un hecho incontestable. Desde el primer momento había visto claramente las consecuencias de aquel hecho: la mentira tenía que acabar descubriéndose por fuerza, y entonces

volverían a ocuparse de él. Pero, por lo menos, hasta entonces estaba libre y tenía que hacer algo, a toda costa, porque el peligro era inevitable.

Ahora bien, ¿en qué medida era inevitable? La situación empezaba a definirse. Recordando en esbozo, a grandes rasgos, toda la escena que acababa de vivir con Porfiri, no pudo evitar un nuevo estremecimiento de terror. Naturalmente, aún no sabía qué era lo que se proponía Porfiri, no era capaz de descifrar todos sus cálculos. Pero una parte de su juego había quedado al descubierto y, desde luego, nadie mejor que Raskólnikov podía comprender lo peligroso que había sido para él aquel «movimiento» en el juego de Porfiri. Le había faltado poco para perderse definitivamente, de manera efectiva. Sabedor del temperamento enfermizo de Raskólnikov, y habiéndolo calado al primer vistazo, Porfiri había actuado tal vez con excesivo ímpetu, pero con muy pocos riesgos. No se podía negar que Raskólnikov se había comprometido en exceso, pero, en cualquier caso, no habían aparecido pruebas de momento; todo aquello seguía siendo relativo. Pero ¿estaba interpretando bien los hechos? ¿No estaría equivocado? ¿Qué era lo que buscaba exactamente Porfiri? ¿Tendría realmente algo preparado? ¿Exactamente qué? ¿De verdad estaba esperando algo? ¿Cómo se habrían separado hacía un rato de no haber sobrevenido aquella inesperada catástrofe debida a Nikolái?

Porfiri le había mostrado casi todo su juego; naturalmente, había corrido un riesgo, pero el caso es que se lo había mostrado, y si efectivamente hubiera tenido algo más, a juicio de Raskólnikov, igualmente se lo habría mostrado. ¿Qué «sorpresa» sería aquella? ¿Y si no era más que una burla? ¿Tenía algún significado? ¿Podía ocultar algo parecido a una prueba, a una acusación efectiva? ¿Y el hombre aquel de la víspera? ¿Qué había sido de él? ¿Dónde podía estar? Si Porfiri, de hecho, tenía algo, debía estar conectado con el hombre de la víspera…

Estaba sentado en el diván, con la cabeza gacha, los codos apoyados en las rodillas y las manos cubriéndole la cara. Un temblor

nervioso seguía agitándole todo el cuerpo. Finalmente se levantó, cogió la gorra, meditó unos segundos y se dirigió a la puerta.

Tenía el presentimiento de que, al menos por ese día, podía considerarse fuera de peligro, con toda certeza. De pronto sintió en su corazón algo parecido a la alegría: deseaba ir cuanto antes a casa de Katerina Ivánovna. Naturalmente, ya era tarde para acudir al funeral, pero llegaría a tiempo al banquete fúnebre, y allí, dentro de nada, vería a Sonia.

Se detuvo, meditó unos segundos y una sonrisa doliente se dibujó en sus labios.

«¡Hoy! ¡Hoy! —se repitió a sí mismo—. ¡Sí, hoy mismo! Así tiene que ser…».

Ya se disponía a abrir la puerta, cuando de pronto esta empezó a abrirse sola. Raskólnikov tembló y retrocedió de un salto. La puerta se fue abriendo lentamente, sin hacer ruido, y de pronto apareció una figura: el hombre de la víspera, *salido de debajo de la tierra*.

El hombre se detuvo en el umbral, miró en silencio a Raskólnikov y dio un paso hacia el interior del cuarto. Su aspecto era idéntico al del día anterior, tenía la misma figura, vestía igual, pero en su semblante y en su mirada se había producido un cambio muy marcado: parecía triste y, después de un momento, dejó escapar un hondo suspiro. Si se hubiera llevado la mano a la mejilla y hubiera ladeado la cabeza, habría parecido enteramente una aldeana.

—¿Qué quiere? —preguntó Raskólnikov, muerto de miedo.

El hombre, sin decir nada, se inclinó profundamente ante él, casi hasta el suelo. Como mínimo lo rozó con los dedos de la mano derecha.

—¿Qué hace? —exclamó Raskólnikov.

—Soy culpable —dijo en voz baja el deconocido.

—¿De qué?

—De pensar mal. —Se miraron—. Me sentía ofendido. Cuando apareció usted el otro día, posiblemente bebido, y les dijo a los porteros que lo llevaran a comisaría y preguntó por la sangre, me sentó muy mal, pensando que no le hacían caso porque creían que

estaba borracho. Tan mal me sentó que no pude dormir. Y, como me acordaba de sus señas, vinimos ayer a preguntar…

—¿Quién vino? —le interrumpió Raskólnikov, que al momento empezó a recordar.

—Bueno, yo; y le ofendí.

—Entonces ¿viene usted de esa casa?

—Sí; aquella vez estaba en el portón con esa gente, ¿no se acuerda? Tenemos allí nuestro taller, desde hace mucho. Somos artesanos, peleteros, trabajamos en casa… Lo que más me molestó fue…

Y de repente Raskólnikov se acordó claramente de toda la escena de la antevíspera en el portón; sí, aparte de los porteros había allí varias personas, incluidas algunas mujeres. Recordó una voz que sugirió que lo llevaran a comisaría. No se acordaba de cómo era la cara de esa persona, y ni siquiera en esos momentos la reconocía, pero sí estaba seguro de que incluso se había vuelto hacia él y le había respondido algo…

Por consiguiente, así quedaba resuelto todo aquel horror de la víspera. Daba miedo pensar que había estado a punto de perderse, que le había faltado muy poco para arruinar su vida por una circunstancia tan *insignificante* como aquella. Por consiguiente, lo único que podía haber contado ese hombre era lo del alquiler del piso y la conversación sobre la sangre. Por consiguiente, Porfiri tampoco tenía nada, nada de nada, aparte de ese *delirio*, no tenía pruebas; dejando de lado la *psicología*, que es *un arma de doble filo*, no había nada concluyente. Por consiguiente, si no aparecían más pruebas (y ¡no tenían por qué aparecer más pruebas, no tenían por qué, no tenían por qué!)… ¿qué podían hacer con él? ¿De qué podían acusarlo, en definitiva, aun en el supuesto de que lo detuvieran? Y, por consiguiente, Porfiri acababa de enterarse de lo del piso, antes no sabía nada.

—¿Ha sido usted el que le ha contado hoy a Porfiri… lo de que estuve allí? —le gritó, afectado por una idea repentina.

—¿A qué Porfiri?

—Al juez de instrucción.

—Sí, he sido yo. Los porteros no fueron en su momento, y he ido yo.

—¿Hoy mismo?

—Un minuto antes que usted. Y he oído todo, todo, cómo le ha maltratado.

—¿Dónde? ¿Qué? ¿Cuándo?

—Pues allí mismo, al otro lado del tabique, allí he estado todo el rato.

—¿Cómo? Entonces ¿usted era la sorpresa? ¿Cómo ha podido ser? Dígame…

—Viendo —empezó el artesano— que los porteros no me hacían caso, porque, según decían, ya era tarde y a lo mejor se enfadaban por no ser horas para ir allí, aquello me sentó muy mal, no pude dormir, y me puse a hacer mis averiguaciones. Ayer ya me enteré, y hoy he ido. Cuando he llegado la primera vez, él no estaba. He vuelto una hora más tarde, y no me ha podido recibir; por fin, la tercera vez, me han dejado pasar. He empezado a explicarle todo lo que había ocurrido, y él se ha puesto a pasear por el despacho y a darse golpes de pecho: «¡Vais a acabar conmigo, granujas! —decía—. ¡De haberlo sabido, lo habría mandado detener!». Después ha salido corriendo, ha llamado a alguien y se han puesto a hablar en un rincón, y luego ha vuelto a dirigirse a mí, y ha empezado a hacerme preguntas y a insultarme. Todo me lo echaba en cara; pero yo se lo he contado todo, y le he dicho que usted no había tenido el valor de contestarme a mis palabras de ayer y que no me había reconocido. Y otra vez se ha puesto a correr, y a darse golpes de pecho, y a enfadarse, y vuelta a correr, y, cuando le han anunciado que estaba usted allí, me ha dicho: «Anda, pasa al otro lado del tabique, espera ahí un poco y no te muevas, oigas lo que oigas»; y me ha llevado una silla y me ha dejado ahí encerrado. «A lo mejor te llamo», ha dicho. Y cuando han traído a Nikolái, me ha hecho salir, justo después de usted: «Ya te llamaré —me ha dicho—, y volveré a interrogarte»…

—Y ¿a Nikolái lo ha interrogado en tu presencia?

—Solo después de hacerle salir a usted, y luego a mí, ha sido cuando ha empezado a interrogar a Nikolái.

El artesano se quedó callado y de repente repitió la reverencia, rozando el suelo con los dedos.

—Le pido perdón por mi delación y por mi malicia.

—Que Dios te perdone —contestó Raskólnikov y, nada más decirlo, el artesano volvió a inclinarse ante él, aunque en esta ocasión no llegó hasta el suelo, solo hasta la cintura; se dio la vuelta despacio y abandonó el cuarto. «Todo son armas de doble filo; ahora todo son armas de doble filo», sentenció Raskólnikov, y salió del cuarto más confiado que nunca.

«Ahora toca seguir luchando», se dijo con una sonrisa maliciosa, mientras bajaba las escaleras. Su malicia apuntaba contra sí mismo: se había acordado con desprecio y vergüenza de su «pusilanimidad».

QUINTA PARTE

I

La mañana que siguió a su fatídica entrevista con Dúnechka y Puljeria Aleksándrovna ejerció su vivificante influjo también sobre Piotr Petróvich. Muy a su pesar, no le quedó más remedio que aceptar gradualmente como un hecho consumado e irreversible lo que la misma víspera le parecía poco menos que disparatado, algo imposible, por más que hubiera ocurrido. La negra serpiente de la vanidad herida no había dejado de roerle el corazón en toda la noche. Nada más levantarse de la cama, lo primero que hizo Piotr Petróvich fue mirarse en el espejo. Tenía miedo de haber sufrido durante la noche un derrame de bilis. Sin embargo, desde ese punto de vista, todo iba bien por el momento y, después de examinar su semblante noble, pálido y algo más grueso en los últimos tiempos, Piotr Petróvich se consoló por un momento, plenamente convencido de que podría encontrar una novia en otro sitio, y seguramente mejor; pero enseguida recapacitó y escupió enérgicamente hacia un lado, algo que arrancó la sonrisa sarcástica, aunque disimulada, de su joven amigo y compañero de piso, Andréi Semiónovich Lebeziátnikov. A Piotr Petróvich no se le escapó esa sonrisa, e inmediatamente se la apuntó en la cuenta a su joven amigo. Últimamente esa cuenta no había hecho más que crecer. Su cólera se multiplicó cuando pensó que no debería haber puesto al corriente a Andréi Semiónovich del resultado de la entrevista de la víspera. Ese había sido su segundo error, cometido en un momento de indignación, por culpa de un exceso de expansividad y de irritación… Es más, a lo largo de toda la mañana, como hecho aposta, se sucedieron los disgustos. Incluso en el Senado le esperaba un revés en el asunto que llevaba allí. Se sintió especialmente enojado con el dueño de la vivienda que había alquilado con vistas a su inminente enlace, y que estaba acondicionando, corriendo él con todos los

gastos: el dueño, un artesano alemán enriquecido, se negó en redondo a rescindir el contrato recientemente firmado y le exigió el pago íntegro de la penalización prevista en el contrato, a pesar de que Piotr Petróvich le iba a devolver el piso casi enteramente remozado. Análogamente, en la tienda de muebles se resistían a devolverle un solo rublo del anticipo del mobiliario, ya adquirido, pero que no había sido enviado aún a la vivienda. «¡No querrán que me case solo por los muebles!», a Piotr Petróvich le rechinaban los dientes, al tiempo que vislumbraba una remotísima esperanza: «¿Será verdad que todo está perdido irremisiblemente? ¿No sería posible intentarlo de nuevo?». El recuerdo de Dúnechka, como una tentación, volvió a traspasarle el corazón. Había soportado penosamente aquellos momentos y, desde luego, si hubiera podido en ese instante, solo con la fuerza de su deseo, matar a Raskólnikov, no habría vacilado en formular ese deseo.

«Otro error ha sido, por lo demás, no haberles dado nada de dinero —pensaba, regresando al cuartito de Lebeziátnikov—; ¿por qué me habré vuelto tan judío, maldita sea? ¡Me han fallado los cálculos! Creía que, si al principio andaban a dos velas, luego me acogerían como a su salvador, y ¡ya lo estás viendo!… ¡De eso nada! Si les hubiera dado, por ejemplo, mil quinientos rublos para el ajuar y los regalos, para que se compraran unos estuches, unos neceseres, joyas de cornalina, algunas telas y todas esas baratijas de Knoop y de la tienda inglesa, todo habría ido mejor y mi posición habría sido más firme. ¡No les habría sido tan fácil rechazarme! Es esa clase de gente que se habría sentido obligada, en caso de romper conmigo, a devolvérmelo todo, lo mismo el dinero que los regalos; y ¡les habría costado lo suyo! Y habrían tenido remordimientos de conciencia: ¿cómo vamos a romper con ese hombre, dirían, que hasta ahora ha sido tan generoso y tan delicado?… Hum. ¡No he estado acertado!». Y, con un rechinar de dientes, Piotr Petróvich volvió a llamarse a sí mismo imbécil… para sus adentros, como es natural.

Habiendo llegado a esta conclusión, volvió a casa aún más furioso e irritado de como había salido. Los preparativos para el banquete fúnebre en el cuarto de Katerina Ivánovna despertaron hasta cierto punto su curiosidad. Algo había oído la misma víspera; creía recordar, incluso, que estaba invitado; pero, absorbido por sus muchas tareas, no había prestado atención. Corrió a preguntar a la señora Lippewechsel, que en ausencia de Katerina Ivánovna —estaba en el cementerio— se había encargado de poner la mesa, y averiguó que el banquete fúnebre tendría un carácter solemne, que contaban con la presencia de casi todos los inquilinos, entre ellos algunos que no conocían al finado, que habían hecho extensiva la invitación incluso a Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, a pesar de su reciente disputa con Katerina Ivánovna, y, por último, que él, Piotr Petróvich, no solo estaba invitado, sino que se le esperaba con gran impaciencia, por ser prácticamente el huésped más distinguido de todo el edificio. La propia Amalia Ivánovna había sido invitada con gran ceremonia, sin que importaran los muchos disgustos que le había dado a la familia, de ahí que estuviera en esos momentos tan atareada, ocupándose de todo muy a su gusto; además, aunque de luto, iba muy peripuesta, con un vestido nuevo, de seda, elegantísimo, y se la veía muy ufana. Todos estos hechos y noticias dieron que pensar a Piotr Petróvich, el cual se dirigió a su cuarto —es decir, al cuarto de Andréi Semiónovich Lebeziátnikov— tramando algo. El caso es que se había enterado de que, entre los invitados, también se contaba Raskólnikov.

Por alguna razón, Andréi Semiónovich no salió de casa en toda la mañana. Entre este caballero y Piotr Petróvich se habían establecido unas relaciones bastante extrañas, aunque, por otra parte, no dejaban de ser naturales, al menos hasta cierto punto: Piotr Petróvich despreciaba y odiaba sin medida a Lebeziátnikov, casi desde el mismo día en que se instaló en su casa, pero a la vez parecía tenerle cierto miedo. Había decidido alojarse en su casa al llegar a San Petersburgo no solo por cicatería, sin dejar de ser esta, seguramente, la razón principal: había otro motivo adicional. Estando

aún en la provincia, había oído hablar de Andréi Semiónovich, su antiguo pupilo, a quien se consideraba uno de los más decididos entre los jóvenes progresistas, y del que se decía incluso que desempeñaba un papel destacado en determinados círculos, muy pintorescos y ya legendarios. Piotr Petróvich se había quedado impresionado. Esos círculos poderosos y omniscientes, que despreciaban y desenmascaraban a todo el mundo, le infundían, desde hacía ya tiempo, un terror peculiar, totalmente impreciso. Lógicamente, estando aún en la provincia, era incapaz de hacerse una idea, ni siquiera aproximada, de lo que podían ser esos círculos. Había oído decir, como todo el mundo, que existían, sobre todo en San Petersburgo, grupos de progresistas, de nihilistas, de descontentos y demás; pero, como hacía mucha gente, exageraba y distorsionaba el significado de estas palabras hasta el absurdo. Lo que más le preocupaba, desde hacía años, era ese afán de desenmascarar; ese era el motivo principal de su perpetua y desproporcionada inquietud, sobre todo cada vez que soñaba con extender sus actividades a San Petersburgo. Como suele decirse, estaba asustado de todo eso, como están asustados en ocasiones los niños pequeños. Hacía algunos años, en su provincia, cuando acababa de empezar su carrera, había conocido de cerca los casos de dos altos funcionarios gubernamentales, con cuya protección había contado hasta entonces, que habían sido objeto de graves acusaciones. Uno de los casos acabó de un modo particularmente escandaloso para el acusado, y el otro había estado a punto de acarrearle grandes trastornos. Ese era el motivo por el que, nada más llegar a San Petersburgo, Piotr Petróvich se había propuesto conocer la situación y, en caso necesario, anticiparse a lo que pudiera ocurrir y congraciarse con «nuestras jóvenes generaciones». Contaba para eso con Andréi Semiónovich y, por ejemplo, cuando fue a visitar a Raskólnikov ya iba provisto de un repertorio de frases ajenas…

No tardó en darse cuenta, desde luego, de que Andréi Semiónovich era un hombre de lo más vulgar, un verdadero simplón.

Pero eso no hizo cambiar de criterio a Piotr Petróvich, ni lo tranquilizó. Ni aunque hubiera tenido la convicción de que todos los progresistas eran igualmente tontos, su preocupación no habría sido menor. Realmente, todas aquellas doctrinas, pensamientos, sistemas, con los que Andréi Semiónovich no paraba de darle la tabarra, no iban con él. Él ya tenía sus propios objetivos. Lo único que quería era enterarse lo antes posible de lo que estaba pasando. *Esa gente…* ¿era poderosa o no? ¿Tenía él personalmente algo que temer? ¿Intentarían desenmascararlo si tomaba alguna iniciativa? Y, en tal caso, ¿debido a qué iniciativas en concreto? Es más, ¿no podría, de alguna manera, buscar un acuerdo con esa gente y procurar jugársela después, si es que, efectivamente, eran tan poderosos? ¿Convendría hacerlo o no? ¿No sería posible, por ejemplo, recurrir a ellos para sus propios proyectos? En definitiva, se le ocurrían centenares de preguntas.

Andréi Semiónovich era un hombrecillo escuálido y escrofuloso, de escasa estatura, empleado en alguna oficina; era extremadamente rubio, casi albino, con unas patillas en forma de chuleta de las que estaba muy orgulloso. Aparte de eso, los ojos le dolían casi constantemente. Tenía un buen talante, pero era muy presuntuoso al hablar, y a veces un tanto pedante, cosa que, dado su aspecto, resultaba un tanto cómico. Con todo, era uno de los inquilinos más respetados por Amalia Ivánovna, porque no se emborrachaba y pagaba religiosamente el alquiler. A pesar de todas estas cualidades, Andréi Semiónovich era bastante necio. Se había sumado a la causa del progreso y de «nuestras jóvenes generaciones» por puro entusiasmo. Era uno más de esa interminable y variopinta legión de medianías, de enclenques abortones e ignorantes tiranos que invariablemente se adhieren, sin pensárselo dos veces, a la tendencia que esté de moda, para envilecerla de inmediato, y dejan en ridículo cualquier causa a la que sirven, aunque lo hagan con toda sinceridad.

Por lo demás, Lebeziátnikov, a pesar de su buen carácter, también estaba empezando a detestar a su huésped y antiguo tutor

Piotr Petróvich. Era un sentimiento mutuo, aunque inconsciente por ambas partes. Por simple que fuera Andréi Semiónovich, había empezado poco a poco a darse cuenta de que Piotr Petróvich lo engañaba y lo despreciaba en secreto, y que aquel hombre «no era como tenía que ser». Probó a explicarle el sistema de Fourier y la teoría de Darwin, pero Piotr Petróvich, sobre todo en los últimos tiempos, había empezado a escuchar con una actitud demasiado sarcástica, y más recientemente incluso respondía con insultos. Lo que pasaba era que había empezado a darse cuenta, por puro instinto, de que Lebeziátnikov no solo era un infeliz y un bobalicón, sino posiblemente también un mentiroso, y no tenía contactos realmente significativos en su círculo, y a lo sumo había oído algunas cosas de tercera mano; no solo eso, ni siquiera su labor, *propagandística*, parecía conocerla como es debido, pues se embrollaba terriblemente; ¡como para dedicarse a desenmascarar a nadie! Señalemos de paso que Piotr Petróvich, en aquella semana y media, había aceptado de buena gana, especialmente al principio, los más extravagantes cumplidos de Andréi Semiónovich: no protestaba, por ejemplo, y se quedaba callado, si Andréi Semiónovich le atribuía una actitud favorable a la inminente constitución de una nueva comuna en la calle Meshchánskaia[134]; o a no impedir que Dúnechka, llegado el caso, tuviese un amante al mes de casarse; o a no bautizar a sus futuros hijos, y cosas así. Piotr Petróvich, según su costumbre, no negaba esas presuntas cualidades suyas ni rechazaba los elogios: hasta tal punto le agradaba cualquier alabanza que pudiera oír.

Piotr Petróvich, después de haber negociado aquella mañana, por distintas razones, varios bonos con un interés del cinco por ciento, estaba sentado a la mesa contando fajos de billetes. Andréi Semiónovich, que casi siempre estaba sin blanca, daba vueltas por la habitación, haciendo como que miraba aquellos fajos con indiferencia y hasta con desdén. Nada habría podido convencer a Piotr Petróvich de que el desinterés de Andréi Semiónovich era real; este, por su parte, no dejaba de pensar con resquemor que, efectivamente, Piotr

Petróvich era muy capaz de tener ese concepto de él, y que a lo mejor hasta disfrutaba con la posibilidad de hacer sufrir a su joven amigo exhibiendo de ese modo los fajos de billetes delante de él, para recordarle su insignificancia y la enorme diferencia que había entre ellos.

En esta ocasión, Andréi Semiónovich había encontrado a su huésped especialmente irritable y desatento, a pesar de que había empezado a exponerle su tema favorito, relativo a la constitución de aquella nueva comuna, tan especial. Las escuetas réplicas y los breves comentarios que se le escapaban a Piotr Petróvich entre chasquido y chasquido de las cuentas del ábaco estaban teñidos de una evidente ironía, deliberadamente irrespetuosa. Pero el «humanitario». Andréi Semiónovich atribuía el estado anímico de Piotr Petróvich a la huella de la ruptura de la víspera con Dúnechka y se moría de ganas de plantear cuanto antes el asunto: tenía algo que decir —algo de naturaleza progresista y propagandística— que podría consolar a su respetado amigo y contribuir «sin sombra de duda» a su ulterior desarrollo.

—¿Qué sabe usted de ese banquete fúnebre que están preparando en casa de esa… viuda? —preguntó de sopetón Piotr Petróvich, interrumpiendo a Andréi Semiónovich en el punto más interesante.

—No me diga que no lo sabe… Si ayer hablé con usted de este asunto y le expuse mi opinión sobre todas estas ceremonias… Además, por lo que he oído, usted también está invitado. Ayer estuvo hablando usted con ella…

—Lo último que me podía esperar era que esa pobre idiota se gastara en el banquete todo el dinero que le dio ese otro idiota… Raskólnikov. Me he quedado sorprendido hace un momento, al pasar, con todos esos preparativos, todos esos vinos… Ha invitado a cada individuo… ¡El diablo sabrá qué se propone! —dijo Piotr Petróvich, que parecía tener algún interés concreto en seguir con la conversación—. ¿Cómo? ¿Dice usted que a mí también me han invitado? —añadió de repente, levantando la cabeza—. Y eso

¿cuándo ha sido? No lo recuerdo. De todos modos, no pienso ir. ¿Qué hago yo allí? Ayer me limité a cruzar unas palabras con esa mujer sobre la posibilidad de recibir, como viuda sin recursos de un funcionario, el salario de un año, en concepto de subsidio extraordinario. ¿No me habrá invitado por eso? ¡Je, je!

—Yo tampoco pienso ir —dijo Lebeziátnikov.

—¡Solo faltaría! Después de haberle dado una paliza. Se entiende que le dé vergüenza, ¡je, je, je!

—¿Quién le ha dado una paliza a quién? —Lebeziátnikov se alarmó de pronto y se puso colorado.

—Pues usted a Katerina Ivánovna, hará cosa de un mes. Ayer mismo lo oí… ¡De eso le valen a usted sus convicciones! Qué pronto se ha olvidado de la cuestión femenina. ¡Je, je, je!

Y Piotr Petróvich, que parecía reconfortado, volvió a chasquear las cuentas del ábaco.

—¡Todo eso son inventos y calumnias! —saltó Lebeziátnikov, que se asustaba mucho en cuanto le recordaban esa historia—. ¡Eso no fue así, ni mucho menos! Lo que pasó fue algo muy distinto. No se ha enterado usted bien; ¡no son más que chismes! Lo único que hice entonces fue defenderme. Ella se me echó encima primero, con las uñas afiladas… Me dio un tirón de una patilla… Todo el mundo tiene derecho, o eso espero, a defender su integridad. Y no estoy dispuesto a consentir que nadie ejerza sobre mí la violencia… Por una cuestión de principios. Porque eso es ya despotismo. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Quedarme de brazos cruzados? Lo único que hice fue quitármela de encima.

—¡Je, je, je! —Luzhin no dejaba de reírse maliciosamente.

—Su insistencia se debe a que está usted enfadado y de mal humor… Pero eso es un disparate, y ¡no tiene nada que ver con la cuestión femenina! No me ha entendido bien; yo pensaba incluso que, si se acepta que la mujer es igual al hombre en todo, hasta en la fuerza, como afirman algunos, entonces, necesariamente, también debe haber igualdad en ese terreno. Naturalmente, después he caído en la cuenta de que en esencia esa cuestión no tendría por qué

plantearse, pues no tiene que haber disputas, y en la futura sociedad las disputas son inconcebibles. No soy tan idiota… Las disputas, a pesar de todo, ya sé que existen… Lo que quiero decir es que en el futuro no las habrá, pero por ahora las hay todavía. ¡Uf! ¡Maldita sea! ¡Pierde uno el hilo con usted! Si no voy al banquete no es, ni mucho menos, por culpa del incidente aquel. No voy por una cuestión de principios, sencillamente, para no tomar parte en el repugnante convencionalismo de las ceremonias fúnebres, ¡por eso! Aunque uno también podría ir para burlarse… Es una lástima que no vaya a haber popes. Si hubiera, iría sin falta.

—Entonces, aceptaría usted la hospitalidad que le brindan para ir a escupir sobre esa hospitalidad y sobre la persona que le ha invitado, ¿no es así?

—No se trata en absoluto de escupir, sino de protestar. Lo haría con una finalidad provechosa. Así puedo contribuir indirectamente al progreso y a su difusión. Todos estamos obligados a trabajar por el progreso y a promoverlo, y, posiblemente, cuanto más brusco sea el método, mejores serán los resultados. Puedo sembrar la idea, la semilla… De esa semilla brotarán los hechos. No creo que insulte así a nadie. Al principio muchas personas se sentirán ofendidas, pero después caerán en la cuenta de que les ha reportado un beneficio. Por ejemplo, entre los nuestros ha habido quienes han reprochado a Terebieva, que ha abandonado a su familia y… y se ha unido libremente, y que ahora forma parte de la comuna, que haya escrito a sus padres diciéndoles que no quería vivir rodeada de prejuicios y que iba a contraer matrimonio civil[135], pues consideran que ha sido demasiado dura con ellos, y que podía haberles ahorrado el disgusto siendo más diplomática. En mi opinión, eso no son más que bobadas, no hay por qué andarse con paños calientes; al contrario, lo que hay que hacer en estos casos es protestar. O el caso de Varents, que ha vivido siete años con su marido, ha tenido dos hijos, y le ha expuesto claramente al marido en una carta: «Me he dado cuenta de que con usted no puedo ser feliz. Jamás le perdonaré que me haya engañado, ocultándome que existe otra forma de organizar la

sociedad, por medio de la comuna. Lo he descubierto recientemente, gracias a un hombre generoso al que me he entregado y en cuya compañía voy a formar una comuna. Hablo francamente, porque me parece innoble engañarle. Haga lo que le parezca oportuno. No cuente con mi regreso, ya es demasiado tarde. Deseo ser feliz». ¡Así es como hay que escribir estas cartas!

—Y esta Terebieva ¿es esa misma de la que me dijo aquella vez que lleva ya tres matrimonios civiles?

—¡No, realmente solo lleva dos! Pero como si son cuatro, como si son quince, ¡es todo un disparate! Y, si alguna vez he lamentado haber perdido a mis padres, es ahora, desde luego. Y algunas veces pienso que, si aún vivieran, ¡se iban a enterar de mis protestas! Les montaría cada una… ¡Verían en mí a una oveja descarriada, bah! ¡Yo les enseñaría! ¡Se quedarían anonadados! Pues sí, ¡es una pena que ya no estén!

—¿Para dejarlos anonadados? ¡Je, je! Bueno, como quiera —le interrumpió Piotr Petróvich—; pero dígame una cosa… porque seguro que conoce a la hija esa del difunto, esa tan flaca. ¿Es totalmente cierto lo que se dice de ella?

—Y ¿qué es lo que se dice? En mi opinión, o sea, de acuerdo con mis convicciones personales, esa es la condición normal de la mujer. ¿Por qué no? Es decir, *distinguons*[136]. En la sociedad actual, naturalmente, no es del todo normal, por ser forzado, pero en el futuro será algo de lo más normal, porque será libre. Pero, incluso ahora, ella tenía derecho: estaba sufriendo, y esos eran sus fondos, su capital, por así decir, de los que tenía todo el derecho del mundo a disponer. Evidentemente, en la sociedad futura no será necesario disponer de tales fondos; pero su papel tendrá otro significado, regulado de un modo armonioso y racional. Por lo que respecta a Sofia Semiónovna en particular, en estos momentos considero sus actos como la personificación de una enérgica protesta contra la estructura social, razón por la cual la respeto profundamente; es más, ¡me alegro solo de verla!

—Pues ¡a mí me habían dicho que fue usted quien la echó de aquí, de estas habitaciones!

Lebeziátnikov se puso hecho una furia.

—¡Esa es otra calumnia! —bramó—. ¡No ha pasado nada de eso, nada! Todo se lo inventó Katerina Ivánovna, porque no se había enterado de nada. Y ¡yo nunca he intentado seducir a Sofia Semiónovna! He procurado, sencillamente, hacerla progresar, de forma desinteresada, tratando de infundirle el espíritu de protesta… La protesta era lo único que yo deseaba; y fue la propia Sofia Semiónovna la que se dio cuenta de que no podía seguir aquí.

—¿La han invitado a formar parte de la comuna?

—No hace usted más que burlarse, y de un modo muy inapropiado, permítame que se lo diga. ¡No entiende nada! En la comuna no hay ese tipo de papeles. Precisamente la comuna se constituye para que no los haya. En la comuna un papel como el de ella cambia sustancialmente, y lo que aquí es ridículo allí se vuelve inteligente, lo que aquí, en las circunstancias actuales, es antinatural, allí resulta perfectamente natural. Todo depende de la situación y del medio en el que se encuentre una persona. El medio lo es todo; la persona, como tal, no es nada. Y con Sofia Semiónovna me llevo muy bien actualmente, algo que podría servirle a usted de prueba de que ella nunca me ha considerado un enemigo, un ofensor. ¡Sí! Ahora estoy intentando atraerla a la comuna, pero, eso sí, en unas condiciones muy distintas, radicalmente distintas. ¿Qué es lo que le hace tanta gracia? Tenemos intención de constituir nuestra propia comuna, una especial, con unas bases más extensas que las precedentes. Hemos ido más lejos en nuestras convicciones. ¡Rechazamos más cosas! Si Dobroliúbov[137] se levantara de la tumba, discutiría con él. ¡Y a Belinski[138] lo volvería a enterrar! Entretanto, yo sigo educando a Sofia Semiónovna. ¡Es de una naturaleza encantadora!

—Ya, y usted se aprovecha de esa naturaleza encantadora, ¿eh? ¡Je, je!

—¡No, no! ¡Qué va! ¡Al contrario!

—Sí, ya, ¡al contrario! ¡Je, je, je! ¡Qué cosas dice!

—¡Créame! ¿Por qué razón iba yo a ocultárselo a usted? ¿Me lo puede decir? Al contrario, yo soy el primer sorprendido: ¡conmigo se muestra extremadamente pudorosa y tímida, casi como asustadiza!

—Y usted la educa, claro está… ¡je, je! ¿No intenta demostrarle que todos esos pudores son absurdos?…

—¡En absoluto! ¡En absoluto! Oh, qué forma tan grosera, qué estúpida incluso, perdone que se lo diga, de entender lo que es la educación. ¡No se ha enterado usted de nada! ¡Ay, Dios, está usted todavía tan poco… preparado! Nosotros buscamos la libertad de las mujeres, y usted solo piensa en una cosa… Dejando de lado la cuestión de la castidad y del pudor femenino, que no dejan de ser unos prejuicios inútiles, admito sin reservas la timidez que muestra conmigo, porque toda está en su mano, es ella la que decide. Evidentemente, si fuera ella la que me dijera: «Quiero tenerte», yo me consideraría muy afortunado, porque la muchacha me gusta mucho; pero, en las circunstancias actuales, desde luego que nadie la ha tratado nunca con más gentileza y consideración que yo, con más respeto a su dignidad… Yo espero y confío, ¡eso es todo!

—Más le valdría hacerle algún regalo. Me apuesto lo que sea a que no lo ha pensado.

—¡Ya le he dicho que usted no entiende nada! Sin duda, ella se encuentra en esa situación, pero ¡esa no es la cuestión! ¡Ni mucho menos! Usted, sencillamente, la desprecia. En vista de un hecho que usted, erróneamente, considera digno de desprecio, se niega a ver a esa persona con ojos humanos. ¡No sabe nada de su naturaleza! Lo único que me duele es que últimamente ha dejado de leer y ya no me pide libros. Antes sí. También me disgusta que, a pesar de toda su energía y determinación a la hora de protestar, algo que ya ha demostrado una vez, tenga todavía tan escasa confianza en sí misma; su falta de independencia, por así decir, de capacidad de rechazo para romper de una vez por todas con todas esas convenciones y… bobadas. A pesar de lo cual, otras cuestiones las entiende a la perfección. Por ejemplo, ha entendido magistralmente

lo que supone la costumbre de besar la mano, y cómo un hombre ofende a una mujer al besarle la mano, por ser una señal de desigualdad[139]. Se trata de un asunto que hemos debatido, y yo me he apresurado a ponerla al corriente de la discusión. También ha prestado mucha atención cuando le he hablado de las asociaciones de trabajadores en Francia. Ahora le estoy explicando el problema de cómo en la sociedad futura se podrá entrar libremente en las habitaciones de los demás.

—¿Cómo es eso?

—Últimamente hemos debatido la cuestión de si un miembro de la comuna tiene derecho a entrar en la habitación de otro miembro, sea hombre o mujer, a todas horas… y hemos decidido que sí tiene derecho…

—Y ¿qué pasa si él o ella están ocupados en ese momento en una necesidad urgente? ¡Je, je!

Andréi Semiónovich se lo tomó a mal.

—¡Solo sabe hablar de esas malditas «necesidades»! —exclamó con odio—. ¡Uf, no sabe cuánto me pesa haberme referido antes de tiempo, cuando estaba exponiéndole el sistema, a esas dichosas necesidades! ¡Maldita sea! Es una piedra de toque para todos los que son como usted; lo peor es que se ríen de una cosa antes de conocerla, ¡eso es lo que pasa! Y ¡se creen que tienen razón! Y ¡hay que ver lo orgullosos que están! ¡Bah! Más de una vez he sostenido que no se debe exponer esta cuestión ante los neófitos hasta el final, cuando ya están convencidos de las bondades del sistema, cuando son ya unas personas convenientemente formadas y orientadas. Aparte de eso, puede decirme, si es tan amable, qué es lo que ve de vergonzoso y despreciable hasta en las mismas letrinas. ¡Yo soy el primero que está dispuesto a limpiar todas las letrinas que usted quiera! Y ¡no se trata de ningún sacrificio! No es más que un trabajo, una actividad noble, beneficiosa para la sociedad, tan valiosa como cualquier otra, mucho más, por ejemplo, que la de un Rafael o la de un Pushkin, dado que es más útil.

—Y más noble, más noble… ¡je, je, je!

—¿Qué quiere decir «más noble»? No entiendo qué sentido tienen esas expresiones cuando se aplican a una actividad humana. «Más noble», «más honorable»: todo eso son palabras absurdas, disparatadas, antiguos prejuicios que rechazo. ¡Todo lo que es *útil* para el género humano es también noble! ¡Yo solo entiendo una palabra: *útil*! ¡Puede carcajearse todo lo que quiera, pero es así!

Piotr Petróvich se desternillaba de la risa. Ya había terminado de contar el dinero y lo había guardado. Pero aún había algunos billetes encima de la mesa. Este «debate sobre las letrinas», a pesar de su vulgaridad, ya había suscitado más de una discusión y más de un desacuerdo entre él y su joven amigo. Lo más disparatado del caso era que Andréi Semiónovich se enfadaba de verdad. A Luzhin, en cambio, le servía de distracción, y en ese momento se moría de ganas de pinchar a Lebeziátnikov.

—Ha sido el fracaso de ayer lo que le ha puesto de tan mal humor y le ha vuelto tan impertinente —soltó finalmente Lebeziátnikov, el cual, a pesar de tanta «independencia» y de tantas «protestas», por lo general no se atrevía a plantar cara a Piotr Petróvich y seguía mostrando ante él un respeto que había sido habitual en el pasado.

—Lo que tiene que hacer es decirme una cosa —molesto, y en un tono desdeñoso, le interrumpió Piotr Petróvich—; podría… o, mejor: ¿de verdad tiene usted la suficiente confianza con esa joven de la que estábamos hablando para pedirle que venga aquí un minuto? Me parece que ya han vuelto todos del cementerio… Los he oído subir… Necesito ver un momento a esa persona.

—¿Para qué quiere verla? —preguntó sorprendido Lebeziátnikov.

—Me hace falta. Hoy mismo o mañana me marcho de aquí y hay algo que quiero comunicarle… De todos modos, puede estar presente durante la entrevista. Casi sería lo mejor. Si no, solo Dios sabe lo que iba a pensar usted.

—No iba a pensar nada de nada… Solo era por preguntar. Si tiene algo que tratar con ella, nada más fácil que llamarla. Voy ahora mismo, y puede estar seguro de que no le voy a molestar.

En efecto, cinco minutos más tarde Lebeziátnikov regresó con Sónechka. Esta venía enormemente sorprendida y, como de costumbre en ella, muy cohibida. En esas situaciones invariablemente se turbaba: las caras nuevas, los desconocidos, la imponían mucho; siempre había sido así, desde que era una niña, y en esos momentos, con más razón aún… Piotr Petróvich le dispensó un recibimiento «afable y cortés», si bien con un tinte de familiaridad jovial que, en su opinión, era apropiada en un hombre tan serio y respetable como él a la hora de tratar a una criatura tan joven y, en cierto sentido, tan *interesante*. Se apresuró a tranquilizarla, y la invitó a sentarse enfrente de él, al otro lado de la mesa. Sonia se sentó, echó un vistazo a su alrededor —reparó en Lebeziátnikov, en el dinero que había encima de la mesa— y volvió después la vista a Piotr Petróvich, clavando en él la mirada. Lebeziátnikov se dirigió hacia la puerta. Piotr Petróvich se levantó, indicó con un gesto a Sonia que no se moviera y detuvo a Lebeziátnikov antes de que este saliera.

—¿Está Raskólnikov? ¿Ha venido? —le preguntó en voz baja.

—¿Raskólnikov? Sí, ahí está. ¿Por qué? Sí… acaba de llegar, lo he visto… ¿Por qué?

—Bueno, le ruego encarecidamente que se quede aquí, con nosotros: no me deje a solas con esta… señorita. Se trata de un asunto intrascendente, pero solo Dios sabe a qué clase de conclusiones podría llegar la gente. No quiero que Raskólnikov vaya luego contando por ahí… ¿Me entiende?

—¡Sí, sí, lo entiendo! —Lebeziátnikov cayó en la cuenta de repente—. Sí, está usted en su derecho… Aunque, desde luego, personalmente estoy convencido de que sus temores no están justificados, pero… de todos modos, está usted en su derecho. Me quedo, si así lo desea. Me quedo aquí, al lado de la ventana, y así no les molesto… En mi opinión, está usted en su derecho…

Piotr Petróvich regresó al diván, se sentó enfrente de Sonia, la miró atentamente y adoptó de pronto un aire extremadamente serio,

e incluso algo severo, como diciendo: «No vayas a creerte cosas raras, señorita». A Sonia se la veía muy turbada.

—En primer lugar, le ruego que me disculpe, Sofia Semiónovna, ante su muy respetable madre… No me equivoco, ¿verdad? Katerina Ivánovna debe de ser como una madre para usted, ¿no? —empezó Piotr Petróvich, en un tono muy circunspecto, aunque también bastante afable. Parecía evidente que sus intenciones eran de lo más amistosas.

—Sí, señor, así es; como una madre —se apresuró a responder Sonia, intimidada.

—Pues bien, discúlpeme ante ella, ya que, por una serie de circunstancias ajenas a mi voluntad me voy a quedar sin probar sus blinis… es decir, no voy a poder asistir al banquete fúnebre, a pesar de la amable invitación de su madre.

—Muy bien, señor; voy a decírselo ahora mismo, señor. —Y Sonia se levantó precipitadamente.

—Hay algo más —la detuvo Piotr Petróvich, sonriendo ante su ingenuidad y su desconocimiento de la etiqueta—; y qué poco me conoce, mi encantadora Sofia Semiónovna, si se cree que por un motivo tan insustancial, que solo me afecta a mí, iba a molestar personalmente y a llamar a alguien como usted. Mi propósito es otro.

Sonia se sentó rápidamente. Volvió a fijarse fugazmente en los billetes grises e irisados[140] que seguían encima de la mesa, pero enseguida apartó la mirada y la dirigió hacia Piotr Petróvich: le pareció tremendamente inapropiado, sobre todo para *ella*, mirar el dinero ajeno. Observó los impertinentes de oro que Piotr Petróvich sostenía en la mano izquierda, y de paso el enorme anillo de oro macizo con una piedra amarilla, de extraordinaria belleza, que lucía en el dedo anular de esta mano, pero de pronto apartó los ojos y, sin saber adónde dirigirlos, acabó mirando directamente a los ojos a su anfitrión. Este, tras una breve pausa, aún más solemne que la anterior, siguió diciendo:

—Ayer tuve ocasión de cambiar un par de palabras, apresuradamente, con la pobre Katerina Ivánovna. Fue suficiente

para darme cuenta de que se encuentra en un estado… antinatural, por decirlo de alguna manera.

—Sí, señor… antinatural —asintió Sonia, precipitadamente.

—O, por decirlo de un modo más claro y más sencillo, está enferma.

—Sí, señor, más claro y más sencillo… Sí, señor, está enferma.

—Eso es. Pues bien, movido por un sentimiento de humanidad y… y… y, por así decir, de compasión, desearía, por mi parte, serle de alguna utilidad, previendo, inevitablemente, una situación de infortunio. Al parecer, esa pobre familia depende ahora enteramente de usted.

—Permítame que le pregunte —Sonia se levantó bruscamente—, ¿le comentó usted algo ayer de la posibilidad de una pensión? Porque ella me ha dicho que usted se iba a encargar de conseguírsela. ¿Es verdad?

—De ninguna manera, y hasta cierto punto eso es absurdo. Yo únicamente hice referencia a la asistencia temporal a la viuda de un funcionario fallecido estando en activo… siempre que se cuente con alguna influencia. Pero, al parecer, su difunto padre no solo no había trabajado el tiempo suficiente, sino que, para colmo, últimamente no había trabajado. En resumidas cuentas, de haber alguna esperanza, sería sumamente efímera, porque, esencialmente, en este caso no existe el derecho a recibir semejante asistencia, muy al contrario. Y ella ya estaba pensando en una pensión, ¡je, je, je! ¡Una señora muy lanzada!

—Sí, señor, en una pensión. Porque es confiada y buena, y su bondad la lleva a créerselo todo, y… y… y… con esa cabeza que tiene… Sí, señor, discúlpeme —dijo Sonia, dispuesta a marcharse.

—Permítame, aún no he terminado.

—Es verdad, no ha terminado —murmuró Sonia.

—Siéntese entonces.

Sonia, turbada, volvió a sentarse por tercera vez.

—Viendo la situación de esa mujer, con esos desdichados pequeños, desearía, como ya le he dicho, servirle de ayuda, en la

medida de mis posibilidades, entiéndame, en la medida de mis posibilidades, no más. Se podría, por ejemplo, organizar una colecta en su beneficio o, digamos, una lotería… algo de ese estilo… como suelen hacer en estos casos los allegados, o incluso personas ajenas, pero deseosas, a pesar de todo, de ayudar al prójimo. Eso era lo que tenía intención de decirle. Podría hacerse algo así.

—Sí, señor, está muy bien… Dios se lo… —balbuceaba Sonia, mirando fijamente a Piotr Petróvich.

—Sí, podría hacerse, pero… ya hablaremos más tarde… En fin, que podríamos empezar hoy mismo. Podemos vernos esta tarde, ponernos de acuerdo y sentar las bases, por así decir. Venga a verme a las siete. Confío en que Andréi Semiónovich también querrá colaborar con nosotros. Pero… hay una circunstancia que convendría plantear previamente, con la debida atención. Por eso me he permitido molestarla, Sofia Semiónovna, con mi invitación. En mi opinión, precisamente, no se debe poner dinero en manos de Katerina Ivánovna, puede ser hasta peligroso; la prueba está en el propio banquete de hoy. Sin tener, como aquel que dice, un pedazo de pan que llevarse mañana a la boca ni… bueno, ni unos zapatos ni nada de eso, se ha permitido el lujo de comprar para hoy ron de Jamaica y creo que hasta madeira y… y nada menos que café. Los he visto al pasar. Mañana mismo todo volverá a recaer sobre usted, hasta el último mendrugo; eso es un disparate. Así que la colecta, en mi modesta opinión, debe llevarse a cabo a espaldas de la viuda, por así decir, de modo que solo usted, por ejemplo, tenga conocimiento del dinero. ¿He dicho bien?

—Pues no sé. Lo de hoy ha sido algo excepcional. Es una vez en la vida… Tenía muchas ganas de recordar, de honrar la memoria… Y es muy inteligente. En cualquier caso, se hará como a usted le parezca mejor, y yo le quedaré muy, muy, le quedaré muy… y todos ellos también le… y que Dios le… y los huérfanos…

Sonia se echó a llorar, sin acabar la frase.

—Muy bien. Entonces, téngalo presente; y ahora hágame el favor de aceptar, por el bien de su madre, para atender las primeras

necesidades, esta modesta suma de mi parte. Deseo por encima de todo que mi nombre no sea mencionado en ningún caso. Aquí tiene… Dado que no me faltan, por así decir, mis propios motivos de preocupación, no estoy en condiciones de ofrecerle más…

Y Piotr Petróvich le tendió a Sonia un billete de diez rublos, cuidadosamente desdoblado. Sonia lo cogió, se ruborizó, se levantó precipitadamente, farfulló algo y empezó a retirarse. Piotr Petróvich la acompañó ceremoniosamente a la puerta. Por fin salió, toda agitada y extenuada, y volvió al lado de Katerina Ivánovna, completamente abrumada.

Mientras duró esta escena, Andréi Semiónovich a ratos estuvo de pie junto a la ventana, otras veces se puso a dar vueltas por el cuarto, procurando no interrumpir la conversación; una vez que Sonia se hubo marchado, se acercó de repente a Piotr Petróvich y le tendió la mano en un gesto solemne.

—Lo he oído todo y también lo *he visto* todo —dijo, poniendo el acento en el último verbo—. Ha sido algo muy noble, eso es lo que le quería decir, ¡algo muy humano! Usted deseaba eludir los agradecimientos, ¡lo he visto! Y aunque, se lo confieso, no puedo, en principio, simpatizar con la caridad privada, pues no solo no arranca el mal de raíz, sino que incluso lo alimenta todavía más, no puedo dejar de reconocer que he asistido a su acto con satisfacción… Sí, sí, me ha gustado.

—¡Bah, tonterías! —murmuró Piotr Petróvich, un tanto emocionado, mirando detenidamente a Lebeziátnikov.

—¡No, no es ninguna tontería! Un hombre como usted, humillado y dolido por los sucesos de ayer, que sea capaz al mismo tiempo de pensar en la desgracia ajena… Un hombre así, aunque sus actos constituyan un error social, en cualquier caso, ¡es digno de respeto! La verdad es que no me lo esperaba de usted, Piotr Petróvich, sobre todo conociendo sus ideas. ¡Oh! ¡Cómo siguen estorbándole sus ideas! Lo que le ha alterado, por ejemplo, ese fracaso de ayer —exclamó el bueno de Andréi Semiónovich, que sentía renacer, y con más fuerza, su simpatía por Piotr Petróvich—; pero ¿para qué

necesita a toda costa ese matrimonio, ese matrimonio *legítimo*, mi noble, mi querido Piotr Petróvich? ¿Qué falta le hace a usted esa *legitimidad* en el matrimonio? Bueno, pégueme si quiere, pero yo me alegro, me alegro de que se haya frustrado, de que sea usted libre, de que no se haya perdido para la humanidad, me alegro… ¡Ya ve que no me callo nada!

—Para no llevar cuernos y para no tener que criar a los hijos de otro, como pasa en ese matrimonio civil suyo, para eso es para lo que necesito el matrimonio legítimo —dijo Luzhin, por responder algo. Parecía particularmente atareado y preocupado.

—¿Hijos? ¿Ha hablado usted de los hijos? —Andréi Semiónovich se estremeció, como un caballo de guerra al oír el toque de trompeta —. Los hijos son una cuestión social, y una cuestión de suma importancia, estoy de acuerdo; pero la cuestión de los hijos se resolverá de otra manera. Hay quienes rechazan a los hijos, como todo lo que les recuerde a la familia. Después hablamos de los hijos, pero ahora ¡vamos a ocuparnos de los cuernos! Le confieso que es mi punto débil. Esa expresión de Pushkin[141], soez, propia de un húsar, es inconcebible en el léxico futuro. Porque ¿qué son los cuernos? ¡Oh, qué gran error! ¿Qué clase de cuernos? Cuernos, ¿por qué? ¡Qué disparate! ¡En el matrimonio civil, en cambio, no habrá cuernos! Los cuernos no son sino la consecuencia lógica del matrimonio legítimo, su correctivo, por así decir, una forma de protesta, de manera que, en ese sentido, ni siquiera resultan humillantes… Y, si yo alguna vez, puestos a plantear una cosa absurda, contrajera matrimonio legítimo, me sentiría hasta feliz de llevar esos malditos cuernos; en ese caso, le diría a mi mujer: «Amiga mía, hasta ahora yo solo te amaba, ahora además te respeto, porque has sabido protestar». ¿Se ríe? ¡Eso es porque es incapaz de liberarse de los prejuicios! Qué demonios, ahora me doy cuenta de lo molesto que es ser engañado cuando uno está casado legítimamente; pero no pasa de ser una consecuencia despreciable de un hecho despreciable, donde tanto él como ella son humillados. Pero, si a uno le ponen los cuernos sin ningún recato, como ocurre

en el matrimonio civil, dejan entonces de existir, son algo inconcebible y pierden hasta su mismo nombre. Es más, la mujer le dará al hombre una prueba de su respeto haciéndole ver que lo considera incapaz de oponerse a su felicidad, y que lo encuentra lo suficientemente maduro para no vengarse de ella por el hecho de tener un nuevo marido. Maldita sea, a veces pienso que, si alguna mujer me tomase por marido, ¡bah!, si me casase (en un matrimonio civil o en uno legítimo, tanto da), creo que yo mismo le proporcionaría un amante si viera que iba pasando el tiempo y ella no tenía ninguno. «Amiga mía —le diría—, te quiero, pero por encima de todo deseo que me respetes, ¡ya lo ves!». ¿Tengo o no tengo razón?

Piotr Petróvich se reía escuchando todo esto, aunque sin excesivo entusiasmo. Apenas prestaba atención. Realmente estaba pensando en otra cosa, y el propio Lebeziátnikov acabó dándose cuenta. Piotr Petróvich estaba intranquilo, se frotaba las manos, se quedaba pensativo. Más tarde Andréi Semiónovich se acordó de todo esto y estuvo dándole vueltas…

II

Sería difícil determinar los motivos por los cuales en la cabeza trastornada de aquella mujer surgió la idea de ese absurdo banquete funerario. Efectivamente, se habían gastado en las exequias de Marmeládov casi diez rublos de los poco más de veinte que le había dado Raskólnikov. Es muy posible que Katerina Ivánovna se sintiese obligada a honrar la memoria del difunto «como es debido», para que todos los vecinos, y Amalia Ivánovna en particular, supieran que «no solo no era peor que ellos, sino seguramente bastante mejor», y que ninguno de ellos tenía derecho a «arrugar la nariz» ante él. Posiblemente, lo más determinante había sido ese particular *orgullo de los pobres*, debido al cual en ciertas ceremonias públicas a las que nadie puede hurtarse en nuestra sociedad mucha gente modesta hace un esfuerzo supremo y gasta hasta el último kopek que tenía ahorrado para, sencillamente, «no ser menos» que el resto y para que nadie «los mire mal». Es muy probable, asimismo, que Katerina Ivánovna desease, precisamente en esas circunstancias, en esos momentos en los que parecía haber sido abandonada por todo el mundo, hacer ver a todos aquellos «despreciables y odiosos vecinos» no solo que «sabía vivir y sabía recibir», sino que además no había nacido para llevar esa clase de vida, que se había criado «en el seno de una familia distinguida, por no decir aristocrática, como hija que era de un coronel», y que desde luego no había venido al mundo para barrer los suelos y lavar los harapos de sus hijos por la noche. Estas manifestaciones de orgullo y vanidad, llevadas al paroxismo, se apoderan a veces de las personas más míseras, más castigadas por la vida, y adoptan en ellas la forma de exigencias exacerbadas e irresistibles. Pero, además de todo eso, Katerina Ivánovna no era una mujer que se diera fácilmente por vencida: las circunstancias podían aplastarla, pero no podían *doblegarla*

moralmente, era imposible amedrentarla y someter su voluntad. Por otra parte, Sónechka aseguraba, no sin fundamento, que Katerina Ivánovna estaba perdiendo la razón. Es verdad que aún no se podía afirmar de una manera tajante y concluyente, pero, efectivamente, a lo largo del último año su pobre cabeza había sufrido demasiado y era difícil que no se hubiera visto afectada. El agravamiento de la tisis, en opinión de los médicos, también había contribuido a la merma de sus facultades mentales.

No había ni una cantidad excesiva ni una gran variedad de botellas de vino, incluido el madeira: tampoco hacía falta exagerar, aunque es verdad que el vino no faltaba. Había vodka, ron y vino de Lisboa, todo de muy baja calidad, pero en cantidad suficiente. Para comer, aparte de la *kutiá*, había tres o cuatro platos (entre ellos, los blinis), preparados en la cocina de Amalia Ivánovna, y habían sacado además dos samovares para los que quisieran tomar té o ponche después de comer. La propia Katerina Ivánovna se había encargado de hacer la compra, con ayuda de otro inquilino, un pobre polaco que vivía, a saber por qué, en casa de la señora Lippewechsel; desde el primer momento, este polaco se había puesto a las órdenes de Katerina Ivánovna y se había pasado toda la víspera y toda la mañana corriendo de acá para allá como un descosido, con la lengua fuera, poniendo un especial empeño, al parecer, en que este último detalle no pasara inadvertido. Por cualquier insignificancia acudía corriendo a la propia Katerina Ivánovna; iba a buscarla si hacía falta al Gostiny Dvor[142], y todo el rato la llamaba «*pani*[143] tenienta». Katerina Ivánovna acabó hasta el gorro de él, y eso que al principio había dicho que habría estado perdida sin aquel hombre tan «generoso y servicial». Un rasgo del carácter de Katerina Ivánovna era que enseguida se lanzaba a poner por las nubes al primero que se presentaba ante ella, alabándolo de un modo que podía llegar a ser enojoso, pues se inventaba toda clase de méritos que solo existían en su imaginación, pero en los que ella creía sinceramente, de todo corazón; después, de buenas a primeras, se desengañaba y rechazaba de un modo grosero, cubriéndola de improperios, a la

misma persona a la que, apenas unas horas antes, literalmente había reverenciado. Era de natural alegre, risueño y bondadoso, pero, como consecuencia de los reiterados reveses y adversidades sufridos, había llegado a desear y a reclamar *con tanto afán* que todo el mundo viviese en paz y armonía, y que nadie *se atreviese* a contradecirla, que el más ligero contratiempo en la vida, el menor tropiezo la ponía al instante fuera de sí, y en cuestión de segundos las esperanzas y fantasías más intensas dejaban paso a las imprecaciones contra el destino y los estallidos de ira contra todo lo que se le ponía a mano, al tiempo que empezaba a darse de cabezazos contra la pared. La propia Amalia Ivánovna había adquirido de repente una extraordinaria importancia para Katerina Ivánovna, que la trataba con el mayor de los respetos; tal vez se debiera, sencillamente, a que se había entregado en cuerpo y alma a la preparación del banquete: ella se había encargado de poner la mesa, de facilitar la mantelería, la vajilla y demás, así como de preparar los platos en su cocina. Katerina Ivánovna había puesto todo en sus manos mientras acudía al cementerio. Lo cierto es que había preparado todo a conciencia; la mesa estaba limpia y, si bien es verdad que la vajilla, los tenedores, los cuchillos, las copas, los vasos, las tazas eran cada una de su padre y de su madre, de distintos estilos y calibres, suministrados por diferentes vecinos, todo estaba en su sitio a su debido tiempo, y Amalia Ivánovna, consciente de haber cumplido su cometido divinamente, recibió a los que volvían del cementerio con cierto orgullo, muy peripuesta: llevaba una cofia con unas cintas nuevecitas de luto y un vestido negro. Este orgullo, aunque legítimo, no le hizo ninguna gracia, por la razón que fuera, a Katerina Ivánovna: «¡Como si no pudiéramos haber puesto la mesa igual de bien sin ella!». Tampoco le gustó la cofia con esas cintas nuevas: «¡Seguro que esa necia alemana está presumiendo de que, a pesar de ser la casera, ha accedido a echar una mano, por caridad, a unos pobres inquilinos! ¡Por caridad! ¡Dios bendito!». En casa del padre de Katerina Ivánovna, que había sido coronel, y había estado en un tris de llegar a gobernador, algunas veces se había

puesto la mesa para cuarenta comensales, pero a esa Amalia Ivánovna o, mejor dicho, Ludwigovna, no la habrían admitido ni en la cocina… Sin embargo, Katerina Ivánovna decidió no manifestar sus sentimientos por el momento, si bien resolvió en su fuero interno pararle los pies y ponerla en su sitio ese mismo día, pues de otro modo solo Dios sabía lo que se le podía ocurrir. Entretanto, se limitó a mostrarse fría con ella. Otro contratiempo contribuyó también en parte al malestar de Katerina Ivánovna: prácticamente no había acudido ningún vecino al entierro, salvo el polaco, que también había tenido tiempo para acercarse al cementerio; por lo que respecta al banquete fúnebre, o sea, al refrigerio, se habían presentado únicamente los más míseros e insignificantes, algunos de ellos en estado de embriaguez; en fin, una auténtica chusma. Pero las personas de cierta edad, las más respetables, parecían haberse puesto de acuerdo para no aparecer por allí. El mismo Piotr Petróvich Luzhin, el más distinguido de todos los inquilinos, por así decir, estaba ausente, a pesar de que la tarde anterior Katerina Ivánovna se había apresurado a decirle a todo el mundo —esto es, a Amalia Ivánovna, a Pólechka, a Sonia y al polaco— que se trataba del hombre más noble y más generoso del mundo, rico y muy bien relacionado, que había sido amigo de su primer marido y había tenido siempre abiertas las puertas de la casa de su padre, y que le había prometido hacer uso de toda su influencia para que le otorgaran una buena pensión. Conviene señalar que, cuando Katerina Ivánovna ensalzaba la fortuna o los contactos de alguien, lo hacía de forma totalmente desinteresada, al margen de cualquier cálculo personal, de todo corazón, por así decir, por el mero placer de alabar y realzar el prestigio de la persona elogiada. Como Luzhin, y muy probablemente «siguiendo su ejemplo», tampoco se presentó Lebeziátnikov, aquel «granuja redomado». «¿Quién se habrá creído que es? Lo hemos invitado por pura compasión, y solo porque comparte habitación con Piotr Petróvich y es conocido suyo, de modo que habría resultado incómodo no invitarlo». También echaron de menos a una dama de buen tono y a su hija —a la que empezaba

a «pasársele el arroz»—, las cuales, aunque solo llevaban un par de semanas residiendo en casa de Amalia Ivánovna, ya se habían quejado en más de una ocasión del ruido y los gritos que se oían en el cuarto de los Marmeládov, especialmente cuando el difunto volvía a casa borracho, una queja de la que ya había tenido noticia Katerina Ivánovna por mediación de Amalia Ivánovna cuando esta, en el curso de una de sus disputas, después de amenazarla con echar a toda la familia, le había gritado como una posesa que perturbaban a unos «nobles inquilinos», a los que no les llegaban «ni a la altura de la suela del zapato». Katerina Ivánovna había decidido invitar a esta señora y a su hija a las que, por lo visto, no les llegaba «ni a la altura de la suela del zapato», sobre todo porque hasta entonces, cada vez que se habían encontrado casualmente, la señora se había dado la vuelta con desdén, y ella quería que supiera que «sus pensamientos y sus sentimientos eran más nobles, y que no le guardaba rencor»; de paso, también podría darse cuenta de que no estaba habituada a llevar esa clase de vida. Le habría gustado exponerles todo eso en la mesa, y hablarles asimismo del puesto de gobernador que había ocupado su difunto padre, dejando caer, de paso, que no tenía ningún sentido que se dieran la vuelta cada vez que se encontraban, algo que no dejaba de ser una enorme estupidez. Otro que brillaba por su ausencia era un teniente coronel gordo (en realidad, un *Stabskapitän*[144] en la reserva), pero, por lo visto, ya desde la víspera estaba «que no se tenía en pie». En definitiva, los únicos que acudieron fueron: el polaco; un miserable oficinista vestido con un frac mugriento, cacarañado, que olía a rayos y que para colmo no abría la boca; un vejete sordo y casi ciego que había trabajado en su día en una oficina de correos y al que alguien mantenía desde tiempo inmemorial —nadie sabía por qué— en casa de Amalia Ivánovna. Se presentó también, bebido, un teniente retirado, que en realidad no había pasado de ser un modesto empleado de intendencia, riéndose a carcajadas del modo más indecoroso y, «vivir para ver», ¡sin chaleco! Hubo uno que fue directamente a sentarse a la mesa, sin presentar siquiera sus respetos a Katerina Ivánovna; y, en fin, se dio

el caso de otro individuo que, por no tener traje, apareció en bata, si bien aquello rebasaba ya hasta tal punto los límites del decoro que, merced a los esfuerzos de Amalia Ivánovna y del polaco, consiguieron sacarlo de allí. Por cierto, que el polaco llevó a otros dos compatriotas que jamás habían estado alojados en casa de Amalia Ivánovna y a los que nadie había visto hasta entonces por allí. Todo esto irritó profundamente a Katerina Ivánovna. «Al final, ¿de qué han servido tantos preparativos?». Por temor a que no hubiera sitio, no habían sentado a los niños a la mesa, que ya de por sí ocupaba todo el cuarto, sino en un rincón, encima de un baúl; a los dos más pequeños los acomodaron en un banco, mientras que Pólechka, por ser la mayor, tenía que estar pendiente de ellos, darles la comida y limpiarles la nariz, «como a unos niños bien educados». En definitiva, Katerina Ivánovna se vio obligada, muy a su pesar, a atender a todos sus huéspedes con especial dignidad e incluso con altivez. A algunos los miró con particular severidad y los invitó a sentarse a la mesa con cierto desdén. Considerando, por la razón que fuera, que Amalia Ivánovna era la responsable de tantas ausencias, le dio de repente por dirigirse a ella con malos modales, algo que esta no tardó en advertir, sintiéndose herida en su amor propio. Aquel comienzo no auguraba un buen final. Por fin se sentaron a la mesa.

Raskólnikov hizo su aparición prácticamente a la vez que los que volvían del cementerio. Katerina Ivánovna se alegró enormemente de verlo: en primer lugar, porque era el único «invitado educado» que había allí y, como era notorio, se había preparado para obtener «en un par de años una cátedra en nuestra universidad»; y, en segundo lugar, porque lo primero que hizo fue disculparse respetuosamente por haberle resultado imposible, como habría sido su deseo, estar presente en el entierro. Ella se apoderó de él, lo sentó a su lado en la mesa, a mano izquierda (a mano derecha se sentaba Amalia Ivánovna), y a pesar de sus continuos desvelos para asegurarse de que la comida había sido debidamente distribuida y de que había suficiente para todos, a pesar de aquella tos espantosa que parecía

desgarrarle el pecho a cada instante, amenazando con ahogarla, y que, por lo visto, había arraigado con fuerza en los dos últimos días, no paraba de dirigirse a Raskólnikov y no tardó en hacerlo partícipe, hablando a media voz, de todos sus sentimientos reprimidos, así como de su justa indignación por el fracaso del banquete; con todo, la indignación dejaba paso a menudo a la risa más alegre e incontenible, a costa de los invitados allí reunidos, pero, sobre todo, a costa de la casera.

—Esa soplona es la culpable. Ya sabe de quién estoy hablando: ¡de ella, de ella! —Y Katerina Ivánovna le señaló con la cabeza a la casera—. Mírela bien: tiene los ojos muy abiertos, porque intuye que estamos hablando de ella, pero no puede oír lo que decimos, y por eso ha puesto esa cara. ¡Fu, lechuza! ¡Ja, ja, ja!… ¡Cof, cof, cof! Pero ¿qué quiere demostrar con esa cofia? ¡Cof, cof, cof! ¿Se ha dado usted cuenta de que pretende hacer creer a todo el mundo que es mi protectora y me hace un honor asistiendo al banquete? Pensando que era una mujer sensata, le había pedido que trajera a los mejores invitados, en particular a las amistades del difunto, y ya está viendo usted qué clase de patulea se ha juntado aquí. ¡Menudos bufones! ¡Cuánta cochambre! Mire a ese de la cara sucia: ¡parece un moco con dos patas! Pues anda que esos polacos… ¡ja, ja, ja! ¡Cof, cof, cof! Nadie, nadie los ha visto nunca por aquí, yo tampoco los he visto; dígame usted a qué han venido. Mírelos ahí tan serios, todos en fila. ¡Eh, *panie*[145]! —llamó de repente a uno de ellos—. ¿Han tomado blinis? ¡Pueden repetir! ¡Cerveza, beban cerveza! ¿No quieren un poco de vodka? Fíjese: se ha levantado de un salto y ha empezado a hacer reverencias; fíjese, fíjese: se conoce que están muertos de hambre, ¡los pobres! Pues nada, que coman. Por lo menos no arman bulla, aunque… aunque, la verdad, me preocupan las cucharas de plata de la patrona… ¡Amalia Ivánovna! —se dirigió de pronto a ella, casi a gritos—. Si por casualidad le roban las cucharas, yo no me hago responsable, ¡ya se lo advierto! ¡Ja, ja, ja! —No paraba de reírse a carcajadas y, muy feliz con su ocurrencia, dirigiéndose de nuevo a Raskólnikov, volvió a señalarle con la cabeza

a la patrona—. ¡No se ha enterado, tampoco esta vez se ha enterado! Mírela, se ha quedado boquiabierta: es un auténtica lechuza, parece una curuja con todas esas cintas nuevas, ¡ja, ja, ja!

En ese momento la risa degeneró en una tos insoportable que le duró cinco minutos. En el pañuelo quedaron algunas manchas de sangre, gotas de sudor le cubrieron la frente. Sin decir nada, le mostró la sangre a Raskólnikov y, apenas hubo recobrado el aliento, volvió a susurrarle, extremadamente animada y con manchas rojas en las mejillas:

—Verá, yo le confié la misión más delicada, digámoslo así; tenía que invitar a esa dama y a su hija, no sé si sabe a quiénes me refiero… Había que actuar con el mayor tacto del mundo, proceder de una forma exquisita, y lo que ha conseguido ha sido que esa estúpida advenediza, esa criatura engreída, esa insignificante provinciana, que por ser la viuda de un mayor se pasa todo el santo día haciendo gestiones para solicitar una pensión, arrastrando la falda por las dependencias oficiales, que, como es bien sabido, a sus cincuenta y cinco años se pinta las cejas, se empolva la cara y se da colorete… y esa tarasca no solo no tiene el buen criterio de presentarse, sino que ni tan siquiera se digna enviar una nota de disculpa, diciendo que le ha sido imposible, como exige en estos casos la más elemental cortesía… Y no puedo entender cómo es que tampoco ha venido Piotr Petróvich. Pero ¿dónde está Sonia? ¿Adónde ha ido? ¡Ah, ahí está por fin! ¿Qué ha pasado, Sonia? ¿Dónde estabas? Ya es raro que incluso en el entierro de tu padre seas tan poco puntual. Rodión Románovich, hágale sitio a su lado. Aquí puedes sentarte, Sónechka… Toma lo que quieras. Ponte carne en gelatina, es lo mejor que hay. Ahora traen los blinis. ¿Les han servido a los niños? Pólechka, ¿tenéis ahí de todo? ¡Cof, cof, cof! Muy bien. Pórtate bien, Lenia, y tú, Kolia, deja las piernas tranquilitas; siéntate como está mandado. ¿Qué dices, Sónechka?

Sonia se apresuró a transmitirle las disculpas de Piotr Petróvich, levantando la voz para que todo el mundo pudiera oírlo y escogiendo las frases más respetuosas que fue capaz de atribuirle y que ella

misma se encargó de adornar. Añadió que Piotr Petróvich le había encargado que dijera que, en cuanto le fuera posible, iría de inmediato a verla para tratar a solas de *ciertos asuntos* y ponerse de acuerdo en lo que podía hacerse y qué pasos había que dar en lo sucesivo y etcétera, etcétera.

Sonia sabía que con esto aplacaría y calmaría a Katerina Ivánovna, que se sentiría halagada y, por encima de todo, su orgullo quedaría a salvo. Se sentó al lado de Raskólnikov: lo saludó precipitadamente y le dirigió una mirada fugaz y curiosa. Sin embargo, durante la comida evitó tanto mirarlo como hablar con él. Parecía un tanto distraída, aunque no apartaba la vista de Katerina Ivánovna, para complacerla. Dada la cortedad de su vestuario, ninguna de las dos iba de luto; Sonia llevaba un traje marrón oscuro, mientras que Katerina Ivánovna se había puesto uno de indiana, a rayas, en tonos oscuros, que era el único que tenía. El mensaje de Piotr Petróvich fue muy bien recibido. Tras escuchar a Sonia con aire grave, Katerina Ivánovna preguntó, con la misma gravedad, cómo estaba la salud de Piotr Petróvich. Después, sin perder un segundo, le *susurró*, aunque en voz bastante alta, a Raskólnikov que habría sido realmente sorprendente ver a un hombre serio y respetable como Piotr Petróvich en medio de «tan extraordinaria compañía», a pesar de su devoción a su familia y de su vieja amistad con su padre.

—De ahí que le agradezca tan especialmente que no le haya hecho usted ascos a mi hospitalidad, a pesar de las circunstancias —añadió casi a gritos—; no obstante, estoy segura de que ha sido la amistad tan especial que le ligaba a mi pobre marido lo que le ha animado a cumplir su palabra.

A continuación volvió a examinar a los invitados con aire digno y orgulloso, y de pronto, con especial solicitud, alzando la voz, le preguntó al anciano sordo, de punta a punta de la mesa, si no le apetecía más asado y si le habían servido vino de Lisboa. El anciano no le respondió y pasó un buen rato hasta que se enteró de qué era lo que le estaban preguntando, a pesar de que sus vecinos de mesa, para reírse de él, habían empezado a zarandearlo. Él se limitó a

mirar a su alrededor con la boca abierta, algo que no hizo más que estimular la diversión generalizada.

—¡Valiente papanatas! ¡Fíjese, fíjese! Pero ¿para qué lo han traído? Por lo que respecta a Piotr Petróvich, siempre he confiado en él —siguió diciéndole Katerina Ivánovna a Raskólnikov—, y desde luego no se parece… —se dirigió bruscamente, en voz muy alta y con un aire excepcionalmente severo, a Amalia Ivánovna, haciéndola sentirse intimidada—, no se parece a esas coquetas emperifolladas, a las que en casa de mi padre no habrían admitido ni de cocineras; si acaso mi difunto esposo les habría hecho el honor de recibirlas, pero eso solo gracias a su inagotable bondad.

—Claro que sí, ¡cómo le gustaba beber! ¡Eso sí que le gustaba! ¡Eso sí que era beber! —exclamó de pronto el empleado de intendencia retirado, mientras vaciaba su duodécima copita de vodka.

—Ciertamente, mi difunto marido tenía esa debilidad, todo el mundo lo sabe —Katerina Ivánovna se revolvió contra él—, pero era un hombre bueno y noble, que amaba y respetaba a su familia; la pena es que, llevado por su bondad, no le importaba beber con gente de la peor calaña, y bien sabe Dios que bebió con muchos que no le llegaban ni a la suela del zapato. Figúrese, Rodión Románovich, que encontraron en su bolsillo un *priánik*[146] en forma de gallo: iba borracho como una cuba, y todavía se acordaba de los niños.

—¿Un gallo? ¿Ha dicho usted: «un-ga-llo»? —gritó el de intendencia.

Katerina Ivánovna no se dignó contestarle. Suspiró, perdida en sus reflexiones.

—Seguro que usted también piensa, como todo el mundo, que yo era demasiado severa con él —prosiguió, dirigiéndose a Raskólnikov—. ¡No es verdad! ¡Él me respetaba, no sabe cuánto me respetaba! ¡Era un pedazo de pan! ¡A veces me daba tanta pena! Cada vez que me miraba, sentado en su rincón, empezaba a sentir pena de él, y me entraban ganas de ser más cariñosa, pero después pensaba: «Le das cariño, y se pone a beber». Había que ser severos con él, porque era la única forma de tenerlo mínimamente a raya.

—Sí, señora, más de una vez hubo que tirarle de los pelos —volvió a bramar el de intendencia, trasegando otra copita de vodka.

—A algunos idiotas, además de tirarles del pelo, habría que tratarlos a escobazos. Y ¡ahora no estoy hablando de mi difunto marido! —le cortó Katerina Ivánovna.

Las manchas rojas en las mejillas cada vez eran más y más vivas, y tenía el pecho agitado. Un minuto más, y estaría lista para empezar otra escena. Se oían risitas, era evidente que a muchos invitados les parecía divertido. Empezaron a incitar al de intendencia, diciéndole algo al oído. Estaba claro que querían malmeter.

—Pe… permítame que le pregunte a qué se refiere —empezó el de intendencia—, quiero decir, a propósito… de quién… se ha tomado usted la libertad… Pero ¡déjelo! ¡Qué más da! ¡Una viuda! ¡Una viudita! La perdono… ¡Paso! —Y se metió otra copa de vodka en el cuerpo.

Raskólnikov escuchaba en silencio, profundamente disgustado. Si comía algo era solo por educación, mordisqueando los bocados que continuamente le estaba poniendo en el plato Katerina Ivánovna, y exclusivamente para no ofenderla. No hacía más que mirar a Sonia. Pero Sonia estaba cada vez más inquieta y preocupada; también ella presentía que el banquete fúnebre no iba a acabar en paz, y observaba con terror la irritación creciente de Katerina Ivánovna. Sabía, entre otras cosas, que ella misma era la causa principal de que aquellas dos mujeres que llevaban poco tiempo en la casa hubieran respondido con un desaire a la invitación de Katerina Ivánovna. Le había oído decir a la propia Amalia Ivánovna que la madre incluso se había sentido ofendida y le había preguntado: «¿Cómo voy a permitir que mi hija se siente al lado de *esa señorita*?». Sonia intuía que Katerina Ivánovna ya estaba enterada, y que insultaran a Sonia era para Katerina Ivánovna peor que si la insultaban a ella personalmente, peor que si insultaban a sus hijos o que si insultaban a su padre, es decir, era una ofensa mortal, y Sonia sabía que Katerina Ivánovna ya no iba a parar quieta «hasta dejarles claro a esas dos señoras que eran unas…» y etcétera, etcétera.

Para colmo de males, desde el otro extremo de la mesa alguien le hizo llegar a Sonia un plato en el que había, modelados con pan negro, dos corazones atravesados por una flecha. Katerina Ivánovna se ruborizó e inmediatamente comentó en voz alta, por encima de la mesa, que el que lo había mandado era «un asno borracho». Amalia Ivánovna, que también se temía lo peor, y además se sentía dolida en lo más hondo por la altivez de Katerina Ivánovna, para que mejorase el humor de los presentes y, al mismo tiempo, ganarse su aprecio, empezó a hablar de pronto, sin venir realmente a cuento, de cómo un conocido suyo, «Karl el de la farmacia», yendo una noche en un coche de punto, «el cochero quería que *lo mata* y Karl le pidió *mucho, mucho* que él *no lo matar*, y lloraba, y juntaba las manos, y asustaba y el corazón traspasó de miedo». Aunque escuchó aquella historia con una sonrisa, Katerina Ivánovna se apresuró a comentar que Amalia Ivánovna no debería contar anécdotas en ruso. Esta se sintió aún más ofendida, y replicó que su «*Vater aus Berlin*[147] era un hombre *mucho, mucho* importante y siempre *metía manos en bolsillos*». La guasona de Katerina Ivánovna no pudo aguantar más y estalló en una carcajada, con lo que Amalia Ivánovna acabó perdiendo la poca paciencia que le quedaba y a duras penas pudo contenerse.

—¡Habló la lechuza! —volvió a susurrarle Katerina Ivánovna a Raskólnikov, algo más animada—. Habrá querido decir que «llevaba las manos metidas en los bolsillos», y lo que ha dado a entender ha sido que hurgaba en los bolsillos de los demás, ¡cof, cof! Ya se habrá dado usted cuenta, Rodión Románovich, de que todos estos extranjeros de San Petersburgo, los alemanes, en particular, que a saber de dónde vendrán, ¡son todos más idiotas que nosotros! Ya me dirá usted si se puede contar una historia como esa de que «Karl el de la farmacia de miedo traspasó el corazón», y de que él (¡hace falta ser idiota!), en lugar de reducir al cochero, «juntó las manos y lloró y mucho pidió». ¡Ay, qué mujer más simple! Y se cree que es algo conmovedor, y ni se imagina lo estúpida que es. En mi opinión, ese empleado de intendencia borracho es bastante más listo que

ella. Por lo menos, se ve que es un perdulario y que ha ahogado la cabeza en alcohol; no como esa gente, siempre tan puntillosa, tan seria… Mire qué forma de abrir los ojos. ¡Se ha enfadado! ¡Se ha enfadado! ¡Ja, ja, ja! ¡Cof, cof, cof!

Cada vez más animada, Katerina Ivánovna se fue acalorando, comentando todo tipo de cosas intrascendentes, y de pronto se le ocurrió decir que, en cuanto obtuviera la pensión, lo primero que pensaba hacer era abrir en T., su ciudad natal, un internado para muchachas de la nobleza. La propia Katerina Ivánovna aún no le había contando nada de eso a Raskólnikov, y se emocionó exponiéndole los detalles más sorprendentes. De buenas a primeras, a saber cómo, apareció en manos de Katerina Ivánovna aquel «certificado acreditativo», del que el difunto Marmeládov le había hablado en su momento a Raskólnikov, cuando le contó en aquella taberna que su señora, Katerina Ivánovna, al acabar la escuela había bailado con el chal «delante del gobernador y de otras personalidades». Aquel certificado, evidentemente, tenía que servir ahora como prueba del derecho de Katerina Ivánovna a recibir una pensión; pero, sobre todo, lo tenía allí consigo con el propósito de apabullar a «aquellas dos cursis», en caso de que se hubieran presentado en el banquete, y demostrarles claramente que pertenecía a una familia distinguida «y hasta podría decirse que aristocrática; que era hija de un coronel, y les daba mil vueltas a todas esas buscavidas que en los últimos tiempos brotaban por todas partes». El certificado pronto empezó a pasar de mano en mano entre los invitados borrachos, sin que Katerina Ivánovna tratara de impedirlo, porque de hecho en él se señalaba, *en toutes lettres*, que era hija de un consejero áulico condecorado, por lo que prácticamente tenía derecho a considerarse hija de un coronel[148]. Enardecida, Katerina Ivánovna se explayó a continuación destacando todos los detalles de la existencia plácida y brillante que la esperaba en T.; habló de los profesores del gimnasio, con los que contaba para que dieran clases en su internado; se refirió a un anciano venerable, el francés Mangot, que le había enseñado en su día; aún

vivía en T., y no dudaría en dar clases en su internado por un sueldo razonable. Habló, por último, de Sonia, que la acompañaría a T. y la ayudaría en todos sus proyectos. En ese preciso instante alguien rió disimuladamente en la otra punta de la mesa. Aunque Katerina Ivánovna, con actitud desdeñosa, fingió no haber reparado en esa risa, enseguida levantó a propósito la voz y empezó a hablar con convicción de la indudable capacidad de Sofia Semiónovna para colaborar con ella, de «su dulzura, su paciencia, su abnegación, su nobleza y su educación», al tiempo que le daba un toquecito en la mejilla y, por último, incorporándose en el asiento, le dio dos besos. Sonia se ruborizó, y Katerina Ivánovna se echó de repente a llorar, diciendo al instante que era «una boba, y que tenía los nervios a flor de piel, que estaba demasiado alterada, y que ya iba siendo hora de acabar y que, una vez concluido el refrigerio, habría que servir el té». En ese momento Amalia Ivánovna, profundamente ofendida por no haber podido tomar parte en la conversación y porque no le habían hecho ningún caso, se arriesgó de repente a realizar un último intento y, disimulando su pesar, tuvo la osadía de hacerle a Katerina Ivánovna un comentario extraordinariamente profundo y oportuno, en el sentido de que en el futuro internado tendría que prestar especial atención a la limpieza de la ropa interior de las muchachas (*die Wäsche*) y de que «debía *que* haber allí sin falta una *bueno* señora (*die Dame*) que de la ropa blanca bien se ocupar», y lo segundo, procurar «que todas las *joven* muchachas a escondidas de noche ninguna novela *no leer*». Katerina Ivánovna, que realmente estaba abrumada y exhausta, y que ya estaba harta del banquete fúnebre, «cortó» de inmediato a Amalia Ivánovna, diciendo que lo único que hacía era «hablar por hablar», y que no entendía nada; que el cuidado de *die Wächse* era cosa de la encargada de la lavandería, no de la directora de un internado de muchachas nobles; y, en lo referente a la lectura de novelas, eso ya era una grosería, y le rogaba que se callase. Amalia Ivánovna se puso colorada y dijo airada que ella solo tenía «*buenos* intenciones», que siempre había tenido «*mucho buenos* intenciones», y que «hacía mucho que no

pagaba *Geld*[149] del alquiler». Katerina Ivánovna inmediatamente «la acorraló»: replicó que mentía al decir que tenía «*buenos* intenciones», porque la misma víspera, con el difunto de cuerpo presente, tendido en la mesa, había venido a atormentarla con lo del alquiler. A lo cual Amalia Ivánovna observó con buen criterio que Katerina Ivánovna «había invitado a esas señoras, pero esas señoras *no había* venido, porque esas señoras eran unas verdaderas señoras y no *puede* venir a casa de una señora que no es una verdadera señora». Katerina Ivánovna «subrayó» de inmediato que, como ella era una puerca, no estaba en condiciones de juzgar quién era una verdadera señora. Amalia Ivánovna no dio su brazo a torcer y declaró acto seguido que su «*Vater aus Berlin* era *mucho, mucho* importante hombre y *metía* las dos manos en bolsillos y siempre hacía: ¡puf!, ¡puf!», y, para mostrar mejor lo que hacía su *Vater*, Amalia Ivánovna se puso de pie, se metió las dos manos en los bolsillos, hinchó las mejillas y empezó a hacer un ruido indefinido con la boca que recordaba a aquel «puf, puf», entre las carcajadas estruendosas de todos los vecinos, que con su aprobación alentaban deliberadamente a Amalia Ivánovna, presintiendo pelea. Pero aquello ya era más de lo que podía soportar Katerina Ivánovna y, rápidamente, hablando alto y fuerte para que todos pudieran oírlo, «recalcó» que probablemente Amalia Ivánovna nunca había tenido un *Vater* como ese, que era una vulgar *chujonka*[150] de San Petersburgo, una borrachuza que seguro que había trabajado antes de cocinera, si no de algo peor. Amalia Ivánovna se puso colorada como un cangrejo y empezó a gritar que, a lo mejor, era Katerina Ivánovna «la que no había tenido *Vater*; que ella había tenido su *Vater aus Berlin*, que llevaba una levita muy *largo*, y hacía todo el tiempo: ¡puf, puf, puf!». Katerina Ivánovna replicó con desdén que todo el mundo conocía su procedencia, y que aquel certificado acreditativo indicaba, con letras de molde, que su padre era coronel, mientras que el padre de Amalia Ivánovna, si es que había tenido padre, seguramente era uno de esos *chujónets* de San Petersburgo que iban por ahí vendiendo leche; aunque lo más probable era que no

tuviera padre, porque hasta la fecha nadie sabía cuál era el patronímico de Amalia Ivánovna: ¿Ivánovna o Ludwigovna? Entonces Amalia Ivánovna, fuera de sí, dando puñetazos en la mesa, se puso a chillar que si era Amal-Iván, no Ludwigovna, que su *Vater* «se llamaba Johann y era burgomaestre», y que el padre de Katerina Ivánovna «nunca fue burgomaestre». Katerina Ivánovna se levantó de la silla y en tono severo, con voz aparentemente tranquila (aunque estaba pálida y tenía el pecho muy agitado), la advirtió de que, como se atreviera, aunque no fuera más que una vez, «a comparar a su miserable *Vaterishka* con su padre, le iba a arrancar la cofia de la cabeza y a pateársela después». Al oírlo, Amalia Ivánovna empezó a correr por toda la habitación, gritando como una descosida que la casa era suya y que Katerina Ivánovna «ya se estaba marchando en ese mismo instante»; después se arrojó sobre la mesa y se puso, por alguna razón, a recoger las cucharas de plata. Se armó un alboroto indescriptible; los niños lloraban. Sonia trató de sujetar a Katerina Ivánovna; pero, cuando Amalia Ivánovna gritó de pronto algo a propósito del pasaporte amarillo[151], Katerina Ivánovna apartó de un empujón a Sonia y se abalanzó sobre Amalia Ivánovna, dispuesta a poner en práctica su amenaza relativa a la cofia. En ese momento se abrió la puerta y apareció Piotr Petróvich Luzhin. Observó a toda la concurrencia con ojos severos y atentos. Katerina Ivánovna corrió hacia él.

III

—Piotr Petróvich —exclamó—, ¡defiéndame usted! Hágale ver a esta estúpida tarasca que no tiene derecho a tratar de ese modo a una noble dama hundida en la desdicha, que para esto hay tribunales… Iré a quejarme ante el mismísimo general gobernador. Tendrá que responder… Acuérdese de la hospitalidad que le brindaba mi padre, defienda a estos huérfanos.

—Permítame, señora; permítame, permítame, señora. —Piotr Petróvich trataba de quitárserla de encima—. Yo nunca he tenido el honor, como usted sabe, de tratar a su padre. ¡Permítame, señora! —Alguien se echó a reír estrepitosamente—. No tengo la menor intención de mezclarme en sus continuas querellas con Amalia Ivánovna. Vengo aquí para un asunto personal. Deseo hablar inmediatamente con su hijastra, Sofia… Ivánovna. Me parece que se llama así, ¿no? Permítame pasar…

Y Piotr Petróvich, pasando por delante de Katerina Ivánovna, se dirigió al rincón opuesto de la habitación, donde estaba Sonia.

Katerina Ivánovna se había quedado clavada en el sitio, como fulminada por un rayo. No podía entender por qué Piotr Petróvich negaba que hubiera disfrutado de la hospitalidad de su padre. Una vez creada por su fantasía esta hospitalidad, había llegado a creer en ella como en un dogma de fe. Por otra parte, le sorprendía el tono formal, seco, de amenazante desdén, de Piotr Petróvich. Ante su aparición todos se habían ido callando poco a poco. Más allá del hecho de que el aire «serio y formal» de aquel individuo tenía poco que ver con el de los presentes, era evidente que estaba allí por algo importante, que solo una razón excepcional podía justificar su presencia en medio de aquella gente y, en consecuencia, de un momento a otro algo tenía que ocurrir. Raskólnikov, que estaba al lado de Sonia, se hizo a un lado para dejar el paso libre a Piotr

Petróvich, el cual, al parecer, no advirtió su presencia. Poco después, también apareció Lebeziátnikov, pero no entró en la habitación, sino que se quedó en el umbral con una mezcla de curiosidad y sorpresa, casi de estupor; escuchaba con atención, pero durante un buen rato pareció que no entendía nada.

—Perdonen si les interrumpo, pero se trata de un asunto muy importante —dijo Piotr Petróvich sin dirigirse a nadie en particular—. Además, es preferible que haya testigos. Amalia Ivánovna, le ruego humildemente que, en su calidad de propietaria de la casa, preste atención al diálogo que voy a tener con Sofia Ivánovna. Sofia Ivánovna —prosiguió, dirigiéndose a Sonia, que estaba profundamente sorprendida y asustada de antemano ante lo que pudiera pasar—, inmediatamente después de su visita ha desaparecido un billete de cien rublos, de mi propiedad, que estaba sobre mi mesa, en la habitación de mi amigo Andréi Semiónovich Lebeziátnikov. Si usted sabe, por la razón que sea, dónde se encuentra ahora ese billete y nos lo indica, le doy mi palabra de honor, en presencia de todos estos testigos, de que el asunto no pasará de aquí. En caso contrario, me veré obligado a tomar medidas mucho más graves, y entonces… ¡solo podrá quejarse de sí misma!

En la habitación reinaba un silencio sepulcral. Hasta los niños dejaron de llorar. Sonia, pálida como una muerta, miraba a Luzhin, incapaz de responder. Era como si no le hubiera entendido bien. Transcurrieron algunos segundos.

—Muy bien, ¿entonces? —preguntó Luzhin, mirándola fijamente.

—No sé… Yo no sé nada… —dijo por fin Sonia con voz débil.

—¿No? ¿No sabe nada? —insistió Luzhin, e hizo otra pausa de varios segundos—. Piénselo bien, *mademoiselle* —empezó con severidad, pero, por el momento, tratando más bien de exhortarla—; reflexione, estoy dispuesto a darle más tiempo para que lo considere. Como comprenderá, dada mi experiencia, si no estuviera totalmente seguro de lo que digo, me guardaría mucho de acusarla tan abiertamente como lo estoy haciendo, pues por una acusación

como esta, directa y delante de testigos, que fuera falsa o simplemente errónea tendría que responder de un modo u otro. Y eso lo sé. Esta mañana he negociado, por mi propia conveniencia, varios títulos al cinco por ciento por un valor nominal de unos tres mil rublos. La suma exacta consta en mi billetera. Al volver a casa he contado el dinero: Andréi Semiónovich es testigo. Después de haber contado dos mil trescientos rublos, los he metido en la billetera que me he guardado en un bolsillo lateral de la levita. Sobre la mesa han quedado alrededor de quinientos rublos, en billetes, entre los que había tres billetes de cien. En ese momento ha llegado usted, después de que yo la llamara, y durante todo el tiempo que ha estado conmigo ha dado muestras de una extraordinaria agitación, hasta el extremo de que se ha levantado tres veces en mitad de la conversación, manifestando su prisa por marcharse, a pesar de que la entrevista no había terminado. Andréi Semiónovich es testigo. Me imagino que no irá usted a negar, *mademoiselle*, que la he mandado llamar por medio de Andréi Semiónovich con el único objeto de hablar con usted de la situación de indefensión y desamparo en la que ha quedado su pariente, Katerina Ivánovna, cuya invitación a asistir a este banquete me ha sido imposible atender, y tratar de la posibilidad de ayudarla por medio de una suscripción, una lotería o algo semejante… Usted me lo agradeció, e incluso derramó unas lágrimas. Le cuento todo como fue, en primer lugar, para recordarle cómo han ocurrido las cosas, y, en segundo lugar, para que vea que no he olvidado ningún detalle. Luego he cogido de la mesa un billete de diez rublos y se lo he dado, como cosa mía, para atender las necesidades de su pariente, como una primera ayuda. Todo esto lo ha presenciado Andréi Semiónovich. Seguidamente la he acompañado hasta la puerta, y usted seguía igual de turbada que antes; después, he estado unos diez minutos hablando a solas con Andréi Semiónovich, hasta que él se ha retirado y yo me he acercado a la mesa donde estaba el dinero, con la intención de contarlo y guardarlo. He visto, para mi sorpresa, que faltaba uno de los tres billetes de cien rublos. Juzgue usted misma: no puedo sospechar de

Andréi Semiónovich, la mera idea me hace sentirme avergonzado. Tampoco he podido equivocarme en mis cuentas, porque momentos antes de llegar usted acababa de repasarlas y he comprobado que estaban bien. Estará usted de acuerdo en que, recordando su turbación, las prisas que tenía por marcharse, el hecho de que durante bastante tiempo tuviera usted las manos sobre la mesa; teniendo, en fin, en cuenta su situación social y los hábitos propios de ella, me veo obligado, horrorizado y muy a mi pesar, a concebir contra usted sospechas, crueles, desde luego, pero justas. Quiero añadir, y vuelvo a repetir, que, a pesar de mi *evidente* convicción, entiendo que corro cierto riesgo con mi presente acusación. Sin embargo, como ve, no me he quedado de brazos cruzados, y le diré por qué: la única razón, señora, ha sido su negra ingratitud. ¿Cómo es posible? La llamo para tratar del interés de su desdichada pariente, le ofrezco mi modesto donativo de diez rublos, y usted, en ese mismo instante, me paga con semejante proceder. ¡No, esto no está nada bien! Necesita usted una lección. Reflexione; es más, como un verdadero mejor amigo, pues en este momento no puede usted tener otro amigo mejor, ¡le ruego que recapacite! De otro modo, ¡seré implacable! ¿Y bien?

—Yo a usted no le he quitado nada —murmuró Sonia, muerta de miedo—. Usted me ha dado diez rublos, tómelos. —Sonia se sacó el pañuelo del bolsillo, deshizo un nudo que había en él, cogió el billete de diez rublos y se lo tendió a Luzhin.

—Y ¿no admite lo de los otros cien rublos? —insistió Piotr Petróvich en tono de reproche, sin coger el billete.

Sonia miró a su alrededor. Todo el mundo estaba pendiente de ella, con semblantes terribles, severos, burlones, odiosos. Se fijó en Raskólnikov. Estaba de pie, contra la pared, de brazos cruzados, mirándola con ojos ardientes.

—¡Dios mío! —exclamó Sonia.

—Amalia Ivánovna, habrá que dar parte a la policía; por eso, le ruego humildemente que avise entretanto al portero —dijo Luzhin en voz baja, y en tono casi afable.

—*Gott der Barmherzige!*[152] ¡Ya sabía yo que ella *robado*! —Amalia Ivánovna juntó las manos.

—¿Que usted ya lo sabía? —Luzhin se hizo eco de sus palabras—. Eso es porque previamente ya tenía motivos para pensar así. Le ruego, honorable Amalia Ivánovna, que recuerde sus palabras, pronunciadas, en cualquier caso, delante de testigos.

Se oía por todas partes un runrún de voces. Todos estaban agitados.

—¡Cóoomo! —exclamó de repente Katerina Ivánovna, cayendo en la cuenta de lo que pasaba, y se lanzó sobre Luzhin—. ¡Cómo! ¿La está acusando de robo? ¿A Sonia? ¡Ay, canalla, canalla! —Y, corriendo hacia Sonia, la rodeó con sus brazos resecos—. ¡Sonia! ¿Cómo se te ha ocurrido aceptar diez rublos de este hombre? ¡Qué insensata! ¡Trae aquí! ¡Dame esos diez rublos! ¡Ahí tiene!

Y, arrebatándole el billete a Sonia, Katerina Ivánovna lo estrujó y se lo arrojó a Luzhin en toda la cara. El billete, hecho una pelota, le dio en el ojo y fue a parar al suelo. Amalia Ivánovna corrió a recoger el dinero. Piotr Petróvich perdió los nervios.

—¡Que alguien sujete a esta loca! —gritó.

En ese momento aparecieron varias persona en la puerta, al lado de Lebeziátnikov; entre ellas estaban aquellas dos señoras que llevaban poco tiempo en la casa.

—¡Cómo! ¿Loca? ¿Que yo estoy loca? ¡Im-bé-cil! —bramaba Katerina Ivánovna—. ¡Serás imbécil, miserable leguleyo! ¡Sonia! ¡Quitarle dinero Sonia! ¡Sonia una ladrona! ¡Si acaso te lo daría ella a ti, imbécil! —Y estalló en una risa histérica—. ¿Habían visto alguna vez a un imbécil como este? —Iba de un lado para otro, señalando a Luzhin—. ¡Cómo! ¿Tú también? —En ese momento se fijó en la casera—. ¡Tú, también, salchichera, afirmas que «ella *robado*»! ¡Detestable pata de gallina prusiana en miriñaque! ¡Lo que hay que oír! Pero si no ha salido de aquí, si ha venido derecha de tu cuarto, sinvergüenza, y se ha sentado al lado de Rodión Románovich… ¡Registradla! Como no ha ido a ninguna parte, está claro que el dinero tendrá que llevarlo encima. Anda, ¡busca, busca! Pero, como

no encuentres nada, entonces perdona, amigo mío, pero ¡tendrás que responder por tus actos! A nuestro soberano, a nuestro soberano, al mismísimo zar misericordioso pienso acudir, a postrarme a sus pies, ¡hoy mismo, ahora mismo pienso ir! ¡Estoy sola en el mundo! ¡Me dejarán pasar! ¿Te crees que no me van a dejar? ¡Estás equivocado, llegaré hasta él! ¡Vaya si llegaré! Contabas con su docilidad, ¿verdad? ¿En eso confiabas? En cambio, hermano, ¡yo soy muy lanzada! ¡Estás acabado! ¡Busca de una vez! ¡Busca, busca, anda, busca!

Y Katerina Ivánovna, frenética, sacudía a Luzhin, arrastrándolo hacia Sonia.

—Estoy dispuesto a responder… pero ¡cálmese, señora, cálmese! ¡De sobra veo que es usted muy lanzada! El caso es… el caso es… —farfullaba Luzhin—, el caso es que esto habría que hacerlo en presencia de la policía. Aunque es verdad que no faltan testigos… Estoy dispuesto. Pero en todo caso es algo complicado para un hombre… a causa del sexo… Quizá con la ayuda de Amalia Ivánovna… De todos modos, así no se hacen estas cosas… ¿Cómo habría que hacer?

—¡Como usted diga! ¡Quien quiera que la registre! —gritaba Katerina Ivánovna—. ¡Sonia, enséñales los bolsillos! ¡Mira, mira! ¡Ya lo estás viendo, monstruo! ¡Vacío! ¡Aquí estaba el pañuelo, el bolsillo está vacío, ya lo ves! ¡Ahora el otro bolsillo! ¡Mira, mira! ¡Ya lo estás viendo!

Y Katerina Ivánovna no solo vació ambos bolsillos, sino que les dio la vuelta, primero uno y luego otro. Pero del segundo, el de la derecha, saltó de repente un papelito que, describiendo una parábola en el aire, fue a parar a los pies de Luzhin. Todos lo vieron; a muchos se les escapó una exclamación. Piotr Petróvich se agachó, cogió el papel del suelo con dos dedos, lo levantó a la vista de todo el mundo y lo desplegó. Era un billete de cien rublos doblado en ocho. Piotr Petróvich lo hizo girar en su mano, enseñando el billete a todos los presentes.

—¡Ladrona! ¡Fuera de mi casa! *Police, police!*[153] —se desgañitaba Amalia Ivánovna—. ¡Hay que *Siberia mandar*! ¡Fuera!

Se oían exclamaciones por todas partes. Raskólnikov callaba, sin apartar los ojos de Sonia, y dirigía algunas miradas fugaces a Luzhin. Sonia, que parecía inconsciente, no se había movido del sitio: ni siquiera estaba sorprendida. De repente se le subieron los colores; soltó un grito y se tapó la cara con las manos.

—¡No, no he sido yo! ¡No lo he cogido! ¡Yo no sé nada! —exclamó, en un alarido que desgarraba el corazón, y se arrojó en brazos de Katerina Ivánovna. Esta la agarró y la estrechó con fuerza, como intentando protegerla contra todos.

—¡Sonia! ¡Sonia! ¡No me lo creo! ¡Ya lo ves, no me lo creo! —exclamó Katerina Ivánovna, a pesar de la evidencia, meciendo en sus brazos a Sonia, como si fuera una criatura, besándola sin descanso, cogiéndole las manos y cubriéndoselas de besos—. ¡Decir que lo has robado! ¡Qué gente más estúpida! ¡Ay, Señor! ¡Necios, que sois unos necios! —gritaba, dirigiéndose a todos los presentes—. ¡Vosotros no sabéis qué corazón tiene, qué cielo de muchacha es! ¡Decir que lo ha cogido! ¡Renunciaría a su último vestido, lo vendería, iría descalza con tal de daros a vosotros lo que os hiciese falta! ¡Así es ella! ¡Pidió el pasaporte amarillo para que mis hijos no se muriesen de hambre! ¡Se vendió por nosotros! ¡Ah, marido, marido! ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Qué banquete fúnebre te he dado! ¡Defiéndela, Señor, no te quedes de brazos cruzados! ¡Rodión Románovich! ¿Por qué no interviene? ¿Acaso también la cree culpable? ¡No valéis lo que su dedo meñique! ¡Todos, todos, todos, todos! ¡Señor! ¡Defiéndela de una vez!

Los lamentos de la pobre Katerina Ivánovna, tísica y desamparada, produjeron, al parecer, una profunda impresión en los presentes. Aquel rostro contraído por el sufrimiento, consumido por la enfermedad; aquellos labios resecos, donde la sangre se había coagulado; aquella voz ronca y destemplada; aquellos sollozos violentos, parecidos al llanto de un niño, y, en fin, aquel ruego confiado e ingenuo, y a la vez desesperado, pidiendo protección; todo eso reflejaba un dolor tan punzante que todos los presentes se

compadecían de la infeliz. Al menos Piotr Petróvich no tardó en *compadecerse*.

—¡Señora! ¡Señora! —exclamó con voz poderosa—. ¡Este asunto no le concierne! Nadie la acusa de instigación ni de complicidad, y menos aún habiendo sido usted misma la que ha descubierto el robo vaciándole los bolsillos: es evidente que no sabía nada. Estoy muy dispuesto a ser indulgente si, por así decir, la miseria ha impulsado a Sofia Semiónovna; pero ¿por qué no quiere confesar, *mademoiselle*? ¿Teme usted el oprobio? ¿Ha sido el primer paso? ¿Ha perdido la cabeza, tal vez? Es algo comprensible, muy comprensible… Pero ¿cómo ha podido caer tan bajo? ¡Señores! —se dirigió a toda la concurrencia—. ¡Señores! Compadeciéndome y, por así decir, apiadándome de esta familia, estoy dispuesto a perdonar, a pesar de los insultos personales que se me han dirigido. Que le sirva, *mademoiselle*, la presente vergüenza de lección para el futuro —se dirigió a Sonia—, y a partir de aquí doy el asunto por terminado. ¡Ya es suficiente!

Piotr Petróvich miró de reojo a Raskólnikov, y sus ojos se encontraron. La mirada ardiente de Raskólnikov parecía dispuesta a reducirlo a cenizas. Katerina Ivánovna, entretanto, como si no hubiera oído nada, seguía abrazando y besando a Sonia, como enloquecida. También los niños rodeaban a Sonia y la estrechaban con sus bracitos. Pólechka, sin comprender del todo lo que ocurría, hecha un mar de lágrimas, sollozaba de un modo desgarrador y escondía su preciosa carita, hinchada por el llanto, en el hombro de Sonia.

—¡Cuánta bajeza! —se oyó de pronto una potente voz en la puerta.

Piotr Petróvich se volvió rápidamente.

—¡Cuánta bajeza! —repitió Lebeziátnikov, mirándolo a los ojos fijamente.

Piotr Petróvich pareció estremecerse. Todos se dieron cuenta (y lo recordarían después). Lebeziátnikov dio un paso y entró en la habitación.

—Y ¿usted ha tenido la osadía de invocar mi testimonio? —dijo, acercándose a Piotr Petróvich.

—¿Qué significa esto, Andréi Semiónovich? ¿A qué se refiere? —murmuró Luzhin.

—Significa que es usted… un difamador, ¡a eso me refiero! —dijo con vehemencia Lebeziátnikov, mirando duramente con sus ojillos miopes. Estaba extremadamente indignado. Raskólnikov clavó en él la mirada, intentando captar y sopesar cada una de sus palabras. Nuevamente reinaba el silencio. Piotr Petróvich se quedó desconcertado, sobre todo en un primer momento.

—Si se refiere a mí… —empezó a decir, titubeante—. Pero ¿qué mosca le ha picado? ¿Ha perdido el juicio?

—Yo no he perdido el juicio, pero ¡es usted un… farsante! ¡Ay, cuánta bajeza! Lo he oído todo, y he esperado a propósito para tratar de entenderlo todo, porque confieso que incluso ahora sigo sin verle la lógica… No entiendo por qué ha hecho usted todo esto.

—Y ¿qué se supone que he hecho? ¡Déjese de sus absurdas adivinanzas! ¿No será que está bebido?

—¡Si acaso beberá usted, miserable! ¡No yo! ¡Yo jamás pruebo el vodka, porque va contra mis convicciones! Dense cuenta, ha sido él, él mismo, el que le ha dado con sus propias manos ese billete de cien rublos a Sofia Semiónovna… ¡Lo he visto, soy testigo, estoy dispuesto a jurarlo! ¡Él, él! —insistía Lebeziátnikov, dirigiéndose a todos y cada uno de los allí presentes.

—¿Está mal de la cabeza, mocoso? —gritó Luzhin—. Ella misma, delante de usted, ha declarado ante toda esta gente que, aparte de los diez rublos, no ha recibido otra cosa de mí. Siendo así, ¿cómo he podido dárselo?

—¡Lo he visto, lo he visto! —gritaba convencido Lebeziátnikov—. Y, aunque sea contrario a mis principios, estoy dispuesto a ratificarlo bajo juramento ante un tribunal, porque he visto cómo se lo introducía usted disimuladamente. Y yo, tonto de mí, que me he creído que lo hacía usted por caridad. Cuando estaban despidiéndose en la

puerta, mientras le daba la mano derecha, le ha deslizado con la izquierda un papelito en el bolsillo. ¡Lo he visto! ¡Lo he visto!

Luzhin palideció.

—¡Qué forma de mentir! —exclamó con insolencia—. ¿Cómo pudo usted, desde la ventana, distinguir el billete? Le han engañado… sus ojos miopes. ¡Usted delira!

—¡No, no me han engañado los ojos! A pesar de la distancia, me he dado cuenta de todo, y, aunque es verdad que desde la ventana era difícil distinguir el papelito, en eso tiene usted razón, por un detalle concreto me he dado cuenta de que era un billete de cien rublos; y es que, cuando se ha levantado para darle a Sofia Semiónovna el billete de diez rublos, he visto que cogía usted de la mesa otro de cien. Eso he podido verlo, porque en ese momento me hallaba muy cerca de usted, y recuerdo bien este detalle porque me ha venido cierta idea a la cabeza, y por eso no se me ha olvidado que tenía en la mano el billete. Usted ha doblado el billete de cien rublos y lo ha tenido todo el rato apretado en la mano. Después se me ha ido de la cabeza, pero, cuando se ha levantado, se ha pasado el billete de la mano derecha a la izquierda, y ha estado a punto de caérsele. Entonces he vuelto a reparar en él, porque en ese momento se me ha ocurrido nuevamente que usted lo que quería hacer era prestarle su ayuda sin que yo me enterase. Puede imaginarse lo pendiente que he estado desde entonces; así he podido ver cómo ha conseguido usted meterle el billete en el bolsillo. ¡Lo he visto, lo he visto, y estoy dispuesto a jurarlo!

Lebeziátnikov estaba sin aliento. Por todas partes se oían las más diversas exclamaciones; en su mayoría manifestaban sorpresa, pero no faltaron otras pronunciadas en tono de amenaza. La gente se apiñó en torno a Piotr Petróvich. Katerina Ivánovna corrió hacia Lebeziátnikov.

—¡Andréi Semiónovich! ¡Estaba equivocada con usted! ¡Defiéndala! ¡Ella solo cuenta con usted! ¡Es una huérfana! ¡Dios le ha enviado! ¡Andréi Semiónovich, querido, *bátiushka*!

Y Katerina Ivánovna, casi sin ser consciente de lo que hacía, se postró de rodillas ante él.

—¡Qué disparate! —bramó Luzhin, enfurecido hasta el paroxismo—. Todo eso son invenciones suyas, señor. «Que si ahora se me olvida, que si luego me acuerdo, que si se me vuelve a olvidar»… ¡Eso qué significa! Entonces ¿se lo he metido a propósito? ¿Por qué? ¿Con qué intención? ¿Qué tengo yo que ver con esta…?

—¿Por qué? Eso es lo que no alcanzo a comprender. Pero de lo que no cabe duda es de que lo que he contado es un hecho real. Y hasta tal punto estoy en lo cierto, miserable criminal, que recuerdo que precisamente en ese momento me lo pregunté, justo cuando estaba estrechándole la mano y felicitándole. ¿Por qué le había metido usted ese billete a hurtadillas? Es decir, ¿por qué tenía que hacerlo a hurtadillas? ¿Solo para ocultarme su buena acción, sabiendo que me opongo, por una cuestión de principios, a la caridad privada, que no soluciona nada de verdad? Llegué a la conclusión de que efectivamente a usted le daba apuro entregarle una cantidad tan elevada delante de mí, y además pensé que a lo mejor pretendía que se llevara una sorpresa, al encontrarse con aquellos cien rublos en el bolsillo… Porque hay personas a las que les gusta embrollar de ese modo sus buenas acciones; eso ya lo sé… También he llegado a pensar que pretendía usted ponerla a prueba, ver si volvía para darle las gracias una vez que encontrara el dinero en su bolsillo. O que no quería usted que le dieran las gracias, por aquello de que la mano derecha no tiene por qué saber… en fin, algo de eso. Total, que se me han ocurrido mil cosas. Decidí dejar para más tarde mis reflexiones, porque me parecía poco delicado hacerle ver que conocía su secreto. Con todo, enseguida me ha asaltado otra duda: antes de darse cuenta de su buena suerte, Sofia Semiónovna podía perder el dinero. Por eso, he decidido venir a advertirla y a informarla de que usted le había metido cien rublos en el bolsillo. Pero, al pasar, he entrado un momento en la habitación de las señoras Kobyliátnikov para llevarles el libro de *Conclusiones generales del método positivo*[154] y recomendarles especialmente el artículo de Piderit (y,

por cierto, también el de Wagner); después, vengo aquí y me encuentro con este escándalo. ¿Cómo iban a habérseme ocurrido todas estas ideas, todas estas reflexiones, si no le hubiera visto introducir los cien rublos en su bolsillo?

Cuando Andréi Semiónovich concluyó esta larga reflexión, rematada por una conclusión tan lógica, estaba enormemente fatigado y el sudor le corría por la frente. Lástima que no supiera expresarse como es debido en ruso (sin conocer, por lo demás, ningún otro idioma); parecía agotado, e incluso daba la sensación de que hubiera adelgazado con su hazaña como defensor. Sin embargo, su discurso había producido un efecto extraordinario. Había hablado con tanta pasión, con tanta convicción, que parecía haber convencido a todo el mundo. Piotr Petróvich era consciente de que el asunto se le complicaba.

—¿Qué me importan a mí las estúpidas preguntas que hayan podido venirle a la cabeza? —exclamó—. ¡Eso no es ninguna prueba! ¡Todo eso ha podido soñarlo, sin más! ¡Le digo que miente, señor! Miente y me difama por despecho; sencillamente usted no me perdona que no me haya mostrado de acuerdo con sus libertinas e impías propuestas sociales, ¡eso es lo que pasa!

Pero esta salida no le sirvió de nada. Al contrario, se oyeron murmullos por todas partes.

—¡Mira con lo que me sales! —exclamó Lebeziátnikov—. ¡Mientes! ¡Llama a la policía, que yo declararé bajo juramento! Solo hay una cosa que sigo sin entender: ¡con qué finalidad se ha arriesgado a cometer un acto tan vil! ¡Hombre patético y miserable!

—Yo puedo explicar por qué se ha arriesgado a actuar de esa manera y, si hace falta, también estoy dispuesto a prestar juramento —declaró por fin, con firmeza, Raskólnikov, dando un paso al frente. Parecía tranquilo y seguro de sí mismo. Todos comprendieron claramente, al primer golpe de vista, que de verdad sabía lo que había ocurrido, y que el misterio se iba a resolver—. Acabo de caer en la cuenta —prosiguió, dirigiéndose a Lebeziátnikov—. Desde el primer momento he sospechado que había en todo esto alguna

intriga repugnante; he empezado a sospechar a raíz de ciertas circunstancias que solo yo conozco y que ahora mismo me dispongo a exponerles: ¡en ellas está la clave del asunto! Ha sido usted, Andréi Semiónovich, con su valiosa demostración, quien me ha permitido verlo todo más claro. Ruego a todo el mundo que preste atención: este señor —señaló a Luzhin— pidió recientemente la mano de una joven, concretamente de mi hermana, Avdotia Románovna Raskólnikova. Pero, cuando llegó a San Petersburgo, hace un par de días, y tuvimos nuestra primera entrevista, discutimos, y acabé por echarlo de mi casa, en presencia de dos testigos. Es un hombre realmente perverso. Hace dos días yo aún no sabía que se hospedaba en esta casa, ni que vivía con usted, Andréi Semiónovich; eso explica que el mismo día de nuestra discusión, es decir, anteayer, pudiera ver cómo yo, que había sido amigo del difunto señor Marmeládov, le entregaba un dinero a su viuda, Katerina Ivánovna, para los gastos del entierro. Inmediatamente le escribió una nota a mi madre, en la que le decía que yo le había dado todo mi dinero, no a Katerina Ivánovna, sino a Sofia Semiónovna; además, se refería con palabras extremadamente ofensivas al… al carácter de Sofia Semiónovna, aludiendo así a la naturaleza de mis relaciones con ella. Todo esto, como ustedes pueden comprender, con el propósito de indisponerme con mi madre y con mi hermana, haciéndoles creer que yo despilfarraba, con fines innobles, el dinero con el que me ayudaban y que tanto les costaba a ellas reunir. Anoche, en presencia de mi madre y de mi hermana, le expuse la verdad, demostrándole que le había dado el dinero a Katerina Ivánovna para los gastos del entierro, no a Sofia Semiónovna, a la que por entonces ni siquiera conocía en persona. Además añadí que él, Piotr Petróvich Luzhin, con todos sus méritos, valía menos que el dedo meñique de Sofia Semiónovna, de la que hablaba tan mal. A su pregunta de si sería yo capaz de sentar a Sofia Semiónovna al lado de mi hermana, le respondí que ya lo había hecho, aquella misma mañana. Furioso al ver que mi madre y mi hermana no tenían intención de reñir conmigo, a pesar de sus calumnias, empezó a

dirigirse a ellas con una rudeza imperdonable. Se produjo así la ruptura definitiva y lo echamos de nuestro lado. Todo esto ocurrió anoche. Ahora les ruego una especial atención: tengan presente que, si el señor Luzhin hubiera conseguido presentar como una ladrona a Sofia Semiónovna, habría demostrado, ante todo, a mi madre y a mi hermana que sus sospechas eran fundadas, que tenía razón para sentirse ofendido por haber puesto yo a mi hermana a la altura de Sofia Semiónovna, y que, atacándome a mí, defendía y ponía a salvo el honor de su prometida. En definitiva, de este modo conseguía indisponerme una vez más con mi familia y, de paso, esperaba recuperar su aprecio. Por no hablar de que así se vengaba de mí, pues tenía motivos para pensar que el honor y la dicha de Sofia Semiónovna son muy importantes para mí. ¡Con todo eso contaba! ¡Así he entendido yo lo que ha ocurrido! ¡Esta es la única causa, no puede haber otra!

De este modo, poco más o menos, concluyó su discurso Raskólnikov, que se había visto interrumpido con cierta frecuencia por las exclamaciones de los presentes, que, por lo demás, escucharon con mucha atención. Pero, a pesar de las interrupciones, habló con determinación, tranquilidad, precisión, claridad y firmeza. Su voz tajante, su tono convencido y su semblante severo impresionaron vivamente a todo el mundo.

—¡Sí, sí, eso es! —asentía Lebeziátnikov, entusiasmado—. Ha tenido que ser así, porque precisamente me ha preguntado, nada más llegar Sofia Semiónovna a nuestro cuarto, si estaba usted aquí, si le había visto entre los invitados de Katerina Ivánovna. Me ha llamado aparte, junto a la ventana, y allí me lo ha preguntado en voz baja. Por tanto, era esencial para él que estuviera usted aquí presente. ¡Así es, ni más ni menos!

Luzhin callaba y sonreía desdeñosamente. Pero estaba muy pálido. Parecía estar buscando el modo de salir del aprieto. De buena gana se habría marchado, dándose por vencido, pero por el momento era prácticamente imposible: habría sido tanto como admitir las acusaciones que pesaban sobre él y reconocer que había

calumniado a Sofia Semiónovna. Por otra parte, la gente, que ya había bebido lo suyo, se mostraba muy inquieta. El empleado de intendencia, aunque no acababa de entender lo que había ocurrido, gritaba más que nadie y proponía una serie de medidas sumamente desagradables para Luzhin. No todo el mundo estaba borracho; también habían acudido huéspedes de otros cuartos. Los tres polacos, terriblemente indignados, no cesaban de proferir amenazas en su idioma contra Piotr Petróvich, y le gritaban una y otra vez: «*Panie łajdak!*[155]». Sonia escuchaba con gran atención, pero se diría que no acababa de comprender lo que pasaba, como si acabara de salir de un desvanecimiento. No apartaba los ojos de Raskólnikov, sintiendo que era su único amparo. Katerina Ivánovna respiraba con dificultad, con un estertor, y parecía completamente exhausta. Pero la que tenía un aspecto más grotesco era Amalia Ivánovna, con la boca abierta, sin entender nada de nada. Lo único que sabía era que Piotr Petróvich estaba metido en un atolladero. Raskólnikov pidió otra vez la palabra, pero no pudo terminar: todos gritaban y se amontonaban alrededor de Luzhin, a quien amenazaban e insultaban. Pero Piotr Petróvich no se amilanó. Viendo que su intento de culpar a Sonia había fracasado estrepitosamente, recurrió abiertamente a la insolencia.

—Con permiso, señores, con permiso; no empujen, ¡déjenme pasar! —decía, abriéndose paso entre la gente—. Y nada de amenazas, si no les importa; les aseguro que eso no conduce a nada; es inútil, yo no me dejo intimidar. Al contrario, tendrán ustedes que responder, caballeros, por obstruir violentamente un caso criminal. La culpabilidad de la ladrona ha quedado claramente demostrada, y pienso denunciarla. Los jueces no están tan ciegos ni… ni tan bebidos, y no van a dar crédito a dos ateos declarados, agitadores y librepensadores que me acusan, por un afán de venganza, tal y como ellos mismos han reconocido en su estupidez… ¡Sí, permítanme!

—Que no quede ni rastro suyo en mi habitación; desaparezca de inmediato, ¡todo ha terminado entre nosotros! Cuando pienso en todo

lo que me he esforzado, tratando de explicarle… ¡Dos semanas enteras!

—Ya le he dicho antes, Andréi Semiónovich, que me pensaba marchar, y usted intentaba retenerme; ahora me limitaré a añadir que es usted un imbécil. Espero que mejore usted de la cabeza y de esos ojos miopes. ¡Con permiso, señores!

Consiguió abrirse paso; pero el de intendencia no quería dejarlo marchar con tanta facilidad, sin otro castigo que los insultos: cogió un vaso de la mesa y se lo arrojó con todas sus fuerzas a Piotr Petróvich. Sin embargo, el vaso fue a estrellarse contra Amalia Ivánovna. Empezó a chillar, mientras el de intendencia, que había perdido el equilibrio al tomar impulso, se desplomaba al pie de la mesa. Piotr Petróvich logró llegar a su cuarto, y a la media hora ya había salido de la casa. Sonia, tímida por naturaleza, ya sabía de antes que era especialmente vulnerable, pues cualquiera se creía con derecho a ultrajarla impunemente. No obstante, hasta ese momento pensaba que era posible evitar la desgracia, hasta cierto punto, con discreción, dulzura y humildad. Fue muy amarga su decepción. Sin duda, era capaz de soportarlo todo pacientemente, casi sin lamentarse, incluso aquel golpe. Pero al principio le resultó excesivamente duro. A pesar de su triunfo y de su justificación, una vez pasado el primer susto y el primer momento de estupor, al darse cuenta de lo ocurrido y verlo todo con claridad, sintió que un sentimiento de abandono y agravio le oprimía dolorosamente el corazón. Sufrió una crisis de histeria y, sin poder contenerse, salió de la habitación y corrió a su casa. Su huida se produjo inmediatamente después de la salida de Luzhin. Cuando le cayó encima el vaso, entre las carcajadas de la concurrencia, Amalia Ivánovna montó en cólera, viendo cómo pagaba el pato ella. Como una posesa, se lanzó con un alarido sobre Katerina Ivánovna, a la que responsabilizaba de todo.

—¡Fuera del cuarto! ¡Ahora mismo! ¡Largo!

Dicho lo cual, empezó a coger todas las pertenencias de Katerina Ivánovna que iba encontrando y a tirarlas al suelo. Katerina Ivánovna, que ya hacía un rato que no se tenía en pie, medio inconsciente,

respirando a duras penas y pálida como la pared, se levantó de un salto de la cama, sobre la que había caído rendida, y se precipitó sobre Amalia Ivánovna. Pero el combate era excesivamente desigual; Amalia Ivánovna la rechazó como a una pluma.

—¡Cómo! ¡No solo nos difaman de un modo vergonzoso, sino que esta tarasca ahora la toma conmigo! ¡Cómo! El día del funeral de mi marido nos echan del cuarto; ¡después de haber disfrutado de mi hospitalidad, me pone de patitas en la calle, cargando con los huérfanos! ¿Adónde voy yo ahora? —se lamentaba, entre gemidos y sollozos, la pobre mujer—. ¡Señor! —gritó de pronto, con los ojos centelleantes—. ¿Es posible que no haya justicia? ¿A quién vas a defender, si no defiendes a unos huérfanos como nosotros? Pero ¡ya veremos qué pasa! ¡En este mundo hay justicia y hay leyes, y buscaré la justicia! ¡Tú espera un poco, bestia inmunda! Pólechka, quédate con los niños, ahora vuelvo. ¡Esperadme, aunque sea en la calle! Veremos si hay justicia en este mundo.

Y, envolviéndose la cabeza con aquel chal verde de *drap de dames* al que solía referirse el difunto Marmeládov, atravesó el caótico grupo de inquilinos ebrios que se amontonaban en la habitación y salió a la calle gimiendo y llorando; tenía la vaga intención de encontrar justicia en el acto, donde fuera y como fuera. Pólechka, aterrada, se refugió con los niños en un rincón, encima del baúl, donde, abrazando a los dos pequeños, temblando con todo el cuerpo, se quedó esperando la vuelta de su madre. Amalia Ivánovna iba y venía por la habitación, bramando, lamentándose y tirando al suelo, con gran estrépito, todo lo que caía en sus manos. Los inquilinos hablaban a voces, armando un enorme guirigay; algunos comentaban, lo mejor que podían, lo ocurrido; otros discutían y se insultaban; a otros les daba por cantar…

«¡Ya va siendo hora de marcharse! —pensó Raskólnikov—. ¡Muy bien, Sofia Semiónovna, vamos a ver qué dice ahora!».

Y se dirigió a casa de Sonia.

IV

Raskólnikov había defendido a Sonia de Luzhin con destreza y decisión, aunque él llevara en el alma una carga espantosa de horror y de angustia. Pero, después de todo lo sufrido esa mañana, estaba verdaderamente satisfecho de poder dejar atrás tales sensaciones, que habían acabado resultando insoportables, por no hablar ya del fuerte interés personal que lo impulsaba a salir en defensa de Sonia. Al margen de eso, no dejaba de pensar en su inminente entrevista con Sonia, que por momentos lo llenaba de ansiedad: tenía que confesarle que había matado a Lizaveta. De ahí que, presintiendo la terrible tortura que iba a ser para él esa confesión, tratara de ahuyentarla de su pensamiento. Por eso, cuando al salir de casa de Katerina Ivánovna se dijo: «¡Muy bien, Sofia Semiónovna, vamos a ver qué dice ahora!», era evidente que se hallaba todavía en un estado de excitación superficial, con una actitud decidida y desafiante, nacida de su victoria sobre Luzhin. Pero le pasó algo raro. Cuando llegó a casa de Kapernaúmov, sintió una debilidad y un temor repentinos. Se detuvo delante de la puerta, pensativo, y se hizo una extraña pregunta: «¿Es necesario decirle quién mató a Lizaveta?». La pregunta era extraña, porque de pronto, en ese mismo instante, sintió que no solo era imposible dejar de confesárselo, sino que ni siquiera era posible retrasar mínimamente el momento de la confesión. Todavía no sabía por qué era imposible; sencillamente lo *sentía*, y esa angustiosa conciencia de su impotencia ante lo inevitable poco menos que lo abrumaba. Para acabar con sus vacilaciones y su sufrimiento, se apresuró a abrir la puerta, y se quedó mirando a Sonia desde el umbral. Estaba sentada con los codos apoyados en la mesita, cubriéndose la cara con las manos, pero, al ver a Raskólnikov, se levantó rápidamente y fue hacia él como si lo estuviese esperando.

—¿Qué habría sido de mí sin usted? —dijo de inmediato, al encontrarse con Raskólnikov en medio del cuarto. Era evidente que estaba deseando decírselo. Después esperó.

Raskólnikov se acercó a la mesa y se sentó en la misma silla de la que ella acababa de levantarse. Ella se quedó de pie, a dos pasos de él, exactamente igual que la víspera.

—Ya lo ve, Sonia —dijo él, y de repente se dio cuenta de que la voz le temblaba—, todo el incidente se ha basado en su «situación social y los hábitos propios de ella». ¿Lo ha entendido?

El sufrimiento se dibujó en el rostro de Sonia.

—¡Le ruego que no me hable como ayer! —le interrumpió—. Por favor, no empiece igual. Ya he sufrido bastante… —Se apresuró a sonreír, temiendo que a Raskólnikov no le hubiera hecho gracia el reproche—. He hecho una tontería marchándome. ¿Qué ha pasado después? Hace un momento quería volver, pero no dejaba de pensar en que… usted iba a venir.

Raskólnikov le contó que Amalia Ivánovna había echado de casa a sus familiares, y que Katerina Ivánovna había salido por ahí a «buscar justicia».

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Sonia—. Vamos rápido…

Y cogió su mantilla.

—¡Siempre igual! —replicó Raskólnikov, irritado—. ¡Siempre pensando en ellos! Quédese conmigo un momento.

—Y… ¿Katerina Ivánovna?

—Katerina Ivánovna, por descontado, no va a olvidarse de usted; una vez que se ha marchado de casa, vendrá aquí sin falta —añadió Raskólnikov, molesto—. Si no la encuentra, se sentirá usted culpable…

Sonia se sentó en la silla, atormentada e indecisa. Raskólnikov se quedó callado, con la vista clavada en el suelo, dándole vueltas a algo.

—Admitamos que esta vez Luzhin no ha tenido interés —empezó a decir, sin mirar a Sonia—. Pero, si hubiera tenido interés o le

hubiera venido bien por cualquier motivo, la habría mandado a prisión, de no haber estado allí Lebeziátnikov y yo. ¿No cree?

—Sí —dijo Sonia con voz débil—. ¡Sí! —repitió, distraída y preocupada.

—Y yo podía perfectamente no haber estado allí. Y Lebeziátnikov apareció por pura casualidad.

Sonia callaba.

—Entonces, si hubiera ido a la cárcel, ¿qué habría pasado? ¿Recuerda lo que le dije ayer?

Sonia seguía sin responder. Raskólnikov esperó un poco.

—Creía que iba a ponerse otra vez a protestar: «¡Ay, no me hable de eso, déjelo ya!». —Raskólnikov se echó a reír, aunque de un modo bastante forzado—. ¿Qué? ¿Otra vez se calla? —preguntó, después de un momento—. Pero de algo habrá que hablar, ¿no? Por ejemplo, me interesa saber cómo resolvería cierta «cuestión», como diría Lebeziátnikov. —Parecía que empezaba a perder el hilo—. No, no; estoy hablando en serio. Imagínese, Sonia, que usted conociera de antemano los planes de Luzhin y que supiera, con toda certeza, que esos planes le iban a arruinar definitivamente la vida a Katerina Ivánovna y a sus hijos, y también a usted, por añadidura. (Usted a sí misma no se tiene en cuenta, de ahí que haya dicho: *por añadidura*). Lo mismo que Pólechka… porque ella irá por el mismo camino. Pues bien, si de pronto todo estuviera en su mano, si de usted dependiera quién va a seguir viviendo en este mundo, si él o si ellos; quiero decir, si va a vivir Luzhin para seguir con sus infamias, y si va a perecer Katerina Ivánovna. ¿Qué decidiría? ¿Quién de ellos tendría que morir? Se lo pregunto.

Sonia lo miró con inquietud: creía haber captado algo especial en esa pregunta titubeante, que le llegaba después de tantos rodeos.

—Ya me imaginaba yo que iba a preguntarme algo parecido —dijo, con una mirada inquisitiva.

—Es muy posible; pero, en cualquier caso, ¿qué decidiría?

—¿Por qué pregunta lo que no puede ser? —dijo Sonia, con desagrado.

—Entonces ¡mejor que viva Luzhin y que siga con sus infamias! ¿No tiene valor ni para decidir eso?

—No puedo conocer los designios divinos… Y ¿por qué pregunta lo que no se puede preguntar? ¿A qué vienen estas preguntas inútiles? ¿Cómo puede ser que eso dependa de una decisión mía? ¿Quién me ha dado el poder de juzgar quién tiene que vivir y quién no?

—Si andan de por medio los designios divinos, entonces no hay nada que hacer —murmuró Raskólnikov, en tono sombrío.

—¡Más vale que me diga abiertamente qué es lo que quiere de mí! —exclamó Sonia, angustiada—. No sé adónde quiere ir a parar. ¿Será posible que solo haya venido para hacerme sufrir?

No pudo aguantar más y rompió a llorar amargamente. Él la miró abatido. Pasaron cerca de cinco minutos.

—Tienes razón, Sonia —dijo, por fin, Raskólnikov en voz baja. Había cambiado repentinamente; había desaparecido aquel tono de insolencia estudiada y de desafío impotente. Hasta su voz parecía más débil—. Ya te dije ayer que no vendría a pedir perdón, y prácticamente lo primero que he hecho ha sido pedírtelo. He dicho eso de Luzhin y de los designios divinos pensando en mí. Estaba pidiendo perdón, Sonia.

Trató de sonreír, pero había algo impotente e inacabado en su pálida sonrisa. Agachó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

De pronto, una extraña e inesperada sensación de odio a Sonia le traspasó el corazón. Asombrado y asustado, levantó súbitamente la cabeza y la observó con atención, pero se encontró con su mirada, una mirada inquieta y solícita hasta el tormento; allí había amor. Su odio se desvaneció como un fantasma. Se había equivocado; había confundido un sentimiento con otro. Eso solo podía querer decir que había llegado *ese* momento.

Volvió a ocultar el rostro entre las manos y a agachar la cabeza. De repente se puso pálido, se levantó de la silla, miró a Sonia y, sin decir una palabra, fue a sentarse maquinalmente en la cama de ella. En aquel momento sus sensaciones fueron terriblemente parecidas a

las de aquella otra vez, cuando, detrás de la vieja, después de soltar el hacha del lazo, sintió «que ya no había un momento que perder».

—¿Qué le pasa? —preguntó Sonia, enormemente turbada.

No fue capaz de pronunciar ni una palabra. No era así, no era así ni mucho menos como tenía previsto *anunciarlo*, y no entendía lo que le estaba pasando en esos momentos. Ella fue hasta él sin hacer ruido, se sentó a su lado en la cama y se quedó esperando, sin apartar los ojos de él. El corazón le latió con fuerza, después le pareció que se encogía. Era algo insoportable: Raskólnikov volvió hacia ella el rostro, pálido como el de un muerto; se le contrajeron los labios, intentando decir algo. El corazón de Sonia se llenó de espanto.

—¿Qué le pasa? —repitió la pregunta, apartándose ligeramente de él.

—Nada, Sonia. No te asustes. Es una bobada… Sí, a poco que se piense, es una bobada —murmuró, con aire ausente, como si estuviera delirando—. No sé por qué he venido a atormentarte —añadió de pronto, mirándola—. Es verdad. ¿Por qué? No dejo de hacerme esta pregunta, Sonia.

Posiblemente, se había estado haciendo esa pregunta un cuarto de hora antes, pero en esos momentos la había formulado con una total impotencia, sin darse apenas cuenta de lo que hacía y con un temblor incesante en todo el cuerpo.

—¡Oh, cómo se atormenta usted! —se lamentó Sonia, mirándolo detenidamente.

—¡No tiene importancia!… Escucha, Sonia —de repente, por alguna razón, sonrió pálida y débilmente, un par de segundos—, ¿te acuerdas de que ayer quería decirte algo?

Sonia esperaba intranquila.

—Al marcharme, te dije que tal vez te estaba diciendo adiós para siempre, pero que, si venía hoy, te diría… quién mató a Lizaveta.

Ella, de pronto, empezó a temblar con todo el cuerpo.

—Pues bien, he venido a decírtelo.

—Entonces, ayer hablaba en serio —susurró Sonia, haciendo un esfuerzo—. ¿Cómo es que lo sabe? —se apresuró a preguntar, como si acabara de volver en sí. Empezaba a respirar penosamente. Su rostro palidecía por momentos.

—Lo sé.

Sonia estuvo cerca de un minuto en silencio.

—¿Acaso han dado con *él*? —preguntó tímidamente.

—No, no han dado con él.

—Entonces ¿cómo puede saber quién es? —volvió a preguntar, con voz apenas perceptible, después de casi otro minuto de silencio.

Raskólnikov se volvió hacia ella y la miró muy, muy fijamente.

—Adivina —dijo, con la misma sonrisa retorcida e impotente de antes.

Sonia se estremeció con todo el cuerpo, como si sufriera convulsiones.

—Pero usted… ¿por qué me asusta de este modo? —dijo, sonriendo como una criatura.

—Se supone que tengo que ser muy buen amigo de *ese hombre…* para saberlo —siguió diciendo Raskólnikov, sin dejar en ningún momento de mirarla a la cara, como si no tuviera fuerzas para apartar los ojos—. Él no quería… matar a Lizaveta. La mató… accidentalmente. Solo quería matar a la vieja… cuando estuviera sola… y fue a la casa… Pero entonces entró Lizaveta… Entonces… también la mató.

Transcurrió otro minuto terrible. No dejaban de mirarse.

—Entonces ¿no lo adivinas? —preguntó él de pronto, con la sensación de arrojarse al vacío desde un campanario.

—No —susurró Sonia, con voz casi inaudible.

—Fíjate bien.

Y, nada más decirlo, una sensación ya conocida volvió a helarle el alma: estaba mirando a Sonia y de pronto, en su cara, creyó ver la cara de Lizaveta. Conservaba un vivo recuerdo de la expresión de su rostro mientras avanzaba hacia ella con el hacha, y ella reculaba hacia la pared, alargando la mano para protegerse, con una

expresión de terror infantil, como la de los niños pequeños cuando de pronto empiezan a asustarse de algo, y miran paralizados e intranquilos el objeto que les da miedo, retroceden y, extendiendo la mano hacia delante, se preparan para llorar. Eso mismo le pasaba a Sonia en aquel momento: lo miró brevemente con idéntico espanto, con idéntica impotencia, hasta que súbitamente extendió el brazo izquierdo, apoyó levemente los dedos en el pecho de Raskólnikov, se levantó de la cama despacio, y empezó a apartarse de él poco a poco, sin dejar de mirarlo. También a él se le contagió el terror: la misma expresión de espanto se dibujó en su rostro; la miró con idéntica mirada y casi con la misma sonrisa *infantil*.

—¿Ya lo has adivinado? —susurró por fin.

—¡Señor! —Un gemido de horror le brotó del pecho. Se desplomó sin fuerzas en la cama y hundió el rostro en la almohada. Pero un momento después se levantó rápidamente, se acercó a Raskólnikov, le cogió las manos, las atenazó con sus finos dedos y volvió a mirarlo a la cara, como paralizada. Con esta última mirada desesperada, Sonia pretendía detectar y captar una última esperanza. Pero no había ninguna esperanza; no cabía la menor duda; ¡todo era verdad! Incluso más tarde, cuando recordaba este momento, todo le parecía extraño e irreal: ¿cómo es que había comprendido *de golpe* que no había ninguna duda? Porque, por ejemplo, no podía decir que hubiera presentido algo por el estilo. Y, sin embargo, en cuanto él le dijo aquello, ella realmente tuvo la sensación de haberlo intuido.

—¡Basta, Sonia, ya es suficiente! ¡No me tortures! —le suplicó angustiado.

No era así como él tenía previsto revelárselo, pero *así* había salido.

Fuera de sí, Sonia saltó de la cama y, retorciéndose las manos, fue al centro de la habitación; pero rápidamente se dio la vuelta y otra vez se sentó al lado de Raskólnikov, con los hombros casi rozándose. De pronto se estremeció, como si la hubieran

atravesado, dio un grito y, sin saber ella misma por qué, cayó de rodillas delante de Raskólnikov.

—Pero ¿no ve lo que se ha hecho a sí mismo? —exclamó desesperada y, poniéndose de pie, se le echó al cuello, lo abrazó y lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

Raskólnikov dio un paso atrás y la miró con una triste sonrisa.

—Qué rara eres, Sonia; me abrazas y me besas cuando te lo cuento. No eres consciente de lo que haces.

—¡No, no, ahora no hay nadie más desdichado que tú en todo el mundo! —exclamó Sonia, en un arrebato, sin haber escuchado su comentario; de pronto, empezó a llorar y a sollozar, como en un ataque de histeria.

Un sentimiento olvidado hacía tiempo inundó el alma de Raskólnikov y la suavizó. No opuso resistencia: dos lágrimas brotaron de sus ojos y se quedaron al borde de sus pestañas.

—¿No vas a abandonarme, Sonia? —dijo, mirándola casi con esperanza.

—No, no; ¡nunca, en ningún sitio! —exclamó Sonia—. ¡Te seguiré a donde quiera que vayas! ¡Ay, Señor! ¡Ah, qué desdichada soy! ¿Por qué, por qué no te habré conocido antes? ¿Por qué no has venido antes? ¡Ay, Señor!

—Aquí me tienes.

—¡Sí, ahora! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Juntos, juntos! —repetía, como sin pensar, abrazándolo de nuevo—. ¡Te seguiré al presidio!

Raskólnikov se revolvió de repente, y la misma sonrisa de antes, odiosa y altiva, apareció en sus labios.

—Sonia, es posible que yo todavía no quiera ir a presidio —dijo.

Sonia lo miró enseguida.

Después de la compasión inicial por el desdichado, intensa y dolorida, la idea espantosa del asesinato la conmocionó. En el tono alterado de Raskólnikov se había oído de pronto a un asesino. Lo miró sobrecogida. Aún no sabía nada: ni cómo ni por qué ni para qué lo había hecho. Todas estas preguntas surgieron de golpe en su

conciencia. Volvía a tener sus dudas. ¡Él! ¡Un asesino! ¿Cómo es posible?

—Pero ¿qué significa esto? ¿Dónde estoy? —exclamó, profundamente desconcertada, como si todavía no hubiera vuelto en sí—. Pero ¿cómo ha podido… alguien como usted… decidirse a dar ese paso? ¿Qué significa esto?

—Bueno, para robar. ¡Déjalo ya, Sonia! —contestó con cierto cansancio y casi con indignación.

Sonia se quedó estupefacta, pero de pronto exclamó:

—¡Pasabas hambre! Fue… para ayudar a tu madre… ¿No?

—No, Sonia, no —balbuceó, dándose la vuelta y agachando la cabeza—. No pasaba hambre hasta ese punto. Es verdad que quería ayudar a mi madre, pero… tampoco fue por eso. ¡No me tortures, Sonia!

Sonia abrió los brazos.

—¡No puede ser, no puede ser cierto! ¡Vaya realidad, Dios mío! ¿Quién podría creerlo? ¿Cómo es posible que se desprenda usted de lo poco que tiene, después de haber matado para robar? ¡Ah! —exclamó de repente—. Ese dinero que le dio a Katerina Ivánovna… ese dinero… Dios mío, ese dinero no será…

—No, Sonia —se apresuró a interrumpirle—, ese dinero no es de allí, ¡puedes estar tranquila! Ese dinero me lo mandó mi madre, a través de un comerciante; me llegó cuando estaba enfermo, el mismo día en que yo lo entregué. Razumijin lo vio… Él lo recibió en mi nombre… Era dinero mío, de mi propiedad, realmente mío.

Sonia le escuchaba perpleja, haciendo un tremendo esfuerzo por comprender algo.

—En cuanto al dinero *aquel…* la verdad es que no sé si había allí dinero —prosiguió Raskólnikov, en voz baja y con cierto aire pensativo—. Yo le quité un monedero que llevaba al cuello, uno de gamuza… Estaba lleno a reventar… pero no miré dentro; no tuve tiempo, me imagino. Y luego estaban las joyas, unos gemelos y unas cadenitas; y todo eso, las joyas y el monedero, lo escondí en un

patio, en la avenida V., debajo de una piedra, a la mañana siguiente. Ahí seguirá todavía.

Sonia escuchaba con la máxima atención.

—Entonces ¿por qué… por qué ha dicho que mató para robar, si luego no se ha quedado con nada? —se apresuró a preguntar, aferrándose a un clavo ardiendo.

—No sé… Todavía no he decidido si cogeré o no ese dinero —dijo, en el mismo tono distraído de antes; de pronto, volviendo en sí, sonrió fugazmente—. Menuda tontería acabo de decir, ¿eh?

A Sonia se le pasó una idea por la cabeza: «¿No estará loco?». Pero enseguida la descartó: no, no se trataba de eso. ¡Nada, no entendía nada!

—Escucha, Sonia —dijo de pronto con convicción—. Escucha lo que te voy a decir: si las hubiera matado, sencillamente, porque pasaba hambre —continuó Raskólnikov, subrayando cada palabra y mirándola de un modo misterioso, aunque sincero—, entonces ahora mismo… ¡sería *feliz*! ¡Quería que lo supieras!

»Y ¿qué ganarías —gritó después de un momento, con cierto tono de desesperación—, qué ganarías si yo admitiera ahora que actué mal? ¿En qué te beneficia este estúpido triunfo sobre mí? Ay, Sonia, ¿he venido aquí para esto?

Una vez más, Sonia quiso decir algo, pero no abrió la boca.

—Si ayer te pedí que nos fuéramos juntos, fue porque solo te tengo a ti.

—Que nos fuéramos juntos, ¿adónde? —preguntó Sonia con timidez.

—No a robar ni a matar, no te preocupes, no se trata de eso —sonrió con mordacidad—. Somos distintos… Y el caso, Sonia, es que no he comprendido hasta ahora mismo, hasta hace un momento, *adónde* te pedí ayer que fuéramos. Ayer, cuando te lo pedí, ni yo mismo sabía adónde. Te lo pedí por una sola cosa, y he venido por una sola cosa: no me dejes. ¿Verdad que no me vas a dejar, Sonia?

Ella le cogió la mano y se la apretó.

—¿Por qué, por qué se lo habré dicho? ¿Por qué se lo habré confesado? —exclamó desesperado muy poco después, mirándola con un sufrimiento infinito—. Estás esperando mis explicaciones, Sonia; veo que estás ahí esperando, pero ¿qué puedo decirte? No vas a entender nada, y únicamente vas a sufrir… ¡por mí! Veo que lloras y vuelves a abrazarme… pero ¿por qué me abrazas? Porque no he sido capaz de sobrellevar mi carga, y he venido a echársela encima a otra persona: «Sufre tú también, ¡me sentiré aliviado!». ¿De verdad puedes querer a semejante canalla?

—¿Acaso no sufres tú también? —exclamó Sonia.

El mismo sentimiento de antes inundó el alma de Raskólnikov y la suavizó por un instante.

—Sonia, tengo un corazón malvado, no lo olvides: eso puede explicar muchas cosas. Por eso he venido, porque soy un malvado. Hay otros que no habrían venido. Pero yo soy un cobarde y… ¡un miserable! Pero… ¡tanto da! Esa no es la cuestión. Ahora tengo que hablar, y no sé cómo empezar. —Hizo una pausa y se quedó pensativo—. ¡Ay, somos tan distintos! —exclamó nuevamente—. No hacemos una buena pareja. ¿Para qué, para qué habré venido? ¡Jamás me lo perdonaré!

—¡No, no, has hecho muy bien viniendo! —exclamó Sonia—. ¡Es mejor que lo sepa! ¡Mucho mejor!

Él la miró con angustia.

—¿Y si hubiera sido eso? —dijo, como recapacitando—. ¡Seguro que ha sido eso! Eso es: yo quería convertirme en un Napoleón, por eso la maté… ¿Lo entiendes ahora?

—Pues… no —susurró Sonia, con ingenuidad y timidez—. Pero… ¡habla, habla! Lo entenderé, ¡lo entenderé todo por mi cuenta! —le suplicaba.

—¿Lo entenderás? Bueno, ¡ya veremos!

Raskólnikov se calló y estuvo meditando un buen rato.

—Esta es la cuestión. Un día me hice una pregunta: ¿qué habría ocurrido si, por ejemplo, Napoleón hubiese estado en mi lugar y no hubiera tenido, para empezar su carrera, ni Tolón, ni Egipto, ni el

paso del Mont Blanc, sino que, en lugar de todas estas cosas vistosas y monumentales, hubiera contado únicamente con una vieja grotesca, viuda de un registrador colegiado, a la que, además, tendría que matar para cogerle el dinero de un cofre (para su carrera, entiéndeme)? ¿Habría tomado esa decisión, a falta de mejor alternativa? ¿Se habría echado atrás por considerarlo escasamente monumental y… y pecaminoso? Bueno, pues te digo que estuve mucho tiempo torturándome con esta «cuestión», y me sentí terriblemente avergonzado cuando finalmente comprendí, de forma repentina, que no solo no se habría echado para atrás, sino que ni siquiera se le habría pasado por la cabeza la idea de que eso pudiera ser escasamente monumental… Y ni siquiera habría entendido que se pudiera titubear. A poco que no tuviera otra vía, la habría estrangulado sin el menor escrúpulo, sin darle tiempo a rechistar. Pues yo también… Me dejé de darle vueltas… y maté, siguiendo el ejemplo de la autoridad… ¡Eso fue exactamente lo que sucedió! Te parece gracioso, ¿verdad? Sí, Sonia, lo más gracioso es que las cosas, seguramente, ocurrieron de ese modo…

A Sonia no le parecía nada gracioso.

—Mejor hábleme directamente… sin recurrir a ejemplos —le pidió a Raskólnikov, cada vez más cohibida y con un hilo de voz.

Se volvió hacia ella, la miró con tristeza y la cogió de las dos manos.

—Una vez más tienes razón, Sonia. ¡Todo esto es absurdo, es poco más que pura charlatanería! Verás: como sabes, mi madre apenas si tiene recursos. Mi hermana, por fortuna, es una joven instruida y se ha visto obligada a arrastrarse de acá para allá como institutriz. Todas sus esperanzas descansaban en mí. Yo estudiaba, pero no podía mantenerme, y no tuve más remedio que dejar la universidad por un tiempo. Aunque hubiera podido seguir, a lo más que habría podido aspirar, dentro de diez o doce años, y si todo iba bien, habría sido a un puesto de maestro o a una plaza de funcionario con un sueldo anual de mil rublos. —Hablaba como si estuviera recitando una lección—. Para entonces, las preocupaciones

y los pesares habrían consumido a mi madre, y difícilmente habría podido yo confortarla, mientras que mi hermana… bueno, ¡a mi hermana las cosas podrían irle aún peor! Y ¿qué necesidad hay, durante toda una vida, de pasar siempre de largo, de tener que volver la cabeza, de olvidarse de la propia madre, de soportar con dignidad las ofensas recibidas por una hermana, por ejemplo? Y ¿para qué? ¿Para, después de enterrar a los míos, cargar con otros, con una mujer y unos hijos, y dejarlos también en la miseria, sin un trozo de pan que llevarse a la boca? En fin, que decidí apoderarme del dinero de la vieja y disponer de él en los próximos años sin tener que molestar a mi madre, para acabar los estudios y dar los primeros pasos al salir de la universidad… Y hacer todo esto a lo grande, de un modo radical, para así poder empezar una carrera enteramente nueva y emprender un camino nuevo, independiente… Bueno… nada más… En fin, se entiende que hice mal matando a la vieja… ¡Y ya basta!

Luchó por llegar, ya sin fuerzas, hasta el final de su relato, y bajó la cabeza.

—Oh, no, no está bien, no está bien —exclamaba Sonia con angustia—. Cómo se puede… No, ¡no está bien, no está bien!

—¡Tú misma ves que no está bien!… Pero yo he sido sincero, ¡te he contado la verdad!

—Pero ¡cómo puede ser verdad! ¡Ay, Señor!

—Solo he matado un piojo, Sonia: inútil, repugnante, dañino.

—¡Ese piojo es un ser humano!

—Ya sé que no es un piojo —replicó, mirándola de un modo extraño—. Aunque acabo de decir un disparate, Sonia —añadió—, hace mucho que digo disparates… Eso no está bien; tienes toda la razón. Ha habido otras razones, ¡unas razones bien distintas!… Hacía tiempo que no hablaba con nadie, Sonia… Ahora me duele mucho la cabeza.

Sus ojos ardían con un brillo febril. Estaba al borde del delirio; una sonrisa nerviosa se insinuaba en sus labios. Por debajo de su ánimo excitado se adivinaba una espantosa debilidad. Sonia era

consciente de lo mucho que sufría. También ella empezaba a marearse. Y qué forma más rara de hablar: más o menos se podía entender, pero… «Pero ¡cómo es posible! ¡Cómo es posible! ¡Dios mío!». Y se retorcía las manos, desesperada.

—¡No, Sonia, no es eso! —empezó de nuevo, levantando de pronto la cabeza, como sorprendido y reanimado por un brusco giro en sus ideas—. ¡No es eso! Mejor… imagínate (sí, eso es lo mejor, sin duda), imagínate que soy vanidoso, envidioso, malvado, mezquino, vengativo, en fin… Y, muy probablemente, propenso a la locura. (¡Mejor todo a la vez! De la locura ya hemos hablado antes, ¡no se me ha escapado!). Acabo de decirte que tuve que dejar la universidad, porque no podía mantenerme. Pero ¿sabes que a lo mejor sí habría podido? Mi madre me habría mandado el dinero para pagarme los estudios y, para la ropa, el calzado y la comida, yo habría podido ganar lo necesario, ¡seguro que sí! Podría haber dado clases; me las habían ofrecido por un *poltínnik*. ¡Es lo que hace Razumijin! Pero yo estaba colérico y no quise. Eso es, colérico (¡no está mal la palabra!). Entonces me encerré en mi rincón como una araña. Tú ya has estado en mi tabuco, lo has visto… Y seguro que sabes, Sonia, que los techos bajos y las habitaciones angostas oprimen el alma y el pensamiento. ¡Oh, cómo detestaba aquel cuchitril! Y, sin embargo, no quería salir de allí. Lo hacía a propósito. Pasaba días enteros sin salir; no quería trabajar, tampoco quería comer, siempre estaba acostado. Que Nastasia me traía algo, comía; que no me traía nada, no probaba bocado en todo el día; yo me negaba a pedir la comida, lo hacía aposta, de pura rabia. De noche no tenía luz, prefería estar tumbado en la oscuridad antes que tener que trabajar para comprarme una vela. En lugar de estudiar, vendí mis libros; encima de la mesa, en mis apuntes y en mis papeles, hay todavía un dedo de polvo. Prefería estar tumbado, pensando… Y no paraba de pensar… Y luego estaban los sueños, unos sueños muy raros y de lo más variados, ¡mejor no hablemos de los sueños! También fue por entonces cuando me dio por imaginar… ¡No, no fue así! ¡Tampoco esta vez lo estoy contando bien!… Verás,

yo entonces no hacía más que preguntarme: «¿Cómo puedo ser tan idiota? Si los demás también son idiotas, y yo estoy seguro de que lo son, ¿por qué no puedo ser yo más inteligente?». Después he comprendido, Sonia, que esperar a que todo el mundo fuera inteligente requeriría demasiado tiempo… Y he llegado a la conclusión de que eso nunca va a pasar, de que la gente no cambia y tampoco puede cambiarla nadie, y de que el esfuerzo no vale la pena. ¡Sí, así son las cosas! Esa es su ley… ¡La ley, Sonia! ¡Así son las cosas!… Y ahora sé, Sonia, que quien sea fuerte y firme de pensamiento y de espíritu tendrá poder sobre los hombres. Para ellos, el más decidido es el que se carga de razón. Aquel que más desprecia es el que dicta las leyes; el más osado tiene más derechos que nadie. ¡Así ha sido siempre y siempre será así! ¡Hace falta estar ciego para no verlo!

Aunque Raskólnikov miraba a Sonia mientras decía todo esto, ya no se preocupaba por saber si entendía o no entendía. La fiebre lo dominaba por completo. Se hallaba en un estado de exaltación sombría. (En efecto, ¡llevaba demasiado tiempo sin hablar con nadie!). Sonia había comprendido que aquel lúgubre catecismo se había convertido en su fe y en su ley.

—Entonces adiviné, Sonia —prosiguió Raskólnikov, con solemnidad—, que el poder solo está al alcance de quien se atreve a inclinarse a cogerlo. Se trata de una sola cosa, solo una: ¡solo hay que atreverse! Por primera vez en mi vida, tuve una idea que nadie había tenido antes que yo. ¡Nadie! De pronto vi tan claro como la luz del día lo raro que era que hasta entonces nadie se hubiera atrevido, dejando de lado tanto sinsentido, a agarrarlo todo por la cola, así sin más, y mandarlo al quinto infierno. Yo… yo quise *atreverme* y la maté… Solo quería atreverme, Sonia, ¡no hubo más razón que esa!

—¡Oh, cállese, cállese! —exclamó Sonia, juntando las manos—. Se ha apartado usted de Dios, y Dios le ha abatido, ¡le ha puesto en manos del diablo!

—Entonces, Sonia, cuando yacía en la oscuridad y se me ocurrían todas estas cosas, ¿era una tentación del diablo?

—¡Cállese! ¡No se burle, blasfemo! ¡Usted no entiende nada, nada! ¡Oh, Dios mío! ¡No va a entender nada de nada!

—Calla, Sonia, yo no me burlo; yo sé muy bien que fue el demonio el que me arrastró. ¡Calla, Sonia, calla! —repitió, sombrío y obstinado—. Lo sé todo. Todo esto lo he pensado y repensado, me lo he susurrado mil veces cuando estaba acostado en la oscuridad… ¡Lo he discutido conmigo mismo, hasta el menor detalle, y lo sé todo, todo! Y ¡qué harto estaba, qué harto estaba de toda esta palabrería! ¡Yo lo que quería era olvidarlo todo y empezar de nuevo, Sonia, y dejarme de parlotear! ¿O acaso te crees que me lancé a lo loco, sin pensar? ¡Lo hice como una persona razonable, y eso fue lo que me perdió! Y no vayas a creer que no sabía, por ejemplo, que, si empezaba a preguntarme y a cuestionarme si tenía o no tenía derecho a hacerme con el poder, entonces, desde luego, ese derecho ya no lo tenía. O que, si me planteaba la pregunta de si el hombre es un piojo, *para mí* ya no era un piojo, como sí podía serlo, en cambio, para quien no pensaba en esas cosas y seguía su camino sin hacerse preguntas… Y que estuviera tantos días preocupado, considerando lo que habría hecho o dejado de hacer Napoleón, me hacía sentir claramente que yo no era ningún Napoleón… Tenía que soportar el tormento de tanta palabrería, Sonia, y estaba continuamente deseando quitármelo de encima: quería matar al margen de toda casuística, Sonia, ¡quería matar por interés, por mi propio interés! No quería engañarme a mí mismo en esta cuestión. Yo no maté para ayudar a mi madre, ¡eso es absurdo! Tampoco maté para conseguir los recursos y el poder con los que convertirme en un filántropo. ¡Otro absurdo! No, sencillamente maté; maté para mí, para mí solo: y en ese momento me daba lo mismo convertirme en un filántropo o pasarme toda la vida cazando como una araña con su tela y sacándoles los jugos vitales a mis presas… Y, sobre todo, no era el dinero, Sonia, lo que necesitaba cuando maté; más que el dinero necesitaba otra cosa… Solo ahora lo sé… Entiéndeme: es posible que, si pasara otra vez por el mismo camino, ya nunca volvería a matar… Tenía que saber otra cosa, fue otra cosa la que

me empujó: necesitaba averiguar, y cuanto antes, si yo era un piojo, como todo el mundo, o si era un hombre; si era capaz de superar todos los obstáculos; si iba a inclinarme o no iba a inclinarme a coger el poder; si era una criatura temblorosa o si tenía *derecho…*

—¿A matar? ¿Que si tenía derecho a matar? —Sonia juntó las manos.

—¡Ah, Sonia! —exclamó Raskólnikov con irritación; habría querido replicar, pero prefirió callarse la respuesta, desdeñoso—: ¡No me interrumpas, Sonia! Solo quería demostrarte una cosa: que el diablo me arrastró en aquel momento, y desde entonces me ha hecho comprender que no tenía derecho a dar ese paso, porque soy un piojo, ¡exactamente igual que cualquier otro! Se ha burlado de mí, ¡por eso he venido a esta casa! ¡Acoge al visitante! Si no fuera un piojo, ¿habría venido aquí? Escucha: cuando fui a casa de la vieja, solo pensaba *hacer una prueba…* ¡Ya lo sabes!

—Y ¡usted la mató! ¡La mató!

—Pero ¿cómo la maté? ¿Acaso esa es forma de matar? ¡Nadie va a matar como fui yo! Alguna vez te contaré cómo fui… ¿Acaso maté a la vieja? ¡Me maté a mí mismo, no maté a la vieja! En realidad, acabé conmigo mismo de una vez… Pero fue el diablo quien mató a la vieja, no la maté yo… ¡Basta, Sonia, basta, basta! ¡Déjame! —exclamó de repente con una angustia convulsiva—. ¡Déjame!

Apoyó los codos en las rodillas y se apretó la cabeza con las manos, como si fueran unas tenazas.

—¡Qué forma de sufrir! —Sonia musitó un agónico lamento.

—Muy bien, ¿qué tengo que hacer? ¡Di algo! —preguntó, levantando de repente la cabeza y mirándola con el semblante descompuesto por la desesperación.

—¡Me preguntas qué tienes que hacer! —exclamó ella, reaccionando de pronto, y sus ojos, bañados en lágrimas hasta ese momento, empezaron a brillar—. ¡Levanta! —Lo cogió del hombro; Raskólnikov se incorporó, mirándola con estupor—. Sal ahora mismo y vete a la esquina más próxima, inclínate y besa primero la tierra,

pues la has profanado; después inclínate ante el mundo entero, a derecha e izquierda, y dile a todo el que pase, bien alto: «¡He matado!». Entonces Dios volverá a enviarte la vida. ¿Vas a ir? ¿Vas a ir? —le preguntaba, temblando con todo el cuerpo, como si sufriera un ataque de nervios. Le cogió las dos manos, se las apretó con fuerza y lo miró con ojos ardientes.

Raskólnikov estaba desconcertado: se había quedado estupefacto con aquel éxtasis repentino.

—¿Estás hablando del presidio, Sonia? ¿Debo entregarme a la justicia? —preguntó con pesar.

—Aceptar el sufrimiento y expiar el pecado: eso es lo que tienes que hacer.

—¡No! No iré a entregarme, Sonia.

—Y vivir, ¿cómo vas a vivir? ¿Vas a vivir con esa carga? —replicó Sonia—. ¿Crees que ahora es posible? ¿Cómo vas a hablar con tu madre? (Ah, ¿qué va a ser de ellas ahora?). Pero ¡qué estoy diciendo! Si ya has abandonado a tu madre y a tu hermana. ¡Sí, ya las ha abandonado! ¡Ay, Señor! —exclamaba—. ¡Si todo esto ya lo sabe! ¡Cómo, cómo se puede vivir al margen de los hombres! ¿Qué va a ser ahora de ti?

—No seas niña, Sonia —dijo Raskólnikov con suavidad—. ¿Qué mal les he hecho? ¿Para qué voy a entregarme? ¿Qué les puedo decir? Todo esto no es más que una ilusión… Ellos son los primeros que atormentan a millones de personas, y todavía se consideran virtuosos. ¡Son unos sinvergüenzas y unos canallas, Sonia!… No pienso entregarme. ¿Quieres que les diga que la maté, pero que no me atreví a coger el dinero y lo escondí debajo de una piedra? —añadió, sonriendo con amargura—. Se van a reír de mí, van a decir: el muy idiota no lo ha querido coger. ¡Un cobarde y un idiota! No van a entender nada, Sonia, y además no son dignos de entender. ¿Para qué voy a ir? No pienso ir. No seas niña, Sonia…

—No harás más que sufrir y sufrir —insistía Sonia, tendiendo los brazos hacia él en una súplica desesperada.

—Es posible que haya sido injusto conmigo mismo —observó melancólicamente, y como absorto—; es posible que todavía sea un hombre, no un piojo, y tal vez me haya precipitado al condenarme… Aún puedo seguir luchado.

En sus labios brotó una sonrisa arrogante.

—¡Soportar ese tormento! Y ¡toda la vida, toda la vida!…

—Me acostumbraré… —dijo con pesar, abstraído—. Escucha —empezó, al cabo de un minuto—, basta de llanto, ya es hora de hablar de los hechos: he venido a decirte que están siguiéndome la pista…

—¡Oh! —exclamó Sonia, asustada.

—Y ahora ¿por qué gritas? Quieres que vaya a presidio, y ahora ¿te asustas? Pero escucha: no voy a rendirme. Voy a presentar batalla, y no van a poder hacer nada. No tienen verdaderas pruebas. Ayer estuve en peligro y me creí perdido, pero hoy el asunto parece arreglado. Todas las pruebas que tienen son armas de doble filo, por lo que puedo darles la vuelta a sus acusaciones y aprovecharlas en mi beneficio, ¿entiendes? Y les daré la vuelta, porque ahora ya tengo experiencia… Sin embargo, lo más probable es que me detengan. De no haber sido por una casualidad, hoy mismo me habrían encerrado, y aún es posible que me encierren hoy. Pero eso es lo de menos, Sonia: aunque me encarcelen, después me soltarán; no tienen ni una sola prueba verdadera, ni la tendrán, te doy mi palabra. Y con lo que tienen no se puede condenar a nadie… Bueno, ya es suficiente… Solo quería que lo supieras… En cuanto a mi madre y a mi hermana, procuraré arreglar las cosas para que no se asusten ni sospechen la verdad… Mi hermana, por otra parte, creo que ahora tiene una situación más desahogada… y mi madre, por consiguiente, también… Bueno, eso es todo. Pero ten cuidado. ¿Vendrás a verme a la prisión cuando esté detenido?

—¡Oh, sí, sí!

Allí estaban sentados los dos juntos, tristes y abatidos, como náufragos después de la tormenta arrojados a una orilla solitaria. Raskólnikov miraba a Sonia y se daba cuenta de lo mucho que ella lo

amaba, pero, curiosamente, de pronto sintió ese amor como una carga pesada y amarga. ¡Sí, era una sensación extraña y terrible! De camino a casa de Sonia, sentía que era su única esperanza y su única salida, y pensaba depositar en ella al menos una parte de sus tormentos; sin embargo, ahora que Sonia le había entregado su corazón, se sentía incomparablemente más desdichado que antes.

—Sonia —dijo—, es mejor que no vengas a verme cuando esté en prisión.

Sonia no contestó: estaba llorando. Pasaron así varios minutos.

—¿Llevas encima alguna cruz? —preguntó ella de forma inesperada, como si se hubiera acordado de repente.

Él al principio no entendió la pregunta.

—No llevas ninguna, ¿verdad? Anda, coge esta, es de ciprés. Tengo otra, de cobre; fue de Lizaveta. Lizaveta y yo hicimos un cambio: ella me dio su cruz y yo le regalé un pequeño icono. A partir de ahora llevaré la cruz de Lizaveta, y esta es para ti. Tómala… ¡es la mía! ¡Mi cruz! —le suplicó—. ¡Iremos juntos a sufrir y llevaremos juntos nuestra cruz!…

—¡Dámela! —dijo Raskólnikov. No quería herir sus sentimientos. Pero de inmediato retiró la mano que había alargado para coger la cruz—. Ahora no, Sonia. Mejor más adelante —añadió, para tranquilizarla.

—Sí, sí, mejor, mejor —repitió ella con pasión—. Cuando te dirijas a afrontar tu sufrimiento, entonces te la pondrás. Vendrás a mí, yo te la pondré, rezaremos juntos y nos pondremos en camino.

En ese instante alguien llamó tres veces a la puerta.

—Sofia Semiónovna, ¿se puede? —preguntó gentilmente una voz bien conocida.

Sofia corrió hacia la puerta, asustada. La rubia cabeza del señor Lebeziátnikov se asomó a la habitación.

V

Lebeziátnikov parecía muy alterado.

—Quería verla, Sofia Semiónovna. Disculpe… Pensé que le encontraría aquí —se dirigió de pronto a Raskólnikov—; quiero decir, no es que pensara nada… de ese estilo… pero sí he pensado que… Katerina Ivánovna ha perdido la cabeza —se dirigió otra vez a Sonia, olvidándose de Raskólnikov.

Sonia dio un grito.

—O eso parece, por lo menos. Aunque… Nadie sabe qué hacer, la verdad. Ha estado dando tumbos por ahí, y luego ha vuelto; parece que la han echado de algún sitio, si es que no le han pegado. Al menos, esa es la impresión que da. Había ido a buscar al jefe de Semión Zajárych, pero no lo encontró; estaba comiendo en casa de no sé qué general. Figúrese, se ha ido entonces para allá… a casa del general, y tanto ha insistido que al final el jefe de Semión Zajárych no ha tenido más remedio que levantarse de la mesa. Ya puede imaginarse cómo ha acabado aquello. No hace falta decir que han acabado echándola, pero ella cuenta que lo ha puesto a caldo y que incluso le ha tirado algún objeto. No me extrañaría… ¡Lo que no entiendo es cómo no la han detenido! Hace un momento se lo estaba contando a todo el mundo, incluida Amalia Ivánovna, pero no hay quien se entere, no hace más que dar gritos y no para quieta. Ah, sí: no se cansa de repetir que, como todo el mundo la ha dejado de lado, va a coger a los niños y se los va a llevar a la calle, y se va a poner a tocar el organillo, mientras los niños cantan y bailan, y ella también, para sacar algo de dinero, y piensa plantarse todos los días debajo de la ventana del general… «¡Que vea todo el mundo —dice— cómo los nobles hijos de un funcionario tienen que recorrer las calles pidiendo limosna!». No para de zurrar a los niños, y estos lloran. A Lenia la está enseñando a cantar *El caserío*, al niño a

bailar, lo mismo que a Polina Mijáilovna; les ha destrozado los vestidos, y les ha hecho una especie de gorritos, como de actores; ella piensa cargar con una palangana, y aporrearla como acompañamiento… No escucha a nadie… ¡No se hacen una idea de lo que es aquello!

Lebeziátnikov habría seguido hablando, pero Sonia, que le escuchaba casi sin aliento, cogió la mantilla y el sombrero y salió corriendo, vistiéndose sobre la marcha. Raskólnikov salió tras ella, y Lebeziátnikov detrás.

—¡Es evidente que se ha vuelto loca! —le dijo este a Raskólnikov, según salían—. No quería asustar a Sofia Semiónovna, y por eso he dicho que «solo lo parece», pero hay pocas dudas. Dicen que a veces a los tísicos se les forman tubérculos en el cerebro; qué pena no saber de medicina. He intentado convencerla, pero no escucha.

—¿Le ha hablado de los tubérculos?

—Bueno, no exactamente de los tubérculos. No me habría entendido. Lo que quería decir es que, si convencemos a una persona, mediante la lógica, de que no tiene por qué llorar, deja de llorar. Eso está claro. ¿No está usted de acuerdo?

—En ese caso, sería demasiado sencilla la vida —respondió Raskólnikov.

—Permítame; sin duda, Katerina Ivánovna no lo iba a entender fácilmente; pero no sé si sabe que en París se han llevado a cabo experimentos serios sobre la posibilidad de curar a los locos recurriendo en exclusiva a la lógica. Un catedrático recientemente fallecido, un sabio eminente, defendía las bondades de ese tratamiento. Su idea fundamental era que en el caso de los enfermos mentales no hay especiales trastornos orgánicos, y que la locura viene a ser, por así decir, un error lógico, un error de juicio, un punto de vista equivocado sobre las cosas. Lo que hacía era contradecir gradualmente al enfermo y, por lo que dicen, conseguía resultados. Pero, como también recurría a las duchas, los resultados de este tratamiento, naturalmente, han sido cuestionados… O, al menos, eso parece…

Raskólnikov llevaba un rato sin prestar atención. Al llegar a la altura de su casa, se despidió de Lebeziátnikov con un movimiento de cabeza y se metió en el portal. Lebeziátnikov reaccionó, miró a derecha e izquierda y siguió su camino.

Raskólnikov entró en su cuarto y se detuvo en el medio. «¿A qué he venido?». Observó el papel pintado amarillento, hecho jirones, el polvo, su diván… Un ruido sordo, incesante, le llegaba del patio; parecía que alguien estaba dando martillazos, clavando un clavo. Se acercó a la ventana, se puso de puntillas y estuvo un buen rato asomado al patio, mirando con mucha atención. Pero el patio estaba desierto, no se veía a nadie haciendo ruido. En el ala izquierda había algunas ventanas abiertas; en los alféizares había macetas con unos geranios bastante birriosos. Había ropa tendida por fuera de las ventanas. Todo esto se lo sabía de memoria. Se dio la vuelta y se sentó en el diván.

¡Jamás, jamás se había sentido tan horriblemente solo!

Sintió una vez más que podía acabar odiando a Sonia, sobre todo ahora que la había hecho aún más desdichada. «¿Para qué había ido a pedirle sus lágrimas? ¿Qué necesidad tenía de amargarle la vida? ¡Cuánta bajeza!».

«¡Me quedaré solo! —se dijo, con una repentina resolución—. Y ella no tendrá que venir a verme a la prisión».

A los cinco minutos levantó la cabeza y sonrió de una forma extraña. De repente, se le había ocurrido una idea chocante: «Puede que sea verdad que estaría mejor en el penal».

No sabría decir cuánto tiempo llevaba allí, con aquellos pensamientos imprecisos que se iban sucediendo en su cabeza. De pronto se abrió la puerta, y apareció Avdotia Románovna. Se detuvo en el umbral y se quedó mirándolo, como había hecho él un rato antes, al llegar a casa de Sonia; solo después entró y se sentó en una silla, enfrente de él, en el mismo sitio que había ocupado la víspera. Él la miró en silencio, sin pensar en nada.

—No te enfades, hermano; solo será un minuto —dijo Dunia. La expresión de su rostro era reflexiva, pero no severa. Su mirada era

clara y serena. Raskólnikov se daba cuenta de que también su hermana había ido hasta allí movida por el amor—. Hermano, ahora lo sé todo, *todo*. Dmitri Prokófich me lo ha contado todo y me lo ha explicado. Te persiguen y te atormentan por una absurda e infame sospecha. Dmitri Prokófich me ha dicho que no hay peligro y que no hay motivos para que reacciones con tanto temor. Yo pienso lo mismo y *entiendo perfectamente* que estés desconcertado y me doy cuenta de que tu indignación te puede llevar a dejar huellas imborrables. Eso me preocupa. No te juzgo, no me atrevo a juzgarte, por habernos dejado, y te pido perdón por haberte culpado antes. Me doy cuenta de que, si una desgracia semejante pesara sobre mí, yo también me apartaría de todo el mundo. No le he dicho nada de *esto* a nuestra madre, pero voy a hablar de ti constantemente y le voy a decir, de tu parte, que vas a volver muy pronto. No te tortures pensando en ella, ya me ocupo *yo* de tranquilizarla; pero tampoco la hagas sufrir: ven aunque solo sea una vez; ¡recuerda que es tu madre! Pero ahora solo he venido a decirte —Dunia empezó a levantarse— que si, por un casual, te hago falta o llegara a hacerte falta… mi vida entera, o lo que fuera… llámame y acudiré. ¡Adiós!

Se dio la vuelta bruscamente y fue hacia la puerta.

—¡Dunia! —la llamó Raskólnikov, que se levantó y fue tras ella—. Ya ves que Razumijin, Dmitri Prokófich, es un hombre muy bueno.

Dunia se sonrojó ligeramente.

—¿Y bien? —preguntó, después de una pausa.

—Es competente, trabajador, honrado y capaz de amar de verdad… Adiós, Dunia.

Dunia se ruborizó por completo, después se alarmó:

—¿Qué ocurre, hermano? ¿Acaso nos separamos para siempre? Es como si me hubieras… hecho partícipe de tu testamento.

—Da igual… adiós.

Se dio la vuelta, se apartó de ella y se acercó a la ventana. Dunia no se movió: lo miró con inquietud y se marchó muy preocupada.

No, no era indiferencia lo que sentía. Había habido un momento, justo al final, en que se moría de ganas de abrazarla fuerte y

despedirse de ella, y hasta *contárselo*, pero no se había atrevido ni a darle la mano: «Más tarde podría estremecerse al recordar que la abracé en este momento, y ¡dirá que le robé un beso!». Y poco después añadió: «Además, ¿podría soportarlo?… No, no lo soportaría; ¡las mujeres como ella no pueden soportar estas cosas! Las mujeres así jamás las soportan…».

Y pensó en Sonia.

Entraba aire fresco por la ventana. Fuera ya no había tanta claridad. De repente cogió la gorra y salió.

No podía, desde luego, ni quería preocuparse por su estado de salud. Pero toda esa inquietud incesante y toda esa angustia no podían dejar de tener consecuencias. Y, si no estaba postrado con fiebre, posiblemente se debía a que aquella continua tensión anímica lo mantenía en pie y consciente por el momento, aunque de forma un tanto artificiosa.

Vagaba sin rumbo fijo. El sol se ponía. Últimamente se manifestaba en él una suerte de peculiar melancolía. No era particularmente intensa ni lacerante, pero se desprendía de ella una sensación de permanencia, de perduración; se presentían años desesperados de angustia fría y mortecina, se presentía toda una eternidad en un «espacio diminuto». Al anochecer, esa sensación, por lo general, empezaba a torturarlo con más fuerza.

«Con esta estúpida debilidad, puramente física, que depende de algo como la puesta del sol, ¡es imposible no hacer alguna tontería! ¡Vas a acabar acudiendo ya no solo a Sonia, sino a la misma Dunia!», murmuró con odio.

Alguien lo llamó. Se volvió a mirar; Lebeziátnikov corría hacia él.

—Imagínese, he ido a su casa, lo estaba buscando. Imagínese, ¡esa mujer ha hecho lo que decía y se ha llevado a los niños! No sabe lo que nos ha costado encontrarlos a Sofia Semiónovna y a mí. Ella aporrea una sartén y obliga a los niños a cantar y bailar. Los niños lloran. Se van parando en los cruces y delante de las tiendas. Un grupo de idiotas va corriendo detrás de ellos. Venga conmigo.

—¿Qué es de Sonia? —preguntó con preocupación Raskólnikov, echando a andar a toda prisa detrás de Lebeziátnikov.

—Está como loca. Vaya, no me refiero a Sofia Semiónovna, sino a Katerina Ivánovna; de todos modos, Sofia Semiónovna también está como loca. Pero Katerina Ivánovna ha perdido del todo la cabeza. Ya le digo, está completamente trastornada. A este paso la van a detener. Imagínase el efecto que eso puede tener… Ahora está en un canal, cerca del puente…, muy cerca de casa de Sofia Semiónovna. No está lejos de aquí.

En la orilla del canal, cerca del puente, a menos de dos manzanas de la casa donde vivía Sonia, había un montón de personas. Sobre todo, chiquillos. La voz ronca y desgarrada de Katerina Ivánovna podía oírse en el puente. Era en verdad un espectáculo insólito, capaz de llamar la atención de los transeúntes. Katerina Ivánovna, con su vestido viejo, su chal de *drap de dames* y un sombrero roto de paja, grotescamente deformado en uno de sus lados, parecía efectivamente fuera de sí. Estaba rendida y jadeante. Su cara consumida por la enfermedad nunca había tenido un aspecto tan lamentable (además, los tísicos, cuando están en la calle, en pleno día, tienen siempre peor aspecto, parecen más deteriorados, que en casa); sin embargo, su excitación, lejos de remitir, no hacía más que crecer. Se abalanzaba sobre los niños, les gritaba, los regañaba, les decía delante de todo el mundo cómo tenían que bailar y qué tenían que cantar, les explicaba para qué lo necesitaban, se desesperaba al ver que las criaturas no se enteraban bien, les pegaba… Luego, sin llegar a acabar, corría hacia el público; si veía a una persona más o menos bien vestida que se había parado a contemplar el espectáculo, le decía que viese a qué extremo habían llegado los hijos «de una familia distinguida, casi podría decirse que aristocrática». Si oía entre la multitud risas o alguna palabra hiriente, se encaraba en el acto con los insolentes y empezaba a insultarlos. Algunos se reían, otros negaban con la cabeza; en general, todos miraban con estupor a aquella loca acompañada por unos niños muertos de miedo. Lo que no se veía, o por lo menos Raskólnikov no

la vio, era la sartén de la que había hablado Lebeziátnikov. En vez de golpear una sartén, lo que hacía Katerina Ivánovna, cada vez que obligaba a Pólechka a cantar y a Lenia y a Kolia a bailar, era llevar el compás dando palmas con sus manos huesudas; a veces ella también se animaba a cantar, pero una tos espantosa la interrumpía en la segunda nota, y se desesperaba; entonces empezaba a maldecir su tos y a llorar. Pero nada la alteraba tanto como el llanto y el miedo de Lenia y de Kolia. Efectivamente, había intentado vestir a sus hijos como cantantes callejeros. Al niño le había puesto una especie de turbante rojo y blanco, para que pareciese un turco. No había encontrado ningún vestido para Lenia, así que se había limitado a ponerle en la cabeza un gorro rojo de lana (propiamente, un gorro de dormir) del difunto Semión Zajárevich, al que había añadido un trozo de una pluma blanca de avestruz que había pertenecido a su abuela y que hasta entonces había tenido guardada en su baúl como una reliquia de familia. Pólechka llevaba su vestidito de siempre. Observaba cohibida y desconcertada a su madre y no se apartaba de ella; le ocultaba sus lágrimas, sospechando que su madre no estaba en su sano juicio, y miraba intranquila a todas partes. Estaba aterrada en plena calle, rodeada por aquella multitud. Sonia no se separaba de Katerina Ivánovna y le imploraba una y otra vez, llorando, que volviera a casa. Pero Katerina Ivánovna se mostraba inflexible.

—¡Basta, Sonia, basta! —gritaba, hablando muy deprisa, jadeando y tosiendo—. No sabes lo que pides, ¡eres como una niña pequeña! Ya te he dicho que no pienso volver a casa de esa alemana borracha. Que vea todo el mundo, todo San Petersburgo, cómo piden limosna los hijos de un padre noble que toda su vida ha servido leal y cabalmente y que ha fallecido, por así decir, en acto de servicio. —Katerina Ivánovna ya había tenido tiempo de urdir esta fantasía y de creer en ella ciegamente—. Que lo vea, que lo vea ese indigno generalucho. Además, pareces boba, Sonia: ¿qué vamos a comer ahora? ¿Me lo puedes decir? A ti ya te hemos dado demasiado trabajo, ¡ya no quiero seguir así! ¡Ah, Rodión

Románovich, es usted! —exclamó al ver a Raskólnikov, y corrió a su encuentro—. ¡Explíquele, si es tan amable, a esta boba que esto es lo más sensato que podemos hacer! Hasta los organilleros se ganan la vida, y a nosotros no van a tardar nada en reconocernos: verán que somos una familia distinguida caída en el desamparo y hundida en la miseria, y seguro que ese generalucho pierde su puesto; ¡ya lo verá! Todos los días nos vamos a plantar debajo de su ventana y, cuando pase por allí el soberano, me pondré de rodillas y le enseñaré a mis hijos: «Defiéndenos, padre», diré. Es un padre para los huérfanos, un hombre misericordioso, ya verá cómo nos defiende; y, en cuanto a ese generalucho… Lenia, *tenez-vous droite!*[156] Tú, Kolia, enseguida vas a volver a bailar. Pero ¿a qué viene ese llanto? ¡Ya está lloriqueando! ¿De qué tienes miedo, tonto? ¡Ay, Señor! ¿Qué puedo hacer con ellos, Rodión Románovich? Si usted supiera lo poco razonables que son. No sabe una qué hacer…

Y, casi llorando ella también (lo que no impedía que siguiera con su cháchara vertiginosa e incesante), le mostraba a sus hijos, que no paraban de gimotear. Raskólnikov intentaba convencerla de que volviera a casa, e incluso le dijo, pensando que así heriría su vanidad, que no estaba bien ir por las calles como los organilleros cuando se estaba preparando para dirigir un internado para señoritas…

—¡Un internado, ja, ja, ja! ¡Castillos en el aire! —exclamó Katerina Ivánovna, rematando las risas con un acceso de tos—. ¡No, Rodión Románych, el sueño se ha desvanecido! ¡Todos nos han abandonado!… Y ese generalucho… Sepa, Rodión Románych, que le arrojé un tintero, allí, en la antecámara; estaba, por cierto, en una mesa, al lado de la hoja donde estampan su firma las visitas; yo también firmé, le tiré el tintero y me largué. Oh, miserables, miserables. Pero me río de ellos; ahora me ocuparé yo misma de dar de comer a estos hijos míos, ¡no tendré que humillarme ante nadie! Bastante la hemos hecho sufrir ya. —Señaló a Sonia—. Pólechka, ¿cuánto hemos recogido? A ver. ¿Cómo? ¿Solo dos kopeks? ¡Miserables! No dan nada, lo único que hacen es correr

detrás de nosotros, con la lengua fuera. ¿De qué se reirá ese zopenco? —Señalaba a uno de la muchedumbre—. La culpa es de Kolia, que no se entera de nada, ¡hay que ver el trabajo que me da! ¿Qué quieres, Pólechka? Háblame en francés, *parlez-moi français*. Yo te he enseñado; ya sabes algunas frases. Si no, ¿cómo va a saber la gente que sois de una familia noble, que sois unos niños bien educados y no unos organilleros? Lo nuestro no es representar a Petrushka[157] por la calle, sino cantar elegantes romanzas… Bueno, a ver qué cantamos ahora… No dejáis de interrumpirme, y así… Ya lo ve, Rodión Románovich, nos hemos parado aquí para decidir el repertorio… Algo que pueda bailar Kolia… Porque, como se puede imaginar, no tenemos nada preparado; primero hay que ponerse de acuerdo, para poder ensayar como es debido, y luego ya iremos a la avenida Nevski, donde hay mucha más gente de la alta sociedad, y enseguida se fijarán en nosotros: Lenia ya se sabe *El caserío*, pero el caso es que no se sabe otra, y además esa la canta todo el mundo. Tenemos que cantar cosas bastante más dignas. A ver, Polia, ¿en qué has pensado? Ya podías ayudar a tu madre… ¡Ay, la memoria, cómo me falla la memoria! Si no, ya se me habría ocurrido algo. No es cosa de que nos pongamos a cantar *Un húsar apoyado en su sable*[158], ¡la verdad! ¡Ah, ya sé! Podemos cantar *Cinq sous*[159] en francés. Os la he enseñado, os la he enseñado. Y, sobre todo, es en francés, y así verán enseguida que sois de una familia noble, y será mucho más conmovedor. También podríamos cantar *Marlborough s’en va-t-en guerre*, esa sí que es una canción infantil y se canta en todas las familias aristocráticas para dormir a los niños.

Malborough s’en va-t-en guerre,
ne sait quand reviendra[160]*…*

—Empezó a cantar, pero se paró enseguida—. No, ¡mejor *Cinq sous*! Venga, Kolia, las manos en las caderas, date prisa, y tú, Lenia, ponte a dar vueltas en sentido contrario, mientras Pólechka y yo cantamos y damos palmadas.

Cinq sous, cinq sous,
pour monter notre ménage[161]*…*

»¡Cof, cof, cof! —No paraba de toser—. Arréglate el vestido, Pólechka, las hombreras te cuelgan —observó en medio del ataque de tos, asfixiándose—. Ahora más que nunca es importante que os portéis bien y que tengáis buenos modales, para que todo el mundo pueda ver que sois niños de familia noble. Ya te dije que tu corpiño tenía que ser más largo, y además de dos piezas. Has sido tú con tus consejos, Sonia: «Más corto, más corto», y ya ves el resultado: la niña va hecha un adefesio… Bueno, ¡otra vez todos llorando! ¿Estáis tontos o qué? Venga, Kolia, empieza, vamos, vamos. ¡Ay, qué criatura más insoportable!

Cinq sous, cinq sous…

»¡Ahora un soldado! A ver, ¿tú qué quieres?

Efectivamente, un guardia se abría paso entre la muchedumbre. Pero, al mismo tiempo, un señor con uniforme de civil y capote, un imponente funcionario de unos cincuenta años, con una condecoración al cuello (cosa que entusiasmó a Katerina Ivánovna y no dejó de influir en el gendarme), se acercó y, sin decir una palabra, le dio a la viuda un billetito verde de tres rublos. Su semblante reflejaba una sincera compasión. Katerina Ivánovna aceptó el dinero y se inclinó cortésmente o, más bien, ceremoniosamente.

—Se lo agradezco, señor —dijo en tono orgulloso—. Las razones que nos han impulsado a… Coge el dinero, Pólechka. Ya lo ves, todavía hay en el mundo hombres generosos y magnánimos, dispuestos a socorrer a una dama noble caída en desgracia. Está viendo, señor, a unos huérfanos nobles, e incluso, podría decirse, con vínculos en la más rancia aristocracia… Y aquel generalucho, zampándose unos grévoles[162]… Le dio por patear el suelo, molesto con mi presencia… «Excelencia —le digo—, proteja a unos huérfanos. Usted conocía muy bien al difunto Semión Zajárych, y el mismo día de su muerte el más canalla de los canallas difamó a su propia hija». ¡Otra vez el soldado! ¡Defiéndame! —le pidió al

funcionario, gritando—. ¿Qué quiere de mí ese soldado? Ya nos hemos escapado de uno en la calle Meshchánskaia… Bueno, ¿qué te traes entre manos, imbécil?

—Es que está prohibido en la calle. Haga el favor de no perturbar el orden.

—¡Aquí el único perturbado eres tú! Yo hago lo mismo que los organilleros, ¿a ti qué más te da?

—Los organilleros necesitan un permiso, y usted de esta manera lo que hace es soliviantar a la gente. ¿Dónde reside usted?

—¡Cómo! ¡Un permiso! —bramó Katerina Ivánovna—. Hoy mismo he enterrado a mi marido, ¿qué permiso quiere que tenga?

—Calma, señora, calma —dijo el funcionario—. Venga conmigo, yo la acompaño. No tendría que estar aquí, con tanta gente… Está usted enferma…

—¡Señor, señor, no sabe usted lo que ocurre! —gritaba Katerina Ivánovna—. Vamos a la avenida Nevski… ¡Sonia, Sonia! Pero ¿dónde está? ¡También está llorando! ¿Se puede saber qué os pasa a todos? ¡Kolia, Lenia!, ¿adónde vais? —exclamó, súbitamente asustada—. ¡Ah, qué niños más tontos! ¡Kolia, Lenia! Pero ¿adónde han ido?

El caso es que Kolia y Lenia, terriblemente asustados por la muchedumbre y por las ocurrencias disparatadas de su madre, y viendo además que un soldado pretendía llevárselos por ahí, de pronto, como si se hubieran puesto de acuerdo, se cogieron de la mano y echaron a correr. La pobre Katerina Ivánovna se lanzó detrás de ellos, chillando y llorando. Era un espectáculo penoso y grotesco verla correr así, entre jadeos y sollozos. Sonia y Pólechka fueron tras ella.

—¡Tráemelos, Sonia, tráemelos! ¡Qué niños más tontos e ingratos!… ¡Polia! Cógelos… Si ha sido por vosotros…

Tropezó en su carrera y se cayó.

—¡Se ha hecho sangre! ¡Dios mío! —se lamentaba Sonia, inclinándose sobre ella.

Mucha gente se acercó corriendo y se apelotonó a su alrededor. Raskólnikov y Lebeziátnikov fueron de los primeros en llegar; también se acercó enseguida el funcionario, y detrás de él el guardia, refunfuñando —«¡Mecachis!»— y haciendo aspavientos, intuyendo que el asunto se complicaba.

—¡Vamos, circulen! —intentaba dispersar a la gente que se amontonaba.

—¡Se muere! —exclamó alguien.

—¡Se ha vuelto loca! —observó otro.

—¡Ten piedad, Señor! —dijo una mujer, persignándose—. ¿Han cogido a los niños? Ah, sí, ahí los traen, los ha cogido la hermana mayor… ¡Ay, qué diablillos!

Cuando examinaron atentamente a Katerina Ivánovna, se vio que no se había lastimado al golpearse contra una piedra, como pensaba Sonia, sino que la sangre que manchaba el pavimento le brotaba del pecho y le salía de la boca.

—Ya sé lo que es, lo he visto antes —murmuró el funcionario, dirigiéndose a Raskólnikov y a Lebeziátnikov—. Esto es tisis; la sangre sale a borbotones y ahoga al enfermo. Hace muy poco fui testigo de un caso semejante, con una pariente mía: así, de repente, perdió más de un vaso de sangre… ¿Qué podemos hacer? Se está muriendo.

—¡Tráiganla por aquí! ¡Vamos a mi casa! —suplicaba Sonia—. ¡Vivo aquí al lado!… Es esa casa, la segunda… ¡Deprisa, deprisa, a mi casa! —se iba dirigiendo a todos los presentes—. Que alguien llame a un médico… ¡Ay, Señor!

Todo se pudo arreglar gracias a los desvelos del funcionario; incluso el guardia ayudó a trasladar a Katerina Ivánovna. La llevaron medio muerta a casa de Sonia y la tumbaron en la cama. La hemorragia continuaba, pero la enferma iba volviendo en sí. En la pieza, además de Sonia, habían entrado Raskólnikov, Lebeziátnikov, el funcionario y el guardia, que previamente había dispersado a una parte de la muchedumbre que había llegado hasta la misma puerta de la casa. Llegó Pólechka, trayendo de la mano a Kolia y a Lenia,

que venían temblando y llorando. Fueron apareciendo los Kapernaúmov: primero el señor, cojo y tuerto, un hombre de aspecto extraño con sus patillas y su pelo tieso; después su mujer, con una cara de susto permanente, y algunos de los niños, boquiabiertos y pasmados. Entre todo este público se presentó de pronto el señor Svidrigáilov. Raskólnikov lo miró con asombro, preguntándose de dónde había salido: no recordaba haberlo visto entre la multitud.

Se habló de avisar a un médico y a un sacerdote. El funcionario le susurró a Raskólnikov que muy probablemente el médico ya estaba de más, pero no por eso se opuso a llamarlo. Kapernaúmov fue corriendo a buscarlo.

Entretanto, Katerina Ivánovna respiraba mejor, la hemorragia había cesado de momento. Dirigió una mirada dolorida, aunque atenta y penetrante, a Sonia, que, pálida y temblorosa, le enjugaba las gotas de sudor de la frente con un pañuelo; finalmente, pidió que la incorporaran. La sentaron en la cama, sujetándola por los dos lados.

—¿Dónde están los niños? —preguntó débilmente—. ¿Los has traído, Polia? ¡Seréis bobos!… Mira qué salir corriendo… ¡Ah! —Una vez más la sangre le cubrió los labios resecos. Miró a todas partes, fijándose bien—: ¡Conque aquí es donde vives, Sonia! No había estado nunca… Por fin he tenido la ocasión… —La miró con cara de sufrimiento—. Te hemos amargado la vida, Sonia… Polia, Lenia, Kolia, venid aquí. Aquí están, Sonia, cógelos a todos. Los pongo en tus manos. ¡Yo ya no puedo más! ¡El baile ha terminado! ¡Cof!… Tumbadme; dejadme morir en paz por lo menos… —Volvieron a tumbarla, colocándole la cabeza en la almohada—. ¿Cómo? ¿Un sacerdote?… No hace falta… ¿A alguien le sobra un rublo?… ¡Yo no tengo pecados!… Dios me perdonará de todos modos… ¡Él ya sabe lo que he sufrido! Y, si no me perdona, ¡da igual!

Se iba hundiendo poco a poco en un delirio agitado. De vez en cuando se estremecía, miraba a todas partes, reconocía por un momento a todo el mundo; pero enseguida la conciencia se convertía

en delirio. Le costaba mucho respirar, y emitía unos silbidos, como si hubiera un borboteo en su garganta.

—Le digo: «¡Excelencia!»… —exclamaba, parándose a descansar después de cada palabra—. Esta Amalia Ludwigovna… ¡ay! ¡Lenia, Kolia! Las manos en las caderas, vamos, vamos, más deprisa. *Glissé, glissé! Pas de basque!*[163] Taconeo… Hay que hacerlo con más gracia.

> *Du hast Diamanten und Perlen*[164]*…*

»¿Cómo seguía? Habría que cantar esto…

> *Du hast die schönsten Augen,*
> *Mädchen, was willst du mehr*[165]*?*

»¡No, no, de eso nada! *Was willst du mehr*, ¡qué cosas se le ocurren, al muy zoquete!… Ah, sí, y luego esta otra:

> *En el ardor del mediodía, en un valle en Daguestán*[166]*…*

»Ah, con lo que me gustaba a mí… ¡Yo adoraba esta romanza, Pólechka! No sé si sabes que tu padre… cuando éramos novios, la solía cantar… ¡Qué tiempos aquellos!… ¡Eso, eso es lo que tendríamos que cantar! Pero ¿cómo seguía?… Ahora se me ha olvidado… ¿Alguien puede recordarme cómo seguía? —Estaba extraordinariamente agitada y trataba de incorporarse. Por fin, con una voz atroz, entrecortada y ronca, chillando y ahogándose con cada palabra, y con una expresión de creciente terror, cantó:

> En el ardor del mediodía, en un valle en Daguestán,
> con una bala en el pecho…

»¡Excelencia! —exclamó de pronto con un bramido desgarrador, mientras se deshacía en lágrimas—. ¡Defienda a unos huérfanos! ¡Habiendo disfrutado de la hospitalidad que le brindaba el difunto Semión Zajárych!… Incluso aristocrática, se podría decir… ¡Cof! —Se estremeció súbitamente, volviendo en sí, y miró como con espanto a todos los presentes, aunque inmediatamente reconoció a

Sonia—. ¡Sonia, Sonia! —dijo en tono dulce y cariñoso, como si estuviera sorprendida de verla a su lado—. Sonia, guapa, ¿también estás tú aquí? —La incorporaron una vez más—. ¡Basta!… ¡Ya es hora!… ¡Adiós, infeliz!… ¡Han molido a palos a la pobre bestia!… ¡Estoy reventada!… —gritó con odio y con desesperación, y se desplomó sobre la almohada.

Perdió el conocimiento, pero este último desvanecimiento no duró mucho. Echó hacia atrás el rostro demacrado, pálido y amarillento, la boca se le abrió, las piernas se le extendieron convulsivamente. Soltó un suspiro hondo, muy hondo, y murió.

Sonia se desplomó sobre el cuerpo, lo rodeó con los brazos y se quedó inmóvil, con la cabeza pegada al pecho descarnado de la muerta. Pólechka se echó a los pies de su madre y empezó a besárselos, llorando desconsoladamente. Kolia y Lenia, sin entender lo que había ocurrido, pero presintiendo que era algo terrible, se cogieron por los hombros y, mirándose fijamente, abrieron la boca los dos a la vez y empezaron a dar gritos. Aún iban disfrazados: él con el turbante, ella con el gorro y la pluma de avestruz.

Nadie sabe cómo, el «certificado acreditativo» apareció de pronto en la cama, al lado de Katerina Ivánovna. Estaba ahí mismo, junto a la almohada: Raskólnikov lo pudo ver.

Rodia se apartó y se dirigió a la ventana. Lebeziátnikov corrió a su lado.

—¡Ha muerto! —dijo Lebeziátnikov.

—Rodión Románovich, tengo que decirle un par de cosas muy importantes. —Se les acercó Svidrigáilov.

Inmediatamente, Lebeziátnikov le hizo sitio y se retiró discretamente. Svidrigáilov se llevó a Raskólnikov, que no salía de su asombro, al rincón más apartado.

—Todo este tinglado, o sea, el entierro y todo lo demás, corre de mi cuenta. Como sabe, tengo dinero de sobra. A los dos pequeñuelos y a Pólechka los meteré en un buen orfanato, y haré un depósito de mil quinientos rublos para cada uno, para que dispongan de él cuando alcancen la mayoría de edad, y así Sofia Semiónovna

podrá estar tranquila. Y a ella la ayudaré a salir adelante, porque es una buena chica, ¿no es así? Muy bien, explíquele a Avdotia Románovna en qué me gasto sus diez mil rublos.

—¿Qué es lo que pretende con su generosidad? —preguntó Raskólnikov.

—¡Ay! ¡Hombre incrédulo! —Svidrigáilov se echó a reír—. Ya le he dicho que a mí me sobra el dinero. ¿No puede admitir que vaya a hacerlo, sencillamente, por humanidad? Ella no era ningún «piojo» —señaló con el dedo al rincón donde yacía la difunta—, como cierta vieja usurera. Estará de acuerdo conmigo, ya sabe, se trataba de decidir «si va a vivir Luzhin para seguir con sus infamias, y si va a perecer Katerina Ivánovna». Y, si no ayudo a Pólechka, entonces… «ella irá por el mismo camino»…

Lo dijo con un aire de alegre picardía, de *complicidad*, sin apartar la vista de Raskólnikov. Este palideció y se quedó helado, oyendo unas frases que él mismo le había dicho a Sonia. Se apartó rápidamente y miró a Svidrigáilov con ferocidad.

—¿Cómo… cómo lo sabe? —susurró, casi sin aliento.

—Porque vivo aquí mismo, al otro lado de la pared, en casa de madame Resslich. Esta es la casa de los Kapernaúmov, y esa otra la de madame Resslich, una vieja y leal amiga. Soy vecino.

—¿Usted?

—Sí —dijo Svidrigáilov, temblando de risa—. Le puedo asegurar con toda sinceridad, mi queridísimo Rodión Románovich, que usted me interesa extraordinariamente. Ya le dije que acabaríamos siendo amigos, se lo pronostiqué… Pues bien, ya somos amigos. Ya verá cómo soy un hombre comprensible, y lo bien que se puede convivir conmigo…

SEXTA PARTE

I

Empezó para Raskólnikov una etapa extraña: como si se hubiera visto envuelto en una especie de neblina, hundiéndose en un aislamiento doloroso y sin salida. Más tarde, mucho más tarde, cada vez que recordara esta época, comprendería que su conciencia estaba como velada y que ese estado se había prolongado, con algunos intervalos de lucidez, hasta la catástrofe definitiva. Estaba positivamente convencido de que se había confundido en muchas cosas, sobre todo en los plazos y las fechas de algunos acontecimientos. Por lo menos, cuando, andando el tiempo, trató de poner en orden todos estos recuerdos, descubrió, gracias al testimonio de otras personas, muchas cosas de sí mismo. Confundía unos hechos con otros, algunos los consideraba consecuencia de acontecimientos que solo existían en su imaginación. A veces lo dominaba una angustia enfermiza que podía desembocar en situaciones de pánico. Pero también se acordaba de haber pasado minutos, horas y hasta puede que días sumido en la apatía, una apatía que se presentaba como reacción a los momentos de terror, y que podía compararse con el estado de indiferencia morbosa de ciertos moribundos. En general, en aquellos días daba más bien la sensación de que estuviera tratando de evitar una comprensión clara y completa de su situación. Así, ciertos hechos esenciales que exigían una explicación inmediata lo mortificaban particularmente; pero con qué alegría se desentendía de otras preocupaciones cuyo olvido, sin embargo, podía llevarlo a la ruina más completa e inevitable, dada su situación.

Svidrigáilov le preocupaba de un modo muy especial: podría decirse que no se lo quitaba de la cabeza. Desde que le había dicho, en casa de Sonia, en el momento de la muerte de Katerina Ivánovna, aquellas palabras, tan claras como inquietantes, se había alterado el

curso habitual de sus ideas. Pero, a pesar de lo inquietante del hecho, no parecía tener prisa por aclarar las cosas. A veces, viéndose de pronto en algún barrio solitario y apartado, solo en una sórdida taberna, sentado a una mesa, sumido en sus meditaciones, sin llegar a comprender cómo había ido a parar a ese sitio, se acordaba de repente de Svidrigáilov y admitía, con angustiada lucidez, que tenía que entenderse con ese hombre cuanto antes y resolver de una vez lo que se pudiera resolver. Un día en que estaba paseando por las afueras llegó a creerse que estaba citado con Svidrigáilov y que habían quedado en verse precisamente en ese sitio. Otra vez se despertó al amanecer tirado en el suelo, entre unos matorrales, y apenas recordaba cómo había llegado hasta allí. De todo modos, en los dos o tres días que siguieron a la muerte de Katerina Ivánovna, ya se había encontrado un par de veces con Svidrigáilov, prácticamente siempre en la habitación de Sonia, adonde entraba sin un propósito definido y solo un minuto. Se limitaban a intercambiar un par de frases, sin tratar ni una vez el punto principal, como si se hubieran puesto de acuerdo en dejar la cuestión de lado por el momento. El cuerpo de Katerina Ivánovna estaba aún en el ataúd. Svidrigáilov se había hecho cargo del entierro y parecía muy atareado. También Sonia estaba muy ocupada. En su último encuentro, Svidrigáilov había informado a Raskólnikov de que había podido arreglar satisfactoriamente la situación de los hijos de Katerina Ivánovna; le explicó que, gracias a ciertos contactos, había dado con unas personas cuya mediación iba a permitir que los tres huérfanos ingresaran, de forma inmediata, en unas instituciones excelentes; además, el dinero del que les había provisto también les había facilitado las cosas, porque siempre es más fácil colocar a unos huérfanos con recursos que a unos huérfanos pobres. Dijo también algo sobre Sonia, le prometió a Raskólnikov que se pasaría pronto por su casa y le recordó que deseaba «pedirle consejo, y hablar con calma sobre ciertos asuntos»… Esta conversación tuvo lugar en la entrada de la casa, al

pie de las escaleras. Svidrigáilov miró a los ojos a Raskólnikov, hizo una pausa y, bajando la voz, le preguntó:

—Pero ¿qué le pasa, Rodión Románych, que está tan cambiado? ¡Es verdad! Mira y escucha, pero es como si no entendiera. Anímese. Tenemos que hablar: lo malo es que tengo tantas cosas entre manos, propias y ajenas… Pues sí, Rodión Románych —añadió de pronto—, todos necesitamos aire, aire, aire… ¡Eso ante todo!

Se hizo a un lado para dejar paso a un sacerdote y a un sacristán que subían por las escaleras. Venían a rezar el responso. Svidrigáilov había dispuesto que el responso se rezase dos veces al día, a horas fijas. Svidrigáilov se marchó. Raskólnikov, después de pensárselo un momento, siguió al sacerdote hasta el cuarto de Sonia. Se quedó en la puerta. Comenzó el servicio: sereno, grave, triste. La conciencia de la muerte y la sensación de la presencia de la muerte siempre le habían inspirado a Raskólnikov, desde la infancia, un sentimiento angustioso, de terror místico; llevaba mucho tiempo sin asistir a un responso. Había, además, algo especialmente terrible e inquietante. Miró a los niños: los tres estaban arrodillados junto al ataúd; Pólechka sollozaba. Detrás de ellos, en voz baja, llorando con mucha discreción, rezaba Sonia. «En todos estos días —pensó Raskólnikov— no me ha mirado ni una sola vez y no me ha dirigido la palabra». El sol iluminaba vivamente la habitación, y el humo del incienso se elevaba en el aire. El sacerdote leyó: «Concédele, Señor, el descanso». Raskólnikov se quedó hasta el final del oficio. El sacerdote impartió sus bendiciones y se despidió, mirando algo extrañado a derecha e izquierda. Acabada la ceremonia, Raskólnikov se acercó a Sonia. Ella, de improviso, le cogió las dos manos y reclinó la cabeza en su hombro. Este pequeño gesto dejó perplejo a Raskólnikov: entonces ¿no le producía ningún rechazo, no sentía la menor repugnancia? ¡La mano de Sonia no temblaba en la suya! Traspasaba los límites de la abnegación; así, por lo menos, lo sentía él. Sonia no dijo nada. Raskólnikov le estrechó la mano y se fue. Aquello era muy duro para él. Si hubiera podido retirarse en aquel

momento a cualquier sitio donde pudiera estar realmente solo, aunque fuera para siempre, se habría sentido feliz. Pero lo cierto es que últimamente, a pesar de que casi siempre estaba solo, nunca tenía la sensación de estarlo. A veces salía de la ciudad y echaba a andar por la carretera; en una ocasión llegó a internarse en un bosque. Pero, cuanto más solitario era el paraje, más intensamente creía percibir una presencia cercana e inquietante, una presencia que, más que asustarlo, le producía una enorme irritación, y entonces volvía rápidamente a la ciudad, se mezclaba con la multitud, entraba en las tabernas, en las cantinas, visitaba los mercadillos, se acercaba a la plaza Sennaia. Aquí estaba más a sus anchas y hasta se sentía más solo. Una vez, al anochecer, en uno de esos figones estaban cantando: estuvo una hora escuchando y, tal y como recordaría después, disfrutó bastante. Pero al final volvió a inquietarse; los remordimientos de conciencia empezaron de pronto a atormentarlo: «Yo aquí escuchando canciones, ¡como si no tuviera nada mejor que hacer!». Además, no tardó en comprender que esa no era su única preocupación; había otra cosa que tenía que resolver urgentemente, pero que no acababa de entender ni era capaz de expresar con palabras. Estaba todo muy embarullado. «¡Sería preferible volver a la lucha! Vérselas otra vez con Porfiri… o con Svidrigáilov… Más valdría tener que afrontar un desafío, o rechazar un ataque… ¡Sí, sí!», pensaba. Salió del figón, y a punto estuvo de echar a correr. Había pensado en su madre y en su hermana y, por alguna razón, el pánico se apoderó de él. Precisamente fue aquella vez cuando, ya de madrugada, se despertó entre unos matorrales en la isla Krestovski, con fiebre y tiritando; se marchó a casa y llegó a primera hora de la mañana. Tras varias horas de sueño, se le pasó la fiebre; pero se levantó muy tarde: eran las dos de la tarde. Se acordó de que era el día señalado para el entierro de Katerina Ivánovna y se alegró de no haber asistido. Nastasia le llevó la comida; comió y bebió con muy buen apetito, casi con voracidad. Tenía la cabeza despejada, y estaba más tranquilo que en los últimos

tres días. Incluso se asombró por un momento de sus recientes ataques de pánico. Se abrió la puerta y entró Razumijin.

—¡Ah, está comiendo! Eso es que no está enfermo. —Dijo Razumijin; cogió una silla y se sentó al otro lado de la mesa, enfrente de Raskólnikov. Estaba muy agitado y no trataba de disimularlo. Habló con una indignación evidente, pero sin precipitarse ni levantar particularmente la voz. Se podría pensar que estaba animado por un propósito muy peculiar, algo exclusivamente suyo—. Escucha —empezó en tono resuelto—, por lo que a mí respecta, podéis iros todos al diablo, pero, por lo que veo, lo único que está claro es que no entiendo nada en absoluto; no te vayas a creer, por favor, que he venido a interrogarte. ¡No me interesa! ¡No quiero saber nada! Es más, si te da por contarme algo, por revelarme todos vuestros secretos, es posible que no me quede a escucharlos: a lo mejor escupo y me marcho. Solo he venido a averiguar personalmente, de una vez por todas, si es verdad que estás loco. Porque, verás, está extendida la opinión, donde quiera que sea, de que igual estás loco, o te falta poco para estarlo. Te confieso que me siento inclinado a compartir esta opinión, teniendo en cuenta, en primer lugar, tus absurdas actuaciones, repulsivas y desde luego inexplicables, y, en segundo lugar, tu reciente actitud con tu madre y con tu hermana. Solo un monstruo o un canalla se habría portado con ellas como te has portado tú; por consiguiente, te has vuelto loco.

—¿Hace mucho que no las ves?

—Acabo de verlas. Y tú ¿no has vuelto a verlas desde entonces? Dime por favor dónde te metes, he venido tres veces a buscarte. Tu madre está enferma desde ayer, es algo serio. Se ha empeñado en venir a verte; Avdotia Románovna ha hecho todo lo posible para impedírselo. No atiende a razones: «Si está enfermo —dice—, si está trastornado, ¿quién va a ayudarlo mejor que su madre?». Total, que nos hemos acercado los tres, porque no íbamos a dejar que viniera sola. No hemos parado de pedirle que se calmara hasta llegar aquí. Hemos entrado, pero tú no estabas; se ha sentado ahí, precisamente. Ha aguantado diez minutos, nosotros nos hemos

quedado de pie, sin decir nada. Se ha levantado y ha dicho: «Si ha salido, eso es que está bien, y se ha olvidado de su madre. Siendo así, es una indecencia y una vergüenza que una madre espere a la puerta de su hijo y le mendigue sus caricias, como si fueran limosna». De vuelta a casa, se ha acostado, ahora tiene fiebre: «Ya he visto que para esa sí tiene tiempo». Está convencida de que esa, o sea, Sofia Semiónovna, es tu prometida, o tu amante, no lo sé. He ido entonces a casa de Sofia Semiónovna, porque quería averiguarlo todo, hermano. Llego y me veo el ataúd, y a los niños llorando, y a Sofia Semiónovna probándoles vestiditos de luto. Tú no estabas. He echado un vistazo, me he disculpado y he salido, y he ido a informar a Avdotia Románovna. Todo esto, desde luego, es un absurdo, no es lo que ella piensa, y lo más probable es que te hayas vuelto loco. Pero ahora llego y te veo zampándote un guiso de carne como si no hubieras comido en tres días. Admitiendo que los locos también comen, y, aunque no me has dicho una palabra, el caso es que… ¡no estás loco! Lo podría jurar. Eso para empezar: no estás loco. Así pues, podéis iros al diablo, porque aquí hay algún misterio, algún secreto, y no estoy dispuesto a romperme la cabeza con vuestros secretos. Solo he venido a regañarte —concluyó, poniéndose de pie—, a descargar mi conciencia, y ¡ahora ya sé lo que tengo que hacer!

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Y a ti ¿qué más te da lo que piense hacer ahora?

—Si vas a beber, ¡ten cuidado!

—¿Cómo… cómo lo has sabido?

—¡Solo faltaba!

Razumijin estuvo cerca de un minuto callado.

—Tú siempre has sido muy juicioso, y nunca, nunca has sido un loco —observó con calor—. Es verdad: ¡voy a beber! ¡Adiós! —E hizo ademán de marcharse.

—Razumijin, hace un par de días, creo, le hablé de ti a mi hermana.

—¡De mí! Ya… y ¿dónde pudiste verla hace un par de días? —Razumijin se calló de pronto, y hasta palideció ligeramente. Se podía intuir que el corazón le había empezado a latir en el pecho lentamente y con violencia.

—Vino aquí, sola, estuvimos hablando un rato.

—¡Tu hermana!

—Pues sí.

—Y ¿qué le dijiste?… Quiero decir, sobre mí.

—Le dije que eres un hombre muy bueno, honrado y trabajador. No tuve que decirle que la quieres, porque eso ya lo sabe.

—¿Que ya lo sabe?

—Pues ¡claro! Vaya a donde vaya, me ocurra lo que me ocurra, tú estarás a su lado para ocuparte de ellas. Yo, por así decir, las pongo en tus manos, Razumijin. Digo esto porque sé perfectamente cómo la quieres, y estoy convencido de la pureza de tu corazón. Como también sé que ella, a su vez, puede quererte, e incluso es muy posible que ya te quiera. Ahora tú decides, pues sabes mejor que nadie si te conviene beber o no.

—Rodka… Verás… Bueno… ¡Maldita sea! Y ¿adónde quieres ir? Mira, si todo esto es un secreto, ¡tú sabrás! Pero estoy seguro de que es algo que no va a ninguna parte, son cosas que no tienen ninguna importancia, y todo es fruto de tu imaginación. Por cierto, ¡eres un hombre extraordinario! ¡Un hombre extraordinario!

—Precisamente quería añadir, pero me has interrumpido, que tenías mucha razón antes cuando decías que no te interesaba descubrir mis misterios y mis secretos. Déjalo por ahora, no te preocupes. Todo lo sabrás a su debido tiempo, cuando sea necesario. Ayer alguien me dijo que el hombre necesita aire, aire, aire… Ahora quiero ir a preguntarle a qué se refería con eso.

Razumijin se quedó pensativo e inquieto, tratando de sacar algo en claro.

«¡Es un conspirador político! ¡Tiene que ser eso! Y está en vísperas de dar un paso decisivo… ¡Seguro que sí! No puede ser otra cosa y… y Dunia lo sabe…», se dijo de pronto.

—Así que viene a verte Avdotia Románovna —dijo, sopesando cada palabra—, y tú quieres ir a ver a alguien que dice que nos hace falta más aire, más aire, y… y, lógicamente, esa carta… seguro que tiene que ver con todo eso —concluyó, hablando como para sí.

—¿Qué carta?

—Le ha llegado una carta, hoy mismo, y está muy alarmada. Mucho. Demasiado incluso. He empezado a hablar de ti, y me ha pedido que me callara. Después… después ha dicho que puede que nos separemos muy pronto, luego ha empezado a darme calurosamente las gracias, no sé por qué, y finalmente se ha marchado a su cuarto y se ha encerrado.

—¿Ha recibido una carta? —volvió a preguntar Raskólnikov, pensativo.

—Sí, una carta; y tú ¿no lo sabías? Hum.

Los dos estuvieron un rato callados.

—Adiós, Rodión. Hubo un tiempo, hermano, en que yo… adiós, de todos modos; verás, hubo un tiempo… Bueno, ¡adiós! Ya va siendo hora de que me vaya. No voy a beber. Ahora no lo necesito… ¡Estás equivocado!

Tenía prisa; pero, una vez fuera del cuarto, cuando ya casi había cerrado la puerta, volvió a abrirla de repente y, mirando a un lado, dijo:

—¡Por cierto! ¿Te acuerdas de ese asesinato, sí, el que llevaba Porfiri, el de la vieja? Bueno, pues debes saber que ha aparecido el asesino: ha confesado y ha presentado todas las pruebas. Es uno de aquellos obreros, un pintor, figúrate. No sé si recuerdas que encima yo lo defendí. ¿Te querrás creer que toda esa escena de peleas y gritos en las escaleras con su compañero, mientras el portero subía con los dos testigos, la montó a propósito para desviar las sospechas? ¡Cuánta malicia, qué presencia de ánimo la del mozo! Parece mentira, pero lo ha contado él mismo: ¡lo ha confesado todo! ¡Menudo chasco me he llevado! En mi opinión, ese hombre es un genio del disimulo y la astucia, un genio de la exculpación, así que no hay de qué asombrarse. O ¿es que no puede haber gente así? Y el

hecho de que no haya aguantado el tipo hasta el final y haya acabado confesando me hace más fácil creer en él. Es más verosímil… Pero ¡qué forma de equivocarme! ¡Es para volverse loco!

—Dime una cosa, por favor: ¿dónde te has enterado de todo esto y cómo es que te interesa tanto? —preguntó Raskólnikov, con evidente nerviosismo.

—¡Anda! ¿Que por qué me interesa? ¡Qué pregunta!… Lo he sabido por Porfiri, entre otros. Pero fundamentalmente por él.

—¿Por Porfiri?

—Sí, por él.

—¿Qué… qué es lo que te ha contado? —preguntó Raskólnikov, asustado.

—Me lo ha explicado todo de maravilla. Psicológicamente, como le gusta a él.

—¿Te lo ha explicado? ¿Te lo ha explicado él, personalmente?

—Sí, sí, él. ¡Adiós! Ya te lo contaré en otra ocasión, ahora tengo cosas que hacer. Hubo un momento en que pensé… Da igual; ¡en otra ocasión!… Ahora no necesito beber. Tú me has emborrachado sin vino. ¡Estoy borracho, Rodka! Borracho sin haber bebido. Bueno, adiós; no tardaré en venir.

Salió.

«Es un conspirador político, ¡seguro, seguro! —concluyó Razumijin, mientras bajaba despacio las escaleras—. Y ha arrastrado a su hermana; eso encaja muy bien con el carácter de Avdotia Románovna. Tienen sus entrevistas… También ella me lo ha dado a entender. Muchas de sus palabras… y de sus indirectas… y de sus alusiones… ¡todo apunta en esa dirección! ¿Cómo explicar, si no, todo este enredo? ¡Hum! Y yo que pensaba… ¡Ay, Señor, lo que había llegado a pensar! Sí, me ofusqué, ¡me siento culpable ante él! Fue él mismo el otro día en el pasillo, junto a la lámpara, el que me confundió. ¡Uf! ¡Qué idea tan odiosa, tan zafia y tan rastrera por mi parte! Menos mal que Mikolka ha confesado… ¡Ahora se explica todo lo de antes! Su enfermedad de entonces, su extraño comportamiento; incluso cosas más viejas, de la universidad, su mal

humor de entonces, su carácter huraño… Pero ¿qué significa esa carta? Ahí también tiene que haber algo. ¿De quién es? No me fío… Hum. Tendré que aclararlo».

Se acordó de Dúnechka, y pensó en lo que le había dicho de ella, y le dio un vuelco el corazón. Reaccionó y echó a correr.

Nada más salir Razumijin, Raskólnikov se levantó, se volvió hacia la ventana, dio unos pasos y se chocó con un rincón, luego con otro, como si ya no se acordara de las estrecheces de su cuchitril, y… se sentó otra vez en el diván. Se sentía renovado, por así decir; volvía a la lucha: ¡había encontrado una salida!

Sí, ¡había encontrado una salida! Demasiado tiempo llevaba oprimido, sin poder moverse, sometido a una presión insoportable, en ese estado de embrutecimiento. Desde la escena con Mikolka en el despacho de Porfiri, había empezado a faltarle el aliento, se sentía atrapado, no veía una salida. Después de lo de Mikolka, ese mismo día, había seguido la escena en casa de Sonia; su desarrollo y su desenlace se habían parecido muy poco a lo que había previsto… ¡Por un momento, había flaqueado de un modo crucial! ¡De buenas a primeras! Y había admitido ante Sonia, lo había admitido de todo corazón, que no podía seguir viviendo solo con semejante carga en el alma. ¿Y Svidrigáilov? Svidrigáilov era un enigma… Es verdad que Svidrigáilov también era un motivo de preocupación, pero en un sentido diferente. Con Svidrigáilov posiblemente aún le tocaría luchar. Svidrigáilov, a lo mejor, también podía servir de escapatoria; pero lo de Porfiri era otra cosa.

Así que el propio Porfiri se lo había explicado a Razumijin, ¡se lo había explicado *psicológicamente*! ¡Otra vez había sacado a relucir su maldita psicología! ¿Porfiri? ¿Quién podía admitir que Porfiri se hubiera podido creer por un momento que Mikolka era culpable, después de lo que había pasado entonces entre ellos, después de aquella escena, cara a cara, antes de la aparición de Mikolka, para la que no cabía más que *una sola* explicación? (En esos días, más de una vez a Raskólnikov le habían venido a la cabeza retazos de aquella escena con Porfiri; en cambio, no había sido capaz de

soportar el recuerdo en su integridad). Habida cuenta de las palabras que habían pronunciado entonces, de los gestos y ademanes que habían hecho, dadas las miradas que habían intercambiado, el tono con el que se habían dicho las cosas, los extremos a los que habían llegado, no era posible, después de eso, que Mikolka (al que Porfiri tenía calado desde su primera palabra y desde su primer gesto) hubiera hecho que se tambaleasen los cimientos de su convicción.

¡Y tanto! Si hasta el mismo Razumijin empezaba a sospechar. La conversación en el pasillo, junto a la lámpara, le había dejado huella. Y había ido corriendo a ver a Porfiri… Pero ¿por qué razón habría tratado este de engañarlo? ¿Qué pretendía al intentar desviar las sospechas de Razumijin y hacerlas recaer sobre Mikolka? Sin duda, tenía algún plan; allí había algún propósito, pero ¿cuál? Es verdad que desde aquella mañana había pasado mucho tiempo, demasiado tiempo, y no había vuelto a haber noticias de Porfiri. Y eso, claro, no era una buena señal…

Raskólnikov, pensativo, cogió la gorra y salió del cuarto. Era el primer día en todo ese tiempo en que por lo menos le parecía tener la cabeza despejada. «Hay que zanjar la cuestión con Svidrigáilov —pensó— y, cueste lo que cueste, lo antes posible: parece que está esperando a que sea yo el que dé el primer paso». Y en ese momento brotó tal odio de su cansado corazón que podría haber matado a cualquiera de los dos: a Svidrigáilov o a Porfiri. O, por lo menos, se sintió capaz de hacerlo, si no de inmediato, sí andando el tiempo. «Veremos, veremos», se repitió.

Pero fue abrir la puerta y darse de bruces con el mismísimo Porfiri, que venía a verlo. Por un instante, Raskólnikov se quedó paralizado. Curiosamente, no le extrañó demasiado la visita de Porfiri y apenas se asustó. Se sobresaltó, pero enseguida, a los pocos segundos, ya estaba preparado. «¿Será este el desenlace? Pero ¿cómo se habrá acercado con tanta cautela, igual que un gato, que no lo he oído llegar? ¿No estaría escuchando?».

—No esperaba usted visitas, Rodión Románych —exclamó, riéndose, Porfiri Petróvich—. Hace tiempo que quería venir; pasaba

por aquí cerca y me he dicho: ¿por qué no entrar cinco minutos?… ¿Se marchaba usted? No le entretengo. Solo un cigarrillo, con su permiso.

—Siéntese, Porfiri Petróvich, siéntese. —Raskólnikov ofreció asiento a su invitado, con tal aire de cordialidad y de satisfacción que sin duda se habría quedado sorprendido si hubiera podido verse a sí mismo. ¡Se trataba de apurar los últimos restos! En ocasiones un hombre sufre media hora de angustia mortal con un bandido, pero, cuando por fin le pone el cuchillo en el cuello, se le pasa hasta el miedo. Se sentó enfrente de Porfiri y lo miró sin pestañear. Porfiri entornó los ojos y encendió un cigarrillo.

«Venga, habla, ¿a qué esperas? —parecía brotarle del corazón a Raskólnikov—. Pero ¿qué haces que no hablas?».

II

—¡Ah, estos cigarrillos! —dijo por fin Porfiri Petróvich, al acabar de encenderlo, más relajado—. Son un veneno, puro veneno, pero ¡no soy capaz de dejarlo! Toso, se me irrita la garganta, no respiro bien. Y sepa que soy un cobarde, hace poco fui a ver al doctor B.,[167] que a cada enfermo le dedica media hora, por lo menos; se echó a reír al verme: me palpó, me auscultó: «A usted —me dijo—, aparte de todo, el tabaco no le conviene; tiene dilatados los pulmones». Ya, pero ¿cómo lo dejo? ¿Con qué lo sustituyo? No bebo; esa es mi desgracia, je, je, je: ¡que no bebo! Todo es relativo, Rodión Románovich, ¡todo es relativo!

«Ya está con sus mañas profesionales, como la otra vez», pensó Raskólnikov, profundamente disgustado. Se acordó de repente de la escena de su anterior entrevista, y el mismo sentimiento de entonces afluyó a su corazón.

—Hace un par de días vine a verle, por la tarde, ¿no lo sabía? —siguió diciendo Porfiri Petróvich, examinando el cuarto—. Entré en este cuarto. Como hoy, pasaba por aquí cerca: «Venga —me dije—, vamos a devolverle la visita». Entré, la puerta estaba abierta de par en par; eché un vistazo, esperé un rato, y al final me marché, sin informar a la sirvienta. ¿Usted no cierra nunca? —Raskólnikov cada vez tenía la cara más seria. Era como si Porfiri le leyese el pensamiento—. He venido a explicarme con usted, querido Rodión Románych, ¡a explicarme con usted! Le debo una explicación —siguió diciéndole Porfiri Petróvich con una sonrisa, e incluso le dio una palmadita en la rodilla; no obstante, prácticamente en ese mismo instante una expresión seria y preocupada se dibujó en su semblante e incluso se cubrió de una sombra de tristeza, para sorpresa de Raskólnikov. Este nunca había visto ni había sospechado semejante expresión en su cara—. La última vez que nos vimos se produjo entre

nosotros una extraña escena, Rodión Románych. Es posible que ya se produjera en nuestra primera entrevista, pero entonces… Bueno, ¡vayamos paso a paso! La cuestión es esta: es posible que esté en falta con usted; me doy cuenta de eso. Acuérdese de cómo nos separamos: usted tenía los nervios a flor de piel, y le temblaban las piernas, igual que me pasaba a mí. Y ya sabe que nuestro comportamiento fue impresentable, no actuamos como caballeros. Y, sin embargo, somos unos caballeros; quiero decir que, en cualquier caso, por encima de todo somos unos caballeros; esto hay que tenerlo presente. Recordará usted hasta dónde llegó la cosa… fue algo totalmente indecoroso.

«¿Qué pretende? ¿Por quién me habrá tomado?», se preguntaba Raskólnikov, desconcertado, levantando la cabeza y mirando a Porfiri con los ojos como platos.

—He llegado a la conclusión de que ahora lo mejor es que seamos sinceros —prosiguió Porfiri Petróvich, ladeando un poco la cabeza y bajando la vista, como si no quisiese seguir turbando con su mirada a su antigua víctima y como descartando los procedimientos y las tretas de la vez anterior—; sí, señor, no podemos seguir ni con esas sospechas ni con escenas de esa clase. Entonces fue Mikolka quien puso fin a la escena; si no, no sé cómo habríamos acabado. Aquel maldito artesano estaba entonces en mi casa, al otro lado del tabique, ¿se lo imagina? Naturalmente, usted ya lo sabe; como yo también sé que luego vino a verle aquí, a su casa; pero no era lo que usted suponía: yo entonces no mandé buscar a nadie y aún no había dispuesto nada. Se preguntará por qué. ¿Qué quiere que le diga? Me encontré con todo eso de golpe. Solo había citado a los porteros; me imagino que se fijó en ellos al pasar. Una idea me vino fugazmente a la cabeza, como un fogonazo; entonces, estaba firmemente convencido, ya lo ve, Rodión Románych. «Venga —pensé—, aunque algo se me escape por ahora, siempre podré pillar otra cosa por la cola: lo mío no lo pierdo, por lo menos». Es usted muy irritable por naturaleza, Rodión Románych; incluso demasiado, al lado de otras virtudes fundamentales de su carácter y de su corazón, las

cuales presumo de conocer, por lo menos en parte. Naturalmente, ya tuve entonces ocasión de considerar que no siempre se da el caso de que nos venga, así de pronto, un hombre y nos revele todos sus secretos. Aunque son cosas que ocurren, especialmente si consigues agotarle a alguien la paciencia, no deja de ser raro, en cualquier caso. De eso ya me di cuenta. «No, no —pensaba yo—, ¡necesito alguna prueba concreta! Aunque sea una prueba mínima, solo una, pero que pueda cogerla con las manos, algo palpable y material, que no sea pura psicología. Porque —pensaba yo—, si ese hombre es culpable, siempre será posible, en cualquier caso, conseguir de él algo sustancial; incluso podría uno contar con unos resultados sorprendentes». Entonces contaba yo con su carácter, Rodión Románych, ¡sobre todo con su carácter! Tenía entonces grandes esperanzas depositadas en usted.

—Pero… pero ¿de qué está hablando ahora? —farfulló finalmente Raskólnikov, sin haberse pensado bien la pregunta.

«¿Qué me estará contando? —se preguntó desconcertado—. ¿Será verdad que me considera inocente?».

—¿De qué estoy hablando? He venido a explicarme, lo considero, por así decir, un deber sagrado. Quiero exponerle cómo ocurrió todo, toda la historia de aquel ofuscamiento. Le he hecho sufrir mucho, Rodión Románych. Yo no soy un monstruo. Me doy cuenta de lo que supone para una persona abatida, pero orgullosa, autoritaria e impaciente, sobre todo impaciente, tener que soportar esta situación. Le considero, en cualquier caso, una persona de una gran nobleza, y hasta con un principio de magnanimidad, si bien no comparto todas sus convicciones, algo de lo que debo informarle de antemano, abiertamente y con la mayor sinceridad, pues lo último que deseo es engañarle. Cuando le conocí, sentí un gran aprecio por usted. A lo mejor se ríe usted al oír mis palabras… Está en su derecho. Sé que, desde el principio, no le caí en gracia, y es que, en el fondo, tampoco había ninguna razón para que le cayera en gracia. Puede pensar lo que quiera, pero lo que deseo, por mi parte, es borrar por

todos los medios aquella impresión y demostrarle que soy un hombre con corazón y con conciencia. Le estoy hablando sinceramente.

Porfiri Petróvich hizo un pausa, en un gesto de dignidad. Raskólnikov sintió un nuevo arrebato de temor. La idea de que el juez lo considerase inocente empezaba a asustarlo.

—No es necesario remontarse al origen de todo y contarlo por orden —siguió diciendo Porfiri Petróvich—; creo que incluso estaría de más. Y no sé si sería capaz. ¿Cómo explicarlo con todo detalle? Al principi o circularon rumores. Qué clase de rumores eran, cuándo y quién los había difundido y… de qué manera le afectaban a usted… tampoco me parece necesario entrar en esto. A mí me llegaron de manera fortuita, por pura casualidad, debido a un suceso accidental que podría perfectamente no haberse producido. ¿Qué suceso? Hum, creo que tampoco hay por qué comentarlo. Todo esto, los rumores y aquel hecho fortuito, me llevaron entonces a concebir cierta idea. Le confieso francamente, puestos a ser sinceros, que yo fui el primero que se lanzó sobre usted. Aquellas anotaciones de la vieja en las prendas, pongamos por caso, como tantas y tantas otras cosas, no tenían la menor relevancia. Cosas así se encuentran a cientos. También tuve entonces la ocasión de conocer con todo detalle el incidente de la comisaría de distrito, una vez más por casualidad. Pero no es que la oyera por encima, sino de labios de un narrador muy especial, el cual, sin saberlo siquiera, reprodujo toda la escena de manera asombrosa. ¡Era una cosa detrás de otra, mi querido Rodión Románych, una cosa detrás de otra! Claro, ¿cómo no iba uno a adoptar cierto punto de vista? Cien conejos no hacen un caballo, y cien sospechas no constituyen una prueba, dice el proverbio inglés, pero aquí habla la razón, y en cambio con las pasiones… pruebe usted a luchar con las pasiones, porque un juez de instrucción es un hombre al fin y al cabo. Pensé entonces en su artículo, el de la revista; recuerde que en su primera visita estuvo hablando de él detenidamente. En aquella ocasión me burlé de él, pero lo hice para tirarle de la lengua. Le repito que es usted un hombre muy impaciente, y no está bien de salud, Rodión Románych.

Que era usted atrevido, arrogante, serio y… sensible, demasiado sensible, eso ya lo sabía yo hacía tiempo. Todos esos sentimientos me resultaban familiares, y leí su artículo como si lo conociera de antemano. Había sido concebido en noches de insomnio, en un estado de exaltación, con el corazón acelerado, con un entusiasmo reprimido. Y ¡qué peligroso es ese entusiasmo reprimido y orgulloso en la juventud! Entonces me burlé, pero le digo ahora que me fascinan, como aficionado, esas primeras tentativas literarias, llenas de ardor juvenil. Humo, niebla, «una cuerda resuena en la niebla»[168]. Su artículo es absurdo y fantasioso, pero se advierte en él tal sinceridad… Tiene el orgullo incorruptible de la juventud y la osadía de la desesperación; es un artículo lúgubre, pero eso está bien. Lo leí, y de momento lo dejé de lado, pensando: «Vaya, con este hombre, aquí no acaba la cosa». Bueno, dígame, con esos antecedentes, ¿cómo no iba a entusiasmarme con lo que vino después? ¡Ay, Señor! No estoy diciendo nada, no estoy afirmando nada ahora. Sencillamente es algo que advertí en ese momento. «¿Qué tenemos aquí? —pensé—. Aquí no hay nada, es decir, nada de nada, y seguramente nada en absoluto. Y no es de recibo que un juez como yo se deje llevar de esa manera: ya tengo a Mikolka en mis manos, y hay pruebas contra él; las que sean, pero ¡son pruebas!». Y luego también pone en juego su psicología, y hay que ocuparse de esas cosas, porque es una cuestión de vida o muerte. ¿Por qué le explico todo esto ahora? Para que lo sepa y así no me culpe, ni con la cabeza ni con el corazón, por mi conducta maliciosa de entonces. No era maliciosa, se lo aseguro, ¡je, je! Se estará preguntando por qué no vine entonces a registrar aquí. ¿Se cree usted que no vine a registrar? Sí vine, sí vine, je, je; vine cuando estaba usted enfermo, acostado en su diván. No vine oficialmente, no hice valer mi condición, pero sí que vine. En cuanto tuve la primera sospecha, todo este cuarto fue registrado de arriba abajo, hasta el último cabello; pero… *umsonst!*[169] Pensaba: «Ahora este hombre vendrá a verme, vendrá por su propia iniciativa, y muy pronto; si es culpable, vendrá con toda seguridad. Otro no vendría, pero este

viene seguro». Y ¿se acuerda de cómo el señor Razumijin empezó a darle la tabarra? Fue idea nuestra para ponerle nervioso: hicimos correr la voz a propósito para que le fuera con el cuento, y el señor Razumijin es de esas personas que no saben disimular su indignación. Al señor Zamétov le había impresionado su rabia y su evidente osadía; a quién se le ocurre decir a gritos en una taberna: «¡Yo la he matado!». «Demasiado atrevido, demasiado descarado, y si este hombre es culpable —pensé yo—, ¡es un luchador formidable!». Eso es lo que pensé entonces. Me dediqué a esperarle. Me dediqué a esperarle con todas mis fuerzas; a Zamétov usted sencillamente lo había aplastado y… lo que son las cosas, ¡tod a esa maldita psicología es un arma de doble filo! Total, que me pongo a esperarle y, cuando me quiero dar cuenta, levanto la vista y ¡ahí está usted! Como traído por Dios. El corazón se me desbocó. ¡Ay! ¿Qué necesidad tenía usted de aparecer por allí? Aquella risa, aquella risa suya al entrar, no sé si se acuerda: lo vi todo tan claro como a través de un cristal; pero, si no hubiera estado esperándole de esa manera tan particular, no habría detectado nada en esa risa. Ya ve lo importante que es el estado de ánimo. Y aquella vez el señor Razumijin… ah, la piedra, la piedra, ¿se acuerda de la piedra aquella, debajo de la cual se ocultan los objetos? Me parece estar viéndola por ahí, en un huerto… porque usted le dijo a Zamétov que estaba en un huerto, y también a mí, la segunda vez que nos vimos, ¿no es así? Y, cuando empezamos luego a repasar su artículo, cuando empezó usted a explicarlo, entonces cada palabra parecía tener doble sentido, como si hubiera algo oculto. Ahí tiene, Rodión Románych, cómo llegué hasta el límite, hasta darme de cabeza contra un poste, y cómo reaccioné después. «No —me dije—, ¡es culpa mía! Porque, si se quiere, todo esto, hasta la última coma, se puede explicar de otra manera, bastante más natural, incluso. ¡Qué suplicio!». «No —pensé—, ¡sería mucho mejor tener alguna pequeña prueba!». Y, cuando oí hablar de aquella campanilla, me quedé paralizado y enseguida me entró un temblor. «Mira por dónde —pensé—, ¡ya tenemos esa prueba!». Y ya no le quise dar más

vueltas. En ese momento, habría pagado mil rublos, de mi bolsillo, solo para poder verle a usted con mis propios ojos dando cien pasos al lado de aquel artesano, después de que este le llamara «asesino» a la cara, sin atreverse a preguntarle nada en todo ese tiempo… Bueno, y ¿qué me dice de los escalofríos en la médula espinal? ¿Qué me dice de la campanilla, en plena enfermedad, en ese estado de semidelirio…? Pues bien, Rodión Románych, después de eso, ¿se extraña de que jugara entonces con usted? Y ¿por qué tuvo que venir en ese preciso instante? Fue como si alguien le hubiera empujado, palabra de honor, y, si no nos hubiera interrumpido Mikolka… ¿Recuerda a Mikolka en ese momento? ¿Lo recuerda bien? ¡Llegó como un rayo! ¡Un rayo caído de las nubes, una descarga eléctrica! Y… ¿cómo lo recibí? No me creí es a descarga ni un tanto así, ¡usted lo pudo ver! ¡Solo faltaría! Más tarde, cuando usted ya se había ido, empezó a contestar a ciertos puntos de un modo muy coherente, tanto que yo mismo me quedé sorprendido, pero ¡seguí sin creerle ni una pizca! Ya ve lo que significa ser duro como un diamante. «*No, morgen früh*[170]!, —pensé—. ¡Qué pinta aquí Mikolka!».

—Razumijin acaba de decirme que ahora culpa a Nikolái y que le ha asegurado…

Se quedó sin aliento, y no pudo acabar. Había estado escuchando con una agitación indescriptible, mientras aquel hombre, que ya lo tenía calado, había cambiado de parecer. Le daba miedo creerlo y no lo creyó. Seguía buscando con avidez algo preciso y concluyente en la ambigüedad de sus palabras.

—¡El señor Razumijin! —exclamó Porfiri Petróvich, aparentemente alegre con la pregunta de Raskólnikov, que hasta entonces había guardado silencio—. ¡Je, je, je! Tenía que librarme de algún modo del señor Razumijin: dos son compañía, tres son multitud. El señor Razumijin no es la persona más indicada, además de ser ajeno a la cuestión; vino a verme completamente pálido… Muy bien, que Dios lo ampare, pero ¡cuanto más lejos mejor! Volviendo a Mikolka, ¿le gustaría saber cómo es, qué clase de persona, o, por lo menos, qué

idea tengo yo de él? Para empezar, es todavía un niño y, sin ser propiamente un cobarde, es como una especie de artista. Sí, de verdad, no se ría de mi descripción. Es ingenuo y muy receptivo. Tiene buen corazón, y es muy fantasioso. Le gusta cantar y bailar, y cuenta historias con tanta gracia que, según dicen, acude gente de otros pueblos a escucharle. Además va a la escuela, y se ríe como un loco con cualquier cosa, y bebe hasta perder el sentido, pero no por vicio: solo en ciertas ocasiones, cuando lo animan a beber, como un niño. Aquella vez también robó, pero él no es consciente: «Si lo cogí del suelo —dice—, ¿cómo va a ser eso robar?». No sé si sabe que es un cismático[171], aunque tampoco exactamente; más bien es miembro de una secta: parece que ha habido *beguny*[172] en su familia, y él mismo, no hace mucho, estuvo un par de años en su aldea bajo la tutela espiritual de un *stárets*[173]. Todo esto lo he sabido por el propio Mikolka y por paisanos suyos de Zaraisk. Y ¡no solo eso! ¡Quería vivir retirado, como un ermitaño! Era muy fervoroso, se pasaba las noches rezando y leyendo libros viejos, libros «verdaderos»; leía hasta perder el juicio. San Petersburgo ha ejercido una profunda influencia sobre él: especialmente, las mujeres; también el vino. Impresionable como es, se ha olvidado del *stárets* y de todo eso. He sabido que un artista local se encaprichó con él y empezó a visitarlo, pero en estas pasó lo que pasó. Total, que se asustó, ¡intentó colgarse! ¡El caso era escapar! No es de extrañar, dada la idea que tiene el pueblo de nuestro sistema judicial. Una palabra como «juicio» produce verdadero terror. ¿Quién tiene la culpa? ¡A ver lo que hacen los nuevos tribunales! ¡Oh, quiera Dios que acierten! Bueno, una vez en la cárcel parece que ha vuelto a acordarse del venerable *stárets*; también la Biblia ha vuelto a aparecer. ¿Sabe, Rodión Románych, lo importante que para muchos de ellos es el «sufrimiento»? No se trata de sufrir por alguien, sino sencillamente de «sufrir por sufrir»; se trata de aceptar el sufrimiento y, si lo imponen las autoridades, tanto mejor. En su día supe de un preso de lo más pacífico, que se pasó un año entero en la prisión leyendo todas las noches la Biblia al lado de la estufa; pues bien,

tanto leyó que acabó perdiendo el juicio, y un buen día, sin venir a cuento, cogió un ladrillo y se lo arrojó al gobernador de la prisión, sin mediar provocación. Pero ¡tenía que ver cómo se lo arrojó! Se desvió, a propósito, más de un *arshín*[174], para no hacerle ningún daño. Ya se sabe la suerte que le espera a un preso que atenta contra la autoridad: el caso era «aceptar el sufrimiento». Así que ahora tengo la sospecha de que Mikolka busca «aceptar el sufrimiento» o algo por el estilo. Tengo pocas dudas, conociendo los hechos. Pero él no sabe que yo lo sé. ¿Qué? ¿No admite usted que en un pueblo como el nuestro puedan salir hombres tan fantasiosos? ¡Los hay por todas partes! El *stárets* ha vuelto a ejercer su influencia: se ha acordado de él, especialmente, después de estar a punto de colgarse. De todos modos, seguro que da el paso y me lo cuenta. ¿Cree usted que va a aguantar? ¡Ya verá cómo se echa atrás! Estoy esperando que en cualquier momento venga a retractarse de su confesión. Le he tomado mucho aprecio a este Mikolka y estoy estudiándolo a fondo. Y ¿qué cree usted? ¡Je, je! En algunos puntos me ha dado respuestas muy coherentes; evidentemente, tenía las informaciones pertinentes y se ha preparado con habilidad. En otras cuestiones, en cambio, anda muy perdido, no sabe nada de nada; no tiene ni idea, y ¡ni siquiera sospecha que no tiene ni idea! No, *bátiushka* Rodión Románych, ¡esto no es obra de Mikolka! Este es un caso fantástico, sombrío, un caso contemporáneo, algo propio de este tiempo nuestro en el que el corazón del hombre está trastornado; un tiempo en el que se cita la frase de que la sangre «renueva», en el que se predica toda una vida de bienestar. Aquí lo que hay son sueños librescos, lo que hay es un corazón crispado por la teoría; aquí es evidente la resolución para dar el primer paso, pero se trata de una resolución un tanto peculiar: se ha tomado la decisión de hacerlo, pero como quien rueda montaña abajo o se lanza desde un campanario; sí, es como si se dirigiera a cometer el crimen y le flaquearan las piernas. El asesino se olvidó de cerrar la puerta una vez dentro, y mató, mató a dos personas siguiendo una teoría. Mató, pero no fue capaz de llevarse el dinero, y lo que pudo coger lo

escondió después debajo de una piedra. No le bastó con la angustia sufrida cuando estaba detrás de la puerta, mientras sacudían la puerta y tiraban de la campanilla: más tarde, en su estado de semidelirio, regresó al piso vacío para recordar el sonido; necesitaba volver a sentir un escalofrío en la espalda… Muy bien, admitamos que todo esto es fruto de su enfermedad, pero aún hay más: ha matado y, sin embargo, se considera un hombre honrado, desprecia a la gente, va por ahí como un ángel pálido… No, mi querido Rodión Románych, esto no puede ser obra de Mikolka.

Estas últimas palabras, después de todo lo dicho anteriormente, que había parecido una retractación, fueron bastante inesperadas. Raskólnikov se estremeció, como si lo hubieran traspasado.

—Entonces… ¿quién… la mató? —preguntó, incapaz de aguantarse, con voz entrecortada.

Porfiri Petróvich se reclinó contra el respaldo de la silla, como si no se esperase la pregunta y lo hubiesen cogido por sorpresa.

—¿Cómo que quién la mató? —dijo, sin dar crédito a lo que acababa de oír—. ¡*Usted* la mató, Rodión Románych! Usted la mató… —añadió casi en un susurro, con voz profundamente convencida.

Raskólnikov saltó del diván, se quedó unos segundos de pie y volvió a sentarse, sin decir una palabra. Unas leves convulsiones le fueron recorriendo toda la cara.

—Otra vez le está temblando el labio, como aquella vez —murmuró Porfiri Petróvich, en un tono casi de conmiseración—. Por lo visto, no me ha entendido usted bien, Rodión Románych —añadió, tras una breve pausa—, por eso está tan sorprendido. Precisamente he venido a decírselo todo y a poner las cosas en claro.

—Yo no la maté —susurró Raskólnikov, como un niño pequeño, que se asusta porque lo han pillado in fraganti.

—Sí, fue usted, Rodión Románych, fue usted y nadie más que usted —susurró Porfiri, con firmeza y convicción.

Los dos se callaron, y el silencio se prolongó de un modo extraño, como unos diez minutos. Raskólnikov apoyó los codos en la mesa y,

sin decir nada, se alborotó el pelo con los dedos. Porfiri Petróvich esperaba tranquilo. De repente Raskólnikov miró a Porfiri con desdén.

—¡Ya está usted con lo de siempre, Porfiri Petróvich! Otra vez los mismos procedimientos: ¿cómo es posible que no se canse?, la verdad…

—¡Bah, ya está bien! ¿Qué importan ahora los procedimientos? Otra cosa sería si hubiera testigos presentes; pero estamos hablando cara a cara. Ya lo está viendo: no he venido a acosarle ni a darle caza como a una liebre. Que confiese o no confiese en este momento me da lo mismo. Yo ya estoy convencido, diga usted lo que diga.

—En ese caso, ¿a qué ha venido? —preguntó Raskólnikov con irritación—. Le repito la pregunta de la otra vez: si me considera culpable, ¿por qué no hace que me lleven preso?

—¡Vaya, esa es una buena pregunta! Le respondo punto por punto: en primer lugar, no me conviene detenerle enseguida.

—¡Que no le conviene! Si está usted tan seguro, entonces debería…

—¿Qué más da que yo esté convencido? Por ahora, no pasan de ser suposiciones mías. ¿Por qué tendría yo que ponerle *a salvo*? Usted sabe que es así, ya que lo pide con tanta insistencia. Imagine que traigo, por ejemplo, al artesano aquel para desenmascararle, y usted le dice: «¿Estás borracho o qué? ¿Quién nos ha visto juntos? Sencillamente, te tomé por un borracho y, efectivamente, estabas borracho». Qué iba a responder yo, sobre todo teniendo en cuenta que sus palabras son más verosímiles que las del artesano, porque en su declaración no hay más que psicología, y eso resulta hasta indecente con una jeta como la de ese hombre. Así, usted habría dado en el clavo, porque ese granuja empina el codo, y eso lo sabe todo el mundo. Yo mismo le he reconocido, y en más de una ocasión, que la psicología es un arma de doble filo, y el segundo filo sería el más grande, y bastante más verosímil; además, aparte de eso, por ahora no tengo ninguna prueba contra usted. Y, aunque al final le voy

a encerrar, y de hecho he venido, de forma poco convencional, a informarle de todo esto de antemano, en cualquier caso le digo, también de forma nada convencional, que a mí no me va a servir de nada. Bueno, en segundo lugar, he venido precisamente…

—Muy bien, ¿qué hay en segundo lugar? —Raskólnikov aún respiraba con dificultad.

—Pues que, como acabo de decirle, me considero obligado a darle una explicación. No quiero que me vea como a un monstruo, sobre todo porque, me crea o no, mi disposición a ayudarle es sincera. A consecuencia de lo cual, en tercer lugar, he venido a hacerle una propuesta abierta y directa: entréguese a la justicia y confiese. Eso sería infinitamente más ventajoso para usted, y también para mí, pues me vería libre de esta carga. ¿Qué me dice? ¿He sido o no he sido sincero?

Raskólnikov reflexionó un momento.

—Escúcheme, Porfiri Petróvich, usted lo ha dicho: una cosa es la psicología y, sin embargo, anda en busca de las matemáticas. ¿Qué pasa si es usted el que se equivoca?

—No, Rodión Románych, no me equivoco. Tengo una pequeña prueba. Ya la había encontrado la otra vez; ¡fue un regalo del cielo!

—¿Qué prueba?

—No se lo voy a decir, Rodión Románych. En cualquier caso, ya no tengo derecho a seguir dilatándolo; le detendré. Así que juzgue usted: a mí *ahora* me da igual y, por consiguiente, lo digo tan solo pensando en usted. Le doy mi palabra, Rodión Románych, ¡será lo mejor!

Raskólnikov se sonrió con malicia.

—Esto no solo es ridículo, sino que resulta desvergonzado. Aun suponiendo que fuera culpable, algo que no admito en absoluto, ¿qué motivo iba a tener para entregarme si usted me está diciendo que encerrado me pondría *a salvo*?

—Ay, Rodión Románych, no deposite tanta fe en las palabras; a lo mejor ¡no está ni mucho menos *a salvo*! Esto no es más que una teoría, y mía para colmo; no me diga que soy una autoridad para

usted. Es posible que le esté ocultando alguna cosa. No tengo por qué contárselo todo sin más, ¡je, je! Segunda cuestión: que si tiene algún motivo. ¿No sabe usted que le supondría una reducción de condena? Además, ¿cuándo se estaría entregando, en qué momento? ¡Piénselo bien! ¡Cuando otro ya ha admitido el crimen y ha embarullado todo el caso! Y yo, se lo juro por Dios, ya arreglaría «allí» las cosas de manera que su confesión parecería un acto completamente espontáneo. Acabaremos con toda esa psicología, y todas las sospechas que hay contra usted quedarán en nada, y su crimen será presentado como una especie de ofuscamiento, pues eso es lo que es al fin y al cabo. Yo soy un hombre honrado, Rodión Románych, y cumpliré mi palabra.

Raskólnikov guardaba silencio, abatido, y agachó la cabeza; estuvo meditando un buen rato y al final volvió a sonreírse maliciosamente, pero su sonrisa era ya mansa y triste:

—¡Bah, no me interesa! —dijo, renunciando a disimular delante de Porfiri—. ¡No vale la pena! ¡No necesito en absoluto su reducción de condena!

—¡Eso es justamente lo que me temía! —con vehemencia y como sin querer, exclamó Porfiri—. Esto es justamente lo que me temía, que no le importase la reducción de la condena.

Raskólnikov lo miró con gravedad y con tristeza.

—¡Oh, no desprecie la vida! —prosiguió Porfiri—. Tiene todavía mucha por delante. ¿Cómo no va a importarle una reducción de condena? ¡Es usted un hombre impaciente!

—¿Qué es lo que tengo por delante?

—¡La vida! ¿Qué clase de profeta es usted? ¿Tanto se cree que sabe? «Buscad y hallaréis[175]». Acaso así es como le ha estado esperando Dios. Y no son eternas las cadenas…

—Una reducción de condena… —Raskólnikov se echó a reír.

—¿Es la vergüenza de burgués lo que le asusta? Es posible que esté usted asustado y ni siquiera lo sepa… ¡por su juventud! Pero no tendría por qué avergonzarse ni estar asustado por entregarse y confesar.

—¡Bah, no me haga reír! —susurró Raskólnikov, con desprecio y repugnancia, como si ya no tuviera ni ganas de hablar. Hizo ademán de levantarse, como si quisiera marcharse de allí, pero volvió a sentarse, con un aire evidente de desesperación.

—¡Ríase si quiere! No se fía de mí y piensa que estoy adulándole burdamente; pero ¿cuánto tiempo ha vivido? ¿Cuánto se cree que sabe? ¡Se ha inventado una teoría, y le ha dado vergüenza descubrir que ha fracasado y que ni siquiera era demasiado original! Ha sido una vileza, eso es verdad, pero eso no le convierte irremediablemente en un canalla. ¡No es usted ningún canalla! Por lo menos, no estuvo mucho tiempo engañándose a sí mismo, sino que fue derecho hasta el final. ¿Sabe usted por quién le tengo? Le tengo por una de esas personas que miran con una sonrisa a su verdugo mientras les arranca las entrañas, siempre y cuando hayan encontrado un dios o una fe. Pues bien, encuentre una fe, y vivirá. A usted, en primer lugar, hace ya tiempo que le vendría bien cambiar de aires. El sufrimiento, además, es buena cosa. Sufra. Puede que Mikolka tenga razón al querer sufrir. Sé que usted no tiene fe, pero no se complique tanto, abandónese sin más a la vida, sin razonar; no se preocupe: la corriente le llevará a la orilla y usted podrá ponerse de pie. ¿A qué orilla? ¿Cómo voy a saberlo? De lo que sí estoy convencido es de que todavía le queda mucho por vivir. Sé que ahora acoge mis palabras como un discurso preparado de antemano; es posible que las recuerde algún día, y que puedan llegar a servirle: por eso se lo digo. Menos mal que solo mató usted a la vieja. Si se le hubiera ocurrido otra teoría, tal vez habría hecho algo cien millones de veces más monstruoso. Todavía habrá que darle las gracias a Dios; quién sabe si no le reserva para algo. Tenga un corazón más grande y no tema tanto. ¿No será que le asusta la misión que le espera? No, sería una vergüenza acobardarse. Una vez que ha dado ese paso, tiene que ser fuerte. Es una cuestión de justicia. Tiene que cumplir las exigencias de la justicia. Sé que no me cree, pero le doy mi palabra de que la vida le sostendrá. Después volverá a apreciarse a sí mismo. Ahora solo necesita aire, aire, aire.

Raskólnikov se estremeció.

—Pero ¿quién es usted? —gritó—. ¿Qué clase de profeta? ¿Desde las alturas de qué calma majestuosa pronuncia estas sabias profecías?

—¿Quién soy? Soy un hombre acabado, nada más. Un hombre, tal vez, sensible y compasivo, que probablemente sabe algunas cosas, pero totalmente acabado. Su caso es muy distinto: a usted le ha preparado Dios una vida. Aunque, quién sabe, también es posible que se desvanezca como humo y no quede nada. ¿Qué más da entonces que pase usted a formar parte de otra clase de gente? Seguro que no es el bienestar lo que echa de menos alguien con un corazón como el suyo. ¿Qué le importa que nadie le vea durante mucho tiempo? El problema no está en el tiempo, sino en usted mismo. Sea el sol, y todos le verán. El sol ante todo tiene que ser el sol. Vuelve usted a sonreír: ¿porque soy una especie de Schiller? Me apuesto lo que quiera a que usted considera que ahora le estoy lisonjeando. A lo mejor es verdad, ¡je, je, je! Es posible que no crea usted en mi palabra; es posible incluso que nunca se la crea del todo; es mi forma de ser, estamos de acuerdo; pero déjeme añadir: ¡juzgue usted mismo hasta qué punto soy un miserable y hasta dónde soy un hombre honrado!

—¿Cuándo piensa detenerme?

—Le dejaré que siga suelto un día y medio o dos días más. Recapacite, amigo mío, rece a Dios. Eso será lo mejor, le doy mi palabra, será lo mejor.

—¿Qué pasa si me doy a la fuga? —preguntó Raskólnikov, con una sonrisa un tanto extraña.

—No, no se va a fugar. Un campesino se fugaría, uno de esos disidentes religiosos que ahora están de moda también se fugaría… Distinto es el caso de un lacayo, porque basta con mostrarle la punta del dedo, como le pasaba al alférez de navío Dyrka[176], para que esté dispuesto a creer en algo el resto de su vida. Pero usted ya no cree en su propia teoría, ¿con qué iba a escapar? Una fuga es algo difícil y odioso, y usted lo que más necesita en la vida es una

posición definida, una atmósfera propia; ¿encontraría esa atmósfera en la huida? Si huye, no tardará en volver. No puede prescindir de nosotros. Si le hiciera encerrar en prisión, pongamos un mes, o dos, o tres, tenga presente lo que le digo, acabaría usted confesando, y posiblemente para su propia sorpresa. Una hora antes de presentarse a confesar, aún no lo sabría. Incluso estoy convencido de que decidiría «aceptar el sufrimiento»; ahora no cree en mis palabras, pero al final tomará esa decisión. Porque el sufrimiento, Rodión Románych, es algo grande; no se fije en el hecho de que yo haya engordado, no hace ninguna falta, yo ya lo sé; no se burle de eso, hay una idea en el sufrimiento. Mikolka tiene razón. No, usted no se va a escapar, Rodión Románych.

Raskólnikov se levantó y cogió la gorra. Porfiri Petróvich también se levantó.

—¿Piensa ir a dar un paseo? Se anuncia una buena tarde, aunque podría haber tormenta. Casi sería lo mejor, así refrescaría…

También él cogió la gorra.

—Le ruego, Porfiri Petróvich, que no se quede con la idea —dijo Raskólnikov con sequedad y firmeza— de que hoy he confesado. Es usted un hombre raro, le he escuchado por pura curiosidad. Pero yo no le he confesado nada… Téngalo presente.

—Ya lo sé, lo tendré presente… Pero fíjese, si está temblando. No se preocupe, querido amigo; será como usted quiera. Vaya a pasear un rato; aunque tampoco conviene pasear demasiado. De todos modos, tengo que pedirle un pequeño favor —añadió, bajando la voz—; un favor un tanto delicado, pero importante: suponiendo (aunque, desde luego, no creo que ocurra y lo considero sumamente improbable), suponiendo, llegado el caso, que en las próximas cuarenta o cincuenta horas tuviera usted la ocurrencia de acabar con todo esto de otra manera, de un modo fantasioso, atentando contra su propia vida (es una suposición absurda, y espero que me perdone), tenga entonces la bondad de dejar una nota breve, pero concisa. Nada, dos líneas, solo dos líneas, y mencione lo de la

piedra: sería lo más noble por su parte. Muy bien, hasta la vista… ¡Buenas ideas e iniciativas sensatas!

Porfiri salió, algo encogido, para no tener que mirar a Raskólnikov. Este se acercó a la ventana y, con impaciencia irritada, esperó a que, según sus cálculos, el juez saliera del edificio y se alejase. Entonces él también salió precipitadamente.

III

Fue a toda prisa a ver a Svidrigáilov. No sabía qué podía esperar de este hombre. Pero ejercía sobre él un poder misterioso. Una vez que lo había descubierto, ya no podía descansar tranquilo, y además había llegado la hora.

Por el camino, una pregunta le preocupaba particularmente: ¿habría ido Svidrigáilov a ver a Porfiri?

Por lo que podía juzgar, y habría puesto la mano en el fuego, ¡no, no había ido! Por más vueltas que le daba, recordando la visita de Porfiri, llegaba siempre a la misma conclusión: ¡no, no había ido, claro que no!

Pero, si no había ido todavía, ¿iría o no iría Svidrigáilov a ver a Porfiri?

Por el momento, tenía la sensación de que no iría. ¿Por qué? No habría sabido explicarlo, pero, aunque se hubiera sentido capaz de encontrarle una explicación, tampoco se habría roto la cabeza buscándosela. Todo esto lo atormentaba, pero al mismo tiempo le parecía como si aquello no fuera con él. Curiosamente, aunque puede que nadie se lo hubiera creído, el caso es que solo sentía una débil e imprecisa preocupación por su destino próximo, inmediato. Le preocupaba enormemente otra cosa, algo bastante más importante, excepcional; algo que le afectaba a él y solo a él, pero de otra manera, de un modo más vital. Además sentía un cansancio moral infinito, a pesar de que la cabeza le funcionaba aquella mañana mejor que en los días anteriores.

¿Merecía la pena, en esos momentos, después de todo lo ocurrido, tratar de vencer todas aquellas dificultades insignificantes? ¿Merecía la pena, por ejemplo, tratar de conspirar para que Svidrigáilov no fuera a ver a Porfiri? ¿Merecía la pena investigar, indagar, perder el tiempo con un tipo como Svidrigáilov?

Oh, ¡qué harto estaba de todo eso!

Y, sin embargo, iba corriendo a ver a Svidrigáilov; ¿no estaría esperando de él algo *nuevo*, una señal, una salida? ¡La gente se agarra a un clavo ardiente! ¿Era el destino o un instinto cualquiera el que los acercaba? Posiblemente no fuera más que el cansancio, la desesperación; posiblemente no fuera a Svidrigáilov a quien necesitaba, sino a alguien diferente, pero Svidrigáilov, sencillamente, se había cruzado por azar en su camino. ¿Sonia? ¿Para qué iba a ir en ese momento a ver a Sonia? ¿A mendigar una vez más sus lágrimas? Además, también tenía miedo de Sonia. Sonia representaba la sentencia irrevocable, la decisión irreversible. Solo cabían dos caminos: o el de Sonia o el suyo propio. En esa hora, muy especialmente, no estaba en condiciones de ir a verla. No, mejor probar suerte con Svidrigáilov: ¿qué se traería entre manos? Y Raskólnikov no podía dejar de reconocer en su fuero interno que realmente necesitaba a Svidrigáilov desde hacía tiempo.

Pero ¿qué podían tener en común? Hasta la perfidia de cada uno era diferente de la del otro. Para colmo, aquel hombre era desagradable, extraordinariamente depravado —algo que resultaba evidente—, indudablemente artero y malévolo, tal vez profundamente perverso. Se contaban tantas cosas de él. Ciertamente, se había ocupado de los hijos de Katerina Ivánovna, pero quién sabía por qué y con qué intención. No cabía duda de que aquel hombre siempre tenía algún proyecto, algún objetivo.

Había otra cuestión en la que Raskólnikov no dejaba de pensar desde hacía días; le causaba un gran desasosiego y trataba de quitarse la idea de la cabeza, por lo penosa que le resultaba. Pensaba a veces: Svidrigáilov no había hecho otra cosa que revolotear alrededor de él, y eso era lo que seguía haciendo; conocía su secreto, y había tenido planes con Dunia. Posiblemente no había dejado de tenerlos. Podía afirmarse casi con total seguridad. Ahora que conocía su secreto y que había adquirido de ese modo un poder sobre él, bien podía aprovecharlo como un arma contra Dunia.

En ocasiones esta idea lo atormentaba, incluso en sueños, pero no había sido tan claramente consciente de ella hasta entonces, cuando se dirigía a ver a Svidrigáilov. Solo de pensarlo se sentía furioso y deprimido. En primer lugar, en tal caso todo cambiaba, incluso su propia situación personal: no tenía más remedio que revelarle de inmediato el secreto a Dúnechka. Posiblemente tendría que entregarse para evitar que Dúnechka diera algún paso en falso. ¿La carta? ¡Esa misma mañana Dunia había recibido una carta! ¿De quién podría haber recibido una carta en San Petersburgo? ¿Tal vez de Luzhin? Es verdad que Razumijin estaba ahí para protegerla, pero Razumijin no sabía nada. Entonces ¿tendría que sincerarse también con Razumijin? Raskólnikov pensaba en todo esto con aversión.

«Sea lo que sea, tengo que ver a Svidrigáilov lo antes posible —había decidido finalmente—. Gracias a Dios, aquí no son tan importantes los detalles como el fondo del asunto; pero, como Svidrigáilov sea capaz… como se le ocurra tramar algo contra Dunia, entonces…».

Raskólnikov estaba tan agotado después de todo lo que había ocurrido en ese tiempo, en ese último mes, que ya no se sentía capaz de resolver cuestiones como esa si no era adoptando la siguiente decisión: «Entonces lo mato». Eso pensó con fría desesperación. Un sentimiento de angustia le oprimía el corazón; se detuvo en medio de la calle y se puso a mirar a todas partes: ¿qué recorrido había llevado y adónde había ido a parar? Se encontraba en la avenida…, a unos treinta o cuarenta pasos de la plaza Sennaia, que acababa de cruzar. La segunda planta del edificio que tenía a su izquierda estaba ocupada por una taberna. Todas las ventanas estaban abiertas, y el establecimiento, a juzgar por las siluetas que se veían moverse, debía de estar abarrotado. Estaban cantando, le llegaban las notas de un clarinete y de un violín, y el redoble de un tambor turco. Se oían chillidos de mujeres. Ya estaba a punto de dar media vuelta, preguntándose qué hacía en la avenida…, cuando de pronto, a través de una de las ventanas abiertas en un extremo de la taberna, vio a Svidrigáilov. Estaba sentado al lado de la ventana,

detrás de una mesita de té, con una pipa en la boca. Tal fue la sorpresa de Raskólnikov que se sintió aterrorizado. Svidrigáilov estaba observándolo en silencio, muy pendiente de él, e hizo ademán de levantarse para marcharse de allí discretamente, antes de que el joven reparara en su presencia. Eso no hizo más que aumentar el estupor de Raskólnikov, que inmediatamente fingió no haberlo visto, volviendo la vista, pensativo, hacia un lado, aunque siguió vigilándolo con el rabillo del ojo. El corazón le latía con fuerza. Sí, era evidente que Svidrigáilov deseaba pasar inadvertido. Se apartó la pipa de los labios y trató de ocultarse, pero en el momento de incorporarse y retirar la silla debió de advertir de repente que Raskólnikov lo había visto y estaba observándolo. Se produjo entre ellos algo parecido a lo que ocurrió en la escena de su primera entrevista en el cuarto de Raskólnikov, durante el sueño de este. Una sonrisa pícara se dibujó en la cara de Svidrigáilov y fue ensanchándose poco a poco. Los dos sabían que se estaban viendo y se estaban vigilando mutuamente. Por fin Svidrigáilov estalló en una sonora carcajada.

—¡Vaya, vaya! Suba si quiere, ¡aquí me tiene! —gritó desde la ventana.

Raskólnikov subió a la taberna.

Lo encontró en una salita trasera, muy pequeña, con una sola ventana, anexa a la sala principal, en la que comerciantes, funcionarios y mucha gente variopinta, sentada a una veintena de mesitas, tomaba té entre las destempladas voces del coro de cantantes. Llegaba de algún sitio el ruido de las bolas de billar. Svidrigáilov tenía delante una botella abierta y una copa mediada de champán. También se encontraba en la salita un niño con un pequeño organillo y una muchacha, como de dieciocho años, de aspecto saludable y mejillas coloradas, que llevaba una falda a rayas remangada y un sombrero tirolés con unas cintas; a pesar de los vibrantes coros que llegaban de la sala contigua, cantaba acompañada por el organillo, con una voz de contralto bastante poderosa, una canción lacayuna…

—¡Ya es suficiente! —ordenó Svidrigáilov cuando entró Raskólnikov.

La muchacha se calló al instante y se quedó esperando respetuosamente. Había cantado su canción lacayuna rimada con semblante serio y digno.

—¡Eh, Filipp, una copa! —pidió a gritos Svidrigáilov.

—No voy a tomar champán —dijo Raskólnikov.

—Como guste, pero no era para usted. ¡Bebe, Katia! Hoy no necesito nada más, ¡lárgate! —Le llenó la copa y le dio un billetito amarillo[177]. Katia se bebió la copa de una sentada, como suelen beber el vino las mujeres, es decir, sin interrumpirse ni dar veinte tragos, cogió el billete, le besó la mano a Svidrigáilov, el cual aceptó el gesto con toda seriedad, y salió de la salita, seguida por el pequeño organillero. A los dos los había hecho venir Svidrigáilov de la calle. No llevaba ni una semana en San Petersburgo, pero a su alrededor todo tenía un aire patriarcal. El camarero de la taberna, Filipp, ya era un «viejo conocido» y se mostraba muy obsequioso. Svidrigáilov, cuando quería, cerraba a cal y canto la puerta que daba a la sala principal, y se encontraba allí como en su propia casa. Allí se pasaba los días muertos. La taberna era sucia, inhóspita y no llegaba ni a mediocre.

—Iba a su casa a buscarle —empezó Raskólnikov—, pero, no sé por qué, al llegar a la plaza Sennaia, me he desviado por la avenida… Nunca vengo por aquí. En la plaza Sennaia suelo torcer a la derecha. Desde luego, este no es el camino para ir a su casa. Pero el caso es que tuerzo por esta avenida, y ¡aquí está usted! ¡Qué cosa más rara!

—¿Por qué no dice, directamente, que es un milagro?

—Porque puede tratarse de una mera casualidad.

—¡Así es toda esta gente! —Svidrigáilov soltó una carcajada—. ¡Aunque crean en los milagros, nadie está dispuesto a confesarlo! Como ha dicho usted, «puede tratarse» de una mera casualidad. No se imagina, Rodión Románych, lo cobarde que es la gente de aquí a la hora de manifestar sus opiniones. No lo digo por usted. Usted tiene

su propia opinión y no le asusta tenerla. Por eso ha despertado usted mi curiosidad.

—¿Solo por eso?

—Bueno, eso ya es bastante.

Saltaba a la vista que Svidrigáilov estaba excitado, aunque no en exceso: apenas se había bebido media copa de champán.

—Tengo la sensación de que usted vino a verme antes de saber que yo era capaz de tener eso que usted llama una opinión propia —observó Raskólnikov.

—Bueno, entonces la situación era distinta. Cada uno sigue su propio camino. Y, por lo que respecta a los milagros, le diré que usted parece llevar dos o tres días durmiendo. Yo mismo le hablé de esta taberna, y no tiene nada de milagroso que haya venido a parar a este sitio: le expliqué el camino, le dije dónde estaba y las horas a las que se me puede encontrar aquí. ¿No se acuerda?

—Se me había olvidado —respondió Raskólnikov, sorprendido.

—Le creo. Se lo he explicado dos veces. La dirección se le quedó grabada en la memoria mecánicamente. Y ha llegado hasta aquí mecánicamente, siguiendo las instrucciones que le di, sin darse ni cuenta. Cuando se lo dije aquel día, no contaba con que me entendiese. No se cuida usted, Rodión Románych. Y otra cosa: estoy convencido de que en San Petersburgo hay mucha gente que va hablando sola por la calle. Esta es una ciudad de locos. Si hubiera aquí gente de ciencia, quiero decir, médicos, juristas y filósofos, podrían realizar un estudio enormemente valioso de San Petersburgo, cada uno en su campo. En pocos sitios el alma humana se ve sometida a tantas influencias lúgubres, violentas y extrañas como en esta ciudad. ¡Solo hay que ver lo que supone la influencia del clima! Además, es el centro administrativo de toda Rusia, y su carácter se tiene que reflejar en todo el país. Pero ahora no vamos a hablar de eso; lo que le quería decir es que le he observado varias veces de lejos. Cuando sale de su casa, todavía va con la cabeza alta. A los veinte pasos ya la agacha, y se lleva las manos a la espalda. Aunque va mirando, es evidente que no ve nada ni delante

de usted ni a los lados. Por último, empieza a mover los labios y a hablar solo; además, a veces deja una mano libre y le da por declamar, hasta que finalmente se detiene en mitad de la calle y se queda un buen rato allí parado. Eso no está nada bien. Igual que le veo yo, pueden verle también otras personas, y no le conviene. A mí, en el fondo, me da igual, yo no voy a curarle, pero, en fin, ya me entiende.

—¿Sabe que me están siguiendo? —le preguntó Raskólnikov, con una mirada inquisitiva.

—No, no sé nada —respondió Svidrigáilov, un tanto sorprendido.

—Muy bien, pues déjeme en paz —murmuró Raskólnikov, frunciendo el ceño.

—De acuerdo, le dejaremos en paz.

—Mejor dígame por qué, dado que usted viene aquí a beber y me había indicado en dos ocasiones cómo llegar, hace un momento, cuando he mirado a la ventana desde la calle, ha intentado ocultarse y ha hecho ademán de marcharse. Me he fijado perfectamente.

—¡Je, je! Y ¿por qué aquella vez en que yo estaba parado en el umbral de su habitación y usted yacía en su diván con los ojos cerrados, fingió que dormía cuando no estaba dormido en absoluto? Me fijé perfectamente.

—Puede que tuviera… mis razones… Usted las conoce.

—También yo he podido tener mis razones, aunque usted no las conozca.

Raskólnikov colocó el codo en la mesa, apoyó la barbilla en los dedos de la mano derecha y miró fijamente a Svidrigáilov. Estuvo cerca de un minuto observando ese rostro que siempre le había impresionado, desde la primera vez. Era un rostro extraño, que recordaba más bien a una máscara: blanco y sonrosado, con labios de color carmesí, con una barba muy rubia y un pelo también rubio y abundante. Los ojos parecían demasiado azules, y su mirada, excesivamente intensa e inmóvil. Había algo sumamente desagradable en ese rostro hermoso y extraordinariamente joven, para los años que tenía. Svidrigáilov iba vestido con elegancia, con

prendas veraniegas, ligeras, y era especialmente puntilloso en lo tocante a las camisas y la ropa interior. Lucía un anillo enorme con una piedra preciosa.

—¿También tengo que estar preocupado por usted? —dijo de repente Raskólnikov, yendo directamente al grano, con una impaciencia febril—. Aunque posiblemente sea usted más peligroso que nadie si se propone hacer daño, no quiero más quebraderos de cabeza. Voy a demostrarle ahora mismo que no me valoro tanto como usted cree. Sepa que he venido para decirle abiertamente que, si todavía tiene usted sus antiguos planes en relación con mi hermana y si pretende aprovecharse con ese fin de aquello que ha descubierto recientemente, le mataré antes de que haga usted que me metan en la cárcel. Fíese de mi palabra: usted sabe que seré capaz de cumplirla. En segundo lugar, si desea anunciarme algo, porque he tenido todo este tiempo la impresión de que quiere decirme algo, hágalo cuanto antes, porque el tiempo apremia y es posible que en breve sea ya demasiado tarde.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Svidrigáilov, mirándolo intrigado.

—Cada uno sigue su propio camino —dijo Raskólnikov, sombrío e impaciente.

—Acaba de apelar a la sinceridad, y a la primera pregunta ya se niega a contestar —observó Svidrigáilov con una sonrisa—. Está usted convencido de que me mueve algún propósito, y por eso me mira con recelo. Es algo perfectamente comprensible en su situación. Pero, aunque deseo estar a bien con usted, no me voy a tomar la molestia de hacerle ver que se equivoca. Le aseguro que no es para tanto, y no tenía intención de tratar con usted de nada especial.

—Entonces ¿para qué me quería? Porque está usted siempre rondándome.

—Solo como un sujeto interesante, digno de observación. Me ha gustado lo fantástico de su situación, ¡eso ha sido! Además, es usted el hermano de una persona que me ha interesado mucho y, por último, a esa misma persona le oí contar en su día muchísimas

cosas de usted, lo que me llevó a pensar que ejerce usted una enorme influencia sobre ella; ¿le parece poco? ¡Je, je, je! Tengo que admitir, de todos modos, que su pregunta es bastante compleja, y me resulta difícil responderle. Ahora mismo, por ejemplo, usted no ha venido para nada en concreto, sino con la esperanza de encontrarse con alguna novedad. ¿A que sí? ¿A que sí? —insistía Svidrigáilov con una sonrisa pícara—. Pues figúrese que yo, cuando venía para San Petersburgo, en el tren, también confiaba en que me contara alguna *novedad* y en poder sacar algo de usted. ¡Ya ve qué ricos somos!

—¿Qué podía sacar de mí?

—¿Qué quiere que le diga? Ni yo mismo lo sé. Ya está viendo en qué clase de taberna paso las horas, y estos son mis dominios, quiero decir, no es que sean mis dominios, pero en algún sitio hay que echar raíces. Por lo menos está esa pobre Katia… ¿La ha visto?… Si por lo menos fuera yo, no sé, un glotón, un *gourmet*, pero ¡ya ve lo que puedo comer! —Señaló con el dedo un rincón, donde en una mesita, en una escudilla de hojalata, se veían los restos de un horrible bistec con patatas—. ¿Ha comido, por cierto? Yo le he dado unos pocos bocados y ya no quiero más. Vino, por ejemplo, no bebo nunca. Salvo el champán, ni lo pruebo, e incluso de champán no paso de una copa en toda la tarde, y aun así me duele la cabeza. Acabo de pedirlo para animarme un poco, porque tengo que ir a un sitio y me ve usted con un estado de ánimo algo especial. Por eso antes he intentado ocultarme, como un colegial, porque pensaba que podía usted estorbarme; pero creo —consultó el reloj— que puedo estar una hora con usted; ahora mismo son las cuatro y media. Créame, si yo fuera alguien, no sé, un hacendado, un padre, un ulano, un fotógrafo, un periodista… ¡No, no tengo ninguna profesión! A veces resulta aburrido. La verdad, pensaba que me traería usted alguna novedad.

—Pero ¿quién es usted? Y ¿a qué ha venido a San Petersburgo?

—¿Que quién soy? Ya lo sabe: soy noble, he servido dos años en la caballería, después estuve dando tumbos por San Petersburgo

y después me casé con Marfa Petrovna y viví en la aldea. ¡Esa es mi biografía!

—Ha sido usted jugador, ¿no?

—No, qué voy a ser jugador. Tahúr, no jugador.

—¿Ha sido un tahúr?

—Sí, lo he sido.

—¿Hacía trampas?

—A veces. ¿Por qué?

—Bueno, podrían haberle desafiado… Eso hace la vida más animada.

—No voy a contradecirle; además, no se me da bien filosofar. Le confieso que había venido, más bien, a hablar de mujeres.

—¿Recién enterrada Marfa Petrovna?

—Pues sí. —Svidrigáilov sonrió con una franqueza apabullante—. ¿Qué más da? Por lo visto, no le parece bien que hable así de las mujeres…

—¿Me está preguntando si me parece bien el vicio?

—¡El vicio! ¡Qué cosas tiene! De todos modos, le voy a responder por orden. Primero, a propósito de la mujer en general; ya sabe que me gusta tratar ese tema. Dígame, ¿para qué iba a eludir la cuestión? ¿Por qué iba a prescindir de las mujeres, siendo tan aficionado a ellas? Como mínimo, son una ocupación.

—Así que todas sus esperanzas ¿están depositadas en el vicio?

—Bueno, de acuerdo, ¡también en el vicio! Qué empeño con lo del vicio. Eso sí, me gustan las preguntas directas. En el vicio, por lo menos, hay algo permanente, basado incluso en la naturaleza y que no depende de la fantasía; algo siempre presente en la sangre como una brasa permanentemente ardiente, que quema sin parar y que solo con los años, y aun así muy poco a poco, se extingue. Estará de acuerdo en que, a su manera, es una especie de ocupación.

—No es para estar contento; es una enfermedad, y además grave.

—¡Ah, va usted demasiado lejos! Estoy de acuerdo en que es una enfermedad, como todo lo que excede cierta medida; pero, para

empezar, en este terreno cada persona es un mundo; aparte de eso, uno guarda siempre, por descontado, las proporciones, la prudencia, por muy rastrero que resulte, ¿qué se le va a hacer? Si no tuviera esto, seguramente no habría tenido más remedio que dispararme un tiro. Admito que a un hombre decente le toca aburrirse, pero con todo…

—¿Sería usted capaz de pegarse un tiro?

—¡Caramba! —respondió Svidrigáilov, contrariado—. Tenga la bondad de no hablar de eso —se apresuró a añadir, sin ese tono de fanfarronería que había estado presente en todas sus palabras anteriores; incluso le cambió la expresión del rostro—. Reconozco que es una debilidad imperdonable, pero no lo puedo evitar: me da miedo la muerte, y no me gusta que se hable de ella. ¿Sabe que tengo algo de místico?

—¡Ah! ¡Las apariciones de Marfa Petrovna! ¿Sigue visitándole?

—Vaya, no me lo recuerde; todavía no se me ha aparecido en San Petersburgo; ¡al diablo con las apariciones! —exclamó con cierto aire de irritación—. Mejor hablemos de… aunque, por otra parte… ¡Hum! Casi no tengo tiempo, no puedo quedarme mucho más con usted, ¡qué lástima! Tengo tanto que contarle.

—¿A quién tiene que ver? ¿A una mujer?

—Sí, una mujer; se trata de un caso desesperado… Pero no quería hablar de eso.

—Y ¿a usted ya no le afecta la bajeza de toda esta situación? ¿Ya no tiene fuerza para parar?

—Y ¿se queja usted de la fuerza? ¡Je, je, je! Me deja usted perplejo, Rodión Románych, aunque yo ya sabía de antemano que diría usted algo así. ¡Me da usted lecciones de vicio y de estética! ¡Es usted un Schiller, un idealista! Sin duda, así es como tiene que ser todo esto y debería sorprendernos si fuese de otro modo; pero, con todo, a la hora de la verdad resulta un tanto extraño… Ay, lástima que el tiempo sea tan escaso, porque es usted un sujeto de lo más interesante. Por cierto, ¿le gusta a usted Schiller? A mí me entusiasma.

—Pero ¡qué fanfarrón es usted, la verdad! —exclamó Raskólnikov con cierta repugnancia.

—¡No, no, le doy mi palabra de que no! —respondió entre risas Svidrigáilov—. Pero no se lo voy discutir, pongamos que soy un fanfarrón; ¿por qué no voy a fanfarronear, si es algo inofensivo? Siete años viví en la aldea con Marfa Petrovna; por eso ahora, cada vez que me encuentro con una persona inteligente, como usted, inteligente e interesante en grado sumo, estoy encantado de poder charlar. Además, me he bebido esta media copa de champán y se me ha subido ligeramente a la cabeza. Pero, sobre todo, hay una circunstancia que me ha inquietado enormemente, pero de la que… no voy a hablar. ¿Adónde va? —preguntó de pronto Svidrigáilov, asustado.

Raskólnikov había empezado a levantarse. Se asfixiaba allí y se sentía a disgusto, como arrepentido de haber entrado. Estaba convencido de que Svidrigáilov era el villano más inútil y despreciable del mundo.

—¡Eh! Siéntese, espere un poco —le rogó Svidrigáilov—. Pida que le traigan un té, aunque sea. Vamos, siéntese, no voy a seguir diciendo disparates, sobre mí, me refiero. Voy a contarle una cosa. Venga, ¿quiere que le cuente cómo me «salvó» una mujer, como diría usted? De hecho, eso serviría de respuesta a su primera pregunta, porque la mujer en cuestión es su hermana. ¿Puedo contárselo? Así mataré el tiempo.

—Cuéntemelo, pero confío en que usted…

—¡Oh, no se preocupe! Además, Avdotia Románovna solo puede inspirar, incluso en un individuo tan depravado y vacío como yo, el más profundo respeto.

IV

—Posiblemente sepa (es más, creo que se lo he contado yo mismo) —prosiguió Svidrigáilov— que estuve encarcelado aquí como deudor, por una suma enorme, sin ninguna perspectiva de conseguir recursos con los que pagar. No hace falta entrar en detalles de cómo me rescató entonces Marfa Petrovna; ¿sabe hasta qué extremos de enajenación puede llegar en ocasiones el amor de una mujer? Era una mujer honrada, que no tenía un pelo de tonta, aunque carecía por completo de formación. Imagínese, esta mujer honrada y celosa había decidido, después de un sinfín de escenas atroces de histeria y reproches, cerrar conmigo una especie de contrato al que se atuvo todo el tiempo de nuestro matrimonio. Era considerablemente mayor que yo y, aparte de eso, siempre tenía en la boca un clavo o alguna especia semejante. Yo tuve la suficiente vileza en el alma, y también la honradez, por así decir, de anunciarle abiertamente que no podía serle totalmente fiel. Esta confesión la puso furiosa, pero, por lo visto, mi burda sinceridad hasta cierto punto le agradó: «No tendrá intención de engañarme, cuando me lo anuncia de antemano». Y para una mujer celosa eso es lo primero. Después de muchas lágrimas llegamos al siguiente acuerdo verbal: primero, yo nunca abandonaría a Marfa Petrovna y siempre sería su marido; segundo, jamás me ausentaría sin su consentimiento; tercero, nunca tendría una amante fija; cuarto, a cambio de eso, ella me permitía ir detrás de las criadas, pero siempre con su conocimiento secreto; quinto, que Dios me librara de amar a una mujer de nuestra condición; sexto, en el caso, Dios no lo quisiera, de que brotara en mí una pasión profunda y seria, estaba obligado a tener informada a Marfa Petrovna. En lo tocante a este último punto, Marfa Petrovna estuvo siempre bastante tranquila, la verdad; era una mujer inteligente y, por tanto, no podía dejar de ver en mí a un libertino y un depravado,

incapaz de amar de verdad. Pero la inteligencia no está reñida con los celos, y ahí estaba el problema. De todos modos, para juzgar con imparcialidad a algunas personas, conviene prescindir de ciertas ideas preconcebidas y de nuestra forma cotidiana de mirar a la gente y los objetos que nos suelen rodear. Tengo razones para confiar en su juicio, más que en el de los demás. Es posible que haya oído contar muchas cosas ridículas y disparatadas de Marfa Petrovna. Efectivamente, tenía muchos hábitos absurdos, pero le diré sin ambages que me arrepiento sinceramente de los incontables disgustos que le he dado. Bueno, creo que ya es suficiente para tratarse de una decorosa *oraison funèbre*, del más tierno marido a la más tierna de las mujeres. Cuando reñíamos, por lo general, yo guardaba silencio y no me irritaba, y esta conducta de *gentleman* casi siempre conseguía su objetivo; influía en ella y hasta le gustaba; a veces incluso se sentía orgullosa de mí. Pero con quien no pudo fue con su hermana, Rodión Románych. ¿Cómo se arriesgaría a meter en casa, como institutriz, a semejante belleza? Para mí, la única explicación es que Marfa Petrovna era una mujer ardiente y sensible y, sencillamente, se enamoró, se enamoró literalmente, de su hermana. Pues ¡sí, Avdotia Románovna! Yo me di perfecta cuenta, desde el primer momento, de lo peligroso de la situación y, para que vea, decidí no mirarla siquiera. Pero fue Avdotia Románovna la que dio el primer paso, aunque no se lo crea. También le sorprenderá saber que Marfa Petrovna llegó al extremo de enfadarse conmigo porque al principio yo ni mencionaba a su hermana y acogía con indiferencia los continuos comentarios elogiosos que me hacía de ella. ¡No entiendo qué quería! Por descontado, Marfa Petrovna le habló de mí a Avdotia Románovna, sin olvidarse de ningún detalle. Tenía la mala costumbre de contarle a todo el mundo nuestros secretos familiares y de quejarse constantemente de mí a quien tuviera a mano; ¿cómo iba a dejar escapar a aquella preciosa nueva amiga? Me imagino que yo sería su único tema de conversación, y no tengo ninguna duda de que Avdotia Románovna se enteraría de

todas esas historias misteriosas y siniestras que me atribuían… Apuesto lo que sea a que usted también ha oído algo de ese género.

—Sí. Luzhin le acusó, incluso, de haber sido el causante de la muerte de un niño. ¿Es verdad?

—Tenga la bondad de no remover todas esas vulgaridades —respondió Svidrigáilov con disgusto y repugnancia—; si realmente está interesado en conocer la verdad de esa historia descabellada, ya se la contaré en otra ocasión, pero ahora…

—También me hablaron de un criado suyo, allá en la aldea, y de que, al parecer, tuvo usted alguna clase de responsabilidad.

—¡Ya está bien, se lo ruego! —volvió a interrumpirle Svidrigáilov, con evidente impaciencia.

—¿No sería ese criado que, después de muerto, se le apareció para cargarle la pipa?… Usted mismo me lo contó. —Raskólnikov estaba cada vez más irritado.

Svidrigáilov miró atentamente a Raskólnikov, y le dio la impresión de que en la mirada de este brillaba fugazmente, como una centella, una sonrisa maliciosa. De todos modos, se contuvo y respondió muy cortésmente:

—El mismo. Me doy cuenta de que todo esto le interesa enormemente, así que me comprometo a satisfacer su curiosidad, punto por punto, en cuanto se presente la ocasión. ¡Qué demonios! Ya veo que efectivamente puedo pasar por un personaje romántico delante de algunas personas. Juzgue usted mismo hasta qué punto tengo que agradecerle a la difunta Marfa Petrovna que le contara a su hermana tantas historias misteriosas y pintorescas sobre mí. No me atrevo a valorar la impresión que dejarían en ella, pero, en cualquier caso, a mí me favorecieron. A pesar de la natural aversión que sentía Avdotia Románovna por mí, y de mi aspecto permanentemente lúgubre y repulsivo, acabó por compadecerse de mí, por compadecerse de un hombre caído. Y, cuando el corazón de una muchacha empieza a compadecerse, el peligro es inminente. Enseguida se empeña en «salvar», en hacer entrar en razón, en revivir, en encaminar hacia fines más nobles, en brindar una nueva

vida y una nueva misión… En fin, ya sabe usted hasta dónde pueden llegar esa clase de sueños. Muy pronto me di cuenta de que el pájaro iba derecho a la red, y me preparé por mi parte. No me diga que está torciendo el gesto, Rodión Románych. No tiene por qué; como usted sabe, la cosa acabó en nada. (¡Demonios, sí que estoy bebiendo!). Ya sabe que a mí siempre me dio pena, desde el primer momento, que el destino no hubiera querido que su hermana naciese en el segundo o tercer siglo de nuestra era, como hija de un príncipe reinante o, yo qué sé, de un gobernador o de un procónsul de Asia Menor. Sin duda alguna, habría sido una de esas que soportaban el martirio, por supuesto con una sonrisa, mientras el verdugo les abrasaba el pecho con unas tenazas al rojo vivo. Ella misma habría buscado el martirio. Y en el siglo IV o en el siglo V se habría retirado a los desiertos de Egipto, donde habría vivido treinta años, alimentándose de raíces, éxtasis y visiones. Lo único que ansía, y que reclama, es sufrir martirio por alguien y, si no alcanza el martirio, es posible que acabe tirándose por la ventana. He oído hablar de un tal señor Razumijin. Dicen que es un tipo razonable, como indica su apellido[178] (tendría que haber sido seminarista); bueno, ojalá se haga cargo de su hermana. En resumidas cuentas, creo que he llegado a comprenderla, y eso es algo de lo que me enorgullezco. Pero entonces, es decir, al principio de nuestra relación, ya sabe usted que uno suele ser más veleidoso, más necio, no ve con claridad y se imagina cosas que no son. Maldita sea, ¿por qué tendrá que ser tan guapa? ¡Yo no tengo la culpa! En una palabra, fui presa de un deseo físico irresistible. Avdotia Románovna es de una castidad increíble, insólita y nunca vista. Fíjese en que le estoy diciendo todo esto de su hermana como un hecho probado. Seguramente su castidad raya en lo enfermizo, a pesar de la amplitud de su inteligencia, y del perjuicio que esto supone para ella. En estas vino a casa una muchacha, Parasha, una criada de ojos negros recién llegada de otra aldea, a la que yo no conocía; era una preciosidad, pero increíblemente tonta: con los ojos llenos de lágrimas, se oyeron sus gritos por toda la casa, y se armó un

escándalo. Un día, después de comer, Avdotia Románovna me abordó cuando estaba solo en una alameda en el jardín y con ojos brillantes me exigió que dejara en paz a la pobre Parasha. Prácticamente, aquella fue nuestra primera conversación a solas. Naturalmente, le dije que para mí sería un honor satisfacer su deseo, me esforcé por aparecer desconcertado, turbado, en fin, interpreté dignamente mi papel. Empezaron los encuentros, las conversaciones secretas, las amonestaciones, las exhortaciones, las súplicas, los ruegos, incluso las lágrimas; créame, ¡incluso las lágrimas! ¡Ya ve a qué extremos llega en algunas muchachas la pasión por el proselitismo! Yo, como es natural, descargué toda mi responsabilidad en el destino, me declaré hambriento y sediento de luz y, por último, recurrí al más grandioso e infalible método para someter el corazón femenino, un método que nunca engaña a nadie pero que actúa eficazmente con todas y cada una de las mujeres sin excepción. Este método es la adulación. No hay nada en el mundo más difícil que la sinceridad, ni más sencillo que la adulación. Si en la sinceridad hay una pequeña nota de falsedad, aunque el porcentaje no pase del uno por ciento, surge enseguida la disonancia y, a continuación, el escándalo. Por el contrario, aunque todo, hasta la última nota, sea falso en la adulación, resulta igualmente agradable y se escucha con placer; posiblemente con un placer vulgar, pero al fin y al cabo con placer. Y, por muy grosera que sea la adulación, al menos la mitad, si no más, parece siempre verdadera. Y esto rige para todos los estratos y grados de desarrollo de la sociedad. Hasta una vestal puede ser seducida mediante la adulación. Así que ya no hablemos de la gente corriente. No puedo dejar de reírme al recordar cómo una vez seduje a una señora entregada a su marido, a sus hijos y a sus buenas acciones. ¡Qué divertido fue y qué poco esfuerzo exigió! Y la señora era realmente virtuosa, a su manera por lo menos. Toda mi táctica consistió en mostrarme a cada paso completamente destrozado y en postrarme ante su castidad. La adulaba sin miramientos y, cada vez que, por ejemplo, conseguía apretarle la mano o me dirigía una simple mirada, me reprochaba a mí mismo

que le había arrebatado esos gestos a la fuerza y declaraba que ella se había resistido, se había resistido hasta tal punto que yo probablemente no habría conseguido nada de no haber sido tan depravado; también aseguraba que ella, en su inocencia, no había podido prever mi felonía y había caído en la trampa inconscientemente, sin darse ni cuenta, sin saber nada, etcétera, etcétera. En resumidas cuentas, yo obtenía todo lo que me proponía, y la buena señora se quedaba totalmente convencida de que era inocente y casta y de que cumplía con todos sus deberes y obligaciones, habiendo sucumbido por puro azar. Y cómo se enojó conmigo cuando le aseguré, después de todo, que estaba sinceramente convencido de que ella había buscado el placer exactamente igual que yo. La pobre Marfa Petrovna también era enormemente receptiva a la adulación y, si me lo hubiera propuesto, habría conseguido, desde luego, que pusiera todos sus bienes a mi nombre aún en vida. (La verdad es que estoy bebiendo demasiado, y hablo más de la cuenta). Confío en que no se me enfade si hago ahora referencia a cómo ese mismo efecto estaba empezando a manifestarse en Avdotia Románovna. Pero yo fui un necio y un impaciente y lo eché todo a perder. Ya antes, en más de una ocasión, sobre todo una vez, a Avdotia Románovna no le había hecho ninguna gracia la expresión de mis ojos, ¿se lo puede creer? En resumidas cuentas, en ellos ardía cada vez con más fuerza y con menos cautela un fuego que la intimidaba y que acabó resultándole odioso. Sin entrar en más detalles, le diré que reñimos. Volví a actuar como un necio. Me burlé del modo más zafio de todo aquel proselitismo y de sus esfuerzos para convertirme; Parasha entró nuevamente en escena, y no solo ella; en una palabra, aquello fue el acabose. Oh, si pudiera ver, Rodión Románych, aunque solo fuera una vez, cómo pueden llegar a centellear los ojos de su hermana. Lo mismo da que esté borracho y acabe de beberme una copa entera de champán, le estoy diciendo la verdad; le aseguró que aquella mirada no me dejaba ni en sueños; acabé por no poder soportar ni el frufrú de su vestido. Empecé a pensar que sufría del mal caduco;

jamás había pensado que podía llegar a tal estado de frenesí. En definitiva, era imprescindible la reconciliación, pero a estas alturas ya era imposible. Imagínese lo que hice entonces. ¡A qué grado de embrutecimiento puede llevar la cólera a un hombre! Jamás haga nada estando furioso, Rodión Románych. Sabiendo que Avdotia Románovna, al fin y al cabo, era pobre… Ay, disculpe, no pretendía… Pero qué más da, siempre que se exprese la idea apropiada… En resumidas cuentas, sabiendo que vivía del trabajo de sus manos, que de ella dependían tanto su madre como usted (maldita sea, ya está otra vez poniendo mala cara), decidí ofrecerle todo mi dinero (por entonces podía reunir hasta unos treinta mil rublos) si aceptaba fugarse conmigo y venir aquí, a San Petersburgo. Por supuesto, le habría prometido amor eterno, felicidad y todas esas cosas. Créame si le digo que yo estaba entonces tan loco por ella que, si me hubiera dicho que degollara o que envenenara a Marfa Petrovna y me casara con ella, ¡no lo habría dudado ni un segundo! Pero todo acabó en catástrofe, como ya sabe, y juzgue usted mismo cuál no sería mi rabia al enterarme de que Marfa Petrovna había recurrido a ese infame amanuense, el tal Luzhin, y poco menos que arregló la boda entre ellos… Lo cual, en el fondo, venía a ser lo mismo que yo le proponía. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí? Me doy cuenta de que ha empezado a escuchar con gran atención… joven interesante…

Svidrigáilov, impaciente, dio un puñetazo en la mesa. Se puso colorado. Raskólnikov vio claramente que la copa o copa y media de champán que se había bebido, muy poco a poco, a sorbitos, había ejercido un efecto pernicioso sobre él, y decidió aprovechar la ocasión. Abrigaba muchas sospechas de Svidrigáilov.

—Después de lo que me ha dicho, tengo pocas dudas de que ha venido aquí con la cabeza puesta en mi hermana —le dijo abiertamente, sin ninguna cautela, con intención de soliviantarlo.

—Ah, de eso nada —de pronto Svidrigáilov pareció reaccionar—; ya se lo he dicho… y, aparte de eso, su hermana ahora no me puede ni ver.

—De eso también estoy seguro, pero esa no es ahora la cuestión.

—¿Está seguro de que no me puede ni ver? —Svidrigáilov entornó los ojos y sonrió con aire burlón—. Tiene razón, ella no me aprecia; pero no ponga nunca la mano en el fuego si se habla de lo que ha ocurrido entre marido y mujer o entre dos amantes. En estos casos siempre hay algún rincón que ha quedado oculto a los ojos del mundo y que solo conocen esas dos personas. ¿Tan seguro está de que Avdotia Románovna me mira con repugnancia?

—Me he dado cuenta, por algunas palabras y alusiones de su relato, de que tiene ahora sus propias expectativas y sus propósitos inaplazables en relación con Dunia, evidentemente infames.

—¡Cómo! ¿De verdad se me han escapado esa clase de palabras y de insinuaciones? —Svidrigáilov reaccionó con un temor ingenuo, sin hacer el menor caso del epíteto con el que Raskólnikov había calificado sus propósitos.

—Sigue usted delatándose. Por ejemplo, ¿de qué tiene miedo? ¿De qué se ha asustado ahora mismo?

—¿Con que me asusto y tengo miedo? ¿De usted? Si acaso, debería tener usted miedo de mí, *cher ami*. Qué disparate… La verdad es que estoy borracho, ya me doy cuenta; por poco no se me escapa otra tontería. ¡Maldito champán! ¡Eh, tráeme agua! —Cogió la botella y la tiró por la ventana sin contemplaciones. Filipp le llevó agua—. Todo esto es absurdo —siguió diciendo Svidrigáilov, humedeciendo la servilleta y poniéndosela en la cabeza—; puedo responderle con una sola palabra y aniquilar sus sospechas. ¿Sabe, por ejemplo, que voy a casarme?

—Ya me lo ha dicho antes.

—¿Se lo he dicho? Se me había olvidado. Pero entonces no podía afirmarlo con seguridad, porque ni siquiera había visto a mi prometida; no pasaba de ser un proyecto. Pero ahora ya estoy comprometido, la cosa está hecha. Si no tuviera unos asuntos entre manos, unos asuntos que no admiten demora, le llevaría ahora mismo conmigo a casa de ella, porque quiero pedirle consejo. ¡Ay,

maldita sea! Apenas dispongo de diez minutos. Fíjese en el reloj; de todas maneras, voy a contárselo, porque la historia de mi casamiento es interesante, a su manera. ¿Adónde va? ¿Otra vez quiere marcharse?

—No, ahora ya no me voy.

—¿Que no se va? ¡Ya veremos! Lo llevaré allí, de verdad, y le presentaré a mi prometida, solo que ahora no puede ser, porque usted tiene que marcharse enseguida. Usted va para la derecha, yo para la izquierda. ¿Conoce a la señora Resslich? Es la dueña de la casa donde estoy ahora, ¿lo sabía? ¿Me está escuchando? No, ya sé en lo que está pensando; está pensando en que es esa de la que se cuenta que una chica que estaba con ella se ahogó el invierno pasado… ¿Qué? ¿Me está escuchando? ¿No me está escuchando? Bueno, el caso es que ha sido ella la que me lo ha apañado todo; me dijo: «Se ve que te aburres, conviene distraerse». Y es que yo soy una persona seria, aburrida. ¿Le parezco alegre? No, soy un tipo serio: no hago mal a nadie, pero me quedo solo en mi rincón; a veces no me dirigen la palabra en tres días. Y la Resslich, que es una bruja, se lo digo yo, algo trama: cree que me voy a aburrir, que voy a dejar plantada a mi mujer y voy a largarme por ahí; a partir de ahí es cuando piensa ocuparse ella de mi mujer y ponerla en circulación; con gente de nuestra clase, se entiende, o más distinguida. Me contó que el padre es un hombre sin carácter, un funcionario cesante, que lleva tres años sentado en un sillón sin mover las piernas. Y luego, según me contó, está la madre, una dama muy sensata, su señora madre. Tienen un hijo empleado en provincias, que no les echa una mano. Y una hija que, desde que se ha casado, no quiere saber nada de ellos. Además, tienen dos sobrinos pequeños a su cargo, como si no hubieran tenido bastante con sus propios hijos. Han tenido que sacar del gimnasio, antes de que acabara los estudios, a la hija más pequeña; dentro de un mes cumple dieciséis años, es decir, dentro de un mes ya la pueden casar. A esa es a la que van a casar conmigo. Fuimos a verlos. Fue muy divertido; me presento: soy un hacendado, viudo, de buena familia, bien relacionado, con un

capital… ¿Qué más da que yo tenga cincuenta años y ella no haya cumplido aún los dieciséis? ¿Quién se fija en esas cosas? Pero es fascinante, ¿a que sí? ¡Es fascinante, ja, ja! ¡Tendría que haberme visto departiendo con el padre y con la madre! Habría que pagar por verme en esas circunstancias. Aparece la muchacha, saluda; bueno, figúrese, con un vestidito corto todavía, como un capullo sin abrir… Se ruboriza, se pone toda roja, como la aurora… Evidentemente, le habían dicho algo. No sé la idea que tendrá usted de las caras femeninas, pero, en mi opinión, esos dieciséis años, esos ojitos infantiles, esa timidez y esas lágrimas vergonzosas… valen más que la belleza, y encima esa es como una pequeña imagen. El pelo claro, con unos ricitos como de cordero, unos labios carnosos y rojos, unos piececitos… ¡un encanto! En fin, nos presentaron, y yo hice saber que tenía prisa, por una serie de circunstancias privadas, así que al día siguiente, es decir, anteayer, nos prometimos. Desde entonces, cuando llego allí, lo primero que hago es sentármela en las rodillas, y ya no la suelto… Bueno, ella se pone roja como la aurora, y yo la beso sin parar; la madre, naturalmente, la ha aleccionado, diciéndole: «Es tu marido, y así son las cosas»; en una palabra, ¡esto es vida! Y muy posiblemente mi condición actual, de prometido, es mejor que la de marido. ¡Es lo que se llama la *nature et la vérité*[179]! He hablado con ella dos veces, y la chiquilla no tiene nada de tonta; a veces me mira a hurtadillas, y la verdad es que me enciende la sangre. Su cara se parece a la de la Madonna de Rafael. ¿Nunca se ha fijado en el rostro fantástico de la *Madonna Sixtina*[180], un rostro afligido de iluminada? Bueno, pues algo parecido. Al día siguiente de prometernos le llevé regalos por valor de mil quinientos rublos: un conjunto de diamantes, otro de perlas y un neceser de plata… así de grande, con toda clase de complementos; tantas cosas había que hasta la carita de la Madonna resplandecía. Ayer me la senté en las rodillas, debí de mostrarme muy poco ceremonioso, porque el caso es que se ruborizó y se le saltaron las lágrimas, pero no quería enseñarme la cara, y estaba que echaba fuego. Salió todo el mundo un momento, y me quedé a solas con ella; de pronto se me cuelga

del cuello (ha sido la primera vez que ha partido de ella), me estrecha entre sus brazos, me besa y me jura que va a ser una mujer obediente, fiel y buena, que me va a hacer feliz, que va a dedicarme toda su vida, cada minuto de su vida, que va a sacrificarlo todo, todo por mí, y que a cambio solo me pide mi respeto, y que no necesita «nada más, nada más, nada de regalos». Estará de acuerdo conmigo en que oír semejante confesión, a solas, de labios de un angelito de dieciséis años como ese, con su vestidito de tul, con sus ricitos, con esas mejillas teñidas de rubor virginal y con esas lágrimas de entusiasmo en los ojos… estará de acuerdo conmigo en que es bastante tentador. O ¿no es tentador? ¿Qué? ¿Merece la pena? Bueno… escuche… iremos a ver a mi novia… Pero ¡ahora no!

—En una palabra, ¡esa monstruosa diferencia de edad y de educación excita su sensualidad! ¿De verdad va a casarse en esas condiciones?

—¿Por qué no? De todas todas. Todo el mundo se preocupa por salir adelante, y el que mejor sabe engañarse es el que lleva una vida más alegre. ¡Ja, ja! ¿Por qué tiene que aventajar a todos en virtud? Tenga compasión, *bátiushka*, soy un pecador. ¡Je, je, je!

—Y, sin embargo, se ha ocupado de los hijos de Katerina Ivánovna. Si bien… si bien usted tenía sus razones… Ahora lo entiendo todo.

—En general, me gustan los niños, me gustan mucho. —Svidrigáilov se reía a carcajadas—. A este respecto puedo contarle un episodio curiosísimo, que se prolonga hasta el día de hoy. Nada más llegar aquí, el primer día me paseé por distintos antros; la verdad, después de siete años me moría de ganas. Seguramente habrá advertido que no tengo ninguna prisa en volver a ver a mis viejos amigos y conocidos. Procuraré evitarlos todo el tiempo que me sea posible. Sepa que, cuando estaba en la aldea con Marfa Petrovna, me atormentaba mortalmente el recuerdo de todos esos lugares y rincones escondidos en los que uno, si sabe, puede encontrar muchas cosas. ¡Maldita sea! El pueblo se emborracha; la juventud educada, presa de la inacción, se consume en sueños y

visiones irrealizables y degenera con sus teorías; los judíos, salidos de algún sitio, esconden el dinero, y todos los demás se dan al vicio. Desde las primeras horas esta ciudad me recibió con sus olores familiares y nauseabundos. Fui a parar a uno de esos bailes: era un tugurio infecto (que conste que a mí me gustan los tugurios precisamente por su suciedad); naturalmente, se bailaba cancán, como nunca lo había visto en mis tiempos. Sí, en eso consiste el progreso. De pronto veo a una niña, como de trece años, vestida divinamente, bailando con un virtuoso; enfrente tenía a otro joven. Pegada a la pared, sentada en una silla, estaba la madre de la niña. ¡Ya puede imaginarse qué clase de cancán era aquel! La chiquilla estaba avergonzada, se puso colorada, finalmente se sintió ofendida y se echó a llorar. El virtuoso la agarró y empezó a hacerla girar y a contonearse delante de ella; todo el mundo se reía a carcajadas y gritaba (en esos momentos adoro a nuestro público, incluso al del cancán): «¡Bien hecho! ¡Se lo tiene merecido! ¡A quién se le ocurre traer a los niños!». Bueno, a mí me da lo mismo, no es asunto mío: ¡con lógica o sin lógica, así es como se divierten! Yo rápidamente me tracé un plan, me acerqué a la madre y empecé a decirle que si yo también era forastero, y que si allí la gente era muy grosera y no sabía distinguir a las personas decentes y tratarlas con el debido respeto; le hice saber que tenía mucho dinero; me ofrecí a llevarlas en mi coche; las acompañé hasta su casa, trabamos conocimiento. Estaban recién llegadas a San Petersburgo y se alojaban en un cuchitril. Me dijeron que para las dos, para la madre y para la hija, había sido un verdadero honor conocerme; me di cuenta de que no tenían dónde caerse muertas, y habían venido a hacer unas gestiones. Total, que les ofrezco mis servicios y mi dinero; averiguo que han aparecido en ese baile por error, pensando que era un sitio donde enseñaban a bailar; por mi parte, les propongo contribuir a la educación de la chiquilla con lecciones de francés y de baile. Aceptan con entusiasmo, lo consideran un honor, y así hasta el día de hoy… Cuando quiera, podemos ir a verlas… pero ahora no.

—¡Deje de una vez sus anécdotas infames y rastreras, hombre sensual, depravado y vil!

—¡Oh, Schiller, Schiller, aquí está nuestro Schiller! *Où va-t-elle la vertu se nicher?*[181] Sepa que voy a contarle aposta esa clase de historias solo para poder oír sus gritos. ¡Qué placer!

—No me extraña; yo también me veo ridículo en este momento —murmuró Raskólnikov con indignación.

Svidrigáilov se rió con ganas; finalmente llamó a Filipp, pagó y empezó a levantarse.

—Sí que estoy borracho; *assez causé!*[182] —dijo—. ¡Ha sido un placer!

—Solo faltaría que no fuera un placer para usted —exclamó Raskólnikov, levantándose a su vez—. Cómo no va a ser un placer para un hombre enfangado en el vicio contar esa clase de aventuras, con la cabeza puesta en algún proyecto monstruoso de esa índole; cómo no va a ser un placer contarlas en estas circunstancias y a un hombre como yo… Es excitante.

—Bueno, en ese caso —respondió Svidrigáilov, observando a Raskólnikov con cierto asombro—, en ese caso, también es usted un cínico consumado. Al menos, almacena cantidades ingentes de material. Está capacitado para comprender muchas cosas… y también para hacer muchas cosas. Pero ya es suficiente. Lamento sinceramente no haberle podido dedicar más tiempo, pero espero no perderle de vista… No tiene más que esperar…

Svidrigáilov salió de la taberna, seguido por Raskólnikov. A pesar de todo, Svidrigáilov no estaba demasiado bebido; el champán solo se le había subido a la cabeza un rato, y el efecto se le estaba pasando rápidamente. Estaba muy preocupado por algo, algo extraordinariamente importante, y tenía un aire sombrío. Aparentemente, esperaba alguna cosa que le producía una enorme agitación e intranquilidad. Su actitud con Raskólnikov había cambiado en los últimos minutos, y por momentos se iba volviendo más socarrón y más grosero. Raskólnikov se había dado cuenta de todo

eso y estaba igualmente alarmado. Svidrigáilov le inspiraba una profunda desconfianza; decidió seguirlo.

Salieron a la calle.

—Usted va a la derecha, y yo a la izquierda, o a lo mejor es al contrario; pues nada, *adieu, mon plaisir*, hasta que tengamos la dicha de volver a encontrarnos.

Y echó a andar hacia la derecha, en dirección a la plaza Sennaia.

V

Raskólnikov fue tras él.

—¡Qué es esto! —exclamó Svidrigáilov, dándose la vuelta—. Creía que había dicho…

—Esto significa que ahora no pienso apartarme de usted.

—¿Cóoomo?

Se detuvieron, y se quedaron mirándose el uno al otro cerca de un minuto, como midiendo sus fuerzas.

—Oyendo sus historias de medio borracho —replicó Raskólnikov con aspereza—, he deducido positivamente que usted no solo no ha renunciado a sus infames planes con mi hermana, sino que incluso está más interesado en ellos que nunca. Sé que esta mañana mi hermana ha recibido una carta. Usted no ha dejado de moverse en todo este tiempo… Admitamos que ha sido capaz, de paso, de encontrar una prometida, pero eso no significa nada. Deseo comprobar personalmente…

Raskólnikov apenas habría podido explicar qué era lo que quería exactamente y qué deseaba comprobar en persona.

—¡Caramba! Si quiere, aviso ahora mismo a la policía.

—¡Avísela!

Una vez más, estuvieron cerca de un minuto mirándose a la cara. Por fin, a Svidrigáilov le cambió la expresión. Convencido de que Raskólnikov no se había dejado intimidar por la amenaza, adoptó de pronto un aire de lo más alegre y amistoso.

—¡Hay que ver cómo es usted! He estado evitando, deliberadamente, cualquier referencia a su situación, a pesar de que, por descontado, me devora la curiosidad. Es un asunto fantástico. Lo había aplazado hasta otra ocasión, aunque la verdad es que es usted capaz de soliviantar a un muerto… Muy bien, vamos; pero ya le aviso de que voy a entrar un momento en mi casa a coger dinero; después

cerraré con llave, tomaré un coche de punto e iré a pasar toda la tarde a las islas. ¿Para qué quiere seguirme?

—De momento le acompaño hasta su edificio, pero no voy a su casa, sino a la de Sofia Semiónovna, a disculparme por no haber asistido al entierro.

—Como quiera, pero Sofia Semiónovna no está. Ha ido a llevar a los niños a casa de una dama, una dama distinguida, ya mayor; se trata de una vieja amiga que está al frente de una serie de orfanatos. He engatusado a esta señora entregándole el dinero correspondiente a las tres criaturas de Katerina Ivánovna; aparte de eso, he ofrecido un donativo para las propias instituciones; por último, le he contado la historia de Sofia Semiónovna, con todos los detalles, sin ocultarle nada. El efecto ha sido indescriptible. Por eso Sofia Semiónovna ha recibido una invitación para presentarse hoy mismo en el hotel donde se aloja provisionalmente esta señora, que acaba de llegar de su dacha.

—Da igual, iré de todos modos.

—Como quiera, pero yo no le puedo acompañar, a mí ni me va ni me viene. Mire, ya estamos en casa. Dígame, estoy convencido de que usted me mira con suspicacia solo por haber tenido la delicadeza de no abrumarle en todo este tiempo con preguntas… ¿me entiende? A usted le ha parecido un hecho insólito; ¡me apuesto lo que quiera! ¡Para eso actúa uno con delicadeza!

—Y ¡escucha detrás de las puertas!

—¡Ah, es por eso! —Svidrigáilov se echó a reír—. Sí, sería sorprendente que, después de todo, hubiera pasado eso por alto. ¡Ja, ja! Aunque algo entendí de las… diabluras que hizo entonces… allí… y que usted mismo le contó a Sofia Semiónovna… De todos modos, ¿a qué venía todo aquello? Seguramente soy un hombre anticuado, y ya no soy capaz de entender nada. ¡Explíquemelo, querido amigo, por lo que más quiera! Póngame al corriente de los nuevos principios.

—Usted no pudo oír nada, ¡son todo invenciones suyas!

—No estoy hablando de eso, no estoy hablando de eso (aunque, desde luego, algo llegué a oír); no, ¡me refiero a sus continuos suspiros y lamentos! El Schiller que hay en usted está siempre turbado. Y no me diga ahora que no hay que escuchar detrás de la puerta. En ese caso, preséntese ante las autoridades y dígales: «Verán, me ha pasado esto y esto, he sufrido un contratiempo; hay un pequeño error en la teoría». Si está usted convencido de que no se debe escuchar detrás de las puerta, pero se puede partir por la mitad a unas viejecillas con lo primero que tenga uno a mano, entonces ¡márchese a América lo antes posible! ¡Corra, joven! Puede que aún esté a tiempo. Se lo digo con toda sinceridad. ¿No tiene dinero? Yo le dejo dinero para el viaje.

—Eso ni se me pasa por la cabeza —le interrumpió Raskólnikov, asqueado.

—Entiendo (de todos modos, no se complique usted la vida: si quiere, puede callarse muchas cosas); entiendo qué clase de dilemas se plantea usted: dilemas morales, ¿verdad? ¿Dilemas como ciudadano y como hombre? Olvídelos, ¿qué falta le hacen ahora? ¡Je, je! ¿Porque es usted todavía hombre y ciudadano? En ese caso, no debería haberse metido en este lío; no vale la pena empezar algo si uno no vale para eso. Péguese un tiro, ¿no le apetece?

—Ya veo que quiere sacarme de mis casillas para que le deje en paz…

—Sí que es usted raro. En fin, ya hemos llegado; adelante. Mire, esa es la puerta de Sofia Semiónovna, ya ve que no hay nadie. ¿No me cree? Pregunte a los Kapernaúmov; ella siempre les deja la llave. Ahí tiene a madame de Kapernaúmov. ¿Cómo? (Está medio sorda). ¿Que ha salido? ¿Adónde?… Bueno, qué, ya lo ha oído. No está y es posible que no vuelva hasta muy tarde. Bueno, vamos a mi casa. Usted pensaba venir a verme, ¿no es así? Pues nada, aquí estamos. Madame Resslich no está en casa. Esa mujer siempre anda atareada, pero es una buena mujer, se lo aseguro… Seguramente habría podido echarle una mano si fuera usted un poco más sensato. Ya lo está viendo: saco del escritorio un bono al cinco por ciento de

interés (¡fíjese en todos los que me quedan!), y hoy mismo acaba en manos de un cambista. ¿Qué, lo ha visto? Ya no tengo tiempo que perder. Cerramos el cajón, cerramos la puerta, y ya estamos de vuelta en las escaleras. Si quiere, podemos coger un coche. Yo voy a las islas. ¿No le apetece dar una vuelta? Voy a coger esa calesa para ir a Yelaguin[183]. ¿Qué? ¿No quiere? ¿No lo aguanta? Si es solo un paseo. Parece que va a llover; no pasa nada, bajamos la capota…

Svidrigáilov ya se había montado. Raskólnikov llegó a la conclusión de que sus sospechas, por lo menos en ese momento, no estaban fundadas. Sin dignarse responder, dio media vuelta y regresó en dirección a la plaza Sennaia. Si hubiera mirado atrás, siquiera una vez, habría visto cómo Svidrigáilov, tras recorrer cien pasos a lo sumo, se apeaba de la calesa y pagaba al cochero. Pero había doblado en una esquina y ya no pudo ver nada de eso. Una profunda aversión lo hacía alejarse de Svidrigáilov. «¡Pensar que he estado cerca de buscar la ayuda de ese vulgar ladrón, de ese degenerado, de ese canalla!», exclamó para sí, sin darse cuenta. Ciertamente, ese juicio de Raskólnikov pecaba de precipitado y superficial. En la situación de Svidrigáilov había algo singular que, por lo menos, le daba cierta originalidad, y hasta cierto misterio. En todo lo relativo a su hermana, Raskólnikov no tenía ninguna duda de que no iba a dejarla tranquila. Pero ¡qué duro se le hacía, qué insufrible, tener que estar siempre dándole vueltas a lo mismo!

Según su costumbre, una vez solo, no había dado veinte pasos y ya iba profundamente sumido en sus reflexiones. Al llegar a un puente, se detuvo en el pretil y se puso a contemplar el agua. Pero, a todo esto, allí estaba a su lado Avdotia Románovna.

Se había cruzado con ella al entrar en el puente, pero pasó de largo, sin reparar en su presencia. Era la primera vez que Dúnechka se lo encontraba así en la calle, y se había asustado al verlo. Se detuvo sin saber si debía llamarlo. De pronto divisó a Svidrigáilov, que se acercaba a toda prisa desde la plaza Sennaia.

Pero, por lo visto, se aproximaba discretamente, con mucha cautela. No entró en el puente, sino que se quedó a un lado, en la acera, procurando por todos los medios que Raskólnikov no lo viera. A Dunia ya la había visto y había empezado a hacerle señales. A la joven le dio la sensación de que con aquellas señales le estaba rogando que no avisara a su hermano y que lo dejara tranquilo, y le pedía que se reuniera con él.

Eso hizo Dunia. Esquivó discretamente a su hermano y se acercó a Svidrigáilov.

—Vámonos cuanto antes —le susurró este—. No me gustaría que Rodión Románych se enterase de nuestra entrevista. Le advierto de que he estado con él en una taberna que hay aquí cerca; él mismo ha venido a buscarme, y me ha costado mucho deshacerme de él. Por alguna razón, sabe que usted ha recibido una carta mía, y está muy suspicaz. Me imagino que no habrá sido usted quien se lo ha revelado, ¿verdad? Y, si no ha sido usted, ¿quién ha podido ser?

—Ya hemos doblado la esquina —le interrumpió Dunia—, y mi hermano ya no nos puede ver. Quiero que sepa que no pienso pasar de aquí con usted. Dígame aquí mismo lo que me tenga que decir; todas estas cosas se pueden decir en plena calle.

—En primer lugar, no es verdad que esto se pueda decir en plena calle; en segundo lugar, tiene que escuchar también a Sofia Semiónovna; por otra parte, tengo que mostrarle algunos documentos… En definitiva, si usted se niega a venir a mi casa, desisto de cualquier explicación y me marcho ahora mismo. Además, le ruego que no olvide que cierto secreto, enormemente interesante, de su querido hermano está enteramente en mis manos.

Dunia se paró indecisa y dirigió a Svidrigáilov una mirada penetrante.

—¡No tiene nada que temer! —observó este con tranquilidad—. No es lo mismo la ciudad que la aldea. Y en la aldea me hizo más daño usted a mí que al revés, y aquí…

—¿Sofia Semiónovna está avisada?

—No, no le he dicho ni una palabra y ni siquiera estoy seguro de si está o no está ahora en casa. Hoy ha enterrado a su madrastra: no es día como para ir de visita. Por ahora no he querido hablarle a nadie de este asunto, y en parte estoy arrepentido de habérselo dicho a usted. En estas cuestiones, la más pequeña imprudencia es tan fatal como una delación. Vivo aquí mismo, en esa casa, ya estamos llegando. Ese es nuestro portero; me conoce muy bien; ya ve cómo me saluda; ha visto que voy acompañado por una dama y, naturalmente, se ha fijado en su cara. Eso es bueno para usted, ya que tanto miedo me tiene y desconfía de mí. Disculpe que le hable con tanta rudeza. Vivo de alquiler. Sofia Semiónovna vive al lado mío, pared con pared, también de alquiler. En este piso todos somos inquilinos. ¿De qué tiene miedo? Parece una niña pequeña. ¿Tan terrible le parezco?

Svidrigáilov forzó una sonrisa desdeñosa, pero ya no estaba para sonrisas. El corazón le latía con fuerza y la respiración se le cortaba en el pecho. Hablaba alto a propósito, para disimular su creciente inquietud; pero Dunia no había notado en él una especial preocupación; bastante la había indignado ya su comentario de que parecía una niña pequeña por el miedo que mostraba y su pregunta de si le parecía tan terrible.

—Aunque sé que es usted un hombre… sin honor, no le tengo ningún miedo. Vaya usted delante —dijo, aparentando tranquilidad, aunque tenía la cara muy pálida.

Svidrigáilov se paró delante del cuarto de Sonia.

—Permítame que compruebe si está en casa… No está. ¡Mala suerte! De todos modos, puede que venga pronto. Si ha salido, tiene que haber ido a ver a una señora, en relación con los huérfanos. Se les ha muerto la madre. Me he implicado en el asunto y ya he tomado algunas decisiones. Si Sofia Semiónovna no está de vuelta en diez minutos, le diré que vaya a verla a usted, hoy mismo si quiere; ya estamos, aquí vivo yo. Estas son mis dos habitaciones. Al otro lado de la puerta vive mi patrona, la señora Resslich. Y ahora fíjese en esto, le voy a mostrar los mejores documentos de los que

dispongo: esta puerta que hay en mi dormitorio da a dos cuartos totalmente vacíos, que ahora están disponibles. Ahí los tiene… ahora tendría que mirar con más atención…

Svidrigáilov ocupaba dos piezas amuebladas, bastante amplias. Dúnechka miró por todas partes, recelosa, pero no detectó nada de particular, ni en el mobiliario, ni en la disposición de los cuartos, aunque había algunas cosas que podían llamar la atención: por ejemplo, las habitaciones de Svidrigáilov estaban situadas entre dos estancias prácticamente desocupadas. No se entraba a la vivienda de Svidrigáilov directamente desde el pasillo, sino a través de dos cuartos de la casera, casi vacíos. Desde su dormitorio, y abriendo una puerta cerrada con llave, Svidrigáilov le enseñó a Dúnechka esos cuartos vacíos que estaban disponibles. Dúnechka se quedó en el umbral, sin comprender por qué la animaba a fijarse en eso, pero Svidrigáilov se apresuró a explicárselo:

—Mire ahí, la segunda habitación, la más grande. Fíjese en la puerta, está cerrada con llave. Al lado de la puerta hay una silla, es la única silla que hay en las dos piezas. La he llevado yo desde mi cuarto, para poder escuchar más cómodamente. Al otro lado de la puerta se encuentra la mesa de Sofia Semiónovna; a esa mesa estuvo ella sentada, hablando con Rodión Románych. Y yo estuve escuchando desde aquí, sentado en esa silla, dos tardes seguidas, un par de horas cada vez… Y, claro, alguna cosa pude averiguar, ¿no le parece?

—¿Espiaba usted?

—Sí, espiaba; vamos a mis aposentos, aquí no hay dónde sentarse.

Llevó a Avdotia Románovna de vuelta a su primera habitación, que hacía las veces de sala, y le ofreció una silla. Él se sentó en el otro extremo de la mesa, como mínimo a un *sazhén*[184] de ella, pero seguramente en sus ojos aún brillaba esa llama que tanto la había atemorizado en otros tiempos. La joven se estremeció y volvió a mirar recelosa a todas partes. Fue el suyo un gesto involuntario; evidentemente, no quería mostrarse desconfiada. Pero el aislamiento

en que se hallaban las habitaciones que ocupaba Svidrigáilov acabó sobrecogiéndola. Habría querido preguntar si por lo menos estaba en casa la patrona, pero no lo preguntó… por orgullo. Además, había otra angustia en su corazón, incomparablemente más profunda que el miedo que pudiera llegar a sentir. Sufría de un modo insoportable.

—Aquí está su carta —empezó, dejándola en la mesa—. Escribe unas cosas inconcebibles. Alude a un crimen que supuestamente habría cometido mi hermano. Son tan claras sus insinuaciones que no se atreverá ahora a negarlo. Sepa que yo ya había oído antes este cuento sin pies ni cabeza, y que no me creo una sola palabra de él. Es una sospecha tan repugnante como ridícula. Conozco esa historia y sé de dónde y de qué manera ha salido. Es imposible que tenga usted pruebas. Me ha prometido enseñármelas: ¡hable de una vez! Pero sepa de antemano que no le creo. ¡No le creo!

Dúnechka hablaba muy deprisa, atropellándose, y enseguida se le subieron los colores.

—Si no me creyera, no se habría arriesgado a venir sola a mi casa. ¿Por qué ha venido entonces? ¿Por mera curiosidad?

—¡No me atormente y hable de una vez!

—No se puede negar que es usted una muchacha valiente. Le doy mi palabra de que pensaba que le habría pedido al señor Razumijin que la acompañase hasta aquí. Pero ya me he fijado en que no estaba con usted ni tampoco por ahí cerca: ha mostrado usted mucho coraje, se ve que quería ahorrarle un disgusto a Rodión Románych. La verdad sea dicha, todo en usted es divino… Por lo que respecta a su hermano, ¿qué quiere que le diga? Ya lo ha visto hace un momento. ¿Qué le ha parecido?

—¿No se basará solo en eso?

—No, no me baso en eso, sino en sus propias palabras. Dos noches seguidas vino a visitar a Sofia Semiónovna. Ya le he dicho dónde se sentaban. Le hizo una confesión completa. Es un asesino. Mató a la vieja usurera, a quien él mismo había empeñado algunos objetos; también mató a la hermana, la vendedora, de nombre Lizaveta, que apareció por sorpresa en el momento del asesinato de

su hermana. Las mató a las dos con un hacha que llevaba encima. Mató para robar, y robó; cogió el dinero y algunas joyas… Eso fue lo que le contó, punto por punto, a Sofia Semiónovna, que es la única que conoce el secreto, pero que no tuvo ninguna participación, ni de palabra ni de obra, en el asesinato; al contrario, se horrorizó al saberlo, igual que usted ahora. Puede estar tranquila, no va a delatar a su hermano.

—¡No puede ser! —balbuceó Dúnechka, con los labios pálidos y yertos; no podía respirar—. No puede ser, no tenía el más mínimo motivo, ninguna razón para hacer eso… ¡Es mentira! ¡Mentira!

—Robar, ese fue su único motivo. Cogió el dinero y las joyas. Es verdad que, según confesó, no ha hecho uso ni del dinero ni de las joyas, sino que lo escondió todo debajo de una piedra, no sé dónde, y ahí sigue todavía. Pero eso ha sido porque no ha sabido sacarles partido.

—Pero ¿quién puede creerse que haya robado, que haya saqueado? ¿Que se le haya pasado siquiera por la cabeza? —exclamó Dunia, y se levantó de un salto de la silla—. Usted lo conoce, lo ha visto. ¿Cómo va a ser un ladrón?

Era como si le estuviera implorando; se había olvidado de todos sus temores.

—Aquí, Avdotia Románovna, caben miles y millones de combinaciones y de posibilidades. Un ladrón roba, y sabe que es un granuja; pero también he oído hablar de un noble que desvalijó el correo; quién sabe, ¡a lo mejor pensaba que estaba haciendo algo decente! Naturalmente, yo tampoco me lo habría creído si me lo hubieran contado como se lo estoy contando a usted, desde fuera. Pero me fío de mis oídos. Su hermano le expuso sus razones a Sofia Semiónovna; al principio ella no podía creerse lo que estaba oyendo, pero al final tuvo que rendirse a la evidencia. Se lo había contado el autor en persona.

—¿Cuáles fueron esas… razones?

—Es una larga historia, Avdotia Románovna. Aquí, a ver cómo se lo explico, hay una especie de teoría, la misma clase de teoría que

me permite considerar, por ejemplo, que un determinado crimen es aceptable si el objetivo central es justo. ¡Un solo mal y cien buenas acciones! Por otra parte, a un joven con talento y con un desmesurado amor propio se le hace muy cuesta arriba saber que, si tuviera, por ejemplo, tres mil rublos de nada, toda su carrera, todo su futuro, tendría un perfil distinto, pero no cuenta con esos tres mil. Añádale a esto la irritación causada por el hambre, por la estrechez de su habitación, por los harapos, por la viva conciencia de la belleza de su posición social, así como de la posición de su hermana y de su madre. Y, por encima de todo, la vanidad; el orgullo y la vanidad; aunque sabe Dios que también puede tener buenas cualidades… No vaya usted a pensar que le echo yo a su hermano la culpa de nada; además, no es asunto mío. También expuso entonces su propia teoría, una teoría muy particular, según la cual la gente se divide, figúrese, entre el material y las personas especiales, es decir, unas personas para las cuales, en virtud de su superioridad, no han sido escritas las leyes, al contrario, son ellas las que hacen las leyes para los demás, para el material, para los desechos. No está mal como teoría, *une théorie comme une autre*[185]. Estaba fascinado con Napoleón o, más bien, con el hecho de que muchos hombre geniales no reparaban en el crimen aislado, sino que daban el paso sin pensárselo. Al parecer, se imaginó que él también era un hombre genial, quiero decir, que ha estado convencido de serlo durante un tiempo. Y ha sufrido mucho, y aún sigue sufriendo, pensando que ha sido capaz de elaborar una teoría, pero luego no ha podido dar el paso sin pensárselo, y por lo tanto no es un hombre genial. Y eso resulta humillante para un joven orgulloso, sobre todo en estos tiempos…

—¿Y los remordimientos de conciencia? Así pues, ¿niega que exista en él ningún sentimiento moral? ¿Así es como lo ve?

—Ay, Avdotia Románovna, ahora es todo muy confuso; quiero decir, tampoco es que haya habido nunca demasiado orden. Los rusos, en general, somos personas expansivas, Avdotia Románovna, expansivas como nuestra tierra, y con una tendencia extraordinaria a

la fantasía y el desorden; pero es una desgracia ser expansivo sin una especial genialidad. Acuérdese de cuántas veces hemos hablado en este tono y hemos tratado este tema, usted y yo, sentados de noche, después de cenar, en la terraza que daba al jardín. Precisamente usted me echaba en cara esta expansividad. Quién sabe, es posible que en aquel tiempo, mientras nosotros hablábamos de esas cosas, él estuviera aquí, echado en su diván, rumiando sus planes. En nuestra sociedad, especialmente entre la gente educada, no hay tradiciones sagradas, Avdotia Románovna: si acaso la que alguien elabora para su propio consumo a partir de los libros… o saca de alguna crónica. Pero eso queda para los sabios, y ya sabe que todos ellos, a su manera, son unos pazguatos, y eso en un hombre de mundo resulta hasta indecente. En cualquier caso, ya conoce usted mi opinión; yo, desde luego, no culpo a nadie. Soy un holgazán, y pienso seguir siéndolo. Pero ya hemos hablado de esto más de una vez. Tuve incluso la satisfacción de despertar su interés con mis opiniones… ¡Está usted muy pálida, Avdotia Románovna!

—Conozco esta teoría de mi hermano. He leído un artículo suyo en una revista sobre las personas a las que todo se les permite… Me lo dio a leer Razumijin…

—¿El señor Razumijin? ¿Un artículo de su hermano? ¿En una revista? No lo conocía. Tiene que ser interesante. Pero ¿adónde va, Avdotia Románovna?

—Me gustaría ir a ver a Sofia Semiónovna —dijo Dúnechka con voz débil—. ¿Cómo se va a su casa? A lo mejor ya ha vuelto; tengo que verla ahora mismo, sin falta. A lo mejor ella…

Avdotia Románovna no pudo acabar la frase; la respiración, literalmente, se le cortó en seco.

—Sofia Semiónovna no vuelve hasta la noche. Supongo que no. Tendría que haber venido enseguida; si no ha venido ya, entonces no vendrá hasta muy tarde.

—¡Ah, entonces estás mintiendo! Ya me doy cuenta… has mentido… no has parado de mentir… ¡No te creo! ¡No te creo! ¡No te

creo! —gritaba Dúnechka, fuera de sí, perdiendo por completo la cabeza.

Medio desmayada, se desplomó en una silla que Svidrigáilov le había acercado deprisa y corriendo.

—¡Avdotia Románovna, qué le pasa, vuelva en sí! Aquí tiene agua. Beba un poco.

La roció con agua. Dúnechka se estremeció y volvió en sí.

—¡Qué efecto le ha hecho! —murmuró Svidrigáilov, con el ceño fruncido, hablando para sí—. ¡Avdotia Románovna, cálmese! Sepa que a su hermano no le faltan amigos. Lo salvaremos, haremos que salga de esta. ¿Quiere que lo mande al extranjero? Dinero no me falta; puedo conseguirle un billete en tres días. Y, en cuanto al crimen cometido, aún puede hacer muchísimas buenas acciones para borrarlo; tranquilícese. Todavía puede ser un gran hombre. Bueno, ¿qué tal? ¿Cómo se encuentra?

—¡Malvado! Todavía se burla. Déjeme…

—¿Adónde va ahora?

—A casa de mi hermano. ¿Dónde está? ¿Lo sabe usted? ¿Por qué está cerrada esta puerta? Antes hemos entrado por aquí, y ahora está cerrada con llave. ¿Cuándo la ha cerrado?

—No iba a dejar que todo el mundo oyera nuestros gritos y se enterara de lo que estábamos hablando aquí. Yo no me burlo de nadie, ni mucho menos; pero ya estoy cansado de hablar así. Pero ¿adónde pretende ir en ese estado? O ¿es que quiere traicionarlo? Lo único que haría sería enfurecerlo, y él mismo se perdería. Sepa que lo tienen vigilado, andan siguiéndole la pista. Lo delataría usted. Espere un poco: lo he visto hace un rato y he estado hablando con él; todavía podemos salvarlo. Espere, siéntese, vamos a analizar juntos la situación. Para eso la he llamado, para discutirlo a solas con usted y pensar tranquilamente en lo que se puede hacer. Pero ¡quiere sentarse!

—¿Cómo podría salvarlo? ¿De verdad es posible salvarlo?

Dunia se sentó. Svidrigáilov se sentó a su lado.

—Todo depende de usted, tan solo de usted —empezó a decir, con los ojos brillantes, prácticamente en un susurro, tan agitado que trabucaba las palabras e incluso no acertaba a pronunciar algunas.

Dunia se apartó de él, asustada. También Svidrigáilov temblaba.

—Usted… Una sola palabra suya, y ¡se salvará! Yo… yo lo salvaré. Tengo dinero y amistades. Lo mandaré fuera rápidamente, le conseguiré un pasaporte, dos pasaportes. Uno para él y otro para mí. Tengo amigos, gente poderosa… ¿Quiere? Puedo conseguirle un pasaporte también a usted… a su madre… ¿Qué necesidad tiene de Razumijin? También yo la amo… La amo con locura. Déjeme besar el extremo de su vestido. ¡Déjeme, déjeme! No puedo oírlo susurrar. Dígame: haz esto, y lo haré. Haré cualquier cosa. Haré lo imposible. En lo que usted crea, en eso creeré. ¡Haré lo que sea, lo que sea! ¡No me mire así, no me mire así! Sepa que me está matando…

Empezó incluso a delirar. Algo parecía haberle ocurrido de repente, como si se hubiera dado un golpe en la cabeza. Dunia se levantó de inmediato y se lanzó a la puerta.

—¡Abran! ¡Abran! —gritaba, llamando a quien pudiera oírla y sacudiendo la puerta—. ¡Abran de una vez! ¿Es que no hay nadie?

Svidrigáilov se levantó y volvió en sí. Una sonrisa siniestra y burlona se fue dibujando lentamente en sus labios trémulos.

—No hay nadie en la casa —dijo en voz baja, haciendo pausas—; mi patrona ha salido, pierde usted el tiempo gritando así: lo único que consigue es ponerse nerviosa en vano.

—¿Dónde está la llave? ¡Abre ahora mismo la puerta, ahora mismo, miserable!

—He perdido la llave y no consigo encontrarla.

—¡Ah! ¡Pretende forzarme! —exclamó Dunia, pálida como una muerta, y corrió a un rincón, donde se protegió detrás de una mesita que había ahí. Ya no gritaba; había clavado la mirada en su verdugo y vigilaba atentamente cada uno de sus gestos. Svidrigáilov no se movía, estaba inmóvil enfrente de ella en el otro extremo de la habitación. Incluso era dueño de sí, al menos aparentemente. Pero

tenía el semblante igual de pálido que antes. La sonrisa burlona no se le borraba de la cara.

—Acaba de decir que quiero «forzarla», Avdotia Románovna. Si ese es el caso, verá que he tomado mis medidas. Sofia Semiónovna no está en casa; la vivienda de los Kapernaúmov queda apartada, hay cinco habitaciones de por medio, cerradas a cal y canto. Por último, soy el doble de fuerte que usted, por lo menos, y aparte de eso no tengo nada que temer, porque después no podría denunciarme: ¿no querrá traicionar a su hermano? Y además nadie la creería: ¿qué es eso de que una muchacha vaya sola al piso de un hombre solitario? Así pues, aun sacrificando a su hermano, no conseguiría demostrar nada: es muy difícil demostrar una violación, Avdotia Románovna.

—¡Canalla! —susurró Dunia, asqueada.

—Como quiera, pero advierta que me he limitado a plantearlo como una suposición. Personalmente, estoy convencido de que tiene usted toda la razón: una violación es una bajeza. Se lo decía únicamente para hacerle ver que nada pesaría sobre su conciencia ni siquiera en el caso… ni siquiera en el caso de que decidiese usted salvar voluntariamente a su hermano, tal y como le estoy proponiendo. Usted estaría, sencillamente, plegándose a las circunstancias, a la fuerza, en fin, si no quiere prescindir de esta palabra. Piense en esto: el destino de su hermano y de su madre está en sus manos. Y yo seré su esclavo… toda la vida… Espero aquí su decisión…

Se sentó en el sofá, a unos ocho pasos de Dunia. A ella no le quedaba ya ninguna duda de la resolución inquebrantable de Svidrigáilov. Además, ya lo conocía…

La muchacha, de pronto, se sacó un revólver del bolsillo, lo amartilló y bajó la mano con el arma hasta la mesa. Svidrigáilov se levantó sobresaltado.

—¡Ajá! ¡Conque esas tenemos! —exclamó con asombro, pero sin dejar de sonreír maliciosamente—. ¡Caramba, esto lo cambia todo! ¡Me lo pone muchísimo más fácil, Avdotia Románovna! ¿De dónde ha

sacado ese revólver? ¿No será del señor Razumijin? ¡Vaya! ¡Si es mío! ¡Un viejo amigo! ¡Lo que lo pude buscar yo entonces!… Aquellas lecciones de tiro en la aldea, que tuve el honor de impartirle, no han caído en saco roto.

—¡Este revolver no es tuyo, sino de Marfa Petrovna, a la que tú mataste, sinvergüenza! No había nada tuyo en su casa. Lo cogí en cuanto empecé a sospechar de lo que eres capaz. ¡Atrévete a dar un solo paso y juro que te mato!

Dunia estaba fuera de sí. El revólver estaba listo para disparar.

—Ya, ¿y su hermano? Lo pregunto por curiosidad —dijo Svidrigáilov, sin moverse del sitio.

—¡Denúncialo si quieres! ¡Quieto! ¡No te muevas! ¡Disparo! Sé que envenenaste a tu mujer, ¡también tú eres un asesino!

—¿Cómo puede estar tan segura de que envenené a Marfa Petrovna?

—¡Fuiste tú! Tú mismo me lo diste a entender; me hablaste del veneno… Sé que fuiste a buscarlo… Lo tenías preparado… Tienes que haber sido tú… ¡canalla!

—Aunque fuera verdad, lo habría hecho por ti… Al fin y al cabo, tú habrías sido la causa.

—¡Mientes! Yo siempre te he odiado, siempre…

—¡Caramba, Avdotia Románovna! Por lo que veo, se le ha olvidado cómo, en el calor del proselitismo, se inclinaba hacia mí y se quedaba extasiada… Se lo notaba en los ojos; ¿ya no se acuerda de cómo nos cantaba aquella noche el ruiseñor, a la luz de la luna?

—¡Mientes! —Los ojos de Dunia centelleaban de furia—. ¡Mientes, embustero!

—¿Que miento? Bueno, pongamos que miento. He mentido. No conviene recordarles estas cosillas a las mujeres. —Se sonrió—. Sé que vas a disparar, preciosa fierecilla. ¡Vamos, dispara!

Dunia levantó el revólver. Estaba pálida como la muerte; le temblaba el labio inferior, blanquecino, y sus grandes ojos negros resplandecían como el fuego. No apartaba la vista de él, y esperaba resuelta su primer movimiento para disparar. Él nunca la había visto

tan hermosa. El fuego que despidieron los ojos de Dunia en el instante mismo en que alzó el revólver pareció abrasarlo, y su corazón se contrajo con dolor. Dio un paso adelante, y se oyó un disparo. La bala pasó rozándole el pelo y acabó dando en la pared que tenía a su espalda. Svidrigáilov se quedó quieto y se rió en silencio:

—¡Me ha picado una avispa! Me ha apuntado a la cabeza… ¿Qué es esto? ¡Sangre! —Sacó un pañuelo para limpiarse la sangre: un delgado hilillo le corría por la sien derecha; la bala debía de haberle rozado levemente la piel del cráneo.

Dunia bajó el arma y miró a Svidrigáilov, si no con terror, sí con una especie de feroz confusión. Parecía incapaz de comprender tanto lo que acababa de hacer como lo que estaba ocurriendo.

—Pues nada, ¡ha fallado! Dispare otra vez, estoy esperando —dijo Svidrigáilov suavemente, sin dejar de sonreír, pero ahora con un aire siniestro—. Por lo que veo, me va a dar tiempo a detenerla antes de que amartille el arma.

Dúnechka se estremeció, rápidamente amartilló el revólver y volvió a levantarlo.

—¡Déjeme! —gritó desesperada—. Le juro que voy a volver a disparar… Le… le mataré…

—Desde luego… a tres pasos es imposible que no me mate. Pero, si no me mata usted, entonces… —Sus ojos centellearon, y dio dos pasos más.

Dúnechka apretó el gatillo, pero el disparo no salió.

—No está bien cargada. ¡No pasa nada! Ahí tiene otro pistón. Arréglelo, yo espero.

Svidrigáilov esperaba a dos pasos de ella, mirándola con ojos febriles y apasionados que reflejaban una determinación feroz. Dunia comprendió que estaba decidido a morir antes que dejarla marchar. Y ahora, sin duda, iba a matarlo: ¡estaba a solo dos pasos!

De repente soltó el revólver.

—¡Lo ha soltado! —dijo Svidrigáilov, asombrado, y respiró hondo. Acababa de quitarse un gran peso del corazón, y posiblemente no se

trataba tan solo de temor a la muerte; de hecho, en ese instante apenas había sentido tal temor. Se había librado de otro sentimiento más amargo y más sombrío, que no habría sido capaz de definir.

Se acercó a Dunia y la cogió suavemente de la cintura. Ella no opuso resistencia, aunque temblaba como una hoja y lo miraba con ojos implorantes. Svidrigáilov quiso decir algo, pero sus labios se retorcieron, incapaces de pronunciar una palabra.

—¡Suéltame! —imploró Dunia. Svidrigáilov se estremeció: el tuteo de la joven no había sonado como el de antes.

—Entonces ¿no me quieres? —preguntó él con suavidad.

Dunia negó con la cabeza.

—Y… ¿no vas a poder?… ¿Nunca? —susurró Svidrigáilov con desesperación.

—¡Nunca! —susurró Dunia.

Hubo un instante de lucha atroz y muda en el alma de Svidrigáilov. Miró a Dunia con una expresión indescriptible en los ojos. De pronto retiró el brazo, se dio la vuelta, se retiró rápidamente hacia la ventana y se quedó mirando por ella.

Pasó otro momento.

—¡Aquí está la llave! —La sacó del bolsillo izquierdo de su abrigo y la depositó en la mesa que tenía a su espalda, sin darse la vuelta, para no tener que mirar a Dunia—. ¡Cójala, márchese cuanto antes!

Seguía mirando obstinadamente por la ventana.

Dunia se acercó a la mesa y cogió la llave.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —repitió Svidrigáilov, sin moverse y sin darse la vuelta. Pero en aquel «deprisa» había resonado una nota terrible.

Dunia captó esa nota, cogió la llave, corrió a la puerta, la abrió rápidamente y salió a toda prisa de la habitación. Al cabo de un minuto, como loca, sin saber lo que hacía, llegó corriendo al canal y se dirigió hacia el puente…

Svidrigáilov estuvo otros tres minutos sin apartarse de la ventana; por fin se dio la vuelta lentamente, miró a derecha e izquierda y se pasó la mano por la frente. Una extraña sonrisa le deformaba el

rostro; era una sonrisa triste, lamentable, débil: una sonrisa de desesperación. La mano se le manchó de sangre, ya casi seca; miró la sangre con rabia. A continuación mojó una toalla y se limpió la sien. El revólver que había soltado Dunia había ido a parar al pie de la puerta; en ese momento Svidrigáilov reparó en él. Lo recogió y lo examinó. Era un pequeño revólver de bolsillo de tres tiros, ya anticuado; aún quedaban en él dos cargas y un pistón. Se podía disparar otra vez. Después de pensárselo, se guardó el revólver en el bolsillo, cogió el sombrero y salió.

VI

Aquella noche estuvo hasta las diez recorriendo toda clase de tabernas y cloacas. Encontró por ahí a Katia, que estaba interpretando una de sus canciones lacayunas, acerca de uno que era «un canalla y un tirano»:

Empezó a besar a Katia…

Svidrigáilov invitó a beber a Katia, al organillero, a unos cantantes, a los mozos y a dos escribientes. En realidad, se había interesado por estos porque los dos tenían la nariz torcida: uno hacia la derecha y el otro hacia la izquierda. Le había llamado la atención. Al final, lo llevaron a una especie de jardín de recreo, donde les pagó la entrada. Había en el jardín un abeto escuálido, de tres años, y tres arbustos. Además, habían construido un pabellón, que no era en realidad más que una taberna, donde uno podía tomarse un té, con unas cuantas mesitas verdes y unas sillas. Un coro de cantantes infames y una especie de payaso de nariz roja, un alemán de Múnich, borracho pero extraordinariamente deprimente, entretenían al público. Los escribientes se enzarzaron en una discusión con otros escribientes y por poco no llegan a las manos. Eligieron a Svidrigáilov para que mediara en la disputa. Estuvo cerca de un cuarto de hora intentando dirimir el pleito, pero gritaban tanto que no fue capaz de entender nada. Al parecer, uno de ellos había robado algo y hasta le había dado tiempo de vendérselo a un judío que andaba casualmente por allí; pero, después de vendérselo, no quería compartir las ganancias con sus compañeros. Al final resultó que el objeto vendido era una cucharilla de té, propiedad del establecimiento. Aquí la echaron de menos, y el asunto empezó a adquirir unas dimensiones inquietantes. Svidrigáilov pagó la cucharilla, se levantó y se marchó del jardín. Eran alrededor de la diez. En todo ese tiempo no había

bebido ni una gota de vino; únicamente se había pedido un té en el pabellón, más que nada por no llamar la atención. A todo esto, la noche era sofocante y oscura. A eso de las diez, unos inquietantes nubarrones cubrieron completamente el cielo; tronó y empezó a llover a cántaros. No caían gotas, sino verdaderos ríos de lluvia que azotaban la tierra. Cada dos por tres estallaba un relámpago, y mientras duraba el resplandor daba tiempo a contar hasta cinco. Svidrigáilov, calado hasta los huesos, se fue para casa, cerró con llave, abrió el escritorio, sacó todo su dinero y rompió dos o tres papeles. A continuación se guardó el dinero en el bolsillo; habría querido cambiarse de ropa, pero, después de mirar por la ventana y de oír los truenos y la lluvia, sacudió la mano con desdén, cogió el sombrero y salió sin echar la llave. Fue derecho a ver a Sonia. La encontró en casa.

No estaba sola: la acompañaban los cuatro hijos pequeños de los Kapernaúmov. Sofia Semiónovna les había puesto un té. Recibió a Svidrigáilov con un silencio respetuoso; miró con asombro su ropa empapada, pero no dijo una palabra. Los niños salieron corriendo, presa de un terror indescriptible.

Svidrigáilov se sentó junto a la mesa, y le pidió a Sonia que se sentara a su lado. La joven, cohibida, se dispuso a escucharle.

—Es posible, Sofia Semiónovna, que me vaya a América —dijo Svidrigáilov—; y, como probablemente no nos volvamos a ver, he venido a arreglar ciertos asuntos. Muy bien, ¿ha visto hoy a esa señora? Ya sé lo que le ha dicho, no hace falta que me lo cuente. —Sonia hizo un gesto y se ruborizó—. Esa gente hace las cosas a su manera. Por lo que respecta a su hermanito y a sus hermanitas, tienen el porvenir asegurado, y el dinero que tienen asignado lo he depositado con toda clase de garantías, y está en buenas manos. De todos modos, le hago entrega de los recibos, por lo que pudiera ocurrir. ¡Aquí los tiene! Bueno, eso ya está. Aquí tiene, por otra parte, tres títulos al cinco por ciento, en total son tres mil rublos. Esto es para usted, solo para usted, y que esto quede entre nosotros; que nadie sepa nada de esto, da igual lo que pueda oír. Le

vendrá muy bien este dinero, Sofia Semiónovna, porque no puede seguir con su vida de antes, y ahora ya no tiene ninguna necesidad.

—Estoy en deuda con usted, igual que esos huérfanos, y que la difunta —dijo atropelladamente Sonia—; si hasta ahora apenas se lo he agradecido, no vaya a pensar…

—Bah, déjelo, déjelo.

—Y ese dinero, Arkadi Ivánovich, se lo agradezco de todo corazón, pero ahora no lo necesito. Puedo ganarme la vida. No vaya a pensar que es ingratitud: si es usted tan generoso, con ese dinero…

—Es para usted, para usted, Sofia Semiónovna, y no se hable más del asunto, porque tampoco tengo tiempo. Y a usted le va a hacer falta. Rodión Románych no tiene más que dos opciones: o una bala en la sien, o la Vladímirka[186]. —Sonia lo miró con espanto y se estremeció—. No se inquiete, lo sé todo, él mismo me lo ha dicho, y yo no soy ningún charlatán: no se lo voy a contar a nadie. Aquella vez le dio usted un buen consejo: le dijo que se entregara y confesara. Eso es sin duda lo mejor para él. Muy bien, pues, cuando le llegue la hora de marchar por la Vladímirka, usted lo seguirá, ¿no es así? En ese caso, este dinero les vendrá muy bien. Para él, ¿me comprende? Dándoselo a usted es como si se lo diera a él. Aparte de eso, usted le había prometido a Amalia Ivánovna pagarle lo que le debían; oí cómo se lo decía. ¿Cómo se le ocurre, Sofia Semiónovna, cargar tan a la ligera con tantos compromisos y obligaciones? Porque era Katerina Ivánovna la que le debía dinero a esa alemana, no usted; a usted tendría que traerle al fresco esa alemana. Así no se puede vivir. En fin, si a alguien le da por preguntar, no sé, mañana o pasado mañana, por mí o por algo relacionado conmigo, y no dude de que le preguntarán, no cuente que he venido a verla, no diga nada del dinero ni vaya a enseñárselo a nadie. Bueno, adiós. —Se levantó de la silla—. Salude de mi parte a Rodión Románych. Ah, sí: por un tiempo, pídale al señor Razumijin que le guarde el dinero. ¿Conoce usted al señor Razumijin? Sí, claro que sí. Es un buen tipo. Vaya

mañana mismo a verlo o… cuando llegue la ocasión. Hasta entonces escóndalo bien.

Sonia también se levantó de su asiento y miró asustada a Svidrigáilov. Tenía muchas ganas de decir algo, de preguntar alguna cosa, pero en los primeros momentos no se atrevió, y ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Pero ¿cómo puede… cómo puede marcharse ahora mismo con esta lluvia?

—Caramba, si uno quiere marcharse a América no lo va a frenar la lluvia, ¡je, je! ¡Adiós, Sofia Semiónovna, querida mía! Viva y viva mucho, será usted muy útil a los demás. Por cierto… dígale al señor Razumijin que le mando mis respetos. Dígaselo así: dice Arkadi Ivánovich Svidrigáilov que le manda sus respetos. No se olvide.

Salió, dejando a Sonia perpleja, asustada y presa de confusos y angustiosos recelos.

Más tarde se sabría que aquella misma noche, pasadas las once, hizo otra visita enormemente excéntrica e inesperada. No paraba de llover. A eso de las once y veinte se presentó empapado en la modesta vivienda de los padres de su prometida, en la isla Vasílievski, en la Tercera Línea, en la esquina con la avenida Maly. Tuvo que llamar insistentemente hasta que le abrieron, y su visita, al principio, causó una gran perturbación; pero Arkadi Ivánovich, cuando quería, era un hombre muy seductor, de manera que el recelo inicial, bastante razonable por lo demás, de los padres de su novia, que se habían imaginado que Arkadi Ivánovich estaría tan borracho que no se daba cuenta de lo que hacía, rápidamente se desvaneció. La madre de la novia, compasiva y sensata, colocó al lado de Arkadi Ivánovich al débil padre, instalado en su sillón, y ella misma, como de costumbre, rompió el hielo hablando de cosas que no venían al caso. En general, esta mujer jamás iba al grano, sino que primero sonreía y se frotaba las manos, y solo entonces, si no tenía más remedio que averiguar algo —por ejemplo, si quería saber cuándo tenía pensado Arkadi Ivánovich fijar la fecha de la boda—, empezaba a interesarse vivamente por París y por la vida de la corte francesa,

para a continuación, y muy poco a poco, irse acercando a la Tercera Línea de la isla Vasílievski. En otra ocasión, desde luego, todo esto habría sido muy respetable, pero esta vez Arkadi Ivánovich estaba demasiado impaciente y manifestó, sin más preámbulos, que quería ver a su prometida, a pesar de que le habían dicho, nada más llegar, que ya se había acostado. No hace falta decir que la muchacha no tardó en salir. Arkadi Ivánovich la informó inmediatamente de que se veía obligado, por un asunto de gran importancia, a ausentarse por una temporada de San Petersburgo, y por ese motivo le hacía entrega de quince mil rublos, en billetes variados, pidiéndole que se los aceptara como un regalo, ya que él, de todos modos, tenía pensado desde hacía tiempo hacerle ese modesto presente antes de la boda. No quedó muy clara la relación que pudiera haber entre el regalo, su inminente partida y la necesidad de presentarse a medianoche, en plena lluvia, pero, con todo, sus explicaciones fueron muy bien acogidas. Hasta los inevitables suspiros y lamentos, las insistentes preguntas y las muestras de asombro resultaron sorprendentemente comedidas y limitadas; no obstante, las expresiones de agradecimiento fueron especialmente cálidas, y se vieron reforzadas por las lágrimas de aquella madre tan sensata. Arkadi Ivánovich se levantó, se echó a reír, besó a la novia, le dio una palmadita en la mejilla, aseguró que volvería muy pronto y, advirtiendo en los ojos de ella, además de curiosidad infantil, una incertidumbre muda y seria, reflexionó, volvió a besarla y acto seguido se sintió sinceramente contrariado, pensando que el regalo sería inmediatamente encerrado bajo llave por aquella madre tan sensata. Se marchó, dejando a toda la familia en un estado de excitación insólita. Pero la madre, siempre compasiva, hablando muy deprisa y en un susurro, resolvió enseguida alguna de la dudas fundamentales: decidió, en concreto, que Arkadi Ivánovich era un gran hombre, un hombre de negocios con buenos contactos, además de ser un hombre rico. Solo Dios sabía lo que se le pasaba por la cabeza: que se le ocurría hacer un viaje, lo hacía; que le apetecía dar un dinero, lo daba, y no había más que hablar. Sin duda, era raro

verlo aparecer todo empapado, pero los ingleses, por ejemplo, son todavía más excéntricos, y, sin embargo, a todas esas personas de la alta sociedad les trae sin cuidado lo que digan de ellas, y no se andan con cumplidos. A lo mejor se había presentado en ese estado, precisamente, para demostrar que no le tenía miedo a nadie. Pero lo más importante era no decir una palabra de aquello, pues solo Dios sabía cómo podía acabar, y guardar bajo llave el dinero cuanto antes; desde luego, era una suerte que Fedosia no se hubiera movido de la cocina, pero sobre todo no había que decirle ni una palabra, ni una sola palabra de todo lo ocurrido a la muy trapacera de la señora Resslich, y etcétera, etcétera. Estuvieron haciendo comentarios en voz baja hasta las dos. Eso sí, la novia se fue a dormir bastante antes, sorprendida y algo triste.

Pero entretanto Svidrigáilov había cruzado a medianoche el puente… en dirección a Peterbúrgskaia Storoná. Había parado de llover, pero soplaba el viento. Se puso a temblar y durante unos instantes estuvo mirando con curiosidad y un tanto intrigado las negras aguas del Málaia Nevá. Pero enseguida se quedó helado; dio media vuelta y echó a andar por la avenida…; estuvo mucho rato, cerca de media hora, caminando por la interminable avenida…, a oscuras, tropezando más de una vez en el pavimento de madera, pero sin dejar, un tanto intrigado, de buscar algo en la acera de la derecha. Recientemente, pasando por allí, se había fijado en que hacia el final de la avenida había un hotel de madera, aunque bastante grande, que se llamaba, si mal no recordaba, algo así como Adrianópol. No se equivocaba: ese hotel, en aquel paraje tan apartado, no podía pasar desapercibido, así que era imposible no dar con él, incluso en medio de las tinieblas. Se trataba de un edificio alargado de madera ennegrecida, en el que, a pesar de lo avanzado de la hora, aún había lámparas encendidas y se apreciaba cierto movimiento. Entró y le pidió una habitación a un criado andrajoso que salió a recibirlo en el pasillo. Aquel tipo, tras examinarlo con la mirada, se despabiló y lo acompañó de inmediato a una habitación apartada, estrecha y agobiante, situada al final del pasillo, en un

rincón al pie de la escalera. No había otra, todas estaban ocupadas. El criado andrajoso le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Tienen té? —preguntó Svidrigáilov.

—Podría ser.

—¿Qué más hay?

—Ternera, vodka, aperitivos.

—Tráeme ternera y té.

—¿No necesita nada más? —preguntó con cierta perplejidad el andrajoso.

—¡Nada, nada!

El criado andrajoso se alejó, profundamente decepcionado.

«Menudo sitio debe de ser este —pensó Svidrigáilov—. ¿Cómo es que no lo conocía? Seguramente tengo pinta de venir de un café *chantant*, y de haber tenido una aventura por el camino. Me gustaría saber qué clase de gente se detiene aquí a pasar la noche».

Encendió una vela y examinó detenidamente la habitación. Era una especie de jaula, tan diminuta que alguien de la talla de Svidrigáilov apenas cabía de pie. Solo tenía una ventana; una cama muy sucia, una tosca mesa pintada y una silla ocupaban casi todo el espacio. Las paredes parecían hechas de simples tablas, cubiertas por un papel pintado destrozado, tan polvoriento y desgarrado que apenas se distinguía el amarillo originario y el dibujo ya no se reconocía en absoluto. Parte de una pared y del techo estaba cortada oblicuamente por unas escaleras, lo que le daba a la habitación un aire abuhardillado. Svidrigáilov dejó la lámpara, se sentó en la cama y se sumió en sus pensamientos. Pero un murmullo incesante y extraño en la jaula vecina, que en ocasiones crecía hasta convertirse casi en un grito, acabó por atraer su atención. El murmullo no había parado desde el momento en que había entrado. Escuchó atentamente: alguien se estaba metiendo con otra persona, reprochándole algo, casi con lágrimas, pero solo se oía una voz. Svidrigáilov se levantó, cubrió con la mano la vela, y enseguida vio que la luz se filtraba por una rendija en la pared; se acercó y se puso a mirar. En la habitación vecina, algo más grande que la suya, había

dos ocupantes. Uno de ellos, sin levita, con el pelo extraordinariamente rizado y la cara de un rojo subido, tenía un gesto de orador, con las piernas separadas para guardar el equilibrio, y se daba golpes de pecho patéticamente, mientras le echaba en cara al otro que era un pobretón, que no tenía dónde caerse muerto, y le recordaba que lo había sacado del fango, que podía echarlo de su lado cuando le viniera en gana, y que solo el dedo del Altísimo veía lo que ocurría. El que era objeto de estos reproches se sentó de pronto en una silla: tenía el aspecto de alguien que se muere de ganas de estornudar pero no puede. De vez en cuando miraba al orador con ojos turbios de cordero, pero era evidente que no entendía nada de lo que le decía, y apenas si escuchaba. En la mesa había una vela a punto de consumirse, una jarra de vodka casi terminada, unas copitas, un pan, unos vasos, pepinos y unas tazas de té vacías hacía rato. Tras examinar atentamente el cuadro, Svidrigáilov se retiró con indiferencia de la rendija en la pared y se sentó de nuevo en la cama.

Al volver con el té y la carne, el criado andrajoso no fue capaz de reprimirse y le preguntó una vez más si no se le ofrecía nada más. Al oír nuevamente una respuesta negativa, se retiró definitivamente. Svidrigáilov se abalanzó sobre el té, para entrar en calor, y se bebió un vaso, pero no le entró ni un bocado de carne, pues había perdido por completo el apetito. Sin duda empezaba a tener fiebre. Se quitó el abrigo y la chaqueta, se arropó con una manta y se echó en la cama. Estaba disgustado. «Sería preferible encontrarse bien en esta ocasión», se dijo con una sonrisa. El ambiente era sofocante, la vela ardía débilmente, el viento soplaba en la calle, se oía roer en un rincón, y en todo el cuarto olía a cuero y a ratón. Svidrigáilov yacía en una especie de sueño: las ideas se sucedían caóticamente, y habría preferido pensar detenidamente en algo. «Debe de haber un jardín al pie de esta ventana —pensó—, porque los árboles resuenan; no me gusta nada el murmullo de los árboles en una noche de tormenta, en plena oscuridad; ¡es una sensación espantosa!». Y recordó cómo, un rato antes, pasando por el parque Petrovski, había tenido la misma impresión desagradable. Eso le hizo pensar en el

puente… y en el Málaia Nevá, y volvió a sentir frío, igual que antes, cuando se había quedado parado al borde del agua. «Nunca en la vida me ha gustado el agua, ni siquiera en los paisajes —pensó, y de pronto volvió a sonreír, al reparar en una extraña idea—. El caso es que en estos momentos todo eso de la estética y del bienestar debería traerme sin cuidado, pero justamente ahora me he vuelto más escrupuloso, como esos animales que necesitan escoger un sitio apropiado… para estas situaciones. ¡Tendría que haberme metido hace un rato en el parque Petrovski! ¡Seguro que me ha parecido oscuro y frío, je, je! ¡Como si estuviera buscando sensaciones placenteras!… ¿Por qué no apago la vela, por cierto? —La apagó—. Los vecinos se han acostado —pensó al no ver luz en la rendija—. Podría aparecerse usted ahora, Marfa Petrovna: está oscuro, el lugar es idóneo y el momento no puede ser más original. Y justo ahora no se me aparece…».

De repente se acordó de cómo, una hora antes de intentar llevar a cabo sus planes con Dúnechka, le había recomendado a Raskólnikov que le confiara su protección a Razumijin. «A lo mejor es verdad que se lo he dicho, sobre todo, para retarme a mí mismo, como ha supuesto Raskólnikov. ¡Qué granuja es este Raskólnikov! Ha pasado por tantas cosas. Con el tiempo puede llegar a ser un granuja de primera, cuando se libre de todos esos disparates, porque ahora tiene demasiadas ganas de vivir. En relación con ese punto, todos estos jóvenes son unos canallas. Bueno, al diablo con él, que haga lo que quiera, a mí ni me va ni me viene».

No podía conciliar el sueño. Poco a poco la imagen reciente de Dúnechka empezó a abrirse paso en su cabeza, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. «No, ahora hay que olvidarse de esto —se dijo, volviendo en sí—, hay que pensar en otra cosa. Es tan extraño como grotesco que yo nunca haya sentido un especial odio por nadie y que ni siquiera haya querido vengarme; ¡eso es mala señal, muy mala señal! Tampoco me ha gustado discutir ni enfadarme, ¡eso también es mala señal! Y ¡todas las promesas que he hecho! ¡Uf, qué demonios! Esa mujer podía haberme manejado a su antojo…».

Volvió a callarse y le rechinaron los dientes: otra vez la imagen de Dúnechka surgió ante él, tal como era cuando, tras efectuar el primer disparo, se asustó terriblemente, dejó caer el revólver, y se quedó mirándolo paralizada, de manera que él había tenido dos ocasiones para arrebatárselo, y ella no habría levantado la mano para defenderse si él mismo no la hubiera avisado. También se acordó de que en ese instante ella le había dado pena, y de que había sentido una presión en el corazón… «¡Eh! ¡Demonios! Otra vez estas ideas, ¡hay que olvidarse de todo esto!».

Empezó a entrarle sueño; se le iban pasando los temblores febriles. De repente, le pareció que algo le corría por el brazo y la pierna, por debajo de la ropa de cama. Se estremeció: «¡Uf, demonios, no será un ratón! —pensó—. Como he dejado la carne en la mesa…». No le apetecía nada destaparse y levantarse de la cama: se iba a quedar helado; pero, de pronto, volvió a notar algo desagradable por la pierna; se quitó la manta de encima y encendió la vela. Temblando por los escalofríos, se inclinó sobre el lecho y empezó a examinarlo: no vio nada; sacudió la manta y de pronto un ratón dio un salto entre las sábanas. Intentó atraparlo, pero el ratón, en lugar de escapar del lecho, se puso a correr en zigzag por todas partes; se le escurrió entre los dedos y le corrió por la mano, antes de colarse debajo de la almohada. Svidrigáilov tiró la almohada al suelo, pero sintió, en ese mismo instante, cómo se le metía algo por dentro de la ropa y se le paseaba por todo el cuerpo; ya lo tenía en la espalda, por dentro de la camisa. Se estremeció nerviosamente y se despertó. La habitación estaba a oscuras; estaba tumbado en la cama, arropado con la manta, igual que antes; detrás de la ventana el viento aullaba. «¡Esto es insoportable!», pensó con angustia.

Se levantó y se sentó al borde de la cama, dando la espalda a la ventana. «Es mejor no dormir», decidió. De todos modos, entraba frío y humedad por la ventana; sin levantarse, se echó por encima la manta y se envolvió con ella. No encendió la vela. No pensaba en nada, ni quería pensar; pero las imágenes se sucedían en su cabeza, desfilaban retazos de ideas, sin principio ni fin, inconexas. Cayó en

una especie de somnolencia. Ya fuera por el frío, por las tinieblas, por la humedad o por el viento que aullaba en la calle y zarandeaba los árboles, lo cierto es que surgió en él un anhelo obstinado de imágenes fantásticas: no dejaba de pensar en flores. Se imaginó un paisaje precioso; era un brillante día de fiesta, casi caluroso: el día de la Trinidad[187]. Una rica y lujosa casa de campo, al estilo inglés, rodeada de aromáticos macizos de flores, plantadas en bancales; el porche, envuelto en plantas trepadoras y lleno de rosales; la escalera, fresca y luminosa, cubierta por una magnífica alfombra, adornada con jarrones chinos llenos de plantas exóticas. Le llamaron la atención, especialmente, los ramos de blancos y delicados narcisos que había en las ventanas, en macetas con abundante agua; se inclinaban en sus tallos largos y gruesos, de un verde intenso, y despedían un aroma embriagador. No le apetecía alejarse de allí, pero subió las escaleras y entró en una amplia sala, de techos altos, donde también había flores por todas partes: en las ventanas, cerca de las puertas abiertas que daban a la terraza, en la propia terraza… Los suelos estaban cubiertos de hierba fragante, recién cortada; por las ventanas abiertas entraba en la sala una brisa fresca y ligera, de un vivificante frescor; los pajarillos trinaban bajo las ventanas y, en medio de la sala, en una mesa tapada con unas cortinas de blanco satén, había un féretro. Estaba forrado de tafetán blanco, con encajes de tul. Guirnaldas de flores envolvían por completo el ataúd. Yacía entre las flores una niña, con un vestido blanco de tul, con las manos, que parecían talladas en mármol, cruzadas sobre el pecho. Pero el pelo, suelto y de un rubio luminoso, lo tenía empapado; una corona de rosas le ceñía la frente. El perfil de su rostro, severo y rígido ya, también parecía esculpido en mármol, si bien la sonrisa de sus pálidos labios estaba llena de una amargura sin límites, de una profunda tristeza, que no tenía nada de infantil. Svidrigáilov conocía a la chiquilla; no había al lado de su ataúd ni imágenes ni velas encendidas, ni se oían rezos a su alrededor. La niña era una suicida: se había ahogado en el río. Apenas había cumplido catorce años, pero tenía ya el corazón

destrozado, y había puesto fin a su vida humillada por el ultraje que había llenado de terror y de asombro su conciencia infantil, abrumando con una vergüenza inmerecida su pura alma angelical y arrancándole un último grito de desesperación, que nadie había atendido, que había sido brutalmente profanado en la oscuridad de la noche, entre las tinieblas, el frío, la humedad del deshielo, mientras el viento aullaba…

Svidrigáilov se despertó, se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Buscó a tientas la falleba y abrió la ventana. El viento entró con furia en el cuartucho y Svidrigáilov sintió como si le envolviera la cara y el pecho, cubierto únicamente con la camisa, en una especie de escarcha heladora. Sin duda, al pie de la ventana tenía que haber alguna clase de jardín; posiblemente un jardín de recreo. Seguramente por el día allí cantaban canciones y servían té en unas mesitas. Pero, en esos momentos, llegaban gotas hasta la ventana de los árboles y los matorrales, y estaba oscuro como una tumba, así que apenas se distinguían algunas manchas imprecisas que indicaban la presencia de un objeto. Svidrigáilov, inclinado, con los codos apoyados en el alféizar de la ventana, llevaba ya cinco minutos sin apartar los ojos de la oscuridad. En medio de las tinieblas de la noche se oyó un disparo, y después otro.

«¡Ah, es la señal! Las aguas están creciendo —pensó—, por la mañana el río se va a desbordar; en los lugares y calles más bajos va a inundar sótanos y bodegas, las ratas de los subterráneos saldrán a flote y, en medio de la lluvia y el frío, la gente, empapada y sin parar de maldecir, empezará a cargar con sus cachivaches y a llevarlos a las plantas superiores… ¿Qué hora será ahora?». Fue preguntárselo y un reloj de pared, que había por allí cerca, dio la tres con todas sus fuerzas, como si tuviera prisa. «¡Ajá, dentro de una hora empezará a clarear! ¿Para qué esperar más? Me marcho ahora mismo y voy directamente a la isla Petrovski: allí escojo un gran arbusto, empapado por la lluvia, de esos que basta rozarlos con un hombro para que te caigan encima millones de gotas…». Se retiró de la ventana, la cerró, encendió la vela, se enfundó el chaleco y el

abrigo, se puso el sombrero y salió con la palmatoria al pasillo, dispuesto a encontrar donde fuera al criado andrajoso, que estaría durmiendo en algún cuartucho entre toda clase de trastos y cabos de vela, pagarle la habitación y marcharse del hotel. «¡Es el mejor momento! ¡No es posible elegir otro mejor!».

Estuvo deambulando un buen rato por el largo y angosto pasillo sin encontrar a nadie, y ya estaba a punto de ponerse a dar voces, cuando de pronto, en un rincón a oscuras, entre un armario viejo y una puerta, descubrió un bulto extraño, que parecía vivo. Se agachó con la vela y vio a una niña pequeña, como de cinco años a lo sumo, con un vestidito tan empapado que parecía un trapo sin enjuagar, toda temblorosa y llorando. No pareció asustarse de él, sino que lo miró asombrada con sus enormes ojos negros, soltando algún sollozo ocasional, como les pasa a los niños que llevan mucho tiempo llorando, y que parece que ya se van calmando y consolando, pero que de repente vuelven a sollozar. La niña tenía la carita pálida y demacrada; estaba aterida de frío. «¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Seguro que se ha escondido aquí y no ha pegado ojo en toda la noche». Svidrigáilov empezó a hacerle preguntas. La niña se animó de pronto y le dijo algo muy, muy deprisa, en su lenguaje infantil. Algo que había pasado con su «mami», y que su «mami» le podía pegar, y algo de una taza, que «había *doto*». La niña no paraba de hablar; de todas sus historias se deducía que era una niña desatendida, cuya madre, una cocinera que se pasaba la vida borracha, seguramente del mismo hotel, maltrataba a la criatura y la tenía siempre asustada; que la niña le había roto una taza a su madre y se había asustado tanto que se había escapado, ya casi de noche; seguramente había estado un buen rato en el patio, bajo la lluvia, hasta que al final había ido a parar a aquel sitio, se había escondido detrás del armario y allí se había pasado, en un rincón, toda la noche, llorando, tiritando por el frío, la oscuridad y el miedo a que le dieran una buena paliza por todo lo ocurrido. Svidrigáilov la cogió de la mano, se la llevó a su habitación, la sentó en la cama y empezó a desnudarla. Sus zapatitos llenos de agujeros, sobre los pies

desnudos, estaban tan mojados que parecía que los hubiera tenido toda la noche metidos en un charco. Después de quitarle el vestido, la acostó y la arropó con la manta de la cabeza a los pies. Se durmió al instante. Entonces Svidrigáilov volvió a entregarse a sus reflexiones.

«¿A quién se le ocurre meterse en estos líos? —pensó de repente con una sensación de fastidio y de rabia—. ¡Qué disparate!». Disgustado, cogió la palmatoria para ir a buscar como fuera al criado andrajoso y marcharse cuanto antes. «¡Dichosa niña!», pensó con fastidio, abriendo la puerta, pero antes de salir se volvió una vez más para comprobar si la niña dormía y si estaba bien. Levantó la manta con mucho cuidado. La niña dormía a pierna suelta, como una bendita. Había entrado en calor debajo de la manta, y sus pálidas mejillas iban cogiendo color. Pero, extrañamente, ese color parecía más vivo e intenso que el rubor normal de los niños. «Es el rubor de la fiebre», pensó Svidrigáilov. Era idéntico al rubor del vino, cualquiera diría que le habían dado un vaso entero. Los rojos labios también le ardían; pero ¿qué era eso? Le pareció de pronto que las largas pestañas negras se agitaban y temblaban, como si hubiera entreabierto los párpados, y por debajo de ellos asomaba un ojillo pícaro, malicioso, con una mirada nada infantil, como si la niña solo estuviera fingiendo dormir. Sí, en efecto: los labios se contrajeron en una sonrisa; las comisuras de los labios se estremecieron, como si estuviera intentando reprimir un poco más la sonrisa. Pero ya no pudo aguantar más; eso ya era risa, una risa franca; se advertía algo insolente, provocativo, en ese rostro tan poco infantil; era la depravación, era el rostro de una meretriz, el semblante desvergonzado de una de esas meretrices francesas. Sin el menor disimulo ya, se abrieron los dos ojos: lo envolvieron en una mirada ardiente y descarada, lo llamaron, riéndose… Había algo infinitamente monstruoso e insultante en esa risa, en esos ojos, en toda la bajeza de aquel rostro de niña. «¿Cómo puede ser? ¡Con cinco años! —se dijo Svidrigáilov, con verdadero horror—. Pero… pero ¿qué puede ser si no?». En ese momento la chiquilla acabó de

volver hacia él su carita ardiente, le tendió los brazos… «¡Ah, maldita!», gritó con espanto Svidrigáilov, levantándole la mano… Pero en ese momento se despertó.

Seguía en la misma cama de antes, arropado con la misma manta; la vela estaba apagada, y la luz del día entraba por la ventana.

«¡Toda una noche de pesadillas!». Se incorporó indignado y maltrecho; le dolían los huesos. Fuera había una espesa niebla, y no se distinguía nada. Iban a dar las cinco, ¡se había dormido! Se levantó y se puso la chaqueta y el abrigo, todavía húmedos. Palpó el revólver en el bolsillo, lo sacó y arregló el pistón; después se sentó, se sacó una libreta del bolsillo y en la primera página, bien visible, escribió unas líneas con letras grandes. Las leyó y se quedó pensativo, con los codos apoyados en la mesa. Tenía el revólver y la libreta a mano, junto al codo. Unas moscas se habían despertado y se habían posado en la ración intacta de carne de ternera, que estaba ahí al lado, en la mesa. Se pasó un buen rato contemplándolas, hasta que por fin, con la mano derecha, intentó atrapar una mosca. Lo intentó con denuedo, pero fracasó. Finalmente, dándose cuenta de que estaba enfrascado en aquella tarea tan interesante, se espabiló, se estremeció, se levantó y salió decidido del cuarto. Al cabo de un minuto ya estaba en la calle.

Una niebla espesa, de aspecto lechoso, flotaba sobre la ciudad. Svidrigáilov avanzaba por el sucio y resbaladizo pavimento de madera en dirección al Málaia Nevá. No se le iban de la cabeza las aguas del río, muy crecido durante la noche, la isla Petrovski, los senderos empapados, la hierba, los árboles y arbustos mojados, y, en fin, ese arbusto concreto… Molesto, se dedicó a mirar las casas con ánimo de pensar en otra cosa. En toda la avenida no se cruzó con un solo viandante ni vio un solo coche de punto. Las casitas de madera, de un amarillo intenso, con los postigos cerrados, parecían deprimentes y sucias. El frío y la humedad le traspasaban el cuerpo, y empezó a tiritar. De vez en cuando se encontraba con el letrero de una tienda o de una frutería y lo leía atentamente. Por fin se acabó el

pavimento de madera. Estaba a la altura de un gran edificio de piedra. Un chucho sucio y tembloroso, con el rabo entre las piernas, se cruzó en su camino. Había un tipo, borracho como una cuba, cubierto con un capote, tirado de bruces en la acera. Le echó un vistazo y pasó de largo. Divisó a su izquierda una alta torre de vigilancia. «¡Bah! —pensó—. Este no es mal sitio, ¿para qué tengo que ir a la isla Petrovski? Aquí, por lo menos, tendré un testigo oficial…». Estuvo a punto de sonreír ante esta nueva idea y torció por la calle…, donde se alzaba el edificio con la torre. Apoyado en el enorme portón, cerrado a cal y canto, del edificio, había un hombrecillo, envuelto en un abrigo gris de soldado, con un casco de cobre digno de Aquiles. Con ojos soñolientos, miró de reojo y con indiferencia a Svidrigáilov, que avanzaba hacia él. En su semblante se apreciaba esa arisca tristeza secular que tan amargamente está marcada en todos los rostros, sin excepción, de la nación judía. Los dos, Svidrigáilov y Aquiles, estuvieron un tiempo observándose en silencio. Finalmente, a Aquiles debió de parecerle improcedente que un hombre, sin estar borracho, se quedase a solo tres pasos delante de él, mirándolo con insistencia y sin decir nada.

—¿Se puede saber qué se le ofrece? —dijo, sin moverse ni cambiar de postura.

—¡Nada, amigo, buenos días! —respondió Svidrigáilov.

—Aquí no se puede estar.

—Amigo, me marcho a otras tierras.

—¿A otras tierras?

—A América.

—¿A América?

Svidrigáilov sacó el revólver y lo amartilló. Aquiles levantó las cejas.

—Pero ¿qué es esto? Este no es sitio para bromas.

—Y ¿por qué no es sitio?

—Pues porque no es sitio.

—Bueno, hermano, a mí me da igual. El sitio no está mal; cuando te pregunten, tú diles que he dicho que me marchaba a América.

Se apoyó el revólver en la sien derecha.

—¡Que aquí no se puede! ¡Que este no es sitio! —se inquietó Aquiles, con los ojos cada vez más abiertos.

Svidrigáilov apretó el gatillo.

VII

Aquel mismo día, pasadas las seis de la tarde, Raskólnikov se acercó a ver a su madre y a su hermana, en aquella vivienda en la casa de Bakaléiev que les había encontrado Razumijin. Las escaleras de acceso partían directamente de la calle. A medida que se acercaba, Raskólnikov iba disminuyendo el paso y parecía vacilar: no sabía si entrar o no. Pero por nada del mundo se echaría atrás; la decisión ya estaba tomada. «De todos modos, ellas aún no saben nada —pensó—, y están acostumbradas a verme como a un excéntrico…». Tenía un aspecto lamentable; cubierto de barro, después de haberse pasado toda la noche bajo la lluvia, llevaba la ropa hecha jirones. Su rostro estaba desfigurado por el cansancio, las inclemencias del tiempo, el agotamiento físico y la lucha que desde hacía cerca de veinticuatro horas venía librando consigo mismo. Había pasado solo toda lo noche, a saber dónde. Pero al menos había tomado una decisión.

Llamó a la puerta; le abrió su madre. Dúnechka no estaba en casa. A esa hora tampoco estaba la criada. Al principio Puljeria Aleksándrovna enmudeció de alegría y sorpresa; después cogió a su hijo de la mano y lo metió en la habitación.

—¡Mira quién está aquí! —empezó, sin saber qué decir de la emoción—. No te enfades conmigo, Rodia, por recibirte como una tonta, con lágrimas: no son de llanto, sino de risa. ¿Crees que son de llanto? No, estoy muy contenta, y tengo esta costumbre tan idiota: se me saltan las lágrimas. Me pasa desde que murió tu padre, que lloro por todo. Siéntate, querido, tienes que estar agotado, se te nota. Ay, te has puesto perdido.

—Ayer me sorprendió la lluvia, madre… —empezó Raskólnikov.

—¡No, no, déjate! —exclamó Puljeria Aleksándrovna, interrumpiéndole—; seguro que pensabas que iba a empezar a

interrogarte, como siempre han hecho las mujeres; no te preocupes. Yo lo comprendo todo, todo, ya he aprendido las maneras de aquí y, la verdad, me doy cuenta de que son más sensatas. Me he convencido de una vez por todas: ¿cómo voy a comprender tus razonamientos y a pedirte explicaciones? Solo Dios sabe qué clase de preocupaciones y de planes tendrás en la cabeza, o qué reflexiones te tienen ocupado; así que no quiero andar molestándote, preguntándote cada dos por tres qué es lo que piensas. Yo… ¡Ay, Señor! El caso es que me paso el día trajinando, como una posesa… Mira, Rodia, ya es la tercera vez que leo ese artículo tuyo en la revista, me lo trajo Dmitri Prokófich. Menuda sorpresa me llevé al verlo: «Serás boba —me dije—, a esto es a lo que se dedica, ¡seguro que esto lo aclara todo!». A lo mejor, a estas alturas, tiene otras cosas en las que pensar; él está ahí dándole vueltas a todo eso, y yo no hago más que molestarlo e importunarlo. Leo el artículo, querido, y naturalmente hay muchas cosas que no llego a entender; pero supongo que así tiene que ser, ¿cómo iba yo a entenderlo todo?

—Enséñeme el artículo, madre.

Raskólnikov cogió la revista y le echó un vistazo a su artículo. A pesar de lo contradictorio que resultaba, dada su situación y su estado de ánimo, no dejó de sentir ese extraño sentimiento agridulce que experimenta todo autor cuando se ve publicado por primera vez, máxime cuando se tienen veintitrés años. Fue solo un momento. Después de leer algunas líneas, frunció el ceño y una terrible angustia le oprimió el corazón. Recordó de golpe toda su lucha espiritual de los últimos meses. Asqueado y disgustado, arrojó el artículo sobre la mesa.

—Pero eso sí, Rodia, aunque sea una boba, no dejo de comprender que tú serás muy pronto una de las figuras más destacadas, si no la más destacada, de nuestro mundo científico. Y ¡pensar que decían que estabas loco! ¡Ja, ja, ja! Tú no lo sabes, pero ¡lo han llegado a pensar! Ay, miserables gusanos, ¡qué sabrán esos lo que es la inteligencia! Si hasta la propia Dúnechka ha estado

a punto de pensarlo, ¿qué te parece? Mira, dos veces mandó tu difunto padre trabajos suyos a las revistas: la primera vez fueron unos versos (aún conservo su cuaderno, algún día te lo tengo que enseñar); después ya fue toda una novela (yo misma me encargué de copiarla), y lo que pudimos rezar para que se los aceptaran, pero ¡no sirvió de nada! Hace seis o siete días, Rodia, se me partía el corazón viéndote con esa ropa, viendo cómo vives, cómo comes y cómo te va. Pero ahora me doy cuenta de que esa fue otra de mis tonterías, porque, a poco que te lo propongas, conseguirás todo lo que quieras con tu talento y tu inteligencia. Lo que pasa es que por ahora no te preocupan esas cosas y te ocupas de asuntos muchísimo más importantes…

—¿No está Dunia en casa, madre?

—No, Rodia. A menudo me deja sola en casa. Dmitri Prokófich viene a hacerme compañía, y me habla mucho de ti; le estoy muy agradecida. Te quiere y te respeta, hijo mío. No estoy diciendo que tu hermana no me esté tratando como es debido. No tengo ninguna queja de ella. Ella tiene su carácter y yo el mío; parece que ahora tiene sus secretos, y vosotros nunca habéis tenido secretos conmigo. Naturalmente, estoy convencida de que a Dunia le sobra inteligencia y, aparte de eso, nos quiere a ti y a mí… Pero no sé cómo va a acabar todo esto. No sabes lo feliz que me has hecho viniendo a verme, Rodia; pero, ya ves, tu hermana se lo ha perdido; cuando venga le diré: «Tu hermano ha estado aquí en tu ausencia; ¿dónde has pasado todo este tiempo?». No te preocupes demasiado por mí, Rodia: ven cuando puedas; pero, si no puedes, no pasa nada, puedo esperar. Yo ya sé de todos modos que tú me quieres, con eso tengo suficiente. Seguiré leyendo lo que escribas y oiré hablar de ti a todo el mundo, y algunas veces vendrás tú a verme, ¿qué más puedo pedir? Como hoy, que has venido a consolar a tu madre, ya lo veo… —En ese momento, Puljeria Aleksándrovna se echó a llorar—. ¡Otra vez! ¡No me hagas caso, soy una mema! ¡Ay, Señor, qué hago aquí sentada —exclamó, levantándose precipitadamente—, pero si hay

café y ni siquiera te he ofrecido! ¡Qué egoístas nos volvemos los viejos! ¡Ahora mismo te sirvo!

—Madre, déjelo, me voy enseguida. No he venido por eso. Por favor, escúcheme.

Puljeria Aleksándrovna se acercó con timidez.

—Madre, pase lo que pase, oiga lo que oiga de mí, ¿me seguirá queriendo igual que ahora? —le preguntó de pronto con todo su corazón, sin pensar en sus palabras, sin sopesarlas.

—Rodia, Rodia, ¿qué te pasa? ¡Cómo puedes preguntármelo siquiera! Y ¿quién va a decirme nada de ti? Además, daría igual quién viniera, yo no le haría ni caso, echaría de casa a esa persona.

—He venido a decirle que siempre la he querido, y ahora me alegro de que estemos solos, me alegro incluso de que no esté Dúnechka —siguió diciendo, con el mismo impulso—; he venido a decirle abiertamente que, aunque pueda llegar a sentirse desdichada, tiene que saber en cualquier caso que su hijo ahora la quiere más que a sí mismo, y que todo lo que haya podido llegar a pensar de mí, que si he sido cruel y que no la he querido, no es verdad. Jamás dejaré de quererla… Bueno, ya es suficiente; he pensado que tenía que dar este paso y empezar por aquí…

Puljeria Aleksándrovna lo abrazó sin decir nada, lo estrechó contra su pecho y lloró en silencio.

—No sé lo que te pasa, Rodia —dijo por fin—; todo este tiempo he creído que sencillamente estabas harto de nosotras, pero ahora todo me hace ver que te espera una enorme desgracia, y que por eso estás angustiado. Hace ya tiempo que lo sospechaba, Rodia. Perdóname por hablar de esto; no hago más que darle vueltas y de noche no me deja dormir. Esta noche tu hermana ha hablado en sueños, y no paraba de nombrarte. He oído algunas cosas, pero no he entendido nada. Me he sentido toda la mañana como un condenado al que van a ejecutar, esperando algo, con el presentimiento de que algo iba a ocurrir, y ¡ya ha ocurrido! Rodia, Rodia, ¿adónde vas? ¿Es que te marchas a algún sitio?

—Sí, me voy.

—¡Justo lo que pensaba! Pero puedo ir contigo si me necesitas. Y Dunia igual; tu hermana te quiere, te quiere mucho, y Sofia Semiónovna también puede venir con nosotros si te parece bien; yo estaría encantada de aceptarla como hija… Dmitri Prokófich puede ayudarnos con los preparativos… Pero… ¿adónde… adónde vas?

—Adiós, madre.

—¡Cómo! ¿Te vas hoy mismo? —exclamó, como si fuera a perderlo para siempre.

—No puedo quedarme, no tengo tiempo, necesito marcharme…

—Y ¿no puedo ir contigo?

—No; arrodíllese y pídale a Dios por mí. Es posible que su oración le alcance.

—¡Déjame que te persigne! ¡Déjame que te dé mi bendición! Así, así. Ay, Señor, ¡lo que estamos haciendo!

Sí, él estaba contento, muy contento, de que no hubiera nadie más, de estar allí a solas con su madre. Después de todo aquel tiempo tan horrible, su corazón parecía haberse ablandado. Se postró ante su madre, besándole los pies, y los dos lloraron abrazados. Y esta vez ella ya no se mostraba sorprendida ni le hacía preguntas. Hacía tiempo que había comprendido que a su hijo le estaba ocurriendo algo espantoso, y finalmente había llegado un momento terrible para él.

—Rodia, mi querido, mi primogénito —dijo entre sollozos—, te veo como cuando eras pequeño, venías a mí igual que ahora, y me abrazabas y besabas igual que ahora; cuando vivía tu padre y éramos pobres, nos alegrabas la vida simplemente estando a nuestro lado, y, cuando enterré a tu padre, cuántas veces nos abrazamos tú y yo igual que ahora, llorando sobre su tumba. Si llevo tanto tiempo llorando es porque este corazón de madre presentía una desgracia. Y la primera vez que te vi, aquella noche, acuérdate, nada más llegar a esta ciudad, solo por tu mirada ya me di cuenta de todo, y el corazón se me encogió, y hoy, cuando te he abierto la puerta, nada más verte, he pensado: «Se ve que ha llegado la hora fatal». Rodia, Rodia, ¿no te marcharás enseguida?

—No.
—¿Volverás?
—Sí… volveré.
—Rodia, no te enfades, no tengo el atrevimiento de preguntarte. Sé que no debería tenerlo, pero dime solo un par de cosas: ¿te marchas lejos?
—Sí, muy lejos.
—Y ¿a qué vas? ¿Es algo de trabajo, es por algo de tu carrera?
—Será lo que Dios quiera… Solo rece por mí…
Raskólnikov se acercó a la puerta, pero su madre lo agarró y le dirigió a los ojos una mirada de desesperación. El rostro se le había descompuesto de espanto.
—Ya es suficiente, madre —dijo Raskólnikov, que empezaba a arrepentirse seriamente de haber ido a verla.
—¿No te irás para siempre? Todavía no te vas para siempre, ¿verdad? Vendrás, vendrás mañana, ¿no?
—Sí, sí, vendré, adiós.
Por fin pudo librarse de ella.
La tarde era fresca, tibia y luminosa; desde por la mañana estaba despejado. Raskólnikov se dirigió a su casa; llevaba prisa. Quería dejarlo todo resuelto antes del anochecer. Hasta entonces, no le apetecía encontrarse con nadie. Subiendo a su cuarto, se dio cuenta de que Nastasia lo seguía atentamente con la mirada, olvidándose del samovar. «¿No habrá venido alguien a verme?», se dijo. Pensó con aversión en Porfiri. Pero, al llegar a su cuarto y abrir la puerta, vio a Dúnechka dentro. Estaba completamente sola, sumida en sus reflexiones; debía de llevar mucho rato esperando. Rodia se detuvo en el umbral. Su hermana se levantó del diván, asustada, y se quedó parada delante de él. Sus ojos, clavados en él, reflejaban un horror y un dolor infinitos. Su mirada bastó para que Rodia comprendiera al instante que estaba al corriente de todo.
—¿Qué tengo que hacer? ¿Entro o me marcho? —preguntó receloso.

—He estado todo el día con Sofia Semiónovna; te hemos estado esperando. Creíamos que te acercarías por allí sin falta.

Raskólnikov entró en el cuarto y se sentó en una silla, exhausto.

—Me siento débil, Dunia; estoy muy cansado; y en este momento me gustaría ser dueño de todas mis fuerzas. —La miró a los ojos con desconfianza.

—¿Dónde has pasado la noche?

—No recuerdo bien; verás, hermana, quería tomar una decisión definitiva y he pasado muchas veces cerca del Nevá; eso sí lo recuerdo. Quería acabar allí, pero… no me he decidido… —susurró, mirando otra vez a Dunia con recelo.

—¡Alabado sea Dios! ¡Eso era justamente lo que temíamos Sofia Semiónovna y yo! Eso es que todavía crees en la vida. ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea Dios!

Raskólnikov sonrió con amargura.

—No creía, pero hace un momento, abrazado a nuestra madre, he llorado; no creo, pero le he pedido que rece por mí. Dios sabrá cómo ocurre todo esto, Dúnechka, porque yo no entiendo nada.

—¿Has ido a ver a nuestra madre? ¿Se lo has dicho? —exclamó Dúnechka espantada—. No habrás sido capaz de decírselo…

—No, no se lo he dicho… con palabras; pero ha entendido muchas cosas. Te ha oído esta noche, cuando hablabas en sueños. Estoy seguro de que ya entiende la mitad. Puede que haya hecho mal yendo a verla. La verdad es que no sé ni por qué he ido. Soy un miserable, Dunia.

—Un miserable, y ¡estás dispuesto a afrontar el sufrimiento! Vas a afrontarlo, ¿verdad?

—Sí. Ahora mismo. Para evitar esta vergüenza, he querido ahogarme, Dunia, pero he pensado, cuando ya estaba al borde del agua, que, si me he considerado fuerte hasta este momento, no tengo por qué temer la vergüenza —dijo, yendo cada vez más deprisa—. ¿Tú crees que es orgullo, Dunia?

—Sí, Rodia, es orgullo.

Una especie de fuego fulguró en sus ojos apagados; le agradó saber que no había perdido su orgullo.

—¿No crees, hermana, que sencillamente me ha dado miedo el agua? —preguntó con una sonrisa siniestra, mirándola a la cara.

—¡Basta ya, Rodia! —exclamó Dunia con amargura.

Estuvieron un par de minutos en silencio. Rodia bajó los ojos y se quedó mirando al suelo; Dúnechka estaba de pie, al otro lado de la mesa, y miraba a su hermano con angustia. De repente él se levantó:

—Ya es tarde, ha llegado la hora. Voy ahora mismo a entregarme. Aunque no sé para qué voy a entregarme. —Unas gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Dunia—. Estás llorando, hermana, pero ¿puedes darme la mano?

—¿Acaso lo dudas? —Ella lo abrazó con fuerza—. ¿No crees que, afrontando el sufrimiento, estás expiando ya la mitad de tu crimen? —exclamó, estrechándolo entre sus brazos y besándolo.

—¿Crimen? ¿Qué crimen? —preguntó él de pronto, en un repentino estallido de furia—. Haber matado un piojo dañino y repugnante, una vieja usurera que no era buena para nadie, por cuya muerte se perdonan cuarenta pecados[188], que les chupaba la sangre a los pobres, ¿eso es un crimen? No estaba pensando en eso, y no tengo intención de expiarlo. Y no me importa que me señalen por todas partes: «¡Un crimen, ha sido un crimen!». Solo ahora veo claro todo el absurdo de mi cobardía; ahora, cuando ya estoy resuelto a afrontar toda esa vergüenza inútil. Solo por mezquindad y por ineptitud me decido a dar este paso, y puede que también por las ventajas que me ofreció ese… Porfiri…

—Hermano, hermano, pero ¡qué estás diciendo! ¡Si has derramado sangre! —exclamó Dunia, desesperada.

—Una sangre que todos derraman —replicó, casi frenético—, una sangre que corre y que siempre ha corrido en el mundo, que vierten como si fuera champán, por la que te coronan en el Capitolio y te proclaman después benefactor de la humanidad. ¡Fíjate mejor y trata de entender! Yo también quería el bien para la gente y habría hecho cien buenas acciones, mil buenas acciones, en vez de esa tontería, o

ni siquiera tontería, sino simple torpeza, porque después de todo la idea no era tan estúpida como parece ahora, una vez que ha fracasado… ¡Todo lo que fracasa parece estúpido! Con esta acción solo pretendía situarme en una posición independiente, dar el primer paso, conseguir recursos, y después todo se habría compensado con un beneficio incomparablemente mayor… Pero no he sido capaz de aguantar el primer paso, porque soy… ¡un miserable! ¡Eso es lo que pasa! De todos modos, nunca voy a verlo igual que vosotros: de haber tenido éxito, me habrían coronado, pero ahora ¡me echan a los perros!

—¡Eso no es así, ni mucho menos! ¡Qué cosas dices, hermano!

—¡Ah! ¡Esas no son formas, no son formas estéticamente adecuadas! No entiendo nada: ¿por qué destrozar a la gente a bombazos, en un asedio ordinario, es una forma más respetable? ¡El temor a la estética es la primera señal de impotencia! ¡Nunca, nunca lo he visto más claro que ahora, y nunca he estado más lejos de entender dónde está mi crimen! ¡Nunca he sido más fuerte ni he estado más convencido que ahora!

Su cara ajada y pálida se había cubierto de rubor. Pero, después de su última exclamación, su mirada se cruzó casualmente con los ojos de Dunia, y vio tal sufrimiento en aquella mirada que no tuvo más remedio que recapacitar. Sintió que, después de todo, había hecho infelices a aquellas dos pobres mujeres. Él había sido el causante, en definitiva…

—¡Dunia, querida! Perdóname si soy culpable… aunque, si soy culpable, es imposible perdonarme. ¡Adiós! ¡No vamos a pelearnos! Ya es tarde para mí, muy tarde. No me sigas, te lo suplico, todavía tengo que ir a un sitio… Vete ahora mismo a hacer compañía a nuestra madre. ¡Te lo suplico! Es el último ruego que te hago, y también el más grande. No te alejes de ella en ningún momento; la he dejado intranquila, con una ansiedad que no sé si va a poder soportar: si no se muere, se va a volver loca. ¡No la dejes! Razumijin estará a vuestro lado; ya he hablado con él… No llores por mí: voy a esforzarme por ser valeroso y honrado toda mi vida, aunque sea un

asesino. Es posible que oigas mi nombre alguna vez. No os deshonraré, ya lo verás; aún puedo demostrar… Y ahora, hasta la vista —se apresuró a concluir, advirtiendo otra vez una extraña expresión en los ojos de Dunia al oír sus últimas palabras y promesas—. ¿Por qué lloras así? No llores, no llores; ¡no nos separamos para siempre!… ¡Ah, sí! Espera, se me olvidaba…

Se acercó a la mesa, cogió un libro grueso y polvoriento, lo abrió y sacó un pequeño retrato que estaba metido entre las hojas, una acuarela pintada sobre marfil. Era el retrato de la hija de su patrona, su antigua novia, aquella muchacha extraña que quería ingresar en un convento. Estuvo cerca de un minuto examinando el rostro expresivo y doliente, besó el retrato y se lo dio a Dúnechka.

—Muchas veces hablé con ella de eso, solo con ella —dijo pensativo—, le confié a su corazón mucho de lo que después se ha realizado de forma tan monstruosa. No te preocupes —se dirigió otra vez a Dunia—, ella no estaba de acuerdo, igual que te pasa a ti, y me alegro de que ella ya no esté. Con todo, lo más importante, lo más importante es que todo ahora va a cambiar, todo se va a partir en dos —exclamó de repente, volviendo a concentrarse en su amargura—; todo, todo, y ¿acaso estoy yo preparado? ¿Acaso lo quiero? ¡Me dicen que tengo que pasar por esto! ¿Para qué, para qué necesito todas estas absurdas pruebas? ¿Es que voy a ser más consciente entonces, destrozado por los tormentos, por el idiotismo, por la impotencia senil después de veinte años de presidio, de lo que soy ahora? ¿De qué me valdrá vivir entonces? ¿Por qué acepto ahora vivir así? ¡Oh, sabía que era un miserable esta mañana, cuando estaba al borde del Nevá!

Los dos salieron por fin. Había sido duro para Dunia, pero ¡quería a su hermano! Echó a andar, pero, a unos cincuenta pasos, se volvió una vez más a mirarlo. Todavía alcanzó a verlo. Pero, al llegar a la esquina, él también se volvió, y sus miradas se cruzaron por última vez. Sin embargo, al advertir que ella lo estaba mirando, Rodia le indicó con un gesto impaciente, y hasta indignado, que se marchara, y dobló abruptamente la esquina. «Soy un malvado, y me doy cuenta

—pensó para sí, avergonzándose al cabo de un momento de su gesto airado dirigido a Dunia—. Pero ¿por qué me quieren tanto si no me lo merezco? ¡Ah, si hubiera estado solo, y nadie me quisiera, y yo tampoco hubiera querido nunca a nadie! ¡No habría pasado nada de esto! Me gustaría saber si en estos próximos quince o veinte años se va a apaciguar mi alma, si voy a gimotear, sumiso, delante de la gente, repitiendo a cada palabra que soy un delincuente. ¡Sí, justo, justo! Para eso me mandan ahora al penal, lo necesitan… Van de acá para allá, sin parar, por la calle, y todos ellos, sin excepción, son unos canallas y unos bandidos de nacimiento; o, peor aún, ¡unos idiotas! Pero prueba a librarme del presidio, y todos se pondrán furiosos, presas de una noble indignación. ¡Oh, cómo los odio a todos!».

Se quedó profundamente pensativo. ¿Qué proceso podía darse para que acabara sometiéndose a todos ellos sin reflexionar, para someterse plenamente convencido? Pero ¿por qué no? Claro que sí, así tenía que ser. O ¿es que veinte años de humillación constante no iban a aplastarlo definitivamente? El agua pule la piedra. Y para qué, para qué iba a vivir después de todo eso, para qué iba a entregarse ahora, sabiendo que todo iba a ser como estaba escrito, no de otra manera.

Posiblemente se había hecho cien veces esa pregunta desde la tarde anterior, pero de todos modos se puso en marcha.

VIII

Cuando llegó a casa de Sonia empezaba a anochecer. Sonia lo había esperado todo el día en un estado de extraordinaria agitación. Había aguardado en compañía de Dunia. Esta se había presentado por la mañana, recordando las palabras de la víspera de Svidrigáilov, que había dicho que Sonia estaba al corriente de todo. No vamos a reproducir los detalles de la conversación ni de las lágrimas de las dos mujeres, ni de lo mucho que intimaron. Dunia, por lo menos, salió de esta entrevista con el consuelo de saber que su hermano no iba a estar solo: Rodia se había dirigido a Sonia antes que a nadie con su confesión; había buscado en ella a un ser humano cuando necesitaba a un ser humano; ella, por su parte, lo seguiría allí donde lo enviara el destino. Dunia ni siquiera se lo había preguntado, pero sabía que iba a ser así. Incluso había mirado a Sonia con cierta veneración, y casi la había llegado a turbar con su actitud. Sonia estuvo a punto de echarse a llorar: ella, por el contrario, se sentía indigna hasta de mirar a Dunia. La hermosa imagen de Dunia, que la había saludado con tanta atención y respeto cuando se vieron por primera vez en casa de Raskólnikov, se le había quedado grabada en el alma como una de las visiones más bellas y sublimes de toda su vida.

Dúnechka no había podido aguantar más y había dejado a Sonia para ir a esperar a su hermano en su propio cuarto; tenía la sensación de que se pasaría primero por allí. Una vez sola, Sonia empezó a angustiarse terriblemente ante la idea de que Raskólnikov, efectivamente, hubiera podido poner fin a su vida. Dunia también abrigaba ese temor. Las dos se habían pasado todo el día intentando convencerse mutuamente, con toda clase de argumentos, de que era algo imposible, y se habían sentido más seguras mientras habían estado juntas. En cambio, una vez solas, a ninguna se le iba la idea de la cabeza. Sonia recordó que Svidrigáilov le había dicho la

víspera que Raskólnikov tenía dos caminos: o la Vladímirka o… Además, era consciente de su vanidad, su arrogancia, su amor propio y su falta de fe. «¿Será verdad que únicamente la cobardía y el miedo a la muerte lo animan a vivir?», pensó finalmente, desesperada. Entretanto el sol se iba poniendo. Sonia estaba abrumada, mirando fijamente por la ventana, pero lo único que se veía era la pared maestra sin blanquear del edificio vecino. Por fin, cuando ya casi estaba convencida de que el pobre infeliz había muerto, este se presentó en su cuarto.

Un grito de alegría estalló en su pecho. Pero, después de fijarse en su rostro, súbitamente palideció.

—¡Pues sí! —dijo Raskólnikov con una sonrisa—. He venido a por tus cruces, Sonia. Fuiste tú la que me dijo que fuera a la esquina más próxima; y ahora, llegado el momento, ¿te vas a asustar?

Sonia lo miró con estupor. Su tono le parecía raro; un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero enseguida se dio cuenta de que tanto el tono como sus propias palabras eran afectados. Al hablar, desviaba la mirada hacia un lado, como si no quisiera mirarla directamente a la cara.

—Verás, Sonia, he pensado que, a lo mejor, es lo más conveniente. Hay una circunstancia que… En fin, sería muy largo de contar, y tampoco quiero extenderme. Pero ¿sabes lo que me irrita? Me da mucha rabia pensar que todas esas caras necias y brutales van a rodearme dentro de un rato, mirándome con esos ojos horribles, haciéndome preguntas estúpidas a las que no voy a tener más remedio que contestar… Van a señalarme con el dedo… ¡Bah! Quiero que sepas que no voy a entregarme a Porfiri; estoy harto de él… Prefiero presentarme ante mi amigo el teniente Pólvora; se va a quedar a cuadros, voy a causar sensación. Hay que conservar la sangre fría; bastante colérico me he mostrado ya en los últimos tiempos. No te lo vas a creer: hace un momento poco menos que he amenazado a mi hermana con el puño solo por haberse vuelto a mirarme por última vez. ¡A esos extremos de bajeza he llegado! ¡Hay

que ver en lo que me he convertido! Bueno, ¿dónde están esas cruces?

Parecía fuera de sí. No podía aguantar un minuto en el mismo sitio, ni concentrar su atención en nada; las ideas se sucedían en su cabeza atropelladamente y hablaba sin ton ni son; tenía un ligero temblor en las manos.

Sonia, sin decir nada, sacó de un cajón dos cruces, una de madera de ciprés y otra de cobre; se persignó, persignó a Rodia y le colgó del cuello la cruz de ciprés.

—En definitiva, esto es un símbolo de que voy a cargar con mi propia cruz, ¡je, je! ¡Como si no hubiera sufrido bastante hasta ahora! De ciprés, o sea, del pueblo llano; de cobre, la cruz de Lizaveta; esa la llevarás tú… Déjamela ver. Es la que llevaba… en aquel momento, ¿no? Conozco otros dos objetos parecidos, una cruz de plata y un pequeño icono. Se los arrojé al pecho a la vieja. Esos son los que deberías ponerme ahora… Pero no hago más que decir disparates, y me olvido de lo importante, ¡estoy como distraído!… Verás, Sonia… en realidad, he venido a advertirte, para que lo sepas… Eso es todo… Solo he venido a eso. Hum, la verdad es que creía que iba a decirte más cosas. Tú eras la que quería que diera este paso, así que, ya lo ves, me encerrarán en una prisión, y se cumplirá tu deseo; pero ¿por qué lloras? ¿Tú también? Para, ya es suficiente; ¡ay, qué duro es esto!

Un sentimiento, con todo, estaba naciendo en él; el corazón se le encogió mirándola. «Ella ¿qué razón tiene para estar así? —pensaba —. ¿Qué soy yo para ella? ¿Por qué llora, qué se propone hacer conmigo, como si fuera mi madre o Dunia? ¡Será mi niñera!».

—Persígnate, reza una vez, por lo menos —le pidió Sonia con voz tímida y temblorosa.

—¡Oh, claro! ¡Todas las veces que quieras! Y de todo corazón, Sonia, de todo corazón…

Pero querría haber dicho algo completamente diferente.

Se persignó varias veces. Sonia se quitó el chal y se lo puso a Rodia en la cabeza. Era un chal de *drap de dames* verde,

seguramente el mismo al que se refirió en su día Marmeládov, el «compartido» por toda la familia. Fue lo que pensó Raskólnikov, pero no se atrevió a preguntar. En verdad, estaba empezando a darse cuenta de que estaba enormemente distraído y terriblemente nervioso. Y se asustó. De pronto, se quedó desconcertado al ver que Sonia pretendía marcharse con él.

—¡Qué haces! ¿Adónde vas? ¡Quédate, quédate! Iré solo —exclamó, presa de un despecho cobarde, y se dirigió a la puerta casi con irritación—. ¿Qué sentido tiene ir en procesión? —murmuró al salir.

Sonia se quedó en mitad del cuarto. Él ni siquiera se había despedido, ya se había olvidado de ella; una duda rebelde y lacerante bullía en su alma.

«¿Seguro que tiene que ser así? —se preguntó una vez más, mientras bajaba por las escaleras—. ¿No hay manera de volverse atrás y arreglarlo todo… y no ir?».

Pero, a pesar de todo, fue. Definitivamente, sintió que no tenía por qué seguir haciéndose preguntas. Al salir a la calle cayó en la cuenta de que no se había despedido de Sonia, de que la había dejado en mitad de la habitación, con su chal verde, sin atreverse a dar un paso después de haber oído sus gritos, y se detuvo un momento. En ese preciso instante una idea surgió con toda claridad en su interior: parecía haber estado esperando ese momento para acabar de dejarlo fulminado.

«¿Por qué he ido ahora a verla? ¿Qué me proponía? Le he dicho que había ido por un asunto; pero ¿qué asunto? ¡No había ningún asunto que tratar! Para anunciarle que iba a entregarme; ¿era eso? ¡Como si hiciera falta! ¿No será que la quiero? No, no puede ser; si acabo de rechazarla como a un perro. Y las cruces ¿para qué las quería realmente? ¡Oh, qué bajo he caído! No, eran sus lágrimas lo que me hacía falta; quería ver la expresión de terror en su rostro, ver cómo su corazón sufría y se desgarraba. Necesitaba algo a lo que aferrarme, algo que me permitiera ganar tiempo, ¡necesitaba contemplar a una persona! Y me he atrevido a creer en mí mismo, a

soñar con lo que podría llegar a ser. Alguien como yo, tan miserable, tan insignificante, ¡un canalla, un canalla!».

Avanzaba por la orilla del canal, y ya estaba cerca de su destino. Pero, al llegar al puente, se detuvo y de pronto se desvió de su camino, dirigiéndose hacia la plaza Sennaia.

Miraba ávidamente a derecha e izquierda, fijándose atentamente en todas las cosas, aunque no podía centrar su atención en ninguna; todo se le escapaba. «Dentro de una semana, dentro de un mes, me trasladarán en uno de esos furgones y, al pasar por este puente, procuraré mirar a este canal… ¿Me acordaré de todo esto? —pensó fugazmente—. Este cartel, sin ir más lejos, ¿cómo leeré entonces estas mismas letras? Ahí pone, por ejemplo: CAMPAÑÍA; ¿me acordaré de esa «a», de esa letra «a», y me fijaré en ella dentro de un mes? ¿Cómo la veré entonces? ¿Qué voy a sentir, qué voy a pensar en ese momento?… ¡Dios mío, qué mezquino tiene que resultar todo esto, todas estas preocupaciones mías de ahora! Todo esto, sin duda, seguro que es curioso… a su manera… ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cosas se me ocurren! Parezco un niño pequeño, fanfarroneando ante mí mismo; ¿de qué tendría que avergonzarme? ¡Uf, qué forma de empujar! Como ese gordo, seguro que es alemán, que me acaba de dar un empujón: ¿sabrá a quién se lo ha dado? O como esa aldeana que está pidiendo limosna con un crío, me gustaría saber si piensa que soy más feliz que ella. Si pudiera darle algo, no dejaría de ser un tanto grotesco… Anda, si tengo un *piatak* en el bolsillo, ¿de dónde habrá salido? Pues nada, ¡toma, *mátushka*!».

—¡Que Dios te bendiga! —se oyó la voz compungida de la mendiga.

Llegó a la plaza Sennaia. No le hacía ninguna gracia encontrarse en medio de la multitud, pero se dirigía justamente al punto donde más gente había. Habría dado lo que fuera por estar solo, pero era consciente de que no iba a disfrutar ni de un segundo de soledad. Un borracho se estaba haciendo notar en medio de la muchedumbre: una y otra vez intentaba bailar, pero lo único que conseguía era

caerse de lado. Le habían hecho corro. Raskólnikov se abrió paso entre el gentío, estuvo un momento contemplando al borracho y de pronto rompió a reír entrecortadamente. Al cabo de un minuto ya se había olvidado de él, ni siquiera lo veía, a pesar de que no había dejado de mirarlo. Finalmente se alejó de allí, sin saber muy bien dónde se encontraba; pero, al llegar al centro de la plaza, se sobresaltó y una emoción se apoderó de él, dominando todo su ser, tanto su cuerpo como su pensamiento.

Se acordó de repente de las palabras de Sonia: «Ve a la esquina más próxima, inclínate ante la gente, besa la tierra, pues la has profanado, y dile a todo el mundo, bien alto: "¡Soy un asesino!"».

Se puso a temblar con todo el cuerpo al recordarlo. Hasta tal punto lo abrumaba su angustia sin salida y su inquietud de todo este tiempo, pero sobre todo de las últimas horas, que se entregó a la eventualidad de una nueva sensación, completa y pura. Sufrió una especie de ataque repentino: prendió una chispa en su alma y súbitamente se extendió como el fuego. Fue presa de una inmensa ternura, y se le saltaron las lágrimas. Cayó al suelo, sin moverse del sitio…

Se arrodilló en mitad de la plaza, se inclinó hasta rozar el suelo y besó aquella tierra sucia, con placer y alegría. Se levantó y volvió a inclinarse por segunda vez.

—¡Menuda cogorza! —observó un tipo a su lado.

Se oyeron unas risas.

—Es uno que va a Jerusalén, hermanos, y se despide de sus hijos y de su patria, inclinándose ante el mundo entero y besando la gran ciudad de San Petersburgo y su pavimento —añadió uno de los mercaderes achispados que andaban por allí.

—¡Con lo joven que es! —intervino un tercero.

—¡Además es noble! —comentó otro con voz grave.

—Hoy en día ya no hay manera de distinguir quién es noble y quién no.

Todos estos comentarios y observaciones detenían a Raskólnikov, y las palabras «yo la maté», que estaba dispuesto a

pronunciar, no llegaban a salir de sus labios. No obstante, soportó todos aquellos gritos sin perder la calma y, sin volverse, cruzó un callejón y se dirigió hacia la comisaría. De todos modos, creyó ver algo por el camino, delante de él, pero no se asombró; tenía el presentimiento de que iba a ocurrir. En el momento en que, en la plaza Sennaia, se había inclinado hasta el suelo por segunda vez, se había vuelto hacia la izquierda y había visto a Sonia, como a unos cincuenta pasos. Se había ocultado detrás de unas barracas de madera que había en la plaza; así pues, ¡había ido siguiéndolo en su calvario! En ese momento, Raskólnikov sintió y comprendió, de una vez por todas, que Sonia estaría a su lado para siempre y lo seguiría hasta el fin del mundo, allá donde lo llevara el destino. El corazón le dio un vuelco, pero… ya había llegado al lugar fatídico.

Entró en el patio muy decidido. Había que subir al tercer piso. «De momento tengo que subir», pensó. Le parecía que el momento fatídico estaba lejos, que aún le quedaba mucho tiempo, que todavía podía pensárselo mejor.

La misma basura de la otra vez, las mismas cáscaras de huevo en la escalera de caracol, las mismas puertas abiertas de par en par, las mismas cocinas apestosas y humeantes. Raskólnikov no había vuelto desde entonces. Las piernas le flaqueaban, entumecidas, pero siguió subiendo. Se detuvo un momento para cobrar aliento, para reponerse, para entrar como un hombre. «Pero ¿por qué? ¿Para qué? —pensó de pronto, reparando en su gesto—. En cualquier caso, he de apurar la copa, ¿qué más dará entonces? Cuanto más repugnante, mejor. —Por un momento, le vino a la cabeza la figura de Iliá Petróvich, el teniente Pólvora—. ¿Tengo que ir a verlo a él? ¿Por qué no puede ser a otro? ¿No podría presentarme ante Nikodim Fomich? O ¿por qué no me doy ahora mismo la vuelta y voy a ver al inspector a su propia casa? Por lo menos, sería una cosa más familiar… ¡No, no! ¡Al teniente Pólvora, al teniente Pólvora! Si hay que apurar la copa, se apura de un trago…».

Aterido y casi inconsciente, abrió la puerta de la oficina. En esta ocasión casi no había nadie: apenas un ordenanza y un hombre del

pueblo. El vigilante ni siquiera se asomó desde detrás de su mampara. Raskólnikov avanzó hasta el siguiente cuarto. «A lo mejor todavía me libro de hablar», se le pasó por la cabeza. Uno de los escribientes, vestido de paisano, se acomodaba en su escritorio para copiar algo. Otro escribiente se disponía a sentarse en un rincón. No estaba Zamétov. Tampoco estaba Nikodim Fomich, por descontado.

—¿No hay nadie? —preguntó Raskólnikov, dirigiéndose al tipo que estaba en el escritorio.

—¿Por quién pregunta?

—¡Vaya, vaya, vaya! Nadie sabe nada, no se ve un alma, pero huele a ruso… ¿Cómo dice el cuento?… ¡Ya se me ha olvidado! ¡Mis *rrrespetos*! —exclamó de repente una voz conocida.

Raskólnikov se puso a temblar. Ante él estaba el teniente Pólvora; había salido de pronto de la tercera habitación. «Es cosa del destino —pensó Raskólnikov—. ¿Por qué está aquí?».

—¿Venía a vernos? ¿Con qué motivo? —decía a voz en grito Iliá Petróvich. Parecía de un excelente humor, e incluso un punto excitado—. Si se trata de un asunto oficial, viene usted demasiado temprano. Yo estoy aquí de casualidad… Pero, en fin, ¿en qué puedo servirle? Le aseguro, señor… ¿Cómo era?, ¿cómo era? Disculpe…

—Raskólnikov.

—Pues claro: ¡Raskólnikov! ¡Se habrá creído usted que me he olvidado! No vaya a pensar eso de mí… Rodión Ro… Ro… Rodiónych, ¿no es así?

—Rodión Románych.

—¡Sí, sí, claro! ¡Rodión Románych, Rodión Románych! Lo tenía en la punta de la lengua. Me he interesado en más de una ocasión por usted. Le confieso que, desde aquella vez, he lamentado sinceramente que nosotros… Más tarde me han explicado, y he llegado a saber, que es usted un joven literato e incluso un erudito… y, por así decir, que sus primeros pasos… ¡Ay, Señor! Pero ¿qué literato, qué erudito, no ha tenido que dar al principio pasos originales? Mi mujer y yo… los dos respetamos la literatura, pero a

mi mujer… ¡la vuelve loca! ¡La literatura y el arte! Salvo la nobleza, todo lo demás se puede conseguir con el talento, el conocimiento, el buen juicio y el genio. Un sombrero, por ejemplo, ¿qué importancia tiene un sombrero? El sombrero no es nada, yo me los compro en Zimmerman; pero lo que se guarda debajo del sombrero, lo que cubre el sombrero, ¡eso ya no lo puedo comprar! Le confieso que estuve tentado de ir a ofrecerle mis explicaciones, pero pensé que a lo mejor usted… Pero, a todo esto, no le he preguntado qué se le ofrece en realidad. Por lo que he oído, ha venido a verle su familia…

—Sí, mi madre y mi hermana.

—He tenido incluso el honor de conocer a su hermana: es una persona encantadora, y muy cultivada. Le confieso que he lamentado mucho nuestro arrebato de la otra vez. ¡Cosas que pasan! Y, en cuanto a su desvanecimiento, y a que le mirara entonces con malos ojos, ¡todo eso ha quedado explicado después con gran brillantez! ¡Cerrazón y fanatismo! Comprendo su indignación. ¿Se va a mudar de casa a raíz de la llegada de su familia?

—No… no, la verdad… He venido a preguntar… Pensé que encontraría aquí a Zamétov.

—¡Ah, sí! Se han hecho amigos; eso he oído decir. Pues bien, Zamétov no está aquí, nos hemos quedado sin él. Sí, ¡hemos tenido que prescindir de Aleksandr Grigórievich! Desde ayer no contamos con él; se ha trasladado… y, antes de trasladarse, se ha peleado con todo el mundo… Ha estado bastante grosero… Es un niño veleidoso, y nada más; habíamos depositado nuestras esperanzas en él; pero, en fin, ¡cualquiera se entiende con nuestra brillante juventud! Por lo visto, quiere presentarse a un examen, pero solo son ganas de hablar y de fanfarronear, ahí se acaba el examen. Bien distinto es su caso, por ejemplo, o el del señor Razumijin, su amigo. La suya es una carrera científica, y no se van a hundir por un fracaso. Para usted, podría decirse, toda la belleza de la vida *nihil est*; es usted un asceta, un monje, un eremita… Un libro, una pluma detrás de la oreja, una prueba científica… ¡ahí aletea su espíritu! Yo

mismo, hasta cierto punto… ¿Ha leído usted los diarios de Livingstone?

—No.

—Pues yo sí. Hoy en día, por cierto, ha aumentado mucho el número de nihilistas; y no es de extrañar. ¿Qué tiempos son estos? Se lo pregunto a usted. Le cuento todo esto, por cierto… ¿No será usted nihilista, me imagino? ¡Responda francamente, francamente!

—No…

—Ya sabe que puede ser sincero conmigo, no se cohíba; ¡igual que si hablara consigo mismo! Otra cosa es el deber… Seguro que pensaba que iba a decir: «la amistad»; no, no, ¡no ha acertado! No es la amistad, sino el sentimiento como ciudadano y como hombre, el sentimiento humanitario y el amor al Altísimo. Yo puedo ser un oficial, y estar cumpliendo con mi deber, pero siempre estoy obligado a sentirme hombre y ciudadano, y a rendir cuentas… Ha mencionado usted a Zamétov. Zamétov es capaz de escandalizar al estilo francés en una casa de mala fama, con un vaso de champán o de vino del Don, ¡así es su Zamétov! Es posible que yo me haya consumido, por así decir, a causa de mi entrega y de mis nobles sentimientos, y, aparte de eso, ¡tengo una categoría, un rango, ocupo un puesto! Estoy casado y tengo hijos. Cumplo con mi deber como hombre y como ciudadano; él, en cambio, quién es, si se me permite la pregunta. Me dirijo a usted, como a un hombre ennoblecido por la educación. Luego están esas comadronas, que también se han extendido de un modo asombroso.

Raskólnikov arqueó las cejas inquisitivamente. Las palabras de Iliá Petróvich, que sin duda se acababa de levantar de la mesa, repiqueteaban y se derramaban delante de él, en su mayor parte, como sonidos vacíos. Pero algo había entendido Rodia, mal que bien; lo miró expectante, sin saber cómo iba a terminar todo aquello.

—Me refiero a todas esas jóvenes que llevan el pelo corto —prosiguió el locuaz Iliá Petróvich—; yo las llamo comadronas, y me parece que ese nombre les va divinamente. ¡Je, je! Se introducen en el mundo académico, estudian anatomía; en fin, dígame usted, si

caigo enfermo, ¿voy a llamar acaso a una jovencita para que me trate? ¡Je, je! —Iliá Petróvich se reía a carcajadas, entusiasmado con sus agudezas—. Admitamos que se trata de una sed insaciable de educación; pero, una vez educadas, ya es suficiente. ¿Para qué abusar? ¿Para qué ofender a personas honorables, como hace ese granuja de Zamétov? ¿Para qué me ha ofendido? Se lo pregunto a usted. Luego están los suicidios: también se han extendido, y de qué manera, no se lo puede imaginar. La gente se gasta hasta la última moneda, y acaba matándose. Niñas, niños, ancianos… Esta misma mañana nos han informado del caso de un caballero, recién llegado a la ciudad. ¡Nil Pávlych! ¡Eh, Nil Pávlych! ¿Cómo se llamaba ese caballero que, según nos han dicho esta mañana, se ha pegado un tiro en la Peterbúrgskaia Storoná?

—Svidrigáilov —respondió alguien desde el otro cuarto, con una voz ronca y desganada.

Raskólnikov se estremeció.

—¡Svidrigáilov! ¡Svidrigáilov se ha pegado un tiro! —exclamó.

—¡Cómo! ¿Conoce usted a Svidrigáilov?

—Sí… lo conozco… No hace mucho que llegó…

—Pues sí, llegó hace poco, había perdido a su mujer; era un libertino, y de repente se ha pegado un tiro, y de una manera tan escandalosa, no se lo puede imaginar… Ha dejado algunas palabras escritas en su libreta: dice que muere en su sano juicio y pide que no se culpe a nadie de su muerte. Dicen que tenía dinero. ¿De qué lo conocía usted?

—Yo… lo había tratado… Mi hermana había estado en su casa como institutriz…

—Vaya, vaya, vaya… Entonces seguro que puede proporcionarnos alguna información sobre él. Y ¿no sospechaba usted nada?

—Lo vi ayer… Estaba bebiendo… Yo no sabía nada.

Raskólnikov sintió como si algo le hubiera caído encima y lo aplastara.

—Otra vez se ha puesto usted pálido. Está tan cargado aquí el ambiente…

—Sí, tengo que irme —murmuró Raskólnikov—; disculpe que le haya molestado…

—¡Oh, por favor, siempre que quiera! Ha sido un placer, y me alegro de poder decirlo…

Iliá Petróvich incluso le tendió la mano.

—Yo solo quería… ver a Zamétov…

—Lo entiendo, lo entiendo, ha sido un placer.

—Encantado… Hasta la vista… —dijo Raskólnikov con una sonrisa.

Salió de allí, tambaleándose. Le daba vueltas la cabeza. Apenas sentía si le sostenían o no las piernas. Empezó a bajar las escaleras, apoyándose con la mano derecha en la pared. Le pareció que un ordenanza, con una libreta en la mano, tropezaba con él mientras subía a la comisaría; que a un perro le daba por ladrar en la planta baja, y que una mujer le arrojaba un rodillo y se ponía a chillar. Llegó hasta abajo y salió al patio. Allí, cerca del portón, estaba Sonia, pálida como una muerta, mirándolo espantada. Raskólnikov se detuvo enfrente de ella. Había en su semblante una expresión de agonía, de extenuación, de desesperación. Juntó las manos. Una sonrisa deforme, extraviada, intentaba dibujarse en sus labios. Él se quedó parado unos segundos, sonrió con amargura y se dio media vuelta: subió otra vez a la comisaría.

Iliá Petróvich estaba sentado, rebuscando entre unos papeles. Delante de él estaba el tipo que había tropezado con Raskólnikov hacía un momento, mientras subía a la comisaría.

—¿Y eso? ¡Usted otra vez! ¿Se ha dejado algo?… ¿Qué le ocurre?

Raskólnikov, con los labios mortecinos y la mirada inmóvil, se acercó hasta él en silencio; llegó hasta la mesa, apoyó una mano en ella y quiso decir algo, pero fue incapaz; apenas se oyeron algunos sonidos inconexos.

—¡A usted le pasa algo! ¡Una silla! Tenga, ¡siéntese, siéntese! ¡Agua!

Raskólnikov se derrumbó en la silla, pero no apartó la vista del rostro de Iliá Petróvich, que estaba muy contrariado. Estuvieron observándose cerca de un minuto, esperando. Alguien llevó agua.

—Yo… —empezó Raskólnikov.

—Beba agua.

Raskólnikov apartó el agua y en voz baja, con pausas, pero con claridad, dijo:

—Yo fui quien mató a la vieja viuda y a su hermana Lizaveta con un hacha, y les robó.

Iliá Petróvich se quedó con la boca abierta. Acudió gente de todas partes.

Raskólnikov repitió su confesión.

EPÍLOGO

I

Siberia. A orillas de un río ancho y solitario se encuentra una ciudad[189], uno de los centros administrativos de Rusia; en la ciudad hay una fortaleza; en la fortaleza, una prisión. En esa prisión lleva ya nueve meses encerrado el convicto de segunda clase[190] Rodión Románovich. Había pasado cerca de año y medio desde el día del crimen.

En el juicio no se habían presentado grandes complicaciones. El criminal ratificó con firmeza, precisión y claridad su confesión, sin confundir las circunstancias, sin tratar de suavizarlas en su beneficio, sin alterar los hechos, sin olvidar el menor detalle. Contó minuciosamente todo el proceso del asesinato: explicó el misterio de la prenda (una pieza de madera recubierta de metal) que sostenía en sus manos la vieja muerta; contó pormenorizadamente cómo le había quitado las llaves a la víctima, describió el cofre y su contenido; incluso enumeró algunos objetos concretos que había dentro; explicó el misterio del asesinato de Lizaveta; contó cómo había aparecido Koch y había empezado a llamar a la puerta, y a continuación el estudiante, repitiendo todo lo que se habían dicho; cómo él, el asesino, había huido después por las escaleras y había oído los gritos de Mikolka y Mitka; cómo se había escondido en la vivienda vacía y cómo había llegado a su casa; por último, se refirió a la piedra en el patio de la avenida Voznesenski, al lado del portón, donde se encontraban los objetos y el monedero robados. En definitiva, lo explicó todo con mucha claridad. No obstante, tanto a los jueces de instrucción como a los magistrados les había parecido muy llamativo que hubiera escondido esos objetos y el monedero debajo de una piedra, en lugar de sacarles partido; les chocó, sobre todo, que no solo no fuese capaz de recordar con detalle las cosas que había robado, sino que ni siquiera fuese capaz de precisar su

número. Y parecía especialmente inverosímil el hecho de que no hubiese abierto ni una vez el monedero y no supiera cuánto dinero había dentro (en él aparecieron trescientos diecisiete rublos de plata y tres monedas de dos *grivny*; después de tanto tiempo debajo de la piedra, los billetes que estaban situados por encima del resto, los de mayor valor, se habían deteriorado seriamente). Perdieron mucho tiempo tratando de descubrir por qué mentía el acusado acerca de esta circunstancia, habiendo confesado todo lo demás de forma espontánea y veraz. Finalmente, algunos de los juristas —especialmente, los más inclinados a la psicología— admitieron la posibilidad de que, efectivamente, no hubiera mirado dentro del monedero y no supiera en consecuencia lo que había en él, y de que lo hubiera ocultado debajo de la piedra sin conocer su contenido; no obstante, a partir de ahí llegaron a la conclusión de que el crimen tenía que haberlo perpetrado necesariamente en un estado de enajenación mental transitoria, por así decir, presa de una obsesión patológica por el asesinato y por el robo, sin fines ulteriores y sin buscar ningún beneficio económico. Tal explicación, por cierto, se ajustaba como anillo al dedo a esa reciente teoría, ahora tan en boga, de la enajenación transitoria, que últimamente intentan aplicar a menudo a otros delincuentes. Además, la condición hipocondríaca del acusado fue confirmada de manera inequívoca por numerosos testigos, como el doctor Zósimov, los antiguos compañeros de Raskólnikov, su casera o el servicio. Todo esto apuntaba claramente a la conclusión de que no debía de ser ni mucho menos un asesino y un ladrón vulgar y corriente, sino algo bien distinto. Para gran decepción de los partidarios de este punto de vista, el propio asesino apenas intentó defenderse; a la pregunta crucial sobre los motivos concretos que podían haberlo impelido a cometer los asesinatos y el robo, respondió con toda claridad, con una crudeza brutal, que la causa de todo había que buscarla en su situación lamentable de pobreza y desamparo, así como en su deseo de abrirse paso en la vida con la ayuda de, al menos, tres mil rublos, que era la cantidad que esperaba encontrar en poder de la víctima. Si se había decidido

a cometer el crimen, había sido como consecuencia de su carácter pusilánime y atolondrado, exasperado, además, por las privaciones y los fracasos. A la pregunta de qué era lo que lo había llevado a entregarse, respondió sin ambages que había sido un sincero arrepentimiento. Su declaración resultó de mal gusto…

Con todo, la sentencia fue más benigna de lo que cabía esperar, a juzgar por el crimen perpetrado, tal vez, precisamente, porque el asesino no solo no quiso justificarse, sino que incluso manifestó una especie de deseo de exagerar su culpa. Se tomaron en consideración todas las circunstancias del caso, todas sus rarezas y peculiaridades. No había ninguna duda de la mala salud y la pobreza del criminal antes de la comisión del crimen. Que no hubiera sacado partido de lo robado se atribuyó en parte a los efectos del arrepentimiento que se había despertado en él, y en parte a la alteración de sus facultades mentales en el momento de cometer el crimen. El asesinato imprevisto de Lizaveta sirvió incluso de ejemplo que avalaba esta última hipótesis: ¡un hombre que comete dos asesinatos y se olvida, al mismo tiempo, de que se ha dejado la puerta abierta! Por último, que se hubiera presentado ante la justicia declarándose culpable, cuando el caso estaba extraordinariamente enmarañado a raíz de la falsa confesión de un fanático como Nikolái, debida a su postración, y en un momento en que no solo no había pruebas claras que apuntaran al verdadero culpable, sino que ni tan siquiera recaían sobre él las sospechas —Porfiri Petróvich había cumplido su palabra—, acabó de contribuir a aliviar la suerte del acusado.

Se pusieron de manifiesto además otros hechos, totalmente imprevistos, muy favorables para el encausado. El antiguo estudiante Razumijin descubrió de algún modo y pudo demostrar que el criminal Raskólnikov, cuando todavía estaba en la universidad, había ayudado con los últimos recursos de los que disponía a un pobre compañero de universidad, enfermo de tuberculosis, manteniéndolo a sus expensas durante medio año. Cuando murió ese compañero, se ocupó del padre —que aún vivía, aunque era un anciano consumido

— del fallecido (el cual había mantenido a su padre con su trabajo, prácticamente desde los trece años), consiguió ingresarlo en un hospital y se ocupó de enterrarlo cuando le llegó también a él su hora. Todos estos testimonios ejercieron una influencia positiva en el destino de Raskólnikov. Su antigua patrona, la viuda Zarnítsyna, madre de la difunta novia de Raskólnikov, declaró por su parte que, cuando todavía vivían en la otra casa, en las Cinco Esquinas, una noche se declaró un incendio, y el acusado sacó de un cuarto, que ya era pasto de las llamas, a dos niños pequeños, sufriendo quemaduras él mismo. Se investigó minuciosamente este hecho, que fue corroborado por numerosos testigos. Todo esto condujo, en definitiva, a que el asesino fuera condenado a trabajos forzados de segunda clase, solo por un período de ocho años, gracias a su reconocimiento espontáneo de los hechos y a determinadas circunstancias atenuantes.

Cuando el proceso acababa apenas de comenzar, la madre de Raskólnikov cayó enferma. Dunia y Razumijin encontraron la posibilidad de tenerla alejada de San Petersburgo durante toda la vista. Razumijin eligió una localidad situada en la línea férrea, a escasa distancia de la capital, para tener la posibilidad de seguir regularmente todos los detalles del proceso y poder verse con frecuencia, al mismo tiempo, con Avdotia Románovna. La enfermedad de Puljeria Aleksándrovna era poco común, de tipo nervioso, e iba acompañada de ciertos episodios de enajenación, cuando menos parcial. Cuando Dunia volvió a casa tras su última entrevista con su hermano, encontró a su madre en muy malas condiciones, con fiebre y delirando. Esa misma tarde acordó con Razumijin cómo debían responder a las preguntas de la madre sobre su hermano, e incluso se inventaron toda una historia sobre un largo viaje de Raskólnikov a los confines de Rusia, en una misión secreta que le reportaría finalmente fama y dinero. Pero, para su sorpresa, la propia Puljeria Aleksándrovna nunca les preguntó por ese asunto, ni entonces ni en lo sucesivo. Es más, ella misma salió con su propia versión de la repentina marcha de su hijo. Contó con lágrimas en los

ojos cómo había ido a despedirse de ella; al hacerlo, dio a entender que solo ella estaba al corriente de muchas circunstancias trascendentales y secretas, y que Rodia tenía muchos enemigos, y muy poderosos, por lo que estaba obligado a ocultarse. Por lo que respecta a su futura carrera, Puljeria Aleksándrovna no tenía ninguna duda de que sería brillante, una vez que hubiera superado todas esas circunstancias adversas; intentaba convencer a Razumijin de que su hijo, andando el tiempo, llegaría a ser un hombre de Estado, como demostraba su artículo y su brillante talento literario. Leía una y otra vez aquel artículo, incluso en ocasiones lo leía en alto y no se separaba de él ni para dormir; con todo, prácticamente nunca preguntaba dónde estaba Rodia, a pesar de que era evidente que Dunia y Razumijin evitaban tocar este tema en su presencia, algo que bien podía haber despertado sus recelos. Acabaron asustándose de aquel extraño silencio de Puljeria Aleksándrovna a propósito de ciertas cuestiones. Ni siquiera se quejaba, por ejemplo, de que ya nunca le llegaran cartas de él, mientras que antes, en su pequeña ciudad, vivía exclusivamente de la esperanza de recibir cuanto antes alguna carta de su amado Rodia. Este hecho era inexplicable y tenía muy preocupada a Dunia; se le ocurrió que tal vez su madre intuía algo horrible en relación con el destino de su hijo y tenía miedo de preguntar, no fuera a descubrir algo aún más horrible. En cualquier caso, Dunia se daba cuenta de que Puljeria Aleksándrovna no estaba en sus cabales.

En un par de ocasiones, sin embargo, fue la propia Puljeria Aleksándrovna la que llevó la conversación por unos derroteros que hacían imposible no referirse al paradero de Rodia; como las respuestas tuvieron que ser por fuerza imprecisas e inquietantes, Puljeria Aleksándrovna se quedó profundamente triste, y estuvo mucho tiempo abatida y taciturna. Dunia acabó dándose cuenta de lo difícil que era mentir y engañar, y llegó definitivamente a la conclusión de que lo mejor era guardar silencio sobre determinados puntos; sin embargo, cada vez estaba más claro, hasta resultar evidente, que su pobre madre se temía algo espantoso. Dunia recordó, entre otras

cosas, las palabras de su hermano: este había dicho que su madre había estado pendiente de sus delirios la noche que precedió al último día fatídico, después de su escena con Svidrigáilov. ¿No habría oído algo en aquella ocasión? Con cierta frecuencia, después de algunos días, si no eran semanas, de silencio lóbrego y sombrío y de lágrimas calladas, la enferma parecía revivir histéricamente y se ponía a hablar en voz alta, casi sin pausas, sobre su hijo, sobre sus esperanzas, sobre el futuro… Sus fantasías podían llegar a ser muy extrañas. La consolaban, le daban la razón (es posible que ella se diera perfecta cuenta de que le estaban dando la razón, de que intentaban consolarla), pero ella no paraba de hablar…

Cinco meses después de la confesión del criminal, se dictó la sentencia. En cuanto tuvo ocasión, Razumijin se entrevistó con Raskólnikov en la prisión. También Sonia. Por fin llegó el momento de la separación: Dunia le prometió a su hermano que no se separaban para siempre; lo mismo le dijo Razumijin. Con entusiasmo juvenil, Razumijin se aferró al proyecto de sentar las bases, en la medida de lo posible, de su futuro medio de vida en los tres o cuatro años siguientes, ahorrando algo de dinero y trasladándose a Siberia, una tierra rica en todos los sentidos, donde faltaban trabajadores, gente y capital; pretendía instalarse en la misma población en que estuviera Rodia y… empezar juntos una nueva vida. Todos lloraron al despedirse. Raskólnikov se había pasado los últimos días muy pensativo, preguntando a menudo por su madre, preocupándose por ella sin cesar. Sufría tanto por ella que Dunia acabó por alarmarse. Al conocer en detalle el estado de salud de su madre, su ánimo decayó mucho. Con Sonia se mostraba particularmente reservado a todas horas. Gracias al dinero que le había dejado Svidrigáilov, Sonia se había preparado hacía tiempo para seguir a la partida de convictos de la que formaría parte Raskólnikov. Cuando hablaba con él, jamás mencionaban este asunto, pero los dos sabían que sería así. En el momento de la despedida definitiva, Raskólnikov sonrió al oír las fervientes promesas de su hermana y de Razumijin sobre su radiante futuro, una vez que saliera de prisión; además, preveía que

la enfermedad de su madre tendría pronto un triste desenlace. Por fin, Sonia y él partieron.

Dos meses después Dúnechka contrajo matrimonio con Razumijin. La ceremonia fue triste y discreta. Entre los invitados se contaban, por cierto, Porfiri Petróvich y Zósimov. Últimamente Razumijin se mostraba como un hombre firmemente decidido. Dunia creía ciegamente que sacaría adelante todos sus proyectos; de hecho, era difícil no creer en él, pues hacía gala de una voluntad de hierro. Entre otras cosas, había vuelto a frecuentar las clases en la universidad, con ánimo de concluir sus estudios. Los dos estaban haciendo continuamente planes para el futuro; tenían la firme intención de trasladarse a Siberia. Mientras tanto, tenían sus esperanzas depositadas en Sonia…

Puljeria Aleksándrovna dio encantada su bendición a su hija para que se casara con Razumijin, pero después de la boda se quedó aún más triste y angustiada. Para proporcionarle unos momentos de satisfacción, Razumijin le contó, entre otras cosas, la historia de aquel estudiante y su pobre padre, y le explicó cómo Rodia había sufrido quemaduras un año antes, salvando a dos criaturas de morir abrasadas. Ambas noticias excitaron el juicio, ya de por sí bastante alterado, de Puljeria Aleksándrovna, y la llevaron poco menos que al éxtasis. No se cansaba de hablar de eso, e incluso se lo comentaba a la gente por la calle, a pesar de que Dunia siempre la acompañaba. En los coches públicos, en las tiendas, allí donde podía pillar a alguien que la escuchara, se ponía a hablar de su hijo, de su artículo, de cómo había ayudado a un estudiante, de cómo había sufrido quemaduras en un incendio y de todo lo demás. Dúnechka no sabía cómo hacerla callar. Aparte del riesgo que entrañaba aquel estado de ánimo exaltado y morboso, siempre cabía la posibilidad de que alguien, al oír nombrar a Raskólnikov, se acordara del proceso y empezara a hablar de él. Puljeria Aleksándrovna había averiguado las señas de la madre de los dos pequeños salvados en el incendio y quería ir a verla a toda costa. Finalmente, su nerviosismo traspasó todos los límites. A veces le

daba por llorar, caía enferma con frecuencia y sufría delirios febriles. Una mañana declaró abiertamente que, según sus cálculos, Rodia no tardaría en estar de vuelta, pues recordaba cómo, en el momento de despedirse, le había asegurado, precisamente, que regresaría al cabo de nueve meses. Empezó a arreglar la casa y a prepararse para el reencuentro; quería dejar listo el cuarto que le tenía destinado (que era el de ella), para lo cual limpió los muebles, fregó los suelos, cambió las cortinas, y cosas así. Dunia se alarmó, pero no dijo nada e incluso la ayudó a preparar el cuarto para cuando llegara el hermano. Después de un día agotador, consumido en continuas fantasías, en sueños felices y en lágrimas, aquella noche Puljeria Aleksándrovna recayó y por la mañana tenía fiebre y deliraba. Se le diagnosticó una calentura. Murió a las dos semanas. En su delirio, dejó escapar algunas palabras que permitían llegar a la conclusión de que sospechaba muchas más cosas sobre el terrible destino de su hijo de lo que se suponía.

Raskólnikov estuvo mucho tiempo sin tener noticias de la muerte de su madre, a pesar de que había mantenido correspondencia regular con San Petersburgo desde el momento mismo de su llegada a Siberia. Se realizaba por mediación de Sonia, quien todos los meses, regularmente, escribía a San Petersburgo a nombre de Razumijin, y con la misma regularidad recibía respuesta de la capital. Al principio las cartas de Sonia les parecían a Dunia y a Razumijin un tanto secas y decepcionantes, pero acabaron comprendiendo que no era posible escribirlas mejor, pues esas cartas, al fin y al cabo, transmitían una imagen precisa y cabal del destino de su pobre hermano. Las cartas de Sonia estaban impregnadas de la realidad cotidiana y describían con toda viveza y claridad las circunstancias de la vida de Raskólnikov en el penal. No se encontraba en ellas ni manifestaciones de sus propias esperanzas, ni conjeturas acerca del futuro, ni descripciones de sus sentimientos. En vez de tratar de interpretar el estado anímico de Raskólnikov o de analizar su vida interior, Sonia únicamente recogía los hechos, esto es, las palabras del propio condenado, las noticias concretas sobre su salud, y todo

aquello que este manifestaba en sus entrevistas: sus deseos, sus peticiones, sus encargos, y cosas así. Todas estas noticias se transmitían con una precisión extraordinaria. Finalmente, el retrato de su desdichado hermano se imponía por sí mismo, se dibujaba con toda exactitud y claridad; no podía haber allí ningún fallo, pues todos los datos eran fidedignos.

No obstante, las noticias que recibían Dunia y su marido, sobre todo al principio, eran escasamente reconfortantes. Sonia contaba una y otra vez que Raskólnikov estaba siempre de mal humor, no tenía ganas de hablar y ni siquiera se interesaba por las noticias que ella le comunicaba cada vez que le había llegado una carta. De vez en cuando preguntaba por su madre, hasta que un buen día, dándose cuenta Sonia de que él ya intuía la verdad, le confirmó que había fallecido; para sorpresa de ella, ni siquiera esta noticia le produjo una fuerte impresión, o al menos esa fue la sensación que dio por su aspecto externo. Sonia les contó, entre otras cosas, que, aunque Rodia aparentaba estar encerrado en sí mismo y ajeno a todo lo que veía a su alrededor, había afrontado su nueva vida de una manera muy directa y simple; que era perfectamente consciente de su situación, que no contaba con ninguna mejora en un futuro inmediato ni alimentaba vanas esperanzas de ninguna clase (algo muy común en su situación), y que apenas se sorprendía de nada en su nuevo ambiente, tan diferente del que había conocido hasta entonces. Informó de que estaba bien de salud. Hacía su trabajo sin resistirse y sin que tuvieran que apremiarlo. Con la comida se mostraba prácticamente indiferente, pero en vista de lo infame que era, excepto los domingos y festivos, acabó aceptando de buena gana algún dinero de Sonia para que no le faltara su té a diario; en todo lo demás le había pedido que no se preocupara por él, alegando que no le gustaba nada ocasionar molestias. En otra carta Sonia les contó que en prisión Raskólnikov compartía dormitorio con otros muchos convictos; ella no conocía el penal por dentro, pero había llegado a la conclusión de que vivían hacinados, en condiciones indignas e insalubres; que dormía en un camastro de madera, sobre

una tela de fieltro, y no aspiraba a nada mejor. Pero, si vivía de un modo tan incómodo, tan mísero, no era por una especie de decisión previa o en virtud de un proyecto de ningún tipo, sino sencillamente por falta de interés, por aparente indiferencia ante su suerte. Sonia contaba que, sobre todo al principio, sus visitas no solo no complacían a Raskólnikov, sino que casi lo irritaban, que se mostraba taciturno y hasta grosero con ella; pero después se acostumbró a aquellas entrevistas, y llegaron a serle tan necesarias que cayó en una profunda depresión en cierta ocasión en que Sonia estuvo varios días enferma y no pudo visitarlo por un tiempo. Los días de fiesta se veían en el portón de la prisión o en el cuerpo de guardia, adonde dejaban ir al preso unos minutos cuando ella lo llamaba; los demás días se acercaba ella a verlo a los talleres, a los tejares o a los cobertizos en la orilla del Irtysh. Sonia también contaba en sus cartas algo de sí misma: tenía ya algunos conocidos en la ciudad, y hasta disfrutaba de cierta protección; se dedicaba a coser y, dado que apenas había modistas en la ciudad, se había hecho imprescindible en muchas casas. Lo que no decía era que, gracias a ella, Raskólnikov gozaba del favor de las autoridades, que le habían aligerado la carga de trabajo, y cosas así. Finalmente, llegó la noticia (en las últimas cartas Dunia había advertido una inquietud y una angustia muy acusadas) de que Raskólnikov se aislaba de todo el mundo, de que los demás reclusos no le tenían ninguna estima, de que se pasaba días enteros sin decir una palabra y de que estaba pálido como un muerto. De pronto, en una nueva carta, Sonia escribía que Rodia había caído gravemente enfermo y lo habían ingresado en el hospital, en la sala destinada a los reclusos…

II

Llevaba un tiempo enfermo; pero ni los horrores de la vida del presidio, ni los trabajos, ni la comida, ni llevar la cabeza rapada, ni el uniforme lleno de remiendos habían podido con él: ¡oh, qué poco le importaban todos esos tormentos, todas esas miserias! Al contrario, casi se alegraba de tener que trabajar: agotado por el trabajo físico, al menos se procuraba varias horas de sueño tranquilo. Y ¿qué le importaba la comida, ese *shchi* aguado donde nadaban las cucarachas? Antes, como estudiante, a menudo lo había pasado peor. El uniforme era cálido y se adecuaba a su modo de vida. Los grilletes ni los sentía. ¿Tendría que sentirse avergonzado de su cabeza rapada y su chaquetilla parcheada? Pero ¿ante quién? ¿Ante Sonia?

Sonia le tenía miedo, ¿cómo iba a pasar él vergüenza delante de ella? Y, sin embargo, se avergonzaba incluso delante de Sonia, a la que, por ese mismo motivo, atormentaba con su desprecio y sus malos modales. Pero no se avergonzaba de su cabeza rapada ni de sus grilletes: estaba herido en su amor propio, y eran las heridas en su amor propio las que lo atormentaban. ¡Oh, qué feliz sería si pudiera culparse a sí mismo! En ese caso, habría podido soportarlo todo, hasta el oprobio y la vergüenza. Pero, aunque se sometió a un juicio riguroso, su encallecida conciencia no fue capaz de encontrar ninguna falta particularmente grave en su pasado, salvo, si acaso, un simple error como tantos otros. Lo que le avergonzaba, precisamente, era haberse condenado de un modo tan insensato e inapelable, tan desesperado y estúpido, por una sentencia ciega del destino, y tener que resignarse y someterse al absurdo de ese juicio si quería recuperar mínimamente la paz.

Una inquietud vaga y estéril en el presente y un sacrificio incesante en el futuro, que no conducía a nada: eso era todo lo que

le esperaba en este mundo. ¿De qué le servía saber que, pasados ocho años, solo tendría treinta y dos y podría empezar una nueva vida? ¿Para qué quería vivir? ¿Qué proyectos tenía? ¿Hacia dónde dirigir sus esfuerzos? ¿Vivir por el mero hecho de vivir? Antes, había estado dispuesto mil veces a renunciar a su existencia por una idea, por una esperanza, incluso por un capricho. La mera existencia siempre le parecía insuficiente, siempre quería más. Tal vez había sido la fuerza de sus deseos lo que le había hecho creer que era uno de esos hombres a quienes se les permite más que a los demás.

Si al menos el destino le hubiera enviado el arrepentimiento, un arrepentimiento lacerante que destroza el corazón, que quita el sueño; un arrepentimiento cuyos tormentos son tan espantosos que hacen soñar con la cuerda de la horca o con las aguas profundas… ¡Con qué satisfacción lo habría recibido! Sufrir y llorar también es vivir. Pero él no estaba en absoluto arrepentido de su crimen. ¡Habría podido, por lo menos, lamentar su estupidez, como se lamentaba en otros tiempos por las aberraciones y los desatinos que lo habían llevado a la prisión! Pero ahora, en el penal, en libertad, reconsiderando y volviendo a juzgar su conducta pasada, ya no la encontraba, ni mucho menos, tan aberrante y tan desatinada como entonces, en aquella época fatídica. «¿En qué sentido era mi idea —pensaba— más estúpida que las demás ideas y teorías que pululan y luchan entre sí desde que el mundo es mundo? Basta con mirar la cuestión con un criterio lo suficientemente independiente, amplio y libre de la influencia de los prejuicios cotidianos para que mi idea no parezca tan… extraña. Oh, detractores y sabios de tres al cuarto, ¿por qué os quedáis a medio camino?

»¿Por qué les parece tan monstruoso mi acto? —se preguntaba—. ¿Porque es un crimen? ¿Qué significa la palabra “crimen”? Tengo la conciencia tranquila. Sin duda, se ha cometido un acto criminal; sin duda, se ha infringido la letra de la ley y se ha derramado sangre; pues bien, tomad mi cabeza a cambio de la letra de la ley, y ¡asunto concluido! Pero, claro, en ese caso, muchos benefactores de la humanidad que no heredaron el poder, sino que lo conquistaron,

habrían tenido que ser entregados al verdugo al dar sus primeros pasos. Estos hombres, sin embargo, pudieron llegar hasta el final, y por eso están justificados; yo, en cambio, no supe llevar a buen término mi plan y, por lo tanto, no tenía derecho a dar siquiera el primer paso».

Ese era el único delito que admitía: no haber sido capaz de resistir y haber confesado.

También había otra idea que lo mortificaba: ¿por qué no se había suicidado entonces? ¿Por qué no se había lanzado al río y había preferido ir a entregarse? ¿Tan fuerte es el deseo de vivir, tan difícil es vencerlo? Svidrigáilov, sin embargo, lo había vencido, aun temiendo a la muerte.

Sufría al hacerse estas preguntas, y no podía comprender que, entonces, al borde del río, hubiera presentido ya la profunda mentira que había en sus convicciones. No comprendía que ese presentimiento hubiera podido ser el heraldo de un cambio de rumbo futuro en su vida, de una futura resurrección, de una forma distinta de ver las cosas en el futuro. Prefería atribuírselo a la fuerza oscura del instinto, que ni estaba en condiciones de vencer ni por encima de la cual podía pasar (una vez más, por debilidad, por insignificancia). Observando a sus camaradas de presidio, se asombraba de ver cómo amaban la vida, cómo la valoraban.

Incluso le parecía que en el penal aún la amaban y apreciaban más, la valoraban más que estando en libertad. ¡Qué padecimientos tan terribles, qué tormentos llegaban a soportar algunos de ellos! ¡Los vagabundos, por ejemplo! ¿Cómo podía tener tanto valor para ellos un simple rayo de sol, un bosque impenetrable, un manantial de aguas heladas en un rincón apartado, descubierto tres años antes, con el que todavía soñaba el vagabundo como podría soñar con el encuentro con la amada, viéndolo en sus sueños rodeado de hierba, mientras el pájaro cantaba en un arbusto? Cuanto más se fijaba en esa gente, más casos descubría que era incapaz de explicarse.

Sin duda, en el penal, en el ambiente que lo rodeaba, había muchas cosas en las que no se fijaba, y en las que no quería fijarse

en absoluto. Vivía como con los ojos clavados en el suelo: le repugnaba mirar, no lo podía soportar. No obstante, andando el tiempo, muchas cosas empezaron a llamarle la atención y, casi sin querer, acabó reparando en ciertas cosas que hasta entonces ni había sospechado. Sobre todo, le sorprendió el abismo terrible, infranqueable, que lo separaba de toda aquella gente. Era como si fuesen de distintas naciones. Se miraban con hostilidad y con recelo. Él conocía y comprendía las causas generales de esa separación, pero jamás había podido imaginarse que fuesen tan profundas y tan poderosas. También había en el penal deportados polacos, criminales políticos. Estos consideraban a toda aquella gente una chusma ignorante, y la miraban con desprecio, pero Raskólnikov no podía compartir ese punto de vista: tenía claro que muchos de aquellos ignorantes eran más inteligentes, en muchos sentidos, que los propios polacos. También había algunos rusos —un antiguo oficial y dos seminaristas— que despreciaban al pueblo; Raskólnikov veía claramente que estaban equivocados.

A él no lo querían, y nadie le hacía caso. Es más, acabaron odiándolo. ¿Por qué? No lo sabía. Lo despreciaban, se burlaban de él, se reían de su crimen otros que habían cometido peores crímenes que él.

—¡Eres un señorito! —le decían—. No tendrías que ir por ahí con un hacha; no es propio de señores.

En la segunda semana de Cuaresma le llegó el turno de ayunar con los de su pabellón. Fue a la iglesia a rezar con los demás. Un día, sin que llegara a saber por qué, se produjo un altercado; todos lo atacaron a la vez con rabia.

—¡Ateo! ¡No crees en Dios! —lo increpaban—. Deberían matarte.

Jamás había hablado con ellos ni de Dios ni de fe, pero querían matarlo por ateo; no dijo nada ni se enfrentó a ellos. Un presidiario se lanzó sobre él, ciego de ira; Raskólnikov lo esperó con calma y en silencio, sin pestañear, sin inmutarse. Un guardián consiguió interponerse a tiempo; de otro modo habría corrido la sangre.

Solo había una cuestión para la que no tenía respuesta: ¿por qué apreciaban tanto a Sonia? Ella no hacía nada para ganarse su favor; apenas la veían de vez en cuando, a veces solo cuando estaban trabajando y se acercaba un minuto a estar con él. Y, sin embargo, todos la conocían, y sabían que ella había ido hasta allí siguiéndolo a él, sabían cómo y dónde vivía. No les daba dinero ni les hacía especiales favores. Solo una vez, por Navidad, llevó un presente para todos los reclusos: empanadas y *kalachí*[191]. Pero poco a poco entre Sonia y ellos se fueron estableciendo unas relaciones más estrechas: ella les escribía las cartas a sus parientes y las llevaba al correo. Cuando sus familiares venían a la ciudad, depositaban en manos de Sonia, atendiendo las indicaciones de los reclusos, distintos objetos e incluso dinero. Sus mujeres y amantes la conocían e iban a visitarla. Y, cuando visitaba a Raskólnikov en el trabajo o se cruzaba con partidas de prisioneros que se dirigían a trabajar, todos se quitaban la gorra y se inclinaban ante ella. «*Mátushka* Sofia Semiónovna, ¡eres como una madre para nosotros, dulce y compasiva!», le decían unos reclusos rudos y estigmatizados a aquella criatura menuda y delgada. Ella sonreía y devolvía los saludos, y todos la adoraban cuando les sonreía. Adoraban incluso su manera de andar, y se volvían a mirarla según se alejaba, y la cubrían de elogios; también la elogiaban por ser tan menuda; realmente, ya no sabían qué más elogiar en ella. Incluso acudían a ella cuando estaban enfermos.

Raskólnikov estuvo ingresado en el hospital todo el final de la Cuaresma y en Semana Santa. Una vez que se restableció, recordó los sueños que había tenido en medio de la fiebre y los delirios. En su enfermedad, había soñado que el mundo entero estaba condenado, víctima de una peste terrible, inédita y desconocida, que se había extendido hasta Europa desde las profundidades de Asia. Todos iban a morir, salvo unos pocos, muy pocos, elegidos. Habían aparecido nuevas formas de triquina, unas criaturas microscópicas que invadían el cuerpo de las personas. Sin embargo, estas criaturas eran espíritus, dotados de inteligencia y voluntad. Las personas que

se veían invadidas por estos seres se volvían al instante rabiosas y dementes. Pero nunca se había creído nadie tan inteligente ni se había sentido tan seguro de sus convicciones como los infectados. Jamás había considerado la gente que sus sentencias, sus conclusiones científicas, sus convicciones y creencias morales fueran tan inamovibles. Poblaciones enteras, ciudades enteras, naciones enteras se contagiaban y enloquecían. Todos estaban alarmados y nadie comprendía al vecino, cada uno pensaba que él era el único depositario de la verdad, y sufría mirando a los demás, se daba golpes de pecho, lloraba y se retorcía las manos. No sabían cómo juzgar a cada quién, no podían ponerse de acuerdo a la hora de decidir lo que era el bien y lo que era el mal. No sabían a quién condenar y a quién absolver. Las personas se mataban entre sí, presas de una especie de furia insensata. Se reclutaban ejércitos enteros para atacar al enemigo, pero esos ejércitos, una vez movilizados, empezaban de pronto a desgarrarse internamente, se dispersaban las formaciones, unos soldados se lanzaban contra otros, acribillándose y degollándose, mordiéndose y devorándose los unos a los otros. En las ciudades las campanas tocaban a rebato todo el día: llamaban a toda la población, pero nadie sabía quién los convocaba ni para qué, y todos estaban alarmados. Se abandonaban los oficios más comunes, porque cada quien planteaba sus propias teorías, sus propias reformas, y era imposible entenderse. También se abandonó la agricultura. Aquí y allá se formaban grupos, se ponían de acuerdo para un fin concreto, juraban que no se separarían; pero enseguida cambiaban de criterio, empezaban a acusarse unos a otros, se peleaban y se mataban. Empezaron los incendios, empezó la hambruna. Todo y todos perecían. La epidemia crecía y cada vez estaba más extendida. Solo podían salvarse unos pocos individuos en todo el mundo, los más puros, los elegidos; estos estaban destinados a fundar una nueva humanidad y una nueva vida, a renovar y purificar la tierra. Pero nadie había visto en ninguna parte a estas personas, nadie había oído sus palabras ni sus voces.

Raskólnikov estaba angustiado, pues aquel delirio insano había marcado de un modo tan atroz sus recuerdos que durante mucho tiempo no se le fue de la cabeza la impresión de esos sueños febriles. Había llegado ya la segunda semana de Pascua; los días eran tibios, claros, primaverales; en la sala de los reclusos abrieron las ventanas (ventanas con rejas, al pie de las cuales los centinelas montaban guardia). Durante toda la enfermedad de Rodia, Sonia solo había podido visitarlo dos veces; había que solicitar un permiso en cada ocasión, y resultaba complicado. Pero iba a menudo al patio del hospital, sobre todo a la caída de la tarde, y se quedaba un minuto al pie de las ventanas para poder echar al menos un vistazo desde lejos. Una tarde, cuando ya casi estaba repuesto, Raskólnikov se durmió; al despertarse, se acercó distraído a la ventana y de repente vio a lo lejos a Sonia, que estaba junto al portón del hospital. Parecía esperar algo. En ese instante fue como si le traspasaran el corazón; se estremeció y se apartó de la ventana. Al día siguiente Sonia no fue al hospital, tampoco al siguiente; Raskólnikov se dio cuenta de que la esperaba con impaciencia. Finalmente le dieron el alta. Al volver al penal, se enteró por otros presos de que Sofia Semiónovna había caído enferma, estaba en cama y no salía de casa.

Se quedó muy intranquilo, y mandó a preguntar por ella. Enseguida se enteró de que su enfermedad no era grave. Sonia, a su vez, al saber que él estaba inquieto y se había interesado por ella, le mandó una nota, escrita a lápiz, en la que le hacía saber que estaba bastante mejor, que solo padecía un leve enfriamiento, sin mayores consecuencias, y que pronto, muy pronto, iría a verlo al trabajo. Mientras leía esta nota, a Raskólnikov le palpitaba con fuerza, dolorosamente, el corazón.

Era un día tibio y luminoso. Muy temprano, a eso de las seis, se dirigió a su trabajo, en la orilla del río, donde en un cobertizo habían instalado un horno para el alabastro, y allí era donde se molía. Solo habían mandado a tres reclusos para esta tarea. Uno de ellos, acompañado por un guardián, fue a la fortaleza en busca de alguna herramienta; otro se dedicó a preparar la madera y a meterla en el

horno. Raskólnikov salió del cobertizo y se sentó en unos troncos amontonados junto al cobertizo, en la misma orilla, y se quedó mirando el río, ancho y desolado. Desde la escarpada orilla se abría ante él un amplio panorama. De la otra orilla, bastante lejana, le llegaban muy débilmente las notas de una canción. Allí, en la estepa inabarcable, bañada por el sol, apenas se vislumbraban las yurtas de los nómadas, como unos puntos negros. Allí estaba la libertad, y allí vivía otra gente, muy diferente a la de este lado; allí hasta el mismo tiempo parecía haberse detenido, como si aún no hubiera pasado la era de Abraham y de sus rebaños. Raskólnikov observaba inmóvil, sin apartar la vista; su pensamiento dejaba paso al sueño, a la contemplación; no pensaba en nada concreto, pero sentía una angustia inquietante y dolorosa.

De pronto descubrió a Sonia a su lado. Se había acercado sin hacer ruido y se había sentado muy cerca de él. Era todavía muy temprano, el frescor matinal aún no se había suavizado. Sonia llevaba puesta una vieja esclavina y una pañoleta verde. Aún había en su cara algunas huellas de la enfermedad: estaba más flaca y más pálida, y tenía las mejillas hundidas. Sonrió cordial y alegremente a Raskólnikov y, como de costumbre, le tendió la mano con timidez.

Siempre le tendía la mano de ese modo, a veces ni siquiera se la ofrecía, como si tuviera miedo de que él la fuera a rechazar. Rodia siempre se la cogía como de mala gana, cada vez que se veían parecía disgustado y en ocasiones se obstinaba en no abrir la boca todo el tiempo que estaban juntos. Algunos días ella temblaba en su presencia y se marchaba con una profunda amargura. Pero esta vez sus manos no se separaron; él le dirigió una mirada rápida, sin decir nada, y clavó la vista en el suelo. Estaban solos, nadie los veía. El guardián se había alejado un rato.

Ni él mismo supo cómo sucedió, pero de pronto fue como si algo se apoderase de él, y se arrojó a los pies de Sonia. Lloraba y le abrazaba las rodillas. En un primer momento ella se asustó terriblemente, y se quedó demudada. Se puso en pie de un salto y se

quedó mirándola, temblorosa. Pero enseguida, en ese mismo instante, comprendió. Una alegría ilimitada iluminó sus ojos; había comprendido, sin ningún género de dudas, que la quería, que la quería infinitamente y que por fin había llegado ese momento…

Habrían querido decir algo, pero eran incapaces. Apenas podían contener las lágrimas. Los dos estaban pálidos y delgados; pero en esos rostros enfermos y demacrados apuntaba ya el amanecer de un futuro renovado, colmado por la resurrección a una nueva vida. El amor los había resucitado, el corazón de cada uno de ellos contenía inagotables fuentes de vida para el corazón del otro.

Decidieron esperar y ser pacientes. Aún les quedaban siete años; y, mientras tanto, ¡cuántos tormentos insoportables y cuánta dicha infinita! Pero él había resucitado, y lo sabía, lo sentía plenamente con todo su ser renovado, y ella… ¡ella vivía únicamente en la vida de él!

Aquella misma tarde, cuando ya habían cerrado las puertas del barracón, Raskólnikov, acostado en su camastro, pensaba en ella. Ese día tuvo incluso la impresión de que todos los reclusos, sus enemigos hasta entonces, lo miraban ya de otra manera. Hasta se había animado a dirigirles la palabra, y ellos le habían respondido afablemente. En esos momentos se acordó de ese detalle, y pensó que así era como tenía que ser: ¿acaso no iba a cambiar todo en lo sucesivo?

Pensaba en ella. Recordaba cómo la había hecho sufrir sin tregua, cómo le había destrozado el corazón; recordaba su carita delgada y pálida, pero ahora ya casi no sufría al recordarlo: sabía con qué amor infinito iba a expiar todos sus tormentos.

Y ¡qué importaban ya todos los pesares del pasado! Todo, incluido su crimen, incluida la sentencia y la deportación, le parecía ahora, en primera instancia, algo ajeno a él, algo extraño, algo que no le había sucedido de verdad. De todas maneras, aquella tarde no se sentía capaz de pensar mucho tiempo en lo mismo, de concentrarse en ninguna idea; en ese momento no tomó ninguna decisión consciente; se limitó a sentir. En lugar de la dialéctica se

impuso la vida, y algo completamente nuevo tenía que madurar en su conciencia.

Guardaba un Evangelio debajo de la almohada. Lo cogió maquinalmente. El libro era de ella, era el mismo ejemplar donde le había leído el episodio de la resurrección de Lázaro. Cuando empezó a cumplir su condena, Raskólnikov pensó que Sonia lo abrumaría con la religión, que no pararía de hablarle del Evangelio, que lo obligaría a leer una serie de libros. Pero, para su enorme sorpresa, no le habló ni una vez de esta cuestión y ni siquiera le sugirió que leyera el Evangelio. Fue él quien se lo pidió poco después de su enfermedad, y ella se lo llevó sin decir nada. Hasta ese día no lo había abierto.

Tampoco lo abrió entonces, pero le vino una idea a la cabeza: «¿Pueden ahora sus convicciones no ser también mis convicciones? Por lo menos, sus sentimientos, sus afanes»…

También ella se pasó todo el día inquieta, y por la noche volvió a caer enferma. Era tan feliz que casi le daba miedo su felicidad. Siete años, ¡solo siete años! En los comienzos de su felicidad, en algunos momentos se sentían capaces de afrontar aquellos siete años como si fuesen siete días. Él ni siquiera sabía que la nueva vida no se le daría de balde, que tendría que comprarla cara, pagando por ella con enormes sacrificios…

Pero aquí ya empieza una nueva historia, la historia de la renovación paulatina de un hombre, la historia de su lenta regeneración, de su paso gradual de un mundo a otro, de su conocimiento de una realidad nueva, totalmente ignorada hasta entonces. Ese podría ser el tema de una nueva narración, pero la nuestra ha terminado.

Alba

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos XIX y XX).



FYODOR MIKHAILOVICH DOSTOYEVSKY (11 noviembre 1821, Moscú, Rusia - 9 febrero 1881, San Petersburgo, Rusia). Novelista ruso. Educado por su padre, un médico de carácter despótico y brutal, encontró protección y cariño en su madre, que murió prematuramente. Al quedar viudo, el padre se entregó al alcohol, y envió finalmente a su hijo a la Escuela de Ingenieros de San Petersburgo, lo que no impidió que se apasionara por la literatura y empezara a desarrollar sus cualidades de escritor.

A los dieciocho años, la noticia de la muerte de su padre, torturado y asesinado por un grupo de campesinos, estuvo cerca de hacerle perder la razón. Ese acontecimiento lo marcó como una revelación, ya que sintió ese crimen como suyo, por haber llegado a desearlo inconscientemente. Al terminar sus estudios, tenía veinte años; decidió entonces permanecer en San Petersburgo, donde ganó algún dinero realizando traducciones.

La publicación, en 1846, de su novela epistolar *Pobres gentes*, que estaba avalada por el poeta Nekrásov y por el crítico literario Belinski, le valió una fama ruidosa y efímera, ya que sus siguientes obras, escritas entre ese mismo año y 1849, no tuvieron ninguna repercusión, de modo que su autor cayó en un olvido total.

En 1849 fue condenado a muerte por su colaboración con determinados grupos liberales y revolucionarios. Indultado momentos antes de la hora fijada para su ejecución, estuvo cuatro años en un presidio de Siberia, experiencia que relataría más adelante en *Recuerdos de la casa de los muertos*. Ya en libertad, fue incorporado a un regimiento de tiradores siberianos y contrajo matrimonio con una viuda con pocos recursos, Maria Dmítrievna Isáieva.

Tras largo tiempo en Tver, recibió autorización para regresar a San Petersburgo, donde no encontró a ninguno de sus antiguos amigos, ni eco alguno de su fama. La publicación de *Recuerdos de la casa de los muertos* (1861) le devolvió la celebridad. Para la redacción de su siguiente obra, *Memorias del subsuelo* (1864), también se inspiró en su experiencia siberiana. Soportó la muerte de su mujer y de su hermano como una fatalidad ineludible. En 1866 publicó *El jugador*, y la primera obra de la serie de grandes novelas que lo consagraron definitivamente como uno de los mayores genios de su época, *Crimen y castigo*. La presión de sus acreedores lo llevó a abandonar Rusia y a viajar indefinidamente por Europa junto a su nueva y joven esposa, Ana Grigorievna. Durante uno de esos viajes su esposa dio a luz una niña que moriría pocos días después, lo cual sumió al escritor en un profundo dolor.

A partir de ese momento sucumbió a la tentación del juego y sufrió frecuentes ataques epilépticos. Tras nacer su segundo hijo, estableció un elevado ritmo de trabajo que le permitió publicar obras como *El idiota* (1869) o *Los endemoniados* (1870), que le proporcionaron una gran fama y la posibilidad de volver a su país, en el que fue recibido con entusiasmo. En ese contexto emprendió la

redacción de *Diario de un escritor*, obra en la que se erige como guía espiritual de Rusia y reivindica un nacionalismo ruso articulado en torno a la fe ortodoxa y opuesto al decadentismo de Europa occidental, por cuya cultura no dejó, sin embargo, de sentir una profunda admiración.

En 1880 apareció la que el propio escritor consideró su obra maestra, *Los hermanos Karamazov*, que condensa los temas más característicos de su literatura: agudos análisis psicológicos, la relación del hombre con Dios, la angustia moral del hombre moderno y las aporías de la libertad humana. Máximo representante, según el tópico, de la «novela de ideas», en sus obras aparecen evidentes rasgos de modernidad, sobre todo en el tratamiento del detalle y de lo cotidiano, en el tono vívido y real de los diálogos y en el sentido irónico que apunta en ocasiones junto a la tragedia moral de sus personajes.

Notas

[1] Con toda probabilidad, se trata de la travesía Stoliarny (literalmente, «de los carpinteros»), situada en el distrito Admiralteiski («del Almirantazgo») de San Petersburgo. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor*]. **<<**

[2] El puente Kokushkin, en el canal de Griboiédov. **<<**

[3] La plaza Sennaia (literalmente, plaza «del heno», por el mercado que allí funcionaba desde el siglo XVIII) está situada en el centro de San Petersburgo; el barrio que rodea a esta plaza era conocido por su mal ambiente. **<<**

[4] Zimmerman era un famoso fabricante y vendedor de sombreros de San Petersburgo; el propio Dostoievski había sido cliente suyo. **<<**

[5] Literalmente, «padrecito»; tratamiento entre familiar y respetuoso dirigido a religiosos, parientes, vecinos y amigos. **<<**

[6] Así en el original (*krúglogo stola ovalnoi forme*). En su momento, Mijaíl Katkov, editor del *Russki véstnik* [El Mensajero Ruso], revista en la que se publicó *Crimen y castigo*, ya advirtió a Dostoievski de lo chocante de esta expresión y le aconsejó corregirla; al parecer, el escritor, tras una breve reflexión, decidió dejarla tal cual. **<<**

[7] Son relativamente comunes en la prosa rusa estos cambios de tratamiento, pasándose del «usted» al «tú» y viceversa en función, entre otras cosas, de los cambios de humor de los interlocutores. **<<**

[8] La *grivna* (en plural, *grivny*) o *grívennik* era la moneda de 10 kopeks; así pues, el interés que cobra la vieja es nada menos que del diez por ciento mensual. **<<**

[9] La *sibirka* (literalmente, «siberiana») era una prenda de abrigo semejante al caftán, de largos faldones y paño grueso; su uso estaba extendido entre los comerciantes y otros miembros de las clases medias urbanas. **<<**

[10] Dostoievski parodia unos versos de un célebre vodevil, *Comedia con tío*, obra del actor y dramaturgo Piotr Ivánovich Grigóriev, conocido como Grigóriev I (1806-1871). **<<**

[11] Prenda de abrigo tradicional rusa, fruncida en la cintura. **<<**

[12] En la Tabla de Rangos del Imperio ruso, introducida en 1722 por Pedro I, el grado de consejero titular (*tituliarny sovétnik*) era el noveno, de un total de quince. **<<**

[13] El pasaporte amarillo (o «carta amarilla») era el documento de identidad —que funcionaba al mismo tiempo como permiso de residencia, permiso de trabajo y tarjeta sanitaria— que, desde 1843, estaban obligadas a llevar consigo las mujeres del Imperio ruso que pretendían practicar legalmente la prostitución. **<<**

[14] Mateo, 10, 26. **<<**

[15] El *shtof* era una unidad rusa de volumen, equivalente a 1,23 litros, aproximadamente. **<<**

[16] Sonia y su diminutivo Sónechka son formas hipocorísticas del nombre Sofia. **<<**

[17] *Fisiología de la vida cotidiana*, obra del filósofo y crítico literario inglés George Henry Lewes (1817-1878), conocido por su relación con la novelista George Eliot; la edición original (*Physiology of Common Life*) se publicó en 1859, mientras que la primera edición rusa data de 1861. **<<**

[18] Tela ligera de lana, empleada en la confección de chales, toquillas y otras prendas similares. **<<**

[19] Salmos, 68, 3. **<<**

[20] Canción compuesta por el músico y actor Yevgueni Ivánovich Klimovski (1824-1866) sobre un poema de Alekséi Vasílievich Koltsov (1809-1842). **<<**

[21] 1 Tesalonicenses, 5, 2. **<<**

[22] El puente Egipcio sobre el río Fontanka, en San Petersburgo, fue construido en 1826; tenía motivos ornamentales de estilo egipcio, como esfinges y jeroglíficos. En 1905 el puente primitivo, un puente colgante, se hundió al paso de un escuadrón de caballería. En 1955 se erigió en su lugar uno nuevo, sustentado sobre un arco metálico, y se recuperaron los elementos egipcios en la ornamentación. **<<**

[23] Cita algo alterada de Lucas, 7, 47. **<<**

[24] Embutido típico de Rusia; por lo general, su aspecto recuerda al del salchichón, si bien existen numerosas variedades de este producto. **<<**

[25] El *shchi* (o *schi*) es una sopa de col, muy popular en Rusia. **<<**

[26] El *lot* (en plural, *loty*) era una antigua medida rusa de masa, que equivalía a unos 12,8 gramos; entre otros usos, se aplicaba comúnmente a la determinación de las tarifas postales. **<<**

[27] Forma hipocorística del nombre Rodión. **<<**

[28] Dunia y su diminutivo Dúnechka son formas hipocorísticas del nombre Avdotia. **<<**

[29] En la Tabla de Rangos, el grado de consejero áulico —o consejero de corte— (*nadvorny sovétnik*) ocupaba la séptima posición, de un total de quince. **<<**

[30] El Senado ruso en el siglo XIX no era una cámara legislativa, sino un órgano esencialmente judicial, con funciones análogas a las de un Tribunal Supremo. **<<**

[31] Dadas las exigencias del calendario litúrgico ortodoxo, las bodas solían celebrarse en Rusia en los períodos libres de ayuno, los llamados *miasoiedy* (literalmente, «de consumo de carne»). La vigilia de la Asunción duraba del 1 al 15 de agosto; la boda, por tanto, tendría que celebrarse o bien antes del 1 de agosto (recordemos que la acción de la novela se inicia «a primeros de julio») o bien a partir del 15 de este mes, durante el llamado *miasoied* de otoño, que se extendía hasta el 14 de noviembre. **<<**

[32] Isla en la que se sitúa una buena parte del centro histórico de San Petersburgo. **<<**

[33] La avenida Voznesenski (*Voznesenski prospekt*), una de las arterias principales del centro de la ciudad. **<<**

[34] La orden de Santa Ana, una de las más destacadas condecoraciones del Imperio ruso. **<<**

[35] Tras la llamada Guerra de los Ducados, en la que Austria y Prusia derrotaron a Dinamarca, esta se vio obligada a renunciar, en la Paz de París (octubre de 1864), a su dominio sobre los ducados de Schleswig y Holstein, que acabarían integrándose en el reino de Prusia. **<<**

[36] Del mar Báltico (en alemán en el original). Aunque desde comienzos del siglo XVIII los alemanes del Báltico oriental —asentados a partir de la Edad Media en territorios de las actuales Letonia y Estonia, así como de la propia Rusia— eran súbditos del Imperio ruso, constituían una élite política, económica y cultural a la que estaban sometidas las poblaciones autóctonas, como los letones. **<<**

[37] El bulevar Konnogvardeiski (es decir, «de la guardia montada», por el regimiento de caballería que allí se apostaba) se encuentra en el distrito Admiralteiski, en el centro histórico de San Petersburgo. **<<**

[38] Curiosamente, fue en julio de 1865, mientras Dostoievski trabajaba en la redacción de la novela, cuando se publicó la orden por la que se permitía fumar en las calles de San Petersburgo. **<<**

[39] Es decir, medía doce *vershkí* (algo menos de 55 centímetros, pues cada *vershok* equivalía a unos 4,45 centímetros), sumados a los dos *arshiny* (esto es, 1,42 metros) que se consideraban el mínimo esperable para un adulto; así pues, la estatura del personaje es de, aproximadamente, 1,97 metros. Esta pintoresca manera de calcular la estatura era común entre los rusos. **<<**

[40] El Málaia Nevá (o «Pequeño Nevá») es uno de los muchos brazos —el segundo en anchura, después del Bolshaia Nevá («Gran Nevá») — que parten del río Nevá para ir a desembocar en el golfo de Finlandia, formando el delta en el que se asienta la ciudad de San Petersburgo. El puente Tuchkov, sobre el Málaia Nevá, comunica la isla Vasílievski con el conjunto de islas —entre ellas la isla Petrovski, mencionada algo más abajo— que forman el distrito conocido en el siglo XIX como Peterbúrgskaia Storoná (más tarde rebautizado como Petrográdskaia Storoná). **<<**

[41] Plato dulce, elaborado con granos de cereal, a los que se añaden azúcar o miel, pasas, nueces y otros frutos. Está asociado a ciertas celebraciones religiosas ortodoxas, especialmente de carácter funerario. **<<**

[42] Tocado tradicional ruso, propio de las mujeres casadas. **<<**

[43] La escena evoca unos versos del poeta ruso Nikolái Alekséievich Nekrásov (1821-1877) que aparecen en la sección «Antes del crepúsculo», perteneciente al ciclo lírico *Del tiempo (Impresiones callejeras)* (1859); a ellos se refiere expresamente Iván Karamázov en la conversación que tiene con su hermano Aliosha en el Capítulo IV («La rebelión») del Libro Quinto de *Los hermanos Karamázov*. **<<**

[44] La travesía Konny (*Konny pereúlok*), literalmente «de los caballos», por un antiguo mercado que allí había existido en el siglo XVIII. **<<**

[45] En la Tabla de Rangos, el grado de registrador colegiado (*kollezhski reguistrátor*) era el más bajo de los quince existentes. **<<**

[46] En la Tabla de Rangos, el grado de secretario colegiado (*kollezhski sekretar*) ocupaba la décima posición, de las quince existentes. En el capítulo anterior, Aliona Ivánovna había sido descrita como viuda de un «registrador colegiado», un grado mucho más modesto que el de secretario colegiado. **<<**

[47] Algo más de 1,77 metros. **<<**

[48] De 4,45 centímetros de ancho y 35,6 centímetros de largo, aproximadamente. **<<**

[49] Un *arshín* equivalía, aproximadamente, a 0,71 metros. **<<**

[50] Con el término *chujontsy* (plural de *chujónets*) se designaba peyorativamente a los estonios, fineses, carelios y otros pueblos finougrios que habitaban en las regiones septentrionales del Imperio ruso. **<<**

[51] Se lo agradezco. **<<**

[52] En la Tabla de Rangos, el grado de asesor colegiado (*kollezhski asésor*) era el octavo, de un total de quince. **<<**

[53] Todo, por completo. **<<**

[54] Aquí: su frac. **<<**

[55] Hay que. **<<**

[56] Imprimida, publicada. **<<**

[57] Breve servicio religioso ortodoxo, celebrado con fines petitorios o como acción de gracias. **<<**

[58] Un *artélshchik* (en plural, *artélshchiki*) era un miembro de un *artel*, una cooperativa de trabajadores. **<<**

[59] El *pud* (en plural, *pudy*) era una antigua unidad rusa de masa, equivalente a unos 16,38 kilogramos. **<<**

[60] Medio rublo. **<<**

[61] Aleksandr Nikoláievich Radíshchev (1749-1802), escritor, filósofo y político ilustrado; fue autor, entre otras obras, del *Viaje de San Petersburgo a Moscú* (1790), que le valió una condena a destierro en Siberia. **<<**

[62] En la isla Vasílievski, cada una de las calles paralelas que comunican el Málaia Nevá con el Bolshaia Nevá se conoce como «línea» (*linia*), y no tiene nombre, sino número. En el siglo XVIII se había proyectado construir un canal en medio de cada una de estas calles, por lo que se asignaron números distintos a lo que iban a ser orillas opuestas de un canal (las llamadas «líneas»); finalmente, los canales nunca se construyeron, pero se mantuvo la numeración correlativa para lo que acabaron siendo las dos aceras de una misma calle. En el caso de la Primera Línea (*Pérvaia linia*), la acera de enfrente se llama, excepcionalmente, Línea Kadétskaia (*Kadétskaia linia*); a partir de ahí, las calles siguientes se denominan Segunda y Tercera Línea, Cuarta y Quinta Línea, etcétera. **<<**

[63] Diminutivo de Pasha; esta forma hipocorística designa aquí a Praskovia Pávlovna, acaso por influjo del patronímico —Pávlovna—, pues habitualmente Pasha se asocia al nombre masculino Pável. **<<**

[64] Aunque ambos apellidos tienen la misma raíz, la forma Vrazumijin remite al verbo *vrazumit* («persuadir, hacer entrar en razón»), mientras que Razumijin apunta de forma más inmediata a la raíz *rázum* («razón, juicio, intelecto»). **<<**

[65] El rábano picante o rábano rusticano (*Armoracia rusticana*), muy popular en Rusia, de donde es originario, además de emplearse como condimento tiene también numerosas propiedades medicinales. **<<**

[66] Aunque las formas en —*ov/-ova* son propias de los apellidos rusos y las formas en —*ovich/-ovna* lo son de los patronímicos (derivados del nombre de pila del padre), en el siglo XIX no son raras en el habla popular las vacilaciones entre ambos modelos de formación de palabras. **<<**

[67] En referencia al político británico Henry John Temple, vizconde de Palmerston (1784-1865), jefe del partido conservador y primer ministro del Reino Unido; en el momento de la redacción de *Crimen y castigo* se encontraba, por tanto, en el ocaso de su carrera política y de su vida. **<<**

[68] La denominación informal de los pantalones se explica por la paronimia, en ruso, de los términos correspondientes a «pantalones» (*shtany*) y «Estados» (*shtaty*). **<<**

[69] El *piatak* (en plural, *piatakí*) era la moneda de cinco kopeks. **<<**

[70] El propio Dostoievski encargaba los trajes a Charmère, un célebre sastre de San Petersburgo. **<<**

[71] Aunque había entonces en San Petersburgo más de un establecimiento hostelero con ese nombre, podría tratarse de una alusión a la célebre novela *¿Qué hacer?* (1863), de Nikolái Gavrílovich Chernyshevski (1828-1889), obra que ejerció una influencia colosal en el movimiento revolucionario ruso de la época. En ella, en el cuarto sueño de la protagonista, Vera Pávlovna, aparece un moderno y llamativo edificio de cristal, inspirado, sin duda, en el Crystal Palace londinense. Dostoievski ya se había referido a este edificio en su obra *Apuntes del subsuelo*, y más tarde, en *Los demonios*, retomará, con más claridad, las referencias a *¿Qué hacer?* y a la arquitectura moderna como instrumento de transformación social. **<<**

[72] La forma Mikolái —con «m» inicial, como en numerosas lenguas centroeuropeas: ucraniano, polaco, checo, húngaro, etcétera— es variante popular y dialectal de Nikolái, forma estándar en ruso que aparece en otros pasajes de la novela. **<<**

[73] Variante popular del nombre masculino Dmitri; también aparece en la novela la forma hipocorística Mitka. **<<**

[74] Tanto Peskí como Kolomna son dos barrios históricos de San Petersburgo. **<<**

[75] El *shkálik* era una unidad rusa de volumen, equivalente a 0,06 litros, aproximadamente; se empleaba sobre todo en las tabernas, como medida para el vino y el vodka. **<<**

[76] Pañuelo, cinta ancha o simple pedazo de tela empleado a modo de cinturón. **<<**

[77] Xavier Jouvin (1801-1844), célebre fabricante de guantes francés.
<<

[78] Cuando Dostoievski escribe *Crimen y castigo*, Rusia vive inmersa en la etapa de reformas políticas y sociales que caracterizaron el reinado del zar Alejandro II (1855-1881) —especialmente, su primera fase—, cuyo resultado más palpable fue la abolición del régimen de servidumbre en 1861; no obstante, el impulso reformista, muy debilitado a raíz del levantamiento nacional polaco —la llamada Insurrección de Enero (1863-1864)—, se fue diluyendo paulatinamente. **<<**

[79] Como hace a menudo en sus obras, Dostoievski introduce referencias a hechos reales y de rigurosa actualidad; curiosamente, ese «profesor de historia universal» era Aleksandr Timoféievich Neófitov, pariente lejano, por vía materna, del propio escritor. **<<**

[80] Se trata del asesinato del secretario de la embajada rusa en París, muerto a manos del teniente A. V. Nikitchenko; al parecer, a este se le había denegado una ayuda económica para regresar a Rusia. **<<**

[81] Individuo que se dedica a pasear despreocupadamente, sin rumbo fijo, como un observador de la moderna vida urbana. **<<**

[82] Localidad situada en Rusia central, a unos 136 kilómetros al sudeste de Moscú. **<<**

[83] Hay en el original un juego de palabras con los términos, etimológicamente emparentados, *uiezd* («distrito; división administrativa de una provincia») y *yézdil* («ha viajado»). **<<**

[84] Prenda de abrigo de sayal, usual entre los campesinos rusos. **<<**

[85] La idea está tomada de la novela *Nuestra Señora de París* (1831), de Victor Hugo, cuya traducción al ruso había sido publicada en 1862 en la revista *Vremia* [Tiempo], dirigida por los hermanos Fiódor y Mijaíl Dostoievski. **<<**

[86] Johann Luzius Isler (1810-1877) fue un célebre empresario hostelero, nacido en Suiza, aunque criado en San Petersburgo; entre otras cosas, fue el propietario de un popular lugar de esparcimiento (un restaurante con conciertos, espectáculos teatrales, fuegos artificiales, etcétera), el *Zavedenie iskússtvennyj mineralnyj vod* [Establecimiento de aguas minerales artificiales], situado a las afueras de San Petersburgo. En 1865, se exhibió en él a una pareja de enanos mexicanos, los hermanos Máximo y Bartola, mundialmente famosos, presentados como «los últimos aztecas» o «los aztecas liliputienses». **<<**

[87] Además de la importancia objetiva que los incendios habían tenido siempre en Rusia (donde la inmensa mayoría de los edificios eran de madera), hay que tener presente que en aquellos años la policía había acusado —por lo general, sin pruebas— a la juventud revolucionaria, muy activa en la década de 1860, de provocar intencionadamente algunos de ellos, y la cuestión era ampliamente debatida en la prensa. **<<**

[88] *Moskovskie védomosti* [Las Noticias de Moscú], periódico publicado en Moscú de 1756 a 1918. **<<**

[89] Jóvenes inexpertos. **<<**

[90] Basta de charla. **<<**

[91] Denominación coloquial de San Petersburgo. **<<**

[92] El llamado «decano de la nobleza» o «mariscal de la nobleza» (*predvodítel dvorianstva*) era el representante de la nobleza de un distrito o una provincia ante las autoridades gubernativas. **<<**

[93] El grado de gentilhombre de cámara (*kámer-yúnker*, término tomado del alemán *Kammerjunker*) formaba parte de los grados cortesanos, y equivalía al de consejero colegiado en el servicio civil, el cual ocupaba la sexta posición en la Tabla de Rangos. **<<**

[94] Sombrilla. **<<**

[95] Este comentario tiene un marcado acento autobiográfico. Como es sabido, Dostoievski fue detenido en abril de 1849 por su pertenencia al llamado Círculo Petrashevski, opuesto a la autocracia zarista y al régimen de servidumbre; en diciembre de ese año la mayoría de los miembros del grupo —entre ellos, el propio Dostoievski— fueron condenados a muerte, si bien el tribunal decidió, secretamente, la conmutación del castigo por penas de destierro y trabajos forzados. El 22 de diciembre de 1849 los reos fueron sometidos a un simulacro de ejecución en San Petersburgo, y solo entonces se les comunicó la pena definitiva. **<<**

[96] Héroe de la épica rusa tradicional. **<<**

[97] Antón Grigórievich Rubinstein (1829-1894), pianista, director de orquesta y compositor ruso, amigo de Dostoievski. **<<**

[98] La *katsaveika* (en plural, *katsaveiki*) era una especie de chaquetilla de punto femenina, guateada o forrada en piel. **<<**

[99] «Reventad, perros, si no estáis contentos». La frase está tomada de *Los miserables* (1862) de Victor Hugo. **<<**

[100] El cementerio de San Mitrofán de San Petersburgo (fundado en 1831) era uno de los más populares de la capital; estaba destinado fundamentalmente a las clases más humildes y a personas sin recursos. **<<**

[101] Se alude al pobre Lázaro de la parábola evangélica (Lucas, 16, 19-31). «Cantarle como el pobre Lázaro» sería, por tanto, lamentarse de su triste destino. **<<**

[102] Mediría alrededor de 1,87 m. **<<**

[103] El *sazhén* o *sazhen* (en plural, *sazheny* o *sázheny*) es una antigua medida rusa de longitud, equivalente a 2,13 metros, aproximadamente. En realidad, la torre del campanario de Iván el Grande, erigida en 1508 en el Kremlin de Moscú, mide 81 metros, lo que equivale a unos 38 *sazheny*. **<<**

[104] Tanto *Periodícheskaia rech* [La palabra periódica] como *Yezhenedélnaia rech* [La palabra semanal] son publicaciones ficticias, pero Dostoievski probablemente tiene presente la desaparición en 1861 del periódico *Rússkaia rech* [La palabra rusa] y su fusión con *Moskovski véstnik* [El heraldo de Moscú]. **<<**

[105] La «Nueva Jerusalén» (o la «Jerusalén celestial») aparece en el Apocalipsis como una ciudad que desciende del cielo, y simboliza la realización del reino de Dios en la Tierra. **<<**

[106] 30° en la escala Réaumur (ampliamente usada en Rusia hasta el siglo XX) equivalen a 37,5 °Celsius. **<<**

[107] Alude, con toda probabilidad, a la célebre frase atribuida a Napoleón, pronunciada tras la desastrosa retirada de Rusia: «De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso». **<<**

[108] La expresión «criatura temblorosa» procede del poema *Imitación del Corán* (1824), de Aleksandr Pushkin. **<<**

[109] Esto es, los primeros años de reinado de Alejandro II, que precedieron a la abolición de la servidumbre en 1861. **<<**

[110] A comienzos de 1861 se publicó una crónica en el periódico *Vek* [El Siglo] en la que se relataba cómo, en el curso de una velada literaria en la ciudad de Perm, una tal señora Tolmachova había procedido a la lectura del monólogo de Cleopatra de las *Noches egipcias*, un relato inacabado de Aleksandr Pushkin. La actitud del cronista, que presentó la actuación como un ejemplo de la «inmoralidad contemporánea» —se recreó, entre otras cosas, en la descripción de la expresión cambiante de los «grandes ojos» y de los «gestos insinuantes» de la recitadora—, despertó un amplio debate en la prensa; en ese debate participó el propio Dostoievski, que publicó dos artículos en su revista *Vremia*, defendiendo a la señora Tolmachova y rechazando los comentarios ofensivos vertidos en *Vek*. **<<**

[111] Nombre de un afamado restaurante de San Pertersburgo, que estuvo en funcionamiento desde la década de 1830 hasta la de 1880. **<<**

[112] Se refiere, en concreto, al extremo de la isla Yelaguin, en el Nevá, muy frecuentado como zona de paseo. **<<**

[113] Desde finales del siglo XVII existió en Nezhin (Nizhyn, en ucraniano), ciudad situada en el norte de Ucrania, una colonia griega de cierta importancia, dedicada fundamentalmente al comercio. **<<**

[114] Tengo mal vino. **<<**

[115] Localidad situada en la región de Nóvgorod, a unos 160 kilómetros de San Petersburgo; la estación de ferrocarril, inaugurada en 1851, forma parte de la línea que une San Petersburgo con Moscú. **<<**

[116] Piotr Andréievich Viázemski (1792-1878), poeta, crítico e historiador. **<<**

[117] La confusión de Luzhin, más que fonéticamente, está motivada semánticamente, pues el término *rassúdok* («raciocinio, juicio»), del que derivaría el apellido Rassudkin, está estrechamente asociado al término *rázum* («inteligencia, intelecto»), en el que se basa la forma Razumijin. **<<**

[118] Recordemos que Aliona Ivánovna, la vieja usurera, le aplicaba a Raskólnikov un interés del diez por ciento… ¡mensual! **<<**

[119] Lenia es el personaje al que hasta ahora se ha llamado Lida y Lídochka. Es uno de los no infrecuentes despistes de Dostoievski, debido probablemente a las prisas con que escribía. **<<**

[120] En tiempos de Dostoievski, las traducciones bíblicas al ruso eran cosa relativamente reciente. Tradicionalmente, la Biblia y los textos litúrgicos se recitaban y leían en eslavo eclesiástico, no en ruso vernáculo; la primera edición, muy parcial (únicamente los cuatro Evangelios), de la Biblia en ruso data de 1818, y en 1822 se publicó el Nuevo Testamento completo. Pero la primera versión íntegra de la Biblia en ruso moderno, traducida bajo la dirección del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa, no vio la luz hasta 1876, es decir, una década después de la redacción de *Crimen y castigo*.

En cuanto al ejemplar sucintamente descrito, es probablemente una alusión al que las mujeres de tres decembristas desterrados le regalaron a Dostoievski en Tobolsk, en enero de 1850, en una de las etapas de su viaje a Omsk, donde cumpliría condena a trabajos forzados. En el libro escondieron también unos billetes (un total de diez rublos), como ayuda al condenado. Dostoievski conservó toda su vida ese ejemplar del Nuevo Testamento, y se lo entregó en su lecho de muerte a su hijo Fiódor Fiódorovich. **<<**

[121] El Evangelio de Juan. **<<**

[122] A unas siete verstas de San Petersburgo, en la población de Udélnaia (actualmente, integrada en la ciudad), había una conocida clínica psiquiátrica. **<<**

[123] Juan, 11, 1. **<<**

[124] Como se comenta en las primeras páginas de la novela, el entorno de la céntrica plaza Sennaia era conocido por su mala vida. **<<**

[125] Mateo, 19, 14. **<<**

[126] Sencillamente, a secas. **<<**

[127] En la Tabla de Rangos los grados de consejero de Estado (*statski sovétnik*), consejero efectivo de Estado (*deisvítelny statski sovétnik*) y consejero privado (*tainy sovétnik*) ocupaban, respectivamente, la quinta, cuarta y tercera posición. **<<**

[128] La reforma del sistema judicial, introducida en Rusia a partir de 1864. **<<**

[129] En la guerra de Crimea (1853-1856), después de la derrota rusa en la batalla del río Almá, en septiembre de 1854, las fuerzas inglesas y francesas iniciaron el cerco a la ciudad de Sevastópol. **<<**

[130] Cuando Dostoievski redacta la novela, está aún muy reciente el desenlace del último levantamiento nacional polaco —la llamada Insurrección de Enero—, que se había prolongado hasta diciembre de 1864; una de las consecuencias de la derrota definitiva de los patriotas polacos —amén de las ejecuciones, encarcelamientos, expropiaciones y deportaciones— fue la marcha al exilio de millares de combatientes, que engrosaron las filas de la ya nutrida emigración polaca en Europa occidental y en América. **<<**

[131] Alto Consejo de Guerra austriaco, institución encargada de la dirección de los asuntos militares en el Imperio austríaco entre los siglos XVI y XIX. **<<**

[132] Como ya se ha indicado, en el siglo XIX el Senado ruso —denominado oficialmente Senado Gobernante (*Pravítelstvuiushchi senat*)— era esencialmente un órgano judicial, con funciones análogas a las de un Tribunal Supremo. **<<**

[133] El término ruso (*proshchaite*) tiene una implicación de despedida definitiva, o al menos por una larga temporada, que queda desdibujada en la traducción. **<<**

[134] En aquellos años se habían formado en San Petersburgo varias comunas inspiradas en los principios del socialismo utópico de Fourier; entre otras se constituyó una en la calle Srédniaia Meshchánskaia (actualmente, calle Grazhdánskaia), en el distrito Admiralteiski de la capital. **<<**

[135] Se trata de una expresión eufemística, empleada comúnmente en la época para referirse a las uniones «de hecho», pues el matrimonio civil no se estableció en Rusia hasta diciembre de 1918. **<<**

[136] Distingamos. **<<**

[137] Nikolái Aleksándrovich Dobroliúbov (1836-1861), crítico literario, poeta, periodista y activista político; a pesar de su juventud (murió de tuberculosis a los veinticinco años), llegó a ser un crítico eminente y fue una figura notable en el movimiento revolucionario de mediados del siglo XIX; colaboró estrechamente con Nikolái Chernyshevski. **<<**

[138] Vissarión Grigórievich Belinski (1811-1848), crítico, filósofo y literato, fue una de las figuras más destacadas del movimiento democrático ruso en la primera mitad del siglo XIX. Entre otras cosas, acogió con entusiasmo la aparición de la primera novela de Dostoievski, *Pobre gente* (1846). **<<**

[139] Hay en este comentario un eco de la ya mencionada novela *¿Qué hacer?*, de Chernyshevski; en ella, la protagonista, Vera Pávlovna, se expresa con palabras muy parecidas sobre esta cuestión. **<<**

[140] De cincuenta y cien rublos, respectivamente. **<<**

[141] Alude a unos versos de su novela en verso *Eugenio Oneguin* (1833): «Y tú, cornudo majestuoso, / siempre pagado de ti mismo, / de tu comida y tu mujer». (I, XII). **<<**

[142] Célebre pasaje comercial en el centro de San Petersburgo. **<<**

[143] «Señora», en polaco. **<<**

[144] Grado militar existente en el Ejército Imperial ruso —también, entre otros, en el Ejército prusiano, de donde procede su nombre— intermedio entre los de teniente y de capitán. **<<**

[145] *Panie* es la forma de vocativo del sustantivo *pan* («señor», en polaco). **<<**

[146] Los *priániki* son unos dulces tradicionales rusos, a base de harina y miel, a los que se añaden frutos secos o especias; pueden presentarse en forma de figurillas de animales (como en este caso) o con distintos motivos decorativos. **<<**

[147] Padre de Berlín. **<<**

[148] Solo «prácticamente», dado que el grado militar de coronel equivalía al de consejero colegiado en el servicio civil, que estaba un grado por encima del de consejero áulico. **<<**

[149] El dinero. **<<**

[150] El término *chujónets* (en femenino, *chujonka*) designaba peyorativamente a los estonios, fineses, carelios y otros pueblos finougrios que habitaban en las regiones septentrionales del Imperio ruso. **<<**

[151] Como ya hemos señalado, el pasaporte amarillo era el documento de identidad que estaban obligadas a tener las mujeres que practicaban legalmente la prostitución en Rusia. **<<**

[152] ¡Dios misericordioso! **<<**

[153] Amalia Ivánovna no llama a la policía en ruso, pero, curiosamente, tampoco en alemán, sino en lo que parece francés. **<<**

[154] El volumen, editado por N. Nekliúdov, recoge diferentes artículos traducidos al ruso sobre la doctrina positivista, entre ellos, algunos debidos al eminente fisiólogo francés Claude Bernard o al célebre médico prusiano Rudolf Virchow, además de los recomendados por el personaje, del médico y escritor Theodor Piderit y del economista Adolf Wagner, ambos alemanes. Fue publicado en San Petersburgo en 1866 (el mismo año de la publicación de *Crimen y castigo*). **<<**

[155] Es usted un canalla. (La construcción, en cualquier caso, no es enteramente correcta en polaco). **<<**

[156] ¡Manténgase erguida! **<<**

[157] Personaje del teatro de títeres tradicional ruso. **<<**

[158] Canción basada en el poema *La separación* (1817), de Konstantín Nikoláievich Bátiushkov (1787-1855); la música se le atribuye al compositor ruso, de origen polaco, Michał Wielhorski (1788-1856). **<<**

[159] La canción *Cinq sous* [Cinco monedas] aparecía en la obra *La Grâce de Dieu ou la Nouvelle Fanchon* (1841), de Adolphe d'Ennery y Gustave Lemoine. La canción se popularizó en Rusia, especialmente en San Petersburgo, gracias a la versión del poeta Nikolái Nekrásov, cuyo melodrama *Materínskoie blagoslovenie ili Bednost i chest* [La bendición materna o Pobreza y honor] (1842), adaptación de la obra francesa, se representó repetidamente en la capital rusa en las décadas centrales del siglo XIX. **<<**

[160] Mambrú [Malborough] se fue a la guerra, / no sé cuándo vendrá… **<<**

[161] Cinco monedas, cinco monedas, / para montar la casa… **<<**

[162] El grévol (*Bonasa bonasia*) es un faisánido que habita en los bosques de Europa y Asia; es un ave muy común en Rusia, y muy apreciada desde el punto de vista cinegético; no está presente en la península ibérica, aunque, al parecer, hasta hace algunas décadas su presencia no era rara en los Pirineos. (El término «grévol» —tal vez un catalanismo—, en cualquier caso, no está recogido en el DRAE). **<<**

[163] Movimientos de la danza clásica. **<<**

[164] «Tienes diamantes y perlas…». Se trata del título y el verso inicial de un poema de Heinrich Heine, publicado en su *Libro de las canciones* (1827), musicado por Franz Schubert. **<<**

[165] «Tienes unos ojos preciosos, / ¿qué más quieres, muchacha?». Cita, ligeramente alterada, de otros versos del mismo poema de Heine. **<<**

[166] Se trata del verso inicial del poema *Un sueño* (1841), de Mijaíl Yúrievich Lérmontov. El poema ha sido musicado por distintos compositores; Dostoievski pudo tener presente la versión de Christian Heinrich Pauffler, de 1854. **<<**

[167] Alude, muy probablemente, al eminente médico Serguéi Petróvich Botkin (1832-1889), con el que se trató el propio Dostoievski. **<<**

[168] Cita del *Diario de un loco* (1835) de Nikolái Gógol. **<<**

[169] ¡En vano! (en alemán). **<<**

[170] A primera hora de la mañana; mañana por la mañana (en alemán). Aquí funciona como una expresión de sorpresa y rechazo (algo así como «¡Madre mía!» o «¡Santo Dios!»). **<<**

[171] En Rusia, se conoce como «cismáticos» (*raskólniki*) o «viejos creyentes» (*starovery*) a los partidarios de la tradición eclesiástica, enfrentados a las reformas introducidas por el patriarca Nikón a mediados del siglo XVII. **<<**

[172] Los *beguny* (literalmente, los «corredores») o *stránniki* (los «peregrinos») eran una de las distintas corrientes surgidas del tronco común de los viejos creyentes; hay noticias de su existencia desde el último tercio del siglo XVIII. **<<**

[173] Un *stárets* era un monje de reconocida virtud y vida ascética, consagrada a la meditación y la penitencia. **<<**

[174] Como ya se ha indicado, un *arshín* equivale a 0,71 metros. **<<**

[175] Mateo, 7, 7 y Lucas, 11, 9. (En el original, en eslavo eclesiástico). **<<**

[176] Al alférez de navío Dyrka se le menciona fugazmente en la comedia *El casamiento* (1842) de Gógol; no obstante, la alusión de Dostoievski parece referirse más bien a otro personaje de esa obra, el alférez de navío Petujov. **<<**

[177] De un rublo. **<<**

[178] Como ya hemos señalado, el apellido Razumijin deriva de la raíz *rázum* («razón, juicio, intelecto»). **<<**

[179] Posiblemente la expresión esté tomada del célebre Prefacio de Victor Hugo a su drama *Cromwell* (1827), considerado uno de los textos fundacionales del Romanticismo. **<<**

[180] La llamada *Madonna Sixtina* (1514), de Rafael, se conserva en Dresde desde mediados del siglo XVIII. **<<**

[181] «¿Adónde va a anidar la virtud?». Frase atribuida a Molière, recogida por Voltaire en su *Vida de Molière* (1739). **<<**

[182] Basta de charla. **<<**

[183] La isla Yelaguin, en el delta del Nevá, es uno de los lugares tradicionales de recreo y esparcimiento de San Petersburgo. **<<**

[184] Como ya hemos señalado, el *sazhén* equivalía a unos 2,13 metros. **<<**

[185] Una teoría como otra cualquiera. **<<**

[186] Por la ciudad de Vladímir, situada a unos 175 kilómetros al este de Moscú, pasaba la larga ruta, popularmente conocida como Vladímirka, que conducía a los condenados hasta el destierro siberiano. **<<**

[187] Los ortodoxos celebran la fiesta de la Santísima Trinidad coincidiendo con el domingo de Pentecostés (a finales de mayo o principios de junio, en el caso de Rusia). La festividad, que ha incorporado muchas tradiciones y rituales precristianos, ha sido muy popular, tradicionalmente, entre los eslavos. **<<**

[188] Se alude a un dicho popular ruso, según el cual quien mata a una araña obtiene el perdón de cuarenta pecados. **<<**

[189] El río, mencionado expresamente más adelante, es el Irtysh. A orillas de este río se sitúa la ciudad de Omsk, en cuyo penal cumplió Dostoievski cuatro años de condena a trabajos forzados, de 1850 a 1854. Gran parte de los detalles que aparecen en este Epílogo son autobiográficos, y el autor ya los había novelado detenidamente en las *Memorias de la casa muerta* (1862). **<<**

[190] Es decir, condenado a una pena de trabajos forzados de entre ocho y doce años. **<<**

[191] El *kalach* (en plural, *kalachí*) es un tipo de pan blanco, en forma de aro, consumido preferentemente con ocasión de fiestas y ceremonias. **<<**